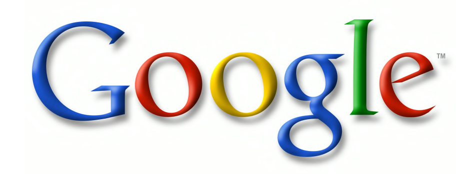
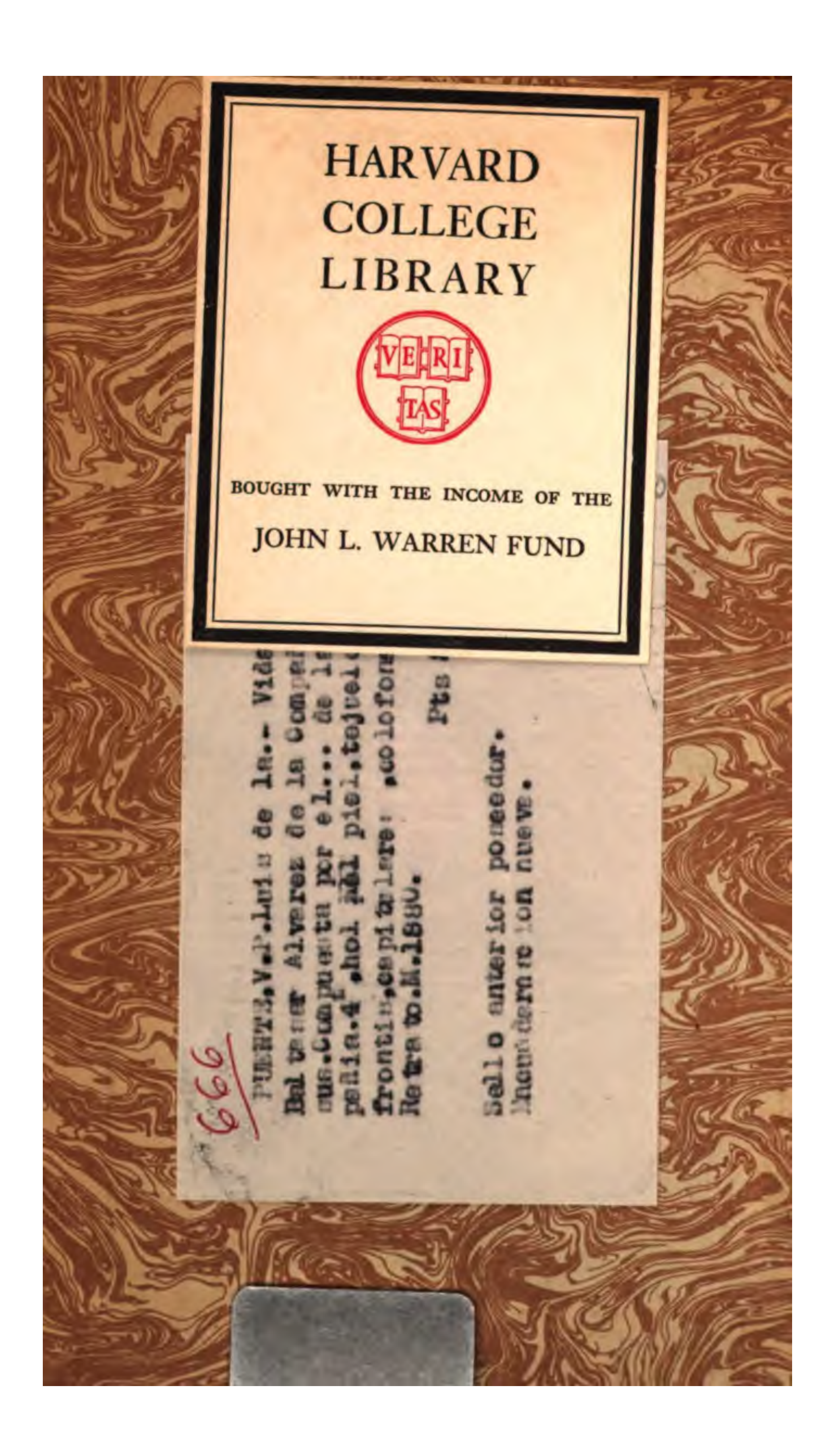





HARVARD
COLLEGE
LIBRARY
VE RI TAS
BOUGHT WITH THE INCOME OF THE
JOHN L. WARREN FUND







VIDA

DEL

V. P. BALTASAR ALVAREZ.



V. P. BALTASAR ALVAREZ.

VIDA

DEL

V. P. BALTASAR ALVAREZ,

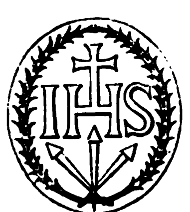
DE LA COMPAÑÍA DE JESUS,

COMPUESTA POR EL

V. P. LUIS DE LA PUENTE,

DE LA MISMA COMPAÑÍA.





MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJO DE AGUADO
Calle de Pontejos, 8

1880.



PRÓLOGO.

Es el P. Luis de la Puente, entre los doctores ascéticos y místicos que han brillado en los últimos siglos, uno de los primeros, no sólo de España, sino de toda la Iglesia. No iguala ciertamente, como escritor, en alteza y novedad á Leon, ni en gala y riqueza á Granada, ni en precision y fuerza á La Palma, ni en ímpetu á Nieremberg, ni en suave majestad á Rivadeneyra, ni en abundancia y sonoridad á Malon de Chaide, ni en gracejo y popular elocuencia á Rodriguez, ni en originalidad y gracia inimitable á Santa Teresa de Jesus; pero los vence á todos en lo vasto, magnífico y bien concertado de sus planes, y á ninguno cede en abundancia y solidez de doctrina, ni en piedad y fuerza penetrativa para subyugar los corazones, y encender en ellos las divinas llamas de la devocion.

El carácter de sus obras es ser cabales y completas en su género, y dejar al lector atento y diligente tan pagado y satisfecho, que le parece no quedarle más que desear en la materia. Ingenio agudo y penetrante, entendimiento sólido y profundo, mente limpia y serena, ni

oscurecida por culpas, ni pòr pasiones rebeldes y tumultuosas perturbada, amó la verdad, y codició con insaciable deseo la sabiduría. Buscóla con infatigable afan muchos años en las aulas, ya aprendiendo como discípulo, ya como maestro enseñando: buscóla en los libros, recogiendo en su pecho el caudal inestimable de doctrina que el Maestro del verdadero saber, Dios, depositó en las Sagradas Escrituras y en las obras de los Santos Padres y Doctores, y sobre todo la buscó en su primera é incontaminada fuente, que es el pecho del mismo Dios.

Porque fué varon santo, que buscó al Señor en la verdad de su corazon; y con la inocencia de su vida, la ferviente oracion y el perseverante afan, llegó á encontrarle, y alcanzó ser admitido á su íntimo trato y comunicacion. Allí, ya que no le viese cara á cara, dicha suprema reservada para los moradores del cielo, teníale presente, y gozaba de su dulcísima conversacion. Los que á esto llegan, conocen á Dios, no como quien ha leido y oido hablar de Él, sino como quien está lleno de Él, y le habla, y le oye, y recibe de Él inmediatamente la manifestacion de sus secretos. Miradas las cosas desde aquellas alturas, á la luz de aquel inconmutable sol, vense como de veras son, penétranse profundos misterios, y se descubren muchos arcanos escondidos en los corazones de los hombres.

Maduro, pues, en la edad y en la sabiduría el P. Luis de la Puente, lleno del espíritu de Dios, que le impelia á hacer bien á las almas con la pluma, ya que con la palabra podia poco por la flaqueza de su cuerpo, aplicóse á escribir, y escribió muchas y muy perfectas obras. Omitiendo la *Exposicion* latina *del libro de los Cantares*, y el primer tomo de la *Vida de la V. Doña Marina de Escobar*, por ser obras no acomodadas á todo género de lectores; callando de algunos opúsculos y cartas, cuatro son las que principalmente le han dado nombre, y todos pueden leer con gran provecho de sus almas.

Las *Meditaciones*, curso completo de teología para

uso de todos los cristianos, donde enseña teórica y prácticamente el arte de orar y meditar, desenvuelve las grandes verdades de la Religion católica, expone ámpliamente la historia y doctrina evangélica, y al cabo, remontándose hasta la misma divinidad, explica sus atributos, declara sus misterios, engrandece sus beneficios, y pone de manifiesto los bienes que nos tiene prometidos.

El *Tratado de la perfeccion cristiana en todos los estados*. La idea de esta obra es de lo más grandioso y admirable que ha concebido mente de hombre. Fúndase toda en aquel sencillo concepto expresado por Cristo Nuestro Señor en el Evangelio de San Mateo, cap. 23, vers. 9, cuando dijo: *No querais llamar á ninguno padre sobre la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, que está en el cielo*. Porque, presupuesto que «tres cosas son propias del verdadero padre, conviene á saber: engendrar á su hijo en el ser de hombre, criarle y sustentarle hasta que llegue á edad perfecta, y ponerle en estado y oficio con que viva honradamente hasta la muerte», toma por asunto demostrar cómo todas tres las hace nuestro Dios con los hombres con infinita eminencia, como Autor de la gracia, engendrándolos en este ser sobrenatural, y haciéndolos verdaderos hijos suyos, con derecho para heredar el reino de los cielos, y dándoles segunda vez el mismo ser, mediante la penitencia, cuando mueren por la culpa mortal perdiendo la gracia; cómo despues de engendrados, toma muy á su cargo criarlos en todo género de virtudes, procurando por varios modos que crezcan en ellas hasta que lleguen á la perfeccion de todas; y, no contento con esto, quiere con su paternal providencia darles de su mano el estado y el oficio que más les conviene, para que alcancen la perfeccion espiritual en esta vida, y la herencia celestial en la otra.

Esta idea tan sencilla, y juntamente tan sublime y fecunda, la desenvuelve en cuatro partes, distribuidas en veinticuatro tratados. Pero ¡con qué riqueza, con qué

abundancia y plenitud de doctrina! ¡Con qué grandeza de designios! ¡Con qué peso de razones! ¡Con qué sublimidad de sentencias! ¡Qué magníficamente se va desarrollando el plan, saliendo unas cosas de otras, armonizándose y trabándose entre sí las partes, tratando muchos y muy varios puntos, pero unidos y concertados con órden admirable, de modo que ni la unidad quite la gracia de la muchedumbre y variedad, ni éstas destruyan la fuerza de la unidad! Muéstrase teólogo y filósofo, uno y otro con eminencia. Usa con estupenda facilidad y suma propiedad, de la Escritura y de los Padres, de los Cánones de la Iglesia, y de las sentencias de los teólogos, sirviéndose con igual excelencia de la razon y de la fe, entretegiendo con indecible primor sus propios pensamientos y razones con las razones y pensamientos de Dios, y de los sabios iluminados por Dios, sin desdeñar por eso lo que acertadamente dijeron los varones doctos de la antigüedad, aunque gentiles.

Cúlpanle de alegorizar demasiado en el empleo que hace de la Escritura, y de atribuir á ésta sentidos místicos que no tiene. Mas sin contar con que, si en esto hay extravío, cayó en él el P. La Puente por seguir las huellas de algunos de los más graves entre los Santos Padres, como San Ambrosio, San Agustin, San Gregorio Magno, que están llenos de estas aplicaciones alegóricas y sentidos místicos, basta observar para defenderlos ó excusarlos, que acuden á esas alegorías, no para confirmar los dogmas, ó refutar los errores de los herejes, sino para edificar á los fieles, presentándoles la doctrina de las costumbres en apacibles figuras, sacadas de la Escritura. Ni confunden los sentidos, antes, siempre que es menester ó conviene, saben muy bien penetrar y desenvolver el literal, no dando generalmente el otro místico, como propio de la Escritura y dictado por el Espíritu Santo, sino como buscado y acomodado por ellos.

Las mismas excelentes prendas resplandecen en la *Guia espiritual*, suma admirable de teología mística, y

tal vez la más perfecta entre las obras del P. La Puente. Pasmosa es, en verdad, la seguridad con que camina por senda tan enriscada, la luz que pone en cosas tan hondas, el caudal de sabiduría que encierra un libro no muy grande, y la originalidad que guarda en materias muy trilladas, y tratadas con insigne excelencia por muchos autores. Tambien en este tratado es donde su estilo alcanza su más alto grado de perfeccion. Pero ¡qué bien dice! ¡Qué limpidez! ¡Qué sinceridad! ¡Qué sencilla y serena majestad! ¡Qué dulzura! ¡Qué luz aquélla tan clara y tan suave! ¡Qué calor tan benigno y al mismo tiempo tan penetrante! Toda el alma se regocija al escuchar aquella voz, que le parece venir del cielo. Todas sus potencias se recrean, saboreando con inefable dulzor las verdades altas y sublimes que se les van presentado condimentadas con suavísimos afectos. ¿Y el lenguaje? El lenguaje es el habla de Castilla en aquellos bienhadados tiempos del segundo y tercer Felipe, manando castiza y pura de los lábios de un varon docto y santo: lengua de soberana belleza, que apropió á las cosas divinas el Venerable Avila, engalanó Granada, perfeccionó Leon; y que en la boca de Teresa de Jesus, de Juan de la Cruz, del Venerable P. La Puente y otros tales, tomó no sé qué dejos y resonancias del cielo: llena, rica, sonora, ni blanda en demasía como la italiana, ni estirada como la francesa, sino suelta, libre, desembarazada, llena de garbo y gentileza. Pues esta lengua, en toda su pureza y propiedad, es la que habla el P. Luis de la Puente.

La *Vida del P. Baltasar Alvarez*, si se mira á lo vasto del designio, á la riqueza de erudicion y á la pompa del estilo, no es cierto comparable con la Vida de San Jerónimo del P. Sigüenza, ó la de Moisés de Márquez, ó la de San Ignacio de Loyola de Bártoli; ni tampoco en perfeccion artística llega á las de la Condesa de Feria y de Doña Sancha Carrillo, compuestas por el P. Martin de Roa: pero como retrato moral acabado de un varon digno de ser propuesto por modelo á quien quiera que

tiene deseo de ser santo, no sé que en español pueda pareársele alguna, si no es la Vida de San Ignacio del Padre Rivadeneyra, ó la que de Santa Teresa de Jesus escribió el P. Francisco Rivera. Es verdad que el P. La Puente no escogió para su retrato personaje tan ilustre como los de estos dos autores; pero en cambio hizo una pintura tal vez más acomodada á la utilidad y enseñanza de los lectores.

Porque si bien se mira, es esta obra suya uno como resúmen de todas las otras; resúmen claro y eficaz, porque el ejemplo va al lado de la doctrina, ilustrándola, y persuadiendo á la práctica; resúmen cabal, porque el P. Baltasar Alvarez corrió toda la senda de la perfeccion hasta la cumbre, y la practicó como cristiano, y como religioso, y como sacerdote; y sobre practicarla, la enseñó, y guió en ella á toda clase de personas. Este es el precio singular del libro de su vida, y este el mérito del P. La Puente al escribirle *. De un religioso varon, maestro insigne como pocos de la ciencia de la santidad, escribe la vida otro no ménos santo é iluminado que él. Así es capaz de penetrar en su corazon, y conocer sus sentimientos, y pintarnos, no sólo lo que por de fuera obraba, sino lo que por de dentro sentia; ni solamente los esfuerzos que él hacia por contentar á Dios, sino los recónditos favores y regalos con que Dios le recompensaba. Tómale en el principio de su carrera, y llévanos en pos de él, mostrándonos sus pasos, y el camino por donde llegó hasta la íntima union con Dios. Ni se contenta con decirnos cómo oraba, y cómo recibia los Sa-

* En el Apéndice, números I y II, se ha puesto el juicio de dos varones doctos de la Compañía de Jesus, deputados por ella para examinar y censurar la obra. Veráse por su dictámen el buen concepto que de ella formaron en lo poco que, despues de largo y escrupulosísimo examen, encontraron que tildar. Al fin del mismo Apéndice podrán verse las ediciones que de esta obra se han hecho, y los Autores que tratan de la vida del V. P. Baltasar Alvarez.

cramentos, y cómo decia Misa y rezaba el Oficio divino, y se mortificaba, y vencia, y castigaba á sí mismo, sino que nos explica lo que acerca de estas santas obras y medios de perfeccion sentia, las máximas que en ellas le guiaban, lo que acerca de ellas le enseñaba Dios. Y como el P. Baltasar Alvarez fué cristiano, y religioso, y sacerdote, y dirigió almas santísimas, predicó, educó y formó religiosos, gobernó casas y provincias, y desde los primeros grados de la oracion le fué el Señor levantando escalon por escalon hasta lo más sublime de la contemplacion; de aquí es que no pueda, al explicar su vida y su doctrina, manifestar los tesoros de su alma un sábio tan consumado en la ciencia del espíritu como el P. La Puente, sin derramar torrentes de luz y saludables enseñanzas. Así es que aquí se halla la ciencia mística de la oracion y trato con Dios, la doctrina de los consejos evangélicos, de los votos religiosos, de las virtudes, y de toda la perfeccion; reglas para todos los oficios y ministerios sacerdotales, avisos y consejos prudentísimos para todas clases y categorías de personas; sentencias y dictámenes admirables de celestial sabiduría; y todo ilustrado con ejemplos, sazonado con apacibles historias, autorizado por la sabiduría y santidad del personaje, pintado, realzado y embellecido por la santidad y sabiduría y por la incomparable destreza del pintor.

¡Oh! Benditos sean los corazones generosos que, apiadados de la perdicion actual del mundo, vuelven á la pública luz los olvidados tesoros de estos preciosísimos libros, estampándolos primorosamente, á fin de que hasta lo terso del papel y lo bello de los tipos convide á la lectura.

Pero el vulgo de los lectores, y en este vulgo entran muchos que se tienen y son tenidos por letrados, los halla largos, pesados y enojosos. ¡Largos y pesados! Es verdad: para los que se deslizan por la superficie de los libros á caza de novedades más que de verdades, buscando pasatiempo y no enseñanza; para los que no saben lo que es reflexion, y toda lectura que pida atencion los cansa, estos

libros, no hay duda, son enojosos. Pero háganse un poco de fuerza, suspendan el curso arrebatado de sus locos pensamientos, procuren un poco de silencio en el santuario de su alma, acuérdense que son inmortales, y el cielo es su pátria, Dios y los ángeles y los bienaventurados su familia, llamen al que es luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y luégo lean. Yo les prometo que han de verse luégo bañados de luz celestial, y traspuestos á una region de paz y serenidad, sentirán que sus pensamientos se mudan, que las pasiones amotinadas callan, se truecan los afectos, y las tempestades del corazon se calman: la inspiracion divina se embiste en los conceptos del autor piadoso, y el Espíritu Santo habla por sus palabras; y á poco que se persevere en la lectura, y el alma se haga á ella, halla, no solamente luz, y salud, y vida, sino recreo, descanso é inenarrable deleite.

Haga Dios piadoso que estas hermosas ediciones de obras tan preciosas se multipliquen y propaguen, y que á lo ménos las personas piadosas, y sobre todo los directores de las almas y los predicadores, quieran leerlas y aprovecharse de ellas.

De las *Meditaciones* del P. Luis de la Puente se han hecho recientemente várias reimpresiones, bien que ninguna, que sepamos, esmerada y correcta. La obra de los *Estados* y la *Guia espiritual*, han sido una vez cada una estampadas nuevamente en Barcelona. Ahora sale esta *Vida del P. Baltasar Alvarez* con un lujo y primor que no habia alcanzado en las anteriores ediciones, ni áun en la que de la traduccion francesa hecha por él publicó en París, no ha muchos años, el P. Marcelo Bouix, y enriquecida ademas con un Apéndice compuesto de muy curiosos documentos.

JUAN JOSÉ DE LA TORRE, S. J.



AL CRISTIANO LECTOR.

HABIENDO el Eclesiástico enseñado á su pueblo de Israel, y en él á todos los hombres, los preceptos de la ley divina, y muchos consejos y avisos de grande perfeccion, quiso luégo ponerles delante de los ojos los heróicos ejemplos de sus antepasados, que los guardaron con grande excelencia, y por ello fueron dignos delante de Dios y de los hombres de eterna gloria y alabanza, para que se animasen á imitarlos, y por este medio alcanzasen la gloria y honra que ellos alcanzaron. Y de camino cumplió con la obligacion que tenia de refrescar y perpetuar la memoria de tales varones, que con sus hazañas ilustraron su nacion, alabando y engrandeciendo más especialmente á los que fueron sus maestros, de quien él aprendió la sabiduría que enseñaba, para pagalles con esto el bien que dellos habia recibido. *Alabemos* (dice) [1] *á los varones ilustres, que fueron nuestros padres y progenitores, con quien Dios mostró su magnificencia en los siglos pasados,*

---

[1] Laudemus viros gloriosos, et parentes nostros in generatione sua. Multam gloriam fecit Deus in magnificentia sua a sæculo. (Eccles. 44, v. 1.)

y ganó para sí grande gloria, los cuales fueron hombres grandes en la virtud, dotados de mucha prudencia, y con ella manifestaban los divinos secretos de los Profetas, que estaban encerrados en sus libros, gobernaban su pueblo, y le comunicaban santísimas palabras. Fueron hombres ricos, y pusieron su estudio principal en la virtud, y vivieron pacíficamente en sus casas; alcanzaron grande gloria entre su gente, y en sus dias fueron de todos alabados; y los que nacieron dellos, quedaron con nombre para contar sus alabanzas.

Todas estas palabras, en sustancia, son del Eclesiástico, cuyo consejo, inspirado por el mismo Dios, como lo demas de su libro, deseo seguir en este; porque habiendo escrito algunos libros de la oracion y meditacion, y de la perfeccion cristiana en todos los estados, que fuesen guia y medio para alcanzarla, he deseado escribir los heróicos ejemplos de los antepasados, que nos la enseñaron. No digo de los muy antiguos, porque los que vivieron más cerca dellos nos quitaron deste trabajo, sino de los que yo mismo conocí y traté, de cuya santidad y dotrina me aproveché, en quien Nuestro Señor estampó las virtudes y verdades que en mis libros he declarado. Uno destos fué el P. Baltasar Alvarez, insigne religioso de nuestra Compañía de Jesus, padre en espíritu, y maestro, no solamente mio, sino de casi todos los ancianos que hay en esta provincia de Castilla, y de muchas personas eclesiásticas y seglares deste reino; hombre en quien Dios mostró su grande magnificencia, enriqueciéndole con sus dones celestiales, y por su medio ganó grande gloria entre los fieles; hombre verdaderamente grande en virtud, y dotado de insigne prudencia en declarar los secretos de la ciencia mística, en gobernar y aprovechar las almas, y en hablar las palabras santísimas de Dios, que penetraban y encendian los corazones. Hombre grandemente rico con riquezas del cielo, cuyo estudio contínuo fué en la hermosura de la virtud, y en el trato familiar con Dios, viviendo entre

los suyos con grande paz, y poniéndola siempre entre todos, por lo cuál alcanzó grande nombre de santo entre los de la Compañía, y entre todos los que le trataron; y en sus dias fué venerado y alabado dellos: y á mí, que soy uno de los que fueron sus hijos y dicípulos, me ha cabido en suerte escribir sus insignes virtudes, para que todos nos animemos á imitarlas; porque (como dice San Gregorio) [1] la vida de los justos es una viva leccion de las virtudes y de los medios que hay para alcanzarlas. Es un clarísimo espejo donde vemos nuestras faltas é imperfecciones, para limpiarnos y purificarnos dellas. Es un vivo dechado de la perfeccion evangélica, y de los grados por donde podemos subir á ella. Es un perfeto memorial de las maravillas de Dios, que es admirable en sus santos, y los guia á la cumbre de la santidad, unas veces por caminos extraordinarios y prodigiosos, más para admirar que para imitar; otras veces por el camino ordinario y trillado, pero con un modo heróico y perfetísimo, y por esto juntamente admirable é imitable: y por este camino llevó á este glorioso Padre, en cuya vida hallarán mucho que imitar todos los que pretenden la perfeccion, y desean alcanzar el don de la oracion, y del trato familiar con Nuestro Señor, y el acierto en saber aprovechar á los prójimos; y por esto más especialmente su vida es un vivo dibujo de la que deben tener los religiosos que profesan la junta de la vida activa y contemplativa, atendiendo juntamente á los ejercicios de la oracion y contemplacion, y á los ministerios de ayudar á las almas: y como esta es la profesion de los religiosos de la Compañía de Jesus, así á ellos muy más especialmente les pongo delante este dechado, de donde saquen la perfeccion con que han de guardar enteramente su instituto. Y generalmente los que desean ser muy espirituales y perfetos en entrambas vidas, si quie-

[1] Libro 24 mor., c. 6.

ren saber cómo podrán alcanzar el cumplimiento de su deseo, pongan los ojos en los grados por donde Nuestro Señor llevó á este santo varon, y caminen por los mismos en el modo que les fuere concedido por el Señor, de cuya gracia y misericordia depende nuestro aprovechamiento, obedeciendo á sus divinas inspiraciones, y cooperando con nuestras industrias y diligencias. Porque primero le concedió el don de la oracion por el camino ordinario de discursos y meditaciones, especialmente en la vida, pasion y muerte de Cristo nuestro Redentor. Y porque este don no puede andar solo, dióle lo segundo el espíritu de la penitencia y mortificacion en todas las cosas. Y para arraigarse más en ambas, fundóle lo tercero en la perfeta guarda de sus tres votos, castidad, pobreza y obediencia, con los demas consejos de perfecion que están en las reglas de su religion. Y á esto le ayudó con el uso devoto del Santísimo Sacramento, haciéndole su Sacerdote, para que pudiese, sin impedimento, recebir la Comunion con más frecuencia; y porque tenemos necesidad de valedores é intercesores para salir con empresa tan alta y tan dificultosa, hízole devotísimo de la Vírgen sacratísima Nuestra Señora, y de los Angeles, y de muchos santos que son nuestros patrones; luégo le comunicó fervientе celo de la salvacion de las almas, con talentos grandes para ayudarlas, empleándole en varios ministerios, con que cogiese mucha mies dellas. Tambien le quiso emplear en oficio de gobierno, donde ayudase más á los súbditos, y apacentase las ovejas de Cristo, á imitacion de su buen pastor, el cuál le dió el don de la confianza en su infinita bondad, y amorosa providencia, para acometer cosas grandes de su servicio, y con ella le dió prósperos sucesos, fundándole en profunda humildad, para que no se desvaneciese con ellos: mas porque la humildad, y la paciencia, y las demas virtudes no tienen su fineza y firmeza si no son probadas con desprecios en enfermedades y trabajos, quiso darle su parte dellos, donde resplandeciesen y se perfeccionasen más sus vir-

tudes; y cuando estuvo bien labrado y mortificado, le levantó al más alto grado de oracion y contemplacion, con que tuviese más alivio, é hiciese sus oficios con más fruto. Finalmente, comunicóle lo supremo del amor de Dios, y la perfeta conformidad con la divina voluntad en todas las cosas prósperas y adversas; y como entónces estaba la fruta madura, cogióla para ponerla en su celestial mesa, dándole una dichosa muerte en medio de su fervorosa carrera.

Mas no se ha de pensar que subió por estos grados por el órden que se han puesto de uno en otro; porque la vida de estos escogidos va mezclada destas variedades de accion y contemplacion, de consuelos y desconsuelos, y de oficios altos y bajos, con sucesos prósperos y adversos, sucediéndose unos á otros una y muchas veces. Esta fué la traza de su vida, y lo será deste libro en lo que contarémos della, para que de tal manera se vaya leyendo la historia, que juntamente veamos el órden de plantar las virtudes, y subir á la cumbre de todas. Y por la misma razon, contando los heróicos ejercicios de sus virtudes, pondremos tambien los altos sentimientos, y las profundas sentencias y razones que el Señor le comunicó en cada uno dellos.

Y porque la verdad y certeza de lo que se refiere es fundamento del gusto y provecho que se saca en leerlo, ninguna cosa pondré aquí que no la tenga por verdadera y cierta; porque fuera de las cosas que yo mismo vi y noté en este santo varon, las demas se supieron por relacion de personas muy fidedignas de nuestra religion, ó de otras, ó de seglares que las vieron y advirtieron, ó les pasaron con el mismo Padre, y despues las contaron; ó se sacaron de un libro pequeño que se halló en su poder, donde escribia los sentimientos que Nuestro Señor le comunicaba en la oracion, como los escribian nuestro Padre San Ignacio, y su compañero el P. Maestro Pedro Fabro, hombre de grande espíritu, y otros muchos Santos, para que no se les olvidasen las verdades y favores

que el Señor les hacia, y para poder aprovecharse de nuevo con la leccion dellos. Otras cosas tambien descubrió él mismo á las personas con quien trataba en secreto, y á veces en público, en las pláticas, movido de caridad, con celo de alentar á los desmayados y pusilánimes, y con otros santos fines, como sabemos que santamente Job contó sus virtudes, y San Pablo muchas de sus revelaciones, para alentar y confirmar en la fe á los fieles. Muchas destas cosas recogió primero el Padre Francisco de Salcedo, sobrino del mismo Padre [1], que entró en la Compañía poco despues que murió su santo tio, cuyos pasos comenzó á seguir con tanto fervor y espíritu, así en su propia perfeccion como en el celo de ayudar á las almas, que fuera varon muy señalado si no le atajara la muerte en la flor de su edad, siendo Rector de nuestro colegio de Soria; pero ántes lo habia sido tres años en el de Avila, por donde tambien comenzó el santo P. Baltasar Alvarez, y entónces acabó de hacer todas las diligencias que pudo para recoger la mayor parte de lo que va escrito en esta historia: y este es otro título que me movió á acabarla, porque este Padre fué mi dicípulo, así en letras, los tres años que leí Artes en Leon, como en el espíritu cuando fuí maestro de novicios en Villagarcía. Y pues como dicípulo escribo la vida de mi santo maestro, así como maestro es bien que acabe y perficione la obra de mi buen dicípulo, cuyo hermano, el Doctor D. Diego Lopez de Salcedo, que fué colegial en el insigne colegio de Santa Cruz de Valladolid, y despues del Consejo Real de Ordenes, y ahora lo es del Supremo de Castilla, añadió otro nuevo título con la mucha instancia que me hizo para que escribiese esta historia, porque no se echasen en olvido obras tan grandiosas de tal tio, ni se perdiesen los buenos trabajos de su herma-

[1] En el apéndice final se pondrán muchos de los documentos originales que dejó el P. Francisco Salcedo.

no. Pidiólo y negocióIo con nuestro P. General Claudio Aquaviva, por cuya órden, cumpliendo con la de muchos de nuestra Compañía, la escribo para gloria de Nuestro Señor Dios, y para edificacion de la Iglesia Católica, y más particularmente de nuestra mínima Compañía de Jesus, el cuál mostró las riquezas de su redencion en este su fiel compañero, manifestándolas por su medio á los fieles, de los cuáles es justo que sea conocido y estimado en la tierra, como creo que lo es de todos los Angeles y Santos en el cielo. Y aunque en esta historia iremos, por el órden de los años y lugares donde este santo varon estuvo, contando las cosas más señaladas que entónces le sucedieron; mas con ellas tambien juntaremos otras semejantes, aunque hayan sucedido en otro lugar y tiempo, para que así todas se entiendan mejor y con mayor provecho. Y porque el buen árbol se conoce por los buenos frutos, y el sábio y santo maestro por los sábios y santos dicípulos, y el P. Baltasar tuvo muchos tales, dignos de eterna memoria, haremos mencion en esta historia de los más señalados, así seglares como religiosos de nuestra Compañía y de otras religiones, no sólo para que por ellos se conozca la santidad del maestro, sino para que dure perpétuamente la memoria de tan insignes personas, cuyos heróicos ejemplos obren en los que los leyeren lo que obraron en los que los vieron; y de camino cumpliré yo con mi deseo y obligacion, honrando del modo que puedo á los que conocí y traté muy familiarmente, y sé que honraron á nuestro Señor con todas sus fuerzas en esta vida mortal, por lo cuál creo que su Divina Majestad los honra grandemente en la eterna.



VIDA

DEL

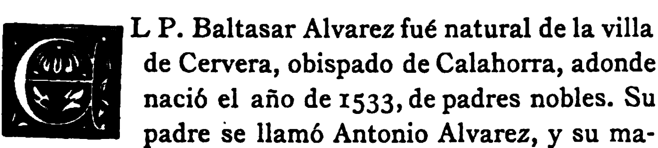
P. BALTASAR ALVAREZ,

RELIGIOSO

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

CAPITULO I.

Del nacimiento y crianza del P. Baltasar, de su entrada en la Compañía, noviciado y estudios.



EL P. Baltasar Alvarez fué natural de la villa de Cervera, obispado de Calahorra, adonde nació el año de 1533, de padres nobles. Su padre se llamó Antonio Alvarez, y su madre Catalina Manrique. Fué muy bien inclinado desde niño, dando muestras en la niñez de la devocion que habia de tener cuando grande; porque sus ordinarios entretenimientos eran hacer cruces, altares y procesiones. Criáronle sus padres cristianamente, haciéndole aprender las primeras letras y el latin en su mismo pueblo; en el cuál como hubiese aprovechado bien, le enviaron á la Universidad de Alcalá, donde

oyó las artes, y se graduó de maestro, y prosiguió oyendo dos años de Teología con mucho provecho suyo. En este tiempo le iba nuestro Señor aficionando y labrando en la virtud, conforme á lo que dél se queria servir; y como era inclinado á devocion y recogimiento, deparóle Dios compañeros y personas recogidas, que le ayudasen para ello: porque (como dijo Salomon) [1] el que se acompaña con sábios, será sábio; y el que anda con recogidos y devotos, será como ellos: lo cuál experimentan mucho más los mozos, á quien por su tierna edad se pegan fácilmente las palabras y costumbres de los amigos con quien tratan; y cuando son bien inclinados, juntándose con buenos, se perficionan mucho en sus buenas inclinaciones. Y así nuestro devoto mancebo, y en especial desde el año 1551, por la comunicacion que tuvo con un siervo de Dios, comenzó á tomar dos ratos de tiempo; uno á la mañana en levantándose, y otro á la noche, en que recorria su conciencia, y meditaba algunas cosas que Dios le daba á sentir; y como hallase gusto en esto, vino despues á tomar costumbre de añadir otros ratos entre dia para orar, con que se acrecentaba el gusto y el provecho; y el mismo hallaba en leer buenos libros, y tener buenas y santas conversaciones.

Por medio destos ejercicios le dió Nuestro Señor, cuatro años ántes de entrar en la Compañía, un encendido deseo de dejar el mundo, y seguir los consejos de Cristo Nuestro Salvador; porque mirando su vida pasada cuán astrosa habia sido, como él decia, y cuán ingrato á quien tanto bien le habia hecho, pa-

[1] Prov. 13, v. 20.

recíale que para servir á Dios de véras, y mirar por la salvacion de su alma, le convenia tomar estado de religion, adonde se alcanza esto con mayor seguridad y perfecion. Pero entibiábale en este buen propósito un contínuo pensamiento que le combatia, acordándose que sus padres gastaban con él mucho en los estudios, y no era bien desampararlos en la vejez, especialmente que, en las cartas que le escribian, le mandaban se encargase de dos hermanas pequeñas que tenia; porque, si ellos morian, no tenian otro padre sino á él. Y como tenia gran respeto á sus padres, hacian gran fuerza en su corazon estas razones, y traíanle muy perplejo. Y no es de maravillar, porque (como pondera San Gregorio) [1] los nervios de Behemot se llaman perplejos; y cuando Satanás ve que alguno es llamado de Dios para Religion, procura tentarle, escurecerle, y enredarle con razones que tengan color de piedad, para que no sepa á cuál espíritu debe obedecer, al que le llama, ó al que le retira. Pero no desamparó la luz del cielo á este justo, con la cuál salió de su perplejidad, y prevalecieron las razones de Dios, deshaciendo las de sus padres carnales, dándole confianza de que su Divina Majestad, como padre de huérfanos, miraria por sus hermanas, y las pondria en estado, como lo hizo muy á gusto de todos. No estaba entónces resuelto qué Religion habia de tomar, aunque estaba muy inclinado á la Cartuja, por parecerle más conforme á la inclinacion que tenia de recogimiento y penitencia. Comunicó estos deseos, nueve meses ántes de entrar en la Compañía, con algunas personas doctas, con quien solia tratar,

---

[1] Lib. 32, c. 17, in c. 40 Job, v. 12.

y en especial con un deudo suyo muy siervo de Dios, que despues fué Canónigo de la Magistral en la santa iglesia de Calahorra. El cual, habiendo encomendado este negocio á Dios, le respondió, que si tenia deseos de dejar el mundo, se entrase en la Compañía de Jesus, la cual, como Religion nueva, florecia en grande santidad y fervor de espíritu. Cuadróle tanto esta razon, que luégo se resolvió á ser de la Compañía, quedando toda su vida muy agradecido al que le dió tan acertado consejo. De modo, que despues de muchos años, yendo camino, rodeó una vez diez leguas sólo por ir á dar las gracias al que habia sido instrumento de Dios para este bien que le habia hecho.

Pero no es razon pasar en silencio otra causa desta vocacion, que á mi parecer fué la más principal, aunque por entónces estaba encubierta. Deseaba este fervoroso mancebo la sagrada Religion de la Cartuja, por estarse (como dice Jeremías) [1] *sentado en la soledad, y levantarse á sí sobre sí,* escogiendo la parte de María, que es mejor que la de Marta, y ocupándose totalmente en la vida contemplativa, que es más excelente que la activa. Pero Nuestro Señor Dios (cuya providencia es admirable en el repartimiento de las vocaciones para diversas Religiones, y para varios oficios dentro dellas) le tenia escogido para la vida compuesta de entrambas [2], que es mejor que cada parte por sí sola, empleándose á imitacion de nuestro soberano Maestro y Redentor, y de sus Apóstoles, en la contemplacion de los divinos misterios, de tal manera, que della sacase luz, caudal y esfuerzo para

---

[1] Thren. 3, v. 28.
[2] Vide Caiet. in 2, 2, q. 182, art. 1.

lo mejor de la vida activa, atendiendo á la salvacion de las almas: saliendo (como dice San Bernardo) [1] de la contemplacion á la accion, y volviendo de la accion á la contemplacion. Y este fué (á mi parecer) el principal motivo que tuvo la Divina Majestad en llamar á este Padre, y aficionarle á la Compañía de Jesus, cuya propia profesion es atender, no solo á la salvacion y perfecion de sí mismos, sino tambien á la salvacion y perfeccion de los prójimos, tomando por medio para conseguir entrambos fines la oracion y contemplacion, y los demas ejercicios espirituales.

Tomada, pues, esta resolucion, pidió luégo sin más dilacion ser admitido en la Compañía, porque la gracia del Espíritu Santo (como dijo San Ambrosio) [2] es enemiga de todo lo qué es tardanza; y cuando es conocido ser de Dios el llamamiento, ha de ser obedecido con tanta presteza y puntualidad, que (como dice San Crisóstomo) [3] no nos detengamos ni un solo momento de tiempo. Al modo que San Pedro y San Andrés, y los dos hijos del Zebedeo, en oyendo la vocacion de Cristo Nuestro Señor, al punto dejaron las redes y su padre, y le siguieron. [4] Con esta presteza procuró su entrada en la Compañía, y fué recibido en nuestro colegio de Alcalá, que es uno de los principales seminarios de nuestra Religion en España, proveyéndola de muchos y muy esclarecidos sujetos, que con su espíritu, virtud y letras la han ilustrado. Entró el año de 1555, á los veintidos años de su edad,

---

[1] Serm. 57 et 58, sup. Cant.
[2] Lib. 2 in Luc.
[3] Hom. 14 in Matth.
[4] Matth. 4, v. 22.

quince años despues que se confirmó la Compañía, en la misma edad que San Bernardo entró en la nueva Orden del Cistér, otros quince años despues que fué fundada. Y no sin algun misterio de la Divina Providencia entró á los tres de Mayo, dia de la Invencion de la Santa Cruz, y como pronóstico del amor con que habia de abrazarla, y descubrir á muchos los ricos tesoros que están escondidos en ella. Enviáronle luégo los Superiores á la villa de Simancas, donde estaba el Noviciado de toda la provincia, que abrazaba entónces las dos que ahora llamamos de Castilla y Toledo. Era muy extraordinario el fervor de los novicios que allí se juntaban de tan varias partes; porque el Espíritu Santo los llenaba del mosto ó vino nuevo del espíritu propio desta nueva religion que habia plantado en la Iglesia. Halló nuestro novicio por experiencia ser verdadera la razon que su pariente le habia dicho; y acordándose siempre de ella, procuró llevar adelante el fervoroso espíritu de sus primeros padres, que tan vivo estaba en sus hijos, para que no se envejeciese ni entibiase por su culpa: y animado con el ejemplo de compañeros tan fervorosos, comenzó á señalarse mucho entre ellos, esmerándose en procurar la excelencia de la mortificacion, penitencia y oracion, y otras insignes virtudes, que resplandecieron en él por todo el discurso de su vida, como luégo veremos: porque desde entónces comenzó á caminar por la senda estrecha de la perfeccion, con el paso apresurado y fervoroso que fué continuando hasta la muerte. Y así solia él decir despues á los novicios (como yo siendo novicio se lo oí en una plática): Mirad cómo vivís ahora, porque de ley ordinaria, al paso que camináredes en la probacion, caminaréis el resto de la vida. Si en el noviciado sois tibios, y descuidados en

vuestro aprovechamiento, siempre os quedaréis tibios é inmortificados; mas si caminais con fervor de espíritu, quedaréis bien acostumbrados para proseguir del mismo modo. Esta verdad, aunque es proverbio muy antiguo, aprobado del Espíritu Santo, que dice: *El mancebo seguirá en la vejez el camino por donde fué en la mocedad* [1], pero él tambien la sacó como otras del libro de su propia experiencia, acordándose del fervor que Nuestro Señor le habia comunicado en su noviciado, en el cuál le ayudó mucho el P. Bartolomé de Bustamante, que hacia oficio de maestro de novicios: porque como conoció el caudal del sujeto, probábale y labrábale, como aconseja San Juan Clímaco [2], con diversas mortificaciones y penitencias, para darle ocasion de crecer más en las virtudes, poniéndose él con mucha humildad en sus manos, como el hierro que sale de la fragua está en las del herrero, para que le doblegase y labrase á su voluntad, hasta que se imprimiese en su corazon la forma de la perfecion evangélica. Y así solia él decir, que el P. Bustamante habia hecho grande bien á su alma. Porque no es creible lo mucho que ayuda la diligencia del santo y diestro maestro, para que el novicio salga muy aventajado: y como Dios Nuestro Señor labraba á este Padre para ser maestro de novicios, y guia de muchas almas, quiso que experimentase el bien que les venia por topar buenas guias.

En este tiempo solian acudir á Simancas el Padre Francisco de Borja, y el P. Antonio de Araoz, que eran como dos ojos de la Compañía en España, y en-

[1] Prov. 22, v. 6.
[2] Grad. 4.

comendaban los superiores al hermano Baltasar que los sirviese, para que con el olor de su modestia y fervor los edificase, y él quedase aprovechado con la luz que de tales lumbreras recibiese, especialmente del P. Francisco de Borja, que se le aficionó mucho, por verle tan fervoroso y tan devoto. Pero no le duró mucho tiempo el recogimiento de Simancas; porque faltando en un Colegio de los cercanos [1] quien hiciese la cocina, le enviaron á que hiciese oficio de cocinero, como quien tan aficionado se mostraba á oficios humildes; y hizo tan de véras este por algunos meses, como si toda su vida se hubiera de ocupar en él, descuidando totalmente de sí y de sus cosas, cuidando solamente de agradar á solo Dios, en cuya casa (como él decia) no hay oficio bajo, ni ocupacion que no se pueda tener por muy honrosa, remitiendo el tiempo que ha de durar á la providencia de Nuestro Señor por medio de los superiores. Los cuáles, como le vieron tan aprovechado, le sacaron del noviciado al fin del mismo año, para proseguir sus estudios. Porque aunque es verdad que en la Compañía hay dos años de probacion para los novicios, mas entónces, como

[1] Los Colegios que tuvo la Compañía de Jesus cercanos al de Simancas, estaban en las poblaciones siguientes: Arévalo, Medina del Campo, Palencia, Segovia, Valladolid, Villagarcía y Zamora. Habiéndose fundado el de Arévalo en 1588, los de Palencia y Segovia en 1559, el de Villagarcía en 1567, y finalmente el de Zamora en el siglo XVIII, claro está que no pueden gloriarse de haber presenciado los actos de humildad que practicó el fervoroso novicio en 1555. Queda, pues, limitada la probabilidad al de Medina del Campo, que se fundó en 1551, y al de Valladolid, el cuál existia desde 1546; pues aunque el de Búrgos llevaba cuatro años de existencia, y seis el de Salamanca, no pueden llamarse cercanos, siendo así que este dista de Simancas como unas 22 leguas, y mucho más el de Búrgos.

estaba en sus principios, y tenia tan pocos sujetos, abreviábase este tiempo, y Nuestro Señor ayudaba con su gracia para suplir esta falta, haciendo con el mucho fervor del espíritu en pocos meses, lo que ahora se alcanza en dos años. Cuánto más que en medio de los estudios conservaban el fervor y devocion de novicios, orando y trabajando como si no fueran estudiantes, y estudiando como si no fueran novicios. Y desta manera, con particular ayuda de Nuestro Señor, salieron en aquel tiempo algunos varones no ménos aventajados en el espíritu y santidad, que en las ciencias divinas y humanas. Enviáronle pues á Búrgos á rehacerse en las Artes que habia oido en Alcalá, en lo cuál estuvo poco, porque las habia estudiado con curiosidad: y así á pocos dias, el año de 1556 le enviaron al colegio de Avila, para que acabase de oir los dos años de Teología que le faltaban, en el convento de Santo Tomás de los Padres Dominicos; porque como entónces la Compañía no tenia maestros hechos, iban los hermanos estudiantes á oir la Teología á las Universidades de Salamanca y Alcalá, ó á los colegios ó conventos que la Sagrada Religion de Santo Domingo tenia en Valladolid y Avila, por leerse allí con la excelencia, puntualidad y curiosidad que todo el mundo sabe. Estudió sus dos años con mezcla de muchas ocupaciones, por ser recien fundado el colegio de Avila, y ser forzoso acudir á muchas cosas que faltan en tales tiempos, y más en casas tan pobres. Pero con todo eso aprovechó bien en los estudios, y salió de los buenos estudiantes de su tiempo. Y aunque no fué muy señalado en la Teología escolástica, pero suplió esta falta con la eminencia que tuvo en la mística, alcanzando de Nuestro Señor, como despues veremos, con la oracion, lo que otros ganan con mucho estudio.

De modo que con mucha suficiencia pudo ejercitar todos los oficios y ministerios que le encargaron, como fueron de Confesor, Maestro de novicios, Rector, Provincial y Visitador, gobernando y enderezando toda suerte de personas seglares y religiosas, de la Compañía y fuera della, platicando y hablando en comun y en particular de las cosas espirituales: todo con tanta excelencia, que puede ser dechado de perfeccion á todos los que hicieren semejantes oficios.

Porque este santo varon, desde el punto de su primera vocacion, tuvo muy impreso en su alma aquel consejo que San Bernardo [1] dió á los monjes del monte de Dios, diciéndoles que á todos, en cualquier grado y estado que tengan en la Religion, se les pide que sean perfetos; al novicio, que sea perfeto novicio; al estudiante, que sea perfeto estudiante; al obrero, que sea perfeto obrero; al que comienza, que comience con perfecion; al que aprovecha, que sea perfeto en aprovechar; y al que está en grado de perfeto, que no pare, sino que (como dice San Pablo) [2], siempre vaya adelante, y procure ser más perfecto. De suerte que, cuando principiante, tenga perfectamente todas las virtudes en el grado que convienen á estado de principiante; y como va creciendo, las vaya teniendo todas en grado más perfecto. Y porque el P. Baltasar caminó siempre á este modo, me ha parecido de tal manera seguir el órden de la historia por sus años, que contando sus virtudes, juntamente vaya poniendo el aumento y perfeccion dellas, aunque haya sido en tiempos diversos.

---

[1] Tract. de vita solitaria.

[2] Ad Phil. 3, v. 13.



CAPITULO II.

De la inclinacion grande que tuvo desde novicio á la oracion y trato familiar con Dios Nuestro Señor, y de las diligencias que hizo para alcanzarle con excelencia.

NTRE las muchas señales y prendas que hay en esta vida, de que Nuestro Señor tiene escogido á alguno para muy altos grados de santidad, y para empresas muy grandiosas de su servicio, una muy principal es concederle el soberano don de la oracion con eminencia, y admitirle al trato familiar con Su Divina Majestad; porque la oracion (como dice San Gregorio) [1] es medio muy universal y eficaz para la ejecucion de las cosas que tiene trazadas en su eterna predestinacion; y cuando pone este medio con excelencia, es señal que pretende algun grande fin de su divina gloria. Y demas desto la oracion, como enseña San Crisóstomo [2], *por mil caminos, y modos maravillosos engendra una vida pura y santa, digna del Dios á quien sirve. No puede sufrir morar en casa pobre, vacía y mal aliñada, sino luégo la*

---

[1] Lib. 2 dialog.; cap. 8.
[2] Lib. 1 de orando Deum.

compone y llena de gloriosos ejercicios, de copiosos merecimientos, y de dones soberanos [1]. *Cria un ánimo generoso, y un pecho nobilísimo, que no se abate á culpas, aunque sean ligeras, ni á niñerías de la tierra; ni á conversar vanamente con los mundanos; ni á dar entrada á los demonios; porque del trato y conversacion familiar con Dios, viene tal grandeza de corazon á los que le tratan, que tienen por basura cuanto hay en el mundo, y por bajeza envilecerse á admitir las persuasiones de los espíritus malignos, ó hacer alguna cosa que sea indigna de la presencia de su Dios* [2]. *Y asimismo da un ánimo superior á los trabajos y tribulaciones desta vida, y á la misma muerte, sin que nada desto se aparte para quitarles la santa libertad de espíritu, y la pureza del corazon, que les comunica el trato familiar con su Criador, en cuya virtud se tienen por fuertes y poderosos para vencer á sus enemigos, y hacer obras muy gloriosas.* Todo esto es de San Crisóstomo; de lo cuál infiere, que el cuidado de la oracion es indicio de la virtud y aprovechamiento interior. *Si veo,* dice, *á un cristiano, ó religioso, tibio en orar, y que hace dello poco caso, luégo conjeturo que tiene poca virtud, y pocos dones de Dios en el alma; mas si le veo muy cuidadoso de la oracion, luégo entiendo que está lleno de dones celestiales.* Porque si el que trata con sábios es sábio, quien trata familiarmente con Dios, ¿qué sabiduría tendrá, y qué riquezas espirituales alcanzará? Finalmente, como dice San Buenaventura [3], la oracion es un medio omnipotente para librarnos de todos los males, y acarrearnos todos los bienes, solicitando á la

[1] Lib. 2 de orando Deum.
[2] Lib. 1 de orando Deum.
[3] In medit. vitæ Crist.

Divina omnipotencia para que venga siempre en nuestra ayuda.

Todo esto he querido apuntar aquí para comenzar á descubrir la santidad y obras maravillosas del Padre Baltasar Alvarez, á quien Nuestro Señor concedió con singular excelencia este soberano don de la oracion, previniéndole desde el noviciado, y aun mucho tiempo ántes, con especiales ayudas, para que comenzase luégo á resplandecer en esta virtud, y por consiguiente en las demas, como la luz de la mañana, que va subiendo y creciendo hasta el perfecto dia [1]. Y porque hay dos modos de oracion mental, uno por el camino ordinario, como lo tienen comunmente los justos, y otro por camino más extraordinario, porque se comunica á pocos; aunque este siervo de Dios fué mejorado en entrambos, ahora solamente trataremos del primero, que dispone para el segundo, y depende mucho de nuestras industrias, prevenidas y ayudadas de la divina gracia [2], sin la cuál no se puede tener un buen pensamiento, ni invocar el nombre de Jesus [3]: mas con ella fácilmente se aplica el entendimiento á considerar los misterios de la Fe, despertando con los discursos y meditaciones varios afectos de devocion en la voluntad, haciendo peticiones y coloquios con Nuestro Señor, al modo que lo enseña nuestro Padre San Ignacio en el libro de sus ejercicios, y nosotros lo hemos declarado en otros libros [4]. Comenzó, pues, el P. Baltasar por este modo de oracion con grande fervor, y duró en él, como despues veremos, diez y

[1] Prov. 4, v. 18.
[2] 2 Cor. 3, v. 5.
[3] 1 Cor. 12, v. 3.
[4] En el libro de las Meditaciones, y en la Guia espiritual.

seis años, inspirándole Nuestro Señor las diligencias que habia de hacer para aventajarse en él, y hacerse digno de ser admitido á otro trato más íntimo y levantado, si el Señor quisiese comunicársele. De estas diligencias pondremos aquí una suma, reduciéndolas á estas diez, que son las más principales, para que los deseosos de crecer en esta virtud puedan aprovecharse dellas.

§. I.

RIMERAMENTE Nuestro Señor, desde novicio, le comunicó unas grandes ganas y ansias de tener contínua y fervorosa oracion; porque estos deseos tan encendidos suelen ser precursores de las insignes mercedes que han de venir del cielo, y los que mueven á pedir y procurar con instancia lo que tiene Dios trazado de dar con su providencia. Y por esto dijo Salomon: *Deseé, y fuéme dado el sentido; llamé, y vino en mí el Espíritu de la sabiduría* [1]. Y David dice: *Que el Señor oye el deseo de los pobres, y que su oido percibe el aparejo del corazon dellos* [2]. Estos deseos se fundaban en la grande estimacion y aprecio que tenia de este soberano ejercicio; no sólo por lo que habia leido y oido de los grandes bienes que trae consigo, sino mucho más por lo que él iba experimentando: porque la oracion es un maná escondido, el cuál no es bien conocido y estimado sino es del que le gusta y recibe, y en gustándole, crecen las ánsias de gustarle mucho más: porque el gusto engendra nueva hambre, conforme á lo que dice la Divina Sabi-

[1] Sap. 7, v. 7.
[2] Psalm. 9, v. 17.

duría: *El que me come, tendrá más hambre, y el que me bebe, tendrá más sed* [1]. De aquí es, que estos deseos hervian tanto en el pecho deste siervo de Dios, que todo tiempo le parecia poco y corto para darse á este santo ejercicio; y así, en cumpliendo con las demas obligaciones forzosas, se volvia á esta, y gastaba en ella los ratos que le sobraban, diciendo que el buen religioso, en este destierro, todo el tiempo que no está con su Dios, habia de ser como el peñasco fuera de su lugar, el cuál está allí violentado, y como padeciendo en su modo mientras le detienen; pero en soltándole, luégo comienza á caminar á su centro. Y quien tiene este espíritu, despacha más negocios en una hora, que otros en muchas, y no se detiene en ellos más de lo necesario, y en estando desocupado camina á su descanso, que es tratar y conversar con su Dios.

Verdad es que como el fervor de los principiantes, aunque sea de buen espíritu, suele tener algunas mezclas del propio, así estas ganas de tener oracion vinieron á ser tan demasiadas, que algun tiempo le trujeron inquieto, y con algun modo de queja contra los superiores, porque le ocupaban mucho, y no le daban lugar para todo el recogimiento que deseaba. Y como cayó en la cuenta desta imperfeccion, procuró quitarla, acompañando sus fervorosos deseos con una perfeta resignacion en la divina voluntad, cerca de todas las cosas que pertenecen á la oracion, porque esta resignacion es muy necesaria é importante disposicion para medrar en ella, segun aquello de Daniel: *Subditus esto Domino, et ora eum* [2]; sujétate al Señor, y resígnate en su voluntad, y entónces podrás orar con

[1] Eccles. 24, v. 29.
[2] Psalm. 36, v. 7.

grande fruto. Y así con mejor acuerdo se resolvió de no querer más tiempo de oracion retirada del que la obediencia le señalaba, y sus ocupaciones obligatorias le permitiesen, tomando por regla de la oracion el consejo que dió Tobías á su hijo, de la limosna: *Sé misericordioso del modo que pudieres: si tuvieres mucho, da mucho con largueza; y si tuvieres poco, da poco con alegría;* así decia él: *Date á la oracion retirada, como tuvieres tiempo. Si tuvieres mucho tiempo, gasta mucho en ella; si poco, da eso poco de buena gana: porque más te importa guardar la ley del Señor, repartiendo con él de lo que te diere, que hurtar para ofrecer mucho. Porque escrito está, que aborrece el holocausto de rapiña* [1]. *Y así aborrece hurtar el tiempo á la obediencia, aunque sea para orar y sacrificar. Cuánto más que orar es estar con Dios, y si le hurtas los ratos de tiempo que él quiere para otras cosas, no estará contigo; y si no está contigo, ¿cómo será oracion tu soledad? El esclavo que hace todo lo que su amo le manda, y gasta el tiempo en lo que él le ordena, aparejado para cualquier cosa de su servicio, no come el pan de balde, y sin escrúpulo puede sosegarse. En confirmacion desto cuenta en su librito, que un dia de San Mateo* [2], *representando al Señor unas quejas amorosas de no tener tiempo para estar con él á solas:* Factum est ad me verbum Domini, *le dijo Nuestro Señor: conténtate de que me sirvo de ti, aunque no te tenga conmigo: con lo cuál quedó por entónces muy sabroso.* Con estas razones que la misma oracion le enseñaba, corrigió el P. Baltasar sus demasiadas ansias de tenerla, quedándose con las moderadas que el espíritu del Señor siempre le comunicó, y conservó por toda la vida.

[1] Isai. 61, v. 8.
[2] 21 de Diciembre de 1569.

De donde procedió que perpétuamente fué muy puntual y exacto en cumplir por lo ménos todo el tiempo que las reglas de la Compañía señalan para oracion, leccion, exámenes de conciencia, y otros ejercicios espirituales, sin dejar jamas ninguno dellos, con toda su entereza, en el tiempo señalado, ó en otro equivalente, por más ocupaciones que tuviese: y cuando sospechaba que habian de ser muchas, madrugaba más, para cumplir con quietud su tasa de tiempo en todos estos ejercicios; y entónces añadia, como él solia decir, media hora más para las mermas, porque procuraba ser más largo que corto en ellos, y deste modo le quedaba despues lugar bastante para los demas negocios.

Pero no se contentaba con solo este tiempo de la regla, sino cuando era Superior, y casi siempre lo fué, se alargaba mucho más; porque despues de tañido á acostar se iba al coro, y se estaba dos y tres horas en oracion, velando como buen pastor cuando reposaba su ganado. Y fuera desto mandaba al despertador que le despertase media hora ántes que á los demas, y cuando iba á despertarle, ya le hallaba en oracion. Y otras veces se le pasaban las noches de claro en claro, orando dentro de su aposento, como lo echaban de ver los que vivian pared en medio, por imitar al Señor, de quien dice San Lucas [1], que trasnochaba en la oracion de Dios, diciéndole como otro Isaías: *Mi ánima te deseó de noche, y con mi espíritu de todas mis entrañas velaré á ti por la mañana* [2]. Pero especialmente hacia esto cuando se veia apretado de alguna necesi-

[1] Luc. 6, v. 12.
[2] Isai. 26, v. 9.

dad suya ó ajena, ó negocio de importancia. De lo cuál veremos adelante muchos ejemplos.

Fuera desto, cada año, por lo ménos una vez, se recogia por espacio de ocho ó quince dias, más ó ménos segun le daban lugar las ocupaciones, para hacer los ejercicios como se usa en la Compañía, dedicando todo aquel tiempo á solo el trato familiar con Nuestro Señor. Y cuando las ocupaciones no daban lugar á tanto, procuraba siquiera tomar cada mes un dia, y cada semana una mañana toda para Dios; porque echaba de ver por experiencia, que en estos ratos tan largos se afervora el espíritu, y se alcanza la gracia de la devocion, y el trato familiar con Dios; se aumentan las fuerzas para ejercitar las buenas obras, y ayudar á las almas. Y por esto Dios Nuestro Señor detuvo á Moises siete dias dentro de la niebla [1], y de allí le llamó al monte, donde le tuvo cuarenta dias, y le dió las tablas de la ley, y despues bajó con ellas en las manos para publicarlas al pueblo. Y aunque Nuestro Señor pudiera hacer en una hora lo que hizo en cuarenta dias, quiso dar á entender, que los que han de tener trato familiar con Su Majestad, le alcanzan con la comunicacion larga y retirada de mucho tiempo, donde son enseñados y fortalecidos para todas las cosas del divino servicio.

De aquí se puede ver la atencion, reverencia, devocion y fervor de espíritu con que este siervo de Dios tendria su oracion recogida; pues ninguno gasta en ella tantas horas con tanta frecuencia, sino es teniendo grande aprecio deste noble y provechoso ejercicio, y probando por experiencia la dulzura y fruto que dél se

[1] Exod. 24, v. 16.

saca. Y las mesmas ganas que tenia de dar tanto tiempo á la oracion, le movian tambien á poner sumo cuidado en tenerla con perfeccion. Y así todo el tiempo de los diez y seis años en que caminaba por el primer modo de oracion, se esmeró en guardar puntualmente todos los consejos y advertencias que enseña nuestro P. San Ignacio en el libro de sus ejercicios, y las llama adiciones para tener bien oracion, sin faltar en ninguna por pequeña que fuese; porque habia echado bien de ver lo mucho que agrada á Nuestro Señor hacer su divina voluntad con tanta entereza y puntualidad, aunque sea en cosas mínimas, para que nos admita en su presencia y trato familiar, por ser muy amigo de los obedientes, y enemigo de los que siguen sus propias trazas; y como dice San Bernardo, el esposo celestial no descansará por la contemplacion en el lecho del corazon que no está florido con flores de obediencia, sino sembrado de ortigas de la propia voluntad, ni se comunicará en la oracion al desobediente el que amó tanto la obediencia, que quiso más morir que dejar de obedecer.

§. II.

De aquí tambien le vino andar con humildad por el camino de la oracion. No quiso subir de un vuelo á lo supremo della, sino ir por sus grados, poniéndose en el más bajo, hasta que Dios le mandase subir á otro más alto. Porque, como dijo el mismo San Bernardo [1], no es cosa segura subir de repente á lo sumo, y pedir el

[1] Serm. 3 in Cant.

ósculo del divino rostro sin haber primero besado los pies, y despues las manos del celestial esposo. Conforme á esto, el P. Baltasar fué caminando por las meditaciones y obras de las tres vias que llaman purgativa, iluminativa y unitiva; comenzando por las primeras para purificarse de culpas y mortificar las pasiones, y las demas cosas que impiden el trato con Dios. Y por esta causa tenia especial cuidado de los dos exámenes de conciencia que usa la Compañía cada dia; uno general de todas las culpas y faltas, y otro particular de una especial falta para desarraigarla; apuntando las veces que faltaba por la mañana y por la tarde, haciendo comparacion de unas á otras, y de las que faltaba un dia ó una semana con las que habia faltado el dia ó semana precedente, para echar de ver cómo se enmendaba. Y deste ejercicio hacia grande caso, diciendo que era un modo de oracion práctica con que se alcanza el propio conocimiento, que es raiz de la humildad, y la pureza de corazon, que es la disposicion más importante para la familiaridad con Dios.

Con esta diligencia juntaba otra muy importante para medrar en la oracion, haciendo al fin de ella un exámen ó reflexion sobre todas las cosas que entónces le habian sucedido, así de mal como de bien, para llorar y corregir los descuidos, y para agradecer á Nuestro Señor los buenos sentimientos que le habia dado. Y porque no se olvidasen, los apuntaba en un libro de memoria, de que se hizo mencion en el prólogo, notando el dia, mes y año, y la ocasion en que sucedian; y en él dejó escrito que estas verdades eran como brasas del cielo en el pecho, para que despertasen su tibieza cuando se sintiese flojo, refrescando la memoria dellos, tornándolos á rumiar despacio para sacar nuevo provecho.

Y de aquí se le seguia otro muy grande para durar en la oracion contínuamente, cumpliendo el consejo del Salvador que dice: *Conviene siempre orar, y no desfallecer*[1]. Porque todo el dia andaba entretenido, rumiando los buenos sentimientos que habia tenido en la oracion de la mañana, comunicándole Nuestro Señor con esta ocasion otros de nuevo. Así lo confesó él mismo en el librito que hemos dicho, á donde hace esta pregunta: ¿Qué pensará uno entre dia? Y responde desta manera: *Si tiene abiertos los ojos, la oracion del cielo le hará todo el dia festivo*[2]. *Porque como en palacio dan cada dia racion al que sirve bien, así Nuestro Señor, á los que le sirven con fidelidad, se la da de los relieves de su plato, con nuevos sentimientos de verdades, que traen al alma bien sustentada y ocupada. Y yo experimento en la mia, que no puede digerir tantos bocados como la dan.* Por donde se ve cuán largo era Nuestro Señor con este su siervo, pues era tanta la abundancia y grandeza de los sentimientos, que no tenia tiempo para digerirlos, aunque todo el dia se ocupase en rumiarlos. Y de aquí le venia andar siempre en la presencia de Dios, recogiéndose muy á menudo dentro de sí mismo, para mirarle con más viveza, procurando no estar ménos recogido en la plaza que en la celda. Y algunos advirtieron, que á menudo se le cerraban los ojos, sin poder impedirlo, como el que está dormitando, por la costumbre que habia hecho de cerrarlos, para abrir con más facilidad los interiores. Asímismo, cuando era novicio y estudiante, y salia acompañando á algun Padre, todo aquel tiempo iba en oracion, y mientras el Padre negociaba, él oraba. Y en los cami-

[1] Luc. 18, v. 1.
[2] Psalm. 75, v. 11.

nos que hacia, siempre iba orando; y por esto solia decir, que acompañar y caminar era bueno para siempre orar. Desta manera vino el P. Baltasar á juntar las dos cosas que hacen á uno espiritual, y hombre de oracion; porque ni basta la oracion larga y retirada, si despues entre dia se derrama el corazon, y se olvida de continuarla, ó rumiando lo que sacó della, ó añadiendo otras jaculatorias breves y frecuentes, pues, como dice Casiano [1], muy poco ora el que solamente ora cuando está de rodillas, si no procura cumplir lo que dice el Apóstol: *Orad sin intermision* [2]; ni tampoco bastará la frecuencia de las oraciones breves, si no hay algunos ratos de oracion retirada, en la cuál se enciende el corazon para que conserve la presencia de Dios y el recogimiento interior, sin que se hiele y pierda con las ocupaciones del dia. Y á este propósito repetia algunas veces lo que respondió el Maestro Juan de Avila, que hizo el *Audi filia*, á uno que le preguntó si bastaba traer presencia de Dios entre dia, y andar recogido como él andaba: Si no tiene, dice, más que eso, perderse ha; y preguntando qué era esto más, dijo, largos ratos de oracion.

Finalmente echó el sello á todas sus diligencias con la grande constancia y perseverancia que tuvo en todas las cosas sobredichas. Porque con haber padecido en los diez y seis años que tuvo este modo de oracion, grandes nieblas y sequedades de espíritu, durezas, distracciones, desmayos, y otras aflicciones y pruebas, por donde pasan los que van por este camino, nunca perdió las ganas de tener oracion, ni la puntualidad y ejecucion en ella, perseverando con tan-

[1] Collat. 10, c. 13.
[2] 1 ad Thes. 5, v. 17.

ta firmeza y diligencia, como si siempre hallara buena y suave acogida, poniendo su principal confianza en la infinita misericordia y liberalidad de Dios, en cuya presencia se ponia. Al modo que dijo la Cananea [1], como un cachorrillo que está esperando las migajas que caen de la mesa de su señor; y como el otro amigo del Evangelio [2], por ningunos desvíos se cansó de llamar á las puertas de Dios muchos años, hasta que vino á ser oido y admitido á su familiar trato con grande abundancia de dones celestiales; como veremos en el capítulo XII, á donde se pondrán los frutos y premios tan grandiosos de estas diligencias, y de la perseverancia que tuvo en ellas.

[1] Matth. 15, v, 25.
[2] Luc. 11, v. 8.





CAPITULO III.

Cómo comenzó por la meditacion de los misterios de la humanidad de Cristo Nuestro Señor, y de la especial devocion que siempre le tuvo, y de los provechos que sacó.



Los que comienzan á servir á Dios, y á tratar con su Divina Majestad en la oracion, despues que han salido del miserable estado del pecado en que estaban, y ejercitado para esto las meditaciones de la gravedad de los pecados, de la terribilidad de la muerte, juicio, infierno, y otros castigos que la Divina Justicia amenaza contra ellos, suelen pasar á la meditacion de los misterios que pertenecen á la sagrada humanidad de Cristo Nuestro Salvador, Dios y hombre verdadero, que es nuestro camino, verdad y vida, principio, fin y medio de nuestra perfeccion y salvacion [1]: porque él dijo: *Yo soy la puerta; si alguno entrare por mí, se salvará, y entrará y saldrá, y hallará pasto* [2]. Por esta puerta han de entrar todos, así pecadores como justos; así los principiantes, como los que aprovechan ó son perfetos; y todos hallan pasto conveniente para sus almas, conforme á

[1] Joan. 14, v. 16.
[2] Joan. 10, v. 9.

su necesidad y capacidad, y al fin que pretenden en la entrada, cuando meditan sus misterios. Los pecadores, meditando lo mucho que hizo y padeció por sus pecados, hallan pasto de contricion, penitencia y lágrimas para limpiarse y salir dellos. Los principiantes hallan pasto de las virtudes que mortifican los vicios y pasiones, y hacen que la carne se rinda al espíritu, y la sensualidad á la razon; los que aprovechan hallan pasto de verdades y virtudes más crecidas, que les ilustran y hacen crecer como la luz de la mañana, hasta llegar al perfecto dia; mas los perfectos hallan pasto más excelente, entrando por esta puerta de la sagrada humanidad á contemplar los misterios altísimos de la Divinidad, y saliendo á ejercitar con los prójimos obras y ministerios de muy encendida caridad. Por esta puerta entró nuestro P. Baltasar desde sus principios, y no cesó de entrar toda la vida entrando y saliendo. Entrando primero en los secretos del corazon de Dios humanado, y subiendo despues á engolfarse en los misterios de Dios trino y uno, y saliendo de allí, primero á mortificarse y labrarse á sí mismo con varios ejercicios de virtudes, y despues á socorrer con gran fervor á sus prójimos.

§. I.

PRIMERAMENTE tomó á Cristo Nuestro Señor por su principal Maestro, conforme á lo que el mismo Señor dijo: *Vuestro Maestro es uno solo, que es Cristo* [1]. El cuál hizo este oficio en cuanto hombre visiblemente, enseñando á todos con obras y palabras la perfeccion evangélica, y los secretos

[1] Matth. 23, v. 10.

misterios de la Divinidad y Trinidad, que estaban ántes escondidos; y en cuanto Dios le hace invisiblemente cada dia, enseñando al alma estas verdades, dándola luz para entenderlas, y aficion para desear y procurar las virtudes. Y de entrambas maneras le tomaba por Maestro en su oracion, ya mirándole como hombre, formando dentro de su imaginacion la figura de este Señor, la cuál despues le comunicaron muy más perfectamente; ya mirándole como Dios, que habla al corazon de sus siervos en la soledad interior. Y era admirable la compostura, reverencia, devocion y ternura que en esto tenia. Presentábase en su oracion á Cristo Nuestro Señor como discípulo á los pies de su Maestro, diciéndole de esta manera: *Señor mio, vos y yo tenemos sendos oficios, dados por vuestro Eterno Padre, cuando dijo:* Este es mi Hijo muy amado, á él oid [1]. *El vuestro es de ser Maestro; el mio es de ser discípulo. Si es para vuestra gloria, hagámosles ahora. Y porque del Maestro es hablar, y del discípulo callar, yo tendré silencio; hablad vos, Señor, que vuestro siervo oye; y para estar más atento cerraré mis ojos. Y porque no sólo sois Maestro sino Señor, oiros hé de rodillas. Y porque no solamente sois hombre sino Dios, tendré las manos puestas y levantadas en alto; por una parte oyéndoos, y por otra parte adorándoos; por una recibiendo la doctrina, y por otra mostrando la veneracion en que la tengo, con la postura religiosa, sin bullirme por más cosas que me desasosieguen, porque no se me pierda ni una palabra de doctrina tan saludable. Y el desasosiego que allí se me ofreciere, tendré por martirio, y lo sufriré como tal, haciendo en esto poco prueba de lo mucho que en otras oraciones he ofrecido de sufrir por vuestro amor. De suer-*

[1] Matth. 17, v. 5.

te, que en resolucion he de oirle como á Maestro en silencio; de rodillas como á Señor; las manos puestas como á Dios, y sin bullirme porque no se pierda palabra, y para que se vea lo mucho que mi alma venera su doctrina. Esto decia y hacia este devoto Padre. El cuál no llama aquí, hablando con los principiantes, oir en silencio, aquel modo alto de oracion, que se dice de quietud y union, en que cesan los discursos, y se reciben con sosiego las divinas ilustraciones; el cuál resplandeció despues en el mismo Padre, como en su lugar veremos; sino otro ordinario y necesario para orar con atencion y provecho, en que cesan las distracciones y vagueaciones de la imaginacion parlera y vagabunda; y el entendimiento con quietud atiende á discurrir y meditar los misterios del Salvador, y las palabras que habló en su Evangelio, y las interiores que habla al corazon del que bien medita, que son las divinas inspiraciones.

Con el ejercicio desta meditacion comunicó Nuestro Señor al P. Baltasar especial aprecio y devocion con todas las palabras deste celestial Maestro. Porque aunque es así, que todas las palabras que Dios habló desde el principio del mundo, y están en la Sagrada Escritura, han de ser creidas con igual fe, por ser de una misma suprema verdad, que no puede engañar ni ser engañada; mas con particular respeto y cuidado se aprovechaba de las benditísimas palabras que habló el Verbo Eterno encarnado, hallando en ellas una particular medicina, y poderosa eficacia para todo lo que toca al bien del alma. Pues por esto el mismo Señor dijo, que sus palabras eran espíritu y vida; y San Pedro le respondió: *Señor, á dónde iremos, que tienes palabras de vida eterna?* [1]

[1] Joan. 6, v. 64 et 69.

Y esto le procedia de la singularísima devocion y estimacion que tenia de la persona deste celestial Maestro, mirando á su sacratísima humanidad como á fuente de todas las riquezas espirituales; y con este espíritu se allegaba á él en la oracion, para tener parte en ellas. Este sentimiento alcanzó meditando aquellas palabras de San Lúcas [1]: *Bajando Jesus del monte acudia á él muchedumbre de gente. Llegó*, dice, *del cielo el hermano mayor, rico señor, y llegábanse á él, y salia dél virtud que enriquecia á los demas. Y de aquí es que las pláticas del Padre Eterno con los justos son de que estimen á Cristo, y las trazas con que les enriquece son por este medio* [2]. *Magnificans*, como dice David, *salutes Regis ejus, engrandeciendo las saludes de su Rey; esto es, haciendo que en su corazon engrandezcan y estimen la salud y plenitud de bienes que les vino por este Rey y Salvador del mundo. Porque*, como dijo San Pedro [3], *nos dió cosas muy grandes, y cumplió promesas muy preciosas; de quien se verifica lo que dijo el Santo Job* [4]*:* Si comí á solas mi bocado, sin que le partiese con el huérfano y peregrino. *El es Hijo de Dios, y él nos dió potestad de serlo nosotros; en él se complació el Padre Eterno, y en él le complacemos nosotros. Él es Sacerdote, él nos hizo sacerdotes. Él tiene en sí todas las cosas, él nos hizo participantes dellas.* Este era el sentimiento del P. Baltasar. Y con gran dolor añadia, que una de las ignorancias más perjudiciales que puede haber en el pueblo cristiano, es de la persona de Cristo, y de las riquezas que en él tenemos. De donde les proceden grandes necesidades,

[1] Luc. 9, v. 37.
[2] Psalm. 17, v. 51.
[3] 2 Petr., v. 4.
[4] Job. 31, v. 17.

con tristezas, desmayos y desconfianzas, como si estuvieran sin remedio. A la manera que los hermanos de Josef padecian hambre y desconsuelo, porque ignoraban que su hermano Josef reinaba en Egipto, y que estaba en su mano la abundancia de aquel reino, á donde Dios le habia enviado, como él mismo se lo dijo [1].

Con estas y otras meditaciones cobró tambien grande estimacion del encendidísimo amor que Cristo Nuestro Señor nos tuvo, de donde procedieron los beneficios y mercedes que nos hizo. Declarábalo por esta comparacion, con estas devotas y fervorosas palabras: *Cuanto los rayos del Sol son más recios, tanto más quema el resplandor que dellos reverbera. Los rayos del amor de Cristo Nuestro Señor iban á dar derechos en el corazon de su Padre, por cuyo amor y obediencia nos amó; pues si los rayos son tan recios por ser tan intenso el amor que á su Padre tenia, ¿qué tanto quemará su resplandor? No hay lengua, ni virtud que lo pueda significar. Esta es aquella fuerza que dijo el Profeta* [2]: Alegróse como gigante á correr por su camino, desde lo más alto del cielo fué su salida, y su vuelta hasta lo más alto de él, ni hay quien se pueda esconder de su calor. *¡Oh amor divino, que saliste de Dios, y bajaste al hombre, y volviste á Dios; porque no amaste al hombre por él sino por Dios, y en tanta manera le amaste, que quien bien considera este amor, no se puede defender de la amorosa fuerza que hace al corazon! ¿Quién le reconocerá en su primera entrada en el mundo, tiernecito y helado de frio por él, que no se encienda en amor suyo? ¿Quién le mirará en el discurso de su*

[1] Gen. 45, v. 5.
[2] Psalm. 18, v. 6.

vida, vil y maltratado por honrarle, que no le estime? ¿Quién le verá en el remate, permitir que sus criaturas pongan en él las manos, y le afeen, y atraviesen en un palo, levantado en alto, todo teñido en su misma sangre, por obrar su salud, que no se le lleve consigo y alce de la tierra? Si los beneficios son cadenas, y las buenas obras tizones; con tantas como mi alma ha recibido deste Señor, ¿cómo no se abrasará toda en su amor? Y si el amor mueve más á amar que los beneficios, porque el que á otro algun beneficio hace dale parte de lo que tiene; mas el que le ama dale á sí mismo con lo que tiene, sin quedarle nada: alma mia, ¿cómo no amas á Dios? ¿Cómo no te hartas con Dios, y te basta, pues basta á los Angeles del cielo? Si en el triste y ciego amor del mundo los corazones frios se encienden en amor de otros cuando se ven prevenidos de su amor, y los amantes se queman y abrasan cuando se ven, ¿qué dureza es la tuya, alma mia, que ya que no has prevenido á este Señor amándole, no pagas al que ves que te ha dado tantas muestras de su amor? Para el que no tiene su corazon prendado de otra parte, basta lo dicho. Con estas razones encendia el P. Baltasar su corazon en amor del Redentor, que primero le amó, procurando no tener el corazon prendado de otra criatura, para que pudiese arder en él con más fervor su divino amor. Y para esto procuraba tambien ahondar más en el conocimiento de los demas títulos, por donde Cristo Nuestro Señor merece ser amado y estimado, diciéndole: *¡Oh, Señor! y los que te conocen cómo te quieren! Tu Padre te quiere, el Espíritu Santo te quiere, tu Madre te quiere, y tus Angeles, y tus hijos y amigos, todos están tiernos en tu amor, y tus criaturas te hacen profunda reverencia; ¿y yo solo no tengo de quererte? ¿Yo solo tengo de estar helado, y descomedido en tu presencia?*

§. II.

De esta estimacion y amor que tenia á Cristo Nuestro Señor procedia aparejarse con particular disposicion para las fiestas principales, en que se celebran los misterios de su sagrada humanidad, gastando mucho tiempo en oracion sobre ellos, y recibiendo particulares visitas y regalos en su consideracion, como se saca de los sentimientos que cuenta en su librito haber tenido en semejantes dias. De los cuáles pondré aquí solos dos, en que se descubren las diligencias que hacia, y lo que del Señor recebia. La noche de Navidad andaba tan metido en la presencia del Salvador, á quien adoraron los pastores, que despues de colacion, yendo á tener un rato de recreacion con los demàs del Colegio: *Acordéme*, dice, *que iba á estar yo con el ganado, cuyo principal pastor es Cristo, y representóseme, que por ser buen pastor no habria dejado solo su ganado, y se estaria con él: con lo cuál fuí muy consolado á ella, pues allí habia de hallarle.* Despues apunta los altos intentos y deseos que tenia, y la resignacion con que se aparejaba para tener, ó carecer de los regalos que asomaban, diciendo: *Si me sucediera aquella noche, segun yo lo tenia deseado, como esto fuera grande regalo, así no venir fuera grande trabajo: mas para el fin que Dios lo envia, tanto de más efeto, cuanto más puro. Y con esto quedé consolado.*

Otro sentimiento semejante tuvo el dia siguiente de los Reyes, en el cuál dice: *Deseando tener buenos pensamientos de la fiesta, sentí esta palabra: ¿Y si el Señor no quiere que los tengas? Respondí: De muy buena gana*

quiero ignorar lo que Dios no me quiere declarar. Y si tú buscas el contentamiento del Señor, no te hace agravio, pues por aquí se le das más presto. Y con esto quedé satisfecho y consolado. Pero no le dejó Dios seco sin la devocion que deseaba con tanta resignacion; porque luégo le consoló con esta devota consideracion, ponderando la alegría de los Magos cuando vieron la estrella: Si en este destierro donde hay tanta tristeza y miseria, la luz que da el Señor contenta y harta tanto que los Reyes, en viendo la estrella, se alegraron con muy grande gozo, ¿qué será gozar del Señor á quien esta luz muestra? Y sin duda se le dió á gozar, como consta de otros tiernos sentimientos que añade, los cuáles se pondrán en el capítulo sexto.

Pero sobre todos los misterios del Salvador tenia singular devocion con los de su santísima pasion y muerte en la cruz, la cuál traia muy fija en su memoria, y gustaba mucho de meditar en ella. Y así, preguntándole en este tiempo de qué manera tenia oracion, respondió, que en entrando en ella le eran dados los pies benditísimos de Cristo crucificado, y allí se estaba adorándolos. Y puesto á estos pies, meditaba la leccion tan alta de todas las virtudes que este soberano Maestro leyó en la cátedra de la cruz, y sacaba encendidos afectos de mortificarse y crucificarse á sí mismo, y de amar y ayudar á los prójimos, por cuyo amor su Maestro padeció tales trabajos. Y era tan grande el provecho que de allí sacaba, que á todos los que comenzaban de nuevo á tener oracion, les aconsejaba la meditacion de la pasion, como fuente de su aprovechamiento espiritual; y solia repetir muchas veces en sus pláticas ordinarias: No pensemos que hemos hecho nada, hasta que lleguemos á traer siempre un Cristo crucificado en nuestro corazon. Y así le

traia él; porque deste modo se puede entender la presencia corporal de Cristo Nuestro Señor, que escribió habérsele comunicado, en la relacion que despues pondremos. Aunque yo pienso que principalmente entendia esto de la imágen viva de Cristo crucificado, que imprime en el corazon el amor de este Señor, transformándonos en la figura que tomó por nosotros en la cruz, deseando entrañablemente vivir siempre crucificados con él y por él, diciendo como el Apóstol: *Con Cristo estoy clavado en la Cruz; vivo, no yo, sino Cristo vive en mí* [1].

Fuera de esto se aprovechaba tambien de tener siempre en su aposento un Crucifijo, á quien estaba mirando á menudo, y por cuyo medio recebia señaladas mercedes, y luz de muchas verdades que decia á los que le hablaban; y á veces quedaba trasportado, entrando por las puertas de sus sacratísimas llagas á engolfarse en el abismo de su infinita caridad y divinidad. Finalmente, lo que meditaba con especial sentimiento y fervor en Cristo crucificado, eran los tres compañeros que le siguieron desde el pesebre por todo el tiempo de su vida, y con más rigor en su pasion y muerte; conviene á saber: pobreza, desprecio y dolor; rumiando y desmenuzando las cosas particulares que encierra cada uno [2]. Mirábale en la cruz tan pobre, que estuvo del todo desnudo, y sin tener una gota de agua con que mitigar su sed; tan despreciado, que como insigne malhechor fué puesto en medio de dos ladrones, y blasfemado de todos los circunstantes; tan dolorido, que de pies á cabeza no tenia parte en su

[1] Ad Gal. 2, v. 19 et 20.
[2] En el cap. XLVIII se dilata más esto.

cuerpo que no padeciese terrible tormento. Y con esta consideracion no sólo se enternecia, sino se alentaba á buscar la pobreza, á amar los desprecios, y abrazar los dolores, como lo hizo toda su vida, estimando siempre en mucho la cruz espiritual, que destas tres cosas se compone; porque en esto consiste la perfeta imitacion de Cristo crucificado, y lo que llama San Pablo traer en sí la mortificacion de Jesus, y las señales de sus llagas, como se verá en el capítulo que se sigue.





CAPITULO IV.

De las véras con que procuró desde novicio la mortificacion de sí mismo en todas las cosas, y la prosiguió toda la vida con muchas obras de penitencia.

L espíritu de la perfeta oracion, que llega á tratar familiarmente con Dios Nuestro Señor, no se halla sin el espíritu de la verdadera y entera mortificacion de sí mismo, la cuál ordinariamente precede como disposicion para orar con provecho, y la acompaña como arma fuerte para vencer las repugnancias y dificultades que se ofrecen orando; y se sigue despues della, como fruto á que inclina y mueve la misma oracion, para poner en obra las cosas que en ella se han entendido y deseado [1]. Menester has subir primero al monte de la mirra, que es la mortificacion, amarga á la carne, si has de pasar al collado del incienso, que es la oracion, suave al espíritu. Y porque en este collado de Dios hay escuadrones de Filisteos [2] y enemigos, que hacen guerra y molestia á los que en él residen, has de tener las armas en la mano para pelear contra ellos, mortificando y deshaciendo todos los estorbos y difi-

---

[1] Cant. 4, v. 6.
[2] 1 Reg. 10, v. 5.

cultades que ponen. Y si has subido al monte Tabor [1], y transfigurádote por la oracion en la imágen de Cristo glorificado, no es para quedarte allí, sino para bajar á cumplir los excesos de amor, aunque sea á costa de muchas mortificaciones y trabajos, acompañándote con su pobreza, desprecios y dolores, llevando la cruz, que se compone dellos.

De aquí es, que como Nuestro Señor deseaba hacer perfeto á este su siervo, juntamente con las ganas de la oracion le comunicó tambien desde sus principios una generosa y fuerte resolucion de mortificarse á sí mismo en todas las cosas, deseando morir, si pudiese, de una vez á sí y á todo lo criado, para vivir á solo Dios, y hallar en él quietud y descanso: porque como la carne tiene grandes repugnancias, miedos y temblores de la mortificacion, teniéndola por cruz muy pesada, y cuanto más huye de ella, tanto se le hace más terrible; así es gran prudencia ofrecerse varonilmente á llevarla desde luégo con gran rigor; porque, como dijo el Salvador [2], el Reino de los cielos ha de ser conquistado por fuerza y violencia, y los esforzados y valientes le arrebatan, no venciendo á otros, sino venciéndose á sí mismos, y degollando á su propio amor; porque con esta buena muerte se libran de mil muertes que padecen los amadores de sí mismos no mortificados, y alcanzan el gozo y paz en que está el Reino de Dios. Y así solia decir el P. Baltasar: *Que como los mártires, segun canta la Iglesia,* mortis sacræ compendio vitam beatam possident, *con el atajo breve de una buena muerte poseen descanso eterno, y vida bienaventurada; así los justos bien mortificados, con*

[1] Luc. 9, v. 37.
[2] Matth. 11, v. 12.

otra breve muerte de su propia abnegacion, alcanzan el descanso que en la tierra se puede alcanzar. Y porque no ponemos de una vez cuero y correas en nuestra abnegacion, así andamos siempre gimiendo, y llevamos la cruz sin morir en ella, que es propio de los hipócritas.

§. I.

CON esta resolucion comenzó este santo ejercicio, y acometió con brio la mortificacion de lo que suele estar más arraigado, que es los siniestros de la condicion natural. La cuál tenia á los principios seca y áspera consigo y con otros; y fué muy advertido de todos los que le conocieron, que la corrigió y mortificó de tal manera, que se quedó con la aspereza para consigo, mostrando grande blandura y suavidad con los demas. Al modo que se escribe de nuestro P. San Ignacio, que de su complexion natural era muy colérico, y con la mortificacion se mudó de modo, que parecia flemático. A cuya imitacion mortificó tanto su natural, que de rígido le trocó en blando.

Demas desto, el afecto de carne y sangre con los parientes, que tan natural y arraigado está en muchos corazones, le tuvo tan mortificado y sujeto, como si no tuviera padre, ni madre, ni deudos. Nunca se le oia decir de dónde era, ni qué parientes tenia, ni se metia en sus negocios. Y la vez que fué á Roma, aunque á ida y vuelta pasó por junto á su tierra tres leguas, no quiso ir allá, ni avisar para que le saliesen á ver sus deudos: y las veces que fué allá despues, fué forzado por obediencia de los Padres Provinciales, y habiendo él propuesto muchas razones para impedi-

llo. Por esta causa tambien nunca quiso recebir dellos cosa alguna, por no quedar más prendado ni obligado á visitarlos, diciendo que el religioso ha de poner los ojos toda la vida en no engorrarse, ni prendarse con demasía con ninguno de la tierra, ni pariente, ó amigo, ó deudo; sino ser como otro Melquisedec, sin padre ni madre, ni deudo que le quite el privilegio de su religiosa libertad.

. Tambien se esmeró mucho en la mortificacion de los sentidos, procurando no darles contento en nada. Venció la curiosidad de la vista con grande extremo, porque cuando fué á Roma, donde hay tantas cosas que ver, no quiso verlas; y mientras los demas andaban viéndolas, él se quedaba en oracion delante de los cuerpos santos, cuyas reliquias visitaba. Siendo Rector en Medina, yendo el dia del Corpus á la procesion, advirtieron muchas personas, que, todo el tiempo que duró, clavó los ojos en el Santísimo Sacramento, sin jamas apartarlos á mirar las danzas y las demas fiestas que le daban ocasion para ello. Y él mismo con cierta ocasion conveniente contó, que estando en Valladolid en un auto de la santa Inquisicion, le cupo un lugar desde el cuál no podia mirar al tablado de los inquisidores y de los penitentes, sin mirar primero las mujeres que estaban en otro tablado delante del suyo. Y pareciéndole esto de mucho inconveniente, sacó una imágen de Nuestra Señora que solia traer consigo, y clavó en ella los ojos y el corazon, de manera, que siete horas que duró el auto, no levantó los ojos de la imágen, ni supo más de lo que allí se habia tratado, que si no estuviera presente.

No tuvo menor cuidado en la mortificacion del sentido del gusto; porque cuando le sabia alguna cosa bien, la dejaba al mejor tiempo, y por lo ménos deja-

ba el mejor bocado del plato, diciendo que era bien dejarle para Dios. Y no permitia que en la mesa se hiciese con él alguna particularidad; y si le ponian algo bueno, dábalo á los que tenia cerca de sí. Y si la porcion ordinaria que le cabia era mejor que la que caia al que estaba á su lado, trocaba con él, y tomaba para sí lo peor; y cuando con disimulacion podia tomar el mal pan ó más duro, lo tomaba, y ponia lo mejor y más blando al que estaba á su lado. En su aposento nunca quiso tener algun regalo de los muchos que solian enviarle, sino que se diesen á los enfermos. En sus enfermedades, cuando tenia mayor hastío, se hacia más fuerza á comer lo que le daban, porque el comer entónces era atormentar al gusto. Las purgas y bebidas de botica, por más amargas que fuesen, las tomaba con mucha pausa hasta la última gota, sin dejar nada, y aun se quedaba con ella enjuagando la boca para gustar más la amargura de la purga. Una vez estando enfermo le pusieron un pollo sin abrir, y con saberle muy mal, comió dél por mortificarse, hasta que el mismo que se le puso advirtió en ello, y se le quitó de delante. Y estas mortificaciones procuraba hacerlas de modo que otros no las advirtiesen, por huir de la honra que se cobra de ser mortificado; pero no podia encubrirlas, porque ya todos reparaban en ellas. Una vez, en un meson, apénas tenia qué comer más que un huevo, y fingió que se habia caido de la mano en el suelo, y echó de ver el compañero que habia sido por mortificarse en aquella poca comida que habian hallado. Era enemigo de cosas olorosas, fuera de la iglesia ó del aposento de algun enfermo, cuando era necesario. Y por mortificarse, siendo Superior, limpiaba él mismo los lugares inmundos.

En su aposento buscaba incomodidades que fue-

sen materia de mortificacion. En Avila escogió á tiempos un aposentillo tal, que apénas se podia rodear, y tenia el Breviario y otros librillos en una tabla sin mesa. Nunca se sentaba en silla ó en parte donde estuviese arrimado, aun cuando estaba convaleciente, y el cuerpo pedia algun modo de descanso; y por esto nunca tuvo en su aposento silla, si no es de costillas y sin respaldar.

Fué muy rígido en tratar á su cuerpo con grande aspereza, porque decia que estando un alma llagada de Cristo Nuestro Señor, no está contenta si no lo está su cuerpo tambien. Porque como hay semejanza en los corazones, estando ambos llagados, así la hay entre su cuerpo y la humanidad sacratísima de su Señor, que ve llagada y lastimada. Y de aquí es que si su Señor no le da dolores y enfermedades en el cuerpo, él toma la mano en lastimarle y llagarle. Y así lo hacia este santo varon, porque como nuestro P. San Ignacio en el libro de sus ejercicios encomienda tanto á los que tratan de oracion el uso de las penitencias corporales, así florecia grandemente en los nuestros con la oracion el espíritu de la penitencia en traer cada dia silicio, y tomar dos disciplinas, una por la mañana y otra por la tarde, que duraban más de un cuarto de hora cada una, dormir sobre una tabla, no comer sino una vez al dia, estar puestos en cruz algunas horas, tomar diciplinas en refectorio por espacio de un Salmo de *Miserere mei*, ó dos, y otras invenciones santas que inventaba el fuego del divino amor, que ardia en sus corazones, para perseguirse y maltratarse, andando con una santa porfía de aventajarse los unos á los otros: y los que conocieron á este Santo Padre afirman que se aventajaba en esta parte á los demas; y como casi siempre era Superior, así te-

nia más mano para hacer más grandes penitencias. Tomaba cada dia tan recias diciplinas en todo su cuerpo de pies á cabeza, que por encarecimiento decian los novicios de Medina que hacia temblar todo el cuarto; y fué menester que el Provincial le pusiese tasa; y sus Confesores, viendo que se iba consumiendo por el mal tratamiento de su cuerpo, con cilicios, abstinencias y dormir sobre una tabla, le obligaban á que se moderase, porque no se le acabase la salud y vida, como habia sucedido á otros muchos de los nuestros, por la misma causa.

§. II.

PERO no se contentaba con esta mortificacion de su propia voluntad, que es la mejor, y la que más importa para crecer en el espíritu y en toda virtud, y para conformarse en todo con la divina voluntad, que es lo supremo de la perfeccion. Y en razon desto le dió Nuestro Señor este sentimiento, que cuenta en su libro, hablando de sí como de tercera persona: *Entendió que Dios Nuestro Señor no quiere que tomemos gusto en cosas del mundo, porque tras ellas se nos va la voluntad, y no quiere que hagamos lo que la propia voluntad nos dice, sino lo contrario: ni que tomemos gusto, sino es el que viene del cielo por su mano. Como el ollero desmenuza el barro, y despues lo pisa, y da muchas vueltas, hasta que está blando y suave, así Nuestro Señor, como es tan primo en sus obras, quiere nuestra voluntad muy rendida á la suya, y para esto la deshace y da vueltas, hasta que está muy sujeta, blanda y suave, como al caballero su caballo; aunque cuando se ha de hacer alguna obra gruesa, no es necesario que esté el barro tan suave.*

Entendiendo la sobredicha persona este misterio tan grande, se admiró, y por su medio experimentó recibir del Señor grandes mercedes. En las cuáles palabras da claramente á entender que puso en práctica este aviso, y cogió dél muy copioso fruto. Y así es, que mortificaba grandemente su voluntad, aunque en cosas de suyo buenas, cuando le impedian para otras mejores. Como se vió por lo que dijimos de las demasiadas ansias que tenia de tener tiempo para oracion, huyendo por esta causa del trato con los prójimos; y como entendiese por divina inspiracion, que nacian de su propio amor, que deseaba su descanso y consuelo, y no puramente el servicio de Dios, las mortificó y venció de manera, que ya con mucho gusto acudia á las ocupaciones con los prójimos, pareciéndole que allí hallaria el mayor servicio divino que buscaba [1]. Y así, ponderando lo que dice San Pablo con lágrimas, que habia muchos enemigos de la cruz de Cristo, decia él hablando con el mismo Salvador: *Desde aquí digo, Señor, que mi contento no lo quiero en afanar más tiempo para el cumplimiento de mis deseos, aunque buenos, sino en perderme por vos: no en que me deis más de lo que tengo, ni en tener salud ó comodidad, sino en que os sirvais dello vos. Y cuanto os alargáredes en ello, por tanto mayor favor lo tendré, por ser amigo de vuestra cruz, y acallar las lágrimas de vuestro Apóstol. No quiero ya poner mi contento en hacer lo que yo quiero, sino en lo que vos quereis: más quiero dejar de ofrecer, que hurtar el tiempo para hacerlo.*

Con este valor se privaba de sus buenos gustos y deleites espirituales, por el mayor gusto de Dios, que está en cumplir su santa voluntad. Y á este paso mor-

[1] Ad Phil. 3, v. 18.

tificaba tambien su propio juicio, y su honra y estima, y generalmente cualquier aficion á criaturas, que en algun modo pudiese menoscabarle el fervoroso amor de su Criador. Un Padre familiar suyo contó que reparando en verle algunos dias continuados muy pensativo, como quien deseaba alguna cosa, ó tenia alguna pena, le preguntó la causa, y le respondió: Ando procurando recabar de mí, vivir como si estuviera en los desiertos de Africa, y que mi corazon esté tan desasido de las cosas desta vida, y de las personas humanas, y que vaya á estar tan solo de criaturas, como si en hecho de verdad viviera en los desiertos. Y así lo recabó, como adelante se verá, lo cuál es indicio de la contínua y ferviente mortificacion interior y exterior que traia. De aquí es que continuamente se andaba persiguiendo y negando, no sólo en cosas grandes, sino en cosas muy menudas; porque decia que la sustancia de la mortificacion consistia en mortificarse en todas las cosas, aun en las muy pequeñas, para que no solamente se halle recto y perfecto en el estado, sino en las menudencias dél, imitando á la esposa, cuyas manos y dedos, hasta las puntas estaban llenos de mirra muy escogida [1]. Y el que llegase á esto, podrá decir: *Consummatum est*, acabado es todo lo que se encontraba con la voluntad de Dios; todo lo que impedia, todo lo que se puede andar de nuestra parte. Y así le sucedió al mismo: porque con esta contínua mortificacion quitó todos los estorbos de su aprovechamiento, venció sus pasiones, alcanzó gran libertad de espíritu, y un señorío de sí y de sus afectos, que ninguno le vió turbado ni enojado. Cuando era menester repren-

[1] Cant. 5, v. 5.—Joan. 19, v. 30.

der á alguno, sin turbarse, tomaba máscara de hombre enojado, y luégo se quedaba tan sereno y quieto como si nada hubiera pasado; porque las pasiones que ántes impedian, ya no dañaban, sino servian á la razon en lo que ella mandaba, *quod est grande miraculum gratiæ*. Lo cuál, dice, es un gran milagro de la gracia de Dios, con cuya virtud los enemigos que ántes nos destruian, ya nos ayudan y aprovechan.

Desta mortificacion salia su composicion exterior tan apacible y religiosa, que echaba de sí olor de santidad, y componia á quien le miraba; porque su modestia era grande, el rostro de penitente y hombre puesto en Dios, los ojos algo llorosos, y una gravedad no ofensiva, sino amable, por acompañarla con semblante alegre, sin muestras de tristeza, por muchos trabajos que tuviese. Muchas personas graves afirmaban, que no solamente los ayudaba con sus palabras, sino tambien con su sola presencia, y por ser tal la modestia y santidad que resplandecia en su persona, cumpliéndose en él lo que dijo el Santo Job [1], que la luz y resplandor de su rostro nunca se caia en tierra; porque ni hacia cosa que le avergonzase, ni que desdijese de la gravedad y autoridad de su persona. Lo cuál es efecto de la perfecta mortificacion, que tiene á raya todos los afectos del hombre interior, y los movimientos del hombre exterior.

Finalmente, por las vehementes ganas que tenia el P. Baltasar de traer siempre unido su espíritu con Dios, por contínuo amor y trato familiar con Su Majestad, se echa de ver la fuerza y ganas con que se mortificaba á sí mismo [2]: porque el amor es fuerte

[1] Job. 29, v. 24.
[2] Cant. 8, v. 6.

como la muerte, y duro como el sepulcro, para matar, destruir, y deshacer todo lo que impide la union con su amado; y es tan liberal en dar cuanto se le pide por alcanzar lo que ama, que ninguna cosa niega, por muy costosa ó penosa y desabrida que sea [1]. Esto declaraba el mismo Padre por el ejemplo de Siquen, cuando deseaba casarse con Dina por el vehemente amor que la tenia; el cuál dijo al padre y hermanos della: *Cuanto me pidiéredes os daré: aumentad la dote, señalad las arras y joyas que quisiéredes, que todo lo daré de buena gana como me la deis por mujer.* Y como lo ofreció lo cumplió; porque pidiéndole que él y todo su pueblo se circuncidasen, el amor le dió elocuencia para persuadir á todos que viniesen en ello: así el que de véras desea la union con la Divina Majestad, generosamente se ofrece á dar por ella cuanto le pidiere, pensando que todo es poco.

Y porque Nuestro Señor pide por precio y dote principal la circuncision espiritual del corazon, y la perfeta mortificacion del amor propio, y de todo el pueblo de los apetitos y pasiones; á todo se ha de ofrecer, y tener tal eficacia, que persuada y aficione á todas sus potencias y sentidos, para que gusten de circuncidar y quitar todas las demasías. Y desto ha de hacer honra y autoridad, preciándose de parecer mucho á Cristo Nuestro Señor, y á sus Apóstoles y dicípulos. Y en esta razon, meditando una vez aquellas palabras de San Juan: [2] *Estaban junto á la cruz de Jesus, María su Madre, y la hermana de su Madre, etc.*, tuvo este sentimiento: Estando Cristo Nuestro Señor en la cruz, ha entrado en los suyos por

---

[1] Genes. 34, v. 11.
[2] Joan. 19, v. 25.

punto de honra estar cerca della; y cuanto más cerca, tanto mayor honra y mayor provecho. Y esto les vino del espíritu de Cristo, que obra en ellos lo que en el mismo Cristo. El está en la cruz, y su Madre y los justos cerca, y más cerca su Madre; pero los pecadores están apartados: y por esto, como dijo David, está la salud muy léjos dellos [1].

[1] Psalm. 118, v. 115.





CAPITULO V.

Cómo hizo los tres votos, de castidad, pobreza y obediencia, y de la perfecion con que siempre los guardó.

Como el instituto de la Compañía [1] obliga á tratar con toda suerte de prójimos, aunque sean muy desalmados, herejes ó infieles, para reducirlos á Dios, y salvar sus almas; ha establecido con aprobacion de la Sede Apostólica, y del santo Concilio de Trento [2], que los novicios sean muy probados, no solamente un año como en las demas religiones, sino dos enteros, al fin de los cuáles hacen los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, y aunque no son solemnes, bastan para que queden verdaderamente religiosos, como está definido y declarado en una Bula de Gregorio XIV, y por consiguiente quedan obligados, cuanto es de su parte, á vivir perpétuamente en la Compañía, guardando los votos del modo que se declaran en las reglas. Conforme á esto el P. Baltasar, cumplidos los dos años de su noviciado, que fué el año de 1557, estando en Avila estudiando, hizo los dichos tres votos con grande consuelo y fervor de espíritu, ofreciéndose liberalmente al

[1] In Bullis Pontificum.
[2] Ses. 25, c. 16.

perpétuo servicio de Nuestro Señor en este estado para que le habia llamado, en el cuál se hallaba tan contento y satisfecho, que como el guante se hizo para la mano, y la vaina para la espada, así la religion de la Compañía le armaba y se le ajustaba con su espíritu. Mas porque no está la grandeza de la perfeccion en prometer á Dios grandes cosas, sino en cumplirlas con grande excelencia, veamos la que tuvo este santo varon toda la vida en guardar estos tres votos. La cuál se puede rastrear por lo que se dijo en el capítulo pasado, de su insigne mortificacion; pues (como dice Santo Tomás) [1] el fin destos votos es quitar los tres mayores impedimentos que tiene la perfeccion evangélica; conviene á saber, el amor de los regalos y deleites sensuales, la codicia de las riquezas y comodidades temporales, y la soberbia libertad de la propia voluntad y juicio en el gobierno de sí mismo: y como tales impedimentos no se pueden arrancar del corazon con sólo dejar las cosas exteriores, es menester muy insigne mortificacion para acabar de desarraigarlos del corazon, y alcanzar con excelencia las virtudes de la castidad, pobreza de espíritu, y obediencia, que son la muerte y destruccion dellos.

§. I.—*De su castidad.*



PRIMERAMENTE el P. Baltasar se esmeró toda la vida en la virtud de la castidad, guardándola con la perfecion que dice nuestra regla, que es imitando la puridad angélica con limpieza del cuerpo y mente, tomando para esto todos los medios

---

[1] 2 2, q. 186, art. 7.

con que ella se defiende, conserva y perficiona. Porque ¿cómo no habia de tener castidad angélica el que castigaba su cuerpo con el rigor que se ha dicho, para que estuviese sujeto al espíritu, y la sensualidad no se rebelase contra la razon? ¿Cómo no habia de tener gran pureza de pensamientos quien mortificaba tanto la vista, que por no mirar á las mujeres que tenia delante de sí en el auto de Inquisicion, como dijimos, los clavó siete horas en la imágen de la Vírgen Santísima que consigo traia? ¿Y cómo no habia de ser muy puro el que tan devoto era de la Vírgen, y Madre de la pureza, gustando tanto de pensar en ella? ¿Y cómo no habia de vencer las tentaciones que combaten la castidad, quien tenia tan á mano el arma tan poderosa contra ellas, como es la contínua y fervorosa oracion? El mismo Padre vino á confesar que le habia hecho Nuestro Señor merced de no sentir movimientos, ni inclinaciones sensuales, con la contínua devocion y recogimiento interior con que andaba siempre en la divina presencia: porque quien siempre está mirando que le mira Dios, en todo lugar, por secreto que sea, procura no hacer cosa indigna de la presencia de Dios. Y así alcanzó los tres grados que él ponia en esta virtud, siguiendo la doctrina del seráfico Doctor San Buenaventura [1]. El primero es una gran determinacion de no ofender á Nuestro Señor en esta materia, mortal ni venialmente, haciendo diligentísima resistencia á los movimientos y pensamientos sensuales. El segundo estar la carne tan sujeta al espíritu, que raras veces y blandamente sea uno tentado, y con facilidad alcance la victoria, si por su culpa no se deja

[1] De processu 6 religionis, c. 40.

vencer. El tercero, estar tan domadas las pasiones, que apénas se sientan, y flaquísimas; y tener tanto horror á sus cosas, que siendo necesario oirlas, ó hablar dellas, no se mueva más que si se tratara de piedras ó lodo. Y este grado no se alcanza sino por especial gracia de Nuestro Señor, la cuál concede á algunos de sus escogidos, y la concedió á este su siervo; aunque primero que la alcanzase peleó valerosamente contra las tentaciones.

Una vez, peregrinando, una mujer moza y de buen parecer, le acometió como á otro José estando á solas; mas él acudió á su acostumbrado refugio de la oracion, y no sólo se libró á sí de aquel peligro, mas ganó aquella mujer para Dios, y la hizo que arrepentida de su pecado se confesase. Mas no se aseguró con esta victoria, antes con un humilde temor de su flaqueza guardaba el tesoro de la castidad, huyendo cualquier ocasioncita de desliciar contra ella. Y declaraba su temor diciendo, que no tiene tanto peligro el que de una torre alta está colgado de un hilo de estambre, como tiene el hombre su limpieza entre las ocasiones de perderla. Y el mismo Señor, que le dió el don de la castidad, le enseñó el recato que habia de tener para conservarle, con este sentimiento cerca de la miseria humana [1]. *Habiéndote mostrado el Señor algunos dias atras los manantiales de tu nada, y habiéndote experimentado tal, ¿cómo te puedes escandalizar de caidas ajenas, ni dejar de recatarte de las propias?* De aquí aprendió á tener sumo recato á nunca estar con mujer á solas; y cuando iba á visitar alguna, no se sentaba hasta que traian silla para su compañero; y

---

[1] 11 de Agosto de 1575.

como él trataba con muchas mujeres espirituales, decia que con estas se ha de tener mayor recato, porque el amor espiritual suele pasar los límites, y volverse en carnal, y el buen vino en vinagre fuerte; y no se echa de ver hasta que están las voluntades tan asidas, que aunque con dolor, ántes huelgan de soltar de Dios que de sí, por no disgustarse, pareciéndoles que se pagan mal, y entónces acude el demonio á soplar el fuego, y á enlazar y cegar. Tambien consigo mismo á solas tenia gran recato en desnudarse y levantarse con toda honestidad sin dejarse ver parte de su cuerpo. Y decia que se habia de reparar mucho en el modo de estar en la cama con postura religiosa y honesta; porque si los religiosos no tienen muerto el deseo de padecer, ¿qué menores cosas se les pueden ofrecer que no descubrirse en verano estando sanos, y con la ropa moderada que tienen? ¿Y cómo guardarán esta decencia, cuando se abrasen con alguna calentura, y no los vea nadie, si no se van curtiendo?

§. II.—*De su pobreza.*

FUÉ muy amigo de la santa pobreza, por imitar la del Salvador, de quien tuvo muy altos pensamientos, como despues veremos. Estaba muy persuadido que consistia en ella la sustancia de la religion; y así solia decir: *Ninguno se eche polvo á los ojos, ni se lisonjee con sentimientos, luces y gustos espirituales, si no hace buen rostro á este trago tan amargo de la pobreza evangélica. Y entónces verá si la ama, si juntamente ama los compañeros della, que son hambre, sed, frio, desprecio. Porque quien busca honra en el vestido, y no ser tenido por vil, no ama la pobreza: quien teniendo sed no sabe sufrirla*

un poco, sino como animal se derriba al agua, no estudia en ser pobre: el que quiere que nada le falte, y ser tenido por religioso, engañado anda. Conforme á este sentimiento practicaba la pobreza, escogiendo para sí lo peor en la comida, vestido y comodidades de aposento. Y aun en la sacristía se le advertia que tenia cuidado de tomar el ornamento más pobre que habia, para decir Misa, diciendo que aun en aquello se entraba la vanidad y curiosidad.

Deseaba que le faltase de lo necesario; nunca quiso no sólo pedir, pero ni aun recebir cosa que le ofrecian muchas señoras que le trataban; parte para conservar la pobreza, y parte por no perder su santa libertad, haciéndose esclavo de los que se lo dan. Y como dice San Jerónimo, aunque parece que los seglares se indignan cuando no se recibe lo que dan, mas por otra parte estiman al que no lo acepta; porque es grande la verdad y fuerza de la santa pobreza. Nunça vistió ropa nueva; porque primero hacia que otro la estrenase, y se abrigase con ella, y despues de algo traida, se la vestia él. Ni aun queria ponerse los zapatos nuevos, hasta que otro los trajese algunos dias, y dejasen de parecer nuevos. Las pláticas que hacia, con ser de mucha estima, las escribia en sobre cartas, por ahorrar de papel limpio. En su aposento le faltaban algunas cosas necesarias: con tener necesidad de unas Concordancias, decia que queria ántes andar algunos pasos más á la librería por amor de la pobreza, que tenerlas consigo. No tenia otro asiento que un escabelejo ó una silla de costillas sin espaldar; y cuando algun señor de título le visitaba, decia con muy buena gracia: Siéntese V. Señoría en este banco como en casa de pobres, que en su casa sobran hartas sillas, donde se podrá despues sentar; y ellos se edi-

ficaban más desto, que si vieran el aposento lleno de sillas imperiales.

En Medina le dieron una vez de limosna una silla de terciopelo, y dijo que habia de ponerla en el puesto más honrado de la casa; y así la envió á la cocina, donde estuvo hasta que se gastó y deshizo, para que los novicios que entraban á ayudar al cocinero se acordasen que habian de vivir al reves del mundo, y estimar en poco lo que él estima en mucho. Era enemigo de andar cargado de cosas curiosas, aunque fuesen buenas, como imágenes, relicarios, estampas, Agnus, cuentas, y otras cosas semejantes, porque en tales cosas se pega más el corazon del religioso, como se ve por la impaciencia que tiene cuando se las quitan. Y aunque sea con título de darlas á otros, es bien ahorrar deste trabajo y carga, para que el corazon pueda consolarse con solo Dios; y así decia que los amadores de la pobreza, que se privaban de sus comodidades, experimentaban lo que dijo David [1]: *Rehusó mi alma recibir consuelo, acordéme de Dios, y quedé consolado*. Mas los que buscan sus comodidades, no tendrán este despertador para acordarse de Dios, y recebir dél su consuelo. Y de aquí concluia que el amor de Dios, y la confianza en su divina providencia, eran remedios de la pobreza breves y abastados: porque aquel que de verdad ama á Dios, nada le falta, no porque sóbre abundancia de bienes en su casa, sino porque falta la gana de ellos en su alma; y al que nada desea de lo que se vende en la plaza, todo lo que en ella hay le sobra. Quien ama á Dios de verdad, quita su amor de otras cosas, y le pone en haber esta sola;

[1] Psalm. 76, v. 3 et 4.

y por salir con ella hace barato de todas las demas. ¿Y por ventura negará Dios un pedazo de pan á quien no tiene hambre sino del mismo Señor, habiendo él dicho: Buscad primero el reino de Dios, y lo demas se os dará por añadidura? ¿O podráse persuadir el que conoce las entrañas de Dios, y las trazas que ha tomado para desembarazar de los cuidados de la tierra al que ha escogido para su conveniente servicio? Temamos, pues, y amemos á Dios, porque, como dijo el Salmista [1]: *Nihil deest timentibus eum*, nada falta á los que le temen.

§. III.—*De su obediencia.*

E la obediencia tenia grande estimacion, diciendo que ella era el acierto de Dios, con que un alma se quita de dudas y perplejidades, pues la da por regla cierta en todo lo que no es pecado, siguiendo el sentir y ordenacion de un hombre que anda entre nosotros, á quien hizo entrega de sí, fiándose de Dios que le gobernará por medio dél. Y aunque muchas veces acaece ser inferior en letras, virtud y experiencia, no por eso deja de ser seguro el obedecerle; porque el acierto de la obediencia no está en la sabiduría, bondad y tiento del ministro, sino en el órden y traza de Cristo Nuestro Señor. Así como el venir á la Hostia consagrada no depende de la bondad y devocion del sacerdote que consagra, sino de haberlo así querido y ordenado el mismo Señor; y cuando él os tocó el corazon para que os sujetásedes por su

[1] Psalm. 33, v. 10.

amor en la religion á los superiores, bien sabia que habíades de venir alguna vez á manos de superior ignorante y de poca virtud, y todavía quiso que os sujetásedes á él, porque sabe trazar esa ignorancia y pocas letras de modo que no os dañen, antes os aprovechen, y su ordenacion sea el medio de vuestra riqueza; y el que tiene acepcion de superiores, sujetándose á este y no al otro, es sospechoso en la obediencia, como lo sería en la fe el que se postrase á adorar un Crucifijo de oro ó plata, y no al de madera, pues la razon de adorarle es una en entrambos.

De aquí inferia que uno de los mayores beneficios que recibimos en la religion es el de la obediencia, y este acierto de Dios en todas nuestras cosas, por menudas que sean; ni hay camino de Samaría al Jordan [1] que tan sembrado esté de joyas, vasos y vestidos preciosos, como el camino de la obediencia religiosa lo está de excelentes virtudes. Y cuando el alma comienza á sentir lo que es gobierno de Dios, entónces comienza á tener en mucho la obediencia, por quien le viene este bien; porque siente cuánto en él es honrada y enriquecida, y aprovechada del Señor, que la llamó y convirtió á sí, conforme á lo que dice David [2]: *El Señor me rige, nada me faltará; púsome en lugar de buen pasto, y de buen agua, y convirtió mi alma.*

En estas verdades fundaba su obediencia, y el consuelo y provecho della. Desde novicio se esmeró en la puntualidad de la obediencia, imitando la de los Santos Padres, que dejaban la letra comenzada por acudir á lo que eran llamados; y toda la vida se preció desto, pareciéndole gran descomedimiento detenerse

[1] 4 Reg. 7, v. 15.
[2] Psalm. 23, v. 1.

un momento en obedecer, y en responder al Señor que llama. Y siendo superior era el primero en todas las obediencias comunes; y cuando iba á otro colegio, estaba muy rendido al Superior que allí gobernaba. Y como una vez en un colegio quisiese ir á decir Misa fuera de casa, dijéronle de parte del Superior que no lo hiciese, y al punto lo dejó sin hablar palabra, con no verse inconveniente más que parecerle así al Superior. Y á otro que era Visitador de la provincia, le obedeció puntualmente en dos cosas muy graves, en que aventuraba su honra y contento, como en su lugar veremos. Decia que los que estaban en obediencia, pueden, si quieren, gozar de un gran privilegio, que es no entrar ni salir en las cosas hasta la muerte por su voluntad, sino por la de Dios, que es un gran tesoro: y el que se grava con la distribucion, y con saber á qué hora ha de hacer las cosas, tome por remedio decir á su misma alma: ¿Ya no te consuela saber á qué hora quiere Dios que te levantes? ¿Cómo quiere que andes vestido, cómo mantenido? Vuelto se ha el mayor regalo en mayor tormento. ¿Cómo se ha escurecido el oro y perdido su resplandor? ¿Quién te hizo atar siendo libre? El mismo espíritu que te desengañó, te inclinó á este medio como á un gran tesoro, ¿y ya no lo estimas? A San Pablo envió Dios á Ananías, ¿y esto tú no miras? ¿Cómo caiste, lucero de la mañana?

Ponderaba mucho á este propósito las palabras que dijo San Rafael á Tobías cuando se espantaron de que un Angel hubiese hecho con ellos lo que hizo: *Cuando estaba con vosotros, por voluntad de Dios estaba* [1]. Y segun esto, decia que en casa de Dios no habia ofi-

[1] Tob. 12, v. 18.

cio bajo. Y de sí dice en el librito de sus sentimientos: *Yo tengo puesta mi dicha en que se quiera Dios servir de mí en los más viles oficios de toda mi religion. ¿Y cuándo se lo merecí yo que se quiera servir de mí, y ocuparme en su servicio, aunque sea en hacer adobes? Estimo esto en tanto, que no hay oficio tan bajo en que él me emplee, que por él no pierda yo todo mi contento. Quien de alguno se quiere servir, obligarse quiere á él. ¿Pues qué grandeza puede llegar á nuestras almas que tanto nos harte, como oir que quiere Dios servirse de nosotros por obligarse á nosotros?* Y en otra parte dice: *¿Qué grandeza tiene el predicar, si Dios no lo quiere? ¿O qué bajeza fregar, si él lo quiere? ¿Qué grandeza tiene estar en el rincon, si Dios no gusta? ¿O qué bajeza andar fuera, si él gusta?*

No queria que el que estaba en obediencia pensase, ¿qué será mañana de mí, ó qué tengo de hacer? Porque la respuesta está en la mano. Haré lo que me mandaren; será lo que Dios quisiere. Y así dice: Todo mi interes es tenerte á ti, Señor, contento; está tú contento, y tenme á mí con tormento; mándame y vuélveme, que yo espero tu mandado. Y si es menester trotar toda la vida, este es mi contento. Esto decia porque tenia entónces repugnancia de andar caminos, así por falta de salud, como por temor de perder el recogimiento. Mas en todo se resignó á la obediencia, sin hacer caso de sus repugnancias, teniendo por grande gloria el vencerlas.

De aquí tambien procedia la quietud con que estaba en el lugar y oficio donde los superiores le habian puesto. Cuando le mudaron de Retor de Salamanca á Villagarcía, que es un lugar pequeño, vino muy de buena gana á encerrarse allí, con deseo de acabar en aquel puesto su vida, si el Señor quisiera, porque decia que los religiosos han de huir mudanzas

de los oficios, ocupaciones ó lugares donde les pone la obediencia, acordándose de lo que dijo el Angel á San José cuando fué á Egipto: *Estáte allá hasta que yo te mande otra cosa* [1]. Y la razon es, porque no puede uno subir á más alto lugar, que á estar puesto en las cosas por Dios, y no por sí. Mejore el tal su voluntad, y estará todo acabado, y se podrá decir dél: Bienaventurados los oidos, á quien la voz de la obediencia es dulce.

No desmayába en las cosas árduas y dificultosas en que la obediencia le ponia, aunque se viese muy destituido de partes para ellas; porque decia: De aquello en que Dios pusiere al religioso, él le sacará con medra; y si le cargare más de lo que puede sufrir, censo echa sobre sí de lo suplir; y si mandare que hable al que no sabe, obligacion pone sobre sí de enseñarle. Esto querria yo, que él me pusiese de su mano en algo que excediese mi caudal, porque por el mismo caso se obligaria á me lo dar. Y pues tú, Señor, me mandas por tu obediencia hablar á tal hora, espero tu recado desde ahora por este ó por el otro medio, como á ti más te agradare. Y el que fuere puesto en algun ministerio por obediencia, para el cuál le parece que le faltan letras, autoridad y valor de ánimo, despues de haber representado ser inhábil, no desmaye: *Revele al Señor su causa, y espere en él, porque él lo hará.* Y por prendas de esta verdad, tome la prudencia que dió á David sobre sus enemigos, la ciencia sobre sus maestros, la experiencia sobre los viejos; la autoridad que dió á Josué sucediendo á un capitan tan grande como Moisés; el corazon que mudó á Saul para que dijese

---

[1] Matth. 2, v. 13.

con la grandeza y sentimientos de Rey; la estima que dió á José con Faraon, haciéndole maestro suyo, y de todos los grandes de su reino; la luz del cielo y sabiduría que comunicó á Daniel sobre todos los que Nabucodonosor quiso escoger de Israel para que asistiesen en su presencia; y los medios que tomó para que él y sus compañeros saliesen tan sábios como su asistencia requeria.

En consecuencia desto, decia que la seguridad que habia en el trato con los prójimos, cuando se entraba en él por obediencia, era muy grande. Y si por obedecer iba entre malas mujeres para ganarlas, tratando con ellas tendria pensamientos limpios como si fuera un Angel; y si se quedaba en su celda por su propia voluntad, allí se quemara con malos pensamientos. No sé yo cómo podeis tener por cosa segura apartaros de la voluntad del Señor. ¿Qué seguridad puede haber donde no está Dios? Que es lo que dice San Bernardo: *¿Quando bene erit sine illo, aut quando male cum illo?* ¿Cuándo me fué bien sin Dios, ó cuándo me pudo ir mal estando él presente? Tenia experiencia que en las ordenaciones que le enviaban, aunque á veces se le ofrecia que lo contrario fuera mejor, pero obedeciendo hallaba despues ser más acertado lo que la obediencia habia ordenado, y por esto la llamaba traza de Dios; y al súbdito á quien pareciere que algo della va fuera de camino, se le puede decir lo que dice la divina Escritura: Que el justo vive de la fe; y aquel secreto que él no entiende, *est mysterium fidei*, del cuál salen buenos sucesos en el que con fe y humildad la asentare, aunque los medios le parezcan disparatados. Y por esto gustaba mucho de una cosa que le dijo un Padre Provincial desta provincia, que cuando le enviaban de Roma alguna ordenacion en que le decian

hiciese esto ó lo otro determinadamente, parece que se le abria el cielo, y se le alegraba el corazon: pero cuando le enviaban á decir que lo mirase, é hiciese lo que le pareciese, se ponia en grande aprieto.

Finalmente, él echaba de ver una mano secreta de Dios, que andaba meneando sus negocios por medio de la obediencia, y esto le tenia muy contento en todo lo que le venia por medio della. Y á este propósito tenia algunos sentimientos y dichos admirables. A Nuestro Señor decia: Por ningun camino, Señor, puedo tanto ser tuyo, como por el que dejo de ser mio. Sobre juramento le va al Señor que hará crecer al que le fuere fiel en obedecer; porque del obediente Abrahan se dice: [1] *Non est inventus similis illi, qui conservaret legem Excelsi; ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam.* ¿Qué nos dañará dejar por obediencia las cosas que nos dan contentamiento, y entrar en las que nos dan tormento, sino acrecentar el merecimiento? La obediencia es perpétua cruz, es cuchillo de sabores propios, es vena de vida, es un pozo de oro; y en acertar ó errar en obedecer, no va á decir poco de bien ó de mal, porque es cosa que siempre traemos entre manos. Como Moisés era Dios de Faraon, el superior lo es del obediente, el cuál dice: Suene tu voz en mis oidos, porque la voz de la obediencia es para mí muy dulce. Estas y otras cosas muy altas sentia y decia desta virtud, como se verá más tarde cuando se trate de la grande conformidad que tenia con la divina voluntad en todas las cosas.

[1] Eccles. 44.



CAPITULO VI.

Cómo se ordenó de Sacerdote, y de la devocion con que rezaba el Oficio divino, y decia Misa cada dia.

OMO el Padre Baltasar se daba tanta priesa en el fervor de las virtudes, y mostraba gran caudal para ayudar á los prójimos, luégo que acabó sus estudios, que fué el año tercero de su entrada en la Compañía, le hicieron ordenar de Sacerdote [1], y con este nuevo título comenzó de nuevo á crecer en la devocion, y en el trato más familiar con Nuestro Señor, á cuya mesa era admitido cada dia. Y como el órden sacro trae consigo obligacion de rezar el Oficio divino, procuró siempre cumplirla con grande perfeccion, sin que las muchas ocupaciones que tenia, y á veces se ofrecian de tropel, fuesen parte para que no antepusiese ésta á las demas. Y como la Compañía no profesa el uso del canto y coro, él rezaba sus siete Horas Canónicas con mucho espacio y sosiego, y á sus tiempos, y en lugar recogido, por quitar todas las ocasiones de derramar el corazon. Nunca se le vió rezar por los tránsitos, ni

---

[1] Año de 1558.

paseándose, sino por muchos años le rezó de rodillas en medio del aposento; y cuando por alguna indisposicion no podia estar así, estaba sentado, descubierto, y sin arrimarse: porque la reverencia exterior ayuda mucho á la devocion interior; y para provocarse á ella, decia: «Pensaré de rato en rato, cómo están los Angeles en la presencia del Señor, con conciencia muy limpia, y reverencia muy íntima; y mirándome á mí, sacaré vergüenza de que, faltándome limpieza, me falte tambien reverencia. Item: me acordaré de lo que dijo Nuestro Señor en Job [1]: *Non parcam ei, et verbis potentibus, et ad deprecandum compositis;* porque el orar bien (como declara San Gregorio) [2] no está en formar palabras compuestas, sino en prorumpir en gemidos amargos.» De ordinario rezaba solo, sin compañero que le ayudase, por ir más despacio, y poder detenerse algo en gozar de los sentimientos que el Señor le comunicase, deseando tambien no tener testigos de ellos; y por lo mucho que en sus pláticas se aprovechaba de los salmos, y el espíritu que sacaba de ellos, se echaba de ver la grandeza de estos sentimientos, reparando mucho en cualquier palabrita: y hasta en el persignarse y santiguarse era muy exacto, haciendo con especial devocion esta santa ceremonia, porque le dió Nuestro Señor á sentir, que cuando se santiguaba diciendo: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, las tres divinas personas le echaban su bendicion; y él lo hacia en nombre dellas.

---

[1] Job. 41, v. 3.
[2] Libro 32 mor., c. 27.

§. I.

ERO mucho más resplandecia su devocion en la Misa, para la cuál se aparejaba con gran diligencia, procurando suma pureza con examinar su conciencia muchas veces al dia, y confesarse muy á menudo, y tener un rato de recogimiento ántes de ir á decirla. Decíala cada dia, por más ocupaciones y estorbos que se ofreciesen, y aunque anduviese caminos, y hubiese por esta causa de perder algunas comodidades, y pasar incomodidades, y aun peligros grandes, como le sucedió en el camino de Roma, yendo y volviendo por Francia, y pasando por muchos lugares de herejes; y con todo eso nunca la dejó. Siempre la decia despacio, con tanto sosiego y devocion, que la ponia en los que la oian; y uno de la Compañía confesó que se habia movido siendo seglar á entrar en ella, viendo la devocion, modestia, gravedad y compostura con que dijo Misa, é hizo los Oficios de la Semana Santa. Y otra persona que tenia más claros ojos, que fué la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, oyéndole un dia decir Misa, vió que todo el tiempo que duró la Misa tenia en la cabeza una diadema de grandes resplandores, la cuál sin duda era indicio de la grande caridad y devocion interior con que la decia. Algunas veces se recogia á decirla en alguna capilla secreta con solo el ayudante, deteniéndose más tiempo de lo ordinario, más ó ménos largo, segun la merced que Dios le hacia, y solia hacérsela muchas veces; y por esto en sus necesidades, tentaciones, aprietos y negocios árduos, acudia al refugio de la Misa, en la cuál le comunicaba Nues-

tro Señor luz de verdades y grandes sentimientos espirituales, de mucho consuelo, enseñanza y aliento, cerca de las cosas que habia de hacer ó padecer, de los cuáles adelante se hará mencion.

Y de esto tambien es grande señal lo que comunmente andaba en boca de muchos en esta provincia, que cuando decia Misa, algunas veces le hablaban los Angeles de la Guarda de las personas que confesaba y trataba, revelándole lo que habia menester el alma que le estaba encomendada. Y como un Padre de la Compañía [1], que era muy familiar suyo, le dijese esta comun voz, y le preguntase si era verdad, el santo varon se puso muy colorado, y no le respondió palabra; lo cuál no es pequeño indicio de que era verdad; porque de otra manera, como era muy humilde, luégo lo deshiciera, y respondiera que era engaño; y con el silencio vergonzoso daba á entender que consentia; y por esta causa la santa Madre Teresa de Jesus dijo en su libro [2], como veremos presto, que el Santo Sacramento daba luz á este siervo de Dios, que era su confesor, para entender y penetrar sus cosas, que eran extraordinarias y muy levantadas; dando á entender que el mismo Señor, por sí, ó por su santo Angel se las manifestaba en la Misa. Y no es maravilla, que los santos Angeles, que asisten siempre (como dicen los sagrados Doctores) á este soberano sacrificio de la Misa, viendo la mucha devocion con que este gran Sácerdote le ofrecia, allí le hablasen y enseñasen lo que él deseaba para gloria del Señor, y le alentasen, para hacer su ministerio con la dignidad y

---

[1] Padre Martin de Alarcon, que murió en Búrgos.

[2] En el c. 8.

santidad que su alteza merece; y quizá le vino de aquí la especial devocion que tenia, no sólo con los Angeles de la Guarda, sino en particular (como él lo dejó escrito) con el Angel que presenta á Dios el sacrificio del Altar, de que se dice en el Cánon de la Misa: *Jube hæc perferri per manus sancti Angeli tui* [1]: ora sea este santo Angel alguno de los que están diputados para asistir allí, así por la reverencia que se debe á la divina Majestad que está en este Santísimo Sacramento y sacrificio, por ayudar á que se ofrezca en la reverencia y devocion conveniente, cuyo oficio tambien es (como se dice en el Apocalipsis) [2] presentar á Dios las ofrendas y oraciones de los justos; ora sea este santo Angel el que guarda al Sacerdote que dice la Misa, y asiste allí más particularmente, para hacer con él estos oficios que acabamos de decir.

Acabada la Misa, se detenia por lo ménos media hora, con gran recogimiento y devocion, dando gracias por la merced recibida; y allí eran más frecuentes los sentimientos é ilustraciones espirituales, como se saca de las que escribió en su libro, diciendo muchas veces que se los dieron despues de dicha la Misa; y destos pondremos ahora solamente algunos que hacen á nuestro propósito. Uno fué el dia de la Epifanía: *Acabada*, dice, *la Misa, acordéme de la buena dicha destos Reyes, y deseándola para mí, oí la interior respuesta, que me dijo: Ellos le adoraron, y tú le llevas recebido.* Como quien dice: Mayor es tu dicha, y la de los justos y Sacerdotes deste tiempo, que no sólo adoran al Salvador, sino tambien real y verdaderamente le re-

---

[1] D. Thom. p. 3, q. 83, art. 4 ad 9.
[2] Apoc. 8, v. 3.

ciben, y llevan consigo en el santo Sacramento. Mas porque no todos atinan á hacer esto como deben, le dió el Señor otro sentimiento en aquellas palabras de la Misa deste dia: *Ecce magi.....* [1] *Maravilla que los Reyes ricos y sabios busquen á Dios! maravilla, maravilla! ¿Porqué es tanta maravilla? porque han de caer los ídolos, si han de recibir el Arca, de modo que les sea de provecho. En los nobles ha de caer la honra, en los ricos el deleite, en los sabios la hinchada soberbia; cosas que ellos mucho aman, y por no desecharlas determinan dejar el Arca de Dios, diciendo como los filisteos: No quede con nosotros el Arca de Dios, porque tiene la mano pesada, y la aploma sobre nosotros.* En las cuáles palabras le dió Nuestro Señor á sentir las causas porque muchas personas, especialmente de las nobles, ricas y regaladas, rehusan recibir el Arca viva del Nuevo Testamento, que está encerrada en el Santísimo Sacramento, ó si la reciben, es con poco provecho; porque quieren tener en el altar de su corazon al ídolo Dagon [2], que es la cosa criada á que están aficionados con desórden; y si esta no cae en tierra, y con el cuchillo de la mortificacion le cortan la cabeza y las manos, sin que tenga más brios para pensar, hablar, y obrar lo que solia, no hará esta divina arca las admirables obras de su misericordia, sino las de su justicia, castigándoles con sequedades, tinieblas, durezas de corazon, y otros desamparos interiores, hasta que se enmienden, ó endurecidos echen de sí el arca, teniendo por cosa pesada y desabrida comulgar con tanta frecuencia. Y de aquí es, que como un mismo sol y fuego endurece al

[1] Matth. 2, v. 1.
[2] Reg. 5, vv. 4 y 7.

barro, y derrite la cera; así los que reciben á este Señor, siendo como barro, quedan endurecidos; mas si son como cera, quedan derretidos en su amor.

Otra vez le dió Nuestro Señor este sentimiento: *Si la vida del alma basta para sí y para el cuerpo con quien se une, y para todas sus partes, hasta la uñita del más pequeño dedo, y el más triste cabello; ¿cuánto más la vida de Cristo, que es vida de Dios, bastará para sí y para el alma, viniendo á ella? Pues esto es lo que dijo el Señor* [1]. Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem: et qui manducat me, et ipse vivet propter me. *Como me envió el Padre que vive, y yo vivo por el Padre: así el que me come vivirá por mí. Diga, pues, el alma en comulgando: Tu vida, Señor, bastará para los dos, tu santidad, tu potencia y tu riqueza. Un poquito de levadura en medio de mucha masa la sazona, ¿y tú en medio de un corazon no le sazonarás? Y entiende que la causa de hallarse el alma dura en la Comunion, suele ser porque habiendo recebido en don al mismo Señor, no queda harta con esta dádiva; y quitando los ojos della, los pone en desear ternuras y lágrimas: y justamente es castigado en que no reciba el menor don, quien no se harta con el mayor. Y si dijeres que lo haces por su contentamiento, responde á tu alma, que es grande ignorancia pensar de contentar al Señor por otro camino del que él quiere; y que es mejor cometer esto á su divina Providencia, y tú armarte de paciencia.* Y añade, que cuando Dios viene al alma, no deja sus bienes en su casa, no deja allá sus ojos misericordiosos, ni sus sabores y dulzuras, ni sus potencias y grandezas; no viene esquilmado, sino lleno; y así, quien tiene á Dios, tiene todos los

[1] Joan. 6, v. 58.

bienes; y el mejor atajo para tenerlos todos es apartar los ojos dellos, y desear á él solo, y no descansar hasta tenerle muy unido consigo, y entónces se cumplirá lo que dice David: [1] *Satiavit animam inanem, et animam esurientem satiavit bonis.* Hartó al alma vacía, y llenó de bienes á la hambrienta.

§. II.

DESTE modo tuvo el Padre Baltasar despues de la Misa otros muchos sentimientos de varias verdades muy provechosas, que adelante ponderemos. Y como trataba desta celestial feria al modo que le iba en ella, por los grandes regalos y favores que él experimentaba en tales ocasiones, exhortaba á los Sacerdotes, y á los demas que comulgaban, á que no las perdiesen, imaginando que Nuestro Señor les decia: *Me autem non semper habebitis.* Daos priesa á negociar, porque no tengo de estar aquí siempre con vosotros; y para esto les traia estas admirables razones: *Estime siempre en mucho el tiempo que su Majestad estuviere en el que comulga, atendiendo en él más á venerar su divina presencia, y á suplicarle nos dé su bendicion, y á entender que no merecemos que nos muestre su cara, que no á discursos y meditaciones largas, advirtiendo que no perdamos momento de gozar de tan dichoso tiempo, y de negociar con su Divina Majestad, conforme á lo que dice el Eclesiástico:* [2] No se te pase la menor partecita del dia bueno. *Digo esto, porque á muchos les co-*

---

[1] Psalm. 106, v. 9.
[2] Eccles. 14, v. 14.

men los piés por irse entónces de allí con color de acudir á la leccion, ó hablar ó pasear, que es un frenesí intolerable: porque los largos ratos de oracion y leccion, ¿qué son sino unos gritos que damos al Señor para llamarle, y traerle á nuestra casa? Pues ¿en qué seso cabe que hayamos gritado muchos ratos y años por este regalo, y que venido no veamos la hora en que salirnos della? ¿Qué nos pueden enseñar los libros, que no nos lo enseñe su Majestad? ¿Qué favor nos pueden dar las criaturas que no pueda darnos él mayor hartura? ¿Y qué santidad nos puede comunicar el trato y conversacion con ellas, que no la deje mayor la suya? ¿Qué tiene bueno la leccion, sino aficionar á este Señor? ¿Qué los ejercicios espirituales, sino inclinarle á nosotros? Y para esto se pueden ponderar las verdades siguientes, en que el alma habla con su Majestad. El enfermo, Señor, que con vos no se alegra, muy caido está! El alma que con vos no se alegra, ¿cómo se alegrará? El que con vos no se contenta, ¿cómo no rebienta? El que en su casa os muestra mala voluntad, ¿cómo otra vez os aguardará? El que teniéndoos por huésped, rabia por irse de casa, muestra que su corazon traba de otra parte. El que se cansa de estar con vos, habiéndole venido á honrar, que sois su Dios, y todo su bien, con quien si negocia no tiene más que hacer, y habiendo sido echado en el mundo para sólo esto, muestra que está frenético. Estas y otras sentencias decia este santo varon, con gran sentimiento de la tibieza de los que dicen Misa, ó comulgan, y no toman tiempo para gozar del Señor que han recebido.

Tambien mostraba la entrañable devocion que tenia al Santísimo Sacramento, en que se le iban los ojos tras él, donde quiera que le veia, sin que fuesen parte regocijos ni personas, ó cosas exteriores, para dejar de mirarle siempre: porque con los ojos de la fe

miraba dentro de aquel velo de los accidentes del pan al invisible, con más certeza que si le viera con los ojos del cuerpo. Y como los Apóstoles [1], cuando miraban á su Maestro subir á los cielos, cuando se les escondió, no por eso dejaron de mirar al cielo, adonde sabian que estaba, aunque encubierto; así este santo varon, que tan acostumbrado estaba á mirar á este Señor en la contemplacion, no podia apartar los ojos de su Sacramento, donde sabia que estaba cubierto con aquel velo; visitábale á menudo en la iglesia, teniendo allí largos ratos de oracion, y algunas veces las noches enteras, acompañándole y gozando de su presencia; y lastimábase de ver cuán solos están los templos, y cuán llenas las plazas, y cuán pocos son los que negocian con este Señor en este tribunal y trono que tiene en la tierra, habiéndose quedado para esto entre nosotros.

Tenia por gran favor de los religiosos tenerle dentro de sus casas, para poder visitarle muchas veces de dia y de noche, con más facilidad que los seglares. Y así cuenta él en su librito, que habiendo una mañana visitado en el tiempo de oracion todos los aposentos del Colegio, donde era Retor, como suelen hacerlo en la Compañía, para ver cómo están orando, se volvió á su celda con grande consuelo, considerando cómo estaba en medio de ellos el Santísimo Sacramento; y ofreciósele con grande alegría interior, que el Colegio era un retrato del Cenáculo de los Apóstoles [2], adonde Cristo Nuestro Señor, despues de su Resurreccion, se les apareció estando las

[1] Act. 1, v. 51.
[2] Joann. 20, v. 9 et 10.

puertas cerradas, y se puso en medio dellos, diciéndoles: *Paz sea con vosotros*. Pues aquí tambien están las puertas cerradas, y los discípulos dentro, y Jesus en medio dellos, dándoles paz y union.

Esta devocion se le acrecentó mucho por la comunicacion que tuvo con personas de insigne santidad, y devotísimas del Santísimo Sacramento, de que presto haremos mencion: porque propio es de los amigos, cuando el uno halla algun manjar muy sabroso y provechoso, convidar al otro con él, para que goce del grande gusto que él recibe. Y en este sentido, dice San Juan en su Apocalipsi [1], que cuando el Espíritu Santo, y su esposa la Iglesia, inspiran y aconsejan alguna gran cosa, el que la oye, diga á su amigo: ven y gozarás de ella.

[1] Apoc. 22, v. 17.





CAPITULO VII.

Cómo comenzó luégo á ejercitar los ministerios con los prójimos, y de las ayudas y avisos que tuvo de Nuestro Señor, para crecer juntamente en su propia perfeccion.

OMO la Compañía en sus principios tenia pocos obreros, y era mucha la mies de los prójimos [1], con quien se habian de ejercitar nuestros ministerios, que son muchos y muy importantes; rogaban al Señor de la mies que les diese obreros muy diestros para cogerla: y como les dió al Padre Baltasar, luégo, en ordenándole de Sacerdote, comenzó á confesar, y tratar á los prójimos, ayudándoles con gran fervor á la salvacion de sus almas, cumpliendo muy perfectamente con la vocacion, para que Nuestro Señor le habia llamado. Y aunque es verdad, que este trato y ministerios suelen ser peligrosos á los mozos y nuevos en la virtud, sucediéndoles lo que á la Esposa en sus principios, cuando dijo [2]: *Pusiéronme por guarda de las viñas, y no guardé la mia;* porque por cuidar mucho de los otros,

---

[1] Luc. 10, v. 2.
[2] Cantic. 1, v. 5.

vienen á descuidar de sí mismos, á vaciar todo el espíritu, perder la devocion, pegarse con demasía á las criaturas, rendirse á los vientos de soberbia y vanidad en lo próspero, y á la de pusilanimidad é impaciencia en lo adverso; por lo cuál este trato es más propio de las personas que están muy aprovechadas, y ejercitadas por mucho tiempo en las obras de su propia perfeccion; y por esto (como advierte San Gregorio) [1], Cristo Nuestro Señor no salió á predicar y tratar de la conversion de las almas, hasta que tuvo treinta años, que es edad de varones perfetos. Mas en los principios de la Compañía, la gracia propia de nuestra vocacion, y el fervor que habia con ella, abreviaba estos largos plazos, tomando Nuestro Señor, como solia hacerlo en la primitiva Iglesia, y en los principios de las otras religiones, á los nuevos ó principiantes en la virtud, por instrumentos para conquista de las almas; y deste modo lo hizo con el Padre Baltasar, acabados sus estudios; porque su grande fervor le habia hecho instrumento apto para tales empresas; y el Señor quiso dotarle de singular talento, celo, prudencia, y destreza en ganar y aprovechar las almas, sin que por esto perdiese punto de su propio aprovechamiento; antes tomó de aquí ocasion para levantarle á más altos grados de perfeccion, y comunicarle con mayor excelencia la ciencia mística del espíritu, por tres caminos muy admirables y secretos, que la divina Providencia tiene en semejantes casos.

[1] Homil. 2 in Ezech.

§. I.

PORQUE primeramente dispuso y trazó las cosas de manera, que en los lugares donde estuvo más especialmente en sus principios, tuviese á su cargo como confesor y guia, ó como superior y Prelado, algunas personas de muy alta oracion, y excelente santidad; y en tales casos, no ménos ayuda el fervoroso penitente al fervoroso confesor, que el fervoroso confesor á su fervoroso penitente; y cuanto ayuda el que rige al que es regido con su diestra enseñanza, tanto el que es regido ayuda al que rige con su fervoroso ejemplo, y ambos son como los Serafines que vió Isaías convidarse uno á otro con grandes voces á alabar á Dios, y cantar el cántico de su divina gloria. Son tambien como los santos cuatro animales que se aguijaban en su carrera apresurada [1], hiriendo los unos á las alas de los otros; porque las palabras del fervoroso y santo Maestro son llamas que alumbran y encienden el corazon del fervoroso dicípulo; y los ejemplos del fervoroso dicípulo son fuego que abrasan al fervoroso maestro; y de este modo cada uno paga al otro el bien que dél recibe; y como el Padre Baltasar hizo grande provecho á muchas personas de aventajada santidad, como ya se ha comenzado á apuntar, y luégo se verá más por extenso; así él le recibió dellas muy grande, creciendo con su ejemplo en la oracion y mortificacion, y en las demas virtudes que resplandecian en todas.

---

[1] Eccles. 3, v. 13.

Demas desto, cuando semejantes personas dan cuenta de su alma al que las rige, y le descubren las cosas interiores que pasan por ellas, juntamente con esto le enseñan sin pretenderlo, y le abren los ojos para ver los admirables caminos por donde Dios guia á las almas, y los dones y mercedes que les comunica, y le sirven de libro vivo, donde ve los secretos de la ciencia mística, que el Espíritu Santo escribe en los corazones de la gente escogida, aunque de suyo sea muy sencilla; y esto mismo le obliga á revolver los libros de los Santos, para entender aquellos secretos, por no ser engañado, ni permitir que lo sean los que están á su cargo. Y por entrambas razones aprovechó mucho el Padre Baltasar, tratando con almas muy ilustradas de Dios; especialmente con la santa Madre Teresa de Jesus, cuya oracion y espíritu fué tan levantado, que para entenderle (como él mismo lo dijo al Padre Francisco de Ribera, que escribió la vida de esta Santa), leyó con gran cuidado muchos libros espirituales de los que hay escritos; y no contento con esto, acudia con tanto fervor á Nuestro Señor, á pedirle su luz celestial para no padecer engaño, que la recabó, y quedó muy ilustrado, para conocer la variedad de espíritus; cumpliéndose en él á la letra lo que dijo el Eclesiástico [1]: *El varon sabio buscará la sabiduría de los antiguos, estudiará en los Profetas, conservará los dichos de los varones muy nombrados, entrará en lo profundo de las parábolas, y estudiará los secretos de los proverbios, entregará su corazon á velar por la mañana delante del Señor que le crió, y orará en la presencia del Altísimo; porque si el gran Señor quisiere, llenarle ha*

---

[1] Eccles. 20, v. 1.

del espíritu de su inteligencia, para que derrame como lluvia palabras de gran sabiduría.

De aquí resulta el tercer camino, por donde Nuestro Señor hace perfetos á los maestros y guias de las almas: porque como los reyes mandan dar á las amas que crian á sus hijos, manjares muy regalados y preciosos, para que tengan buena leche con que sustentarlos; así tambien el Rey del cielo suele comunicar más preciosos y regalados manjares espirituales á los maestros y guias de las almas, para que tengan muy copiosa y escogida leche de doctrina y ejemplar vida con que sustentarlas, conforme á lo que dijo San Pablo [1]: *Si somos consolados y exhortados del Señor, es por vuestro consuelo, y por vuestra salud.* Y como Nuestro Señor hizo á este Padre ama de tantas almas tan queridas suyas, previnole con bendiciones de dulzura; dióle á conocer por experiencia las virtudes que habia de plantar en ellas; dotóle de la ciencia del espíritu, del don de la contemplacion, y otros admirables dones que adelante se verán. Y de aquí es, que como á los principios tuviese alguna repugnancia al trato con los prójimos, por retirarse y dar más tiempo á la leccion y oracion, y trato con Nuestro Señor, luégo se desengañó, porque echó de ver por experiencia que le daban más devocion y espíritu por el camino de las ocupaciones con las almas, siendo por obediencia, que no en solo el retiramiento que él procuraba. Y así dice en su librito, que los que salen al trato con los prójimos por obediencia del Señor, y no dejan la fe en la celda, prueban que en él reciben mejores bocados de luz y devocion, conforme á lo que dice el Sal-

[1] 2 Cor. 1, v. 4.

mista [1]: *Los que navegan por la mar, rompiendo por las muchas aguas, esos verán las obras del Señor, y las maravillas que hace en el profundo.*

§. II.

Para todo esto le ayudó mucho la misma oracion, en la cuál Nuestro Señor le comunicó muchos sentimientos, que le alentaban al trato con los prójimos, y á que no descuidase de su propia perfeccion, tratando con ellos, inspirándolo asimismo avisos y modos cómo alcanzar la junta de entrambas cosas: para lo cuál le dió grande aprecio de la alteza de la vocacion propia de la Compañía, reconociendo la gran merced que le habia hecho en llamarle para esta empresa de las almas, de que el Señor gusta grandemente. Una vez, habiendo hecho una buena obra, el dia siguiente por la mañana en la oracion vió á Nuestro Señor con los brazos cargados de bienes, y como afligido con la carga, ganoso de ser descargado, y como agradecido á quien le descargase; pero con toda la gana que tenia, no se descargaba, porque no habia vasos donde se recibiesen sus dones. Y por aquí entendió, que su obra era acepta á su divina Majestad, y que por medio de la caridad se alcanzaban dél grandes bienes; y que se le mostró así, para que se animase á semejantes obras, y despertase á otros para ejercitarlas.

Otra vez le dió á sentir, que el amor de los prójimos era cosa muy sagrada: *Prueba del amor de Dios, y*

---

[1] Psalm. 106, v. 23 et 24.

de la obediencia del alma á sus mandamientos, y santo agradecimiento suyo; y á los que no están sordos á sus voces, todos los oficios que les pide la caridad con los prójimos, los asientan de buena gana por su obediencia; y lo que dan á ellos de sí y de sus cosas hacen cuenta que lo dan á Dios, pues por él lo dan; y con esta consideracion les es dulce servir y sufrir á los prójimos, y hacerse con ellos como una cera blanda y suave, y darles su amistad. Y si son ofendidos dellos, darles de buena gana su perdon y gracia, buen rostro, y dulces palabras, teniendo por cierto, que cuales se mostrasen con los prójimos hallarán á Dios[1]*; si dulces, dulce; si misericordiosos, misericordioso; si desabridos, desabrido; creyendo su palabra, que aun por experiencia consta ser muy verdadera, que con la medida que los midieren serán medidos. Y por esto las necesidades de los prójimos las miran como á minas riquísimas con que crecen sus almas, y se enriquecen, y cada dia son más ilustradas: entendiendo este Sacramento escondido, me admiré y le veneré.*

Y para que no desmayase con los peligros y dificultades que se ofrecen en este trato, le dió Nuestro Señor á sentir el bien que se saca dellas: y así en descubriéndole los tesoros que se encerraban en aquel verso de David[2]: *Los que navegan por la mar, rompiendo por las muchas aguas, ellos verán las obras del Señor;* luégo le dió á sentir, que los tales han de estar advertidos, que si de verdad descendieren al mar, se ha de alterar. Pues por esto añadió el Salmista, que se levantó el espíritu de la tempestad, y las olas subian hasta los cielos, y bajaban hasta los abismos.

[1] Luc. 6, v. 38.
[2] Psalm. 106, v. 23 et 24.

Mas esto sucede para que clamen al Señor, y crezcan, no para que perezcan. Y por esto dijo San Bernardo [1], que el trato de los prójimos, aunque sea mezclado con algunas faltillas, es mejor que solo el orar retirado, aunque sea sin ellas; pues por otra parte, tiene muchas ocasiones de crecer grandemente en las virtudes: y así solia decir, que la virtud es pequeña hasta que es probada con el trato de los prójimos; en el cuál la caridad, humildad, paciencia y limpieza, tienen grandes toques, y nos aprovechan mucho sus disgustos, condiciones y cosas ajenas de las nuestras, bien sufridas por Dios.

Y porque los peligros de este trato nacen tambien de nuestra propia flaqueza, dióle Nuestro Señor grande confianza en su amorosa providencia, y en la ayuda que nos da para semejantes obras; cerca de lo cuál tuvo en la oracion muchos sentimientos admirables en varias materias, de que se hará mencion casi en todos los capítulos. Ahora sólo pondremos este con que se alentó mucho, para sujetarse á las trazas de Dios. ¿Qué desatino, dice, es pensar que acertarás en lo que Dios no te pone? ¿ó que no saldrá su Majestad con el negocio que toma á su cargo, aunque los medios por donde quiere guiarle parezcan disparatados? Si el paje que sacó Jonatás para que volviese la ballesta, y cogiese las saetas del lugar donde su amo las echaba [2], reparara en lo exterior que hacia, y que enderezando la saeta al blanco, la arrojaba muy léjos dél, dijera que su señor habia perdido el tino; mas entendida la verdad, era su acuerdo muy atinado.

---

[1] Serm. 12 in Cant.

[2] I. Reg. 20, v. 2c et 36.

Pues á este modo los acuerdos del Señor, aunque muchas veces son juzgados de los ignorantes, son atinadísimos, y muy eficaces para salir con sus intentos, por cualesquier medios que tomare para ellos.

Finalmente, la oracion era para este santo varon una torre de David llena de toda suerte de armas defensivas y ofensivas, para combatir á los pecadores sin recebir daño dellos. Era tambien una atalaya, desde donde descubria los peligros propios y ajenos, para atajarlos. Era un retrete tambien secreto, donde trataba con Nuestro Señor lo que habia de tratar con los hombres, procurando haber primero negociado con su divina Majestad lo que pretendia hacer en ellos; y que todas sus palabras, y el modo de proponerlas, fuesen enseñadas é inspiradas del mismo Dios, cuyo negocio decia que era el negocio de las almas, y con su virtud ha de tener buen suceso. La oracion tambien era para él la bodega de los vinos preciosos del Señor, donde el Espíritu Santo le embriagaba con aquel mosto que dió á los Apóstoles cuando hablaban con lenguas de fuego. Y de aquí venia la grande fuerza que tenia en sus pláticas y exhortaciones, y aun en las cartas que escribia, porque sus palabras eran tan vivas y eficaces, que nunca volvian vacías, y se pegaban al corazon, y allí hacian su obra, rindiéndole á dejar la mala vida, ó á mejorar la tibia. Desta manera, los ministerios que ejercitaba con los prójimos por obediencia, le hacian medrar en el espíritu, como el manjar corporal engorda al cuerpo; conforme á lo que dijo Nuestro Señor á sus Apóstoles [1]: *Mi manjar es hacer la voluntad del que me envió, y acabar su obra,*

[1] Joan. 4, v. 54.

que era la obra de la salvacion de los hombres: y á este propósito ponderaba mucho un dicho de San Gregorio: *Esca justorum est conversio peccatorum:* Mantenimiento de justos es la conversion de pecadores. Y como el águila, segun se dice en el libro de Job [1], donde quiera que ve el cuerpo muerto, vuela con ligereza para hartar su hambre; así el justo celoso, donde ve la ocasion de convertir pecadores, acude para comer este manjar de que tanto gusta Dios, y á él mismo es de tanto provecho.

Mas porque no diese en el otro extremo de desmandarse con demasía en este trato, le dió Nuestro Señor á sentir que era necesaria grande virtud para entrar en él con seguridad. *Grande*, dice, *para que tratando con perdidos no se pierda, y oyendo innumerables impertinencias, no sea impertinente, oyendo mil inmundicias no se tizne, y para que no hinque la rodilla al ídolo de la honra que el mundo adora. Y si para no perder es menester gran virtud, para guardarse á sí y á los prójimos, ¿cuál será necesaria? Tal ha de ser, que le sea sustento la ponzoña que á los sensuales ahoga y mata. Con mucha razon dijo San Dionisio* [2], *que ninguno seguramente puede ser maestro en cosas divinas, sin estas condiciones: primera, que sea semejante á Dios; segunda, que le saque él á volar; tercera, que no vaya descuidado. Lo cuál alcanzará colgándose de Nuestro Señor por la oracion, con fe y confianza de que le ayudará, pues le envia, y no querrá que se pierda en el negocio que hace por su mandado; pero de su parte ha de hacerse ojos, como los*

---

[1] Job. 40, v. 33.

[2] Oseæ 4, v. 8. Peccata populi mei comedent sacerdotes. (Lib. de Eccles. hier., cap. 3 ad fin.)

animales del cielo, manteniéndose con recato, no dando licencia suelta al ojo, ni á la lengua, ni á la mano, ni metiéndose en ocasiones que se pudieran excusar, que de ahí son las caidas, no en los que Dios mete, y examinando al fin del ministerio lo que ha hecho, y en lo que ha excedido, aplicando castigo y remedio para adelante.





CAPITULO VIII.

De la prudencia y destreza que tenia en ayudar á las almas, y de los medios en general que tomaba para ello.

ON mucha razon encargó Cristo Nuestro Señor á los obreros Evangélicos [1], que en sus ministerios fuesen prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas, por ser entrambas cosas necesarias para aprovechar á los prójimos, sin que pierdan ellos su propio aprovechamiento. De las serpientes han de tomar la prudencia, destreza y sagacidad en ganar las almas para Dios, aplicando todos los medios convenientes para ello, haciéndose si es menester, como lo hizo San Pablo [2], astutos y sagaces para cazarlas con algun santo engaño. De las palomas han de tomar la simplicidad y pureza en la intencion, la mansedumbre y humildad é inocencia debida, para atraerlas con su apacibilidad y buen ejemplo. Este aviso guardó maravillosamente el Padre Baltasar; porque la luz del cielo que Nuestro Señor le comunicaba en su oracion, le imprimió al-

---

[1] Matth. 10, v. 16.
[2] 2 Cor. 12, v. 16.

gunos buenos dictámenes y medios prácticos con que hiciese esta junta. Y el primero y fundamento de los otros era en el trato con los hombres buscar con purísima intencion á solo Dios, y su divina gloria y santo agradamiento, sin reparar en sus propios daños ó provechos temporales, ni en que las personas con quien trataba fuesen grandes ó pequeñas, principales ó bajas, sino en que Dios Nuestro Señor, que tiene cuidado de todos, y redimió á todos con el precio de su sangre, se las enviase, moviéndolas á ello con su santa inspiracion, confirmándose en esto con lo que el mismo Señor dijo [1]: *El que mi Padre me da vendrá á mí, y al que viniere á mí no le echaré fuera, porque bajé del cielo, no á hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.* Y en esta razon decia, que no queria tratar más almas, ni otras que las que Dios queria que tratase, y por solo fin de agradarle, sin otro interes; para lo cuál le movia mucho la queja que Nuestro Señor da por el Profeta Malaquías [2], de que no haya quien encienda las lámparas y el fuego del altar, ni quien despabile y avive las amortiguadas; y mucho ménos quien haga esto *gratuito*, de balde y sin interes, puramente para servirle, y por el bien de las almas. Por lo cuál procuraba tratar con tanta pureza á los penitentes, que ellos mismos echasen de ver, que solo Dios, sin otros respetos humanos, le movia á tratarlos.

De aquí es, que se acomodaba á los que trataba, de cualquier suerte que fuesen, grandes ó pequeños, sin desdeñarse de los pequeños, ni dejar pegar su co-

---

[1] Joan. 6, v. 37.
[2] Malach. 1, v. 10.

razon á los grandes; y abominaba de los confesores que quieren autorizarse por via de los penitentes, aplicándose solamente á tratar gente honrada, y no á otra; y esta manera de trato llamaba baladí, y de ninguna sustancia delante del Señor, que como dice el Sábio [1], hizo al grande y al pequeño, y tiene igualmente cuidado de todos, y no quiere que sean despreciados los pequeños, ni que se deje de acudir á los grandes, no por la grandeza temporal, sino por el bien de sus almas.

Y de aquí venia á conservar grande superioridad de espíritu, junta con grande afabilidad y muestras de amor, por lo cuál grandes y pequeños le amaban entrañablemente, y juntamente le veneraban y respetaban, porque como no miraba en este trato más que el agrado de Dios, llevaba la superioridad del mismo Dios, con la cuál rendia y sujetaba toda la grandeza de la tierra, que es muy corta comparada con la divina, de que estaba revestido como fiel ministro de su Señor. Y los grandes que trataba, que fueron muchos, como despues veremos, reconocian en él una superioridad de espíritu tan grande, que sobrepujaba á la grandeza que ellos tenian, cumpliéndose en él lo que enseñaba á otros, diciendo que habíamos de ser tales, que los que hablásemos, se trocasen de manera que, cuando se apartasen de nosotros, fuesen hiriendo sus pechos, diciendo: *Vere filii Dei sunt isti;* verdaderamente estos son hijos de Dios, y tienen espíritu del cielo: y así lo confesaban todos los que le trataban, no se atreviendo en su presencia á meter pláticas de mundo, ni de cosas que no fuesen de Dios, esperando

[1] Sap. 6, v. 8.

á que él las comenzase por el gusto con que le oian, y el respeto que le tenian.

A esta superioridad acompañaba gran libertad de espíritu en su trato; porque no amaba á los penitentes con amor imperfecto, que tiene mezcla de carne, sino con amor de sola caridad y puro espíritu; no los amaba para sí, sino para Dios; no buscaba dellos interes temporal, ni queria recibir las cosas que le ofrecian, por más que le importunasen, por no menoscabar esta santa libertad; no trataba amistad tan particular y pegajosa que le trabase el corazon, conservándole libre para mudarse á otra parte, y dejarlos cuando la obediencia se lo mandase; ni á ellos consentia que le amasen con ese amor imperfeto: y así cuando se ausentaba, aunque sentian mucho su ausencia, no osaban mostrar delante de él todo el sentimiento que tenian, y por la misma razon no les quitaba á ellos su libertad, dejándoles tratar con algun otro confesor ó padre espiritual, de quien pudiesen recebir provecho para su alma, como esto no se hiciese por liviandad ó entretenimiento; y sentia mal de los confesores que celan demasiado que sus penitentes no se confiesen con otros, y quitan á las almas la libertad de tratar con los que pueden aprovecharlas, que es un modo de cautiverio y sujecion. Y por esto algun dia de propósito no salia al confesonario, para que se confesasen con otro, y con más libertad dijesen lo que quizá con algun empacho no se atreven á declarar al ordinario confesor.

Y aunque su celo era grande, y deseaba la salvacion de todos los prójimos; pero sabia bien, que cuando Dios mete á sus siervos en la bodega de sus preciosos vinos, ordena en ellos la caridad, para que si el vino del amor y celo les embriaga, la discrecion les

enfrene y modere: y así con gran prudencia no trataba más de los que podia sin daño de su espíritu, ni ponia los ojos en que fuesen muchos, sino en que fuesen muy aprovechados, y les luciese el trato y comunicacion que con él tenian; porque decia que no es nuestro instituto darse á prójimos, á diestro y á siniestro, aseglarándose el corazon, y perdiendo su espíritu: *sed in pondere et mensura*, con la moderacion que se compadece con ser hombre espiritual, no faltando á los medios de su oracion y aprovechamiento propio; como en los instrumentos, aquel uso es bueno, que se compadece con sus filos; porque si el azuela los pierde, golpeará todo el dia, y no hará nada, y afilada hiciera mucho más en una hora; y el mejor obrero Evangélico, no es el que trae más gente tras sí, sino el que sin descuidarse de sí, trae más aprovechados los penitentes, aunque sean ménos: y así él ponia su cuidado en que los suyos se adelantasen en el servicio de Dios, cada uno segun su capacidad, porque le parecia que ninguno habia incapaz con la ayuda de los santos Sacramentos, de poderse ir mejorando en perder los vicios y malas costumbres, y en adquirir las verdaderas y sólidas virtudes, aunque no fuesen todos para oracion mental, y recogimiento interior; y así no gustaba de trulla, ni de tratar con los que querian anudar y estancar en su aprovechamiento, contentándose con frecuentar los Sacramentos para no caer en pecados mortales, sin pretender mejorarse ni pasar adelante en la virtud; y como era conocido este espíritu que tenia, huian dél los que no sentian fuerzas para seguirle; pero mucho más se inclinaba al trato de los que pretendian de véras los más altos grados de perfeccion: y para ayudar á estos tenia singular don de Dios, y trabajaba mucho por aprove-

charlos; porque decia, que no sólo temia la cuenta estrecha que habia de dar de las faltas en que caen los que están á su cargo, sino tambien la que le han de pedir de las virtudes que no tuvieron por no saber industriarlos.

Finalmente, para este fin procuraba mucho persuadir á todos los que trataba, el ejercicio de la propia abnegacion, y mortificacion de sus pasiones y siniestras inclinaciones; y él mismo les ayudaba á ello con ejercitarlos, ya con palabras dichas de propósito para mortificarlos, ya con obras, mandándoles hacer lo contrario de su propia voluntad, ó dejar algo que era de su gusto; en lo cuál tenia singular gracia, tocando á cada persona en lo vivo, y en lo que más la importaba vencerse á sí misma; pero hacíalo con tanta suavidad, que ninguno quedaba desabrido con él, antes más aficionado, y con mayor estima del bien que les hacia, y con mayores ganas de volver otra vez á sus piés. A unas decia por modo de reprension: Si yo hubiera hecho con otro lo que he hecho con vuesa merced, ¡cuánto más adelante estuviera en su aprovechamiento! Y otras veces: No perdamos tiempo, que es muy precioso para quien bien le aprovecha; y decíalo de modo, que quien lo oia quedaba con el corazon punzado, y movido á salir de tibieza; pero con quien más al descubierto usaba de este medio era con las personas que á velas tendidas caminaban á la perfeccion, cooperando con Nuestro Señor en aguijarlas, y tambien para probarlas; porque ejercicios ó actos de oracion sin mortificacion, ó son ilusion ó no son de dura. Y á todos aconsejaba que se venciesen en aquello á que sentian más repugnancia, y en cercenar conversaciones, visitas, cumplimientos y trajes supérfluos, ajustándose á todo lo que era más confor-

me á la humildad, honestidad y decencia, segun su estado, y en especial á ser muy sufridos y callados en las ocasiones que se ofrecen de humillacion y desprecio, diciéndoles que estos eran los lances con que las almas salen de lacéria, y los debian desear, como los mercaderes desean sus lances, para aumentar su caudal; y con esto los animaba y disponia para llevar con gusto y provecho, y sin excusar las reprensiones y cosas ásperas con que los ejercitaba, para que saliesen bien mortificados y probados.

Pero no se salia él afuera desta dotrina, antes iba delante con el ejemplo, no sólo mortificándose á sí mismo, sino tambien aceptando muchas mortificaciones que se le ofrecian en el trato con los prójimos; y gustaba de que se ofreciesen, para alentarles con su ejemplo á que ellos tambien creciesen en la perfeccion con semejantes ocasiones, como él se aprovechaba dellas. De todo lo que se ha dicho en este capítulo veremos esclarecidos ejemplos, contando las cosas particulares que hizo en los lugares donde estuvo.





CAPITULO IX.

Del grande fruto que hizo en Avila en muchas personas de insigne virtud [1].


OMO Dios Nuestro Señor, cuya sabiduría alcanza de un fin á otro con fortaleza, y dispone todas las cosas con suavidad [2], conoce las necesidades espirituales que hay en todas las provincias, ciudades y lugares de la Iglesia, y de todo el mundo, y penetra tambien los talentos y caudales de sus obreros Evangélicos; suele con particular providencia repartirlos por diversas partes, para que procuren recoger la mies de las almas, señalando á cada uno el lugar donde ha de coger más copioso fruto, y él ha de sacar mayor provecho: aunque algunas veces con sus secretos juicios atiende más á lo uno, y otras á lo otro. Desta manera, despues de la venida del Espíritu Santo, señaló á los Apóstoles la region y provincia donde cada uno habia de predicar el Evangelio. San Pedro fué enviado á Roma, San Juan á Asia, y Santiago á nuestra

---

[1] Año 1559.
[2] Sap. 8, v. 1.

España, y otros á otros reinos y ciudades insignes, adonde cogieron mucho fruto, y padecieron grande trabajo sembrando la semilla, que despues le llevó por medio de los dicípulos que allí llegaron. Esta misma providencia ha tenido Nuestro Señor con los demas obreros evangélicos, que han seguido á los Apóstoles, y la tuvo con el Padre Baltasar Alvarez, el cuál no sin traza del cielo comenzó á ejercitar sus ministerios con los prójimos en la ciudad de Avila, donde Nuestro Señor le tenia aparejada mucha mies, muy dispuesta para la siega. Estuvo allí nueve años haciendo oficio de ministro del colegio con mucho trabajo, porque el oficio y la incomodidad de la casa, que era pobre y necesitada, y estaba muy en sus principios, le obligaba á mirar por las comodidades de todos, olvidándose de las suyas, especialmente que casi siempre llevó solo todo el peso del gobierno, porque en todo este tiempo no hubo sino solos dos Rectores: el Padre Dionisio Vazquez, que estuvo allí año y medio, y el Padre Gaspar de Salazar, que duró solos nueve meses, por mudarlos la obediencia á otras casas por justos respetos; y por su ausencia gobernó el Padre Baltasar el Colegio, aunque siempre con nombre de ministro: y fuera desto contestaba á los seglares que acudian á nuestra casa, asistiendo mucho á su confesonario, y saliendo á tratarlos, y hablarlos cuando era menester para bien de sus almas; y dióse tan buena maña, que fué notable el fruto que hizo en muchas personas, especialmente en algunas que tenia Nuestro Señor escogidas para muy altos grados de santidad. Y como los buenos dicípulos, segun dice San Pablo [1],

[1] Ad Phil. 4, v. 1.

son corona, gloria, y gozo de su Maestro, y no pequeño testimonio de la grande prudencia, sabiduría y santidad que tenia el que les enseñó, y enderezó en la pretension de la que alcanzaron; no es fuera de propósito, para manifestar el grande espíritu y caudal del Padre Baltasar Alvarez, poner en este capítulo, y en algunos de los siguientes, algunas cosas memorables y grandiosas, de los dicípulos que tuvo en la escuela de la perfeccion, y se aventajaron en ella con grande excelencia: pues Nuestro Señor quiso hacerle esta gracia de dárselos tales, así dentro de la Compañía, como fuera della, tomándole por instrumento para perfeccionarlos, haciendo que sus palabras, como dijo por Jeremías [1], fuesen como fuego y martillo, para ablandar los corazones con el fuego de la devocion, y labrarlos con el martillo de la mortificacion con suma destreza, como se verá por los casos que iremos refiriendo.

Primeramente, habia entónces en aquella ciudad un buen número de clérigos virtuosos, que habia recogido y allegado á sí el Maestro Daza, varon de ejemplar virtud, para que le ayudasen á remediar almas y necesidades de pobres, no sólo dentro de la ciudad, sino por todo el obispado; pero en conociendo la santidad y grande espíritu del Padre Baltasar, quiso como humilde imitar al glorioso San Juan Bautista, que envió sus discípulos á Cristo Nuestro Señor, enviando él los suyos al dicho Padre, para que los tratase, enderezase y alentase; y el Padre los juntaba de cuándo en cuándo, y les hablaba de Dios tan altamente y con tanto fervor, que les duraba por muchos

[1] Jer. 23, v. 29.

dias. Señalábales la penitencia que habian de hacer, y el órden de vida que habian de guardar; y un dia de la semana venian á confesar con él, y le daban cuenta de sus conciencias, con lo cuál salieron varones muy ejemplares, reconociendo ellos, y publicando el gran don de Dios que este santo Padre tenia en guiar las almas; y lo mismo reconocian los demas que le trataban, y en especial un hombre principal, llamado Agustin Osorio, á quien el Padre Baltasar habia confesado estando enfermo; y como despues que sanó volviese á verle en su misma casa, le habló en su aposento con tanta fuerza y fervor de espíritu, que le rindió, y trocó con extraordinaria mudanza, de modo que vivia como un religioso, ocupándose siempre en obras de misericordia; y mirando despues el banco donde habian estado sentados los dos, solia decir con admiracion: ¡Oh si este banco tuviera lengua, cómo pudiera decir las cosas tan altas y tan levantadas, y el espíritu con que me habló aquel santo Padre Baltasar! Tambien ayudó mucho en su grande espíritu á Francisco de Salcedo, á quien la santa Madre Teresa de Jesus alabó tanto en su libro, y le llamaba el caballero cristiano, porque supo bien juntar la perfeccion de cristiano con las leyes de caballero, cercenando todo aquello en que el mundo es contrario á Cristo.

Pero mucho mas ayudó á D. Francisco de Guzman, hijo de Mosen Rubí de Bracamonte, primer patron de una insigne capilla que hay en aquella ciudad; el cuál, teniendo mucha renta eclesiástica, en pensiones y beneficios curados, andaba en hábito seglar, gastándola en caballos, vestidos, y en muchas cosas mundanas, con escándalo de los que le conocian; tocóle Dios el corazon con su poderosa mano, y trocóle

en otro varon, y por consejo del Padre Dionisio Vazquez, Rector de nuestro Colegio, con quien se quiso confesar y tratar sus cosas, tomó luego hábito eclesiástico, dejó los beneficios curados, y solamente se quedó con mil ducados de pensiones, gastando consigo muy poco, y lo demas con los pobres; ordenóse de sacerdote, y comenzó á decir Misa con gran devocion y provecho de su alma. Pero como dentro de muy poco tiempo el Padre Dionisio Vazquez se mudase á otra parte, comenzó á tratar con el Padre Baltasar Alvarez, cuyas palabras le encendian el corazon, y le alentaban grandemente en las santas obras que hacia. Andaba sólo con un paje sin tener otro servicio, especialmente de mujer, en su casa; dió en ser muy abstinente, preciándose ántes de ser muy comedor; y siempre andaba ocupado en obras de caridad; visitaba á los pobres enfermos, curábales por sí mismo, limpiaba los vasos inmundos, llamábales médico, ó iba á su casa, para que dijese lo que habia de hacer con ellos; y acaecíale estarle esperando con mucha paz una ó dos horas á que viniese de fuera, ó se levantase de la cama, porque su mucha caridad le daba esta paciencia; y del mismo modo les llevaba la comida, una vez guisada, y otras por guisar, hasta ir él mismo á la carnicería á comprar carne para los pobres; y como por muerte de un hermano suyo entrase á ser Canónigo de aquella santa iglesia, no mudó el modo de tratarse, ni las ocupaciones, sino añadió nueva diligencia en gastar la renta que se le habia recrecido, en remediar las necesidades de monasterios, hospitales y pobres vengonzantes; y año hubo que curó más de trescientos pobres, con tanto gasto, que parecia imposible, segun sus rentas; pero favorecia Nuestro Señor á su buen ánimo. Tuvo tambien algunas enfer-

medades con que Nuestro Señor le labró para hacerle más perfecto, y aunque el Padre Baltasar estaba ya ausente, no se descuidaba de ayudarle, por cartas del modo que podia, y así le escribió una desde Medina por estas palabras, que eran muy á propósito para el espíritu del enfermo [1].

Aunque temo que V. m. no ha de saber aprovecharse tanto de sus enfermedades, como desea el Señor que se las envia, ha sido para mí extraordinario consuelo, saber que le han traido ó traen bien fatigado; y es de manera, que no han bastado todas mis ocupaciones, para dejar de significarlo en esta á V. m., señor mio: abra los ojos, y conozca la prenda de las entrañas tiernas del Altísimo con V. m., que no quiere que pasen sin castigo las faltas del que ama, ni se contenta con que traiga en cruz el alma solamente, por la memoria y compasion de su Hijo crucificado, y por la mortificacion del viejo hombre, metiendo á cuchillo sus siniestros y pasiones, sino tambien quiere que lo ande el cuerpo de su siervo, para que sea más á su corazon, y se conforme mejor con Cristo su Hijo, pues todo él anduvo en Cruz; con alegría espero el fruto desta labor. Y pues Dios Nuestro Señor es el que cultiva su planta, si fuere el fruto mayor que V. m. creyera, ni supiera esperar, reparta con los necesitados; y entre tanto tomaré yo el cuidado, y solicitaré á nuestros padres y hermanos, para que oren á su Majestad, que no lo impidan sus pecados, y dé á V. m. la salud que á su mayor gloria conviniere.

Esta carta he querido poner aquí, así para que se vea el santo celo y contínuo cuidado que el santo Padre Baltasar tenia de sus hijos espirituales, aun despues que se ausentaba de ellos, como porque en ella

[1] 12 de Octubre de 1567.

dibuja la vida y ejercicios deste buen caballero, subiendo á la perfeccion por estos tres escalones; memoria y compasion de Cristo crucificado, mortificacion del hombre viejo, y de todos sus siniestros y pasiones, y traer tambien el cuerpo mortificado, primero con los ejercicios trabajosos en servicio de los pobres, y despues con el dolor y fatiga de las enfermedades, para conformarse más con el dechado de la santidad, Cristo Jesus, conforme á lo que dice San Pablo [1]: *Traemos siempre en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesus; para que tambien la vida de Jesus se descubra y manifieste en nuestros cuerpos.*

Deseó mucho entrar en la Compañía, pero no se le concedió por el gran bien que hacia en la ciudad; mas ya que no pudo cumplir su deseo en vida, quiso del modo que pudo cumplirle en la hora de la muerte, viniéndose á morir en nuestro Colegio, donde acabó santamente, y fué enterrado en nuestra iglesia. Dijo cuando se moria, que estaba con grande contento, porque sabia que habia de ir á gozar de Dios; y la Beata Madre Teresa de Jesus testificó que habia visto su alma ser llevada de los Angeles á la gloria.

Desta manera trataba tambien el Padre Baltasar algunos otros hombres principales y ciudadanos, dando á cada uno el modo de vida que más cuadraba á su estado pegándosele al corazon, de modo que durase en él mucho tiempo con fervor. A un hombre desta ciudad aconsejó que confesase y comulgase todos los lúnes, y lo cumplió por más de treinta y cuatro años que vivió despues, sin faltar, ni mudar el dia, por la fe que tenia en las palabras de su santo confe-

---

[1] 2 Cor. 4, v. 10.

sor; y por este medio le hizo Nuestro Señor señaladas mercedes en el alma, y experimentó la Divina Providencia en el remedio de las necesidades del cuerpo; porque en tiempo de frio, que en Avila suele ser riguroso, no teniendo rama de leña, y mucha gente en su casa, le aconteció algunas veces hallar las carretadas de leña descargadas á su puerta; y todo lo atribuia á las oraciones de su buen Padre, el cuál tambien tenia otro buen número de señoras y mujeres ejemplares en quien hacia notable fruto. Una de estas fué doña Guiomar de Ulloa, la cuál enviudó muy moza, de diez y nueve años; y como tenia buen parecer, era tambien amiga de ser tenida por tal, y de componerse y andar galana [1]. Comenzó á tratar con el Padre Baltasar, y pudieron tanto con ella sus palabras, que recabaron de ella lo que tenia por casi imposible, que fué olvidarse del mundo, y de sus galas y locuras, y entregarse muy de véras al servicio de Nuestro Señor, con cuyo favor alcanzó un gran desprecio de la pompa mundana; dejó los escuderos y criados, y cuando tuvo más edad, se iba sola á las iglesias, llevándose ella debajo del manto un corcho en que sentarse; y por este camino alcanzó no pocas mercedes de Nuestro Señor, cuya propiedad es honrar á los que por su amor se desprecian, y dar los consuelos del cielo á los que renuncian los de la tierra.

Este espíritu deseaba imprimir en las señoras que se confesaban con él, animándolas á romper con sus gustos, regalos y pompas demasiadas; y las que no tenian ánimo para esto, huian de su confesonario, no queriendo oir de su boca lò que no querian acabar

[1] Ella misma lo contó al Padre Francisco de Salcedo.

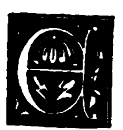
consigo de poner por obra. Las demas ántes gustaban de ser labradas desta manera, como una sierva de Dios, llamada Ana Reyes, á quien el Padre Baltasar labró á macha martillo con la mortificacion, la cuál solia decir, que con solo el mirar la mortificaba; y el semblante grave y severo, que á veces le mostraba, bastaba para entender si traia ella alguna cosa que le pudiera ofender en su persona y vestido, y luégo lo reformaba; porque todas sabian ya que llevaba mal que no conformase el hábito y vestido con el recogimiento que profesaban, diciéndolas, que lo interior y lo exterior habian de ir á una. Bien experimentó esta sierva de Dios el fruto desta mortificacion en que la puso, y ayudó su buen confesor; porque con ella vino á ganar mucho señorío de sus pasiones, gran paz y serenidad en todas las cosas, y muy alto don de oracion, enseñándola el Señor por comparaciones ordinarias la alteza de los atributos divinos, con admirable sentimiento de los misterios de la fe, especialmente de Cristo crucificado, en cuya presencia estaba mucho tiempo en oracion, acompañándola con mucha penitencia.





CAPITULO X.

Cómo ayudó en Avila á la Madre Mari Diaz en sus heróicas virtudes; y de una conferencia muy provechosa que tuvieron sobre cinco fuentes de padecer.



EN lo que más se señaló el Padre Baltasar en esta ciudad de Avila, fué en la ayuda que dió á dos excelentes mujeres, que concurrieron allí en un mismo tiempo con raro ejemplo de virtud. La una fué la Madre Mari Diaz, cuya santidad fué muy conocida y celebrada en aquella ciudad, y hasta ahora dura la memoria della, y es digna de que dure siempre entre los fieles, para que se aprovechen de sus heróicos ejemplos, y se confundan de que una pobrecita labradora haya subido [1] (como dijo Salomon, y pondera San Gregorio), trepando con las manos como lagartija, hasta ponerse en los tejados del Rey, no terreno sino celestial, teniendo contínuamente su conversacion en los cielos: y ellos, con tener más aventajadas partes para subir y volar, se quedan en lo bajo presos de sus terrenas afi-

---

[1] Prov. 30, v. 28.—Lib. 6 moral., c. 5.

ciones. Tuvo esta santa mujer buena dicha en topar con el Padre Baltasar, que le ayudó mucho en esta subida; y el Padre la tuvo en topar con ella, porque se ayudó mucho de su grande ejemplo, y por lo que en ella hizo vino á ser muy conocido y estimado de todos en aquella ciudad. Fué la Madre Mari Diaz natural de Vita, aldea de Avila, la cuál, habiendo vivido en castidad hasta los cuarenta años, con gran recogimiento y ejemplo de todo el pueblo, como desease servir á Dios con mayor perfeccion, muertos sus padres se vino á Avila, y dió cuanto tenia á los pobres para vivir de limosna, como lo hizo, tomando precisamente lo necesario para pasar la vida. Habia hecho mucho ántes voto de castidad, y entónces lo hizo de pobreza y de obediencia á su confesor, para tener en el siglo algun modo de vida religiosa, guardando del mejor modo que podia los tres votos en que consiste la sustancia de la religion. Inspiróla Nuestro Señor se confesase con los de la Compañía; y aunque ellos no admitieron el voto de obediencia, pero ella, cuanto es de su parte, quiso atarse y privarse de su libertad, haciendo entero sacrificio á Dios de su propia voluntad; y para estar más recogida y encerrada, alcanzó del Obispo, que era Don Alvaro de Mendoza, licencia para vivir en la tribuna de la iglesia de San Millan, asistiendo siempre delante del Santísimo Sacramento, de quien era devotísima; y no salia de allí sino es para ir á confesar y comulgar á la iglesia de la Compañía; y deste modo comenzó una vida de altísima perfeccion, en penitencia, mortificacion y oracion, y en todo género de virtudes, con tan altos sentimientos de las cosas del cielo, especialmente del Santísimo Sacramento, á quien llamaba su vecino, que todos los que acudian allí á hablarla, quedaban admirados y

espantados; y aunque fuesen muy letrados, decian que no habian entendido tan bien los misterios de nuestra santa fe, como cuando ella los declaraba.

§. I.

Mas dejando muchas cosas que son testimonio de su gran santidad, por no hacer á nuestro propósito, solamente pondremos las grandes ayudas que tuvo para subir á ella en el Padre Baltasar, el cuál, como la vió tan prevenida y favorecida de Dios, tomó muy á su cargo aventajarla y perfeccionarla, dándole su Divina Majestad especial gracia para ello. Puso la mira en quitarla todas las faltas é imperfecciones que en ella advertia, y en fundarla en profunda humildad y paciencia, y en grande obediencia y resignacion, haciendo mil maneras de santas invenciones para mortificarla. Respondíale seca y ásperamente, cuando le preguntaba alguna cosa, haciéndola esperar largo tiempo, y que fuese la postrera en confesarse, habiendo venido primero que las otras; á veces la negaba lo que pedia, y la enviaba sin querer oirla; y habiéndola concedido licencia de comulgar tres veces cada semana, por las grandes ánsias que tenia de la comunion, en esto mismo la probaba y ejercitaba, para que la entrase más en provecho: y porque los justos que no tienen pegado el corazon á las cosas temporales, no sienten tanto la mortificacion en ellas, como en algunas espirituales en que tienen librado su consuelo; en estas han de ser probados, para que en todo estén resignados en la voluntad de Dios, y de Él solo estén asidos. Para este fin la dijo una vez que no comulgase sin confesarse con él,

porque algunas veces la hacia confesar con otros. Vino el dia siguiente, que era dia de comunion, y no quiso bajar al confesonario, hasta que supo que otras tres ó cuatro estaban esperando; y cuando bajó, hizo que se confesasen primero las demas que habian venido, y entre tanto vinieron otras, y tambien las llamó primero; y ántes que acabasen dió el reloj las once, y levantóse de su silla, diciéndola que volviese el dia siguiente. Vino el otro dia, y el Padre fué trazando las cosas de manera que sucediese lo mismo; y deste modo la tuvo más de veinte dias sin confesar ni comulgar; porque juzgó este santo varon, que lo que dejaba este tiempo de ganar con los Sacramentos, lo recompensaba con el cotidiano aparejo y hambre que tenia de recibirlos, y con los heróicos ejercicios de paciencia y mortificacion, que la disponian para poderlo recibir despues con mayor frecuencia. Sentia mucho esta dilacion la Madre Mari Diaz, mas no osaba replicar por el respeto que le tenia, ni dejarle por el amor que le habia cobrado, aunque le trataba con tanta aspereza, que solia ella por gracia decirle: «Mi padre y las mis rencillas.»

Otra vez entró en la iglesia con chapines y báculo, y venia al parecer autorizada; y como el Padre Baltasar la vió entrar, llamóla, y díjola, si queria hacerse dueña, ó señora, y que no le faltaba más á su soberbia. Luégo la mandó que se saliese á la calle, y dejase allí los chapines, y entrase como habia de entrar, y como quien era. Hízolo así al punto la sierva de Dios, sin mirar que los podian hurtar; y cuando volvió la dijo, que no comulgase en pena de su desvanecimiento; aunque viéndola tan rendida y humillada, al fin se lo concedió. A los principios era perseguida de los demonios; y despues que una vez

la maltrataron mucho, tenia algun miedo; y por esto trajo un niño de los de la doctrina, que durmiese en su aposento; y entrando en él un dia el Padre Baltasar, como vió el estradillo donde dormia el niño, y supiese la causa, la reprendió con aspereza, diciéndola: ¿De que sirve ese niño? ¿No tiene vergüenza? ¿Tan niña es, que se está á los principios á cabo de rato, y tan poca confianza tiene de Nuestro Señor? Con esto luégo echó de allí el estradillo, obedeciendo á lo que el Padre insinuaba, lo cuál fué muy acertado; porque semejantes personas no han de temer al demonio con demasía, sabiendo que no puede tocarles en el hilo de la ropa sin licencia de su Dios; ni han de poner su confianza y arrimo en criatura alguna, sino sólo en la proteccion de su dulcísimo Criador, con la cuál están muy seguras.

Estando en su tribuna de San Millan, solia salir de cuándo en cuándo á visitar algunas señoras principales. Díjola el Padre Baltasar que ahorrase de tiempo, para emplear en vacar á Dios, y desde entónces nunca más salió á visitar á nadie: y quejándose las señoras, de su confesor, porque les privaba del consuelo que recibian en hablarla, ella no se excusaba, así como suelen hacerlo algunas echando la culpa á los confesores, ántes le escusaba, diciendo: Mi confesor no me dice que no visite, sino que guarde mi recogimiento. Con estas y otras mortificaciones la ejercitaba este diestro maestro de espíritu, no sólo por el grande bien que ella recibia, llevándolas de tan buena gana, sino tambien para ejemplo de otros, y para que los negligentes viesen cuán dignos eran de reprehension sus defectos verdaderos, pues así era tratada la que era culpable en cosas que apénas tenian apariencia de defectos, y se alentasen á enmen-

dar los suyos. Finalmente, mostró esta sierva de Dios su virtud en la perseverancia que tuvo en rendirse y obedecer al que tanto la mortificaba, amándole tan de corazon por el bien que de él recibia, que aunque se ausentó de Avila, nunca le perdió de vista, ni se olvidó de las cosas que le habia oido; y estimábale en tanto, que en su comparacion se tenia por niña en la virtud; y solia decir, que estaria ella á un rincon detras de la puerta del cielo, con los niños bautizados que murieron ántes de tener edad de discrecion, y entraria su Padre con grande gloria y acompañamiento á lugar muy alto; y añadia por gracia, aludiendo al uso que tenia de reprenderla, que viéndola tan atras en lugar tan bajo, la diria: ¡Ahí te quedaste, vieja harona! Pero aunque ella sentia tan bajamente de sí, fué muy grande en los ojos de Dios, y en los de su maestro y guia; el cuál, aunque la mortificaba y humillaba, tenia de ella grande estimacion, y la concedió despues comulgar cada dia, porque tenia extraordinaria devocion con el Santísimo Sacramento, y tan viva fe de la presencia del Señor que allí está encerrado, como si le viera con los ojos: y cuando el sacerdote alzaba la Hostia, veia algunas veces en ella un mancebo de extremada hermosura; y cuando alzaba el caliz, la parecia ver la sangre de Cristo roja y vaheando; y cuando partia la Hostia, la parecia ver á Dios entero entre las endeduras: y diciendo ella esto á un maestro en Teología, de Salamanca, como se admirase de oir tal cosa á una labradora, respondió con gran sencillez: Por cierto, yo pensé que tambien veian esto los demas. Y cuando hablaba con Nuestro Señor sobre este misterio, solia decirle: ¿Señor, teneis allá más que dar? Dando á entender con este modo de pregunta tan amorosa, el infinito bien que allí

se le daba, y la hartura que con la comunion recibia, quedando siempre con nueva hambre de recibirla cada dia.

§. II.

PERO será de mucho provecho y consuelo poner aquí lo que yo oí contar al Padre Baltasar en una plática que hizo, exhortándonos al padecer, por los grandes bienes que en ello habia; y entre otras cosas nos dijo una conferencia que habia tenido con la Madre Mari Diaz, sobre cinco fuentes que habia de padecer sin culpa propia, las cuáles juntamente eran fuentes de grandes merecimientos para los que sabian aprovecharse bien dellas, con la paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, que las envia; y habiendo hecho reflexion para acordarme bien dellas, me parece que eran estas cinco. La primera es sufrir las injurias de los tiempos, cuando hay excesivos frios ó calores, humedades ó sequedades, y otras terribles tempestades, de truenos, vientos y terremotos, gustando de todo, porque Dios lo quiere. Y á este propósito nos contó, que como en Avila hiciese muy crudos frios, y ella los sintiese mucho, por andar mal vestida y mal calzada, y tener aposento poco abrigado; estando un dia delante del Santísimo Sacramento temblando, y quejándose del riguroso frio que hacia, la dijo Nuestro Señor: ¿Hágole yo, y quéjaste tú? dándole á entender (como ponderaba mucho el Padre Baltasar) que basta la consideracion de que los trabajos vienen por voluntad de Dios, para que todos se acepten sin queja, y con mucho consuelo; conforme á lo que dice David [1]: *Enmu-*

[1] Psal. 38, v. 10.

decí, porque tú lo hiciste. La segunda suerte es sufrir las molestias é incomodidades del cuerpo, de donde quiera que procedan; ora sean humores demasiados, como son las enfermedades, dolores, achaques, melancolías, tristezas y tedios; ora de las necesidades á que todos estamos sujetos, como son, hambre, sed, sueño, cansancio y fatiga, ó pobreza, y falta de las cosas necesarias en la comida, vestido, casa y cama; ora de otras criaturas que por mil modos nos afligen, pues hasta los mosquitos y pulgas, y otras sabandijas nos persiguen; y en todo esto se ha de mostrar la paciencia, mirándolo como cosa que viene por la divina Providencia, ó en castigo de culpas, ó para ejercicio de virtudes, ó por otros fines que no alcanzamos. La tercera fuente es sufrir las condiciones ajenas que son contrarias ó muy diferentes de la nuestra, por ser fuerza tratar con otros, que son, ó muy coléricos y ceñudos, ó muy flemáticos y espaciosos, ó con otros malos siniestros, ó complexiones, que afligen mucho al que tiene lo contrario; y en esto tienen mucho que sufrir los señores á los criados, y los criados á los señores, y los religiosos, y todos los que viven en comunidad, donde hay muchos de encontradas condiciones, permitiéndolo Nuestro Señor para prueba de los escogidos; y así nos decia el Padre Baltasar, que no hay virtud perfecta, si no es probada con prójimos, en estas y otras ocasiones. La cuarta fuente es sufrir las deshonras, desprecios y daños que se nos recrecen por los que padecen las personas que nos tocan: pues es cosa cierta, que la infamia de un pariente muy cercano, ó de un gran amigo, redunda en infamia de los demas de su parentela; y en las religiones es esto más ordinario; porque el delito ó infamia de uno es causa de que los demas queden nota-

dos y manchados, porque el vulgo ignorante piensa que los demas son como aquel cuya culpa ó infamia saben. Sufrir pues los que no tienen culpa estas deshonras con paciencia y humildad, es fuente de grandes merecimientos; y el Padre Baltasar nos decia, que todo esto era bocado de pulpa, sin mezcla de hueso, por estar libre de culpa propia. La quinta fuente era sufrir las aflicciones del espíritu en el divino servicio, que suelen ser muy penosas, sin poder muchas veces nosotros remediarlas, como son sequedades, distracciones, oscuridades, desmayos, escrúpulos, y varios géneros de tentaciones y persecuciones del demonio, con representaciones horrendas, que atormentan el alma; pero todas vienen registradas por la Providencia de Dios, por cuya voluntad han de ser sufridas, mientras no podemos quitarlas; y á esta fuente reduce sufrir bien las pruebas que hacen los confesores y ministros de Dios, y los prelados, para examinar ó perfeccionar la virtud de los que son guiados ó gobernados por ellos.

Estas son las cinco fuentes de padecer, de las cuales se aprovecharon mucho los dos que conferian sobre ellas; y la Madre Mari Diaz hablaba de experiencia, por las grandes ansias de padecer que el Señor la habia dado, ejercitándola con larga mano en las cinco cosas referidas. Por orden de su confesor estuvo seis años con una Señora principal de Avila; y sin saberlo ella padeció notables molestias de los pajes y criados, con denuestos, escarnios, palabras injuriosas, y obras muy descompuestas, y tanta hambre, que tenia por regalo haber algun regojo de pan para sustentarse; y en todo tenia admirable silencio, juzgando que tenian sobrada razon en lo que con ella hacian. Y cuando hizo voto de pobreza, castidad y

obediencia, la probó Nuestro Señor con tantas sequedades, que le dijo un dia con una amorosa queja: ¿Y cómo, Señor! ahora que os he dado cuanto tenia que poder daros, me desamparais? ¿paréceos bien? Demas de esto dió larga licencia al demonio para que la molestase, y cargóla de muchas y muy graves enfermedades y dolores, y con todo esto nunca se vió harta; y cuando tenia ochenta años, y estaba más cargada de estos trabajos, deseaba más larga vida, para padecer más por su Criador. Y como la santa Madre Teresa de Jesus, de quien luégo haremos mencion, la dijese, que tenia grandes ansias de ir á ver á Dios, ella la respondió: que ántes deseaba se le dilatase el destierro para padecer, porque en esta vida podia ella dar algo á Dios, sufriendo penas y trabajos por su amor; mas en la otra todo era recebir el premio de lo que se ha trabajado. Y pues queda harto tiempo para gozar de Dios por toda la eternidad, bien es sufrir acá mucho por el amado, para agradarle y darle contento. Esta era la piadosa contienda que entre estas dos santas mujeres habia, y cada una tenia buenos fundamentos de sus deseos; mas el de la Madre Mari Diaz era muy seguro, estribando, no en sus fuerzas, sino en las de Dios, cuyo don muy especial es padecer por su amor, como dijo San Pablo [1]: y enriquecida con este don, llena de merecimientos, acabó en Avila felizmente sus dias, y alcanzó de Nuestro Señor la corona y premio de sus largos y buenos servicios, y de sus grandes trabajos; de cuyo ejemplo le vino tambien al Padre Baltasar la grande estimacion que tuvo del padecer, dándole ¡Nuestro Señor muchas ocasiones en que pudiese hartar su sed.

[1] Ad Phil. I, v. 29.



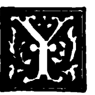
CAPITULO XI.

De lo mucho que ayudó á la santa Madre Teresa de Jesus, y de una revelacion que ella tuvo de la predestinacion del mismo Padre, para alentarle.

A otra insigne mujer que entónces habia en Avila, y la puso Nuestro Señor allí, para que fuese dechado de santidad, no solamente en aquella ciudad, sino en toda la cristiandad, fué la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, monja que entónces era en el monasterio de la Encarnacion de Carmelitas Calzadas, y despues insigne fundadora de las monjas Carmelitas Descalzas, cuya santa vida no referiré aquí por ser muy sabida y conocida en el mundo, así por los libros que hay escritos de ella, como por sus heróicas hazañas, por las cuáles verdaderamente es honra de nuestra nacion; porque como España, con providencia del cielo, habia dado á la Iglesia dos ilustres Patriarcas, Santo Domingo y San Ignacio, fundadores de dos religiones tan insignes como son la de los Predicadores y la Compañía de Jesus; así con la misma providencia dió ahora lo que hasta aquí no habia dado, que es una valerosa y santa mujer, Madre y fundadora de mujeres religiosas tan perfetas, ayudando tambien á

resucitar, y renovar, ó hacer otra semejante de varones; para lo cuál la previno Nuestro Señor con misericordias muy extraordinarias, y la ayudó notablemente el Padre Baltasar, como ella misma lo confesaba; porque preguntándola una de sus monjas, si la estaba bien tratar con este santo Padre, la respondió: Haríaos Dios una grande misericordia, porque es la persona á quien más debe mi alma en esta vida, y la que más me ha ayudado para caminar á la perfeccion. Y en el libro que hizo por mandato de su confesor, tratando cómo todo su bien estuvo en tratar con Padres de la Compañía, y del provecho que la hizo el primer confesor que tuvo, dice del segundo confesor, que fué el Padre Baltasar: Este Padre me comenzó á poner en más perfeccion; decíame que para contentar del todo á Dios, no habia de dejar nada por hacer, y con harta maña y blandura me quitó las amistades.

§. I.



fué así, que la primera cosa que hizo, fué quitarla alguna demasía que tenia en esto á los principios; porque como tan ilustrado y experimentado, sabia el mucho daño que hacen las amistades particulares, y aficiones demasiadas á criaturas, aunque parezcan buenas, por las cuales decia que se cautivaba el corazon, y pierde el privilegio de la libertad é hidalguía con que Dios le crió, y se inhabilita para el trato familiar con Nuestro Señor, porque llevan tras sí los pensamientos á la persona que es amada, roban el tiempo, y no dejan lugar para que Dios more en el corazon, ni el corazon se pueda asir de sólo su Criador. Pues como viese que esta sierva

de Dios sentia gran dificultad en dejar algunas amistades buenas, pareciéndola ingratitud no querer bien y mostrarlo á quien la queria bien, procuró quitarla este estorbo con destreza, persuadiéndola primero que lo encomendase á Dios algunos dias, y que rezase el himno [1] *Veni, creator Spiritus*, para que la diese luz con que conociese cuál era lo mejor. Hízolo así, y salióla tan bien, que Nuestro Señor en un rapto la dijo: No quiero que tengas más conversaciones con hombres, sino con ángeles; y desde entónces nunca tuvo consuelo y amistad con persona que no fuese muy sierva de Dios, cercenadas todas las imperfecciones y demasías que solia tener. Y véese por aquí la prudencia de este buen Maestro, en no querer arrancar de golpe estas amistades, sino ponerla en camino, para que Dios Nuestro Señor, cuya es esta obra, las arrancase: porque á esto ha de enderezarse nuestra industria con las personas á quien Dios suele comunicarse.

Fuera de esto la mortificaba en reprimir las priesas que tenia en algunas cosas que pretendia, para que se hiciese señora de sí misma, aun en las cosas buenas que trataba, conforme á lo que dice San Pablo: *Aunque muchas cosas me sean lícitas, mas no todas son convenientes, ni me quiero hacer esclavo de algunas dellas.* Una vez la Santa con mucha congoja le escribió una carta estando él fuera de Avila, pidiéndole que la respondiese luégo, porque estaba muy fatigada; mas el Padre Baltasar, juzgando que importaba más mortificarla, y moderar aquellas priesas y congojas, respondió luégo á la carta, y puso en el sobres-

[1] En el c. 24 de sú vida.

crito, que no la abriese en un mes: y así lo hizo con harta mortificacion suya.

Pero mucho más la probó en el tiempo de sus borrascas, sobre el camino por donde Dios la llevaba, que era muy alto y extraordinario: porque alguna vez de propósito la decia, cómo todos afirmaban que era ilusion del demonio lo que tenia, y la daba á entender, que le parecia lo mismo [1]. Quitóla la comunion por veinte dias, para ver cómo lo llevaba; y ejercitábala con tantas mortificaciones, que estuvo muchas veces tentada de dejarle, porque la afligia y apretaba mucho: pero siempre que se determinaba á esto, sentia en su alma una grave reprehension, que la decia que no lo hiciese, y así perseveró con él, y vino á cobrarle grande respeto y amor; y debíaselo bien, porque enterado de la verdad del espíritu de la Santa, con la luz que Dios le dió, y con la que sacó de los libros espirituales que leyó para este fin, y con las pruebas que habia hecho; tomó muy á pechos el defenderla, y fué todo su consuelo, amparo y arrimo, para llevar las contradicciones que tuvo, y no desmayar con la diversidad de pareceres que hubo cerca de su espíritu. Y hablando ella de esto en el capítulo XXVIII de su libro, dice, que á los que la decian que estaba ilusa, y que sus revelaciones eran falsas, respondia que no podia ser: porque ella experimentaba en sí mucha mejoría, en la disminucion de los vicios y aumento de las virtudes; y luégo añade estas formales palabras, del Padre Baltasar Alvarez, mostrando la estima que de él tenia: *Mi confesor, que era un Padre bien santo de la Compañía de Jesus, respondia esto mismo,*

[1] Véase el P. Ribera, en la vida de esta Santa, lib. 1, cap. II.

segun yo supe. Era muy discreto, y de gran humildad, y esta humildad tan grande me acarreó á mí hartos trabajos; porque con ser de mucha oracion y letrado, no se fiaba de sí, como el Señor entónces no le llevaba por este camino: pasólos harto grandes conmigo de muchas maneras: supe que le decian que se guardase de mí, no le engañase el demonio con creerme algo de lo que le decia; traíanle ejemplos de otras personas. Todo esto me fatigaba á mí; temia que no habia de haber con quien me confesar, sino que todos habian de huir de mí: no hacia sino llorar. Fué providencia de Dios querer él durar y oirme, sino que era tan gran siervo de Dios, que á todo se pusiera por él: y ansí me decia que no ofendiese yo á Dios, ni saliese de lo que él me decia, que no hubiese miedo me faltase. Siempre me animaba y sosegaba, mandábame siempre que no le callase ninguna cosa; yo ansí lo hacia. Él me decia que haciendo yo esto, aunque fuese demonio no me haria daño, ántes sacaria el Señor bien del mal que él queria hacer á mi alma; procuraba perficionarla en todo lo que podia. Yo, como traia tanto miedo, obedecíale en todo, aunque imperfetamente; que harto pasó conmigo, tres años y más que me confesó con estos trabajos: porque en grandes persecuciones que tuve, y cosas hartas que primitia el Señor me juzgasen mal, y muchas estando sin culpa, con todo venian á él, y era culpado por mí, estando él sin alguna culpa. Fuera imposible, si no tuviera tanta santidad, y el Señor que le animaba, poder sufrir tanto: porque habia de responder á los que les parecia iba perdida, y no le creian: y por otra parte habíame de sosegar á mí, y de curar el miedo que yo traia poniéndomele mayor; me habia por otra parte de asigurar, porque á cada vision, siendo cosa nueva, primitia Dios me quedasen despues grandes temores: todo me procedia de ser tan pecadora yo, y de haberlo sido. El me consolaba con mucha piedad; y si él se cre-

yera á sí mismo, no padeciera yo tanto, que Dios le daba á entender la verdad en todo; porque el mismo sacramento le daba luz, á lo que yo creo. Todas estas son palabras de la santa Madre Teresa, en las cuáles se echa bien de ver la humildad y prudencia del Padre Baltasar, pues en cosas tan graves no queria gobernarse por su solo parecer; y cuán acertado era este, pues acertó entre tantos que erraron, y aprobó lo que ahora todos aprueban. Y en lo que dice en las últimas palabras, que el sacramento le daba luz, apunta las revelaciones que tenia en la Misa, cerca de las personas que tenia á su cargo, como ya se ha dicho en el capítulo VI. De aquí es, que este gran varon tuvo muy grande estimacion de la santidad y espíritu de esta gloriosa vírgen; y ella lo mostraba en su obediencia, rindiéndose como niña á cuanto la ordenaba. Una señora principal, muy cristiana, y muy aficionada á los dos, contó que el Padre Baltasar la decia algunas veces grandes encarecimientos de la santidad de esta santa Madre; y que era mucho más que lo de Mari Diaz; y tambien decia: ¿Veis á Teresa de Jesus lo que tiene de Dios, y lo que es? pues con todo eso, para cuanto yo la digo está como una criatura.

§. II.

TAMBIEN la ayudó mucho en el intento que tuvo de hacer el monasterio de la recoleccion; y aunque despues, viendo la contradiccion que habia, la mandó que cesase por algun tiempo, y con la duda que tenia, se inclinaba á que no pasase adelante; mas Nuestro Señor, que la mandaba proseguir con su intento, la mandó tambien dijese á

su confesor, que tuviese á la mañana oracion sobre aquel verso del Salmo 91 [1]: *Quam magnificata sunt opera tua, Domine: nimis profundæ factæ sunt cogitationes tuæ*, que quiere decir: ¡Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras; muy profundos son vuestros pensamientos! Y en esta oracion vió el Padre Baltasar claramente ser aquello lo que Dios queria, y que por medio de una mujer habia de mostrar sus maravillas; y así la dijo, que no habia de dudar más, sino que luégo volviese á tratar de la fundacion de su monasterio; y la enderezó y ayudó á hacer las constituciones y reglas con que ahora se gobiernan todos los demas que hay en su religion: y aunque es verdad que esta gloriosa Santa, como tan prudente, comunicó sus cosas, y tomó parecer tambien con personas graves, letradas y espirituales, de otras sagradas Religiones, y especialmente de la del glorioso Padre Santo Domingo; pero mientras tuvo consigo al Padre Baltasar, éste fué su ordinario maestro y consejero, el cuál tambien despues la favoreció en la fundacion del monasterio de Medina y de Salamanca, siendo Rector en estos dos Colegios; porque despues que salió de Avila, ni ella perdió el cuidado de tener recurso á él del modo que podia, en todas sus dudas y negocios; ni él se descuidaba de ayudarla cuanto podia, con cartas, consejos, y otras diligencias, conforme á las necesidades ocurrentes.

Por cuya prueba pondré aquí parte de una carta que le escribió desde Salamanca, consolándola en uno de sus aprietos, por estas palabras: *Jesus sea su luz y consuelo: Por lo que me manda hago esto, más que por ne-*

---

[1] Padre Ribera en el lib. I, c. 14.

cesidad que tenga de ser alentada: pues en menores golpes suele ser primero de Nuestro Señor avisada, prevenida y fortalecida. Léjos sea de mí (decia San Pablo) gloriarme, sino en la Cruz de Cristo. Yo digo, que lo sea tambien de mí pensar que se puede gloriar en otra cosa V. R., pues su espíritu tiene en merced recebido tanto de su dulzura. Si se sirve mucho Dios de que muera Isaac, que es nuestro propio gusto, verdaderamente es gran beneficio que ofrezca á Abrahan fuego y cuchillo, con que se haga luégo el sacrificio. No me aprietan á mí estas angustias; porque sé en las anchuras que viven con ellas los que á Dios aman; y tengo vistos mejores sucesos en sus negocios de V. R. por estos medios, de lo que se esperaban por otros más favorables. Esperar, y callar, y orar al Señor contínuamente será el remedio, para que dé significacion de su agradamiento, que él sólo puede anunciar la virtud de sus obras, y la grandeza de sus trazas á su pueblo. Yo, señora, haré acá mi oficio, y en todas las partes que fuere de provecho.

Esto dijo el Padre Baltasar, y lo cumplió, acudiendo á las cosas desta Santa, y á sus monjas, en Medina, Salamanca y Valladolid, y donde quiera que estaba; y tenia especial consuelo en tratar con ellas de las cosas de sus almas; porque las imaginaba como unas lámparas encendidas, que ardian siempre en el divino amor, como arden las lámparas delante del Santísimo Sacramento; y vióse que Nuestro Señor gustaba desto, por algunas cosas notables que le sucedieron, que se irán contando en sus lugares. Ahora quiero concluir con un grande favor que hizo Nuestro Señor al Padre Baltasar, por medio desta Santa Vírgen, con que le pagó el trabajo que tomaba por ella, y le ayudó á pasar adelante; porque, como se ha dicho, semejantes personas ayudan tanto á sus confeso-

res, como son ayudadas dellos. Estaba una vez el Padre Baltasar por este tiempo muy apretado con una tentacion de su predestinacion, dando y tomando, sobre si habia de salvarse ó no. La santa Madre se lo conoció, y acudió á Nuestro Señor para que le ayudase; el cual la reveló que se salvaria, y la mostró el aventajado lugar que habia de tener en el cielo; y le dió á entender que estaba en tan alto grado de perfeccion en la tierra, que no habia entónces en ella quien le tuviese mayor, y conforme á él le responderian despues los grados de gloria. Recebida esta revelacion, dijo al Padre Baltasar que se consolase, porque el Maestro decia (que así llamaba ella á Cristo Nuestro Señor) que era cierta su salvacion; y desde aquel punto quedó tan consolado y animado, que echó bien de ver haber sido aquella revelacion del cielo; y la misma Santa lo contó á muchos otros Padres de la Compañía, y á algunas de sus monjas, y á otras personas religiosas, que lo contaban por muy cierto; y el mismo Padre Baltasar tuvo despues otra semejante, como en su lugar se dirá. Pero no quiero dejar de ponderar en esta revelacion que se ha contado, que al tiempo que sucedió, y se dijo que excedia á los que entónces vivian en la tierra, habia muchos de insigne santidad en la Iglesia, y en la Compañía, y fuera della; y si entónces era tan aventajado en la santidad, ¿cuánto más lo sería despues, que vivió algunos años empleándose en obras heróicas del divino servicio? Demas desto, no suele Nuestro Señor hacer semejantes revelaciones, ó querer que sean manifestadas á gente de poca virtud y mal fundada, por el peligro que corren de engreirse con soberbia, ó aflojar en su aprovechamiento por negligencia; y pues quiso que se manifestase al Padre Baltasar, y él mismo tambien se la

hizo, señal es que estaba muy fundado en profunda humildad, y en el fervoroso celo de aprovechar cada dia en la virtud; y que esta revelacion le habia alentado, para acometer graves empresas, y padecer muchos trabajos por su Dios, y por el bien de las almas. Tambien podemos decir que esta gran santidad suya se representaba por aquella corona de grandes resplandores con que esta Santa Vírgen le vió coronado cuando decia Misa, como se dijo en el cap. 6, y vióse el mucho caso que ella hacia deste su confesor, pues escribió esta vision para su consuelo, en los papeles más secretos y guardados que tenia, los cuáles vinieron despues á manos del Obispo de Tarazona, fray Diego de Yépes, que escribió la vida desta Santa, y en ellos la leyó, y nos dió noticia della. Tambien confirma esto lo que la misma Santa dijo á una señora principal [1], que lo contó despues, que en ningun punto de oracion hablaba al Padre Baltasar, que no fuese él delante; en lo cuál dijo mucho, porque fué mucho lo que el Señor la dió; y semejante don ordinariamente no se da, sino al que está muy medrado; pero presto veremos los grandes fundamentos que hay para creer lo que esta Santa Madre dijo.

[1] Doña Ana Enriquez.





CAPITULO XII.

Cómo le mudaron á Medina del Campo; y el año de 1567 *hizo la profesion de cuatro votos, y cuán bien cumplió con las obligaciones della.*



OMO las obras que el Padre Baltasar hizo en Avila, daban tan claro testimonio del gran caudal que tenia para guiar almas á la perfeccion, juzgóse que sería bien mudarle á ser Retor y maestro de novicios en Medina del Campo, para que ayudase allí del mismo modo á los nuestros; y así, se partió á Medina el año de 1566, pasada la fiesta de los Reyes. Mas ántes de contar las cosas que allí hizo con los prójimos, será más conveniente comenzar por dos cosas notables que le sucedieron en el mismo lugar, año de 1567; en el cuál, el primer dia de Mayo hizo su profesion solemne, que en la Compañía llamamos de cuatro votos, que es el mayor de los grados que tiene nuestra Religion, con el cuál aprueba por varones consumados en virtud y letras á los que admite á ella. Porque así como en la Iglesia Católica hay dos estados de perfeccion, uno que está dedicado á pretenderla, y otro á enseñarla, el primero es propio de los religiosos, los cuáles (como dice

Santo Tomás, tratando destos estados) [1] no están obligados á ser luégo perfetos, sino á pretender serlo, por los medios que su religion les señala, el segundo es propio de los Obispos, los cuáles están obligados á ser perfetos: porque como ninguno puede ser maestro de una ciencia, si no es perfeto en ella, así el que está dedicado por su estado á enseñar la perfeccion, ha de ser perfeto: y porque los Obispos no pueden acudir á todos los ministerios desta enseñanza, tienen por sus coadjutores á los curas, y á otros beneficiados; así tambien nuestro Padre San Ignacio, ilustrado con la luz del cielo, instituyó en la Compañía otros estados y grados, con alguna semejanza y proporcion á éstos. Porque acabado el noviciado, se hacen los tres votos sustanciales de Religion, por los cuáles los novicios quedan verdaderamente religiosos, y obligados á pretender la perfecion por los medios que la Compañía les señala en sus reglas; y este estado dura todo el tiempo de los estudios, que ordinariamente son siete años, en que van ganando las ciencias necesarias para nuestros ministerios; y despues tienen otro año tercero de probacion, en que renuevan el espíritu, y se dan de propósito á los ejercicios de virtud, como los novicios; y cuando se han ordenado de Sacerdotes, ejercitan algunos ministerios por algun tiempo, procurando siempre su propia perfeccion conforme á nuestro instituto; y en este tiempo los superiores van tomando noticia y experiencia del caudal que tienen en virtud, letras, prudencia y trato con prójimos; y cuando están satisfechos de que estos son varones consumados y perfetos, los admiten á la profesion solemne de cuatro votos, en la cuál sobre los tres ordinarios de po-

[1] 2 2, q. 186, art. 1 ad 3, et art. 2 ad 1.

breza, castidad y obediencia, hacen otro cuarto de obediencia especial al Sumo Pontífice, cerca de las misiones, para ir á cualquier parte del mundo que les enviare, entre fieles ó infieles, para dilatar la fe católica, y ayudar á la salvacion de las almas con los ministerios de leer, predicar, administrar Sacramentos, y los demas de nuestro instituto. Para lo cuál es necesaria muy heróica resignacion, y virtud muy perfeta, con grande caridad y amor de Dios y de los prójimos; y por esto no hay tiempo señalado, ni limitado para esta profesion, conforme á nuestras instituciones, aprobadas por los Sumos Pontífices, especialmente por una Bula de Gregorio XIV, que dice así: *Tempus promotionis ad hujusmodi gradus nullo modo volumus certum, seu determinatum esse; sed selectos spiritus et doctrinæ viros, et multum, diuque exercitatos, ac in variis probationibus virtutis, et abnegationis sui ipsorum cum omnium ædificatione satis cognitos, ad professionem esse admittendos.* Y porque varones tan señalados en el espíritu y letras no pueden ser muchos, trazó Nuestro Padre San Ignacio, que hubiese otro grado menor de los ménos letrados, que llama coadjutores, cuyo oficio es ayudar á los profesos en los mismos ministerios con los prójimos, sin la obligacion de aquel cuarto voto.

Conforme á esto, como el Padre Baltasar era tan aventajado en virtud, espíritu y ciencia, y con el caudal que se ha visto para nuestros ministerios, á los doce años despues que entró en la Compañía, fué admitido á la profesion de cuatro votos; y aunque no se puede negar que esto sea alguna honra, en cuanto es testimonio que da la religion de aprobar en virtud y letras al que profesa; pero de verdad no se da honra, sino por mayor carga, sin tener género de privilegio ni exencion de las reglas y obligaciones que tienen los

demas; antes tiene más estrecha obediencia y pobreza, y hace especial voto de no ensancharla, y de no pretender dignidad, dentro ni fuera de la Compañía, ni aceptarla fuera de ella, si no es por obligacion del que puede mandárselo so pena de pecado. Pero la mayor honra está en llenar las obligaciones de la profesion, que es lo que llama San Pablo, llenar su ministerio [1]; las cuáles llenó con excelencia el Padre Baltasar, cumpliendo su cuarto voto como dijimos que cumplió los otros tres.

Porque la vocacion propia de los profesos de la Compañía, es como la de los Apóstoles; los cuáles no se ataban á un lugar solo, sino andaban discurriendo por varios lugares y provincias que les habia cabido en suerte, predicando el Evangelio, aunque en algunas partes hicieron asiento más de propósito, y allí cogieron más copioso fruto; así nuestra vocacion es para discurrir y vivir en cualquiera parte del mundo, donde se espera mayor servicio de Dios, y ayuda de las almas, y donde quiera que el Sumo Pontífice ó el General de la Compañía en su nombre, ó de cualquier modo para este fin nos enviare: aunque algunos profesos están de asiento en un lugar, cuando es menester para gobernar, leer, enseñar, ó por otra causa del divino servicio, empleándose siempre en llevar aquel fruto, de quien dijo Cristo Nuestro Señor [2]: *Yo os escogí, y os puse para que vayais por el mundo, y lleveis fruto, y vuestro fruto permanezca.* Esta diversidad de puestos, unos de paso, como correrías ó misiones, otros más de asiento, declaró el Profeta Isaías [3] con

[1] 2 ad Tim. 4, v. 5.
[2] Joan. 15, v. 16.
[3] Isai. 60, v. 8.

dos admirables semejanzas, comparando los obreros Evangélicos á las nubes que vuelan llevadas de los vientos á diversas partes, y á las palomas que vuelan con ligereza á sus nidos: porque verdaderamente son como nubes, no vacías, sino llenas de agua de celestial sabiduría y doctrina; las cuales llevadas del viento del Espíritu Santo, y del espíritu de la obediencia, van por todo el mundo regando la tierra de los corazones humanos, para que lleven fruto de santas obras; y en unas partes riegan mucho y por mucho tiempo, porque están allí de asiento; en otras no tanto, porque van como de paso, pero deteniéndose lo que basta para coger su fruto. Son tambien como palomas, que con ligereza vuelan á sus nidos, donde ponen sus huevos, y sacan sus hijuelos, por ser aves muy fecundas: porque aunque son de suyo más inclinados á la quietud del rincon, donde oran, gimen y meditan los divinos misterios, y alcanzan gran descanso para sus almas; pero allí tambien engendran hijos espirituales, y los crian con grande perfeccion, y vuelan con ligereza á diversos lugares, como á diversos nidos, para engendrar en ellos semejantes hijos.

Tal fué propiamente, y con grande excelencia, la vida del Padre Baltasar, especialmente despues que hizo su profesion: porque aunque de su inclinacion era como paloma, deseoso de estar en su recogimiento meditando, orando y contemplando; pero en cualquier Colegio donde estuvo, fué paloma fecunda, engendrando muchos hijos espirituales, y criándolos de modo que fuesen perfetos. Mas para que su fruto fuese más copioso y extendido, le sacaba Nuestro Señor de los Colegios particulares, para que como nube cargada de tanta sabiduría y doctrina como tenia, fuese por varias partes regando y fertilizando

las almas: y así de Medina le sacó para ir á Roma, y despues para ser Vice-provincial de esta provincia de Castilla: del rincon de Villagarcía le envió á visitar la provincia de Aragon; y despues por Provincial de la de Toledo; y primero le quiso enviar por Provincial del Perú, region tan apartada, y tan llena de infieles; y cuanto es de su parte, se ofreció á ir sin réplica, y con efecto fuera, si por otra parte no se le impidiera; y en concluyendo con una de estas jornadas y empresas, le tenia Nuestro Señor aparejada otra semejante, y acudia á ella con tanta prontitud y presteza, como á la primera, cumpliéndose en él lo que dijo Nuestro Señor al Santo Job [1]: *¿Por ventura enviarás tú los rayos, é irán, y en volviendo te dirán: aquí estamos?* Dándole á entender (como declara San Gregorio) [2], que por su divina traza y voluntad van los obreros Evangélicos á diversas partes del mundo, con la ligereza y puntualidad de rayos, alumbrando y encendiendo las almas en el amor y servicio de su Criador; y cumplida esta mision, se vuelven á él, dándole la gloria y las gracias por el fruto que han hecho, pues es suyo, y ofreciéndose de nuevo á ir otra vez á donde quiera que les enviare; y como su Majestad les ve tan agradecidos, dales nuevos empleos con que queden más aprovechados, y cojan más copiosos frutos, como los cogió siempre el Padre Baltasar en todos los lugares donde estuvo, segun se ha visto por lo que hizo en Avila, y se verá por lo que diremos de lo que hizo en los demas.

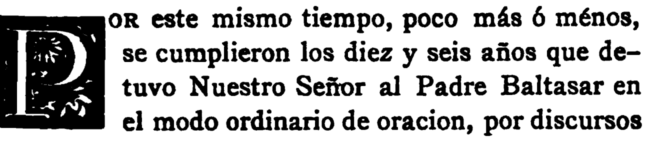
---

[1] Job. 38, v. 35.
[2] Lib. 30 moral., c. 2.



CAPITULO XIII.

Cómo este mismo año Nuestro Señor le concedió el señalado don de oracion y contemplacion que tuvo, con doce admirables frutos. Pónese la relacion que él mismo hizo de ello por obediencia de los superiores.



Por este mismo tiempo, poco más ó ménos, se cumplieron los diez y seis años que detuvo Nuestro Señor al Padre Baltasar en el modo ordinario de oracion, por discursos y meditaciones, contando los cuatro que la tuvo ántes de entrar en la Compañía, que comenzaron, como se dijo en el capítulo primero, el año de 1551, desde el cuál hasta el de 1567, en que hizo su profesion, hay los diez y seis años dichos; y entónces fué levantado á la oracion más heróica de quietud y union, y á la perfeta y sosegada contemplacion que apuntamos en el capítulo II. Mas como estos sentimientos y favores que pasan dentro del corazon en el trato familiar con Dios, no pueden ser sabidos, si el mismo que los recibe no los manifiesta; y por otra parte, como el espíritu de humildad le inclina á encubrirlos, trazó la divina Providencia que el Padre Baltasar los descubriese por dos vias: una movido de la misma

caridad y amor de los prójimos, cuando era menester manifestar algo propio para aprovecharlos; otra más estrecha, forzado de la obediencia de los superiores, especialmente del Padre General que entónces era, á cuya noticia llegó que algunos (como despues más largamente se contará en el capítulo XL y XLI) no sentian bien de su modo de oracion, temiendo no fuese ilusion de Satanás, transfigurado en angel de luz; y con esta ocasion, para entender la verdad, le mandaron que diese cuenta de su oracion, y de las cosas que en ella le pasaban; y él como fiel obediente envió al Padre General una relacion cumplida de todo; la cuál me ha parecido poner aquí, por ser necesaria para entender las grandes mercedes que este año le hizo Nuestro Señor. Mas para leerla con provecho nuestro, y con admiracion de los favores que recibió, se han de ir ponderando principalmente los doce frutos que alcanzó por medio de la oracion, en los cuáles está sumada toda la alteza de la santidad y perfeccion cristiana, á la cuál es razon que aspiren todos los que desean ser muy espirituales, especialmente los religiosos, y más aquellos que tienen cargo de almas, y las guian por el camino de la oracion, y trato con Nuestro Señor, si quieren que sea con provecho suyo, y de los que están á su cargo. Tambien se ha de ponderar el tiempo que gastó en esta pretension, y acordarse de las muchas diligencias que hizo para alcanzar lo que pretendia, como las contamos en el capítulo II, para que juntando lo uno con lo otro, si nos parece bien el fruto, no nos descuidemos de aplicar el ánimo al trabajo.

§. I.

Relacion que dió de su modo de oracion al Padre General de la Compañía.

DIEZ Y SEIS años pasé trabajo, como quien araba y no cogia; tenia entónces un corazon muy pequeño, con gran dolor de que no tenia las partes que otros, para ser amado y estimado de ellos, despedazándome por unas cosas y por otras, con deseo de tener oracion, y no poniendo ni hallando quietud en las cosas que debiera. Vencí esta tentacion, resolviéndome en no querer más oracion de la que mandaba la obediencia, desechando la inquietud y apetito vano de ser en esto señalado y regalado, como los que más merecian. Tambien en este tiempo veia que me amargaban más mis faltas, que me humillaban, y parecíanme impedimento de las trazas de Dios, y por la estrechura de mi corazon dábanme pena las faltas de los otros que estaban á mi cargo, y pensaba era buen gobierno traerlos podridos, para que se enmendasen.

Pasados catorce años fuí puesto en ponerme en la presencia del Señor, esperando limosna como pobre. En este tiempo, como miraba mucho á mí, estuve muy desconsolado, pareciéndome que no habia de arribar á la perfeccion; y porque no se me comunicaba el Señor con el regalo y suavidad que á otros. Conocí mi locura, pues habiéndome apartado mal de Dios, me queria convertir peor; y revolviendo sobre mí, estuve muchos dias avergonzado ante el Señor, sin poder hablar palabra de confusion, sino era pedir

castigo, perdon y remedio, hasta que fuí llamado y metido en otro ejercicio superior; y con esta cura han sanado otros.

Llegados ya diez y seis años, á deshora me hallé con un corazon mudado y dilatado, con suelta de criaturas, con un pasmo semejante al de los bienaventurados, que dirán en el juicio final: ¡Cuando te vimos Señor, vimos todo bien y toda hartura! Aquí recibí muchas cosas juntas. Lo primero aprecio de lo precioso, y saberlo distinguir de lo vil. Aquí hallé medios no difíciles para el cielo, y á mí entre una congregacion señalada para la bienaventuranza. Aquí recebí inteligencia nueva de verdades, con que el alma andaba bien sustentada, que tenia por remate, quietud y sosiego, hasta meterme en el pecho de Dios, de donde salian. Despues me faltó esto por un poco de tiempo, y volvia de cuándo en cuándo, y ahora más á menudo gracias á Dios.

Aquí recebí tambien alivio para vivir en Cruz, trabajo y prueba mientras Dios quisiere. Fuí tambien perdiendo el miedo que por mi corazon estrecho, y pusilanimidad tenia á hombres de mayor entendimiento, y á los que eran santos, ante los cuáles no osaba parecer por verme deshecho entre ellos, y porque me via sin entendimiento, persona y letras, y no me parecia que podia vivir sin un santo á un lado, y un hombre de negocios á otro. Ahora me parece, que aunque á todos estimo, y de todos me hallo necesitado, pero no desa manera, sino que mejor viviré con Dios solo, en el cuál todo lo tengo.

Aquí me dieron inteligencia de la facultad del espíritu interior, para mí y para otros, segun aquello del Salmo: *Quoniam respexisti humilitatem meam, salvasti de necessitatibus animam meam.* Desde entónces

experimenté una vida interior dada de Dios, para regirme por él aun en cosas menudas. Las cosas que me solian acosar, hállolas ahora hechas mejor que si las pensara dias y noches; y vi por experiencia aquello de San Pedro: *Omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis.* Y experimentando yo con qué dificultad vuelvo á mi puesto, cuando yo no he hecho lo que debo, esto me ha sido un gran motivo y defensivo en el trato de los prójimos, para hacer mi deber en él no vaciándome, y para no pecar.

Aquí recebí alivio en el gobierno, sin que me llevase tras sí; lo cuál es obra de una voluntad libre y desembarazada, entre muchos cuidados pasar sin ningun cuidado. Aquí recebí entrar dentro de mí con véras, y tambien se me fijó una como ordinaria composicion corporal de Cristo Nuestro Señor. Aquí cayeron las ansias y tentaciones de tener mucho más tiempo para oracion; y experimenté que da Dios más en una hora de oracion al mortificado, que en muchas al no tal; y que me daba más por el camino de las ocupaciones puesto por Dios, que no en el ocio y lugar de leer Santos, que sin esa obediencia procuraba. Desde entónces las faltas me humillan y no me amargan, ántes en cierta manera me alegran humillándome, porque descubren lo que hay, y sírvenme de que me fie poco de mí, y me pase á Dios; y me parece que son unas como ventanas del alma, por donde entra la luz de Dios, y veo que las faltas no queridas, ni hechas á sabiendas (como dicen), no quitan las trazas de Dios, y así no doy ni paro tanto en ellas, sino lo que basta para estar en vergüenza ante Dios, y entender que hemos menester dejarnos á nosotros; y las faltas ajenas me mueven á compasion,

y veo que era impaciencia mia traerlos podridos, y que es menester sufrillos, mirando poco á ellos, y mucho á Dios; y á esto se sigue dar Dios los súbditos rendidos: *Qui subdit populum meum sub me, etc.*

Desde que Nuestro Señor me hizo esta misericordia, la oracion es ponerme en su presencia, dada interior y corporalmente: *Permanente per modum habitus*, de asiento; unas veces gozándome con él. Véase Santo Tomás en la 2. 2., q. 24, art. 9, adonde pone la diferencia entre los incipientes, proficientes y perfetos, y dice de todos que su estudio *Est ad hoc principaliter intendere, ut Deo inhæreant;* es unirse con Dios. Y en la respuesta *ad tertium*, dice: Aunque los perfetos vayan creciendo en el amor de Dios cada dia, pero su principal cuidado no es este, sino unidos gozar de Dios; y aunque busquen esto los principiantes y proficientes, pero su principal cuidado más es de los unos evitar pecados, y de los otros adquirir virtudes. Pone el ejemplo en el artículo, del movimiento corporal, en el cuál lo primero es apartarse del lugar adonde está, lo segundo allegarse al lugar que busca, lo tercero descansar en el lugar buscado y hallado. Item el mismo Santo en el opúsculo 63, *de beatitudine*, al fin del tercer argumento principal, tratando cómo se ha de gozar de Dios Nuestro Señor en la bienaventuranza, dice: que semejantemente en esta vida á la contínua debemos gozar de Dios; pues es bien más propio nuestro, y dignísimo de ser gozado mediante sus dones, en los cuáles y en todas las obras hemos de pretender esto, segun lo de Isaías, cap. 9, que el Hijo de Dios nos fué dado para nosotros, y para que gocemos dél, aun en esta vida. De donde se sigue la gran ceguera y necedad de algunos que siempre andan con ansias buscando á Dios,

y suspiran por hallarle, y en la oracion dan voces porque les oya; y no adviertèn, que ellos son templos vivos, conforme al Apóstol, adonde de verdad este sumo Bien habita entre nosotros, y adonde descansa la Majestad de Dios, y nunca atienden á gozarle. ¿Pues no es necio el que busca fuera de casa lo que tiene dentro della? ¿ó quién ha visto que se sustente uno del manjar que busca ó le aparece, pero no le ha gustado ni comido? ¿ó que use del instrumento que no ha hallado? Pues así es la vida del que busca siempre á Dios, y nunca le goza, cuyas obras son ménos perfetas. Tambien el mismo Santo en la 2. 2., en la cuestion 182, art. 2, ad 1, dice que aunque es señal de amor de Dios padecer de buena gana por Él, pero más expresa señal es, dejadas todas las cosas que á esta vida pertenecen, holgarse con Él en la oracion; de lo cuál consta que gozar de Dios es fruto comun de los bienaventurados del cielo, y justos del suelo.

Otras veces estoy en la oracion discurriendo, segun los entendimientos dados acerca de palabras de la divina Escritura, y enseñanzas interiores: otras callando y descansando; y este callar en su presencia descansando, es gran tesoro, porque al Señor todas las cosas hablan, y son abiertas á sus ojos, mi corazon, mis deseos, mis fines, mis pruebas, mis entrañas, mi saber y poder; y son ojos los de su divina Majestad, que pueden quitar mis defectos, encender mis deseos, y darme alas para volar, queriendo Él más mi bien y su servicio, que yo mismo. De donde saca el alma, que pues Él guia y pasa por el aprieto, que debe ella pasar por él, porque para esto fué Él delante, para que con la quietud y paz le sigamos, descansando en la verdad dicha de la Fe, consolándose, que sino alcanza lo que desea, consigue otra

mayor cosa, que es la conformidad de su voluntad con la de Dios, pues vive con su querer, no queriendo saber más de lo que Él quisiere dar, ni más apriesa, ni por otros caminos de los que Él quisiere tomar, conforme aquello de *Contemptus mundi:* Si hubieres llegado á tanto, que no te busques á ti mismo, sino á mí, entónces me agradarás mucho, y vivirás con mucho gozo; y á la flaqueza de corazon que muchas veces gime con la carga, respóndele: ¿Dejará de ser mejor en ti lo que Dios tiene hecho? ¿ó porque á ti parezca mal, dejará de hacer su voluntad? Y al presente es esto en lo que más reparo, y descanso con verme padecer ante los ojos de Dios, y tratar como él quiere.

§. II.

Y como despues que sigo este modo de orar, me he hallado reprendido si le dejaba y salia á otros discursos, heme dado á buscar autores y razones para apoyarle. Los autores son San Dionisio Areopagita, cap. I. *de mystica Theologia*, San Agustin, epístola 119, Santo Tomás arriba citado, y sobre aquellas palabras del Apocalipsis, capítulo 8: *factum est silentium in cœlo quasi media hora.* Y sobre las mismas palabras de San Gregorio, lib. 3 de los Morales, cap. 29, en el fin de él, y en el capítulo 24, sobre las palabras de Job, cap. 39: *Cui dedi in solitudine domum.* Y sobre Ezequiel en la homilía 14, acerca de aquellas palabras del cap. 40: *Et in manu viri calamus mensuræ sex cubitorum, et palmo.* San Bernardo, en el sermon 52 de los Cantares. Alberto Magno, *de adhærendo Deo*, cap. 20. San Juan Clímaco, grad. 27. Y el Espíritu Santo en el Eclesiástico,

cap. 32: *Audi tacens, et pro reverentia accedet tibi bona gratia.* Oye callando lo que Dios te enseña, y por la reverencia con que le estas oyendo, te dará su buena gracia, y amistad familiar. Este descanso parece que es el sueño que Dios manda guardar á las almas en los Cantares, cap. 2: *Conjúroos, hijas de Jerusalen, que no desperteis, ni desveleis á mi amada hasta que ella quiera despertar.* Responde la Esposa: Esta voz es de mi amado: tal bocado, con tal seguridad y tan dulce, de sola su mano puede venir. Este es el descanso prometido á los trabajos pasados por buscar á Dios. *Inveni quem diligit anima mea: tenui eum, nec dimittam,* dice la Esposa en los Cantares, cap. 3. *Hallé á mi amado despues de haberle buscado, asíme dél, y no le dejaré.* Abrazada el alma con el descanso que hizo en todas las cosas que alegran, ¿porqué ha de estar penada? Las penas nosotros nos las tomamos con nuestras manos, buscando las cosas que están llenas de ellas, y dejando de buscar las que tienen vida en sí, y alegría; de donde nuestros deseos son nuestros sayones. El remate de todo el afan de los más desordenados del mundo, es descanso. Trabajan en la mocedad, por descansar en la vejez; y la vida de los que se pasa toda en afan, y nunca en descansar, se tiene por desdichada. Y así Santo Tomás en el opúsculo sesenta y tres reprende á los que gastan la vida en buscar á Dios, y nunca en gozarle, cuyos ejercicios, dice, que son de menor perfeccion. El fin del que hace la cosa es gozarla; y del que planta la viña el gozar el fruto. *¿Quis pascit gregem, et de lacte gregis non manducat?* ¿Quién apacienta el ganado, y no goza y come de la leche? decia San Pablo á los de Corinto, en el cap. 9. Cristo Nuestro Señor, por San Lucas, cap. 19, con lágrimas en los ojos dijo: *Jeru-*

salem, si cognovisses et tu, quæ ad pacem tibi, nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis. O Jerusalen, si conocieses el bien que tienes y no le echas de ver; porque á quien no cae en que tiene este bien, su mismo deseo le inquieta, porque no entiende que tiene lo que busca. Mas en persuadiéndose que ha hallado lo que busca, descansa; como quien busca á uno con quien habla, y no lo conoce, aunque está con él, pena, porque no tiene cumplimiento de su deseo; como le aconteció á la Madalena, cuando estaba con Cristo resucitado, y no descansaba, hasta que se descubrió y le conoció. ¿Quién anda aparejando siempre de comer, y no se desayuna? Dice el Eclesiastés en el cap. 6: *Est aliud malum sub sole*, que hay un gran mal en la tierra, y es, que hay hombres con muchas riquezas allegadas, y que no les da Dios facultad de gozarlas. Hay la diferencia del que ha caido en esta cuenta, al que no, del que con hambre trabaja de buscar de comer, y al que despues de buscado come, que descansa comiendo, y más si el banquete es bueno. Despues de haber trabajado en buscar á Dios, y hallado, lo que queda por hacer es gozarlo: *Gustate, et videte quoniam suavis est Dominus*. Gustad, y ved cuán suave es el Señor, como dice David, Salmo 33. La alteza de este camino está descrita por muchas propiedades del Espíritu Santo en la Sabiduría, cap. 8; y cuando en un alma viene este espíritu de Sabiduría, queda tan preciosa en su estima, que no hay cosa que tanto resplandezca en los ojos del mundo con que la pueda comparar, ni piedras, ni oro, ni plata, ni salud, ni hermosura; con ella vienen todos los bienes; y de tal manera es un espíritu, que son muchos; es Señor suave y benigno, rico, etc., y como uno lo siente, se despide de cuantos hasta allí ha servido, y comienza á ser libre.

Las razones que justifican este modo de oracion son estas. La primera, porque aunque no hay de ordinario discurso, hay peticion; y el rato que quieta Nuestro Señor al alma, hay todo ejercicio de virtud, y entónces tambien hay peticion, *non in actu signato, sed in actu exercito*, como dicen los teólogos: porque ¿qué deja de pedir un alma que calla en la presencia de Dios, con fe de que pareciendo ante él, le son sus corazones y deseos manifiestos, siendo sus deseos para con Dios, lo que las voces para con los hombres? como dice David: *Desiderium pauperum exaudivit Dominus* (Psal. 9). Oye Dios no sólo las voces, sino los deseos de los justos pobres. A este modo el que parece ante las puertas de Dios con fe, cree que de allí le ha de venir todo su bien; ama, humíllase y ejercítase, y por ir por el camino de Dios, dejando los suyos, halla todo bien.

La segunda razon, porque es modo con que se siente más altamente de Dios, como es debido á su grandeza. Tercera, dúrase más por aquí en la oracion; y se saca haber sido la oracion de muchos santos de esta manera; porque el discurso cansa, y ellos tienen oracion contínua. Cuarta, porque lo que se pretende alcanzar de reformacion de un alma por el modo del discurso, por este modo y camino se ve que lo va asentando el Señor, y los tales viven con cuidado de su aprovechamiento, rendidos á sus mayores, y más superiores de sus pasiones y adversos acaecimientos, y de mayor eficacia con sus prójimos.

Verdad es, que este camino no es para todos, sino la constitucion del santo Padre Ignacio: pero sí es para todos los que Dios se lo comunicare, ó despues de largo uso de oracion y de discurso, pareciere al superior, que es juez de esta causa, que tiene

Nuestro Señor hecha la cama á tal modo; y esto es conforme á lo que pasó por nuestro Padre San Ignacio, que aunque al principio iba por el camino y medio que nos dejó y enseñó en los ejercicios, despues fué levantado á este otro, como se dice en su vida *Postea erat patiens divina.* Y si en todas las ciencias: ha de haber principios, medios y fines, tambien en esta los hay; y que los haya en la Compañía, pues tanto en ella se desea agradar á Dios, parece claro; y á los levantados á este modo por Dios Nuestro Señor, quitarlos dél los que no tienen experiencia, con detrimento de alma y cuerpo, no parece cosa segura en conciencia; así lo dice en su abecedario Osuna, que no estan sin culpa los que apartan del camino de Dios. Y otro dice, que á los superiores que hicieren esto, abreviará Dios la vida, si no se reportaren. Otra cosa es por via de exámen y prueba, que esto es justo que lo hagan, y dado á los superiores por su oficio. Esto siento de lo que pasa y ha pasado por mí, y del modo de oracion, y de cesar los discursos á ratos, por la presencia de Dios Nuestro Señor; y con la humildad que debe un súbdito á su padre, pido esto sea para vuestra Paternidad solo.

Esta es la relacion que dió el Padre Baltasar, por la cuál se descubre su santidad y heróica virtud, porque en ella con grande humildad entra confesando sus culpas, las pocas partes que tenia para ser estimado, el estado de miseria y pobreza en que se vió; y despues pone la abundancia de bienes que Nuestro Señor le comunicó, para que por aquí se descubra lo poco que de suyo era, y la liberalidad del Señor que hizo una mudanza tan maravillosa en su corazon; la cuál encierra en sí tantos y tan grandes dones, que si cada uno se hubiera de ponderar, fuera

alargamos mucho. Ultimamente dice la oracion tan levantada en que Nuestro Señor le puso, que fué de los más altos grados de la divina contemplacion, que es cosa que raras veces se suele conceder. Esta relacion hizo despues de haber estado quince dias recogido en ejercicios; y la última noche que la habia de enviar á Roma, la dió á un Padre grave para que la enmendase, el cuál la trasladó, y guardó en secreto muchos años, y despues la publicó: y así vino á nuestras manos. Mas porque tiene muchas cosas de grande importancia para los que tratan de oracion, y en que podrá haber engaño contra la mente del mismo Padre, sin salir de la historia las iremos declarando en los capítulos que se siguen.





CAPITULO XIV.

En que se declara más este modo de oracion, y las causas porque Nuestro Señor se le concedió al Padre Baltasar, y se lo dilató algunos años.

ASI todas la vidas de los Santos estan mezcladas de variedad de cosas, que se proponen á todos, unas para que las imiten, y otras no más de para que se admiren, y glorifiquen al Señor que se las dió; y porque su mano benditísima no está abreviada, y suele conceder las mismas á otros de los presentes, estos por lo que leen se pueden guiar en el modo de haberse en ellas, imitando á los santos en quien resplandecieron. Esto mismo se puede ver en la vida del Padre Baltasar, y en las cosas que tocan á su modo de oracion, que se refirió en el capítulo pasado, cerca del cuál será muy provechoso declarar más en particular las cosas que abraza; los fines porque Nuestro Señor le concedió á este santo varon, y le concede á otros siervos suyos; las causas por que dilató el dársele hasta los diez y seis años; los frutos y favores que con él le concedió, y concede á los que bien obran; la vocacion con que fué llamado á este modo de orar, y es necesaria á to-

dos los que han de caminar por él segura y provechosamente; y la grande seguridad y provechos del modo ordinario con que el mismo Padre se ejercitó mucho tiempo, y con que granjeó los favores que le fueron concedidos; y todo lo demás que fuere conveniente, para entender la relacion que se ha puesto, y continuar el hilo de nuestra historia.

§. I.

LA sustancia de este modo de orar, y las cosas que abraza, declaró más difusamente el mismo Padre Baltasar en otro tratado que hizo de este modo de oracion, respondiendo á las dificultades que algunos le pusieron contra él; de lo cuál haremos mencion en su lugar[1], poniendo sus respuestas, que son muy importantes. Pero ahora con mayor distincion y brevedad sacaremos esta declaracion, de los nombres con que los maestros del espíritu, y el mismo Padre, llaman á esta oracion; porque con ellos significan lo que ella es y encierra, y los efectos que causa: y aunque son muchos, pero los más usados son estos, á que se reducen los demas.

Lo primero, se llama oracion de la presencia de Dios, porque aunque es verdad, que para orar bien, de cualquier modo que sea, mental ó vocalmente, es necesario que el que ora, advierta con la lumbre de la fe, á que está Dios presente, y le oye y entiende lo que le dice; porque ninguno habla con otro que tiene por ausente, y que no le oye, ni percibe lo que le dice;

---

[1] En el cap. XLI.

mas este modo de oracion, especialmente se llama de la presencia de Dios, porque en ella el entendimiento, ilustrado con la divina luz, sin otros discursos, mira á Dios tan presente cabe sí ó dentro de sí, que parece sentir con quien habla, y delante de quien está; al modo que dice San Pablo de Moisés [1], que trataba con el invisible, como si le viera; de donde casi naturalmente se sigue reverencia, admiracion, propension de la voluntad, ó complacencia y gozo de estar en su presencia, como quien ve una persona ó imágen muy hermosa, y se está viéndola, con admiracion y gusto de tanta hermosura.

De aquí es, que esta oracion tambien se llama de quietud ó recogimiento interior; porque en ella cesa la muchedumbre, variedad y bullicio de las imaginaciones y discursos; y las potencias superiores del alma, memoria, entendimiento y voluntad, están recogidas y fijadas en Dios, y en la contemplacion de sus misterios, con grande quietud y sosiego en sus actos; y esta es la que más propiamente se llama contemplacion, y (como dice Santo Tomás y los demas Doctores [2], y nosotros lo declaramos á la larga en el libro de la Guia Espiritual) se diferencia de la meditacion, la cuál va discurriendo de una cosa en otra, como quien busca la verdad escondida, y la anda escudriñando, y desenvolviendo cosas varias para entenderla. Mas la contemplacion, con una sencilla vista mira la suma verdad con admiracion de su grandeza, y con deleite y complacencia en ella. Y

[1] Ad Hebr. 11, v. 27.
[2] 2. 2, q. 180, art. 3.

por eso dice la Escritura [1]: *Vacad y ved que yo soy Dios; gustad y ved cuán suave es el Señor.*

Llámase tambien oracion de silencio, porque en ella Dios habla, y el alma calla, y está oyendo con suma atencion lo que su celestial Maestro la dice al corazon, y la enseña y descubre de sí mismo y de sus misterios. Mas no se ha de pensar, como imaginan algunos ignorantes, que callar el alma, y parar esperando en silencio, es cesar de todo punto los actos de las potencias interiores, porque esto es imposible, sino es durmiendo, ó sería muy penoso y aun dañoso: porque más sería estar ocioso y perder tiempo, y ponerse á peligro de que la imaginacion brote mil disparates, ó el demonio arroje pensamientos malos ó impertinentes; y así es cosa cierta, que mientras Dios no obra algo en el alma, ella ha de obrar alguna cosa con su entendimiento y voluntad, y aun cuando Dios obra, ella tambien hace algo con él; al modo que el discípulo, cuando está oyendo la leccion con silencio, está obrando interiormente, porque está percibiendo, entendiendo y sintiendo lo que su Maestro le enseña. Y si esta oracion se llama de silencio, ni es porque calla la lengua solamente, pues esto en toda oracion mental se halla, ni porque callen del todo las potencias interiores, sino porque lo que obra entónces, es recibiéndolo de Dios, á la manera que dice David [2]: *Oiré lo que hablare en mí el Señor*, el cuál se digna de hacer oficio de Maestro, y hablar al corazon, y descubrirle sus verdades, y aficionarle con vehemencia á ellas, sin que el hombre ponga sus industrias, como las

[1] Psalm. 45, v. 11, et Psalm. 33, v. 9.
[2] Psalm. 84, v. 9.

pone otras veces, para hacer sus meditaciones y peticiones con muchos afectos; y en este sentido dijo San Dionisio del divino Hieroteo: *Quod erat patiens divina;* que recibia las cosas divinas, habiéndose en el trato con Dios, más como discípulo que recibe la enseñanza de otro, que como hombre que anda con su diligencia é industria, buscando la verdad que no alcanza. Y de aquí es, que este oir tambien se llama silencio, porque entónces callan todas las criaturas dentro del corazon, y no hay cosa que le turbe ni inquiete. Y por la misma razon, en el libro de los Cantares se llama sueño espiritual, porque de tal manera el corazon vela y está despierto para conocer, amar y tratar con su Dios, que está el alma como dormida para lo exterior, sin oir, ni ver, ni percibir lo que otros la dicen, ó pasa por defuera. Y de aquí es tambien, que esta oracion se llama de union; porque el espíritu, con la grandeza del conocimiento y amor, se pega fuertemente á Dios, haciéndose (como dijo San Pablo) [1] una cosa con él, sin poder por entónces divertirse á querer ó amar, ó pensar en otra cosa, diciendo con David [2]: *¿Qué quiero yo en el cielo, y fuera de ti qué otra cosa deseo yo en la tierra?* Y con la Esposa [3]: *Hallado hé al que mi alma deseaba; asido le tengo, y no le dejaré.*

Estos son los nombres más ordinarios de esta oracion tan levantada, en la cuál hay muchas ilustraciones, con admirables afectos cerca de los divinos misterios; unas veces con figuras imaginarias que Nuestro Señor estampa en el alma, otras veces con

[1] I Cor. 6, v. 17.
[2] Psalm. 72, v. 25.
[3] Cantic. 3, v. 4.

sola luz intelectual muy superior, con la cuál suele levantar á lo supremo de la mística Teología, que San Dionisio llama entrar *in divinam caliginem* [1]; en las tinieblas lucidísimas de Dios, que es luz inaccesible; y levantarse á ciegas á la union de aquel Señor, que es sobre toda sustancia y conocimiento, porque es un conocimiento del ser divino tan levantado, y una union tan íntima y divina, que solo Dios puede levantar á ella con especial gracia y favor; y con ser tanto lo que se conoce, le parece que es un abismo infinito lo que ignora.

De aquí suelen suceder cosas extraordinarias en este modo de oracion, de donde toma otros nombres: porque cuando las visitas de Dios, y las ilustraciones y vistas interiores, y los afectos fervientes con el amor y union con Dios vienen con tanta vehemencia, que el alma queda enajenada de los sentidos exteriores, y cesan los movimientos corporales, se llama suspension ó éxtasis; y si viene de repente con grande fuerza, se llama rapto, como dice San Pablo [2], que fué arrebatado hasta el tercer cielo, y paraíso; si viene con más suavidad interior, se llama vuelo del espíritu, como deseaba David alas de paloma, para huir, volar y descansar en la soledad [3]; y á veces suele levantarse el cuerpo de la tierra, siguiendo al ímpetu del espíritu, que sube á contemplar las cosas del cielo: porque en todas estas suspensiones y raptos, cuando son de Dios, el espíritu no está ocioso, ni dormido, sino siempre ve, oye, entiende algo, y se admira, ó goza,

[1] Lib. de mystica Theologia.—D. Bonavent., in lib. ejusdem tituli.

[2] 2. Cor. 12.

[3] Psalm. 54, v. 7.

ó ama; y cuando no hace ni recibe nada, más se ha de llamar embelesamiento ó soñolencia de la cabeza flaca y desvanecida, ó embuste, ó ilusion del demonio. Y porque estas cosas extraordinarias son de suyo peligrosas, así ni se han de desear ni pretender, antes se han de huir, hasta que Nuestro Señor fuerza á recibirlas, ó declara su voluntad en querer llevar por este camino al que las siente.

§. II.

TALES son las cosas que abraza este modo de oracion y contemplacion, que Nuestro Señor quiso comunicar al Padre Baltasar por muchas causas y fines que tuvo para ello; y la principal es, porque como le tenia escogido para maestro de la ciencia del espíritu, y guia de muchas almas que trataban de oracion, quiso tambien que fuese muy aventajado en ella, y que supiese por experiencia estos varios caminos, por donde el divino Espíritu suele llevar á sus escogidos. Esta razon alcanzó el mismo Padre, y la ponderó mucho en el tratado que hemos referido: *Porque, lo primero* (dice), *quien nunca aprendió griego, ni lo sabrá leer en libros, ni entenderá al que le habla en ello, y mucho ménos sabrá enseñarlo. Y lo segundo, conviene en esta facultad más que en otras, que el maestro sea como causa superior y universal, que pueda ayudar á todos, enderezando á cada uno en su grado y progreso, por todas las vias por donde Dios le guiare, que son muchas, aunque todas vayan á un fin; para lo cuál importa grandemente tener experiencia de todas: porque en este camino, la experiencia es la que hace aventajados maestros; y aunque la especulacion ayuda mucho, y la*

leccion de Santos y Doctores místicos, mas sin comparacion ayuda más la propia experiencia. Y es gran consuelo para el discípulo (como dice muy bien un maestro de espíritu), que quien le guia, le diga: Por ahí pasé yo, y me acaeció esto y esto; y salirle al camino, y saber á dónde va, y comprenderle á media palabra, y darle á entender lo que él no sabe explicar; y esto es muy importante para aprovechar á los discípulos, y para que le den crédito, y estimen lo que les dice, conforme á lo que los apóstoles dijeron á Cristo Nuestro Señor[1]: Nunc scimus quia scis omnia, et non opus est tibi, ut quis te interroget. In hoc credimus, quia a Deo existi. *Y más les mueve el ejemplo del maestro vivo, que así les entiende y habla, declarándoles todo su interior, como Cristo á la Samaritana, que cuanto leen de otros pasados: y así dice este Doctor, que á los tales maestros les está bien abrirse y comunicarse á los que guian, y no cerrarse del todo, como algunos lo hacen, aunque se ha de guardar el decoro en el tanto y en el modo de comunicarse con la discrecion que conviene, sin que el dicípulo del todo comprenda al maestro.* Todas estas son razones del Padre Baltasar, sacadas de su propia experiencia; con la cuál maravillosamente guió las almas, y penetraba sus corazones, y ganó con todos grande crédito de maestro, como adelante veremos; y buen testimonio es de lo mucho que experimentó en todos los caminos del espíritu, haber dicho, como arriba referimos, la santa Madre Teresa de Jesus, que en todos los modos de oracion de que hablaba al Padre Baltasar, su maestro, iba él delante. Y esto mismo confirma lo que él confesó en la relacion que se ha puesto, diciendo, que

---

[1] Joan. 16, v. 30.

le dió Nuestro Señor inteligencia de la facultad del espíritu, para sí y para otros; que fué hacerle maestro con ciencia experimental de las cosas interiores.

De aquí podemos sacar la segunda razon, porque Nuestro Señor comunicó este don á este su siervo y obrero Evangélico; para que no recibiese daño de la comunicacion y trato con los prójimos, antes mucho aumento de perfeccion, comunicándosela doblada, con aquel espíritu doblado que el Profeta Eliseo deseaba para sí [1], y tenia su maestro Elías, conviene á saber, la alteza de la oracion y trato familiar con Dios, con tanta quietud, como si viviera en los desiertos, y la destreza en tratar con los hombres para salvarlos, sin perder por esto el trato con Dios, ni dejar de andar en su presencia. Y aunque dice Casiano [2], que esta perfeccion en entrambas cosas es rara, y concedida á muy pocos, como al gran Antonio y gran Macario; pero quiso Nuestro Señor, que uno de estos pocos fuese este siervo suyo; y que emplease todo su tiempo en el trato contínuo con su Criador por la oracion, hermanándole con el frecuente trato con los hombres, para la salvacion de sus almas, ayudándose el un trato al otro con armonía muy admirable. Y en testimonio de esto, en el mismo año en que el Padre Baltasar hizo su profesion solemne, en que se dedicaba al provecho de las almas, le dió Nuestro Señor este don, para que entendiese que no se le daba para retirarse á la soledad, sino para que juntase el trato con Dios, y el trato con los prójimos, lo cuál es mucho más fácil, cuando en la ora-

---

[1] 4 Reg. 2, v. 9.
[2] Collat. 19, cap. 9.

cion no se va remando con trabajo, sino navegando viento en popa por mocion del divino Espíritu.

Y de aquí se saca la tercera razon, porque el Señor le hizo esta gracia, para premiarle las diligencias que habia puesto en orar por discursos y meditaciones de los divinos misterios, al modo que se dijo en el capítulo segundo; porque viendo Nuestro Señor su trabajo, y los deseos de su corazon, y la fidelidad que juntamente tenia en acudir al bien de los prójimos; quiso liberalmente galardonarle todo esto, en que cogiese todo este fruto, y más copioso, con mayor alivio: porque aunque ambos modos de oracion y contemplacion, producen grandes frutos, pero diferentemente: el que va por discursos y meditaciones, es con trabajo y fatiga, como quien saca agua de un pozo hondo con soga y caldero, ó de una noria con muchos arcaduces, encañándola por los regaderos, para regar las plantas. Mas el segundo de la quieta contemplacion, es sin trabajo ni fatiga, como lluvia que baja del cielo, y se empapa en la tierra, de quien dijo el Salmista [1]: *El Señor llena de agua los rios de la tierra, y multiplica sus arboledas, y con las gotas que caen del cielo, ella se alegra y produce sus frutos.* Y la suave providencia de nuestro gran Dios, que es liberal y magnífico en repartir sus dones, gusta de dar alivio á sus siervos; y á los que tienen capacidad para el don de la contemplacion, y han trabajado en aparejarse para ella, con la pureza de corazon, con la mortificacion de las pasiones, y con largos ejercicios de meditaciones, suele concedérsela con grande abundancia y quietud, especialmente cuando han de em-

---

[1] Psalm. 64, v. 11.

plearse en bien de los prójimos, como la concedió á nuestro Padre San Ignacio, despues que pasó por las meditaciones que nos enseñó en el libro de sus ejercicios: y así tambien la concedió al Padre Baltasar, y la concederá á todos los que con semejante cuidado se aparejaren para recibirla, como les convenga para su mayor perfeccion, y perseveren con humildad y resignacion en hacer lo que deben en su oracion ordinaria, que es escalon para la más levantada.

§. III.

ESTA perseverancia, sin tasar á Dios Nuestro Señor el tiempo de su visita, es muy necesaria para salir con este intento: porque, como se ha visto, diez y seis años detuvo Nuestro Señor al Padre Baltasar en el modo ordinario de oracion, como tambien detuvo diez y ocho años á la Madre Teresa de Jesus, como en su vida lo escribe el Padre Francisco de Ribera [1]; y otros santos han tambien esperado mucho tiempo. Y no es de maravillar: porque si el Patriarca Jacob estuvo catorce años sirviendo con inmenso trabajo para casarse con su querida Raquel [2], figura de la vida contemplativa; ¿qué mucho es, que los que han de alcanzarla con excelencia, y desposarse espiritualmente con la divina Sabiduría, trabajen y suden muchos años en pretenderla? Especialmente, que con esta diligencia ganan otros grandes bienes; por cuanto se fundan en humildad profunda, recono-

---

[1] Lib. 4, c. 2.

[2] Genes. 29, v. 30.

ciendo, que no merecen tan grande don; procuran purificarse mucho más, para no ser indignos de recibirle; crecen los deseos y diligencias por haber lo que tanto estiman; es probada y afinada su paciencia y confianza, no desmayando por esta tardanza; con estas y otras virtudes se hacen dignos del soberano don de la contemplacion, y cuando le alcanzan, son más agradecidos al Señor que se le dió, y más cuidadosos en guardarle, y en aprovecharse de él, para el fin que le es dado; y finalmente, con su ejemplo y experiencia nos animan á la perseverancia en la oracion, aunque sea pasando por muchas sequedades y aflicciones; pues quien persevera fielmente, llamando á las puertas de Dios, viene á ser oido, y admitido á la eminencia y dulzura de su familiar trato.

Así lo experimentó el Padre Baltasar, cumplidos estos diez y seis años, sacando los provechos que se han dicho, de esta dilatacion y tardanza del Señor; y por lo mismo que él habia experimentado, nos exhortaba á perseverar en la oracion, con estas admirables palabras: *Acudamos, hermanos, á las puertas de Dios, con perseverancia, pues las tenemos abiertas, ó si llamáremos á ellas, nos las abrirá, conforme á la promesa que nos hizo, cuando dijo* [1]: Pedid y recibireis; llamad y abriros han; *pues ¿porqué no nos consuela tanto esta promesa, que ni reparemos en parecernos que tarda, para dejar de llamar* [2], *ni en pensar que bastará toda nuestra frialdad, para que se deje de cumplir su palabra, si humildemente nos fiamos della? pues cuando lo queramos llevar por razon, no hay medio más fuerte para enterne-*

---

[1] Matth. 7, v. 7.
[2] Luc. 11, v. 9.

cer á los duros, cuánto más á los blandos, que temblar uno de frio á su umbral, para que le manden abrir. Duremos, hermanos, á las puertas de este gran Dios, aunque allí estemos temblando de frio; porque cuando ménos pensáremos, mandará Asuero á Mardoqueo[1] *que entre, y verá la cara del Rey, y será tanta su medra, que olvide los trabajos de haber estado muchos dias esperando á aquellas puertas, duro y helado como piedra: porque del justo está escrito*[2], *que oyó el Señor su voz, y le entró en la nube, de donde salió bien premiado de los trabajos que tuvo, esperando y perseverando en llamar.*

Y en confirmacion de esto dijo él de sí mismo, que tuvo necesidad de mucha constancia en sufrir las largas de Dios, esperando á que se apiadase dél, y le llenase de sus misericordias; y añadia, que Dios tarde se descubre á las almas por una de dos causas: ó porque están sepultadas en sus vicios, y tardan en salir dellos, y cada vicio es como una niebla muy oscura, que impide la vista del Criador; ó para que saquen cuán grande bien es el que buscan, por lo mucho que pasan, y tardan en hallarle; y en aquellos espacios las prueba de muchas maneras, con trabajos interiores, y tambien con penalidades exteriores, para que de ahí se entienda, que tras grande bien andamos, pues tanto por él trabajamos.

De todo lo cuál se concluye la excelencia de la oracion que alcanzó este santo varon, y los grandes dones que por su medio recibió; porque si ordinariamente, cual es la sementera, tal suele ser la cosecha, y á medida de los dolores, da Dios los consuelos, y

---

[1] Esther 6, v. 10, et cap. 8, v. 1.
[2] Eccles. 45, v. 5.

conforme á la grandeza de los trabajos reparte los premios; quien perseveró diez y seis años en sembrar y trabajar con sumo cuidado, ánsia y diligencia por este don, y á su medida se le concedió el Señor, que es liberalísimo en dar mucho más de lo que sabemos pedir é imaginar ¿cuán excelente se le concederia con cosecha muy copiosa de merecimientos, con abundancia de consuelos espirituales, y con otros dones y gracias, que suelen ser premio de los fervorosos? Si la bondad del árbol se conoce por la bondad de los frutos, ¿cuánta será la excelencia de la oracion que lleva tales frutos como quedan referidos? ¿Y qué frutos hay más excelentes que los doce que cuenta de sí mismo en esta relacion, y son como doce escogidos frutos de este árbol de vida que plantó Dios en el paraíso de su iglesia y de la Compañía? Y como dice San Juan [1], que estos árboles del paraíso llevaban cada mes frutos nuevos; así cada mes, y cada dia los renovaba, y era testimonio de la grande familiaridad que secretamente tenia con su Dios, de cuyo trato lo recibia.

[1] Apoc. 22, v. 2.





CAPITULO XV.

Cómo entró en este modo de oracion por especial vocacion de Dios; y declàranse más las señaladas mercedes que recibió para su mayor perfeccion, y para ayudar más á los prójimos.

s tan soberano bien el trato íntimo y familiar con Dios Nuestro Señor, y el don de la quieta y perfecta contemplacion cual se ha pintado, que no pudo el Padre Baltasar, como él mismo lo dice en su relacion, subir á ella, sino es por especial vocacion del mismo Señor, el cuál llama á los que quiere, y cuando quiere, y de la manera que quiere, sin que para esto haya lugar, ni año, ni tiempo determinado, sino sola su voluntad santísima, cuyos deleites son conversar con los hijos de los hombres; pero con unos más familiarmente que con otros, por especial gracia y privilegio que llamamos vocacion; y es una inspiracion y mocion, ó aficion grande que imprime en el alma, inclinándola á este modo de orar tan levantado, comunicándola aptitud y caudal para seguirle; porque ni todos son llamados para esto, ni tienen aptitud para ello, ni les conviene temerariamente arrojarse con presuncion á

pretenderlo. Y aunque Nuestro Señor, por especial privilegio y favor, á algunos desde su niñez, ó desde su primera conversion, los levanta de repente y de primer voleo á esta oracion tan alta, y á veces á cosas muy extraordinarias; pero en lo ordinario no suele comunicarle, sino á los que se han ejercitado en la oracion, por meditaciones y discursos, cerca de los divinos misterios; para la cuál casi todos tienen vocacion ó inspiracion, más ó ménos, conforme á su capacidad. Y de esto tenemos un dibujo que lo declara admirablemente, en lo que sucedió á Moisés y á su pueblo junto al monte Sinaí, porque el pueblo desde léjos veia y oia las voces, truenos, sonidos de trompeta, llamas de fuego, y humo que habia en el monte; y atemorizados dijeron á Moisés [1]: *Háblanos tú, y no el Señor, porque no perezcamos;* y él les consoló diciendo, que aquello se habia hecho para que se fundasen en el temor de Dios, y no le ofendiesen. Despues llevó consigo más cerca á su hermano Aaron, y otros sesenta ancianos de Israel [2], los cuáles vieron á Dios despues sobre un estrado de piedra de zafiro, que se parece al cielo cuando está sereno. Luégo entró Moisés en la oscuridad y niebla, donde estuvo seis dias [3]; y al séptimo le llamó Dios, y cubierto de niebla subió á la cumbre del monte, donde estuvo cuarenta dias conversando con el Señor con extraña familiaridad, como un amigo con otro [4], y le mostró su divino rostro con la claridad que en esta vida mortal puede

[1] Exod. 20, v. 19.
[2] Exod. 24, v. 10.
[3] Exod. 24, v. 16, et c. 20, v. 21.
[4] Exod. 33, v. 12.

ser visto. Pues á este modo se ha de entender lo que pasa en el pueblo cristiano; porque la multitud de los fieles, que es como chusma de ménos capacidad, ó de mucha ocupacion en varios negocios, solamente son llamados para oraciones vocales, y para considerar y ver como desde léjos algunos divinos misterios, especialmente aquellos que causan temor santo de Dios, y espanto de su rigurosa justicia, para que se aparten de pecados, hagan penitencia, y reformen su vida, como son lo que enseña la fe del juicio y infierno, y otros castigos que Dios ha hecho: pero otros fieles hay, figurados por los sesenta ancianos, que son llamados de Dios, para acercarse más á Él con los ejercicios de la oracion mental, con meditaciones más profundas de los divinos misterios, y afectos más encendidos de amor y confianza; y llegan á conocerle por sus obras, las que tiene debajo de los piés, y por la hermosura del cielo con sus estrellas y planetas, discurriendo y sacando de aquí las grandezas del Criador, y aficionándose á servirle por lo que Él merece, y el bien que les hace; y de este género son las personas religiosas y seglares que van por el camino ordinario de la oracion mental, cuya seguridad y necesidad y grandes frutos probaremos largamente en el capítulo XLII, por venir allí más á propósito.

Pero otros pocos hay figurados por Moisés, á quien Nuestro Señor con vocacion más especial levanta al supremo grado de la oracion y union con su divina Majestad, y los mete en sus tinieblas celestiales, y en aquella niebla que ciega los ojos para no ver las cosas del mundo, y los abre para ver á su Criador, con quien tienen trato muy familiar y regalado, unos más, y otros ménos, segun que el Señor se digna de comunicarse á sus criaturas: pero ántes que las levante á

lo supremo, las detiene seis dias en otro grado más bajo, donde pruebe su paciencia, y se vayan ejercitando, y disponiendo para recibir lo más alto. Tales habian de ser (como ya se ha dicho) los maestros del espíritu, que han de gobernar, como otro Moisés, al pueblo cristiano, y á los que tratan de andar por este camino de la oracion; y tal fué nuestro Padre Baltasar, á quien Nuestro Señor, por haberle escogido como á Moisés, por guia de las almas, le hizo este favor, y los demas que se han apuntado; y por ser tan grandiosos, será muy importante declararlos más, por lo que el mismo Padre dijo en otras ocasiones.

§. I.

POR cuyo fundamento pongamos el primer favor de donde proceden los demas, que es tener al mismo Dios por maestro en la oracion, no sólo con aquel modo general con que se llama, y es maestro de todos, y á todos enseña y mueve á orar, como se dijo en el capítulo tercero, sino con otro más especial y regalado con sus ilustraciones é inspiraciones especiales, arrojando lluvia de santos pensamientos, y afectos fervorosos, sin que el alma ande trabajando en hallar este divino pasto con discursos y meditaciones, á costa de muchas industrias. Y así solia decir el Padre Baltasar, que quitar Dios el discurso al alma en la oracion, es señal que quiere su Majestad serle maestro: porque entrar á ella cerradas todas las puertas, es privilegio suyo, y propio de solo el que la crió, incomunicable á bueno y malo espíritu; y así es segurísimo, y ajeno de ilusiones; y la paz y gozo que siente entónces el alma, es indicio de la

misma Majestad que está presente. Y más claramente dice esto en su librito por estas palabras: *A 5 de Febrero de 1569, estando en la oracion de la mañana, tuve un sentimiento particular, considerando la falta que me hacia un siervo de Dios, que se habia apartado de mi compañía, ofreciéndoseme: Agravio hace á Dios, el que tratando con Él piensa que le hacen falta los hombres (cuando ellos le dejan sin culpa suya). Y el mismo dia, diciendo Misa, volviéndome el mismo pensamiento, se me representó con el mismo sentimiento: ¿Si el que te ayudaba por hombres quiere ser tu maestro, y enseñarte por sí mismo, qué agravio te hace? Grande merced es esta, y principio de grandes bienes: porque Dios en una breve razon encierra y enseña muchas; y la oracion de los tales es una asistencia continuada del Señor, con reverencia y confianza, quieta y sembrada de inteligencia de verdades, y de dulces bocados, relieves del plato del Señor, y de coloquios y hablas familiares con Él en su dulce presencia.*

De aquí procedió la segunda merced, que fué descubrirle (como dijo David) los secretos de su divinidad, y profunda sabiduría, por el modo que enseñan los Doctores de la ciencia mística. Así lo dejó escrito en el mismo librito por estas palabras: *A 1.° de Marzo de 1576, habiendo tratado la tarde ántes con una persona espiritual, qué era vision intelectual de Dios y de sus misterios, tuve una vislumbre de lo que me dijo, con un sentimiento tierno; y entrando en la oracion sentí la presencia del Señor que estaba allí, de una manera que ni se veia, ni se imaginaba, pero sentíase y aprendíase con más certeza y claridad que lo que se ve y se imagina; y los indicios de esto son. Primero, lo que así se ve obra más en el alma que lo que se imagina ó ve corporalmente. Lo segundo, obra paz y contento tan grande, que parece meter Nuestro Señor al alma en su reino; y viéndose ella puesta*

en tanto bien, que ni lo imaginó, ni lo mereció, dice al Señor aquello de David[1]: ¿Quién es el hombre, para que os acordeis de visitarle? *Y lo que dice su Majestad que le dirán los justos el dia del juicio*[2], *cuando les diere razon del Reino que les da:* Señor, ¿cuándo te vimos, ó te acogimos? etc. *Así le dice el alma: ¿Señor, qué servicios te he hecho yo? ¿Señor, cuándo te merecí tan grande bien? Lo tercero, sale de allí el alma, ni suya ni de nadie, sino toda del que es todas las cosas, conforme á lo que dice David*[3]: Una sola cosa pido, y pediré, que es ser de los familiares de la casa de Dios, porque me ha metido en lo secreto de su tabernáculo. *Y allí metida el alma comienza Dios á amanecer en ella, y á mostrársele; allí la regala, y la es dulce y tierna cosa mirarse á sí, como á tal; y pensar en los que ama por el Señor, mucho más que si los amara por sí, ó fueran suyos. Lo cuarto, en que pensando si puede el demonio fingir aquella bendicion, no se acaba de persuadir el alma que sea de mal espíritu, cosa que tan buena la deja, y tan bien la pone con su Dios. Lo quinto, en que dice con San Pedro*[4]: Bueno es, Señor, estarnos aquí. *Huye de todo sueño, y no se cansa de orar. Lo sexto, en que parece experimenta lo que dice San Dionisio, cap. I, de mystica Theologia, que no entendiendo nada, trasciende toda inteligencia, parece que no conoce nada por una parte, y por otra no puede atender á otra cosa, ni dejar de tener mucha satisfacion con la que tiene, sin verla ni tocarla, aunque está della más cierta, y con más claridad que de todo lo que ve y toca.*

---

[1] Psalm. 8, v. 5.
[2] Matth. 25, v, 37.
[3] Psalm. 26, v. 4.
[4] Matth. 17, v. 4.

Por estas palabras se echa bien de ver la grande luz intelectual que Nuestro Señor le comunicaba en la oracion, pues con ella entraba en el Reino de Dios, que es el paraíso de sus deleites, y justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, y della salia tal, que ya no era suyo, ni de otros, sino todo de Dios, con quien estaba unido y hecho un espíritu: y así á cierta persona afligida dijo él mismo en buena ocasion, tratando de la oracion, que habia mucho tiempo que vivia ya en otra region, entendiendo á lo que pienso lo que dice San Pablo, que su conversacion era en los cielos.

De aquí procedió otro singularísimo favor que le hizo Nuestro Señor, asegurándole, que entraria en aquel Reino eterno, para ser su perpétuo morador. Así lo descubrió el mismo Padre al Padre Gil de la Mata, que despues fué enviado al Japon, y volvió de allá dos veces por procurador de aquellas Indias para tratar de sus negocios con nuestro Padre General: y como un dia tratase familiarmente con el Padre Baltasar, de la dichosa suerte que tendria un alma, si pudiese estar cierta de su salvacion, por los peligros en que se mete en estas empresas por amor de Dios, le respondió: Yo á lo menos, por palabras claras y expresas, tengo seguro el negocio de mi salvacion; y esta es una de la misericordias que Nuestro Señor hace á algunos; la cuál más les sirve de espuela para correr, que de freno para parar. Y otra vez, estando en oracion, vió una procesion de bienaventurados, y á sí entre ellos; y esta vision contó al superior, dándole cuenta de la conciencia, y se sabe por relacion de dos personas de la Compañía muy graves; y della parece que hace mencion en su relacion, cuando dijo que se halló de repente en una congregacion señalada para la bienaventuranza; y es conforme á la revela-

cion que dello tuvo la santa Madre Teresa de Jesus, como se dijo en el capítulo X.

¿Y qué maravilla, que quien tenia tales visiones, quedase algunas veces en éxtasis, suspenso el uso de los sentidos? Una vez en Medina, estando en oracion de rodillas en su aposento, entró un Padre, y le halló rodeado de un admirable resplandor, indicio del que tenia en lo interior. Otra vez entró el hermano que tenia cuenta de su aposento, y le halló absorto y enajenado de los sentidos, de suerte, que no le sintió entrar ni salir: y para que el Padre reparase en ello quiso el hermano cubrirle el rostro con el pañizuelo, y dejarle así. Pregúntole despues el Padre ¿si sabia quién hubiese entrado allí? Y diciéndole el mismo hermano, cómo él habia entrado, le mandó que callase lo que habia visto. Otra vez en Salamanca, estando estudiando, miró á un Cristo crucificado que tenia delante, y se quedó elevado fuera de sí, sucediéndole con otro hermano lo mismo que se acaba de contar.

El Padre Gaspar Astete, bien conocido en esta provincia, contó, que siendo él Ministro en la casa Profesa de Valladolid, tuvo el santo Padre Baltasar una enfermedad, y dejándole el enfermero de parte de noche con razonable disposicion, á la mañana lo halló sin sentido, y como muerto: llamaron los médicos, y no supieron qué podia ser, sino algun desmayo. Estuvo así hasta la tarde; trujeron una reliquia del *lignum crucis*, y otras que hay en aquella casa, y en poniéndoselas volvió en sí, y habló como solia, y como si no hubiera pasado mal alguno por él; de donde coligieron que no habia sido desmayo, sino rapto, como los que solia tener en su profunda oracion. Y otra vez estando enfermo, le sucedió lo mismo, y diéronle muchos garrotes, para que volviese

sobre sí; y como no volviese, hicieron ir luégo un propio á Medina del Campo, de donde era recien venido, á preguntar qué enfermedad era aquella, y si la habia tenido otras veces; y respondieron, que no le hiciesen remedio, porque eran éxtasis que tenia muchas veces, y solian durarle dias [1].

Finalmente, desde entónces con más viva fe andaba siempre en la presencia de su Dios, con un contínuo recurso á su divina Majestad en todas sus cosas, consultándolas con él, como con su maestro, y pidiéndole su ayuda y direccion en ellas; y esto es gran parte para lo que llamamos trato familiar del alma con Dios, y orar continuamente; y así decia el mismo Padre: *Orar es levantar el espíritu á Dios, y comunicarle todas sus cosas familiarmente con grande reverencia, y con mayor confianza que nunca tuvo el más regalado hijo con su madre, y tratar allí todas las cosas altas y bajas, las del cielo y las del suelo, lo mucho y lo poco con su maestro y señor; abrille el corazon, y derramalle todo, sin que quede nada dentro; decille sus trabajos, sus pecados, sus deseos, y todo lo demas que estuviere en el alma, y descansar con Él, como un amigo con otro de quien se fia, á quien descubre todas sus cosas buenas y malas.* Esto es lo que llama la divina Escritura, derramar en la presencia de Dios el corazon como agua, no como aceite que se queda pegado algo en el vaso, sino como agua, que toda se vierte, manifestando á Dios, no solamente lo grande, sino lo pequeño: porque como su divina providencia lo gobierna todo, y sin su ayuda no podemos cosa alguna buena, grande ó pequeña, es grande cordura tratarlas todas con Dios, de quien ha de proceder el acierto en ellas.

---

[1] Vease el documento XXIV del Apéndice.

§. II.

POR este frecuente trato con Nuestro Señor, vino tambien á recebir otras mercedes, que le ayudaron mucho en las cosas que hizo para bien de las almas; y una muy señalada fué la gran confianza y eficacia que tenia en pedir y alcanzar de Nuestro Señor las cosas que convenian para sí y para los prójimos, como él mismo lo apuntó en su librito, diciendo, que teniendo un dia oracion sobre aquellas palabras de Cristo Nuestro Señor: *Pedid y recibiréis*, entendió de arriba, que Nuestro Señor no quiere que nos encojamos en pedirle mercedes, sino que este encogimiento es tentacion del demonio. Y pidiendo una vez por un necesitado, oyó que le decian: *¿Porqué eres corto en pedir, si es Dios largo en dar?* como significándole que pidiese tambien por otros necesitados. Y otra vez, pidiendo el buen suceso en un negocio, oyó estas palabras: *Yo te ayudaré como Rey.* Y así fué en esta ocasion, y en otras muchas, en las cuáles oraba con tanto fervor por algunas necesidades, que ántes de salir de la oracion, quedaba certificado del remedio dellas, ó por revelacion expresa, ó por algun instinto interior que le aseguraba dello; el cuál (como dice Casiano [1]) es señal de que Dios ha oido la oracion, de lo cuál se pondrán adelante muchos ejemplos.

Entónces tambien le comunicó Nuestro Señor lo que le faltaba de la dotrina y ciencia que no pudo

[1] Collat. 9, c. 31.

granjear por su industria, como él mismo lo apuntó en su relacion, y más claramente lo dijo al Padre Juan de Pineda, que entró en la Compañía siendo Colegial en el Colegio de Oviedo en Salamanca, y habia sido graduado en leyes, y temblaba de comenzar los estudios de Artes y Teología, pareciéndole que no podria salir con ellos; y para animarle á confiar en Dios, que supliria la falta de sus industrias, le contó en secreto, que andando él con pena y tristeza, por parecerle que por las muchas ocupaciones que tuvo cuando estudiante, y despues de ordenado, no habia estudiado tanto como era necesario, y así las letras escolásticas le habian de hacer falta para los ministerios que usa la Compañía de confesar y predicar: pero habiéndose ejercitado mucho tiempo en la oracion, á deshora un dia sintió una luz extraordinaria en el entendimiento, con la cuál vió y entendió tan claramente las verdades escolásticas, y conclusiones teológicas, como si muchos años con gran curiosidad las hubiera estudiado; y desde entónces le quedaron tan impresas en el entendimiento, que nunca más sintió la falta que solia. Y á otro Padre grave dijo, que Nuestro Señor le habia hecho merced de darle inteligencia de la divina Escritura, y de las materias morales, y que desde el dia que recibió este favor, habia perdido el miedo que solia traer, sin atreverse á estar sin tener á su lado algun hombre muy docto, con quien consultar luégo las dudas que se le ofrecian. Otras veces solia decir hablando desto: yo no tengo mucho entendimiento ni estudio, mas con tratar almas buenas, leer santos, y tener oracion, me ha hecho el Señor merced de darme inteligencia de la sagrada Escritura.

En las cuáles palabras juntó las tres fuentes de

donde sacó la eminente ciencia de espíritu, para conocer las cosas interiores y espirituales: conviene á saber, la leccion de los santos que las experimentaron y dejaron escritas; la comunicacion con almas que las sienten y experimentan; y la oracion y trato con Dios; y esta fué la principal, cuando llegó á la excelencia que en este tiempo le fué concedida, no sólo por la experiencia que tuvo de ellas, aun de las muy levantadas, sino por la luz con que Nuestro Señor le ilustraba, para conocerlas y discernirlas. Y esta luz fué al modo de la lumbre de profecía, la cuál (como dice San Gregorio [1], á quien sigue Santo Tomás [2]) manifiesta dos cosas propias de solo Dios; conviene á saber, los secretos del corazon humano, y las cosas que están por venir [3]; y en entrambas cosas ilustró Nuestro Señor á este su siervo; unas veces revelándole los secretos del corazon de las personas con quien trataba, para guiarlas con acierto (y como las revelaciones proféticas se hacen por los Angeles [4], así los que eran guardas de estas personas, le revelaban algunas cosas que tocaban á ellas, como se dijo en el capítulo sexto): otras veces le revelaba cosas que estaban por venir, de las que dependen de nuestra voluntad, asegurando dellas á las personas á quien tocaban: de todo lo cuál se pondrán muchos ejemplos en los capítulos que se siguen.

[1] Homil. 1 in Ezech.
[2] 2. 2., q. 171, art. 3.
[3] 1 Cor. 14.
[4] D. Thom. 2. 2., quæst. 172, art. 2; ex Divo Dion. c. 4, de cœlesti hierar.

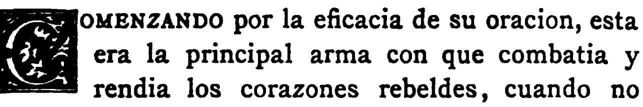


CAPITULO XVI.

De las cosas maravillosas que en Medina y otras partes hizo en los prójimos con la eficacia de su oracion, y descubriendo á muchos cosas secretas del corazon, ó cosas que estaban por venir.

AUNQUE la mudanza del Padre Baltasar, de Avila á Medina y á otros Colegios, principalmente era por el provecho espiritual de los nuestros, mas su caridad no se estrechaba á los de casa, sino tambien se estendia á los de fuera, en quien hacia notable fruto con sus dos ordinarias armas de oracion y pláticas de Dios, juntando con ellas las cosas que el Señor le revelaba para bien de las almas; y de todas contaremos algunas cosas que sucedieron muy notables, diciendo primero las cosas que hizo en varias suertes de personas, donde se descubren mucho sus grandes talentos.

§. I.



COMENZANDO por la eficacia de su oracion, esta era la principal arma con que combatia y rendia los corazones rebeldes, cuando no bastaban para ello sus pláticas y razones, alcanzando del Señor eficacia para ellas; porque casi todas las cosas memorables que hizo con los prójimos, ó seglares ó religiosos, las negoció y alcanzó con sus oraciones; unas veces con ellas solas, otras añadiendo sus industrias y diligencias, como se verá por los ejemplos y sucesos siguientes.

Entró en Medina un seglar en nuestro Colegio á hacer los ejercicios espirituales de la Compañía, con determinacion de quedarse en ella: pero el demonio, que no duerme, y le pesaba desto, acometióle el cuarto dia con una tentacion de volverse al siglo, tan fuerte, que se rindió á ella, y dijo al Padre que le daba los ejercicios, cómo queria irse. Este Padre le procuró persuadir con muchas razones que aquella era tentacion de Satanás para destruirle; mas no hizo en él alguna mella, y así dió cuenta de ello al Padre Baltasar Alvarez, que era Rector, el cuál pidió al hombre, que siquiera por rogárselo él, se detuviese aquella noche hasta la mañana: hízolo así, por el grande respeto que todos le tenian, temiendo que Dios le habia de castigar, si no hacia lo que le pedia. El santo varon se acogió á su refugio de la oracion, tomando primero una recia diciplina, y gastando toda la noche en suplicar á Nuestro Señor abriese los ojos de aquel tentado y rendido, y le quitase la tentacion. Oyóle Nuestro Señor viendo el fervor y

confianza con que se lo pedia, y por la vigilia de su siervo acudió con el remedio al tentado, cuando estaba dormido; el cuál vió entre sueños dos fieros hombres, que estaban á la portería de nuestro Colegio aguardándole para darle de puñaladas, afirmándole que si salia, sin duda se las darian, y dejarian allí muerto. Vióse por el suceso que el sueño era de Dios y de su santo Angel; porque despertó tan atemorizado y tan trocado, que no veia la hora de que amaneciese, para irse á echar á los piés del santo Padre Baltasar, como lo hizo, pidiéndole con mucha instancia le recibiese en la Compañía; y recibióle despues que acabó los ejercicios, con grande provecho de su alma, y con el mismo perseveró, haciendo bien á otros muchos con sus ministerios, y despues contó lo que queda referido, atribuyéndolo á la eficacia de la oracion de este santo varon.

Pero no es ménos admirable lo que le sucedió en el mismo Colegio con otro novicio, que siendo tentado de dejar la Compañía, y irse á la Cartuja, se resolvió de ejecutarlo, ofreciéndole el demonio cómoda ocasion para ello, con fin de que perdiese lo uno y lo otro. Porque una noche de verano, al tiempo que se cerraban las puertas de casa, se quedó escondido en la huerta, y saltando por unas tapias, se salió. El que visitaba las luces despues de todos acostados, como es costumbre, echó de ver que faltaba aquel novicio, y sospechando lo que podia ser, acudió al Padre Baltasar, que como buen pastor estaba en vela orando como solia por su ganado; y cuando oyó esto, luégo se fué á la capilla de Nuestra Señora, que hay en aquel Colegio, y habiendo tomado la diciplina que solia, se estuvo toda la noche en oracion, suplicando á Nuestro Señor y á la sacratísima Vírgen su Madre,

se compadeciesen de aquella oveja que iba descarriada, con peligro de dar en la boca del lobo infernal, que pretendia tragarla para llevarla consigo al infierno. Fué tan eficaz su oracion, que no solamente fué oido, sino tambien le fué revelado que volveria libre de aquel peligro, que sin duda fué muy terrible: porque el pobrecito novicio, que iba muy de priesa y muy congojado, pareciéndole que iban tras él, y que á cada paso le alcanzaban, cuando llegó á la mitad del camino, le comenzó á turbar una fuerte imaginacion que le tuvo muy perplejo, ofreciéndosele, que en Aniago, que era el monasterio de Cartujos á donde caminaba, no habian de dar crédito á lo que dijese; pues si le preguntaban é inquirian de dónde venia, habian de saber que venia huyendo de la Compañía, y por el mismo caso no le recibirian. Tambien, volver atras parecíale cosa dificultosa, y quedarse en el siglo, cosa afrentosa; pero siempre caminando, hasta que llegó á la puente de un rio que está en el camino, y entónces acudió el lobo infernal ansioso de tragar aquella pobre alma, ofreciéndole á la imaginacion por mejor remedio para salir de su perplejidad, echarse de la puente abajo, para ahogarse, y acabar de una vez con todo. Apretándole mucho esta tentacion de desesperar, fué Nuestro Señor servido, por la oracion de su santo Pastor, que en medio de aquellas tinieblas le apareciese un resquicio de luz, que le persuadia volverse luégo al Colegio de la Compañía, facilitándoselo mucho: porque como era de noche, no le habrian echado ménos; y por la misma parte por donde se salió, podia volver á entrar en la huerta, ántes que abriesen las demas puertas de casa, y en abriéndolas podia luégo entrarse dentro, sin que nadie le viese, ni reparase en ello. Hízosele esto tan

fácil, habiéndosele hecho ántes tan dificultoso, que se resolvió de ejecutarlo; y sucedióle puntualmente como lo habia pensado, ó por mejor decir, como el buen Angel se lo habia inspirado. A la mañana, como el mismo que le habia echado ménos le hallase en casa, fuelo á decir al santo Padre, el cuál le respondió, cómo ya él lo sabia, dando á Dios las gracias por ello; y pasados algunos dias, llamó al novicio, el cuál le contó todas las cosas que le habian pasado, y de allí adelante quedó tan quieto, como si tal cosa le hubiera sucedido. Por donde se ve el amor que Nuestro Señor tenia á su siervo, pues no solamente le concedia lo que le pedia, sino allí se lo manifestaba, para aliviar presto su pena.

Más admirable fué lo que sucedió con el Padre Francisco de Avila, que fué gran religioso en nuestra Compañía, y habiendo ido en la armada que el Adelantado Don Martin de Padilla llevaba á Irlanda, á la vuelta murió en la Coruña; el cuál, siendo estudiante seglar en Salamanca, y mozo de gentil disposicion, y valiente, venida la Cuaresma se recogió en nuestra casa, como otros muchos estudiantes lo hacen allí en aquel tiempo, para confesarse despacio, y tener algun ejercicio de oracion. No llevaba propósito de ser religioso, mas á pocos dias que estuvo recogido, le dió Nuestro Señor una gran luz que le convenció el entendimiento, de que le convenia dejar el mundo, y entrarse en la Compañía, por muchas razones que se le representaron para ello; y aunque estas le hacian mucha fuerza, pero la voluntad estaba tan repugnante, que le daban congojas y vascas como de muerte; de modo, que le era necesario salirse á respirar fuera del aposento, porque le parecia que se ahogaba. Estando en esta congoja llegó el Padre Bal-

tasar, y le animó y consoló, diciéndole, que él lo encomendaria á Nuestro Señor, y haria que los de casa hiciesen lo mismo. Fué de tanta eficacia su oracion, que dentro de poco rato le dió Nuestro Señor ánimo para romper por todas las dificultades que se le ofrecian; y se determinó con mucho fervor y lágrimas de entrar en la Compañía, y estar en ella perpétuamente, aunque fuese reventando. En acabando de arrojarse á los piés de Cristo Nuestro Señor, y de ofrecerle este sacrificio, sintió tanta mudanza en su corazon, que parecia bien ser de la diestra del Altísimo, y ya no sentia congojas, antes grandísimo consuelo, y un extraordinario y afectuoso deseo de ser recibido en la Compañía. Volvió á visitarle el Padre Baltasar, y habiéndole contado todo lo que por él habia pasado, le dijo con un rostro muy sereno: Dé muchas gracias á Nuestro Señor por la merced que le ha hecho; ya yo sabia que esto habia de ser así [1]: como cuando el Profeta Elías dijo á su criado, que fuese á ver si se levantaba alguna nube del mar, y habiendo ido siete veces, á la postrera dijo: Una nube pequeña como la huella de un hombre se levanta de la mar. Entónces envióle el Profeta al Rey Acab, para que le dijese que se bajase del monte, porque venia grande lluvia; y así fué, que luégo los cielos se oscurecieron, y llovió con grande abundancia: así yo tambien habia visto que esto habia de ser; y esto quédese en su pecho. De las cuáles palabras se sacaba bien que lo habia alcanzado de Dios con su oracion, y en ella se lo habia revelado.

Esto dió por escrito el mismo Padre Francisco de Avila, y á otro Padre familiar suyo contó tambien,

[1] Lib. 3 Reg. cap. 18.

que habiendo ya pedido la Compañía, y díchole el Padre Baltasar Alvarez que le recebiria, volvió el demonio á tentarle tan fuertemente, que le pesó de haberlo pedido, y queriendo salirse de los ejercicios sin nota, pidió licencia al Padre Baltasar Alvarez para irse á despedir de ciertos parientes, y tratar con ellos un negocio que tenia. El Padre le respondió: Vaya con Dios, y como toma tiempo para mirar lo que ha de hacer, nosotros le tomaremos, para mirar tambien lo que nos conviene. Por esta respuesta entendió que le habia conocido los pensamientos, y determinóse de quedarse, hasta que con efecto le recibieron en la Compañía.

§. II.

ESTA fué otra de las cosas con que hizo maravillosos efetos en las almas, manifestando las cosas secretas, y las que pasaban por los corazones, ántes que se las dijesen, por habérselas Nuestro Señor revelado á él, para los efetos que pretendia, de lo cuál pondremos otros ejemplos bien notables. El primero sea de Don Francisco de Reinoso, dignísimo Obispo que fué de Córdoba; el cuál, cuando vino de Roma con muy gruesa renta eclesiástica, quiso recogerse algunos dias en la casa que entónces teníamos en Simancas, y hacer allí los ejercicios espirituales de la Compañía, para poner órden en sus cosas, y tratar de su perfeta reformacion; y como pidiese algun Padre á propósito para esto, diéronle al Padre Baltasar Alvarez, por ser tan diestro en este oficio, el cuál un dia, acabado de comer, estando los dos solos, como si leyera en su corazon, comenzó á decirle todos sus pensamientos é intentos, y las trazas que traia de Roma, y todo cuanto por él

pasaba. Causó esto tanto espanto en el buen Don Francisco (como él mismo lo contó despues) que derramando muchas lágrimas por sus ojos, se puso en sus manos, para que trazase su vida, como viese que se habia Dios de servir más della[1]. Salió de los ejercicios tan industriado en las cosas de oracion, y tan reformado en la vida, gastos y pompas del mundo, que causó no pequeña edificacion en todos los que le conocian, con provecho de muchos pobres, á quien socorria liberalmente con sus limosnas; y de ahí adelante se iba de cuándo en cuándo, desde Palencia donde residia, á Villagarcía donde estaba el Padre Baltasar, á renovar los mismos ejercicios; y sacaba dellos grande bien para su alma, admirándose de los grandes dones que Nuestro Señor habia puesto en el dicho Padre.

Demas desto, entre las personas que confesó y trató mucho en Medina, fué Doña Elena de Quiroga, sobrina del Cardenal D. Gaspar de Quiroga, Arzobispo de Toledo; la cuál despues se entró monja Descalza Carmelita, donde vivió y murió santamente. Esta Señora contó dos cosas notables, que le pasaban comunicando con el Padre Baltasar. La una, que sus palabras se le pegaban al corazon más que las de otros, y la encendian y enternecian con abundancia de lágrimas. Y una vez, dice, me hizo llorar mis pecados cien veces más que en toda mi vida los habia llorado; y duróme esto algunos dias, hasta que torné á él, y se lo dije; y él me respondió: Gracias á Dios, que sacamos agua de la piedra; y luégo me consoló. La otra era, que echaba de ver por experiencia, que la enseñaba lo que habia menester para su alma, como si viera claramente las necesidades que habia

[1] Véase el número III del Apéndice.

en ella; y algunas veces, ántes que le contase la necesidad que traia, la daba el remedio que habia menester: y en particular, yendo una vez muy trabajada á hablarle, en entrando en el confesonario se lo conoció sin haberle dicho palabra; y la primera que él dijo fué: Ea, Señora, buen año tenemos; gran cosecha ha de haber; trabajos con paciencia gran bien acarrean. Y otra vez, quejándose de la sequedad que padecia en la oracion, ántes que ella le hablase, la previno diciéndola: Si sequedad es buen año, buen año tenemos: con lo cuál quedó no poco alentada.

Esto mismo sucedió á otra sierva de Dios, á quien por su mucha virtud concedian licencia de comulgar cada dia; y un dia que se iba á confesar, la hizo esperar dos horas; y cuando bajó al confesonario la dijo todo lo que en aquellas dos horas habia pasado por su alma, con lo cuál quedó admirada y alentada, dando por bien empleado su trabajo en aguardar; porque semejantes revelaciones hácelas Dios á sus ministros, no sólo para acreditarlos, sino por alentar á los que se confiesan y tratan con ellos, para que les entren más en provecho sus ministerios.

Doña Ana Enriquez, hermana del Marqués de Alcañices, muy devota deste santo Padre, escribió en un papel que despues nos dió, muchas cosas que le habian pasado con él, y entre otras dice esta, que supo por dicho del mismo Padre; el cuál, estando aquí en Medina, y ella en otro pueblo, vió en espíritu el desconsuelo y afliccion que ella tenia, y suplicó á Nuestro Señor con mucha instancia diese órden cómo se viesen, para poderla consolar, como habia menester. Dióle Su Majestad en que se ofreciese luégo hacer un camino con su marido, y pasasen por Medina, aunque era rodeo, y ella lo contradecia por no rodear,

pero todas las dificultades venció la oracion del Padre, el cuál la confesó, y habló de tal manera, que hizo en ella una operacion extraordinaria, dejándola tan llena de consuelo, que vino á decirle que no le hablase más palabra, porque ya no podia llevar tanto; y tambien afirmó que en otras varias ocasiones la dijo muchas cosas futuras que la habian de suceder, las cuáles salieron así como se las habia dicho.

§. III.


este modo de revelaciones de las cosas futuras fué la otra cosa que admiraba, y hacia mucho fruto; de lo cuál hay tambien muchos ejemplos notables, que sucedieron en diversas partes. El primero fué en Avila con una mujer de las que se confesaban con él; la cuál, estando muy afligida por la ausencia de su marido, que tambien era muy devoto del mismo Padre Baltasar, y no habia podido saber dél muchos dias habia; vino á decir su trabajo á su santo confesor, para que la consolase. Él la oyó, y se enterneció de verla llorar, llorando con ella, hasta que reparando en lo que hacia, dijo: ¿Qué consuelo doy yo con llorar tambien? No lloremos, que todo se remediará, porque vuestro marido será aquí sin falta esta semana; y así se cumplió, que aquella semana vino, y la mujer testificó, que se lo habia dicho ántes el Padre Baltasar, con lo cuál quedó alentada para servir más á Dios, dándole gracias, porque tan buen Padre y confesor le habia dado. Otra cosa semejante sucedió al mismo marido de esta mujer, como él mismo lo contó á otro Padre de la Compañía con quien se confesaba, despues que salió de Avila el Padre

Baltasar; y tratando dél le dijo: ¡Oh qué santo varon era este Padre! ¡Y cómo pegaban fuego sus palabras! Una vez fuí muy desconsolado á hablarle, porque á mi parecer quedaba muerta mi suegra, y venia de llamar quien la enterrase; estaba yo con mucha pena de que no habia declarado algunas cosas de importancia: él me consoló, dándome á entender que áun no era muerta, y tendría tiempo para declararlas. Y fué así, que alentado con estas palabras, volví á casa, halléla viva, declaró lo que yo deseaba, y luégo se quedó muerta como una pajarita. Esto es lo que contaron estos afligidos casados, por cuyo consuelo reveló Nuestro Señor á su santo confesor lo que habia de darles alivio en su trabajo.

Otra cosa no ménos admirable contó de sí mismo un Padre de la Compañía muy fidedigno, el cuál, andando muy fatigado por verse tan hombre, y sin partes aventajadas para ayudar á los prójimos, segun nuestro instituto, fué á comunicar muchas veces esta tentacion con el Padre Baltasar; y como todavía durase, y no se atreviese á hablarle más sobre ella, encontróse con él un dia en un tránsito del Colegio, y díjole muy despechado: Padre, este trabajo todavía me persigue. Respondió el Padre Baltasar: ¿Parécele que hay en la Compañía medios para salvarse? y como dijese que sí, replicó el Santo varon: Pues no sólo os salvareis vos, sino ayudaréis á otros muchos que se salven, y viviréis contento en la Compañía. Con esto se le quitó del todo la tentacion, y se cumplió la palabra que en nombre del Señor le dió su siervo: porque este Padre fué un grande obrero en nuestro Colegio de Salamanca, en el cuál, siendo Retor el Padre Baltasar, le sucedieron otros casos semejantes, que en su lugar contaremos.



CAPITULO XVII.

Del grande fruto que hizo en muchas personas seglares y religiosas con la eficacia de sus pláticas espirituales.

LA otra arma de que se aprovechaba el Padre Baltasar para la conquista de las almas, era la eficacia y espíritu que tenia en las pláticas de cosas espirituales, aunque es verdad que Nuestro Señor, cuyos juicios son muy secretos en el repartimiento de los talentos y gracias grátis datas, no le dió talento ni gracia de predicar en los púlpitos, como la tienen ahora muchos predicadores, para que tuviese algo en qué humillarse, y reconocer á los otros; y así, como humilde, no quiso usar este ministerio en lugares populosos; pero suplió Nuestro Señor esta falta, para traer gente al Colegio, que le conociese, con darle predicadores famosos, que hacian con grande fruto este oficio; y así, cuando vino por Retor del Colegio de Medina, proveyó que fuese allí por predicador el Padre Baptista Sanchez, á quien Nuestro Señor habia levantado á tan alta y regalada oracion, que el Padre Baltasar le oyó decir en cierta ocasion, que si todo cuanto Nuestro Señor ha criado de contento en la tierra, lo juntase, y fuese eterno, todo lo trocaria por un cuarto de hora de la merced que Dios le hacia; y tambien, que si supiera

de cierto que en un dia entero no habia de morir, el dolor desto bastaria para matarle; por donde se ve la grandeza del amor que tenia á Dios, pues con recibir dél tantos regalos en esta vida, tenia santas ansias de ir á ver y gozar del que tanto amaba, que la dilatacion cierta de un solo dia, le causara tan grande pena; aunque despues Nuestro Señor, que mortifica á sus escogidos en la cosa que más estiman y desean, y que más han de sentir, le dió á tragar esta pena, revelándole mucho ántes, el dia y hora en que habia de morir, y en su Breviario se halló escrito: Tal dia y tal hora morirás, mira cómo vives: y así vivió de tal manera que su muerte fué muy dichosa. Este santo varon tuvo mucha familiaridad con el Padre Baltasar, y tan grande estimacion de su espíritu, que decia á los novicios: Teneis un maestro, no solamente virtuoso, sino la misma virtud. Juntábanse los dos algunos ratos á tratar de Nuestro Señor, encendiéndose el uno al otro en el divino amor con tanto espíritu, que (como dijo un Doctor seglar [1], que los oia hablar algunas veces juntos) le parecia que estaban hechos unos Serafines. Con este fervor se comenzaron á ayudar en la conquista de las almas; y el Padre Baptista con sus fervorosos sermones henchia la casa de gente, y hacia extraordinario provecho en las almas, y conversiones milagrosas de muchas que estaban arraigadas en grandes vicios y tratos ilícitos, alentando á las que trataban de perfeccion, para que creciesen en ella. Con estas trataba más particularmente el Padre Baltasar, y las afervoraba y adelantaba con sus pláticas de Dios; unas veces juntándose muchos en la iglesia á oirlas, otras hablando á cada

[1] El Doctor Daza, de Avila.

uno en particular, y siempre con tal fervor y espíritu, que trocaba los corazones; y como arriba se dijo, á modo de fuego y martillo los labraba y perficionaba en las virtudes, como se verá por estos ejemplos.

Por relacion de un Padre grave se supo, que estando un caballero enfermo del amor que tenia á una mujer, con tanta vehemencia y furia, que al fin le echó en la sepultura; fué Nuestro Señor servido, que el santo Padre Baltasar le tratase en esta enfermedad; y hablóle con tal fuerza de palabras y razones, que le clavaron el corazon, y fueron cuchillos y martirizadores de su vida, el tiempo qué le duró: porque con abrasarse vivo deste torpe amor, y haber entendido que viviera y sanara, si cumpliese su furioso apetito, ántes quiso morir que ofender á Dios, y escandalizar al prójimo; lo cuál sin duda es cosa rara, y testimonio del fuego con que hablaba en virtud de Dios, el que pudo causar en este caballero tal fuego de amor celestial, que reprimiese tan vehemente amor carnal; donde tambien se descubre, cómo todo amor es fuerte como la muerte: pues el malo causa la muerte corporal, y el bueno la acepta y quiere, por no perder la vida espiritual.

Con esta misma eficacia hizo otras mudanzas en algunos mozos ricos y gallardos de Medina, y los movió á entrar en la Compañía, estando ellos tan léjos destos pensamientos, que más se ocupaban en jugar cañas, y otros ejercicios de caballeros, que no en imaginar de ser religiosos. De aquí sacó Nuestro Señor al Padre Gabriel de Dueñas, y despues á su hermano Bernardo de Dueñas, que edificaron notablemente aquella villa con su nueva mudanza, y entrada en la Compañía; en la cuál perseveraron y murieron con grande ejemplo de paciencia y humildad, en las mu-

chas enfermedades y achaques que entrambos padecieron, sin que fuesen parte las muchas y muy graves que tuvo el hermano Bernardo, aun desde novicio, para que se volviese al regalo que habia dejado; escogiendo más, vivir en la casa de Dios con dolores y tormentos, mezclados con hartos desprecios, que vivir en los palacios del mundo, con deleites y descansos.

Tambien rindió y aprovechó allí á muchos de los mercaderes y personas de negocios que entónces florecian en Medina, persuadiéndoles que en medio de sus ocupaciones tan exteriores tomasen algun tiempo para las interiores, ejercitándose algun rato en oracion, y en tratar con Dios Nuestro Señor del bien de sus almas. Uno destos fué Asensio Galiano, de los más ricos y poderosos que allí habia, al cuál con su comunicacion hizo muy ejemplar, y aprovechar tanto en la oracion y trato con Nuestro Señor, que solia decir: Yo no tengo envidia á los de la Compañía, de la oracion, sino de la obediencia: porque, acabado el tráfago de los negocios, se subia al oratorio que tenia dentro de su casa, y decia á su Dios: Señor, acá me vengo á descansar con Vos; y el Señor le visitaba con abundancia de consuelos celestiales: pero echaba ménos el tesoro de que gozan los religiosos, pudiendo hacer todas sus obras por obediencia y direccion del Prelado y Padre espiritual que tienen tan á mano. Mas del modo que podia suplia esta falta, con obedecer á su confesor, y con hacer muchas limosnas, ganando con las riquezas amigos que le recibiesen en las eternas moradas; y entre otras limosnas que hizo por respeto del Padre Baltasar, dió al Colegio un rico y vistoso tabernáculo, para celebrar las fiestas del Santísimo Sacramento, de que era muy devoto. Bien pudiera contar otras mudanzas de personas desta

calidad, pero déjolas por ser semejantes á esta; sólo diré de uno, que habiéndose recogido ocho dias á hacer los ejercicios en nuestra casa, le dió Nuestro Señor tanta luz, que le pareció que hasta entónces no habia sabido vivir, y que desde aquel punto comenzaba; porque los negocios le traian ántes embaucado, y despues la oracion le dió un corazon libre y desmarañado, para vivir en los negocios con sosiego.

Con este espíritu y trato del cielo que tenia el Padre Baltasar, iba ganando mucha gente de muchos estados, los cuáles ordinariamente venian á hablar con él en nuestra casa, y él de cuándo en cuándo iba á la suya; solamente salia á esto un dia cada semana. Una vez visitaba á unos, y otra á otros, y así al cabo del año cumplia con todos: pero fuera desto salia á todas las personas que querian comunicar con él algo de sus conciencias, ó cuando era necesario para el bien de sus almas: y á este propósito fué admirable lo que entónces sucedió con una mujer honrada y muy cristiana, la cuál con ansias de aprovechar en la virtud deseaba acudir á nuestra casa á confesarse de ordinario, como alguna vez lo habia hecho, por echar de ver que allí alcanzaba el cumplimiento de su buen deseo; mas su marido y parientes se lo estorbaban, porque eran contrarios ó poco amigos de la Compañía; y si alguna vez sabian que iba, la maltrataban de palabra y obra. Ella, inspirada de Nuestro Señor, para remediar esto acudió al Padre Baltasar, y pidióle, que un dia fuese á su casa á visitar á su marido. Concedióselo el Padre, y concertado el dia, juntó ella todos los parientes que se lo estorbaban, sin saber ellos para qué, y estando así juntos entró el Padre, y habiéndolos saludado comenzó á hablar de Nuestro Señor, y de la razon que hay para que le sirvamos de veras, y habló

tan altamente desto, y con tanto fervor y fuerza, que hizo llorar á todos los presentes, y los dejó trocados y rendidos, y muy aficionados á la Compañía, de tal manera, que en adelante, no sólo no impidieron á aquella sierva de Dios su buen deseo, antes siguieron su ejemplo, y se determinaron de confesar y comulgar á menudo.

Más admirable fué otra mudanza que hizo pasando de camino por un monasterio de religiosos, donde tenia algunos conocidos: pidiéronle que hiciese alguna plática á todos juntos; hízola como se la pedian, y fué tanta la fuerza con que habló, que persuadió á todos sin quedar ninguno, se recogiesen por ocho dias á hacer los ejercicios espirituales de la Compañía, ocupándose en oracion mental, leccion espiritual, y exámenes de conciencia, y él se quedó allí á dárselos y ayudarlos, con licencia que tuvo del Padre Provincial para esto; con los cuáles, y las pláticas que les iba haciendo en aquellos ocho dias, fué tan notable el provecho que hizo en ellos, que sabiéndolo su Provincial, persona de prendas, los vino luégo á visitar, y ver lo que pasaba; y como vió tal recogimiento, silencio y puntualidad en todo, quedó espantado; y animando á sus súbditos á que llevasen adelante lo comenzado, se fué á ver con el Padre Baltasar, y se le ofreció á sí, y á sus religiosos con mucho agradecimiento, deseando ser su dicípulo.

Estas son las maravillas y milagros, que engrandecen por excelencia la omnipotencia de Dios, y la santidad de los ministros, que toma por instrumentos para hacerlas. Estas (dice Casiano [1]) son las obras en que se conoce que es Dios grande, cuando se ve mudar el corazon propio, ó el de otros, de soberbio

[1] Collat. 12, c. 12.

en humilde, de avariento en liberal, de regalado en muy penitente, y de flojo y tibio en diligente y fervoroso; y aun en cierto modo es mayor milagro trocar un tibio en fervoroso, que un malo en bueno, porque el malo ve su maldad, que á todos parece fea, y sabe que si no se muda se condenará; mas el tibio, parécele que es bueno, y que va seguro, aunque sea despacio; y por esto no hace caso de durar en su tibieza. Así lo testifica San Bernardo [1] á unos religiosos que hicieron semejante mudanza. *Dedo* (dice) *de Dios es este, que obra fácilmente, y muda saludablemente, no ya haciendo de malos buenos, sino de buenos mejores. ¡Oh! quién me diera que fuera por donde estais, y viera esta vision tan grande: porque os hago saber, que no es ménos admirable esta promocion segunda, que lo fué la primera mudanza del siglo á la religion, sino que más fácilmente hallaréis muchos seglares que se muden en buenos, que un religioso se trueque en mejor. Rarísima ave es en la tierra, el que del grado de virtud, en que una vez se puso en la religion, pasa un poco más adelante.* Esto dice San Bernardo; y esta fué la gracia singular que Nuestro Señor comunicó al Padre Baltasar, para trocar con la eficacia de su palabra, no tanto á los pecadores en justos, cuanto á los justos en mejores, haciéndoles salir del paso tibio en que habian estancado, y caminar con otro más fervoroso y apresurado.

Este mismo fruto obraba con las exhortaciones que hacia á los de casa los viérnes de cada semana, como se acostumbra en la Compañía. En la primera que hizo, cuando entró á ser Retor deste Colegio de Medina, habló con tanto espíritu, que parecia haber metido llamas de fuego en el pecho de cada uno; y fué

[1] Epist. 96.

tal el fervor que sacaron, que les duró por muchos meses; despues le iba renovando con las demas pláticas. Uno entre otros de los que allí residian, con ser persona de autoridad, y algo duro de juicio, decia, que con una plática ó conferencia espiritual, le enseñaba y movia de tal manera, que salia otro del que habia entrado; y otro semejante Padre se le rindió diciendo: Obedezcámosle, que es hombre de oracion, y le ayuda Dios. Lo que yo puedo testificar desto que pasó aquí en Medina, es que la primera plática que oí en la Compañía fué al Padre Baltasar, un viérnes ántes de Navidad, pasando de camino por este Colegio, y en ella habló con tanta fuerza, que me dejó admirado; y dijo con tanto espíritu algunas sentencias, que hasta hoy me han aprovechado. Luégo, la noche de Navidad, cantó la Misa del gallo, y cuando volvió con el Santísimo Sacramento en las manos, para dar la comunion á los hermanos, y á muchos seglares que se habian juntado, nos hizo otra plática breve, con grande ternura y devocion, exhortándonos á la reverencia y amor de aquel Señor que tenia presente. Esta costumbre estaba entónces muy válida, aunque despues pareció mejor dejar semejantes pláticas para otro tiempo: y yo tambien dejo ahora las que hacia á los novicios, porque dellas haremos especial capítulo.

Tambien tenia maravillosa eficacia en sus palabras para sosegar los corazones turbados, y con la autoridad que habia ganado, una sola razon suya bastaba para dejarlos con sosiego, como se verá por muchos casos que contaremos, que sucedieron en otros lugares. En este de Medina le sucedió, que entrando una persona seglar á hacer los ejercicios, cuando llegó á la meditacion del infierno, aprehendió con tanta viveza las figuras horribles de los demonios,

que al tiempo del dormir soñó que estaba su aposento lleno de demonios, y arrebatado de una furia, que parecia ramo de locura, tomó una espada que habia metido consigo en su aposento, y desenvainándola, se levantó, y salió á media noche por el cuarto de casa adelante, dando cuchilladas por las paredes, como quien iba acuchillando á los demonios: acertó á llegar al aposento del Padre Baltasar, que tenia la puerta entreabierta un poco, y entró dentro tirando tajos y reveses á todas partes. Conocióle el Padre por el habla, y entendió luégo lo que era; dióle una voz que se sosegase, y en oyéndola el furioso, y reconociéndola, paró luégo; levantóse el Padre, tomóle del brazo, y sentóle junto á sí en un banco, y con pocas razones que le dijo le hizo volver quieto y sosegado á su aposento.

Finalmente á la fama de su santidad, y de la eficacia que tenia en sus palabras, muchas personas seglares y religiosas venian á Medina, para comunicar las cosas de sus almas; unos que ya le habian tratado en otras partes, como el maestro Daza, que venia desde Avila para renovar su espíritu, con el fervor que le pegaban las razones deste santo varon; otros por lo que habian oido decir dél, como un religioso muy grave de la sagrada Orden de la Cartuja, por nombre Fray Alonso de Robles, el cuál pasando por Palencia oyó decir á un Padre de los nuestros, la grande estimacion que se tenia del espíritu que nuestro Señor comunicaba al Padre Baltasar, y del gran don que tenia de dar los ejercicios de la Compañía, y como él desease hacerlos, fuese á Medina por hablarle. Recibióme dice, como un Angel del cielo, con estar muy ocupado; estuve allí sesenta dias debajo de su diciplina, y puedo testificar con verdad, que aun-

que habia comunicado con muchos varones muy señalados y espirituales, ninguno llenó mi pecho más que él, en quien reconocí un grande espíritu con grandísima confianza en Nuestro Señor; y á este propósito contaba otras cosas particulares que le sucedieron las veces que habló fuera desta, las cuáles referiremos en sus lugares.

Pero no es razon que dejemos de ponderar el cuidado que tenia Nuestro Señor con premiar en lo temporal la mucha diligencia que su siervo ponia en las cosas del divino servicio y bien de las almas, para que más libremente y sin estorbo acudiese á ellas: porque con un cuidado muy moderado que ponia de su parte en buscar el sustento de su Colegio, le proveia liberalmente de todo lo necesario, cumpliéndole la palabra que dió cuando dijo [1]: *No tengais demasiada solicitud de lo que habeis de comer ó vestir, porque sabe vuestro Padre celestial que teneis necesidad de todo esto; buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y las demas cosas se os darán por añadidura.* Y como el Padre Baltasar buscaba en primer lugar con suma diligencia el Reino de Dios, y su justicia y santidad, no sólo para sí, sino para todos los suyos, y para todos los de Medina; así Nuestro Señor daba traza, cómo por mil modos de limosnas y mandas, sin él pretenderlo, anduviese su colegio muy bien proveido; y sustentase sin empeñarse, con tener muy poca renta entónces, sesenta y setenta religiosos, que fueron muchos más de los que ántes ni despues ha sustentado; y en sus aprietos, como se fiaba de la Divina Providencia, ella le proveia y remediaba las necesidades; de suerte, que sin saber por dónde, las hallaba muchas veces remediadas.

[1] Matth. 6, v. 31.



CAPITULO XVIII.

De los trabajos y peligros á que se puso por el bien de las almas; y de algunas cosas notables en que mostró su grande caridad.



No se engendran ni crian hijos espirituales con solas oraciones y pláticas, ó cartas muy espirituales, sin juntarse tambien muchas fatigas, trabajos y peligros que se han de pasar por convertirlos, ganarlos, y conservarlos y aprovecharlos en toda virtud. Pues por esto se dice de aquella mujer misteriosa del Apocalipsi [1], que representaba la iglesia y sus ministros, que estaba de parto, y daba gritos, y padecia dolores para parir. Y el Apóstol dice [2], que cada dia moria por el provecho de los fieles; y llama muerte de cada dia los continuos trabajos y peligros á que se ponia por ellos, como se los cuenta á los mismos Corintios [3], diciendo que padeció peligros en la mar y rios, peligros en los caminos, y de ladrones, y de falsos hermanos, y otros inumerables

---

[1] Apoc. 12, v. 2.
[2] 1 Cor. 15, v. 31.
[3] 2 Cor. 11, v. 25.

trabajos de hambre, sed, desnudez, enfermedades y varias persecuciones; y deste modo convirtió con sus oraciones y sermones gran número de hombres, á la fe y perfeccion de la doctrina Evangélica. Lo mismo sucedió á este Apostólico varon, cuya vida fué un contínuo empleo en la mies de las almas, cogiéndola, no sólo orando y platicando de Dios, sino poniéndose tambien por ellas á muchos trabajos y peligros, atropellando, cuando era menester, su comodidad, descanso, honra, salud y vida, por ayudarlas en sus necesidades, consolarlas en sus desconsuelos, y defenderlas cuando por causa de la virtud eran perseguidas; padeciendo tambien grandes contradiciones, y oyendo contra sí muchas murmuraciones, por amparar á algunas personas de quien otros sospechaban que andaban engañadas, diciendo tambien dél que lo andaba, con menoscabo de su honra: pero nada desto le acobardaba, para proseguir su empresa, y cumplir con todas las obligaciones de su oficio, ántes se alentaba mucho más con las prendas que tenia de que Dios se servia de sus trabajos, pues el demonio procuraba impedirlos.

§. I.

UEN principio desto fué lo mucho que padeció en Avila, defendiendo á la santa Madre Teresa de Jesus, como ella misma lo confesó en las palabras que referimos en el capítulo XI, y la nota que allí padeció de andar iluso, resucitó despues con no pequeña tribulacion, como en su lugar veremos [1]. Tambien aquí en Medina comenzó la avenida

[1] En el c. XL.

de ocupaciones, jornadas y empleos bien dificultosos, y el trabajo tan contínuo de los novicios, el cuál era tan grande, que en el catálogo que hizo de los divinos beneficios, pone no le haber cansado la tarea de la probacion, con ser tan pesada, que á mi juicio apénas hay en la religion tres cargas mayores que esta, del modo que en la Compañía se lleva; y con haber padecido aquí graves enfermedades y achaques, no aflojó en su tarea, mientras la enfermedad no le inhabilitaba del todo para proseguirla. Y porque todo lo que resta desta historia, ha de ir sembrado de muchos trabajos que padeció por el bien de las almas, y por cumplir con sus oficios; ahora solamente, como preámbulo, contaré algunas cosas notables, en que descubrió la grande caridad y amor que tenia á los prójimos, y el ánimo con que atropellaba sus comodidades por ayudarlos.

Grandes muestras dió desto estando en Salamanca con tercianas, y sangrado dos veces; porque enviándole entónces á llamar una monja Carmelita Descalza, que se estaba muriendo, y sentia gran desconsuelo en no verle ántes de su muerte, por cuanto era su confesor, y por su direccion la habia hecho Nuestro Señor grandes mercedes, y esperaba por su medio conservarlas en aquel aprieto; el santo Padre, aunque vió el peligro á que se ponia, se levantó de la cama para ir á consolarla; y diciéndole el hermano enfermero que le haria mucho daño, respondió: Mucho se ha de hacer por el bien y consuelo de un alma. Estando allá confesando á la monja, como iba flaco y recien sangrado, se desmayó; entró el enfermero que iba con él á socorrerle, y volviendo en sí la acabó de confesar, y la dejó tan consolada, que poco tiempo despues murió con mucha paz y serenidad. Vol-

vióse el Padre Baltasar á casa con trabajo, acostóse, y doblóse la terciana; y como el enfermero dijese: Bien decia yo á V. R. que habia de hacerle daño esta salida, respondió con grande paz: Todo es poco para el consuelo de un alma; y tuvo mucha razon, porque si se dobló la fiebre, tambien se dobló la caridad con el ejercicio de sus doblados actos de amor de Dios y del prójimo, y hacer y padecer por su servicio, rompiendo por su salud corporal, por acudir á la espiritual del afligido.

Pero no es razon pasar en silencio lo que contó la Madre Ana de Jesus, Priora de aquel convento, hija muy querida de la santa Madre Teresa de Jesus; la cuál con otras entraron entónces á la celda de la enferma, y con mucho fundamento entendieron, que lo que parecia desmayo, era de verdad rapto del espíritu elevado en Dios; no sólo porque les parecia un Serafin en el semblante del rostro, y les consolaba mirarle, sino mucho más, porque en volviendo en sí, las dijo, que era singular la gloria que estaba aparejada para aquella enferma, y que dentro de pocos dias la gozaria, porque en ocho meses que habia estado en la cama enferma, se habia perficionado más que otras muy buenas religiosas sanas en muchos años; y es muy creible que este fuese rapto, como otros semejantes que contamos en el capítulo XV, queriendo Nuestro Señor premiar á su siervo el servicio que le hizo estando enfermo, con dar este regalo á su espíritu, aunque padeciese el cuerpo.

Aunque es gran caridad ponerse á peligro de que se agrave la enfermedad por el consuelo de un alma, pienso que lo es mayor ofrecerse á sufrir los tormentos del demonio, por librar dellos á la que los padece; y esto hizo el Padre Baltasar aquí en Medina, con

un novicio que le dijo un dia, que aunque se hallaba bien en la religion, habia una sola cosa que se le hacia muy áspera de llevar, mas por encogimiento no osaba decírsela. El Padre Baltasar, temiendo algun daño de encubrirle cosa semejante, le mandó que se la dijese. El novicio, por obedecer, le dijo: No tengo cosa que me dé pena, sino es ver que V. R. cada noche, despues que estoy acostado, y quieta toda la casa, vaya á mi aposento, y me azote tan cruelmente como hasta ahora lo ha hecho. Como oyó esto el Padre Baltasar luégo sospechó lo que podia ser, y que el demonio tomaba su figura para hacer aquella crueldad, y echar de la religion al que estaba tan contento en ella. Consolóle y certificóle que no era él, y avisóle, que cuando viniese el que le castigaba, y llamase á la puerta como solia, le dijese: Si tiene licencia, éntre; y si no, vayase al aposento del Padre Retor. Con este aviso se fué el novicio á su aposento, y á la noche, llegada la hora acostumbrada, vino el demonio á hacer lo que solia; y llamando á la puerta, el novicio respondió mudando el órden de las palabras que el Padre Baltasar le habia dicho; y así dijo: Entre si tiene licencia. El demonio, como es tan sutil, en oyendo la primera palabra, éntre, ántes de oir la segunda, si tiene licencia, entró en un momento, y castigó al hermano como solia, con lo cuál quedó más desconsolado que nunca lo habia estado: el dia siguiente acudió al Padre Retor, y le refirió con gran congoja lo que le habia pasado, y cuán sin efeto habia sido su remedio. Mas habiendo entendido, cómo habia trastrocado las palabras, le animó, y avisó de nuevo, que si volviese la noche siguiente, le dijese las palabras por el mismo órden que se las habia dicho, comenzando por, si tiene licencia, éntre, y si no, váyase

al aposento del Padre Retor. Vino pues el demonio, y el novicio, como estaba bien advertido, respondió al que llamaba, las palabras al modo dicho, y así el demonio no entró; mas fuese al aposento del Padre Retor, y en él descargó su furia, azotándole cruelísimamente; y hecho esto, con gran ruido se fué, y nunca más volvió. ¡Oh caridad digna de verdadero padre espiritual de sus hijos, amigo de la Cruz de Cristo, imitador de sus azotes y dolores! los cuáles, aunque fueron dados por crueles verdugos, pero más procedian de las furias infernales que los atizaban, conforme á lo que el mismo Señor les habia dicho [1]: *Esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas;* á los cuáles se quiso entregar por librarnos á nosotros de su furor y rabia: así este santo varon, por el amor que tenia á los que Dios le habia encargado, quiso cargarse de sus penas, por librarles dellas. No temió el furor del verdugo, ni la crueldad de sus azotes, antes gustó de sufrirlos, porque no los padeciese más el súbdito inocente; y aunque pudiera usar de otros medios sagrados, ó mandar solamente que le dijese: No éntre si no trae licencia; no quiso sino luchar con quien el novicio luchaba, y probar por experiencia lo que padecia, para gozar tambien la corona, que con tal lucha y paciencia se ganaba.

§. II.

OTRO caso le sucedió en Villagarcía, en que mostró su caridad, cortando el hilo de su traza con propia incomodidad, por acomodar al prójimo. Habia de predicar un domingo por la

---

[1] Luc. 22, v. 53.

mañana en una iglesia (porque en semejantes lugares no rehusaba hacer este oficio); llegó entónces allí el Prior de S. Isidro de Leon, que se llamaba Castellanos, de camino para Salamanca: deseaba tratar con el Padre Baltasar algunas cosas de su alma, porque le amaba y veneraba, y habia recibido gran provecho por su medio en unos ejercicios que le dió; mas iba con tanta priesa, que no podia detenerse allí más que desde las siete que llegó, hasta las diez del dia: hallóse el Padre perplejo, porque le cogió sin haber estudiado el sermon, que habia de ser de la caridad, conforme al Evangelio de la Dominica; y si acudia á la necesidad del que le buscaba, y pedia que le oyese, faltábale tiempo para el estudio necesario; y si no le oia, dejábale entristecido y desconsolado, por no alcanzar lo que tanto deseaba; y habiéndolo encomendado á Nuestro Señor se resolvió en decir que el mejor estudio y aparejo para sermon de la caridad, era ejercitarla él, primero, con el prójimo que tenia necesidad de su consejo y consuelo, pues á cargo de Dios quedaba darle á su tiempo lo que habia de decir; y así fué, que se detuvo con el Prior toda la mañana, hasta media hora ántes del sermon, la cuál gastó en oracion, y despues predicó del amor de los prójimos, más altamente que si hubiera gastado muchos dias en estudiarlo: porque es cosa cierta que ninguno esperó en Dios (como dice el Eclesiástico [1]) que se hallase burlado; y lo que se deja por su amor, y por amor de los prójimos, á su tiempo lo vuelve doblado.

Finalmente el Padre Baltasar, como fiel obrero del Evangelio, tenia muy en el corazon aquel consejo

---

[1] Eccles. 21, v. 11.

de San Pablo [1], que dice: *Nosotros que somos fuertes, hemos de llevar las enfermedades de los flojos, y no mirar por lo que nos agrada á nosotros. Cada uno agrade á su prójimo en lo bueno por edificacion, porque Cristo no se agradó á sí, sino como está escrito* [2]: *Los desprecios de los que le despreciaban cargaron sobre mí;* que es decir: El buen ministro de Cristo no ha de buscar su comodidad, ni lo que le agrada solamente, sino lo que conviene á los prójimos, condescendiendo con los flacos en sufrir flaquezas y molestias, aunque sean penosas: pero este condescender ha de ser en lo bueno, y no por fin humano, sino por la edificacion y provecho de las almas, siguiendo el ejemplo del Salvador, que no escogió lo que su voluntad natural deseaba, sino padecer fatigas y tormentos, cargándose de las penas que merecian nuestros pecados. Con este fin se abalanzaba este santo varon á todos trabajos, que eran menester por el consuelo de los prójimos, aunque hubiese de dejar los regalos y deleites espirituales, de que gozaba en su recogimiento, diciendo con San Pablo [3]: *En todas las cosas procuro agradar á todos, no buscando lo que es útil para mí, sino lo que es útil para muchos, porque se salven.* Al modo tambien que decia San Bernardo á sus monjes [4]: *Apénas tengo una hora libre y desocupada para mi descanso, por los muchos que acuden á tratar conmigo sus negocios; mas no quiero quejarme, ni aprovecharme del poder que tengo para recogerme, sino que ellos se aprovechen de mí, con tal que se salven. Yo les acudiré, y en ellos serviré á*

---

[1] Ad Rom. 15, v. 1.
[2] Psalm. 68, v. 10.
[3] 1 Cor. 10, v. 33.
[4] Serm. 52 in Cant. ad finem.

mi Dios, mientras viviere con caridad no fingida, sino verdadera, teniendo por útil para mí, lo que fuere útil para ellos. Y aunque este aviso guardaba el Padre Baltasar generalmente con los prójimos, atendiendo la moderacion de la prudencia que arriba se dijo: pero mucho más lo guardaba con los novicios, y con los demas domésticos que estaban á su cargo, mirando por ellos con mucho mayor cuidado, como despues veremos.

Mas para que se vea lo mucho que Nuestro Señor gusta de que sus obreros se pongan á estos trabajos por hacer bien á los prójimos, aunque sea cortando el hilo de sus trazas, pondré aquí un caso gracioso que sucedió al Padre Baltasar, escusándose de hacer una destas obras, no por huir el trabajo, sino por acudir á otra que él juzgaba de mayor importancia: pero Nuestro Señor le forzó á hacerlo. Llegó un dia á Valladolid de paso para Búrgos, á un negocio que pedia mucha priesa, y era muy importante, del cuál haremos mencion en el capítulo XXVII. Estaba entónces en aquella ciudad en casa de Doña María de Acuña, Condesa de Buendía, una sierva de Dios llamada Estefanía, hija de labradores, y muy sencilla, pero muy llena de dones celestiales, y de grandes favores que el Señor la hacia en la oracion; y como ella hubiese comunicado algunas veces con el Padre Baltasar, cuando pasaba por Valladolid, y entendiese la mucha mano que tenia con la Santa Madre Teresa de Jesus, en cuya religion deseaba entrar; pidióle que la hiciese recibir sin dote, como al principio se recibian algunas. El Padre la respondió, que si ella queria entrar por freila, pues era más humildad, que él lo trataria. Contentóse desto, y quedó el Padre Baltasar con el cuidado de negociarlo; mas con las muchas ocupaciones de su oficio, dilatólo por muchos

dias. Pasando, pues, por Valladolid esta vez, súpolo esta sierva de Dios, y envióle á decir con su confesor, que mirase se dilataba mucho su negocio. El Padre la respondió, que por la priesa que tenia, y por estar ya de partida, no podia tratarlo entónces, que lo trataria á la vuelta, que sería muy en breve. Mas ella, temiendo otra mayor dilacion, por nuevos negocios que se le podrian ofrecer, dijo con sinceridad á su confesor: Pues no me quiere oir el Padre Baltasar Alvarez, yo haré con Dios que me oya; y fuese á orar delante del Santísimo Sacramento, y pidiólo con tal fervor, que estando ya las mulas á punto, y el Padre para subir y partirse, le dió de repente una calentura tan recia, que le obligó á irse á la cama; y entendiendo de dónde venia el mal, envió á decir á la Estefanía, que le alcanzase del Señor le quitase la calentura, y saldria luégo á negociar lo que deseaba. Ella lo pidió, y Dios se lo concedió: y así concluyó el negocio aquella tarde, y á la mañana prosiguió su camino á Búrgos.

Por este caso se echa de ver la suave providencia de Nuestro Dios en concertar á sus escogidos, cuando parece que estan desavenidos por diversos intentos, pero todos buenos: pues por una parte consoló á esta su sierva, y oyó su oracion con tanta puntualidad como se ha visto; y tambien no fué parte esta dilacion para que el Padre Baltasar perdiese el buen suceso de su jornada, que con tanta priesa hacia, como en su lugar veremos.





CAPITULO XIX.

Cómo entabló el órden de la probacion en Medina con gran perfeccion. De su gran caudal en criar novicios, y del fervor que tenian.


EN lo que más se señaló el Padre Baltasar el tiempo que estuvo en Medina, y por donde era más conocido y estimado en la Compañía, fué por haber sido el primero que entabló la probacion y noviciado en esta provincia de Castilla, despues que se dividió de la de Toledo, señalando para esto la casa de Medina del Campo, y encargándole á él los dos oficios de Retor y Maestro de novicios, para que pudiese con más facilidad entablar el noviciado con gran perfeccion; y hízolo como se podia desear, por el raro talento que Nuestro Señor le habia comunicado para este ministerio; y como tenia su Majestad aparejado tal Maestro, quiso proveerle de muchos dicípulos capaces de su enseñanza; y así tuvo gran número de novicios muy escogidos; unos, mozos notables y de raras habilidades; otros, hombres ya hechos de muy buenas partes, y algunos, escogidos Letrados, y de grande opinion en el mundo: pero todos estaban delante dél como niños, venerándole con gran sumision, y reco-

nociendo en él la alteza de su magisterio espiritual: porque, como el mismo Padre confiesa en la relacion que se ha puesto, concedióle Nuestro Señor la inteligencia de la facultad interior del espíritu, para sí y para otros; y con ella penetraba el espíritu, virtud y grados de perfeccion de los que trataba. Luégo comprehendia la capacidad que tenia cada uno para aprovechar en el estado donde habia llegado, y lo que le faltaba, y el camino por donde Dios queria llevarle; y de aquí procedia, que en diciéndole una palabra estaba al cabo de lo que le querian decir, y parece que les estaba oyendo los corazones, y leyendo lo que por ellos pasaba.

El modo en general que tenia de ayudar á la perfeccion de sus novicios era este. Lo primero, aficionábalos mucho al ejercicio santo de la Oracion y trato con Dios, como quien sabia por experiencia que era fuente de los bienes espirituales. A los principios, cuando entraban en la Compañía, guardaba con mucho rigor la constitucion, procurando que por todo un mes entero, y sin interrupcion, estuviesen recogidos en un aposento, haciendo los ejercicios espirituales, é industriándoles en todo lo que pertenece al trato interior con Nuestro Señor; y á los que eran ya hombres, y comenzaban á gustar deste trato del cielo, dejábalos estar sesenta dias, y aun más, para que se prendasen bien de Dios, y se descarnasen de los resabios del mundo, y se acostumbrasen á la soledad y recogimiento de la oracion, y á poder vivir á solas, y entretenerse con sus buenos pensamientos, echando de sí las memorias, é imaginaciones del siglo. Gustaba mucho que los novicios trujesen ansias de oracion, y que cuando habian de pedir licencia para alguna cosa extraordinaria, fuese para tener

algun rato largo della, á fin de afervorar el corazon, y encenderle en amor de Dios, y de todas las virtudes: y aunque el principal fruto de la oracion no son los buenos deseos, con todo eso hacia grande caso dellos, como principio que son de las buenas obras; y alentaba á los que los tenian, con un sentimiento que el Señor le comunicó en esta forma: *Si el deseo que tenemos es de Dios, el que le plantó abrirá camino para que brote, y le dará salida; grano suyo es, él le dará su crecimiento, porque sus obras son perfetas: pues sentis que comienza á poner piedras en el edificio, alegraos, que él le perficionará.* De aquí es, que no aconsejaba á los novicios la oracion, como fin en que habian de parar, sino como medio muy principal para la reformacion de las costumbres, y para la perfeta mortificacion de las pasiones. Y esta mortificacion era la segunda cosa que procuraba persuadirles, y en que les ejercitaba, especialmente en materia de desprecio, para fundarlos en humildad; y era tanto el fervor de los novicios, que andaban como á porfía buscando invenciones públicas y secretas, para ser despreciados y tenidos en poco, fingiendo algunas veces tener poca habilidad, discrecion y letras, ó por lo ménos disimulando lo que tenian, y publicando lo que podia humillarlos, y encubriendo lo que podia honrarlos. En haciendo la falta, luégo la decian publicamente en el refectorio, ó en la quiete, ó recreacion, donde se juntan todos despues de comer ó cenar. Pedian que les diesen reprehensiones públicas y secretas, y que otros les dijesen las faltas que habian notado en ellos. Tambien pedian salir fuera de casa á traer agua de la fuente, y carne del rastro, y otras semejantes mortificaciones de que usaron los Santos, para más avergonzarse. Buscaban el vestido más vil y roto, en la

comida lo peor, en el trabajo cada uno era el primero, sin rehusar lo que se le ofrecia, ni quejarse de andar muy cargado. Traian los sentidos tan enfrenados, que era menester hacerles que levantasen los ojos, y se divirtiesen algo. El rigor de las penitencias y asperezas era tan grande, que era menester irles á la mano, porque no perdiesen la salud. Finalmente, el noviciado parecia un mundo al reves, donde se amaba y buscaba lo que el mundo desecha, y se aborrecia y desechaba la honra y regalo que él tanto estima y procura, aunque les avisaba que huyesen de caminos singulares; porque el verdadero fervor no está en buscar nuevas invenciones, sino en andar por los caminos viejos sin imperfecciones.

Para todo esto ayudaban grandemente las pláticas espirituales que el mismo Padre les hacia cada tercero dia, y las conferencias que se tenian el dia intermedio, sobre lo que se habia tratado en las pláticas, ó sobre otros puntos de la perfeccion en las virtudes; y era tanta la fuerza y espíritu con que hablaba á los novicios, que trocaba como queria los corazones; y los movia á lo que juzgaba convenir conforme á la ocasion presente; y de unas salian temerosos y cabizbajos y mustios, sin hablarse unos á otros; de otras salian confiados, alegres y muy alentados; y siempre con resolucion de hacer lo que les decia, porque, les allanaba todas las dificultades que podian ofrecérseles, y con la fuerza de sus razones les movia á romper por ellas. Demas desto en las pláticas atendian á la enseñanza de las cosas necesarias, para que los novicios entendiesen las obligaciones de su estado é instituto, y conforme á él se reformasen en lo interior y en lo exterior; de lo cuál haremos luégo especial capítulo. No ménos fuerza, ni con menor pro-

vecho, tenian sus palabras en el trato particular con los novicios, hablando á cada uno una vez cada semana, señalándole el dia y la hora en que habia de acudir, para tomarle cuenta de su conciencia, y aplicarle la dotrina universal de las pláticas, segun su propia necesidad; y en estas pláticas particulares decia que consiste lo principal del oficio de maestro de novicios, consolando á los afligidos, alentando á los desmayados, remediando á los necesitados y tentados, ya vivando á todos en su aprovechamiento, y en todo esto tenia especial gracia; y cuando los novicios acudian á decirle sus tentaciones, unas veces se les quitaban luégo ántes que les respondiese palabra, ordenándolo así Nuestro Señor, para que tuviesen mayor opinion de su maestro, y para premiarles con esto [1] (como advierte Casiano de los monjes del yermo) la fidelidad y claridad con que se manifestaban á sus mayores. Otras veces les dejaba curados con sola una palabra que les decia, porque mientras le estaban hablando, estaba él en oracion, mirando á un Crucifijo que tenia delante de sí, y el Señor le daba luz de lo que habia de responder, y con la respuesta obraba maravillosas mudanzas en ellos: así le sucedió con un novicio que en el siglo habia sido hombre de negocios, y dejado buenos casamientos que le ofrecian. Como estuviese una vez muy afligido de una molesta tentacion de la carne, acudiendo á manifestarla á su maestro, le dijo que deseaba volverse al mundo, donde podia pasar sin tan molesta guerra, viviendo casado en servicio de Dios: oyóle el Padre Baltasar con mucha serenidad, y volviendo la

[1] Collat. 2, cap. 11.

cabeza le dijo con voz baja: ¿Religioso y casado, paréceos bien? Andad de ahí. Y con esto salió el hermano, y se le quitó la tentacion, sin que más le volviese.

A este propósito quiero contar lo que me sucedió la primera vez que le hablé en la tercera probacion con los novicios, porque dándole cuenta de todas mis tibiezas é imperfecciones, que eran muchas, me oyó con gran silencio, mirando á su Crucifijo como solia; y en habiéndole dicho todo lo que tenia, me respondió, no más que estas palabras: Eso es tener virtud aniñada y por criar; menester es criarla y fortalecerla; y luégo calló, y yo me despedí dél, quedando por una parte confuso y humillado, viendo con claridad ser verdad lo que me decia; y por otra parte determinado á salir de niño en la virtud, y á mortificar lo que me impedia, admirándome cuán bien me habia penetrado el corazon, y con cuán breves palabras me habia aplicado el remedio, juzgando que estaba más necesitado de humillaciones, que de largas razones.

Tambien tengo por cierto, que algunas veces Nuestro Señor le revelaba (como ya se ha visto en otros casos) los secretos de los corazones de sus novicios, y desta luz se aprovechaba para responderles, ó mortificarlos con no querer hablarlos; porque tambien tenia costumbre de hacer semejantes pruebas en ellos, haciéndolos esperar, y despues dejándolos sin decirles nada, cuando sabia que tenian caudal para llevar semejante mortificacion con provecho. El Padre Gil de la Mata, de quien arriba se hizo mencion, contaba á este propósito dos cosas notables [1]. La

[1] Véanse los números IV y V del Apéndice.

una fué, que habiendo ido á Medina, por tener allí el segundo año de su noviciado, y gozar de la dotrina y ejemplo de tal maestro, como le señalase para darle cuenta de la conciencia un dia particular, y hora cierta como á los demas, y acudiese setenta dias que allí estuvo á la hora señalada, nunca le habló ni llamó, aunque echaba de ver que estaba esperando, y que habia venido á Medina sólo por comunicar con él sus cosas: á los setenta dias le envió á llamar el Padre Provincial, y como se quejase á la despedida de no le haber dado una hora de audiencia, dando tantas á otros, el Padre Baltasar le respondió, que la causa de no le haber hablado, era porque sabia que no tenia tentaciones que le diesen pena, y otros que acudian á hablarle las tenian. Con esta respuesta quedó admirado de que supiese lo que pasaba en su corazon, sin haberlo comunicado á él ni á otro; y con esto quedó contento y alentado. Otra vez, estando en Valladolid, fué á hablarle una mañana sobre los deseos que tenia de ir al Japon, para ayudar á la conversion de aquella gentilidad; detúvole dos horas esperando, y con verle, no quiso hablarle, para ejercitar su paciencia y humildad; volvió á la tarde, y hízole esperar otras dos horas, y despues le oyó sus deseos, y le dijo: No os den cuidado, que si fuere voluntad de Dios que vais á Japon, de Roma vendrá órden de nuestro Padre General para ello: y así se cumplió como lo habia dicho; porque algunos años despues fué enviado á esta mision, y se acordó de la profecía de su buen maestro.

De aquí tambien procedia algunas veces, que habiéndole diversos novicios dado cuenta de sus tentaciones ó desconsuelos, no les respondia por entónces palabra, sino que lo encomendasen á Dios, y él lo

encomendaria; y despues en la primera plática que les hacia, con ser general para todos, hablaba tan al corazon de cada uno, que quedaban curados y remediados de la necesidad que le habian comunicado; y cuando los aprietos eran más desesperados, sin que aprovechasen palabras, solia remediarlos con la eficacia de sus oraciones, como consta por los ejemplos que se trajeron en el capítulo XVI.

Finalmente, les ayudaba mucho más con el ejemplo de su santa vida, siendo el primero en todas las cosas de perfeccion, porque ninguna cosa decia ni platicaba, que no la viesen en él practicada y estampada; con lo cuál traia un noviciado tan concertado y fervoroso, que en toda la provincia era muy afamado y estimado; y muchos Padres graves venian á recogerse algunos dias á Medina, para ser ayudados en su espíritu, no sólo con las exhortaciones y direccion de tan insigne maestro, sino tambien por gozar del fervoroso ejemplo de sus novicios. Y aquel gran predicador, el Padre Baptista Sanchez, de quien arriba hicimos mencion, estando en el Colegio de Salamanca, y acordándose de lo que pasaba en este noviciado, solia decir: ¡Oh quién tuviera una voz como de trompeta, que se oyera por toda la Compañía, con que dijera: Medina, Medina, Medina, que era como decir: Oh si todos pudieran ver y gozar y aprovecharse de lo que pasa en Medina: y así llegó hasta Roma la fama deste fervor. Y el Padre General, que entónces era el Santo Padre Francisco de Borja, deseó, como presto veremos, tenerle allí por maestro de novicios; y como esto no hubiese lugar, pretendió que se encargase de las dos casas de novicios que despues tuvo esta provincia, una aquí en Medina, y otra en Villagarcía, estando seis meses en cada una, para

afervorarlos con sus pláticas, aunque con la mudanza de los tiempos y cosas, no pudo esto tener efeto.

Y porque no parezca encarecimiento el fervor que se ha dicho, quiero confirmarlo con lo que yo mismo experimenté cuando entré en la Compañía, pocos meses despues que el Padre Baltasar salió de Medina para Retor de Salamanca; porque sólo ver el fervor deste noviciado, que estaba en el punto que el santo varon le habia dejado aquel año, bastó para sosegar una terrible borrasca interior que padecí, despues que me determiné á ser de la Compañía, por espacio de seis meses que tardé en ejecutarlo; tirando por mí una grande inclinacion y aficion que habia tenido á otra religion, de quien siempre tuve y tengo grande estima; y como la divina vocacion con razones y toques fuertes me llevase á la Compañía, andaba combatido con tantas olas de pensamientos encontrados, que me afligian y atormentaban el corazon, y me forzaban á salirme al campo á respirar y dar voces por no reventar, pareciéndome que cualquiera de las dos religiones que escogiese, habia de ser con igual tormento por toda la vida, pues en entrando en la una, me habian de atormentar los pensamientos de que erré, y estuviera mejor en la otra: pero como en tiempo de oracion y de quietud, y cuando estaba en la presencia de Dios, siempre se me representaba que su voluntad era que yo entrase en la Compañía, vine á entrar, no con poca dificultad y repugnancia: mas en entrando, y llegando á este noviciado de Medina, dentro de muy pocos dias, como vi las véras con que los novicios hollaban el mundo, y se despreciaban y mortificaban á sí mismos, y las ansias con que seguian á Cristo Nuestro Señor, y los consejos de su Evangelio, yo quedé tan satisfecho y contento de la

eleccion que habia hecho, que por la divina misericordia nunca más en el noviciado, ni fuera dél, sentî movimiento de tristeza ó arrepentimiento dello; ántes no sé con que espíritu se me asentó esta imaginacion, de que si tuviese siquiera ocho años de vida, viviendo de aquella manera, bastarian para hacerme grande Santo. Y es así verdad, que si el desengaño y fervor de espíritu, que Nuestro Señor comunica á muchos de nuestros novicios, durase en ellos creciendo al mismo paso, sin que los estudios y ministerios les hiciesen parar ó volver atras, saldrian no como quiera santos, sino muy aventajados en la santidad. Esto he dicho para confirmar como testigo de vista el fervor que entónces habia en el noviciado.





CAPITULO XX.

De algunos novicios muy insignes y fervorosos que tuvo en Medina en este tiempo. Pónense las cosas notables de los hermanos Francisco de Godoy, y Antonio de Padilla.

N tiempo que el Padre Baltasar era Retor y maestro de novicios en Medina, era tambien en Salamanca Retor y predicador el santo Padre Martin Gutierrez, de quien despues haremos más mencion; el cuál fué dotado de Nuestro Señor de muy alto don de oracion, con grande fuerza y eficacia en la palabra, de modo, que con sus razones convencia y ataba los entendimientos, como yo mismo lo eché de ver, siendo seglar y estudiante teólogo en Valladolid. Porque entrando un dia en nuestra casa profesa á oir sermon, sin saber quién predicaba, era el dicho Padre, y á poco rato que le oí, sin saber quién era, ni cómo sé llamaba, quedé tan admirado del espíritu y fuerza con que hablaba, que dije dentro de mí, y aun no sé si lo eché por la boca, llevado del sentimiento que tenia en el corazon: Este predicador no es como los demas; este es cosa superior. Y con haber oido á muchos predicadores insignes de todas las religiones que entónces florecian en esta ciudad, todos me parecieron cosa muy inferior, comparados con el que estaba oyendo. Y este

sentimiento tenia dél la gente grave de Salamanca, acudiendo á sus sermones muchos Doctores y colegiales de todos los Colegios, y algunos iban á oirle en forma de Colegio, y con la eficacia de sus razones movió á muchos estudiantes de grandes prendas, á que dejasen el mundo, y se entrasen religiosos, y no pocos entraron en la Compañía. Pero como un dia estuviese desconsolado, viendo que no se movian á esto Colegiales de los Colegios mayores, oyó una voz que le dijo que no tuviese pena, porque seis entrarian presto: y así fué, que dentro de poco tiempo entraron seis de los tres Colegios mayores, dos de cada uno; y sin estos, entraron otros de la Universidad muy aventajados, y todos fueron á Medina á gozar de la enseñanza y espíritu del Padre Baltasar, por cuyo medio les hizo Nuestro Señor grandes mercedes. Entre estos resplandecieron mucho los hermanos Juan Ortuño, y Francisco de Córdoba, y el Padre Doctor Francisco de Ribera, uno de los seis Colegiales mayores que se han dicho. Mas porque sus mayores resplandores los echaron en Salamanca, siendo allí súbditos del mismo Padre Baltasar, diremos de ellos en el capítulo XXX: ahora solamente diremos de otros dos no menos insignes que ellos.

§. I.

Del hermano Francisco de Godoy.

PONGAMOS en primer lugar al insigne mártir, el hermano Francisco Perez de Godoy, natural de Torrijos en el Arzobispado de Toledo; el cuál, estando estudiando en Salamanca, quiso recogerse en nuestro Colegio á hacer los ejercicios espirituales, y en ellos le tocó Nuestro Señor el corazon,

para dejar el mundo, y entrarse en la Compañía. Sentia muchas dificultades en consentir á este llamamiento; y entre otras tenia una, que con ser pequeña, le parecia á él muy grande, en cortarse los bigotes, que traia muy crecidos, preciándose vanamente desto en señal de su gallardía y valentía. Mas prevaleció la inspiracion de Dios, y arrebatado della, tomó luégo unas tijeras, y él mismo se los cortó, pareciéndole que con esto se inhabilitaba de poder volverse á su casa: y fué tanto el fervor con que pidió ser admitido en la Compañía, que le recibieron, y enviaron al noviciado de Medina, á donde procedió siempre con el mismo fervor, ayudándole para ello su fervoroso maestro.

Procuraba hacer todas las obras con la mayor exaccion y perfeccion que podia; y cuando iba á la cocina, fregaba las sartenes, cazuelas y ollas de hierro, hasta que las dejaba muy limpias y resplandecientes, por más trabajo que le costase; y diciéndole un hermano, que para qué se cansaba tanto en fregarlas de aquella manera, pues luégo se habian de tornar á ensuciar, le respondió, que cada noche ofrecia á Nuestra Señora todas las obras que habia hecho en aquel dia, y que tenia vergüenza de ofrecerle una cosa mal fregada, y poco limpia, y una obra mal hecha: por donde se ve tambien la devocion que tenia con la Vírgen sacratísima, y el buen efeto que en él hacia. No perdia ocasion de mortificarse en lo que podia; y con querer las cosas tan limpias para otros, para sí solia alguna vez, cuando comia en refectorio, especialmente con algun modo de penitencia, debajo de la mesa, ó de rodillas ó en pié, como se usa en la Compañía, en lugar de servilleta, tomaba de la cocina la rodilla más sucia que hallaba, y limpiábase con ella manos y boca, por vencer el hor-

ror que en esto tenia. Una vez, yendo en peregrinacion con el hermano Juan de Sa, que despues fué excelente obrero Evangélico, vióle su compañero el carrillo encendido y bañado en sangre, porque un moscardon le estaba picando y desangrando grande rato habia; y si no se le hiciera quitar luégo, le sufriera mucho más tiempo; porque el buen hermano, con el sufrimiento desto poco, se iba ensayando para dar toda su sangre y vida por su Criador, como lo hizo. Para este su fervor le pegaban fuego las pláticas del Padre Baltasar, el cuál solia en ellas decir con particular fuerza algunas notables sentencias que tenia muy ponderadas y rumiadas, y eran como colunas del edificio espiritual de su alma; y como las decia con tanto espíritu, quedaban entrañadas y impresas en los corazones de los novicios, de modo que las conservaban toda la vida, para ayudarse dellas en sus necesidades. Una destas sentencias era: Ninguno degenere de los altos pensamientos de hijos de Dios; con lo cuál les alentaba á perseverar en su vocacion, y á cumplir los generosos propósitos que Nuestro Señor les comunicaba. Imprimióse tanto esta sentencia al hermano Francisco de Godoy, que se aprovechó della en el mayor y más glorioso aprieto que en esta vida se le pudo ofrecer: porque estando en el noviciado, se ofreció generosamente de ir al Brasil con otros cuarenta de la Compañía que llevaba consigo el Padre Ignacio de Acevedo, que iba por Provincial y superior de todos.

Y para que se vean las varias trazas de la divina Providencia, en estas vocaciones para semejantes empresas, contaré la ocasion que tuvo esta. Tenia un dia el Padre Baltasar Alvarez á su lado al hermano Godoy, y dióle cierta cosa que tomase; tardó en tomarla, porque no la vió hasta que volvió todo el

rostro para verla, de donde sacó el Padre Baltasar, que le faltaba totalmente la vista en el ojo de aquel lado, que es de creer sería el izquierdo, por lo que luégo sucedió. Preguntóle si era así, y confesó que era verdad, y que le habia encubierto en el exámen que se le hizo cuando entró en la Compañía, temiendo no le fuese impedimento para ello. Sintiólo mucho el buen Padre, teniendo por cierto, que los superiores le despedirian, pues era novicio, por aquella falta tan grande; y especialmente, por la que hace á los que han de ser sacerdotes el ojo izquierdo, que llaman del Canon. Díjoselo al mismo hermano, pero juntamente añadió, que si queria quedar en la Compañía, el único medio sería ofrecerse de ir al Brasil con los cuarenta que iban allá, si sentia ánimo para ello; porque en tal caso él se lo negociaria con el Padre Ignacio de Acevedo: al punto dijo, que iria de muy buena gana á empresa tan gloriosa. Informó el Padre Baltasar al Padre Acevedo de la mucha virtud deste hermano, aunque tenia aquella falta natural; y dijéronle tambien, bien acaso, que tenia especial gracia en tañer una arpa, lo cuál quizá sería de algun provecho para domar la fiereza de aquellos indios salvajes. Cuadróle esta informacion, y llevóle consigo, convirtiéndose la falta natural en ocasion de su buena dicha espiritual: porque fué Nuestro Señor servido, que haciendo su navegacion cayesen todos cuarenta en manos de los herejes de Francia, los cuáles con furia endemoniada los martirizaron y mataron á todos, con varios generos de muertes, en odio de la Fe Católica Romana, que iban á predicar en aquella gentilidad, como largamente lo cuenta el Padre Pedro de Rivadeneira, en la vida del Padre Francisco de Borja, tercero General de la Compañía, que los envió. Es-

tando pues los crueles sayones en medio de su matanza, el fervoroso hermano Godoy animaba á sus compañeros, con las palabras que habia oido á su maestro, diciendo á voces: Ea, hermanos, no degeneremos de los altos pensamientos de hijos de Dios; y con esto les pegaba tanto esfuerzo, que él y ellos se ofrecieron valerosamente á la muerte, volviendo como fieles hijos por la honra de su Padre celestial, honrándole lo sumo que podian, con los cuarenta holocaustos que ofrecieron de sí mismos en olor de suavidad; en los cuáles tuvo su parte el Padre Baltasar, con la centella de fuego de amor divino que arrojó en uno de ellos.

§. II.

Del Padre Antonio de Padilla.

EL otro novicio con quien yo tuve especial amistad y comunicacion, fué el Padre Antonio de Padilla, hijo de Don Juan de Padilla, que habia de ser Adelantado de Castilla, si la muerte, ántes de heredar, no le atajara; y de Doña María de Acuña, Condesa de Buendía, ambos muy ilustres en sangre, y muy aficionados á nuestra Compañía, y la Condesa más especialmente, muy señalada en toda virtud. Premióles Nuestro Señor en esta vida con darles un hijo y tres hijas, tan bien inclinados á toda virtud, y tan prevenidos de su infinita misericordia, con bendiciones de dulzura, que apénas se halló entre ellos quien quisiese suceder en el mayorazgo, acogiéndose al puerto de la sagrada religion; y una de las dos hijas, Doña Luisa de Padilla, que se quedó en el siglo, acompañando á su madre, con voto de perpétua castidad, fué necesario que la obligasen á pedir dispensacion del voto, por justas causas que se

ofrecieron, para casarse y perpetuar su sucesion. Mas siempre en el deseo y la vida fué religiosa; y cuando enviudó, en trazando bien sus cosas, entró monja Carmelita Descalza, y murió poco ha Priora del Monasterio de Lerma; y si no fuera por salir de mi historia, de los padres y de los hijos pudiera decir cosas muy grandiosas. Pero viniendo á lo que hace á nuestro propósito, el hijo único, Don Antonio de Padilla, que era el inmediato sucesor en el Adelantamiento, por muerte de su padre, acordándose della, y mirando lo poco que se puede fiar de vida tan corta, y tan incierta como la suya, pues no podia tener seguridad de que sería más larga que la del que le engendró, se determinó, movido de Nuestro Señor, á dejar el mundo, y ser religioso; y aficionóse más á ser de la Compañía, por la noticia mayor que tenia del fervor y espíritu con que se vivia en ella. Llegó esto á noticia de Don Pedro Manrique, su tio, Canónigo y obrero de la santa iglesia de Toledo, el cuál le escribió, poniéndole delante la casa de sus padres que heredaba, y las ciertas esperanzas de valer más en el mundo, y otras cosas á este tono, de que hacen mucho caso los hijos de este siglo, y los que aman á sus deudos con amor de carne y sangre; y añadió en su carta, que si queria que entendiese que esto no era niñería, le enviase las razones que le movian á hacer tal mudanza. El Don Antonio le envió ocho pliegos de papel escritos de su letra, que era muy buena, llenos de las más fuertes razones que le forzaban á dejar el mundo, y entrar en la Compañía. Ellas eran tales, que el Doctor Velazquez, Canónigo de la Magistral en la misma iglesia, que despues fué Arzobispo de Santiago, á quien las mostró para tomar su parecer, le respondió que no se podia persuadir que tales razones fuesen

de su sobrino, siendo tan mozo, sino que algun religioso de la Compañía, ó de otra religion, ó persona de letras, se las habia forjado; mas que si lo eran, le parecia negocio de Dios, y que no podia estorbarle su vocacion. Con esto escribió á su sobrino, diciéndole, que bien se dejaba ver que aquellas razones no eran suyas, sino de otro. En recibiendo esta respuesta Don Antonio, se fué al Colegio de San Gregorio, y preguntó á los Lectores de Teología, si era lícito jurar en algun caso; respondiéronle que, guardadas las circunstancias debidas, no sólo era lícito, sino meritorio; y á peticion suya se lo dieron firmado en un papel, en el cuál, despues de haber confesado y comulgado, escribió estas palabras: Habiendo inmediatamente acabado de confesar y comulgar, digo delante de Dios, y por el Señor que he recebido, que las razones que envié á V. M. no me las dictó nadie, sino que son mias: y firmólo de su nombre, y envióle á su tio con una carta en que le hacia saber del papel que allí le enviaba. El tio le mostró al canónigo Velazquez, y dijo que no se podia dejar de creer, ni era esto impedir su determinacion; pero para mayor satisfaccion quiso verse con él en Toledo, adonde gastó algunos dias que le tuvo en su casa, en examinar y probar su vocacion, y la aprobó tan de véras, que como el mismo Don Pedro Manrique hubiese tenido muchos toques de Dios, para entrar en la Compañía, y anduviese muy dudoso sin acabar de resolverse, viendo la resolucion y firmeza de su sobrino, se acabó él tambien de resolver en no resistir más á la vocacion de Dios, avergonzándose de que un mozo de tantas prendas tuviese más ánimo para dejar el mundo, que él siendo ya viejo: y así lo ejecutó; y se puede contar entre las hazañas del Padre Antonio de Padilla, que desde

entónces comenzase á convertir almas con su ejemplo, y con la eficacia de sus razones. Habida pues esta aprobacion de su tio, se fué al Padre Manuel Lopez, Provincial de aquella provincia, que estaba entónces en la casa de Toledo, y le pidió que le admitiese en la Compañía; y como se lo dilatase, se abrazó un dia de un pilar que está junto á nuestra portería, diciendo, que no habia de salir de casa. El Padre Provincial le dijo, que si le habia de recebir, habia de ser para la provincia de Castilla, porque así convenia; tomóse por medio avisar luégo de todo al Padre General Francisco de Borja, que estaba en la Corte entónces con el Legado del Papa Pio V, el cuál escribió al Padre Jerónimo de Ripalda, Prepósito de la casa de Valladolid, que le recibiese: con lo cuál Don Antonio se vino á Valladolid, y habiendo renunciado el derecho de sus estados, y hecho todo lo demas que era necesario para la entrada, se hincó de rodillas delante de todos los de su casa, y dijo á Nuestro Señor: Gracias os doy, Señor, que ahora estoy más libre para serviros. Su madre y abuela, Doña Luisa de Padilla, que áun vivia, y era señora del estado, le trujeron á la iglesia de nuestra casa profesa, y allí fué recebido con gran solemnidad, edificacion y consuelo de todos, el año de 1572, siendo de edad de diez y ocho años. De allí fué enviado al noviciado de Medina; y el Padre Baltasar Alvarez tomó muy á su cargo labrarle á machamartillo, así por la importancia del sujeto, y porque habia de hacer profesion solemne á los dos años, como tambien por la grande capacidad y disposicion que halló en él para crecer mucho en la virtud, como se podia esperar de tan fervorosa vocacion. Mortificábale en lo vivo de la honra y el regalo, que son las dos cosas de

que los caballeros mozos suelen estar más prendados; hacíale comer, no solamente las cosas ordinarias de la comunidad, sino aquellas á que tenia naturalmente más aversion; y cuando sabia que gustaba de alguna cosa, mandaba alguna vez, que en comenzando á comerla, se la quitase el que servia, y hacíale ir á comer á la portería con los pobres, y que trajese el vestido más vil y desechado de la casa, y que ejercitase las demas mortificaciones públicas que hacian los otros novicios; á todo lo cuál salia muy bien el hermano Antonio de Padilla, con deseo de no quedar inferior á los demas, antes procurando aventajarse sobre todos; y cuanto mayor habia sido en el siglo, tanto más se humillaba en la religion. Y como los demas novicios acostumbrasen, por mortificacion, vestidos de un sayo viejo, ir los Sábados por la mañana con el hermano comprador al rastro, como si fueran criados ó mozos de casa; y poniéndose una rodilla á las espaldas, traian por las calles un cuarto de carnero, y en las manos solian llevar una asadura, esto mismo hacia el hermano Antonio, hollando al mundo, y triunfando de sus vanas pompas con estos ensayos; y como yo le habia visto en Valladolid tan gallardo en su caballo, con mucho acompañamiento de criados, entre otros señores; admiréme, y alabé á Dios, cuando oí decir el contento con que iba por las calles de Medina cargado con su cuarto de carnero. Parece que Nuestro Señor le habia infundido el espíritu de humildad en el trato con los de casa; porque, como el Padre Baltasar solia encarecer la igualdad que tenia la Compañía, habiendo en ella personas tan desiguales en nobleza, letras y otras buenas partes, él se igualaba tanto con todos en su trato, como si fuera el menor dellos; lo cuál, no solamente guardó cuando

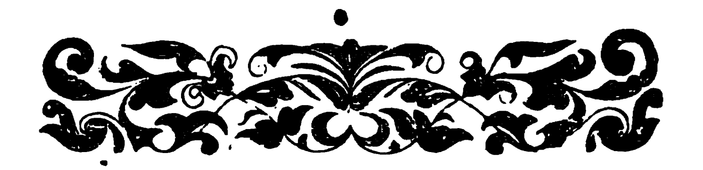
novicio, sino tambien lo conservó cuando estudiante, y cuando predicador y Retor, y toda la vida.

Dotóle Nuestro Señor de grande entendimiento, y de muy agudo ingenio, y salió tan aventajadamente con las letras, que leyó muchos años la sagrada Teología en este Colegio de San Ambrosio (donde escribo esto) con grande nombre. Fué excelente predicador, aventajándose en este oficio no ménos que en el de Lector, y con todo eso tan humilde y quitado de pretensiones, que no ménos predicaba con su ejemplo, que con sus razones: y oí decir, que habiendo predicado un dia en la capilla Real, delante del Rey Don Felipe el Segundo, despues que le habia oido, dijo á algunos grandes: Basta por sermon ver á este Padre en el púlpito; y siendo yo Rector deste Colegio, andaba notablemente edificado, y admirado de la humildad y sujecion que mostraba en todo.

Pegósele del Padre Baltasar el espíritu y aficion á la oracion, y al recogimiento en ejercicios espirituales, de cuándo en cuándo; y para esto se iba los más de los años al Colegio de Villagarcía, donde está el noviciado, estando allí ocho dias ó quince, acudiendo á las pláticas, y á otros ejercicios de devocion, como si fuera uno de los novicios. Esto hacia muchas veces por las fiestas de Navidad, Semana Santa, y Pascua de Resurreccion, los dias en que vacan las lecciones; y por lo ménos, en las vacaciones generales, ó cuando habia hecho alguna larga jornada; reparando con este recogimiento el fervor del espíritu que suele entibiarse con los estudios, ó con los muchos negocios. Fué Retor deste Colegio de San Ambrosio, y del de Salamanca, y hizo su oficio con tanta entereza y celo de la observancia religiosa, que muchos le notaban de riguroso, y de que apretaba demasiado; y

como es costumbre de los súbditos hijos de Adan, cuando los Reyes y Príncipes, ó sus jueces, ó prelados y gobernadores, les aprietan, atribuir esto á pasion ó rigor, ó fines siniestros de los que gobiernan, y no al celo que tienen del bien de los que están á su cargo: el Padre Antonio quiso dar satisfacion desto en la última enfermedad, de que murió en este Colegio; porque, cuando le dieron el Viático, como los hermanos estudiantes y los Padres, acompañásemos al Santísimo Sacramento, en presencia de todos afirmó delante del Señor que queria recibir, que en todo su gobierno no habia hecho cosa que no entendiese que era mayor gloria de Dios; con lo cuál yo quedé más certificado de lo que siempre habia entendido. Sin embargo desto, tenia mucho temor de morirse, por la cuenta que habia de dar á Dios; y con este temor le decia: Si Vos, Señor, lo hubiésedes de hacer conmigo tan cortamente como yo lo he hecho con Vos, mucho trabajo tendria yo. Viéndole un Padre tan temeroso, le preguntó, que si le remordia la conciencia de algun pecado mortal, de cuarenta años que habia estado en la Compañía, y él respondió: ¡Jesus, qué monstruosidad tan grande! ¿Religioso y pecado mortal? No hay que tratar de eso. Visitándole entónces Don Diego Sarmiento de Acuña, que ahora es Embajador de Inglaterra, y preguntándole la causa de la tristeza que mostraba tener, respondió que estaba muy temeroso de su salvacion; y diciéndole Don Diego: ¿Pues eso ha de temer V. R.? Respondió el Padre Antonio: ¿Pues qué he temer sino esto? Mas fué Nuestro Señor servido de quitarle este temor, y darle una esperanza certísima de su salvacion: porque despues de recebido el Viático, quiso quedarse solo; y con estar tan consumido de la enfermedad,

que apénas se podia mover en la cama, se puso levantado el medio cuerpo, y desarrimado de las almohadas; y deste modo se estuvo en oracion como dos horas, delante de un Crucifijo muy devoto que allí estaba, con el cuál hablaba con tanta ternura y afecto, que puso admiracion á un Padre que le miraba por los resquicios de una puerta. Acabada esta oracion, á las siete de la mañana dijo á su confesor: Esta noche irá mi alma á cantar Maitines en el cielo: y diciéndole el confesor que los médicos no le daban tan corto plazo, tornó á repetir lo mismo; y hablando entre sí, se le oian estas palabras: ¿Señor, qué tengo yo que temer, si me habeis dicho que me teneis dentro de vuestro corazon? Y pues me teneis dentro de vuestro corazon, vamos donde quisiéredes, que no hay que temer. A boca de noche pidió la Extrema Uncion, y que se hallase presente todo el Colegio; y no pudiendo alzar la voz, dijo al Padre que cuidaba dél, que en su nombre pidiese perdon á todos, de las muchas faltas con que en el discurso de su vida y enfermedad les habia escandalizado; y como este Padre le pidiese que se acordase dél en el cielo, él estaba ya tan seguro de su salvacion, que le dijo: Sí haré, que allí no hay ingratos. Despues comenzó á decir pasito: *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus.* Y con estas y otras palabras semejantes, dió su alma á Dios, á las once de la noche, el mismo dia que dijo que habia de ir á cantar Maitines al cielo, dejándonos con grandes prendas de que en lo restante de aquella noche lavaria su estola, para poder cantarlos con limpieza, recibiendo la palma y corona de gloria que habia merecido, por lo mucho que dejó en el siglo para seguir á Cristo, y por lo mucho que trabajó en la religion por darle contento.



CAPITULO XXI.

Cómo se aparejaba para las pláticas, y en ellas procuraba que los novicios cobrasen noticia, estima y amor de su Instituto.

AUNQUE se ha dicho la grande fuerza que tenia el Padre Baltasar en las pláticas y exhortaciones que hacia á los novicios, será bien que declaremos el modo cómo se prevenia para ellas, y las cosas de que trataba más ordinariamente, para enseñarlos la perfeccion que venian á buscar en la religion. El aparejo era, no tanto con mucho estudio, cuanto con mucha oracion: porque era de parecer que el modo de hacer estas exhortaciones, más habia de ser diciendo las verdades necesarias, con fuerza y sentimiento, que conceptos y curiosidades, que no se pegan al corazon: y así no hacia más que tomar dos ó tres verdades, y ponerse en oracion sobre ellas, rumiándolas y digiriéndolas con la ponderacion de algunos lugares de la Sagrada Escritura y santos, que el Señor le traia á la memoria, de los muchos que habia leido en otros tiempos; y entónces con especial providencia se hallaba más dueño dellos. Así lo confesó él mismo en un catálogo

que tenia escrito en su libro, de las mercedes que Dios le habia hecho; y contando las que tocaban á su oficio con los novicios, dice así: *He experimentado entendimiento, cosas, lenguaje, y modo de proponerlas, descubriéndome de trecho á trecho lo que yo no supiera imaginar, guardando el órden de su providencia en querer que hiciese yo alguna diligencia, aunque no demasiada, porque esta ántes me dañaba; y saco esto de que no me da las cosas hasta el mismo tiempo en que es menester, y de la confianza engendrada en esta parte, por las muchas veces que esto ha usado conmigo.* Y de aquí procedia una cosa que yo advertí muchas veces, que en las conferencias espirituales, donde respondia de repente á lo que se le preguntaba, hablaba con más espíritu y fuerza que en algunas pláticas; porque entre tanto que nosotros respondíamos, diciendo cada uno lo que se le ofrecia, él negociaba con Nuestro Señor lo que habia de responder, y se lo inspiraba; y así uno de nosotros, que habia tambien reparado en esto, preguntando la causa dello al mismo Padre, le respondió: La causa será, porque en las pláticas hablo yo, y en las conferencias habla Dios; dando á entender, que como las conferencias no estribaban en estudio propio, Dios acudia con su inspiracion á suplirle; pero las pláticas tenian algo de lo propio, que es el estudio; y tambien muchas veces se ordenaban más á enseñar que á mover, por pedirlo así la materia de ellas.

§. I.

PARA cuya mayor declaracion se ha de advertir, que las exhortaciones y conferencias espirituales que se hacen á los novicios, se ordenan á tres fines, encadenados uno tras otro. El pri-

mero, es enseñarlos enteramente todas las cosas que pertenecen á la perfeccion Evangélica que profesan, conforme á su instituto, y como se contiene en sus reglas; porque habiendo de caminar por este instituto, no saberle sería culpa, y habiendo de dar razon dél, ignorarle sería vergüenza: pues aun la regla del derecho dice: *Turpe est patritio, et nobili viro, jus, in quo versatur, ignorare.* Cosa fea es, é indigna del Senador y hombre noble, no saber el derecho y leyes por donde se gobierna. Mas porque no basta que el entendimiento quede enseñado y convencido de la verdad, con estimacion y aprecio della; el segundo fin es mover la voluntad, y aficionarla á la perfeccion que profesa, con tanta eficacia, que quede mudada y trocada, con generosa resolucion de hacer suelta de todo lo que la estorba, y de acometer todo lo que le ayuda, para salir con su intento. Y de aquí se ha de pasar al tercer fin, que es aplicar medios prácticos, con los cuáles efectivamente se alcance esta perfeccion. A estos tres fines juntamente enderezaba el Padre Baltasar sus exhortaciones, aunque unas veces paraba más en el primero con ménos del segundo, y otras al contrario, hacia más fuerza en el segundo ó tercero, con ménos del primero. Y deste modo ayudaba á sus novicios, encomendándonos cerca desto más especialmente dos cosas muy importantes. La una, que procurásemos caminar por nuestro instituto [1], *Spiritu, corde, et practice.* Con el espíritu, estimándole y teniéndole como cosa dada por Dios, y traza suya; con el corazon, aficionándonos mucho á él, como á bien que tanto nos importa; con la prática, procurando formar la vida conforme á él en todas nuestras obras.

---

[1] Ex P. Nadal.

La segunda era, que en este camino por nuestro instituto, y en todas las cosas, tengamos delante de los ojos sujetarnos siempre á tres superiores que tenemos: conviene á saber, Dios, el Prelado y la razon aunque los dos se reducen á Dios, por cuyas trazas y córtes hemos de estar en lo natural y sobrenatural, y político. Y á este propósito ponderaba un dicho que oyó á un hermano coadjutor, Juan Jimeno, de quien despues haremos larga mencion [1], que á su modo labradoril decia destos tres superiores; Dios en el cielo, el Cabildo en la iglesia, la razon en casa, y todos tres son uno: porque un Dios es el que por sí y por los otros gobierna.

Para alcanzar estos fines solia hacer sus pláticas sobre las reglas de la Compañía, declarándolas con grande espíritu; de las cuáles solamente apuntaré aquí algunas cosas que yo le oí estando en la tercera probacion; y aunque tenia dictámen de que los novicios no escribiesen sus pláticas, por parecerle que á muchos eran ocasion de que se descuidasen de escribirlas en el corazon, contentándose con tenerlas en el cartapacio: mas yo, sin parecerme que iba contra esto, ponia en mi librito la suma dellas, para tenerlas en la memoria; y aquel año, para que los novicios estimasen y se aficionasen á su instituto, comenzó platicando de las cosas más señaladas que tenia, que el llamaba prerogativas de la Compañía, ó preeminencias, porque cada religion tiene algunas cosas propias, en que se diferencia y señala sobre las otras; y destas puso catorce, que fué declarando muy despacio, y florecieron mucho en este tiempo, y por su parte nunca se menoscabaron; y por esto me pareció

[1] En los cap. XLIV y XLV.

ponerlas aquí, por ser juntamente catálogo de sus virtudes, sacando lo que platicaba de lo que él mismo experimentaba. Y aunque uno ó otro por flaqueza no guarden tanta perfeccion como dicen las reglas, como tambien acaece en la misma ley Evangélica, no por eso pierden ellas su excelencia, ni deja de haber muchos en quien resplandezca.

§. II.

LA primera prerogativa es desapropiacion de cosas, puestos y personas: de cosas, en el vestido, aposento y alhajas dél, contentándose con lo necesario, sin tener cosa cerrada, ni como propia; de puestos, sin pretender mudanzas, ni mayores, cerrando la puerta para estas ambiciones; de personas, no permitiendo amistades particulares, que turban la paz de las comunidades: y el que tuviere su corazon descarnado destas tres cosas, será verdadero pobre de espíritu, y gozará de grande paz. De aquí se sigue la segunda prerogativa, que es union de unos con otros, con grande caridad y hermandad, con ser muchos, y tan diferentes en las naciones, condiciones, letras y otros talentos y partes, conservando la igualdad en todas las cosas que se compadecen con esta diversidad: pues apénas hay privilegio, ni excepcion que se conceda por título solo de oficio, ó de letras ó de otras grandezas, sino por sola necesidad y enfermedad del que la padece. La tercera es, estimacion y aprecio de la virtud; de tal manera, que sin ella ningun talento natural es estimado; y aunque alguno tenga grandes partes naturales, si estan sin el adorno de las virtudes, se hace poco caso dellas,

estimando las cosas en el grado que Dios las estima, y no las mirando con solos ojos de carne. Y á este próposito ponderaba grandemente el Padre Baltasar la importancia de guardar con rigor aquel Canon Apostólico [1], *Cristo murió, luego todos murieron; para que los que viven no vivan para sí, sino para el que murió por ellos: y así á ninguno conocemos, segun la carne.*

La cuarta es, el voto de obediencia especial que hace al Papa, y en cosas tan árduas, como son ir á donde quiera que nos enviare entre fieles ó infieles, herejes ó rebeldes, aunque sea con peligro de perder la vida; y este voto tan glorioso fué inspirado de Nuestro Señor, y muy conveniente en este tiempo: porque la Compañía comenzó cuando Lutero negaba la obediencia á la Iglesia Romana, y era bien que toda nuestra religion se dedicase á ella, para de su parte apoyarla. Lo otro, porque cuando el súbdito se muestra al superior fácil y pronto en obedecerle, el superior gusta de mandarle. La quinta preeminencia es la potestad de purgarse de los que no aprovechan en la virtud, porque no dañen á los demas, y para que los admitidos vivan con recato; y esto que á otros pone grima, es lo que á este cuerpo místico conserva su perfeccion y vida. La sexta es la discrecion en tasar las penitencias exteriores, y asperezas corporales, para que ni los fuertes tomen pocas, ni los flacos demasiadas, por lo cuál, aunque no las tiene señaladas por regla muerta, pero sí por regla viva, que es el superior, y se acomoda á las fuerzas y necesidad de cada uno, encomendando á todos el uso contínuo dellas, como de ordinario le hay, y ha sido menester usar más de freno que de espuela; porque la salud

[1] 2 Cor. 5, v. 14.

de los sujetos se iba destruyendo con la demasía; cuánto más, que siempre resplandece la más fina penitencia de todas, que es la abnegacion de la propia voluntad. La séptima, el uso cotidiano de varias y penosas penitencias en el refectorio por cosas muy ligeras; y el decir sus culpas y faltas, y oir que se las digan, cosa que de suyo es muy dificultosa; mas el uso la ha hecho fácil con la divina gracia. La octava, claridad de conciencia con los superiores y prefecto de las cosas espirituales, para que los enderecen en ellas, no gustando de guiarse por su propio parecer y juicio, aun en las cosas que parecen buenas, ni se avergonzando de descubrir las malas, para ser ayudados á vencerlas. Nona, despegamiento de parientes; que llegan algunos á tener por Cruz, que les envien á su tierra. Y aunque es verdad, que cuando se entibia el espíritu, retoñece el amor de carne y sangre: mas la religion lo tiene tan bien pertrechado, que pone ganas de no pretenderlo. Décima, estar quitados de votos y elecciones para los oficios y cargos de la Compañía, y de pretender dignidades dentro ni fuera della, quitándonos el cuidado de todo esto, para conservarnos en mayor paz y humildad, atajando la raíz de la discordia y ambicion; y para que sólo cuidemos de nuestro aprovechamiento; y esto con más rigor se guarda en las dignidades Eclesiásticas, sin poder tomarlas, sino es por obediencia del Papa; lo uno, para arraigarnos más en humildad, y lo otro, porque no aparten de entre nosotros la mejor gente que nos habia de enseñar y edificar. Undécima, la libertad con que la Compañía trata á los novicios, enviándoles á peregrinaciones y misiones, y dándoles licencia de tratar con prójimos por via de prueba; porque cree, que á los que Dios llamó, no les tienen

paredes. Pues por esto dijo el Salvador á los apóstoles: *¿Vultis et vos abire?* y si no son llamados de Dios, váyanse luégo, ántes que se detengan más tiempo, y la ida sea más perjudicial. Mas esta libertad no deja de tener mucha guarda de superiores, y otros que velan, sin la guarda interior de exámen de conciencia y oracion. Duodécima, la alteza del fin de nuestra vocacion, y la mano y cabida que la Compañía tiene hoy en el mundo, con todo género de naciones y personas; que con haber venido la postrera, no lo es en la acepcion. Item, los medios tan convenientes que tiene para esto, presupuesta la buena vida, y el recurso á Dios con sacrificios y oraciones, para que nos dé acierto en tratar tan varias personas. Para los Grandes y Letrados tiene letras; para los pueblos uso de sacramentos; para los devotos, ejercicios de oracion; para los duros, enseñar á sus hijos; para los niños, la Doctrina Cristiana, haciéndose niño con ellos.

Décimatercia, la obediencia que se practica en la Compañía, con estas cuatro condiciones: que sea universal en todas las cosas lícitas, fáciles ó difíciles, honrosas ó viles; que sea á todos, superiores, mayores y menores, con talento ó sin él; que sea en todas maneras, con aficion de voluntad, y conformidad de juicio, y entereza en la ejecucion, no sólo cuanto á la sustancia de la cosa mandada, sino cuanto al modo y traza de hacerla, y como quiera que se mande, con buena gracia ó sin ella; y finalmente, que todos obedezcan sin excepcion, no obstante cualesquier buenas partes de linaje, entendimiento, letras, etc., que haya en el súbdito, y no en el superior. La décimacuarta, es la guerra que el mundo ha hecho y hace á la Compañía, con las contradiciones y persecuciones, la cuál es frutuosa, conservándola en humildad, y en

recurso á Dios, y confianza en su Providencia, de la cuál ha nacido, que las persecuciones han servido de dilatarla más, y acrecentarla, como sucedió á la primitiva Iglesia. Más de temer es la persecucion secreta y disfrazada, que hace cuando ofrece honras y ocasiones de regalo, la cuál es muy peligrosa, si el corazon se rinde á ella. Estas son las catorce prerogativas de que platicó el Padre Baltasar al principio deste año, declarando por menudo lo que hay en cada una; y aunque las enriqueció con algunas autoridades de la divina Escritura, y de los Santos Padres; pero lo que más se estimaba en él, era el espíritu, fervor y eficacia del celo con que enseñaba estas cosas, moviéndonos á que no desdijésemos de la excelencia de nuestro instituto, y de la perfeccion que siguieron nuestros primeros padres.





CAPITULO XXII.

De otras muchas cosas que tomaba por materia de las pláticas, para la entera y perfeta enseñanza de los novicios.



COMO los novicios son á modo de niños en la virtud, y tienen necesidad de ser industriados en todas las cosas que pertenecen á la policía de la vida cristiana y religiosa, y á su entera reformacion, cuanto á lo interior que ve solo Dios, y cuanto á lo exterior que ven tambien los hombres; todas estas cosas tomaba por materia de sus pláticas, cumpliendo con lo que dice San Pablo [1]: *Docentes omnem hominem, in omni sapientia, ut exhibeamus omnem hominem perfectum in Christo Jesu.* Enseñamos á todo hombre con todo género de sabiduría, para que hagamos á todo el hombre perfeto en Cristo Jesus. Así, el Padre Baltasar enseñaba á todos sus novicios todas las cosas que les convenia saber, aplicando á esto toda la sabiduría, dotrina é industria que el Señor le comunicaba, para que fuesen perfetos segun todo el hombre interior y exterior, á imita-

---

[1] Ad Colos. 1, v. 28.

cion de Cristo Jesus; de quien se dice, cuando tenia doce años (que es la edad que responde á los novicios) [1]: *Que crecia en sabiduría, edad y gracia, delante de Dios y de los hombres;* no porque él creciese en los dones interiores, sino en las muestras dellos, para enseñar con su ejemplo á los novicios, que como van creciendo en edad, han de ir creciendo en la virtud, en la sabiduría celestial, en la gracia y dones della; no sólo en lo secreto delante de Dios, sino tambien en lo exterior delante de los hombres, edificándolos con su modestia y con el ejemplo de sus virtudes.

§. I.


ODO esto se verá por un Catálogo que tenia hecho de las cosas que pueden ser materia de las pláticas, tomando ya unas ya otras, por quitar el fastidio con alguna variedad, acomodada á diversos tiempos, ó á la diversidad de las personas. Este Cátalogo abrazaba cuarenta y cuatro cosas, todas de importancia: pero reduciéndolas á menor número, me ha parecido ponerlas aquí, porque son tambien como puntos y avisos de las cosas que hemos menester, para nuestra entera perfeccion.

Primera, del modo de orar con fruto, y aprovechar ratos de tiempo sobrados; y especialmente de la presencia de Dios Nuestro Señor. Segunda, del modo de rezar con provecho las Horas Canónicas, y las cuatro oraciones de la Iglesia, y otras oraciones vocales, y leer los libros espirituales. Tercera, de los exámenes de conciencia, general de todo el dia, y particular de

[1] Luc. 2, v. 53.

un solo vicio; y del mucho caso que se ha de hacer de no caer en faltas pequeñas, ni desmayar en las flaquezas, cuando se hace lo que se puede por escusarlas, ni andar muy escocido por las que comete, sino confiar en Dios que las remediará. Cuarta, del modo de confesarse con provecho, de la compuncion del corazon, del no descuidarse de hacer toda la penitencia que pudiere, guardándose de rigores indiscretos, y del espíritu con que se han de hacer las penitencias y mortificaciones exteriores. Quinta, del buen aparejo para la comunion sacramental, y de la comunion espiritual. Sexto, de la mortificacion propia, y de todos los siniestros y movimientos de la naturaleza; de la guarda de los sentidos. Séptima, del modo de haberse en la mesa y en las recreaciones, y en el trato con los seglares; y generalmente para templarnos en el hablar con otros. Octava, de la humildad y propio conocimiento. Nona, del amor que debemos tener á Dios, de la caridad con todos, del sufrir unos á otros, y evitar los juicios temerarios. Décima, de la pobreza, castidad y obediencia, y observancia de reglas, é indiferencia; y del puesto, de donde debe arrancar el siervo de Dios, para obrar, que es averiguar primero, cuál es la voluntad del Señor. Undécima, de los tres compañeros que fueron familiares á Cristo Nuestro Señor, pobreza, dolor, menosprecio; y es buena materia de media Cuaresma en adelante. Duodécima, del aprovechamiento espiritual, de no fiar tanto de nuestras diligencias, como del favor de Nuestro Señor; y aunque despues de haberlas puesto medianas, lo podremos esperar de su Majestad. Décimatercia, de los favores y trabajos de los justos, de las tentaciones, de cómo se ha de llevar lo áspero de los tiempos, de la providencia de Dios en todo esto, y en castigar á

los suyos. Décimacuarta, de la paz y quietud del alma, y de los varios medios con que se alcanza. Décimaquinta, del provecho que tiene tratar con siervos de Dios, y tener uno que le enderece, y tomarle por regla, cuya memoria le reforme, y de lo mucho que importa el buen ejemplo, y la fuerza que tiene. Décimasexta, de las ocho bienaventuranzas, de las partes que tiene la virtud, de la prudencia y ciencia de los santos.

Esta es la suma de donde sacaba materia para sus pláticas, por cuanto en todas estas cosas han de estudiar y procurar ser muy diestros y aventajados los que han de ser perfetos. Pero más particularmente ponia su fuerza en tratar á menudo de todo lo que toca á la abnegacion de sí mismos, y de sus propias voluntades y juicios; y procuraba persuadir á los novicios este modo de estudio, con estas admirables razones, que pondremos aquí por sus mismas palabras: *No confundamos*, dice, *las facultades, que no saldremos con ninguna. Si en su tiempo no estudia uno bien Gramática, siempre será remendon; si en el suyo no estudia bien Artes, nunca las entenderá; así tambien, si en el noviciado no estudiais en la abnegacion de vos mismo, y en lo que más os ha de despertar al aprovechamiento en las virtudes, despues seréis remendones: porque si cuando el corazon está desembarazado, deseoso de perfeccion, con mucho tiempo y ayudas, y ejemplo de muchos, no acaudalais virtud, cuando esté el corazon prendado y repartido en mil partes, sin tantas ayudas, y con más tropiezos, ¿qué será? Será esto querer esperar perfeccion milagrosa; y como el espíritu de las letras es la buena vida; si esta falta, estaréis llenos de faltas; y como estátuas tendreis ojos y no vereis. El principio de la virtud es la propia abnegacion. El que quiere venir en pos de mí*, dice Cris-

to, *niéguese á sí mismo. Resolveos, hermanos, en confesar que no quereis comenzar á caminar á la perfeccion, ó comenzad por aquí, como el maestro de vida os lo enseña. Esconded ahora,* como dice David, *sus palabras en vuestros corazones, para que despues no pequeis. Proveéos en este tiempo de abundancia, para los años de hambre y esterilidad. ¿Qué esperais? Si los de Egipto pusieran los ojos en Josef, que fué tan sábio, que supo soltar el sueño que no alcanzaron sus sábios, y repararan en la priesa que se daba en silar trigo, cuando ellos lo echaban de casa, por ventura hicieran otro tanto, como aquel varon que tenia espíritu de Dios. Así ahora hay entre vosotros varones en quien mora el espíritu de Dios, que no se dan manos á recoger; imitadlos, que no teneis tanto que os sobre: y pues ellos siendo tan ilustrados lo hacen, acertar deben. No pareis donde otros corren. No os parezca tiempo perdido el de la probacion, aunque no estudieis, porque no se pierde tiempo en abrir la zanja del edificio, que ha de subir muy alto, ni en parar el caminante para dar cebada, ó el escribano en cortar la pluma. Estudiar es entender y penetrar, lo cuál no se hace bien sin luz, y ésta comunícala el Señor con mayor abundancia á los que más son sus amigos, y andan con Él en fe, haciendo las cosas en sus tiempos, y no atropellándolos y confundiéndolos por las ganas que tienen de ver cumplidos sus deseos. Partamos con Dios nuestro tiempo, y esto sea en todas las ocupaciones y actos públicos, y su Majestad partirá con nos de su luz: bástenos á dejar la ciencia, cuando el Señor quiere que tratemos de la santidad, y despues nos la dará con más abundancia.*

Todo esto decia este santo padre para persuadir á los novicios, y á los que están en probacion despues de los estudios, que atendiesen á solo el estudio de las virtudes, no perdiendo ni una hora deste dichoso tiempo.

§. II.

PERO no se contentaba con la reformacion del hombre interior, y su mortificacion, sino tambien les enseñaba todo lo que pertenece á la reformacion del hombre exterior, encargándoles mucho la virtud de la modestia religiosa, la cuál decia ser muy necesaria á los de la Compañía, por tres razones especiales. La primera, porque profesaban tratar con prójimos; y por consiguiente tienen obligacion de edificarlos, y tener buen nombre con ellos; y esto se alcanza mucho con la modestia y compostura exterior, que no es afectada, sino verdadera y religiosa: y pues los de la Compañía *Facti sumus spectaculum Deo, Angelis et hominibus*, menester es, como dice el mismo Apóstol, proveamos lo que es bueno delante de Dios y de los hombres. La segunda, porque los demas religiosos con el hábito y capilla edifican, y encubren algunas inmodestias, si cayesen en ellas; mas los de la Compañía, que traen el rostro descubierto, y no tienen especial hábito ni capilla, en lugar desto han de tener la modestia, que les adorne y componga, como las Matronas Romanas, por traer descubierto el rostro, han menester más modestia que las mujeres de otras naciones, que los traen cubiertos con mantos. Y lo tercero, porque la Compañía tambien profesa oracion y trato interior con Dios, al cuál ayuda grandemente la modestia exterior, que refrena los sentidos, por donde se derrama y pierde la devocion. Y de aquí es, que su modestia ha de ser muy religiosa, nacida de la reformacion interior, y de andar siempre en la presencia de su Dios, conforme á lo

que dice San Pablo [1]: *Vuestra modestia sea manifiesta á todos los hombres, porque el Señor está cerca.*

Para este propósito hizo un catálogo de todos los actos de inmodestia que puede haber en un religioso, que los seglares llaman falta de buena crianza y cortesía, contando en particular las inmodestias que puede haber en los movimientos y meneos de la cabeza, frente, ojos, oidos y narices, boca, lengua, brazos y manos, rodillas y piés, y en todas las demas partes del cuerpo, y el modo de traer el vestido. Tambien las inmodestias que pueden tener en la iglesia y en el coro, en el refectorio y en la celda, y en todos los oficios; como es, cuando dicen ó oyen Misa, cuando se acuestan ó levantan de la cama; cuando comen ó están en recreacion, y en cualquier otro lugar donde están solos ó acompañados. Tambien las inmodestias que puede tener el súbdito con el superior, ó un religioso con los demas, ó cuando van por la calle, y uno acompaña á otro, ó cuando tratan con los seglares, en el modo de hablar, reir, escupir, toser, menear las manos y cuerpo; reformando todos estos meneos, y procurando que en todos ellos (como dijo San Agustin en sus reglas) ninguna cosa haya que no diga bien con la gravedad y santidad de nuestra profesion. Yo leí este catálogo, que tenia más de doscientos actos de inmodestia, y falta de buena crianza, en que podia caer un religioso; y por ser tantos, y algunos muy menudos y caseros, no los pongo; pero he referido esto, para que se vea el cuidado que tenia con reformar á sus novicios aun en cosas muy menudas, de donde procedia, que resplandecian con tan rara modestia, que admiraba á

[1] Ad Philipp. 4, v. 5.

los seglares; y con esta grande admiracion no podian reprimirse, que no lo dijesen delante de nosotros (como yo se lo oia siendo novicio entónces), glorificando á Dios por este don que daba á sus siervos.

Finalmente, como no podemos tener tan á mano los maestros vivos, que con sus pláticas nos animen á la perfeccion, encargaba mucho á los novicios la leccion de los libros espirituales, que en la Compañía tenemos por regla; los cuáles, aunque de suyo son maestros muertos, pero dales vida el maestro, que es vida por esencia, hablando y enseñando por ellos al corazon; y por esto más particularmente solia encargarles la leccion de aquel librito de oro, que llamamos *Contemptus mundi*, de cuyas sentencias él se aprovechaba en sus pláticas, porque se pegaban al corazon, y Dios las imprime en los que las leen con buen deseo. Y cuando fué por Visitador de la Provincia de Aragon, dió á conocer en ella, y entabló el uso deste libro, cuyo provecho conocieron por experiencia, topando cada uno lo que ha menester para su alma, por cualquier parte que le abra.





CAPITULO XXIII.

De la excelencia con que hizo el oficio de Rector en Medina y otros Colegios; y del gran talento que tuvo de gobierno.

AUNQUE el Padre Baltasar habia gobernado algunos años el Colegio de Avila con título de ministro ó Vice-Rector, pero adonde comenzó á ejercitar este oficio con nombre de Rector, fué en Medina del Campo, y despues le hizo en otros Colegios, mostrando siempre gran talento de gobierno; y para ejercitarle con seguridad, se fundó en profunda humildad; y con título della, á los principios tenia mucha repugnancia y temor de entrar en semejantes oficios, sabiendo la estrecha cuenta que se ha de tomar á los que presiden y gobiernan; y porque habia bien ponderado las cargas de los superiores, de los cuáles decia, que han de ser cuanto al cuerpo ménos regalados, y los que más mal se han de tratar en todo; cuanto al alma han de andar muchas veces lastimados y amargados, y llenos de los cuidados de todos; cuanto á los súbditos, si hacen su oficio como deben, han de ser murmurados y malquistos con muchos; cuanto á Dios Nuestro Señor,

han de andar cargados de las faltas é imperfecciones de los suyos, de las tibiezas y quiebras en la religion, y de todos sus pecados; de modo, que no solamente han de ser cargados de lo que pecan, sino de lo que no aprovechan. Con esta consideracion, como él era tan celoso, y amigo de su perfeccion, y deseaba que todos fuesen perfetos, comenzó á sus principios á tener algun rigor, y andar muy afligido con las faltas de los que estaban á su cargo, como suele suceder á los superiores poco experimentados; mas despues, con luz del cielo vió que esto era impaciencia suya, y estrechura de corazon, y que era menester ensancharle, y hacerse sufrir y compadecerse, más que indignarse, imitando el gobierno de Dios en cuanto pudiese; y á este propósito tenia apuntada una cosa notable, que el santo Padre Martin Gutierrez le dijo un dia, dándole cuenta de su alma, el cuál al principio de su Rectorado andaba tambien muy afligido, por ver algunas faltas en los suyos; y estando un dia quejándose en la oracion á Nuestro Señor de su trabajo, le mostraron en un plato de plata un corazoncito muy pequeñito, y como ahogado con dos gotas de sangre, diciéndole: Este es tu corazon, que se ahoga en poca agua; y mostrándole luégo otro corazon grande y anchuroso, le dijeron: Este es el corazon de Dios, que con tantas idolatrías, herejías y pecados como hay en el mundo, no se congoja, sino con grande longanimidad espera coyuntura para coger copioso fruto de los que ahora son malos; y tal ha de ser el tuyo. Con esta vision quedó trocado y desahogado; y consolóle más Nuestro Señor, con revelarle que todos los que entónces tenia á su cargo, estaban predestinados Deste ejemplo de su buen amigo aprendió á ensanchar el corazon; y en la oracion le hizo Nuestro Se-

ñor esta misma merced, como él mismo lo confesó (como se ha visto en la relacion que hizo della) dándole alivio en el gobierno, sin que los cuidados le arrastrasen, y ahogasen el corazon; dióle tambien grande estima deste oficio, con un sentimiento que le inspiró en la Dominica del Buen Pastor[1], y de las ovejas, en esta forma: *Grande ganado es este, y grande es su dicha; el pastor bueno hace buenas ovejas; y así es gran beneficio y merced que se hace á ellas dársele tal. Cuando el pueblo de Dios trajo buena cabeza, Rey ó Profeta, siempre fué bueno. Grande obligacion echan sobre sí los pastores, porque son el blanco en quien ponen los ojos todas sus ovejas, y en sus costumbres se trasforman, como las de Jacob en la color de las varas.* Con este espíritu procuraba ser dechado de perfeccion á todo su rebaño; y cumplió tan exactamente con las reglas y obligaciones de su oficio, que podemos decir bien dél, que fué un superior cual le pinta nuestro Padre San Ignacio en sus constituciones. Y aunque se echa bien de ver, por las cosas que se han dicho del gobierno que tenia de los novicios, ahora añadiremos otras cosas que generalmente tocan al gobierno de todos; y dellas pueden aprender, no solamente los Prelados de las religiones, sino los señores cristianos, y padres de familia, para gobernar bien sus casas.

§. I.

PRIMERAMENTE él sustentaba con sus oraciones á todo el Colegio, así en lo espiritual, como en lo temporal, pesando cada cosa por lo que es: lo que es virtud, santidad y religion estimaba so-

[1] A 17 de Abril de 1575.

bre todas las cosas; y á los súbditos aventajados en virtud, tenia en más que á los Letrados y nobles, que tenian grandes talentos sin tanta virtud; y cuando topaba alguno sin letras, de aventajado espíritu, se estaba con él dias y noches, en razon de ayudarle y aprovecharle, como adelante veremos. De aquí es, que tantico de bien espiritual estimaba en más que cuanto habia temporal, y no consentia, que por procurar cosas temporales perdiese alguno ó menoscabase un punto de los ejercicios espirituales. Siendo Rector de un Colegio necesitado, tenia un ministro muy cuidadoso, el cuál venia á él muy congojado, diciéndole las cosas que faltaban, y era menester proveerlas luégo. El santo varon le respondia: ¡Qué congojado viene el Padre Ministro! ¿Ha comunicado eso con Nuestro Señor? El decia: áun no me han dado tiempo para rezar. Entónces con mucho sosiego le envió, diciendo: Eso ha de ser lo primero. Váyase á su celda, y rece, y tenga oracion; y despues vuélvase por acá. ¿Piensa que no tiene dueño este ganado? Dueño tiene, que no le costó tan poco que lo deje perder; vaya con Dios, y piense que no cuelga esto de su industria. Ibase el Padre Ministro á hacer lo que el Padre le ordenaba; y muchas veces, cuando volvia hallaba la necesidad remediada, por medios que le parecian milagrosos, mereciendo esto la fidelidad y confianza en Dios que tenia su Rector, como se dijo en el capítulo XVI.

De aquí tambien nacia, que como experimentaba ser de grande importancia dar á los súbditos liberalmente lo corporal, para que ellos atiendan más libremente á lo espiritual; así era muy liberal y solícito en que se diese á todos lo necesario en comida y vestido: visitaba cada mes personalmente con el ropero los apo-

sentos, informándose de cada uno lo que le faltaba para proveerlo; hacíalo poner por escrito, y pedia cuenta de cómo se habia cumplido; y en el refectorio procuraba que se diese bastante recado á la comunidad; y con los mortificados que descuidaban de sí, tenia el mayor cuidado; de los enfermos era muy compasivo y regalador, mirando que no se les hiciese falta en nada; y cualquier faltica que se les hiciese, reprehendia mucho; visitábalos muy á menudo; y cuando alguno estaba con peligro, volvia á visitarle de noche, cuando los demas estaban durmiendo.

Era el primero en todas las cosas de la comunidad, en la oracion, en exámenes, en acudir á la mesa, y salir de la recreacion, y en acudir á barrer, y á semejantes oficios, donde acuden todos: y porque es costumbre en la Compañía, que todos por su turno frieguen en la cocina un dia, él fregaba siempre el primer dia del mes, aunque no hubiesen dado vuelta los demas; y con este ejemplo tenia fuerza para hacer á los otros que fuesen puntuales; loaba mucho el bien que hay en seguir la comunidad, diciendo, que es lo que mucho agradaba á Dios, y sobre lo que habia echado su bendicion; y á los que le pedian licencia para hacer cosas extraordinarias de penitencia, se lo libraba en que procurasen andar con el comun en todo, sin querer excepciones y privilegios singulares, y que se aventajasen en hacer esto con espíritu; y esta merced señalada pedia él á Nuestro Señor, que le diese gracia, y la salud que bastaba para andar con todos, y se la concedió: porque aunque tuvo hartos achaques, disimulaba con ellos por no faltar al comun de todos, experimentando, que los tales son ayudados de Dios, y medran en el espíritu, y tienen tiempo bastante para hacer sus ejercicios espirituales, y sus

oficios bien hechos; y solia decir, que valia más vivir un poco ménos, ó con ménos salud, siguiendo la comunidad, que no, vivir mucho tiempo, ó tener entera salud, teniendo particularidades ofensivas, con pesadumbres de otros; y como el Padre Francisco de Ribera, de quien despues haremos mencion, le pidiese licencia para quedarse mientras la primera mesa, estudiando unas conclusiones, porque le importaba mucho, le respondió: De más importancia es ir con todos, y por aquí se gana más en el estudio. Obedeció el buen súbdito, y por el buen suceso echó de ver la razon que tenia su buen Rector.

Estaba siempre de un temple, de manera, que no era menester esperar tiempo ni ocasion para tratar con él; el semblante exterior era apacible, con una santa gravedad; de modo que se hacia amar y respetar, juntando todos el amor con la reverencia filial; y aunque tomaba figuras de severidad rigurosa, para ejercitar á los súbditos, luégo se volvia á su semblante ordinario, y por otra parte era muy inclinado á honrarlos en lo público, y delante de los seglares, hablando honoríficamente dellos, y tratándolos con el respeto que pedia el estado de cada uno: miraba tambien los semblantes de sus súbditos: no consentia que alguno anduviese mucho tiempo triste y cabizbajo, diciendo, que en la casa de Dios nadie habia de andar triste, sino alegre; y más disimulaba el exceso en la alegría que en la tristeza: compadecíase de los que caian por flaqueza, ó tenian récio natural, y acariciábalos para remediarlos: á veces pedia á los Provinciales se los enviasen á su Colegio, para ganarlos con su blandura y direccion; y deste modo rindió y trocó á algunos, con mucha caridad y destreza, porque sus palabras parece que amansaban las fieras.

Tenia grande constancia en guardar todo lo que pertenecia á su oficio, por menudo que fuese; ni descuidaba dello hasta el último dia y hora en que le dejaba, como se verá por esta menudencia, que es indicio de lo que hacia en cosas mayores. Para cumplir la regla que tiene el Rector de visitar algunas veces á los que están en oracion, señaló el dia del Viérnes, y ninguno dejó de hacerlo, por más ocupaciones que tuviese, ni por más trabajo que hubiese pasado la noche ántes; tanto, que el mismo Viérnes que salió de Villagarcía, para ser Provincial de Toledo, habiéndose de ir luégo despues de oracion, visitó todos los aposentos, como solia; porque el buen superior, con título de que se acaba presto el oficio, no ha de aflojar, haciéndolo el último dia con el mismo cuidado que el primero.

§. II.

TODO esto que se ha dicho, y mucho más, se verá por una suma que hizo de las cosas que eran necesarias para ser buen superior, lo cuál á juicio de todos los que le conocimos, es un dibujo de lo que él mismo hacia; y más es retratarse á sí, que enseñar á otros. Dice pues así: El oficio del superior es servir á las almas por quien Cristo murió; servirles como esclavo á señores por Cristo; y en lo poco que se puede hacer por Dios, tenga por dicha que no miren en lo que hace por ellos, ni en que le agradezcan sus servicios, porque tanto más puros los reciba el Señor, cuanto ménos ellos fueren vistos y agradecidos. Y así, lo primero que ha de llevar delante de sus ojos, es que, hacerle superior, no es hacerle señor, ni darle gente á quien mande, sino ayo de

Príncipes, y siervo de hijos de Dios, por los cuáles muere, y los sirva y ponga sobre su cabeza. Pues desta manera gobernó el Señor, que dijo: *No vine á ser servido, sino á servir*. Y el Eclesiástico dice: *¿Hiciéronte Rector? mira que seas como uno de los demas* [1]. Lo segundo, tenga los súbditos en tal figura, que se le abran con consuelo y confianza; y entiéndase que en ninguna cosa le pueden tanto regalar, como en acudir á Él, y descubrirle su pecho, cuanto quier que sean flacos; y que por eso no perderán con Él: pues no es razon, que de donde al súbdito se le abre el cielo, y queda en mejor figura con Nuestro Señor, no le quede en el pecho de su ministro. Trate desta plática muchas veces, que es utilísima, y acuérdela á los confesores y predicadores; porque hay millones de almas perdidas por no bastarles el corazon para descubrir su interior postema. Lo tercero, lleve tambien delante de los ojos, para que viva con humildad, que traer bien rendido y gobernado el Colegio, no será tanto obra de sus industrias, como de Nuestro Señor; porque obra tan grande, como es traer los hombres rendidos y derribados por el suelo, no es de hombres, sino del que dice David [2]: *Esperé en el que pone mi pueblo rendido á mis piés*. Quien ha de derribar cedros, menester ha brazos de hierro; y estos dalos el mismo Señor tan fuertes, como el arco de bronce. De modo, que el que negociare más con este Señor, y le fuere más familiar, será mejor leñador; aunque sea tartamudo, y se les pierda de vista la traza á los hombres.

Cuarto, éntre ganando la voluntad á los del Cole-

---

[1] Matt. 20, v. 28.—Eccli. 32, v. 1.

[2] Psalm. 143, v. 2.

gio, dándoles significacion del contento que tiene de su compañía; pero mire no se le conozca alguna aficion particular, que es tropiezo de toda la casa. Tambien éntre disimulando el mandar y ordenar por algunos dias; porque no los desabra, pareciendo que entra mandando, como Alcalde de Corte. Nunca ordene con soberbia y mando, sino con humildad y mansedumbre, y por via de consulta. Como, mirad si esto se hace bien así; porque este modo de consulta es de más fuerza para persuadir y sosegar los ánimos turbados. Quinto, háblelos á menudo en particular, y de cuándo en cuándo vaya á visitarlos en sus aposentos; y cuando vinieren al suyo para hablarle, diga que entren, aunque esté ocupado, para que ellos vean que no puede hablarlos [1]; y cuando les despidiere sea con buenas palabras; y mientras le hablaren, no esté escribiendo ó haciendo otra cosa, porque no parezca tenerlos en poco.

Sexto, despídase de los intentos y trazas que le pueden estrañar de hacer bien su oficio, y atender á los de casa, gastando el tiempo en el gobierno, y su estudio le conmute en actuarle; porque entre todas las devociones y medios para su aprovechamiento y de su Colegio, esta será la más sustancial; por esta causa no se cargue de muchos negocios con los seglares: porque más ayudará á los pueblos en darles sujetos religiosos y perfetos, que en hacer él sus negocios.

Séptimo, procure ser el primero en todas las cosas, para que su palabra tenga fuerza, y los súbditos no tengan excusa, cuando faltaren; y así cumplirá lo que dice el Evangelio, del buen Pastor, que cuando apacienta su ganado va delante dél. Y advierta, que

[1] Ex D. Basilio.

de su reformacion depende la de los inferiores; los cuáles toman la guarda de las reglas, de los superiores; y si estos por divertirse á otros intentos, dispensan consigo en muchas cosas, no tiene fuerza lo que platican, porque no hacen lo que dicen.

Octavo, tome bien lo que le dijeren cualesquier personas, mostrando con el semblante y palabras agradecimiento: porque con sólo esto se desenconarán algunos, y él podrá ser ayudado en muchas cosas; y esto solo bastará para que sea bien quisto.

Nono, tenga entereza de ánimo, porque no se alcen todos á mayores; pero con entrañas de caridad, para que junte con rectitud, suavidad, y sea como el Señor, á quien llama David dulce y recto; aunque á tiempos, porque no se turbe la paz, es bien dar su brazo á torcer, cuando el súbdito no quiere hacer lo que debe, llevándole por bien, sufriendo en paciencia al que el Señor sufre, hasta que se digne de visitarle, y hacerle capaz de los medios de su aprovechamiento: pero no descuide de aplicar todos los medios que pudiere para ganarle.

Décimo, por ningun caso, cuantoquier que parezca justo, reprenda enojado, hasta ponerse á sí en paz primero, con lo cuál podrá apaciguar despues á su hermano, y más le ganará entónces sufriéndole, y él mismo vendrá á reconocer y reprender su dureza y terquedad, rindiéndose y derribándose á sus piés; y la razon de no reprender estando turbado es, porque todos los mandamientos del Señor se ordenan á la caridad y limpieza de corazon, lo cuál se pierde dejándose llevar de la indignacion y disgusto. Tambien en los desórdenes y falta de los súbditos, no se indigne mucho, ni muestre su desórden y turbacion; en cosas pocas no sea muy rígido, como si él fuese muy justo,

ni reprenda frecuentemente; porque se hace duro el gobierno, y de la costumbre viene á tenerse en poco, y no se siente.

Undécimo, cuando el súbdito turbado resiste, témplese el superior, acordándose que es su hermano, y miembro de Cristo, é imágen de Dios, y está irritado del demonio; y si él no sabe sufrirle, podrá ser que perezca aquella alma, por la cuál murió Cristo Nuestro Señor. En tal tiempo use de benignidad y misericordia, acordándose que él está sujeto á semejantes flaquezas; y dé gracias al Señor que le dió autoridad para poder perdonar, pues desta manera le perdonará á él mayores faltas; y si le pareciere que la blandura podrá dañarle, acuérdese que dice el Apóstol, que el malo se ha de vencer y ganar por bien y no por mal. Clame entónces al Señor, que sosiege á los dos.

Duodécimo, el recato moderado con los súbditos, es bueno; el demasiado es dañoso, porque los cierra y atormenta; y al contrario, la confianza les obliga mucho; muestre tener crédito dellos, y satisfacion de sus cosas á sus tiempos, porque desta manera los gobernará con saber.

Estos y otros muchos avisos daba á los superiores, sacados del libro de su propia experiencia, y de los sentimientos que Nuestro Señor le habia dado en la oracion para hacer este oficio como conviene.





CAPITULO XXIV.

De su celo y cuidado en promover el ministerio de leer latin, y criar bien la juventud de la República, y enseñar la Doctrina Cristiana.

UNO de los ministerios que los de la Compañía ejercitan en este Colegio de Medina, y en otros muchos, es enseñar Latinidad á la juventud de la República, que desea aprenderla, teniendo por fin principal enseñar á los niños y mozos, con letras humanas juntamente las buenas costumbres, para que desde la tierna edad comiencen á servir de veras á Nuestro Señor, como conviene á verdaderos y perfectos cristianos. Y aunque el Padre Baltasar Alvarez, por razon de su oficio de Rector, tenia grande cuidado y celo de que se ejercitasen con diligencia y perfeccion todos los demas ministerios propios de la Compañía, como son predicar, confesar, ayudar á morir, dar los ejercicios espirituales, visitar cárceles y hospitales, y lo que pertenece á las ciencias mayores, de Artes y Teología, cuando se leian en su Colegio, como veremos presto, contando lo que hizo en Salamanca; pero con muy especial cuidado miraba por este ministerio de leer Latinidad, que en los ojos del mundo no es tan honroso: pero en los de Dios es muy glorioso, y á la Iglesia y República Cristiana, del modo que la Compañía le ejercita, es muy provechoso.

§. I.

Este cuidado y celo mostraba señaladamente en tres cosas. La primera, en la grande estimacion y aprecio que tenia deste ministerio, procurando imprimir este mismo sentimiento á todos los de la Compañía, para que se alentasen á ejercitarle con gusto, y ayudasen á los que le ejercitan; y aunque para este propósito hay muchas razones muy fuertes, que traen los Doctores que tratan desto, yo solamente apuntaré lo que el Padre Baltasar sentia y decia de lo mucho que importa juntar letras con buenas costumbres en edad tierna, así por el bien de los mismos niños, como por el bien de sus padres y de toda la República. A los niños importa, porque desto depende todo su bien presente y futuro, por ser en aquella edad como cera blanda, tablas lisas, y papel limpio, imprimiéndoseles fácilmente lo que les enseñan, así de letras como de virtud, y conservándolo despues con más facilidad; pues, como dijo el Poeta, el olor que recibe la olla nueva, siempre lo conserva; y el mancebo (dice el Espíritu Santo) va en la vejez por el camino que aprendió en la mocedad; y tambien tienen el cuerpo más apto para semejantes trabajos de estudios y castigos, y son como la tierra vírgen, que se comienza á romper, cuyos primeros frutos son muy fértiles y gruesos; y aunque suceda descuidarse despues de la virtud, tornan á volver á ella; y muchas veces la memoria de lo que hicieron cuando niños, les avergüenza y hace volver sobre sí, para vivir virtuosamente cuando son ya hombres.

Tambien les importa á los padres, que les crien hijos virtuosos, y que les den buena vejez; y ellos

mismos habian de procurar y desear tales maestros, que les ayudasen á esto: pues es cosa vergonzosa, que cuiden tanto de que anden bien mantenidos y vestidos, y de que aprendan los usos comunes, y letras humanas, atesorando con tanto cuidado riqueza para ellos, y le tengan tan poco de que se crien con virtuosas costumbres, de donde pueden temer la perdicion de sus hijos, y que les den mala vejez; pues, como dice nuestro refran, al enhornar se entuertan los panes, y despues de cocidos no hay enderezarlos; y como dice el Sábio [1], el que cria á su hijo con demasiado regalo, despues sentirá su demasiada rebeldía.

Tambien importa esto mucho á la República, porque los sábios virtuosos son la levadura de las ciudades, y sal que las preserva de las corrupciones y peligros. Un pobre sábio (dice el Eclesiastes) [2] basta para librar con su santidad y sabiduría á la ciudad que está sitiada de enemigos. Y por esta causa, para el bien universal de la Iglesia, y de las iglesias particulares, ordenó el sagrado Concilio de Trento, y otros Concilios han hecho lo mismo [3], que en cada iglesia Catedral haya un seminario, donde mozos de doce años arriba se crien en virtud y letras, proveyéndoles de buenos maestros; y el mismo cuidado encargaron Platon, Aristóteles y otros filósofos gentiles para el bien de sus Repúblicas. Y Plutarco hizo un excelente tratado de la buena crianza de los hijos, donde dice, que como es necesario, luégo en naciendo los niños, formar y componer bien los miembros de su cuerpo, para que crezcan iguales y derechos, así conviene re-

[1] Prov. 29, v. 22.
[2] 2 Eccles. 9, v. 15.
[3] Sess. 23, c. 18; Later. sess. 9, de reform.; Colon., Magunt., etc.

glar y componer sus costumbres, para que vengan á ser buenos ciudadanos.

Esta es la suma de las razones que el Padre Baltasar traia, para encomendar este ministerio, que nuestro Padre San Ignacio con espíritu de Dios encargó á los de la Compañía; y para que se ejercitase con más suavidad, hacia la segunda cosa que dijimos, alentando con estas razones y otras semejantes á los maestros que estaban dedicados, ó empleados en este oficio, mirando mucho más por sus comodidades, y honrándolos en todos los lugares públicos. Y aunque el maestro de las clases menores fuese algun hermano novicio, á quien mortificaba dentro de casa, le honraba y trataba con respeto en su clase, delante de los estudiantes; y queria que todos fuesen estimados y honrados, como es razon, porque trabajan con ménos aplauso del mundo, y con más fruto; y muchas veces, leyendo como deben, ganan más almas para que sigan á Cristo, que los predicadores con la elocuencia de sus sermones. Demas desto les ayudaba con particulares avisos, para hacer con provecho sus oficios, poniéndoles delante el intento de la Compañía, que es dar á beber la virtud cristiana con la leche de la buena dotrina; y por esto desea dar á los estudiantes, maestros que les enseñen, tanto vistos como oidos; quiere decir, que no ménos enseñen con el ejemplo de su santa vida, que con su erudicion y ciencia; porque los niños más se mueven á seguir lo que ven, que lo que oyen; y si el maestro dice uno y hace otro, habla bien y obra mal, vanse tras el mal que le ven hacer, no haciendo caso del bien que le oyen decir. A este propósito hace lo que dijo Plinio [1]:

[1] Plin. in epist. ad Coreliam Hispullam.

Filium tuum trade præceptori, a quo mores primum, mox eloquentiam discat, quæ male sine moribus discitur. Y San Bernardo cuenta de San Malaquías, que siendo mozo, nunca se pudo acabar con él, que entrase en la escuela de cierto maestro, por solo haberle visto una vez hacer una cosa indecente. Por esta causa, tambien el Padre Baltasar encargaba mucho á los maestros, que hiciesen guardar el órden que da la Compañía para los estudiantes, en lo que toca á las costumbres, que es casi el mismo que dió el Concilio Tridentino para los de sus seminarios; y les decia, que para esto tambien les ayudaria leer el tratado que hizo San Bernardo de *Ordine vitæ*, ó de *Doctrina puerorum*, y otro que hizo Gerson [1] de *Trahendis pueris ad Christum*. Y finalmente, les ponia delante el gran premio que podian esperar de Nuestro Señor en esta vida y en la otra, por su buen trabajo; porque si la crianza temporal de los niños le es acepta, y premió á las parteras de Egipto, porque miraron por los niños hebreos, y los libraron de la muerte corporal, que el tirano Faraon pretendia darlos, ¿cuánto más premiará los servicios de aquellos que miran por los niños cristianos, y los crian en virtudes, procurando librarles de la muerte espiritual con que el demonio pretende destruirlos?

En confirmacion desto pondré el capítulo de una carta que escribió al Padre Juan de Bonifacio, que se dedicó á este ministerio, y en él perseveró más de cuarenta años con grande fruto, sin embargo de que nuestro Padre General le convidaba al principio con los estudios de Teología, para que tenia no pequeño caudal, pero él se lo agradeció, y no quiso aceptar-

[1] Gerson 2, p. alphab. 34.

los; y en esta razon le dijo estas palabras: Con cuidado me tenia la eleccion que nuestro Padre dejó á V. R., y fuéme de consuelo particular que eligiese estarse quedo, porque en su profesion obrará con más seguridad su salud, y la de muchos, de que V. R. tiene más necesidad, que la Compañía de Teología; y si ella despertare deseo de más alto nombre, acuérdese que es bueno el que tiene, y que este no le han de buscar los religiosos, sino hundirse, por dònde, si les conviene, le alcanzarán del Altísimo, que levanta los humildes; y así quedará V. R. tenido por tal en la Compañía, pues dejó lo que muchos desean, teniéndolo en sus manos. Cuanto al leer en este lugar ó en otro, no es malo representar, pero sin comparacion es mejor caer y asentar y reposar con mucho consuelo, hasta que el Señor envie á su ángel, que ordene la mudanza á su siervo, siquiera porque haya quien con su vida apruebe la de Cristo Nuestro Señor, que adonde le echaba la ordenacion del Padre, se hundia hasta que oia, *vuélvete*, de la boca misma de quien ántes habia oido, *vete*. Esta verdad crea V. R. de quien le ama de veras en el Señor, y huelga por su bien privarse de su presencia, y del buen nombre y ayuda que pudiera traer al Colegio de Medina con ella. Esto dice el Padre Baltasar, porque el Padre Bonifacio leia entónces en Avila, y quisiera mudarse á Medina, donde él era Rector, por gozar de su santo gobierno. Pero el fiel consejero miró más al provecho del que le pedia el consejo, que á su propio provecho, deseando que todos los de la Compañía hagan su oficio con consuelo en el lugar donde Dios les ha puesto. Pero volviendo á nuestro propósito, no se contentaba el Padre Baltasar con alentar á los maestros que leian latinidad, sino tenia tambien espe-

cial cuidado de los mismos estudiantes, y no sólo procuraba que se les hiciesen pláticas espirituales los Viérnes, como dicen sus reglas, sino tambien él mismo se las hacia de cuándo en cuándo, acomodadas á su capacidad y necesidad, pero con el mismo espíritu que á los demas, á fin de que entendiesen, que para alcanzar lo que pretendian no bastaban los buenos maestros y sus muchas industrias, si ellos tambien no juntaban sus buenas diligencias; y alentábalos á ponerlas con decirles: Si sois los que debeis, las estrellas no parecen tan bien en el cielo, como vosotros en el suelo; seréis como las estrellas al medio dia, que una que parezca en el cielo, espanta al mundo; vuestra edad tierna, amorosa, inocente y llena de bienes, es como la semilla, que en virtud tiene la grandeza de los árboles. Por tanto, aprended ahora lo que os traerá grande honra, sumo provecho, y perpétuo descanso. Poned los ojos en los niños bien doctrinados del Viejo y Nuevo Testamento, que fueron despues grandes santos. Tobías, siendo niño en los años, nunca tuvo cosa aniñada en las costumbres, y por esto conservó el temor y amor de Dios en medio de grandes tribulaciones. San Nicolás y Santo Tomás, desde los pechos de sus madres comenzaron algun uso de penitencia y virtud; y desde vuestra tierna edad es bien comenzarla. A San Timotéo dijo su maestro S. Pablo: Vive con tal gravedad, que ninguno desprecie tus pocos años, conservando la Fe y Caridad con Dios, la castidad y pureza contigo, la blandura y entereza en tus palabras y conversaciones con los prójimos; cercenad las que huelen á ira, impaciencia ó deshonestidad, y aparatos de malas compañías, que son veneno de las buenas costumbres.

Estos son los consejos que daba á los estudiantes,

y por tenerlos más recogidos, y hacerlos más devotos de la Vírgen Sacratísima, favoreció mucho á las congregaciones de Nuestra Señora, que entónces comenzaron á entablarse en esta Provincia; y en Villagarcía, donde comenzaba á florecer mucho el estudio, siendo allí Rector les aplicó allí una capilla en nuestra iglesia, haciendo poner en el frontispicio este letrero del libro de los Proverbios: *Multæ filiæ congregaverunt sibi divitias; tu supergressa es universas.* Y yo me admiraba del afecto y devocion con que se aplicaba á esto, con andar bien ocupado en otras cosas de mucha importancia.

§. II.

CON este mismo celo y cuidado procuró tambien promover el ministerio de enseñar la Doctrina Cristiana á los niños, y á la gente ruda; el cuál estimó en tanto nuestro Padre S. Ignacio, que para que no se olvidase ni se dejase por menosprecio, quiso que se hiciese especial mencion dél entre los votos de la profesion solemne [1]. Y á los Rectores ordenó que el primer año de su oficio enseñen cuarenta dias la Doctrina Cristiana, para dar ejemplo á los de su Colegio, y avivar este santo ejercicio; y á los profesos tambien se ordenó, que dentro del primer año de su profesion, la enseñen otros cuarenta dias, para dar principio á lo que ofrecen en su profesion; y todo se funda en la importancia desta enseñanza, por lo cuál tambien el santo Concilio de Trento [2] encargó

[1] 5 p. const., cap. 3.—4 p., c. 10, §. 10.—In 2 cong., can. 30.
[2] Sess. 24, c. 4.

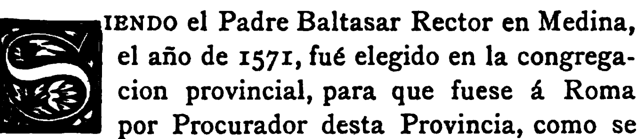
seriamente á los mismos Obispos, que procurasen se enseñase la Doctrina á los niños en las parroquias, todos los Domingos y fiestas del año.

Movido pues deste celo el Padre Baltasar, se preciaba mucho deste ministerio, salia el mismo, especialmente cuando estaba en Villagarcía, muchos Domingos por las tardes con los niños de la escuela, y con los estudiantes del estudio, cantando la Doctrina por las calles, ó guiando la procesion dellos; y en la plaza ó á la puerta de una iglesia, hacia las preguntas de la Doctrina Cristiana á los niños con muy buena gracia, y dellas tomaba ocasion para hacer una plática y exhortacion para la demas gente que allí se juntaba; y advertí las veces que yo fuí con él en estas ocasiones, que siempre mezclaba tambien algun punto del amor de Dios, y de la perfeccion, para los que trataban della, que siempre habia algunos destos en el auditorio. Esto mismo hacia en los caminos, cuando paraba algo en algunos lugares. Viniendo de visitar la Provincia de Aragon, y pasando por Cervera su patria, los pocos dias que allí se detuvo salia con su campanilla en la mano por las calles, para recoger los niños, y enseñarles la Doctrina Cristiana, cosa bien nueva en aquella tierra, admirándose los que le conocian, de ver persona tan grave ejercitar oficio tan humilde: pero él no le tenia sino por muy alto; y por esto no se desdeñaba de hacerle; y así con más libertad le encargaba á los demas, para que le hiciesen con cuidado, acudiendo á las escuelas de los niños cada semana una vez; y en Villagarcía nos enviaba los Domingos de dos en dos á pié por las aldeas de la comarca para lo mismo, para que antiguos y novicios cobrasen aficion á tan santo ejercicio.



CAPITULO XXV.

De la jornada que hizo á Roma, y cómo se previno con la confianza en Dios, y experimentó los efectos de su divina Providencia, y la guarda de los Angeles.



SIENDO el Padre Baltasar Rector en Medina, el año de 1571, fué elegido en la congregacion provincial, para que fuese á Roma por Procurador desta Provincia, como se suele hacer en la Compañía de tres en tres años, nombrando uno de los profesos de cuatro votos, en quien concurren tales partes de religion, prudencia y experiencia, que toda la provincia pueda fiar sus negocios, para tratarlos á boca con nuestro Padre General, y deliberar si hay necesidad de hacer general Congregacion, para el bien universal de toda la Compañía. Y como el Padre Baltasar algunos dias ántes sospechase que le habian de elegir, temióse mucho, así por parecerle que era poco suficiente para lo mucho que pide este oficio, como porque se recelaba que los caminos habian de distraerle y entibiarle en el fervor de espíritu que tenia. Con esta congoja acudió á Nuestro Señor, ofreciéndosele á todo lo que quisiese hacer dél, y en particular para esta jornada. Imaginaba este cargo como un árbol muy grande, y ofrecióse á llevarle sobre sus hombros, sin descargarse ni de una ramita pequeña, ni de una hojita, que es ménos. Entónces (como él escribe en su librito) le infun-

dió el Señor una interior claridad, que desterraba las tinieblas pasadas, y las flaquezas de ánimo, enseñándole las verdades siguientes:

Sacándote Dios, ¿qué tienes que temer caminos, ni enemigos? Por grande gracia debias tener, que se quisiese servir de ti el Señor. ¿Qué perdió Moisés por entrar en lo que Dios le puso, y él tanto temia? ¿Qué cosa es rehusarlo sino incurrir en la cobardía que el Señor reprendió en Moisés, y no querer que él te mande; y en la flaqueza que mostró Jeremías, cuando dijo: ¡Ah Señor! que soy muchacho, y no sé hablar? Responde el Señor: ¿Escójote yo para que hables, y no sabrás? ¿Y si á quien Dios pone en alguna cosa, faltándole ciencia, se la da; faltándole virtud, negársela ha? A Moisés, que rehusaba el oficio, le dijo el Señor: ¿Quién es el que hizo al mudo y al sordo, al que ve y al que no ve, sino yo? Moisés ganó mucho en entrar por obediencia en lo que Dios le puso, pues ganó su trato y amistad familiar con que fué bienaventurado en la tierra, y más ilustre que todos los Reyes della, más sábio y más santo. El recaudo del Señor le sirvió de todo favor con Faraon y sus grandes; y la compañía de Dios por acierto y seguridad en sus caminos. Luégo fué hecho en mi ánimo un esfuerzo interior, y gran confianza de que seria conmigo lo mismo, si con amor recibia por su obediencia la jornada: y así la acepté desde aquel punto, y luégo la encomendé al Señor y á su benditísima Madre, y á los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y Santiago, y á San Antolin, y pedí el espíritu de la Compañía. Quien manda el camino, asegurará el paso. A Jacob, en medio del camino, cuando más desacomodado se halló, se le mostró Dios, y le abrió su cielo, y le prometió su favor; y el que á la ida le hizo tantas mercedes, á la vuelta, cuando ya el que pasó solo volvia medrado, se le tornó á aparecer, y mudándole el nombre, le aseguró del mal tratamiento

que temia de su hermano. ¿Y qué perdió Abrahan por salir de su tierra, obedeciendo á Dios? ¿Qué, José por ser vendido de sus hermanos, y humillado en Egipto? Todas estas son palabras del Padre Baltasar, comunicadas de Nuestro Señor, para que tuviese grande ánimo y confianza en la Divina Providencia, si hacia las jornadas, y tomaba los oficios por obediencia: y así solia decir con gran ponderacion, que el remedio alto y compendioso de todas nuestras necesidades, es amar á Dios, y procurar su buen contentamiento, y con esto podemos fiarnos dél; porque ama tanto á los justos, que no quiere les ocupe con solicitud el cuidado de sus comodidades; sino que le arrojen en el cuidado que el mismo Señor tiene dellos, y por esto les dijo: *Buscad en primer lugar el Reino de Dios, y las demas cosas se os darán por añadidura.* Si tuviésedes un amigo que os quisiese tanto, que por vuestro amor vistiese de seda á vuestros criados, y los hiciese banquetes muy regalados, quedaríaos duda de que haria otro tanto con vos, habiéndolo menester? No cierto: pues esto es lo que dice Cristo Nuestro Señor: Si vuestro Padre celestial viste los lirios con tanta belleza, que ni Salomon lució tanto en toda su gloria; y si sustenta los pajaritos, que son criaturas ordenadas para el servicio del hombre, ¿qué duda podréis tener de que hará lo mismo con vosotros, cuando tuviéredes necesidad dello? ¡Oh hombres de poca fe! Ese desmayo es más propio de infieles que de cristianos: porque sabe vuestro Padre de lo que teneis necesidad.

Desta providencia de Dios tenia el Padre Baltasar muchas experiencias, que le confirmaban en su confianza: y así, hablando de sus caminos, dice: Experimentamos que el Señor no habia perdido el cuidado de nosotros en la disposicion de las jornadas,

andando como si fuéramos guiados de un Angel, sin tenerlas prevenidas, y sin que nos faltase el sustento conveniente, aunque tuvimos alguna partecica de la Cruz del Señor en trabajos y posadas y uso de cosas propias de pobres.

Pero donde más experimentó esta providencia en todas las cosas corporales y espirituales, fué en esta jornada de Roma, cumpliéndole Nuestro Señor lo que le habia prometido; porque con ir por Francia, que hervia en herejías, á donde despues otros tres Padres graves desta provincia, que hacian la misma jornada, fueron presos y maltratados de los herejes, como presto veremos, le libró de todos estos peligros, y le cumplió el deseo que tenia de decir cada dia Misa. Supo, y pudo guardar grande órden en todos sus ejercicios espirituales, y lo más del dia, ó todo, iba por el camino en oracion; y el Padre Francisco Vazquez, bien conocido en esta provincia por su grande religion y prudencia, y excelente don de predicar, que entónces iba tambien con el mismo Padre, como procurador de la provincia de Andalucía, reparó en que siempre que le miraba, le hallaba recogido, y puesto en la presencia del Señor. Lo mismo conservó dentro de Roma, no queriendo divertirse en salir á ver curiosidades ó antigüedades, empleando el tiempo que otros gastan en esto, en tener larga oracion delante de los cuerpos santos que visitaba; y como daba tan raro ejemplo de santidad, quiso Nuestro Señor que todos le honrasen y venerasen. Desearon que se quedase allí por Rector de la casa de los novicios y su Maestro, pareciéndoles que estaria bien empleado en la cabeza del mundo, el que lo era entre los Maestros de novicios que habia entónces en la Compañía: pero el santo varon, huyendo de aquel puesto tan público, se ex-

cusó con humildad, representando la falta que haria en su provincia; y así le dejó volver el Padre Francisco de Borja, que era General de la Compañía, cuya grande santidad y espíritu es muy sabida en el mundo; el cuál le estimó en tanto, que trató con él, no sólo muchas cosas tocantes al bien universal de la Compañía, sino tambien de cosas interiores y espirituales, procurando descubrir lo mucho que el Señor le habia comunicado cerca dellas.

Tambien á la vuelta, en el camino le dió otro tiento el Padre Diego Miron, Asistente del dicho Padre Genèral Francisco de Borja, el cuál, por mandato del Papa Pio V, venia á España con el Cardenal Alejandrino su sobrino, á negocios muy graves de la Iglesia; y como no podia visitar por sí mismo todas las provincias de España, ordenó al Padre Miron que visitase la de Portugal, donde ántes habia sido Provincial. Este Padre venia por superior de todos los de la Compañía, que hacian aquella jornada; y entre todos se aficionó mucho al Padre Baltasar, por su gran santidad, y le pidió con grande encarecimiento, que quisiese ser su compañero en aquella visita; mas él lo rehusó con humildad, diciéndole, que tenia gran deseo de volverse á la quietud y sosiego de Medina, y á gozar del olor que da de sí la probacion, con el fervor que traen los novicios; lo cuál era grande ayuda de costa para despertar un alma; y el oficio de Maestro de novicios, el más aparejado que hay en la Compañía para hacer á un hombre santo. Oyendo el Padre Miron esta respuesta, quiso tentarle, y descubrir la virtud que en él habia, diciéndole que mirase bien, que era gran cosa en aquella ocasion ser su compañero: porque el que lo fuese tomaria noticia de varias provincias, y cuando él se volviese á Roma con el

Padre Francisco, quedaria por superior y visitador de todas. Entónces riéndose el Padre Baltasar le respondió: Oh, Padre mio, si supiese la poca gana que tengo desos oficios por autoridades, y la repugnancia que siento á ellos, y en cuánto más estimo estar toda la vida en un rincon al olor del noviciado, no me convidaria con ellos. Con esta respuesta quedó el Padre Miron satisfecho, y cesó de lo que pretendia.

Pero contemos un caso raro que les sucedió en esta vuelta de Roma, pasando por Francia, en que mostró Nuestro Señor su paternal providencia, para librarlos de grandes peligros y trabajos. Saliendo un dia despues de comer de una ciudad á otra, que distaba cuatro leguas, avisáronles que no echasen por una senda que iba á un monte, porque habia en él salteadores, sino por unos prados y aguazales que estaban llenos de agua, por los cuáles podian caminar más al seguro. Llegados á estos prados, y entrando en el agua, comenzaron á hundirse las cabalgaduras hasta las cinchas; y pareciéndoles imposible caminar de aquella manera tan largo trecho, pues al principio estaba el agua tan profunda, y temiendo los atolladeros que necesariamente habian de topar, pararon todos dudando de lo que harian: oyeron voces de un muchacho que estaba en la ribera, y les decia que no iban bien, sino que echasen por la senda que iba al rededor del lago hácia el monte. Comenzaron á dudar si Dios les enviaba este aviso, y era bien tomarle, ó si este mozo era echadizo de los salteadores, para engañarlos, como de verdad lo era; y así, inspirados de Dios, se resolvieron de proseguir su camino, aunque se les renovó y aumentó el temor, viendo venir por el mismo lago una barca con muchos remeros vestidos de colorado, que saliendo de la parte del monte iba

hácia donde ellos estaban, y temieron no fuesen los mismos ladrones, que viendo cómo no habian echado por la senda, querian cogerlos á su salvo en medio del agua. Pero presto se les quitó este miedo, viéndolos saltar en tierra, y ir su camino adelante. Sólo quedaba el temor de si iban errados, el cuál crecia mientras más caminaban; de modo, que habiendo entrado por el agua como media legua, les pareció temeridad pasar adelante, y se determinaron de volverse por el mismo camino. A esta sazon vieron venir por donde ellos habian caminado, un caballero muy lucido, corriendo por el agua como por tierra firme, y llegado á ellos los saludó muy cortesmente, y les dijo, que le siguiesen sin miedo, porque él sabia bien el camino, y les guiaria á su salvo. Hiciéronlo así, y diéronse tanta priesa, que acabaron de salir del lago ántes que el sol se pusiese; y en saliendo del lago, les dijo el caballero el camino que habian de tomar para el pueblo donde iban, que estaba de allí no más de media legua, y no habia peligro, ni dónde poder errar; y dicho esto, á vista de todos se desapareció, advirtiendo, que ni fué adelante ni atrás por el agua, ni á un lado ni á otro: y así todos reconocieron haber sido particular merced del Señor, y se pararon un poco para agradecérsela. Algunos atribuyeron este favor á la santidad del Padre Miron, que era grande, y fué el que más insistia en que prosiguiesen por el lago; otros le atribuyeron al Padre Baltasar, y á su contínua y frecuente oracion; y es razon creer que Nuestro Señor quiso hacer este favor á los dos, cuya oracion, por ser tan justos, era tan bien recibida en su divino acatamiento, ayudando tambien las oraciones de los demas compañeros; pues el Salvador dice, que cuando dos ó tres se juntan en su nombre á pedirle

alguna cosa, la alcanzarán. Pero no se puede dudar de la mucha parte que tuvo en este suceso la oracion del Padre Baltasar, y la confianza que tenia en la divina Providencia, mostrándola el Señor en este caso, como lo hizo en otro muy semejante á este, cuando volvia de visitar la provincia de Aragon, como en su lugar veremos. Tampoco se puede dudar, que este caballero haya sido el Angel de Dios, disfrazado, pues á los Angeles de la Guarda conviene este oficio entre otros, conforme á lo que dice el Salmo: El Señor ha dado cuidado de ti á sus Angeles, para que te guarden en todos tus caminos, y te lleven en las palmas de sus manos, porque no tropiecen tus piés. Y confírmome más en todo, por la espiritual devocion que en este tiempo tenia el Padre Baltasar con los santos Angeles, como consta de un sentimiento que tuvo á los 22 de Diciembre deste mismo año de 1571, y le cuenta por estas palabras: *Estando en la oracion de la mañana, me hizo Nuestro Señor una merced, que la tuve yo por muy grande favor, que me inclinó con grande particularidad á la reverencia de los Angeles, del que anunció la Encarnacion á Nuestra Señora, y á él su pasion, y al que presenta al Padre Eterno el sacrificio del altar, como á medio de la estimacion y reverencia que se ha de tener á estos ministros. Item, me incliné á otras tres compañías dellos, conviene á saber, á los que asistieron á Cristo Nuestro Señor orando, peleando y caminando, y á los que asisten á los justos en estas tres cosas; y á los Angeles de mis oficios, al custodio de mi alma, y á los particulares de los padres y hermanos que estuvieren á mi cuenta; y desde esta hora me tuve por obligado á su particular reverencia por la obediencia del Señor, entendiendo que él me habia encomendado á todos ellos por especial encomienda y mandamiento suyo.* Siendo pues este san-

to varon tan devoto de los Angeles, y del que guiaba á Cristo Nuestro Señor en sus caminos, y guia á los justos en los suyos, no de es maravillar que uno dellos viniese á guiarle en este camino, y en los demas, hallando las jornadas tan hechas, como si un Angel las trazara, como arriba referimos. Pero no es razon dejar de ponderar dos títulos muy grandes que aquí apunta, los cuáles nos obligan á tener esta devocion y respeto á nuestros Angeles: uno es por quererlo y mandarlo así Nuestro Señor; pues así como su Majestad manda á los Angeles que sean nuestros ayos y guardas, y por obedecerle hacen ellos esto con sumo amor y diligencia: así tambien nos manda á nosotros que les amemos, veneremos y obedezcamos, como á nuestros ayos y maestros, siguiendo su direccion é inspiracion, que se ordena para nuestro provecho. Así como el Príncipe que manda al ayo que cuide de su hijo, manda al hijo respete y obedezca á su ayo. El otro título es por los grandes bienes que recibimos destos santos Angeles, que son mayores de los que podemos pensar, y á ley de agradecidos, estamos obligados á amarlos y respetarlos, como á tan insignes bienhechores; y todos podemos decir á nuestro Angel lo que dijo Tobías al suyo, que era San Rafael, y le guió admirablemente en una jornada que hizo: *Si me ipsum tradam tibi servum, non ero condignus providentiæ tuæ.* Si me entregare á ti por esclavo, no es paga digna de la providencia que conmigo has tenido. ¿Y qué mucho que un hombre de tierra sirva como esclavo á un Príncipe del cielo, pues un Príncipe del cielo se humilla á servir de ayo y guarda al hombre de tierra?



CAPITULO XXVI.

Cómo visitó la casa de Nuestra Señora de Loreto, y trajo el retrato de la imágen, que pintó San Lúcas; y de la gran devocion que tuvo con la Vírgen y otros santos.



Dos cosas hizo el Padre Baltasar en esta jornada de Roma, en que se descubrió la mucha devocion que tuvo con la Vírgen Sacratísima Nuestra Señora, por cuyo medio recibió de Dios señaladas mercedes, como las recibieron los demas santos, que ordinariamente la han sido muy devotos; por ser esta Vírgen soberana, como el cuello del cuerpo místico de la Iglesia, por el cual, mediante su intercesion, la cabeza deste cuerpo, que es Cristo Señor Nuestro, influye y comunica grande abundancia de dones celestiales á los fieles, especialmente á los que resplandecen en la pureza de vida, y en la doctrina y ciencia de espíritu, con el fervor y celo de ayudar á las almas, luciendo como estrellas del firmamento por perpétuas eternidades. Destas estrellas se hace la corona desta Reina del cielo, figurada por la mujer del Apocalipsis, que San Juan vió coronada de doce estrellas. Porque como los buenos dicípulos, segun sentencia del Apóstol, son gloria y corona de sus maestros; así estos santos son corona

de la Vírgen sacratísima, que es maestra de todos, y della reciben inspiraciones y sentimientos admirables de lo que han de hacer en su servicio. Y aunque el dragon de siete cabezas, que derribó con su cola la tercera parte de las estrellas, pretenda derribar las que son corona de la Vírgen, mas ella las defiende valerosamente, porque echa muy hondas raices en los escogidos; y los que tienen con ella devocion tierna, sustancial y permanente, tienen grandes prendas (como dice San Anselmo) de que son del número de los predestinados; de quien dice el Salvador, que ninguno podrá arrebatárselos de su mano, ni de la mano de su Eterno Padre, y por consiguiente, ni de la corona de su dulce Madre. Una destas estrellas fué el Padre Baltasar, el cuál desde novicio tuvo especial devocion con esta Vírgen soberana, y la rezaba su oficio con tanta ternura y sentimiento, que el Padre Gaspar Astete [1], que entónces era tambien novicio, y rezaban juntos, quedaba admirado de cuán consolado, y levantado el espíritu estaba, cuando llegaba á algunos versos; y despues fué creciendo en esta devocion con tanto fervor, que el dragon infernal, rabioso de verle tan devoto, puso grande esfuerzo por derribarle, procurando con terribles tentaciones apartarle del trato con Dios Nuestro Señor y con su Madre Santísima; y como el Padre reparase en esto, estando en oracion, díjole el demonio claramente: Afloja tú, y aflojaré yo, particularmente en dejar de hacer esa devocion que haces á esta mujer que llaman María. Por donde se vé cuán agradable era á Dios su oracion, y cuán grande su devocion con Nuestra Señora, pues Satanás tanto la aborrecia. Mas esto mismo le

[1] Véase el número VI del Apéndice.

alentaba á durar y crecer más en ella, no perdiendo las ocasiones que se le ofrecian para acrecentarla.

De aquí es, que yendo á Roma, y habiendo visitado con grande consuelo de su alma los santuarios de aquella santa ciudad, y otros que habia en las ciudades por donde pasaban, deseó mucho visitar el santuario de Loreto, donde está la misma casita de Nazaret, en que el Angel San Gabriel anunció á la Vírgen la Encarnacion del Hijo de Dios, y se obró este altísimo misterio en sus purísimas entrañas, y á donde ella y su esposo San José y su Hijo benditísimo, despues que nació en Belen, y fué presentado al templo, vivieron ántes de ir á Egipto, y despues de vueltos, por muchos años; la cuál casa milagrosamente fué llevada de los Angeles al lugar de Loreto, donde ahora está, y es tenida con mucha razon por uno de los grandes santuarios del mundo, y frecuentado de todos los devotos de la Vírgen, de quien reciben allí grandes favores, y los recibió el Padre Baltasar los dias que allí estuvo, con el fervor y continuacion que él solia; y aunque él los encubrió, como otros muchos, podémoslos sacar por lo que él mismo dijo pocos años despues, estando en Valladolid muy al cabo, apretado de una recia enfermedad: porque como un Padre que asistia con él, mostrándole una imágen de Nuestra Señora y del glorioso San José su esposo, le dijese se encomendase á aquel glorioso Santo, respondió el enfermo: Tiene razon, que así me lo dijo esta Señora, señalando á la Vírgen Santísima que estaba allí pintada. Admirado el Padre deste modo de respuesta, acudió al compañero que fué con él á Roma, que era el hermano Juan Sanchez, hombre de mucha religion y oracion, por habérsela pegado la contínua comunicacion con este santo Padre, así en

este camino, como despues dél mucho tiempo, y era entónces su enfermero: y así pudo preguntarle, si sabia algo de la devocion que el Padre Baltasar tenia con San José, y el hermano respondió, que una mañana, habiendo estado en oracion en Nuestra Señora de Loreto, le dijo á la salida: Muy grande gana me ha dado de ser devoto del glorioso San José. De donde se colige, que conforme á su respuesta, la Reina de los Angeles en aquella su casa le hizo alguna señalada merced, enseñándole como maestra las cosas que le importaban para su salvacion y perfeccion; y entre otras le encargó la devocion con su sagrado esposo; lo cuál es claro indicio de cuánto mayor sería la que éste su siervo tenia con ella misma: pues como el Hijo de Dios, á los que ama, inclina á que sean devotos de su Madre, en señal del amor que le tienen á él, y para que se aprovechen por este medio; así la Madre deste Señor, á los que ella ama, mueve á que lo sean de su esposo San José, en testimonio del amor que tienen á ella, y para que la devocion con entrambos les haga ser muy perfetos.

Otra cosa hizo en Roma el Padre Baltasar, para cebar su devocion con la Reina de los Angeles, cuya imágen con el Hijo de Dios en los brazos, pintó admirablemente su gran devoto el Evangelista San Lucas, y está ahora en la iglesia de Santa María la Mayor de aquella ciudad. Mas el Padre Francisco de Borja, siendo General de la Compañía, con la extraordinaria devocion que tenia á esta soberana Princesa, y aprovechándose de la mucha autoridad y favor que tenia con el Sumo Pontífice, negoció que se sacase un retrato muy al vivo desta santa imágen, y deste hizo hacer otros muchos que se llevasen por la cristiandad, para que esta devocion creciese en todas

partes. Uno destos retratos muy escogidos alcanzó el Padre Baltasar, y le trajo consigo por amparo suyo en todos los peligros; y en llegando á Medina del Campo, donde era Rector, le hizo adornar como convenia, y le puso en una capilla muy bien adornada y capaz, donde pudiesen los novicios juntarse á las pláticas y otros ejercicios espirituales, para que se aficionasen todos á la devocion con Nuestra Señora, y por este medio alcanzasen la perfeccion propia de su vocacion. A esta capilla visitaba él muchas veces, gastando largos ratos en oracion delante de la Santísima Vírgen, y á veces las noches enteras, con los sucesos que se han dicho; y no contento con esto, traia consigo mismo otra imágen pequeña de la Vírgen sacratísima, en señal del grande amor que la tenia, y para que le sirviese de escudo contra las tentaciones, como lo hizo cuando la sacó del seno la vez que enclavó en ella los ojos siete horas por no mirar á otras mujeres, como arriba se dijo.

Pero más particularmente celebraba las fiestas de la Vírgen sacratísima, aparejándose con más fervorosa oracion, y en ellas recebia especiales visitas y regalos interiores; de los cuáles sólo pondré uno de los que cuenta en su librito, diciendo así: *Un dia de la Concepcion de Nuestra Señora tuve dos sentimientos. El uno es suplicar al Señor me diese un corazon tan vuelto á sí, al cabo de tantos años, como le dió á su Madre en el primer instante que fué concebida en el mundo. El otro, que pues dándonos á sí mismo nos dió á su Eterno Padre y á su dulce Madre; por una gracia nos dé otra de darnos á nosotros, para que tengamos á su Eterno Padre, y dulce Madre, el respeto y amor que es razon. Y pues dijo á San Juan, ves ahí á tu Madre; y á la Madre, ves ahí á tu Hijo, y desde entónces el dicípulo la tuvo por*

Madre suya, así ahora nos la dé por tal. Estos dos sentimientos tuvo impresos en su corazon, y como fiel hijo de tal Madre, procuró no solamente honrarla, y obedecerla por sí mismo, sino ayudando á que todos lo hiciesen.

Para esto le ayudó mucho su grande familiar el Padre Martin Gutierrez, que fué una de las estrellas resplandecientes de la Corona de la Vírgen, por la singular devocion que tuvo con ella, y se le apareció muchas veces, y entre otras una, dándole gracias por una cuestion que mandó tratar muy en honra suya; á lo cuál tambien concurrió el Padre Baltasar, deseando mucho que tuviese efecto. Porque habiendo el Padre Maestro Juan de Avila, que hizo el *Audi, filia*, predicado en el Andalucía, que la gracia de la Vírgen Nuestra Señora era mayor que la de todos los Santos juntos, así Angeles como hombres, que han sido y serán; y pareciéndoles que ayudaba esto, como es verdad, á formar un gran concepto y estimacion de la Vírgen Nuestra Señora, procuraron que el Padre Francisco Suarez, que entónces era pasante, pero de raro ingenio, y no ménos devoto de Nuestra Señora, hiciese una cuestion en que probase esto ser muy probable, y conforme á la doctrina de los Santos, y á toda buena razon. Hízola el Padre Suarez muy á gusto destos esclarecidos varones, y despues la estendió y enriqueció, y la puso en el segundo tomo, sobre la tercera parte de Santo Tomás [1], donde tendió las velas de su grande ingenio y devocion, en declarar, apoyar y engrandecer la gracia y excelencias de la Vírgen Nuestra Señora.

Tambien será razon ponderemos en esta jornada

[1] Disp. 18, sect. 4.

la devocion que este gran varon mostró tener, no sólo con San José, con quien la tuvo muy grande, y con los Angeles, de que dijimos al fin del capítulo pasado, sino con los demas Santos, cuyos santuarios visitó y veneró, orando en sus sepulcros, y pidiendo su intercesion; y esta misma devocion tenia con el Santo de su nombre, con los que eran patronos del reino ó lugar donde residia, y con otros á que el Señor le inclinaba; con los cuáles decia, que se negociaba en dos maneras, como se hace con los privados de algun Príncipe: ó hablando con ellos, y rogándoles que intercedan por nosotros, y nos alcancen de Dios lo que deseamos; ó dándoles memoriales y peticiones, que hablen, no con ellos, sino con el Príncipe del cielo y de la tierra, porque de mejor gana las reciba de sus manos, que de las nuestras; y deste modo les ofrecemos oraciones de Pater nostes y Ave Marías, como memoriales que presenten á la divina Majestad; y de entrambas maneras negoció él con los Santos, de los cuáles recibió grandes favores, como se puede ver por lo que dejó escrito, apuntando sus sentimientos espirituales: porque al fin de muchos dellos, admirado de tanto bien como sentia tan de repente, le atribuia, no á sus méritos, sino á la intercesion de los santos, en cuya fiesta, ó en cuya iglesia ó lugar le recibia, y les daba gracias por el favor que le habian hecho. Desto pondremos solo este ejemplo, que le sucedió á los 15 de Octubre de 1574, despertando una mañana, sabroso con un pensamiento y sentimiento, cual nunca le tuvo en su vida, conociendo qué es un alma con Dios, y qué es sin él. Y habiendo declarado lo que sintió (lo cuál pondremos en el capítulo de la humildad), añade luégo: *Y pensando á quién debiera yo esta visita, acordéme de San Millan, que era el mismo dia, el cuál*

siendo pastor, en otro sueño quedó trocado y santo, á quien Nuestro Señor me habia años ha con reverencia inclinado. Tambien me acordé de la madre Mari Diaz, una grande sierva de Dios, que fué muy conocida mia de Avila, y está enterrada en su iglesia; y di luégo gracias á la divina bondad y á sus santos, porque así me previno, teniéndolo yo muy desmerecido.

Finalmente, dió Nuestro Señor á este su siervo grande reverencia á todas las cosas que pertenecen á los santos, y á sus santuarios; porque meditando un dia aquellas palabras del Salmo 71: *Honorabilem nomen eorum coram illo;* venerable es el nombre de los justos delante del Señor: Quedéme, dice, adormido (esto es, admirado con gran suspension de espíritu) viendo el modo de respeto (si así se puede decir) con que la Majestad de nuestro gran Dios y Señor mira á sus siervos, y los trata, aun cuando los reprende de sus faltas; y aprendí de su Majestad á tenerlos en gran reverencia. Y otra vez, dice, los santos son como muchas luces delante del Santísimo Sacramento; son rayos del verdadero sol de justicia, son estrellas del firmamento, arroyos del gran rio que sale de la silla de Dios, sarmientos de la vid de Cristo Señor Nuestro, de los cuáles no habíamos de hablar sin lágrimas, porque los afrentamos con nuestra vida, degenerando de la suya; y habíamos de poner vergüenza, que unas tiernas doncellas hayan sido para salvarse con tantas ventajas, y nosotros quedemos tan atras dellas.





CAPITULO XXVII.

Cómo quedó en lugar del Provincial que iba á Roma con otros dos Padres graves, y fueron presos de los herejes, y lo que hizo para su rescate.

STANDO el Padre Baltasar en su Colegio de Medina, gozando de la quietud que tanto habia deseado, el año siguiente [1] vino la muerte del Padre General Francisco de Borja, de santa memoria, y por esta ocasion fué necesario hacer Congregacion Provincial, en que se eligiesen, como es costumbre, los tres que habian de ir á Roma á la eleccion del nuevo General. Hízose en Búrgos, y fueron nombrados para esto con el Padre Gil Gonzalez de Avila, que era Provincial desta Provincia de Castilla, otros dos Padres muy antiguos, santos, espirituales y prudentes, y muy ejercitados en gobierno de almas; el Padre Martin Gutierrez, Prepósito de la casa profesa de Valladolid, y el Padre Juan Suarez, Prepósito de la casa profesa de Búrgos, (que despues se mudó en Colegio, por no poder sustentarse sin tener renta); y el Padre Baltasar Alvarez quedó entre tanto por Vice-provincial, con mucho gusto y satisfacion de toda la provincia, porque en ella era muy conocido, amado y estimado. Hizo su oficio como dél esperaban todos, y estaban deseando

---

[1] Año de 1573.

que pasase por sus Colegios, para comunicar con él sus cosas, consolarse, y aprovecharse de su grande espíritu. Mas muy presto vino una nueva muy triste para toda su provincia, de que los tres Padres que iban á Roma, con un hermano que los servia, y se llamaba Diego de Rios, pasando por Francia habian sido presos en Cardellach de ciertos herejes bandoleros. Deste suceso tuvo noticia el Padre Baltasar por dos cartas que recibió, una del Padre Juan Suarez, cuyo estilo siempre fué grave, conciso y sentencioso; otra del Padre Provincial Gil Gonzalez, que por estar herido es más breve, y se remite á la de su compañero. El Padre Martin Gutierrez no escribió, porque murió luégo en la prision. Hame parecido poner aquí entrambas cartas, así para que se vea los varios modos que tiene la divina Providencia en gobernar á sus escogidos, permitiendo á unos caer en graves peligros, y á otros preservándoles dellos, como tambien porque pertenecen á la historia del Padre Baltasar, á quien se escribieron.

Carta del Padre Juan Suarez, para el Padre Baltasar Alvarez.

YA V. R. vió el consejo de los amigos mercaderes, que nos viniésemos por Francia: confirmóse en Vitoria con la venida de Don Francisco de Reinoso, y en Gallareta con la vista de Don Gabriel de Fonseca; y ultimamente en Sangeri. Entrados ya cincuenta leguas en Francia con la ida de Francisco de Retana, que todos pasaron por Francia, mas fué Nuestro Señor servido de dar á estos Padres en qué merecer, y á mí en qué padecer viendo su trabajo. Tuvimos aviso que habia junto al camino

un castillo de luteranos, y apartámonos dél más de cuatro leguas: ellos tuvieron espías que pasaban cuatro españoles eclesiásticos, y corrieron seis dellos bien armados á caballo, y atajáronnos los pasos; préndennos, y apartáronnos del camino entre unos montes, despójannos del poco dinero que traíamos para hasta Leon; llevábannos á un castillo de sus amigos, y allí nos examinan segunda vez, y nos despojan de las ropas, librillos y papeles que ántes nos habian dejado; despojan tambien á las mulas de los cogines, cadenas y estribos; quítannos los Breviarios y Diurnales, las Cruces, Imágenes, Rosarios y Reliquias; trátanlas como ellos son, y no como ellas merecen. Líbreme Dios de ceguedad de entendimiento, cuán desatinadamente precia y desprecia, ama y aborrece, sigue y persigue lo bueno por lo malo, y lo malo por lo bueno; Dios los desengañe, que buenos fueran para católicos: más les valiera vivir en obediencia de la Iglesia. De allí nos llevaron á su castillo más que de paso; unos iban delante, otros detras de nosotros, y otros entremetidos, diciéndonos palabras de afrenta, aguijando y dando palos á las mulas, y alguna vez alguno al que iba en ella. Nosotros entre tanto nos confesamos de camino, encomendándonos á Dios, y ofreciéndole trabajo y la vida. Ellos trataban entre sí, y á nuestros oidos, si nos matarian ó si nos rescatarian. Unos decian, rescatémoslos; otros, no, que son españoles y clérigos; su Rey aconsejó al de Francia por ocasion del casamiento, matase á nuestros Príncipes, y á nuestras guias; y si no fuese por estos clérigos, nuestra religion (que allí llaman á su error) prevaleceria. Si á nosotros nos prendiese la Inquisicion de España, por ningun dinero nos rescatarian. Uno decia, yo diera veinte ducados por uno para ma-

tarle; otro, diera doscientos por lo mismo. Llegados á su castillo, los grandes, los medios y los pequeños, los hombres y las mujeres y los niños, cada cuál nos preguntaba si éramos sacerdotes, si monjes, si canónigos, si beneficiados, y si alguno Obispo. A todos respondíamos la verdad, con un sufrimiento y sujecion como captivos; cada uno decia su injuria ó desprecio, como Dios se lo permitia. Con todo eso hubo dos mujeres y dos hombres que se compadecieron de nosotros, diciendo que Dios habia mandado la caridad con el peregrino, ahora fuese de amigos ó enemigos. Los capitanes con acuerdo se determinaron que nos matasen, si no diesen gran rescate por nuestra vida. Vinieron como de secreto algunos que nos lo dijesen, y despues nos llaman ante sí para decírnoslo, que sólo la esperanza del gran rescate los detuvo. Pedian cuatro mil ducados, diôles el Padre Provincial cuatrocientos; y uno de los que nos prendieron, como vió tan baja esperanza del dinero, llevónos al Padre Gutierrez y á mí á una torre, diciendo, que nos habia de despeñar de lo alto della; otro con desesperada furia desenvaina la espada, y arroja al Padre Provincial una cuchillada y dos estocadas, y quiso Dios que no le alcanzó sino poco, y al soslayo con la última; con esto le llevaron á la misma torre, y otro le hace otra amenaza de una cuchillada y estocada de camino; con él iba el hermano Rios, que se habia compadecido, y tragando despues lo mismo en la torre, nos dejaron como cinco horas con un poco de fuego de pajas, y con unos pobres labradores de la tierra, que tambien estaban captivos. Cierto era consuelo el estar con ellos, y ver la fe, paciencia y constancia que tenian. Encomendámonos á Dios y á Nuestra Señora, y á los Angeles y Santos; y luégo

entramos en consulta de lo que habíamos de hacer; uno decia, no tratemos de rescate, que más vale morir por cristianos y sacerdotes y enemigos de herejes; atro añadia: algun dia hemos de morir, y por ventura presto, y podria ser que no hallásemos otro tal lance en nuestra vida; y plugiera á Dios que no salieran á partido de dineros, que cierto la ocasion era linda: mas al fin no merecí yo tan dulce y tan honrosa muerte. Fué la resolucion: Ofrezcámosles lo que pareciere bueno por el rescate, porque no nos maten por la miseria del dinero; y hecho esto, queda el morir por Cristo: ofrezcámosle la vida. Al fin de muchas mensagerías costaba el rescate por lo ménos más de mil escudos, con costas y caminos; y en lugar de la corona de martirio nos llevaron á una posada, y nos dieron una cámara, y cama, cirujano y comida. No les pareció á ellos harto el dinero, por cuatro hombres, nuestros papeles y cuatro mulas, porque un pobre mercader de allí cerca los daba más de mil por sola su persona. Mas habíaseles ya pasado el furor primero, y advirtieron que más les valdrian aquellos dineros que no ejecutar su ira. Tampoco nos pareció á nosotros le sería pesado á la provincia este rescate por esta libertad y estas vidas; especialmente habiendo ahí muchas personas devotas que con buena parte ayudarian. Mas sucedió otra cosa que nos dió mayor pena, y á mí á lo ménos me hizo llorar más lágrimas que he llorado ha muchos dias: Dios lo reciba. Dióle al Padre Martin Gutierrez un dolor de costado, el cuál le llevó en ménos de cinco dias. No le pudimos dar sacramentos, ni le enterramos con Misa, ni con vigilias. El Padre Provincial estaba allí junto en otra camilla echada en el suelo, fatigado de su herida. El hermano Rios y yo le servíamos, no como deseába-

mos, mas como allí se podia; acudióse con tres sangrías y lamedores, y él escupia muy bien, aunque mucho y muy negro; al cuarto dia se halló con tanta mejoría, que me decia: De diez partes del mal me parece que no me queda sino una. Estando en la alegría desta mejoría, y con grande esperanza de su salud, me pidió que le mostrase lo que escupia; y como vió que era negro, luégo dió por acabada su vida. Habíale Dios prevenido pocos dias ántes con grandes sentimientos, de cómo no hay bien, sino el que es eterno, ni hay mal, sino lo que dura para siempre; y allí le dió una alegría, que manifestaba como gustando della, y diciendo: Tener sed, y beber hasta satisfaceros ¡oh qué será! Comiénzasele á levantar el pecho, y á vidriársele los ojos, y á caer una lagrimita: á las diez de la noche, á la entrada del quinto, da las últimas boqueadas, y con ellas el alma al que las crió, que confío yo fué derecha al cielo, por la gran virtud que Dios le habia dado, por la buena doctrina y ejemplo que dió en la Iglesia y en la Compañía, por la fe, paciencia y constancia que mostró en esta ocasion; porque al fin murió siguiendo su obediencia, habiéndose confesado generalmente, y habiendo confesado entre los herejes y enemigos de la Iglesia Católica, que era su hijo y sacerdote en ella; y murió estando preso por los que la aborrecian y perseguian. Plegue á Dios que vaya mi ánima, á donde pienso que está la suya. Traia consuelo en su compañía, confiado que por él me habia Dios de librar de mal. Desconsoléme de su enfermedad, temiendo que si Dios nos le quitaba habia de ser por mis pecados, ó por mi castigo; decíale algunas veces cosas de Dios y de la otra vida, como quien se las acuerda en aquel punto, y cierto que con confusion y ternura harta mia;

ayudábale con una Cruz que hice con un poquito de cera que nos habia quedado, porque muriese con Cruz y con candela. Encomendé el ánima con un diurnalico que se quedó escondido del despojo, y acostéme á su lado, donde estuve hasta la mañana, sin ningun miedo, ántes con mucha seguridad y consuelo. Enterrámosle junto á una iglesia, á donde solia estar una Cruz. Enterrámosle con lágrimas y oraciones secretas; porque más, ni se podia, ni se sufria. Por allá suplirá V. R., y todos nuestros carísimos padres y hermanos, nuestras faltas, con sus Misas y oraciones, y con hacerle algunas exequias en Salamanca ó Valladolid, pues él tan bien se lo mereció. Yo, despues que Dios me sacó á tierra de católicos, le he ayudado con mis pobres oraciones, y con las Misas que he podido. He dado aviso aquí y á Roma, á los Padres Provinciales de Flandes y Francia, para que hagan lo mismo; que aunque confío que no lo habrá menester, mas no por eso hemos de dejar de hacer lo que debemos, ni él está en parte donde dejará de agradecerlo muy bien á todos, lo que por él hicieren. Mi salida fué desta manera: Hallaron entre los papeles un crédito, que decia, que en Leon diesen al Padre Gutierrez ó á mí, ó al Padre Provincial (de los dos el uno era ya difunto, el otro estaba curándose de la herida) solo yo quedaba á quien se hubiese de dar el dinero. Enviáronme á que lo recibiese, para que se les pagase á ellos; á la salida me acompañaron con un guia suya por el camino, cerca de dos ó tres castillos de Luteranos, un cuarto de legua del uno, y á ménos de un cuarto de legua del otro. Pasé por dos lugares á donde hay compañías de soldados Católicos, pero necesitados de reales, que roban, y luégo matan, por miedo de no ser descubiertos; y fué

Dios servido por su gracia, y por las oraciones de V. R., que como estaba publicada nuestra prision, y el concierto de mi venida á procurar el rescate, acordaron de dejarme hasta que lo llevase. Hallé al Padre Edmundo, Provincial de Francia, y al Padre Rector de Rodes, que está diez leguas de Cardalach, lugar de nuestra prision. Hase hallado con el ayuda de Dios y suya, recaudo para el rescate. A mí me juzgaron por inepto para ir á ello; y así partió ayer el Padre Rector de Rodes, con muy buena y discreta voluntad, con armas y á caballo, y hábito de gentilhombre, que como natural y vecino sabe la lengua, la tierra y las costumbres de los della: esperamos que lo efectuará seguramente, y que nos darán aquí, pasada la prision, alegres Pascuas con su venida, y con el ayuda de Nuestro Señor, y de los sacrificios y oraciones de V. R., podríamos llegar á Roma á buen tiempo, que dicen son veinte dias de camino. Dios lo haga á mayor servicio y gloria suya. Amen. De Leon, á 10 de Marzo de 1573.

Otra carta del Padre Gil Gonzalez, para el Padre Baltasar Alvarez.

En esta daré cuenta en breve suma del suceso de nuestra prision: del principio della no tengo que decir, pues tengo entendido el Padre Juan Suarez lo ha escrito. Hasta la enfermedad del Padre Gutierrez, todo habia sido tan azucarado cuanto se padecia, que parecia golosina, segun se recompensaban los trabajos de fuera con los regalos interiores. La enfermedad, que desde el primer dia me pareció muy mal, comenzó á traer soledad y tristeza; y cierto, que aunque el enfermo me decia claramente

que habia de morir, y el mal lo mostraba, no creí que el Señor añadiera á los afligidos afliccion tan grande, ni nos lo diera á tragar todo junto, como yo decia. No sé que en estos veinte años pasados haya deseado cosa más que la salud del Padre, ni sentido más de véras que su muerte. El dolor pudo más que yo, y me sacó del paso ordinario; y creo que quien se hallara presente al espectáculo, acompañara nuestras lágrimas, que aun á los enemigos movian á compasion. En cincuenta horas ó algo más, llevó el Señor para sí al Padre, confesado generalmente: fué enterrado, como en Cardellach, donde no habia ningun rastro de religion. Otro dia se partió el Padre Juan Juarez á Leon. Quedamos solos, yo en la cama, de mi herida, á donde de ocasion de un soldado mal herido, que se curaba dentro de nuestro angosto aposento, y olia mal, se me recreció la calentura con cámaras, de las cuáles tuve flaqueza notable. A la Semana Santa me levanté, y nuestro alivio era subir á un desvan á tener un poco de recogimiento, y hallarnos con el espíritu presentes á los oficios de aquel tiempo, y á la devocion del pueblo cristiano, viendo en nuestra posada desde la mañana hasta la noche, comer carne, y beber sin memoria de aquel tiempo santo; y así pasamos hasta el segundo dia de Pascua en la noche, teniendo presentes las conmemoraciones de aquel santo tiempo, y viéndonos tan léjos de todo. El segundo dia de Pascua en la noche comenzaron á crecer nuestras angustias y trabajos: porque el lugar se temia de ser cercado de sus enemigos, y parecia juicio ver lo que aquella noche pasó, y los dos dias siguientes, y nosotros aguardando la muerte, que en siendo el lugar cercado era cierta. Con esto se fueron los que tenian cuidado con nuestro aposento, y el que

me curaba la herida. Nuestra comida eran castañas y queso; y despues destos dias, por regalo, vaca salpresa. Cada dia habia nuevos miedos y apreturas, hasta el Domingo siguiente de Cuasimodo, que hubo sosiego, y me abrieron de nuevo la herida, que se me habia apostemado por de dentro, y se comenzó á curar de nuevo. Luégo á los primeros de Abril pareció á nuestros Capitanes que no habian de haber de nosotros nada; y así vinieron á decirme con muchos fieros cómo nos habian de matar, y hubo muchos acuerdos de matarnos; y en estos dares y tomares se pasaron algunos dias, hasta que nos dieron cuatro dias de término para nuestra vida, en los cuales pudiesen ellos ser certificados de nuestro rescate; y no hallando por ningun precio quien quisiese salir del fuerte, y venir á esta ciudad para saber qué se hacia, que no habian recebido carta alguna, sino era una del Padre Juan Suarez, el Viérnes ya estábamos sin esperanza de socorro humano, por las dificultades que habia entre tantos soldados, en traer dineros con seguridad. Vino un mensajero de parte del Padre Rector del Colegio, con el cuál el Capitan se aplacó, y los que tenian determinado de matarnos, lo cuál fué á nueve de este, por el cuál tiempo por malicia ó por ignorancia del cirujano se me apostemó el muslo de suerte, que apénas podia andar, y se me siguió calentura con notable flaqueza. A esta sazon quiso Nuestro Señor, que todas las dificultades se venciesen; y á los catorce llegó el rescate al fuerte, hoy hace ocho dias, con harto peligro; y otro dia los soldados se nos mostraron de muy buen rostro; y el Capitan con otros me sacó el Miércoles á quince, y acompañaron un pedazo del camino, sabiendo ya llanamente que yo era de la Compañía, que ellos tienen por sus mayores ene-

migos; y porque nuestro consuelo fuese aguado con algun trabajo, al hermano Rios, que vino á pié como dos leguas, del calor del tiempo y trabajo del camino, comenzó á desflaquecer de manera, que á todos nos puso en congoja, en un lugar mal seguro. El Señor le esforzó en breve, y pudimos caminar hasta las once de la noche sin parar, por montes y valles, con mucho dolor de mi herida, por ser toda tierra peligrosa. El Juéves venimos por segura tierra de católicos, y el Viérnes por la mañana llegué á este Colegio, á donde me han tornado á abrir la herida, y curarla esta tercera vez, que el dedo mayor de la mano cabe por ella, y entra bien hondo; y así me es forzado detenerme aquí y curarme. No escribo á V. R. las disputas que pasé con el ministro de Cardellach, que no pude excusarlas; él leyó nuestras constituciones y reglas, y vida del Padre San Ignacio; la cuál me volvió á la postre, y por estos libros, como por las cartas despues de la partida del Padre Juan Suarez, yo llanamente le dije tambien que era de la Compañía de Jesus. Sea el Señor bendito por todo, que mucho habrán podido las oraciones de toda la provincia con Nuestro Señor, pues nos ha tratado tan regaladamente, y á mí me es buena parte de Cruz, que sobre inútil sea tan costoso. No podré ser más largo ahora, que todavía me hace daño el escribir; á toda la provincia, de la cuál yo me acuerdo, muchas veces me encomiendo, y el hermano Rios se encomienda. El Señor nos dé su santo amor. De Rodes, 22 de Abril de 1573.

Estas son las cartas destos dos santos varones, á quien Nuestro Señor quiso ejercitar con estos trabajos: pero tambien quiso sacarles dellos, para labrarlos adelante con otros no menores. Mas al santo Padre Martin Gutierrez quiso premiarle en esta ocasion,

sacándole no sólo de las prisiones de hierro, sino de la cárcel del cuerpo, para confesar libremente su santo nombre, y gozar de su dichosa vista, que tanto tenia deseada. Y la manera de muerte fué tambien conforme á su deseo, á modo de martirio, como lo testificaba el Padre Juan Suarez, por haber sido ocasionada de los golpes y mal tratamiento de los herejes, enemigos de la fe, que públicamente confesaba: porque como el Padre Martin Gutierrez era de más flaca complexion que los otros, así recibió mayor daño; y como era devotísimo de la Vírgen, ella le previno para este trance. Porque llegando cerca del lugar donde fué la prision, se apearon á hacer oracion en una ermita de Nuestra Señora, que estaba en el camino, y ella le reveló que dentro de ocho dias moriria; y despues de muerto no le desamparó, porque habiendo fallecido Sábado á las dos de la mañana, dentro de ocho horas entró en el aposento una mujer con hábito de francesa, pero muy honesto, habiendo pasado á vista de la gente de guerra de la guarda de los franceses Hugonotes. Habló al Padre Juan Suarez (que es el que contó esto) y preguntóle en lengua que el Padre entendió, si tenian allí algun cuerpo difunto, y si estaba amortajado; y como no lo estuviese, ella sacó una sábana limpia que traia debajo del brazo, y le amortajó honesta y aseadamente, y le echó la bendicion; y como el Padre se lo agradeciese y la ofreciese algun dinero, ella respondió: No vine por eso. Y luégo se salió, y todos entendieron que esta mujer era Nuestra Señora ó persona enviada por ella, para remediar el aprieto de sus siervos vivos, y la necesidad de su siervo difunto. Enterráronle fuera de la villa, junto á una Cruz que estaba enfrente de una iglesia; y fué providencia de Dios que no se perdiese

del todo la memoria del lugar donde fué enterrado: porque treinta años despues, el Padre Diego de Torres, por la mucha aficion y devocion que tuvo á este santo varon, yendo á Roma por procurador de su provincia del Perú, y pasando por Francia, solicitó á los Padres de la Compañía de los Colegios más cercanos á Cardellach, que hiciesen diligencia para buscar el santo cuerpo. Hiciéronla con tanto cuidado, que le hallaron con ciertas señales y testimonios de que era el mismo; y cuando volvió de Roma se le entregaron, y le trajo consigo á España, el año de 1603, entregándosele al Padre Alonso Ferrer, Provincial desta Provincia de Castilla; y aunque el Colegio de Salamanca le pretendia, por haber sido el Padre Martin Gutierrez, Rector allí muchos años, mas adjudicóse á la casa Profesa de Valladolid, donde era Prepósito cuando fué elegido para ir á Roma; y puesto el santo cuerpo en una caja de plomo cerrada, se colocó sobre las gradas del altar mayor al lado del Evangelio, poniendo sobre la sepultura una losa con este letrero en latin: *Patri Martino Gutierrez, Almodovar, hujus domus Præposito, singulari pietate, virtute ac doctrina viro, in carcere apud hæreticos Cardellaci in Gallia Narbonensi vita functo, anno* 1573, *ætatis* 49, *atque huc inde translato anno* 1603, *amoris ergo Patres D. D.* Que en Romance quiere decir: Al Padre Martin Gutierrez, natural de Almodóvar, Prepósito desta casa, varon de singular piedad, virtud y doctrina, que preso por los herejes de Cardellach, en Francia, murió en la cárcel el año de 1573, á los cuarenta y nueve de su edad, de donde se trasladó aquí el año de 1603, los Padres desta casa en señal de amor le dedicaron esta sepultura [1].

[1] Véase el número VII del Apéndice.

Pero volviendo á nuestra historia, en recibiendo el Padre Baltasar estas cartas, dió luégo órden en que se buscase el dinero necesario para el rescate: y aunque cualquiera que fuera superior de la provincia, lo hiciera con mucho cuidado, porque en la Compañía hay tanta caridad, que no sólo por Padres tan graves, cuya vida importaba tanto al bien della, sino por cualquier hermano, se hiciera semejante diligencia, aunque se empeñara la provincia; mas al Padre Baltasar fuele más fácil hacerla con presteza, por el mucho conocimiento y amistad que tenia en Medina y Búrgos, con mercaderes poderosos y ricos, que tenian su correspondencia en Leon de Francia, y podian darle libranzas del dinero necesario para el rescate. No faltó la providencia de Nuestro Dios en ayudar en esta ocasion á esta necesidad: porque el año ántes habian entrado en la Compañía dos novicios de muchas prendas, los cuáles liberalmente, de sus legítimas que tenian heredadas, ofrecieron tres mil ducados, que eran necesarios para todo lo que pretendian. Hecha esta diligencia, se partió el Padre Baltasar á Búrgos con mucha priesa, para concluir este negocio, y desde allí despachó luégo al hermano Bartolomé de Baeza, que entónces era novicio, y sabia bien la lengua francesa, el cuál se partió disfrazado en hábito de seglar, porque no fuese conocido y preso de los herejes, con cédulas de cambio para Leon de Francia, donde se pagó lo que estaba concertado, y se proveyó á los Padres de lo necesario, para proseguir su camino.



CAPITULO XXVIII.

De algunas enfermedades graves, y otros achaques que padeció en este tiempo, y de la grande paciencia y perfeccion que mostró en ellas.



Como el Padre Baltasar mostraba tener grande resignacion y conformidad con la divina voluntad en todas las cosas, era necesario que fuese probada en cosas adversas, sufriendo algunas abatidas y despreciadas contra su honra, y otras dolorosas y penosas del cuerpo; porque como dijo San Bernardo: *Non satiatur animus vanitate, neque corpus voluptate*, ni el espíritu humano se harta de vanidad, ni el cuerpo de regalo; y el que ha de ser perfeto, ha de vencer entrambas cosas; y para derribarlas enteramente, permite Dios los desprecios que ayudan á ganar la humildad, y echan fuera la vanidad; y envia enfermedades y dolores, que aprueban y afinan la paciencia, y echan fuera el regalo que apetece la sensualidad; y por esto quiso Nuestro Señor ejercitar al Padre Baltasar con desprecios, para hacerle perfetamente humilde, como despues veremos; y con enfermedades y dolores, para hacerle perfetamente paciente, y por estas comenzó más presto, para darle ocasion de crecer mucho en todas las virtudes: porque (como dijo San Pablo) la virtud se perficiona en la enfermedad; y en decir virtud sin nombrar nin-

guna en particular, da á entender que las enfermedades son ocasion á los justos de que crezcan en todas, y vengan á ser perfetos en ellas; y por el resplandor que entónces echan, vienen á ser conocidas y manifestadas, para gloria de Dios, y edificacion de los demas fieles. Desto sirven principalmente dos géneros de enfermedades, que labran á macha martillo á los escogidos: unas casi contínuas, á modo de achaques que causan dolor y pena, mas no fuerzan á estar en la cama, ni á dejar de ejercitar sus oficios y ministerios, aunque los ejercitan con trabajo; otras más graves y agudas que vienen de cuándo en cuándo, y duran por algun tiempo, en el cuál es más labrada, apurada y conocida su paciencia y mansedumbre, su resignacion y obediencia, y la fineza de su caridad, especialmente cuando las enfermedades suceden en tal coyuntura, que les deshace las trazas de sus oficios, ó los amenazan con cortarles la tela de la vida, cuando estaban en lo mejor della. De entrambas maneras ejercitó Nuestro Señor al Padre Baltasar Alvarez, mostrando él admirable resignacion y conformidad con la divina voluntad en todas.

Primeramente en las enfermedades más recias era tanta su paciencia, que los médicos y enfermos se admiraban; y como otro Job, que añadia dolor á su dolor, rayendo la podre con una teja, así él añadia dolores á sus dolores; pues, como arriba contamos, se enjuagaba con la purga amarga cuando la tomaba; y cuando tenia grande hastío, se forzaba á comer por se mortificar; y adonde otros tienen por lícito, como lo es, tomar algun alivio, él buscaba nuevo tormento, diciendo con el mismo Job: Quién me diese que el que ha comenzado á atormentarme, él mismo me desmenuce, suelte su mano, y me corte por medio; y

esto solo tenga yo por consuelo, no contradecir á lo que el Señor ordena.

El mayor aprieto que tuvo, y la mayor prueba de su virtud, fué la enfermedad que por este mismo tiempo padeció en Valladolid, despues que concluyó el negocio de Búrgos, que dijimos en el capítulo pasado, de la cuál parece que tuvo algunos indicios; porque su compañero contó, que cuando venian á esta ciudad, en viéndola desde léjos, le dijo con sentimiento aquellas palabras que el Salvador dijo á sus Apóstoles, cuando subia á Jerusalen á beber el cáliz de su pasion: *Ecce ascendimus Hierosolymam, et filius hominis tradetur, etc.* Y fué así, que le apretó tanto, que estuvo dejado por muerto, y le habian ya echado la sábana encima del rostro, y ido á dar aviso al sacristan que tañese por él, como por difunto. Pero fué Nuestro Señor servido, que como por milagro tornó á vivir, oyendo las muchas y fervorosas oraciones que se hacian por su salud y vida, no solamente en nuestra casa, sino en los demas conventos de las religiones desta ciudad, á quien se les pidió, ayudando tambien muchos seglares devotos, compadeciéndose todos de la grande falta que hacia á toda la provincia en tal ocasion el que la gobernaba, y era persona de tantas prendas. Algunos atribuyeron este buen suceso tambien al santo Sacramento de la Extremauncion, que habia recibido muy devotamente, y tiene virtud de dar salud y vida cuando conviene, aunque naturalmente parezca imposible. No faltó tambien la Divina Providencia en aplicar medios humanos proporcionados; porque el superior de la casa, cuando ya tenia tan pocas esperanzas de la vida del enfermo, dijo al enfermero, que era su fiel compañero, el hermano Juan Sanchez, que se fuese á dormir y descan-

sar un rato, del largo trabajo que habia tenido; y estando en la cama, sintió vehementes impulsos interiores que le decian: Levántate, y ve á dar de comer al enfermo; y no pudiendo resistir tanta vehemencia, se levantó y quiso darle algo de comer. Estorbábanselo los médicos, diciendo que sería acabar de matarle; él sentia tan grande fuerza interior de hacer lo que deseaba, que volvió al superior, y al fin alcanzó dél licencia para darle un poco de sustancia que tenia aparejado, y en dándoselo, comenzó á cobrar más aliento, y á tener alguna mejoría, hasta que poco á poco le sacó Dios deste peligro: pero en él mostró este santo varon grande alegría, nacida de la conformidad que tenia con la divina voluntad, y la grande seguridad y confianza de su salvacion que el Señor le comunicaba: y así dijo, que no temia la muerte, ni le daba cosa pena, ni sentia criatura alguna que le trabase el corazon, antes creia que estaba bien hecho su negocio. Mas la divina Providencia contentóse por entónces con esta voluntad tan resignada, y alargóle la vida para muchas cosas de su servicio en que habia de emplearla. Tampoco le daba pena la falta que hacia á la provincia; porque este cuidado remitia, como los demas, á la providencia del Señor, que es dueño desta viña, y cuando quita el viñador que la guardaba, sabe y puede poner en su lugar otro tal que mire por ella.

Desta enfermedad tan grave que tuvo en Valladolid, resultaron despues unas cuartanas en Salamanca, que fuera de ser largas, suelen ser muy penosas, por la tristeza y afliccion interior que causa el humor de la melancolía: pero él las llevó tan bien, que estando un dia con una cuartana muy recia, y entrándole á ver un Padre muy grave, como vió la

serenidad de su rostro, le dijo: No es posible que V. R. no sienta algo de dolor. Y él respondió, como no haciendo caso de lo que padecia: Todo se es una cuenta; como quien dice: para mí lo mismo es padecer, ó no padecer; estar con recia cuartana, ó sin ella: porque no quiero más de lo que Dios quiere, y en su voluntad tengo puesto mi consuelo. Con todo eso, como era tan prudente, y tan celoso de la edificacion de los prójimos, y de no hacer, ni decir cosa en que pudiese ofenderlos, procuraba que en los aprietos de la cuartana, no entrasen á visitarle, porque con el humor melancólico no dijese alguna palabra ménos suave y blanda de lo que él acostumbraba, queriéndolas haber á sus solas con Dios, y buscar dél solo su alivio en aquel aprieto.

Demas desto, de las recias enfermedades, y de los largos caminos y trabajos que tuvo en sus oficios, le resultaron algunos achaques de orina, riñones, gota, y otros semejantes, que son penosos por ser tambien largos; pero él no solamente los sufria con paciencia, sino sabia disimularlos de manera, que los de casa no se los conocian, ó muy pocos advertian en ellos, porque él acudia á todas las cosas de la comunidad, y de sus oficios y ministerios, como si no padeciera nada; lo cuál es indicio de no pequeña virtud, porque los imperfetos sin causa alguna publican sus achaques por algun consuelo humano, ó fin terreno de regalo ó de su honra, deseando que se compadezcan dellos, y los acomoden y regalen, ó los honren y estimen por lo que padecen; y cuando no se les acude con lo que desean, andan llenos de quejas y murmuraciones, y turban la casa con sus particularidades; mas los varones perfetos procuran encubrir semejantes achaques, hasta que ellos mismos se manifiestan

y salen al rostro, ó es necesario manifestarlos para aplicar algun remedio, ó para alentar á algun flaco con su ejemplo: fuera destos casos, no quieren otro testigo de lo que padecen, sino á Dios, de quien esperan el regalo y consuelo, y ponen su honra en padecer de modo que le agraden.

Fuera desto, como la Cruz espiritual se hace de desprecios y dolores, gloriábase de padecer siempre algunos, diciendo, que si tanto veneramos la Cruz de palo, donde Cristo Nuestro Señor estuvo crucificado, por haber tocado su precioso cuerpo, ¿por qué no hemos de venerar y amar la Cruz viva de los trabajos, que penetró tambien su corazon? Y como cualquier partecica de aquella Cruz, por pequeña que sea, es muy estimada: así cualquier trabajo y dolor grande ó pequeño que Dios envia, ha de ser muy estimado; y á todos los que veia afligidos, solia repetir estas palabras: Del árbol de la Cruz, ni una hojita se nos ha de caer en tierra.

A esto se añade, que como el Padre Baltasar era tan celoso, y tan eminente en los ministerios con los prójimos, quiso Nuestro Señor que juntase con ellos una cosa que realza mucho la santidad del que los ejercita, haciendo juntamente cosas muy gloriosas, y padeciendo cosas muy penosas. Admirable es sin duda la vida de los justos, que están siempre en una cama, padeciendo con gran paciencia, como Lázaro, graves dolores, llagas, y enfermedades muy penosas; pero más son de desear las enfermedades y achaques que de tal manera afligen y atormentan contínuamente al cuerpo, que dejan fuerzas para poder trabajar en bien de la Iglesia, y por la salvacion de las almas, como lo hicieron muchos esclarecidos santos, cuales fueron San Timoteo, mártir, de quien dice su

maestro San Pablo, que tenia frecuentes enfermedades, y no por eso dejaba de trabajar mucho en la predicacion del Evangelio; y los santos Gregorio, Bernardo y Francisco, se señalaron tanto en esto, que no sé si me admire más de lo mucho que padecieron, trabajando tanto por los prójimos, ó de lo mucho que trabajaron por ellos, con ser tanto lo que padecieron: y con la junta de entrambas cosas ganaron grandes merecimientos, y coronas muy gloriosas; porque llevaron dos cruces, ó una perfeta compuesta de dos piezas, que son padecer grandes enfermedades y dolores, y hacer obras muy grandiosas y dificultosas, que andan siempre juntas con grandes trabajos, en peregrinaciones, caminos, cansancios, fatigas, persecuciones, calumnias y otras tribulaciones; y fuera desto tienen ocasion de mostrar más la fineza de la caridad y amor de los prójimos, atropellando su salud, y aventurando la vida por no dejar de acudir á remediarlos. Pues, como dice Santo Tomás, con mucha razon, se ha de estimar en más la vida espiritual del prójimo, que la corporal propia, y anteponer el consuelo de un alma necesitada al descanso del propio cuerpo, aunque esté trabajado. Todo esto pasó por el Padre Baltasar, como consta de las cosas que se han contado, mostrando su insigne caridad con los prójimos en acudir estando enfermo á los enfermos que le llamaban, queriendo más agravar su enfermedad, como le sucedió en el caso que arriba contamos, que no faltar un punto á la fineza de su caridad.

De aquí tambien le vino ser muy compasivo de los enfermos y achacosos, como quien sabia por experiencia qué es ser enfermo, y tener achaques: porque esta experiencia es la que más engendra seme-

jante compasion. Y por esto dijo San Pablo de Cristo Nuestro Señor: *No tenemos Pontífice que no pueda compadecerse de nuestras enfermedades, porque fué tentado y afligido en todas las cosas.* Visitábalos á menudo, y consolábalos con palabras muy apacibles, y procuraba con gran cuidado que se les acudiese con todo lo necesario y conveniente para su alivio y regalo: pero deseaba que estuviesen muy conformes con la divina voluntad en lo que padecian, sin dar entrada á las quejas que la carne inventa, con títulos aparentes de más religion. Y así, visitando una vez á un enfermo, que era obrero muy fervoroso, como se quejase de que estando en la cama no podia rezar, ni decir Misa, ni confesar, ni hacer los otros ministerios que hacia cuando sano, el Padre le respondió estas palabras: Más estima Dios que le sufran un mes, que servirle en esas cosas un año. Con esto le dejó enseñado y alentado; y con razon: porque cuando Dios quiere que el religioso esté enfermo, ninguna cosa puede hacer por entónces más agradable á su Divina Majestad, que padecer bien lo que le envia, y porque Él lo envia; y esto suele ser más meritorio, por cuanto, va puro y desnudo de la propia voluntad, y de los fines vanos, y gustos terrenos que suelen mezclarse con las obras que haeen los que estan sanos. Finalmente, esta conformidad con la divina voluntad era el consuelo de todas sus enfermedades; y en uno de los sentimientos que puso en su libro, tenia escritas estas palabras: Diga el enfermo á su alma: Por más que abrase esta calentura, no quiero estar sin ella, si á Dios esto le contenta; y con esta razon consolaba y alentaba á los enfermos, de palabra, y por cartas que escribia muy á propósito, como abajo se dirá.



CAPITULO XXIX.

Cómo fué por Rector del Colegio de Salamanca, y procuró que se juntasen letras con espíritu; y del gran fervor que puso en nuestros hermanos estudiantes [1].

HABIENDO ya elegido nuevo General de la Compañía, que fué el Padre Everardo Mercuriano, quedóse en Roma por su asistente el Padre Gil Gonzalez, que era Provincial desta provincia de Castilla, y en su lugar para el mismo oficio fué nombrado el Padre Juan Suarez, y por Rector del Colegio de Salamanca el Padre Baltasar Alvarez, aunque primero le habian elegido para Provincial de la provincia de Toledo; mas de la enfermedad que tuvo en Valladolid quedó tan flaco, y la convalecencia fué tan mala, que se juzgó no tenia fuerzas para tanta carga, y que sería más proporcionada la del Colegio de Salamanca, á donde se partió al principio del año de setenta y cuatro: pero como era tan conocida su flaqueza, y por otra parte tan sabido el rigor con que trataba su cuerpo, con la misma patente de Rector le vino órden expreso, de que en lo tocante al tratamiento de su persona, sue-

[1] Año 1574.

ño, comida y vestido, estuviese sujeto al parecer del Padre Miguel Marcos, lector que era de Teología en aquel Colegio, y muy aventajado en letras, religion y prudencia; y aunque aprovechó algo esta diligencia para que no excediese con mucha demasía en abstinencias, vigilias y otras asperezas, no fué todo bastante, para que no hiciese mucho más de lo que su salud y fuerzas corporales sufrian, supliendo el fervor del espíritu por lo que no alcanzaba el cuerpo flaco, el cual no dejó de molestarlo con muchas enfermedades que le recrecieron de las que arriba quedan referidas.

En llegando, pues, á Salamanca, como casi todos los moradores del Colegio habian sido sus novicios, ó hijos espirituales en Medina, ó le habian tratado familiarmente, fué recebido con grande aplauso, y luégo comenzó su gobierno con mucho consuelo y provecho de todos, y con grande union de unos con otros, con ser muchos, por ser este Colegio el mayor desta provincia, adonde pudo mejor asentar todos los dictámenes de gobierno que arriba quedan referidos; y más particularmente tenia cuidado de los hermanos estudiantes, para que juntasen la religion con las letras. Y en esta razon les hacia tan fervorosas pláticas, con el don de Dios que tenia para ello, que andaban todos con tanto fervor, como si fueran novicios, en todo lo que era mortificacion, oracion y concierto en los ejercicios espirituales, sin faltar por esto á los ejercicios de letras; pero con tal moderacion, que el estudio no ahogase el espíritu; y si alguno se daba con demasía á las cosas de devocion, tambien le iba á la mano para que atendiese á su estudio.



CAPITULO XXIX.

Cómo fué por Rector del Colegio de Salamanca, y procuró que se juntasen letras con espíritu; y del gran fervor que puso en nuestros hermanos estudiantes [1].



HABIENDO ya elegido nuevo General de la Compañía, que fué el Padre Everardo Mercuriano, quedóse en Roma por su asistente el Padre Gil Gonzalez, que era Provincial desta provincia de Castilla, y en su lugar para el mismo oficio fué nombrado el Padre Juan Suarez, y por Rector del Colegio de Salamanca el Padre Baltasar Alvarez, aunque primero le habian elegido para Provincial de la provincia de Toledo; mas de la enfermedad que tuvo en Valladolid quedó tan flaco, y la convalecencia fué tan mala, que se juzgó no tenia fuerzas para tanta carga, y que sería más proporcionada la del Colegio de Salamanca, á donde se partió al principio del año de setenta y cuatro: pero como era tan conocida su flaqueza, y por otra parte tan sabido el rigor con que trataba su cuerpo, con la misma patente de Rector le vino órden expreso, de que en lo tocante al tratamiento de su persona, sue-

[1] Año 1574.

ño, comida y vestido, estuviese sujeto al parecer del Padre Miguel Marcos, lector que era de Teología en aquel Colegio, y muy aventajado en letras, religion y prudencia; y aunque aprovechó algo esta diligencia para que no excediese con mucha demasía en abstinencias, vigilias y otras asperezas, no fué todo bastante, para que no hiciese mucho más de lo que su salud y fuerzas corporales sufrian, supliendo el fervor del espíritu por lo que no alcanzaba el cuerpo flaco, el cual no dejó de molestarlo con muchas enfermedades que le recrecieron de las que arriba quedan referidas.

En llegando, pues, á Salamanca, como casi todos los moradores del Colegio habian sido sus novicios, ó hijos espirituales en Medina, ó le habian tratado familiarmente, fué recebido con grande aplauso, y luégo comenzó su gobierno con mucho consuelo y provecho de todos, y con grande union de unos con otros, con ser muchos, por ser este Colegio el mayor desta provincia, adonde pudo mejor asentar todos los dictámenes de gobierno que arriba quedan referidos; y más particularmente tenia cuidado de los hermanos estudiantes, para que juntasen la religion con las letras. Y en esta razon les hacia tan fervorosas pláticas, con el don de Dios que tenia para ello, que andaban todos con tanto fervor, como si fueran novicios, en todo lo que era mortificacion, oracion y concierto en los ejercicios espirituales, sin faltar por esto á los ejercicios de letras; pero con tal moderacion, que el estudio no ahogase el espíritu; y si alguno se daba con demasía á las cosas de devocion, tambien le iba á la mano para que atendiese á su estudio.

§. I.

PARA esto procuraba en sus pláticas persuadirles algunas verdades muy importantes, y la principal era la suma importancia de juntar espíritu con letras, y virtud con ciencia, diciéndoles, que estas dos cosas eran como los dos árboles plantados por Dios en medio del paraíso, que eran el árbol de la vida y el de la ciencia. Son como las dos lumbreras que dan luz á todo el mundo, una muy grande y otra menor. Son la vestidura doblada, con que la mujer fuerte viste á sus domésticos contra la frialdad de las nieves, que son malicia é ignorancia. Son tambien el espíritu doblado que pidió Elíseo á Elias al tiempo de su partida, que San Bernardo llama entendimiento y voluntad ratificada. Estos son como los dos Testamentos de la Iglesia, nuevo y viejo, ley y gracia; y como las dos ruedas que llevan el carro de la gloria de Dios, en quien estaba el espíritu de vida; y como las dos hermanas Marta y María, que se ayudan, y viven en una misma casa: y como Marta pedia la ayuda de su hermana María, así las letras, que se derraman con el discurso á muchas cosas, están necesitadas de que las ayude el espíritu, el cuál las ayuda en muchas cosas. Lo primero, dalas autoridad, porque, como dice San Gregorio que cuando es despreciada la vida, es tambien despreciada la dotrina, así por el contrario, es muy estimada la dotrina de aquel cuya vida es aprobada. Lo segundo, dalas vida, porque, como dice San Pablo, la letra sola mata, el espíritu vivifica; la ciencia solá hincha, y la caridad edifica. Y ¡ay de la ciencia, dice San Agustin, si no es enseño-

reada de la caridad! Pues por esto dijo David á Nuestro Señor [1]: *Bonitatem, et disciplinam, et scientiam, doce me.* Y así dice el Santo en otra parte: *Amate scientiam, sed anteponite charitatem:* amad la ciencia, pero tened en más la caridad. Lo tercero, dálas eficacia en persuadir que es posible lo que enseñan, porque la doctrina oida y no vista por la obra, hácese muy dificultosa; mas vista en la prática parece fácil. Y por eso dijo San Pablo á Timoteo [2]: *Attende tibi, et doctrinæ: hoc enim faciens, et te ipsum salvum facies, et alios.* Lo cuarto, da constancia y duracion en la enseñanza, porque en faltando el espíritu, se cansa la carne, y desfallecen las fuerzas.

De aquí inferia otra razon que encomendaba mucho, que el espíritu ayuda grandemente á crecer en las letras. Lo primero, purificando la conciencia de culpas, para que Dios, cuyo don es la ciencia, la comunique al alma limpia. Y el religioso, dice, que quisiere entrar en las divinas Escrituras, aplique sus trabajos más á quitar pecados, que á ver comentarios; á arrancar pasiones, más que á revolver Códices: porque la pureza de vida, como dijo Casiano, abre el ojo que mira á Dios; y al ojo que no se le esconde Dios, tampoco se le esconderán sus cosas, ni los secretos de sus historias.

Tambien procuraba persuadirles el ejercicio de la oracion, como medio para la ciencia, diciendo, que no se sabe ménos orando que estudiando; como quien tenia experiencia de la ciencia que Dios le habia comunicado por la oracion, como arriba se dijo. Y para esto les repetia algunas veces el ejemplo que cuenta

---

[1] In Ps. 118, serm. 23 de verbis Domini.

[2] Ad Tim. 4, v. 16.

Casiano, del Abad Teodoro, que con la pureza de corazon alcanzó más ciencia, que con la mucha leccion y estudio; y no entendiendo un lugar de la Escritura, habiéndole estudiado, se dió á la oracion, y vino á entenderle perfetamente.

Tambien les persuadia, que la mortificacion ayuda para la ciencia y para el espíritu, ejercitándola en las cosas propias de sus estudios, para vencer las dificultades que se levantan en ellos, especialmente en las cosas siguientes. Lo primero, en vencer las desganas de estudiar á los tiempos debidos, y las ganas de estudiar en los prohibidos, como son los de oracion, exámenes y otros semejantes; y con esto verán que tras Cristo ninguno va sin Cruz, no declinando, ni á la siniestra por las desganas, ni á la diestra por las ganas, so color de argüir ó sustentar. Lo segundo, en vencer la repugnancia de humillarse á preguntar al maestro y condicípulos, á argüir ó sustentar, ó responder al que les preguntare. Lo tercero, en no extenderse á mayores cosas de las que les convienen, ó á otros estudios de los que profesan, siguiendo la curiosidad más que la utilidad. Lo cuarto, en aplicarse por traza de sus mayores y maestros, y no por la suya, á este estudio, y no á aquel; allí y no aquí; por este modo, y no por el suyo; á estas cosas y no á aquellas; tales libros y no otros: porque deste modo irán mejor, conforme á la sentencia de San Agustin, que dice [1]: *Non parva scientia est scienti conjungi: ille habet oculos cognitionis, tu habeto credulitatis.* No es pequeña ciencia juntarse con el sábio; este tiene ojos para conocer y enseñar, tú tenlos para creer y obedecer. Y

[1] In Psalm. 36, v. 2.

es ignorancia y engaño de muchos, que se allanan á las ocupaciones de obediencia, y no al modo y traza de ellas. Lo quinto, en no exceder los límites de la modestia religiosa en mostrar lo que saben, ó en pretender lo que no les encomiendan; como es estos argumentos, ó actos, ó cátedras, ó en no aceptar las ocupaciones de la obediencia que no querrian. Lo sexto, en mantenerse en disposicion de dejar los estudios cuando se lo mandaren; porque si Dios es la causa dellos, como quiera que él lo ordenare, habrá contento; y lo mismo es en salir al ministerio que les ordenaren, este ó aquel, en este lugar ó en el otro; porque esta es la señal del buen espíritu con que entrastes en la religion, imitando á vuestro maestro, de quien se dice, que *Exultavit ut gigas ad currendam viam:* Alegróse como gigante para correr su carrera, siguiendo en todo la obediencia de su padre.

Y de aquí es, que para que los ejercicios de las letras y del espíritu no se impidan, el medio de paz en entrambos, es entrar por voluntad de Dios, cuyas obras no se embarazan, y anda por sus caminos para enriquecer á los que le aman y obedecen [1]: *In viis justitiæ ambulo, in medio semitarum judicii, ut ditem diligentes me, et thesauros eorum repleam.* Gran cosa, dice, es saber bien Teología; pero lo más subido della es saber concertar su vida sin que se aparte en nada de lo que Dios quiere. El que tiene ánsias de saber, dígase á sí mismo: A mí ni me es posible, ni me conviene salir á volar si Dios no me saca; y entónces no me hará falta lo que yo ahora dejo de arañar, por no faltar á su voluntad; y para que este vue-

---

[1] Prov. 8, v. 20.

lo me sea algun dia posible y provechoso, tengo otro medio, que es, entretanto estudiar en no apartarme de lo que su Majestad quiere de mí: esto es lo más alto que yo puedo aprender; porque lo contrario, no es ciencia, sino ignorancia; no es andar en luz, sino en tinieblas. Y como dice San Agustin [1], ignoremos de buena gana lo que Dios quiere que no sepamos: pues basta que Él lo quiera, para que gustemos de pasar por ello. *Nos igitur quod nescire nos Dominus voluit, libenter nesciamus.*

§. II.

ARA este mismo fin de juntar espíritu con letras, puso por escrito algunos avisos que trajesen entre manos los hermanos estudiantes, cuya suma pondré aquí, añadiendo algunas palabras que los declaren más, para que todos los que tratan de letras puedan aprovecharse dellos. La vida, dice, y ejercicio de los estudiantes de la Compañía, es de suyo muy quieta, y aparejada para andar concertados y ordenados; y si quieren, pueden andar siempre bien ocupados, y no ahogados: y así tendrá mayor culpa el que con tanto concierto no lo hiciere; para lo cuál le ayudarán las cosas siguientes:

Lo primero, procuren traer siempre el corazon muy sosegado, y libre de ánsias de estudiar, y de priesas por concluir con las obras de obediencia; porque esto estorba mucho á todos, y más á los estudiantes, y es ocasion de que las obras con la priesa vayan

[1] Præfat. in Psal. 6.

mal hechas, y el corazon quede inhabilitado para la oracion y trato con Dios. Procuren tambien, que la virtud y religion tenga siempre en su alma, y en su estima el mejor lugar: pues las letras sin ella más impiden que aprovechan; y este es el sentir de la Compañía, como consta de sus reglas. Y de aquí se seguirá, que den el mejor tiempo á las cosas espirituales, y las hagan con mucha perfecion, y sean las primeras, persuadiéndose que por esto no perderán el acrecentamiento de las letras, conforme á lo que dice San Buenaventura [1]: *Scientia, quæ pro virtute despicitur, per virtutem postmodum melius invenitur.*

Tengan muy pura intencion en sus estudios, en la leccion, y en todos los ejercicios de letras, porque esta los hace estudios religiosos. Los seglares pretenden con ellos nombre, dignidades, riquezas y otros fines temporales; mas los perfetos religiosos han cerrado la puerta á todo esto, y no buscan en sus estudios, sino la gloria del Señor, y ser convenientes instrumentos para procurar que sea conocido, amado y servido de los hombres con la fuerza de su buena doctrina y ejemplar vida. Esta es la doctrina que piden nuestras constituciones; y á este fin ha de ser ordenada, pretendiendo ganar las almas con nuestros estudios y ministerios, que es el más alto que hay en la tierra, y como dice San Dionisio, entre las cosas divinas, el divinísimo, y el que Cristo Nuestro Señor tuvo en su venida al mundo. Y por esto dijo: *Manifestavi nomen tuum hominibus;* y con ser tan alto, es tambien muy provechoso para los que se ocupan en esto; de

[1] In Speculo discip., c. 7.

quien dice Daniel, que resplandecerán como estrellas del firmamento. Y San Pablo: Atiende á ti y á la dotrina, porque haciendo esto, te salvarás á ti mismo y á los otros.

Para esto les ayudará ofrecer muy á menudo su estudio á Nuestro Señor, y nunca comenzarle sin hacer primero oracion, hincadas las rodillas; y pues Dios les manda que le pidan gracia para aprovechar en las letras, razon es hacerlo á menudo con humildad, procurando tambien mortificar las demasías que les impiden su aprovechamiento, y la pureza de su intencion, no queriendo mostrarse ántes de tiempo. Pues por esto, como advierte San Buenaventura, mandaba Dios en el Levítico, que á los árboles que plantasen en la tierra de Promision, los cortasen todos los pezoncicos que brotaban, y no se aprovechasen del fruto hasta el quinto año. Demas desto, procuren no perder los ratos y tiempos que pudieren de oracion, y los que más fueren menester, para su reformacion espiritual; advirtiendo, que aunque tienen señalado tiempo de una hora para oracion, pero esto es en cuanto estudiantes, y no en cuanto soberbios, y oprimidos de otras necesidades espirituales; porque si las tienen, han de procurar más y más tiempo de oracion, é importunar á Nuestro Señor hasta salir con su empresa, que esta lo es con mucha propiedad; porque va mucho á la Compañía en que seamos perfetos, y mucho más nos va á nosotros.

Al principio de los estudios comiencen con fervor á juntarlos con el espíritu, porque ordinariamente, cual fuere el principio, será el progreso y el fin; si con tibieza, tibios; si con fervor, alentados: y tiemblen de descaecer en este fervor; porque no tengan contra sí aquella voz temerosa de Cristo, que dijo á

un tibio: *Tengo contra ti algunas pocas cosas, porque has dejado la primera caridad.* ¿Y si tiene Dios algo contra nos, cómo no temblamos? ¿Pues qué, si tiene muchas cosas, habiendo descaecido en la obediencia y humildad, en la paciencia y caridad, y en las demas virtudes?

Atiendan con sumo cuidado á conservar la caridad y union de unos con otros, para lo cuál huyan destas seis faltas más particularmente, por ser muy perjudiciales; conviene á saber: tener amistades hondas y particulares con alguno, y más con nota de la comunidad; murmurar, quejarse de los maestros, si leen largo ó corto, escuro ó supérfluo, etc. Tener opiniones contrarias á la de los maestros, es cosa odiosa; y publicarlo, no haciendo caso de la opinion del maestro, es cosa intolerable. Toda significacion y sonsonete de no quedar satisfecho de las soluciones de los maestros, es desedificativa, y mucho más si se muestra al descubierto, dejándolos desabridos, y con mala opinion de sus soluciones. Poco amor, y significacion dél con algun maestro, es muy dañosa; pero más lo es cierto género de bandillos de querer más á un maestro que á otro, dando desto pública significacion á los demas.

Finalmente, hagan de su parte lo que pudieren por estudiar y saber, dejando á la Divina Providencia el suceso de sus estudios y ejercicios literarios, conservando la paz del corazon, aunque no sean prósperos, lo cuál no será dificultoso, si buscan á solo Dios en ellos. Si yo, dice el Señor, soy la causa de lo que buscas, como quiera que te suceda, te contentarás; y más vale cuidar de sí, que con descuido propio hacer milagros.

Estos son los avisos que el Padre Baltasar escribió y dió á sus estudiantes; y para ponerlos en práctica

usaba de medios suaves, proporcionados y eficaces, procurando velar con sumo cuidado en que los de casa guardasen con grande exaccion sus reglas, y diesen con puntualidad y entereza el tiempo señalado á todos los ejercicios, no solamente á los de oracion y exámenes de conciencia, y á los demas que tocan al espíritu, sino tambien á los ejercicios de letras, sin permitir quiebras en ellos, dando penitencias á los maestros ó dicípulos que en esto hallaba culpados; y porque lo corporal ayuda á lo espiritual, tenia tambien grande cuidado de que no les faltase todo lo que habian menester, para que ellos descuidasen de sí; y que el dia señalado para descansar de los estudios, que en las Universidades se llama asueto, se fuesen al campo, y á recrear, para conservar la salud, reparar las fuerzas, y volver á estudiar con nuevos brios. Tomábalos cuenta de la conciencia cada mes, y hablábalos más á menudo cuando los via con alguna particular necesidad, alentándolos, así en las cosas de devocion como del estudio, mostrando tener concepto y estimacion de sus trabajos; y en todas las cosas se mostraba con ellos tan padre, que de todos era amado y respetado, y acudian á él con grande confianza en todas sus necesidades, y para todo lo que era bien de sus almas. Uno destos hermanos estudiantes (como él mismo lo contó despues siendo ya sacerdote), viéndose tentado de desesperacion, y muy apretado, no halló otro mejor remedio que irse al aposento de su Rector, con ser la media noche. Entró de repente á escuras; asióle de los brazos, y hízole estremecer. Despertando el Padre Baltasar, preguntóle quién era; pero el hermano, turbado con su tentacion, detúvose un rato en responder, y despues dijo su nombre. Entónces el Padre con mucho sosiego le

dijo: ¿Pues qué quiere mi hermano á estas horas? Respondió: Padre, que me muero, y me voy derecho al infierno. En oyendo esto, compadecióse de su necesidad; hízole sentar, y estúvose gran rato con él, hasta que con sus blandas y eficaces palabras le sosegó del todo. A este modo sosegaba y quietaba á los demas tentados, como se ha dicho de los novicios.

Finalmente, con sus pláticas en comun y en particular, y con los demas medios que aplicaba con suavidad y fortaleza, juntó en Salamanca el fervor sustancial del noviciado de Medina, con la profesion de letras á que allí se atendia, cuyo testimonio puede ser, que llegando entónces al Colegio el procurador de la India Oriental, é islas del Japon, con licencia de nuestro Padre General para llevar algunos de los que se ofreciesen á esta mision tan gloriosa y tan dificultosa, fué extraordinario el fervor que Nuestro Señor les comunicó en pedirlo, abandonando tierra, deudos, amigos y comodidades, y ofreciéndose á los inumerables peligros que por mar y tierra tenia esta empresa á partes tan distantes, y entre gentiles y bárbaros muy feroces; y si no se pusiera tasa, se despoblara el Colegio, por la grande instancia é importunacion que todos hacian, procurando con santa emulacion cada uno vencer al otro en la demanda, con las razones que alegaba para ser preferido. Con ser tantos los llamados, no fueron más que cinco los escogidos para esta jornada, acallando á los demas con las esperanzas que les dieron de enviarles en otra mejor ocasion; y con esto quedaron quietos, como hijos de obediencia, y prosiguieron con su fervor de espíritu como solian [1].

[1] Véase el número VIII del Apéndice.



CAPITULO XXX.

En que se ponen algunos ejemplos notables de dos hermanos estudiantes muy fervorosos, Juan Ortuño, y Francisco de Córdoba.

Los que más se señalaron en el fervor del espíritu, con el ejemplo y ayuda del Padre Baltasar, fueron los hermanos Artistas, que eran recien venidos del noviciado juntamente con su maestro el Padre Estéban de Ojeda, que habia sido colegial del Colegio mayor de Cuenca, y Catedrático de Filosofía en aquella insigne Universidad, y habia entrado en la Compañía el año de mil y quinientos setenta y uno, casi juntamente con todos los que eran sus dicípulos; y aunque todos tuvieron virtud muy aventajada, pero dos se esmeraron sobre todos, con singular excelencia y edificacion de todo el Colegio, cuyas heróicas virtudes notó y advirtió bien su maestro el Padre Ojeda, y me las contó algunas veces, y despues me las dió por escrito, y me han parecido dignas desta historia, no sólo para gloria del Padre Baltasar, que fué su maestro en el espíritu, sino para que la memoria destos ilustres ejemplos obre ahora en los religiosos que estudian, lo que obraban cuando vivos en los que los miraban.

Del hermano Juan Ortuño.

EN primer lugar pongamos al hermano Juan Ortuño, de quien yo oí decir al mismo Padre Baltasar en una plática, que no habia leido en las vidas de los Padres del yermo cosas más grandiosas, que las que habia visto en este hermano, así en Medina siendo su maestro cuando era novicio, como en Salamanca siendo su Rector cuando era estudiante. Entró en la Compañía á los veinte años de su edad, con otros muchos que entraron el año de setenta y uno; y entre todos resplandeció con raro ejemplo de santidad, todo el tiempo del noviciado, pero mucho más el poco tiempo que le duró la vida, oyendo las artes en Salamanca. Tenia aventajado ingenio, y ponia mucho cuidado en sus estudios, pero sin aflojar un punto en el tesoro de las virtudes, mostrando bien por la obra el mayor caso que hacia de ellas, que de las letras. Señalóse particularmente en la obediencia y mortificacion, así interior, como exterior, con una modestia y composicion tan consumada y sin mudanza, que daba claro testimonio de su admirable espíritu, quieto, compuesto y muy mortificado. Era entónces Sotoministro de aquel Colegio el Padre Juan Rodriguez, varon santo, muy callado, muy riguroso y penitente, y por extremo obediente á todo lo que le encargaba el Padre Rector para hacer bien su oficio. Habíale encargado que ejercitase á los hermanos estudiantes, así Teólogos como Artistas, y mucho más á los Artistas, que eran casi novicios, en mortificaciones y oficios bajos; y el buen Sotoministro, que de suyo era amigo de semejantes

ejercicios, con el estímulo desta obediencia era muy diligente en cumplir con ella, ejercitándolos á todos en varias ocasiones, y mucho más al hermano Juan Ortuño, de quien tenia mayor satisfacion, haciendo en él extrañas pruebas. Estaba aguardando á la puerta del general, á que se acabase la leccion, y luégo llamaba al dicho hermano, y al hermano Francisco de Córdoba, de quien luégo trataremos, y los enviaba á la cocina á fregar las ollas y los platos, y á otras ocupaciones semejantes, que reservaba cada dia para ellos; á las cuáles acudían con más alegría que á la leccion, sin quejas, y sin proponer que les diese tiempo para pasarla; y aunque su maestro sentia esto, y hablaba por los dicípulos, para que no les ocupasen en tal tiempo, mas ellos no curaban de otra cosa, sino de obedecer y mortificarse, con mucho contento y alegría.

En esto se esmeró tanto el hermano Ortuño, que parece cosa milagrosa su obediencia, con tanta sinceridad, puntualidad y perfeccion, como se verá por los casos siguientes. Una tarde de invierno muy tempestuosa, de gran ventisca y nieve, el Padre Juan Rodriguez, al anochecer, encontró con este hermano junto á la barandilla de un corredorcillo que caia á un patio pequeño, y díjole: Juan, aguardaos aquí hasta que yo vuelva, porque os tengo que ocupar en cierta cosa. Fuese el Padre, y olvidóse, con otras ocupaciones, de lo que habia dicho; mas el buen hermano, como si fuera de piedra, no se movió un punto de aquel lugar, con hacer terrible frio, y afligirle la ventisca; y la nieve que entraba por la barandilla, le cubria los piés. Eran ya las nueve de la noche, y no habia venido á cenar con los demas á primera ni segunda mesa; echóle ménos un condiscípulo suyo,

avisó dello á su maestro, hicieron diligencias por toda la casa para saber dónde estaba, y como no le hallasen, preguntaron por él al Padre Juan Rodriguez, el cuál, como estaba olvidado de lo que habia mandado, respondió, que no sabia dél; vanle otra vez á buscar, y pasando por el corredorcillo ya muy tarde, le hallaron yerto de frio, casi cubiertos los piés de nieve; y como su maestro le reprendiese, y preguntase, qué hacia allí á tal hora y en tal tiempo, respondió con mucha paz, que el Padre Juan Rodriguez le mandó aguardar allí hasta que volviese, y que no habia vuelto. Quedaron todos admirados desta obediencia, y sin duda, si no fueran á buscarle, se estuviera allí hasta la mañana con grande alegría.

En el patio deste Colegio habia entónces unas eras de flores, y estaban repartidas entre los hermanos estudiantes, con órden del Padre Ministro, que cada uno echase en la suya tres calderos de agua cada dia, para que se conservasen, por ser verano. Una semana llovió mucho, y con todo eso el hermano Ortuño echaba cada dia en su era sus tres calderos de agua, estando muchos á la mira; y riñéndole su maestro, porque regaba la era lloviendo tanto, respondió con gran modestia y humildad: Padre, á mí me mandaron que echase cada dia tres calderos, y no me dijeron que si lloviese no los echase. Admiróse el Padre de la santa sinceridad que mostraba su dicípulo, en obedecer con obediencia ciega á lo que le ordenaban, y calló.

Pero mucho más se admiró de la rara obediencia que mostró en otro caso. Oia con los hermanos las Artes un sacerdote muy virtuoso y ejemplar, pero muy rudo y desmemoriado, porque por un oido le entraba la leccion y por otro le salia. Encargó al her-

mano Ortuño su maestro, que cada dia, acabada la leccion, la pasase á este Sacerdote, y le ayudase lo que pudiese para dársela á entender. Hízolo con estraordinario cuidado, teson y amor, acudiendo á todo lo que le preguntaba, á cualquier hora con una caridad increible, sin dar jamas muestra de impaciencia ó enfado, con echar de ver con certeza, que era trabajo sin fruto, y sin esperanza de que habia de saber algo. Cuando su maestro le preguntaba, cómo le iba con el compañero, sólo respondia: Hace todo lo que puede. Todos estaban admirados deste sufrimiento; porque otros condicípulos se cansaban al tercero dia de pasarle la leccion, pero él era infatigable en su encomienda.

Pero no dejaré de contar lo que entónces le sucedió, mostrando lo mucho que veneraba aun lo que era sombra de obediencia. Sentábanse al principio del estudio, por San Lucas, sobre unas piedras á pasar su leccion; viéndolos una vez el superior, dijo como por gracia: *In mensibus erratis, super lapidem non sedeatis.* En los meses, cuyo nombre tiene r, no es bien sentarse sobre piedra. Él, como era tan obediente, tomólo tan de veras, que desde entónces hasta fin de Abril, aunque su compañero se sentaba en la piedra, él se estaba en pié; y en viniendo Mayo se sentó tambien: y preguntándole algunos que repararon en esto el misterio que tenia, respondió con gran sencillez, que el Padre Rector habia dicho, que no se sentasen en piedras los meses que tenian r en su nombre, y por esto no se habia sentado hasta que entró Mayo.

Esta misma verdad y puntualidad guardaba en todas las cosas de obediencia, por menudas que fuesen; y muchas veces le sucedió estando escribiendo,

llamar á otra cosa con la campana ordinaria, ó en nombre del superior, y entrando luégo de propósito quien podia, á ver el papel, hallaba la letra comenzada, sin acabar, por acudir con presteza, conforme á nuestra regla, que así lo encarga; y de aquí vino la exaccion con que hacia el exámen particular de una sola falta, como en la Compañía se usa, guardando todas las advertencias dél, hasta la mínima de apuntar y conferir las faltas de un dia con otro, lo cual hizo en la última enfermedad, hasta un dia ántes que muriese, teniendo el librito donde las apuntaba escondido, para que ninguno le viese; en lo cuál quiso imitar á nuestro Padre San Ignacio, de quien se escribe lo mismo: porque se preciaba grandemente de seguir los pasos del santo fundador, que Nuestro Señor le habia dado por su guia.

Pues ¿qué diremos de lo que pasó en esta enfermedad postrera? la cuál fué una postema secreta y muy penosa, que le impedia estar sentado. Encubrióla algunos dias, parte por no pensar que era de tanto peligro, como de verdad lo era, y parte rehusando mostrarla al cirujano, de que tenia empacho por su grande honestidad. El dolor le hizo dar señales de su mal, forzándole cuando estaba en el general á no sentarse derecho, sino como de lado: advirtiólo su maestro, y preguntóle la causa; y como le dijese que era un nacidillo en una de las sentaderas, replicó el maestro: ¿Pues por un nacidillo se ha de sentar así? Razon tiene V. R., respondió el santo hermano; y los tres dias siguientes se sentó derecho, con sentir graves dolores, sin dar muestras dellos: pero creció tanto el mal, que por órden del Superior le vieron el médico y el cirujano, y descubrieron su grande peligro. Hicieron en él extraños martirios y carnicerías, por

haber cundido el mal muy á lo interior; y él, como si fuera una piedra, ni rehuia la mano que le martirizaba, ni dió señal de dolor, ni un mínimo quejido, admirándose todos de tan heróica paciencia y fortaleza. A todos los que le visitaban mostraba el rostro alegre, y respondia con grande apacibilidad, diciendo: Puesto estoy en las manos de Dios: haga de mí conforme á su santa voluntad; ni temo de su mano la muerte, ni me espanta el dolor. Al fin llegó el remate de sus trabajos, y le intimaron que su mal no tenia remedio. Alegróse con la nueva de su muerte; hizo una confesion general con el Padre Estéban de Ojeda, su maestro, vertiendo copiosísimas lágrimas por sus pecados, con ser tan leves, que afirmó su confesor, que no solamente no halló en él pecado mortal, ó duda de cosa que lo hubiese sido, pero ni pecados veniales graves hechos con malicia y advertencia, con estar entónces en la flor de su juventud, pues no pasaba de veinte y tres años. Acabada la confesion, pidió con afectuoso corazon y lágrimas al Padre Rector, que hiciese traer una ó dos cargas de estiercol sobre que expirase, porque le sería de gran consuelo verse morir como merecian sus gravísimas culpas; y con estos y otros afectos encendidos de amor de Dios, habiendo recibido los demas Sacramentos, le entregó su espíritu, con la suavidad y paz que merecia su santa vida, la cuál verdaderamente fué admirable, su silencio perpétuo; su caridad con todos muy notable; una honestidad angélica en vestirse y desnudarse; y tan grande pureza de conciencia, que su maestro y otros andaban con cuidado mirando si hallaban en él alguna falta ó imperfecion, y nunca pudieron hallarla. Para consuelo de los de casa, hizo el Padre Baltasar Alvarez una plática de las heróicas virtudes

deste santo hermano, y dellas dijo lo que arriba apuntamos, que no causaban menor admiracion que las que se cuentan de los santos padres del yermo. Mas como nuestro Dios siempre es el mismo, y su mano nunca está abreviada, no es de espantar que sea ahora tan liberal en hacer mercedes á sus fervorosos siervos, como lo fué en los siglos pasados: porque si queremos cooperar con su gracia, obrará en todos y por todos los que se dispusieren, cosas admirables, y dignas de su infinita grandeza.

Del hermano Francisco de Córdoba.

COMPAÑERO del hermano Ortuño en el noviciado y en las Artes fué el hermano Francisco de Córdoba, hijo del Duque de Cardona y de Segorbe, Marqués de Comares, que habia sido Rector de la Universidad de Salamanca; y tocándole Dios el corazon, entró en la Compañía el mismo año de setenta y uno. Estuvo en el noviciado de Medina del Campo con el Padre Baltasar, y despues en Salamanca, siendo allí Rector, donde oyó las Artes, y despues la Teología. Desde el principio tomó muy de veras seguir la perfeccion, y se le entrañó tanto el espíritu de la Compañía, que solia él decir muchas veces, que todas las cosas della le cuadraban mucho. En los primeros ejercicios que hizo, le dió Nuestro Señor tan grande contento con el estado que habia escogido, que viniéndole á visitar el Maestro Estéban de Ojeda, Colegial del Colegio de Cuenca, con quien tenia estrecha amistad, no pudiendo creer que estuviese tan contento como lo mostraba, para asegurarle y desengañarle, con no tener costumbre de jurar

aun cuando seglar, quiso entónces hacerle juramento dello, diciéndole: Estoy tan contento, y persuadido á que esta vida es la que me importa para mi aprovechamiento y salvacion, que aunque ahora me dieran el sumo Pontificado, y cuanto el mundo me puede dar, no hiciera mudanza, antes lo tuviera todo por escoria; por lo cuál el mismo maestro, que andaba ya tocado de Nuestro Señor, se resolvió de seguir el mismo camino. Acabados los ejercicios, le encargaron el oficio de refitolero; y era tan grande su consuelo y fervor, que le barria de rodillas, besando el suelo, y regándole con lágrimas, pegando devocion á cuantos le miraban. Esmeróse mucho en la abnegacion y mortificacion de sí mismo; y para fundarse en profunda humildad, aborrecia todo lo que el mundo estima, encubriendo todo lo que podia serle ocasion de honra, y ofreciéndose á todo lo que podia ser causa de su mayor desprecio; y con una prudencia más que humana, haciendo esto por humillarse, lo disimulaba de manera, que no se entendiese que lo hacia por virtud y de industria, sino por no saber, ó no poder más, para ser así más despreciado; de lo cuál pondremos algunos ejemplos muy notables.

Por mortificarse, gustaba mucho de servir al cocinero, no solamente cuando novicio, sino tambien cuando estudiante. Pedia los dias de fiesta y asueto licencia para ir á la cocina, y ayudar á barrer y fregar, y aderezar la comida: porque yo, decia, aprendí mucho deste menester allá fuera en el mundo, y queria aprovecharlo con dar una buena olla á los siervos de Dios.

Procuraba tambien encargarse de las cabalgaduras, de darlas de comer, y curarlas, diciendo, que tambien se le entendia mucho desto. A esta sazon

llegó á Salamanca un Padre con un rocin tan flaco, matado y maltratado, que estuvieron por echarle al prado por inútil. Mas él con licencia del Padre Ministro [1] se encargó de curarle: lavábale las mataduras, y curábaselas, y concertó un prado del otro cabo de la puente, donde estuviese algun tiempo; pidió licencia para llevarle, y concediósele, entendiendo que algun mozo de casa le llevaria; pero él, que vió la suya, tomó un sombrero y manteo muy viejo, y lleno de remiendos, una grande estaca debajo del brazo, una soga y cantidad de estopas en las manos, y su rocin del cabestro, y llevólo por medio de la ciudad, con los instrumentos que he dicho descubiertos, de modo que los viesen todos. Pasó por junto á las escuelas, en tiempo que salian dellas muchos Colegiales y estudiantes, que se le ponian á mirar, y quedaban pasmados de ver una persona tan principal, que habia sido Rector de aquella Universidad, ir de aquella manera con gran contento y con una boca de risa. Deste modo llevó su rocin al prado, triunfando de la vanidad y pompa mundana, con más gloria que los Emperadores triunfaban de sus enemigos por toda Roma. Como supo esto el superior, reprehendióle de que hubiese ido por allí; mas el santo varon, que tenia especial gracia en encubrir sus actos de humildad, respondióle con grande paz: Padre, yo, como soy flojo, miré por qué camino podia ir más derecho, y más en breve, y por esto fuí por allí.

Pero más adelante pasó su humildad, porque con tener muy buen entendimiento y gran juicio, se hacia del bobo, y aposta decia algunas boberías, para que

[1] Era entónces el Padre Gonzalo de Avila.

le tuviesen en poco. Habiendo de predicar un dia en refectorio, como suelen hacer los hermanos estudiantes, movió uno duda sobre cierto punto, que tocaba á la vida del Santo de quien predicaba, alegando que estaban encontrados dos libros de los que llaman Flos Sanctorum, en lo que contaban de aquel punto. Y en la respuesta para declarar lo que sentia, dijo: Aténgome á lo que dice el Flos Sanctorum de *Zaragoza*, porque tiene la letra más gorda, y la entiendo mejor; y aunque los oyentes se sonrieron, él quedó muy sosegado, como si no alcanzara más de lo que dijo: y para su mayor ejercicio permitió Nuestro Señor, que un hermano estudiante, entre otros, no entendiese el espíritu que movia á este siervo de Dios, pensando que de verdad era tan bobo como él se hacia. Con esto reíase, y mofábase de sus cosas, como de simplezas y boberías, atribuyéndolas á cortedad de entendimiento y poca capacidad, sin recatarse de decir esto en su presencia. Mas el humilde Francisco no perdió esta buena ocasion de aumentar la humildad, juntamente con la caridad, procurando regalar y honrar al que le despreciaba. Cuando servia á la mesa en refectorio, dábale el mejor plato que llevaba. Cuando iba á la recreacion, ó al asueto al campo, poníase de ordinario junto á él, por tener alguna ocasion de ser escarnecido. Y como su maestro el Padre Ojeda reparase en esto, preguntóle ¿qué significaba sentarse siempre junto á tal hermano, dando señales de tanta amistad, con nota de singularidad? y despues de haberle apretado mucho, á que le diese razon dello, porque bien entendió que habia algun misterio, le respondió, que la causa era, porque aquel hermano le conocia, y trataba como merecia. V. R., dice, y los demas, hácenme mucha honra, como si

yo fuese algo; y esto no me hace ningun provecho: mas este hermano conóceme, y póneme en el lugar que merezco, haciendo escarnio de mí y de mis cosas; y esto es lo que importa, y con este me conviene tratar, como suelo. Con esta respuesta quedó su maestro admirado de la profunda humildad de su dicípulo.

Otra cosa sucedió á los dos, en que tambien la descubrió grandemente, yendo á predicar los Domingos de la Cuaresma á una aldea [1], que está como dos leguas de Salamanca. Iban á pié su poco á poco; el Padre predicaba y confesaba, y el hermano Francisco enseñaba la doctrina á los labradores, juntándose con los niños muchos hombres y mujeres, y casi todo el lugar por las tardes. Hizo en ellos extraordinario provecho, y amábanle tanto, que la Cuaresma siguiente pidieron los labradores, que fuesen los mismos Padres á hacerles el bien que les hicieron en la pasada. A pocos Domingos que fueron, por el dicho de algunos estudiantes que acudian allí de Salamanca, vínose á entender quién era el hermano Francisco, y comenzaron todos á hacerle mucha honra, y algunos hubo que le llamaron señoría. Sintió esto grandemente, y procuró con toda destreza deslumbrarlos, diciendo que habia sido cocinero y labrador, y que les podia examinar en cosas de labranza. Mas como esto no bastase para quitarles su persuasion, y el respeto que le tenian, hizo grande instancia á su maestro, para que no le llevase más á tal lugar, y al superior para que no le enviase; y finalmente, se le concedió por no afligirle: porque le daba tanta pena verse honrado, cuanta á los del mundo que les quiten la honra.

---

[1] Llámase Machacon.

Y para que se vea cuán de corazon le salia esto, diré lo que le pasó con un hermano condicípulo, con quien se concertó que uno á otro se avisasen con caridad de las faltas que advirtiesen; y como el otro hermano acudiese algunas veces á pedirle que cumpliese lo concertado, él se acusaba de negligente, prometiendo la enmienda; hasta que apretado más un dia del compañero, le respondió, que la ocupacion interior que tenia con sus muchos defetos, no le dejaba mirar á los ajenos; y es así, que honrando á todos, á sí solo despreciaba; y teniendo vista de lince para mirar sus culpas, no tenia ojos para reparar en las ajenas. Nunca decia mal de nadie, y á todos queria meter en sus entrañas, sirviendo, regalando y consolando cuanto podia á los enfermos, llevando de su parte muy adelante la caridad y cuidado que en la Compañía se tiene con ellos.

Mas para prueba de su virtud, permitió Nuestro Señor faltase con él este cuidado en una de sus enfermedades. Habia ido fuera de la ciudad el hermano enfermero [1], que era eminente en su oficio, quedando en su lugar el que le ayudaba, que era un hermano coadjutor novicio, que habia sido labrador, y tenia pocas letras, y ménos industria en materia de regalar enfermos. A este tiempo cayó enfermo el hermano Francisco, de unas recias tercianas; curábale el enfermero con tanto descuido, y tan á fuer de su aldea, que comenzó á empeorar con algun peligro. El mismo Padre Francisco me contó despues las cosas particulares que hizó con él por ignorancia, que me causaban compasion. Una sola diré, que sucedió el dia de

[1] Era el hermano Antonio Omiste.

la purga, que era Sábado, y el novicio, como recien entrado, y criado en la aldea, olvidóse de poner olla aparte para el purgado, y al tiempo que le habia de dar el caldo, tomó un cuarto de ave, y echóle á cocer en la olla de la comunidad, que suele ser de asaduras y ollas de grosura. Llevóle una escudilla de caldo destas cosas, y como el enfermo la gustase, parecióle mejor no tomarla: de ahí á una hora llevóle el cuarto de ave por cocer, duro como un madero, y cubierto de la grasa que estaba por encima de la olla, cuándo le sacó della; no pudo atravesar bocado; estaba desflaquecido por haber purgado mucho, y por los sudores con que le dejaban las tercianas, faltándole el socorro que los buenos enfermeros dan en ellos; pero con todo esto, nunca se quejó, ni dió señales de disgusto, ni quiso hablar palabra, hasta que viendo el riesgo que corria de perder la vida, le vino escrúpulo de si podia con buena conciencia dejarse morir por no hablar. No se atrevió á resolverse por sí mismo, y aquella tarde de la purga, envió á llamar á un Padre muy espiritual y anciano que allí estaba, que era el Padre Gonzalo Gonzalez, y era tenido por muy riguroso contra sí mismo, pareciéndole que con la respuesta que tal persona le diese, quedaria seguro. Contóle debajo de gran secreto lo que pasaba; y puesto su caso, le preguntó si sería más perfeccion callar, y dejarse morir, que representar su necesidad á los superiores; porque él estaba determinado de hacer lo que fuese mejor. ¡Oh varon verdaderamente resignado, y muerto al amor propio, pues por no perder un punto de perfeccion, estaba resuelto á querer padecer tanto trabajo, y á morir en la demanda, pudiendo atajarlo todo con decir una sola palabra! Oyó el prudente maestro de espíritu la duda que le propo-

nia; y como diestro médico quiso probar y adelantar la virtud y paciencia del enfermo, diciéndole que callase, y se resignase en las manos de Dios, y no quisiese malograr ocasion tan gloriosa de padecer, como se le habia entrado por sus puertas. Con esto le dejó, y se fué luégo al superior, y dándole cuenta de lo que pasaba, acudieron con gran presteza y caridad á remediar esta necesidad, quedando por una parte el hermano Francisco medrado con haberse ofrecido á callar, sin temor de su peligro; y por otra, remediada su necesidad por la industria del buen médico. Y todos echamos de ver, que en Colegio donde tanto amor y cuidado habia con los enfermos, no pudo suceder tal olvido y descuido, sin traza de la Divina Providencia, para que se descubriese más la heróica virtud del enfermo.

Prosiguiendo el hermano Francisco con estos ejercicios de mortificacion, regalábale Nuestro Señor, y enriquecíale con sus dones celestiales, especialmente en las comuniones ordinarias, donde le sucedian cosas bien extraordinarias. Por todo lo cuál, como tenia ya mucha edad, le ordenaron de Sacerdote al segundo año de su Teología, con grande repugnancia suya: porque dado que las ganas de la comunion más frecuente, pudieran ponérselas de tomar tal estado; mas la grandeza de la dignidad le encogia por su mucha humildad. Despues, ordenado, como tenia suficiencia de letras para ello, con su buen juicio confesaba los Domingos y fiestas; pero pidió á los superiores que no le diesen licencia para confesar, sino solamente á los pobres, y á los negros, y gente baja. A estos se aplicaba, y no á otra gente; y si acudia á él alguna persona de lustre, le acomodaba con otro confesor, y hacia con tanto fruto su oficio, que salian de sus pies

los penitentes muy aprovechados; y cuando los hablaba fuera de confesion en cosas de sus almas, era con tanta humildad y afabilidad, como si fuera un hombre bajo como ellos, procurando dárselo á sentir así, para que él quedase más humillado, y ellos más alentados á tratarle sin encogimiento. Aplicábase tambien á tratar los criados y mozos de casa; y despues de comer se iba á platicar con ellos de sus oficios, y á vueltas desto, del que debe tener por único el buen cristiano, que es su salvacion, enseñándoles la doctrina, y á servir á la Misa; y traíalos tan aprovechados en la modestia y compostura exterior, y en frecuentar la confesion y comunion, que parecian religiosos.

Acabados los estudios, fué á tener su tercera probacion con el mismo Padre Baltasar Alvarez al Colegio de Villagarcía, adonde la tuvimos juntos, y allí vi sus admirables virtudes, llevando adelante el fervor que siempre tuvo, hasta que murió en aquel Colegio el mismo año, como en su lugar diremos.





CAPITULO XXXI.

Cómo tenia especial cuidado de que los maestros fuesen perfetos, y de la insigne virtud del Padre Francisco de Ribera, que leia allí Sagrada Escritura.

AUNQUE el Padre Baltasar tenia tanto cuidado, como se ha visto, de que los estudiantes de la Compañía juntasen espíritu con letras, al modo que se ha visto, mucho más deseaba y procuraba esto para los maestros y letrados ya hechos, de quien depende mucho la virtud, espíritu y religion de los dicípulos; los cuales por la mayor parte, como aman y estiman á sus maestros, y aprenden dellos las ciencias, así aman y estiman la religion y santidad que ven ser amada y estimada dellos, y aprenden con mucho gusto de sus palabras y obras, las virtudes que en ellos resplandecen, y de que se precian más que de las ciencias; y tambien los maestros con su vida ejemplar acreditan su persona y su doctrina, y hacen que sea bien recebida y más estimada; y si es de cosa que se ha de poner por obra, facilitan mucho la ejecucion della: porque, como dijo San Pedro Crisólogo [1],

[1] Serm. 167.

Magisterii auctoritas constat ex vita: docenda faciens obedientem perficit auditorem. La autoridad del magisterio consiste en la buena vida. El que hace lo que enseña, hace tambien que lo cumpla el que lo oye; y al contrario la mala, ó imperfeta vida, desacredita al maestro y á su dotrina. Pues, como dijo San Bernardo [1], *Cujus vita despicitur, restat ut prædicatio contemnatur.* Cuando es despreciada la vida del que predica, tambien lo es su predicacion y enseñanza. Por esta causa deseaba mucho el Padre Baltasar, que los lectores y predicadores fuesen muy espirituales, y que primero se aprovechasen á sí mismos, para poder aprovechar á otros: porque decia que era grande lástima tener los cartapacios y memorias llenas de verdades, y estar las almas vacías de virtudes; y que era gran desórden el de aquellos, que todo lo que estudiaban lo enderezaban para otros, y nada para sí mismos; pues uno de los prójimos, y el primero con quien se ha de tener cuenta soy yo mismo, conforme á lo que dice Salomon: *Bebe tú primero el agua de tu algibe y de tu pozo, y despues tus fuentes salgan afuera, y divide las aguas por las plazas.* Decia tambien, que letrados sin espíritu, vanos y altivos, hacian gran daño en la Iglesia de Dios y en las religiones; y que si él pudiera, á estos tales, que están tan verdes, aunque les parecia á ellos que son pilares de la Iglesia y de la religion, los pusiera en una cocina, para que allí se mortificara y secara aquel verdor. Mas á los letrados que eran conformes al corazon de Dios, y acompañaban su ciencia con el espíritu, honrábalos, estimábalos, y encomendábalos mucho á Nuestro Se-

[1] Serm. 2 de Resurrect.

ñor, y ayudábalos cuanto podia; porque los tenia por verdaderas columnas de la Iglesia y de las religiones; y hízole Nuestro Señor merced de que fuesen tales los que tenia entónces en su Colegio.

Pero particularmente, como se tratase de poner allí [1] una leccion de la Sagrada Escritura, por ser de tanta importancia, para ser los estudiantes consumados en la Teología, que estriba en ella, deseó mucho que viniese por letor alguno, que con la eminencia de la dotrina juntase la santidad de la vida; y diósele Nuestro Señor cual le deseaba, en el Padre Francisco de Ribera, que habia sido su novicio en Medina del Campo, de quien tenia prendas que con sus excelentes virtudes edificaria y alentaria á los hermanos estudiantes. Dellas haré aquí una suma, pues por tantos títulos toca al que tuvo por maestro en su noviciado. Fué este gran varon Colegial en el insigne Colegio del Arzobispo, que está en la Universidad de Salamanca; y habiéndosele acabado el tiempo de estar en su Colegio, se volvió á su lugar de Villacastin, de donde era natural, y allí se entretenia en los estudios de la Sagrada Escritura, en que era muy eminente, con mucha noticia de las tres lenguas, latina, griega, y hebrea. Quiso Nuestro Señor por sus soberanas trazas, que en las pretensiones que intentó tuviese poca ventura, que fué para él muy buena ventura. Y pasando una vez por Villacastin el Padre Martin Gutierrez, Rector del Colegio de Salamanca, que allí le habia conocido, tratado, y confesado, fué á visitarle; y despues que los dos hubieron conferido algunas cosas, díjole el Doctor Ribera cómo

[1] Año de 1575.

estaba resuelto de retirarse á vivir en una casa que está en aquel pueblo pegada á una ermita de Nuestra Señora, con quien tenia especial devocion, y desde allí acudir á predicar por los lugares comarcanos, gastando el demas tiempo con sus libros. Y preguntando al Padre Gutierrez, qué le parecia de aquel modo de vida, respondió el santo varon: Señor Doctor, muy bien me parece su determinacion, pero mire que se queda con la mejor prenda, que es su propia voluntad. Esta palabra le penetró el corazon de tal manera, tocándole la luz del cielo, y la mocion del Espíritu Santo, que con ella se determinó á dejar del todo el mundo, y entrarse en la Compañía, adonde podia ejercitar los mismos estudios y ministerios, sin mezcla de propia voluntad, siguiendo la de la obediencia, que nos ajusta con la divina.

Hecha la resolucion, aunque se detuvo algunos dias por atender al remedio de algunas señoras, deudas suyas, muy honradas; pero finalmente, rompiendo por todas las dificultades, se fué á Salamanca, donde el Padre Martin Gutierrez le recibió en la Compañía el año de mil y quinientos y setenta; y de allí fué al noviciado de Medina con el Padre Baltasar, adonde vió por experiencia lo que dejó escrito dél en uno de sus libros, que era hombre de grande mortificacion y oracion, muy poderoso en la palabra, y la metia en los corazones, y tenia gran destreza de encaminar las almas á Dios. Aprovechándose, pues, de tan buen maestro, y del gran caudal de naturaleza y gracia que el Señor le habia comunicado, bebió el espíritu de la Compañía, como si desde mozo se hubiera criado en ella, y se aventajó con grande excelencia en todas las virtudes, especialmente en aquella cuyo amor le trajo á la religion, que era la obe-

diencia, guardando todas las reglas, y las demas ordenaciones de los superiores, con grande exaccion, no solamente mientras novicio, sino todo el tiempo de su vida, sin que fuesen parte los estudios y ocupaciones que tuvo, para entibiar en esto, ó dejar de guardar cualquier regla por pequeña que pareciese. Con tener muchos achaques, nunca quiso beber entre dia sin licencia, ni dejar de barrer su aposento dos veces cada semana, ni dentro ó fuera de casa leer carta ó billete sin licencia del superior, ni escribirla sin haber pedido primero licencia, y registrarla; y sucedióle á veces, que habiéndola ya registrado, se le ofrecia alguna cosa que añadir de nuevo, y no cerraba la carta hasta volver á registrar lo que habia añadido; porque como todo esto era segun las reglas, no queria apartarse un punto dellas. Fué insigne en la modestia y compostura del cuerpo, y en la moderacion de sus acciones; humilde sobre manera, y amigo de consultar sus dudas, y de ser enseñado de otros, aun de los que sabian ménos; muy apacible y afable en su conversacion; y con el ejemplo de sus raras virtudes se hacia amable. No era su fervor como el de los novicios mozos, que á modo de ollas puestas á grande fuego, hierven á borbollones, y vierten lo que tienen por defuera, con estruendo; sino un fervor grave, sustancial y reposado, á modo de olla que hierve á fuego manso, y cuece mejor lo que tiene dentro de sí, y es de más dura; y así, con la gravedad y peso de sus sólidas virtudes edificó á todos, donde quiera que estuvo, así en Medina como en Salamanca, donde leyó la Sagrada Escritura con grande acepcion muchos años, y dejó escritos algunos libros sobre ella, que son testimonio de la grande luz que el Señor le daba para entenderla.

Para todo se ayudaba de la oracion, en que gastaba muchas horas del dia y de la noche, imitando el ejemplo de su maestro; y della se valia para la inteligencia de la Escritura Sagrada, añadiendo á veces ayunos, y otras penitencias; y cuando se hallaba muy atajado en algun lugar muy dificultoso, se retiraba por algunos dias á ejercicios, y por estos medios le descubria Nuestro Señor lo que deseaba saber. Una persona muy digna de crédito refirió, que predicando el Padre Ribera un dia de San Andrés, vió una grande luz que cercaba al dicho Padre, y en esta luz vió á Cristo Nuestro Señor, que con grande majestad y hermosura asistia allí, y con rostro alegre miraba al predicador, y tenia los brazos abiertos sobre sus hombros, como quien le tenia debajo de su proteccion. En el discurso del sermon dijo el Padre estas palabras: ¡Oh grandeza de Nuestro gran Dios! Que no hay tilde en la Sagrada Escritura, que no esté llena de misterios llenos de verdades; en fin, como dichas por la boca, que es la misma verdad. Entónces oyó esta persona á Cristo Nuestro Señor, que con voz amorosa la dijo: Hija, este es un verdadero varon, que da sano y verdadero sentido á mi Escritura; y así infundo en él mis verdades, porque sabe estimar lo que me costó darlas á conocer á los hombres, que fué mi sangre; bien has acertado en tenerle por confesor; cree lo que te dijere, que en él me hallarás á mí, y sabrás cómo has de saber hacer mi voluntad. Esta revelacion se me hace muy creible que fué de Nuestro Señor, por haber conocido y tratado mucho al Padre Ribera, y visto en él las virtudes que quedan referidas, y el celo que tenia de entender, leer y predicar con pureza las Sagradas Escrituras, y de ayudar y aprovechar á las almas, perseverando en esto con

gran fervor, hasta que murió el Noviembre de mil y quinientos y noventa y uno, cuya muerte fué tan preciosa como habia sido su vida; y tres dias despues della, la persona que tuvo la vision que referimos, acabando de comulgar fué arrebatada en espíritu, y la pareció estar en el cielo, donde vió al dicho Padre Francisco de Ribera con grande gloria, muy cerca de Dios, de cuyo pecho salia una gran luz, que entraba por el pecho del mismo Padre, y le ilustraba todo con grande hermosura y alegría, y le tenia muy unido con Dios, y por ella entendia grandes cosas de la verdad que él habia enseñado en el mundo; y dióla á entender, que se le habia dado esta luz, porque nunca procuró honra vana, sino la de Dios, y que fuese conocido, amado, y servido de sus criaturas. Añadió que habia estado en purgatorio una hora, y que esta habia sido de poco tormento; y la encargó que dijese á cierta persona afligida, que si en el cielo pudiera caber pena, la tuviera de ver lo que padecia; mas que como ya se le habian descubierto los bienes eternos, que correspondian á los trabajos finitos que tenia, que no le podia pesar de verla padecer; y á la misma persona á quien se apareció, la dió hartos avisos para medrar en el divino servicio, y la consoló, porque estaba bien necesitada de consuelo. Todo esto se puede creer del que vivió con tanta pureza y verdad, como se ha dicho. Otras muchas cosas pudiera decir deste venerable Padre, las cuáles dejo, por parecerme que bastan las dichas para honrar á su maestro y Padre espiritual, con tan gran dicípulo.



CAPITULO XXXII.

Del fruto que hizo en muchas personas de la Universidad, y en otras seglares muy principales [1].

ON el celo que el Padre Baltasar tenia de ayudar á las almas, procuró traer á su Colegio al Padre Doctor Juan Ramirez, insigne predicador de nuestra Compañía, para que con su fervoroso celo, y raro talento, moviese los corazones, así de los que se juntan en aquella ilustrísima Universidad, como de los caballeros y ciudadanos, acudiendo el mismo Pádre Baltasar, como lo tenia de costumbre, al trato particular de muchos que deseaban ser guiados por él á la perfeccion. Concurrian á nuestro Colegio muchos estudiantes, y recogíanse á hacer los ejercicios de la Compañía, como tambien se hace ahora, y el santo Padre los ayudaba mucho, y con la fuerza de sus palabras y razones algunos se determinaron á salir del mundo, y entrar en la Compañía. Uno destos fué el Padre Francisco de Avila, cuya entrada, con circunstancias tan milagrosas, se contó en el capítulo XV; pero no fué ménos notable la del Doctor Agustin de Mendiola, Colegial

[1] Año de 1574.

del insigne Colegio de Cuenca, y Catedrático de Filosofía en aquella Universidad, el cuál habia más de diez años que era llamado de Nuestro Señor para ser de la Compañía; y aunque el Padre Baltasar le ayudaba á que fuese fiel á su llamamiento, él lo dilataba, engañándose á sí mismo con persuasion de ciertas obligaciones que le parecia tener: y para cumplir con ellas, comenzó á pretender beneficios y rentas Eclesiásticas, con deseo de subir á todo lo que con sus grandes talentos y muchas letras pudiese alcanzar. Pero cuando él estaba más embarcado en sus pretensiones, quiso la divina bondad atajarle en sus pasos, y abrirle los ojos, con una recia enfermedad, que le puso á las puertas de la muerte; y con temor del peligro volvió sobre sí, y cayó en la cuenta de su grande yerro, en haber resistido tanto tiempo al divino llamamiento. Estando, pues, un dia con mucho aprieto de su enfermedad, y con mayor remordimiento y escrúpulo de no haber cumplido los deseos que Nuestro Señor le habia dado, dándose á sí mismo algunas satisfaciones de no lo haber hecho, clavó los ojos afectuosamente en una imágen de papel, de Cristo crucificado, que tenia en su aposento, y el mismo Cristo le habló, y le reprendió desta dilacion, y le mandó que se entrase en la Compañía, dándole á entender, que le daria salud para poderlo hacer. Quedó el buen Doctor Mendiola, con esta voz y mandato, por una parte confuso de su descuido, y por otra consolado y animado con tan gran favor; y resuelto de entrar en la Compañía, pidió al Padre Rector con suma instancia que le admitiese. Viendo el Padre Baltasar Alvarez la mudanza que la mano poderosa de Dios, con aquel toque de la enfermedad, habia hecho en el corazon que tan arraigado estaba en el

mundo, con parecer del Padre Provincial le envió á decir que se tuviese por de la Compañía, y que en estando para venirse á casa, podia hacerlo. Fué tanto el aliento que cobró con el gozo desta nueva, que aunque la enfermedad era peligrosa y fuerte, prevaleció tanto contra ella, que hubo lugar de levantarse con alguna mejoría, y en pudiendo tenerse en los piés, se entró por nuestras puertas, donde el Padre Rector y los demas del Colegio, los brazos abiertos, le recibieron con grande caridad y alegría. Trujo consigo la imágen del Crucifijo que dijimos, afirmando muchas veces á los de casa, que le habia hablado, y que no habia en ello engaño, sino verdad grandísima; y así lo testificaban muchos que se lo oyeron decir algunas veces los pocos dias que vivió en la Compañía; porque el mismo dia que le recibieron, le salteó de nuevo la calentura, y le obligó á hacer cama, donde estuvo hasta que expiró, que fué doce dias despues de su entrada. Estuvo contentísimo de verse morir rodeado y servido de tantos religiosos, con determinacion de servir á Nuestro Señor con gran perfeccion, todos los años que le quisiera dar de vida. Pero contentóse su divina Majestad con esta determinacion y voluntad tan resuelta; y quiso llevarle para sí, quizá porque la malicia no mudase su corazon, y el fingimiento no engañase su espíritu, glorificando todos á Nuestro Señor por los admirables medios que toma para salvar á sus escogidos, trayéndolos por la melena á su servicio, cuando ellos no quieren venir de grado.

Pero volvamos al Padre Baltasar, que trataba en aquella Universidad á mucha gente granada, y tenian dél grande estimacion, guiándose por su direccion en las cosas de su alma. Destos fueron Don Teutonio,

que despues fué Arzobispo de Evora, y se confesó siempre con el Padre; y con la grande aficion que le tenia observó en él muchas cosas particulares, que eran señales de su santidad, y las declaró despues, para que se pusiesen en esta historia. Tambien trató mucho á Don Sancho de Avila, que ahora es Obispo de Jaen, y á Don Cristóbal Vela, que vino á ser Arzobispo de Búrgos, y testificó una cosa notable, á modo de profecía, que le sucedió en esta ciudad con el Padre Baltasar, el cual, estando un dia á solas con él, le dijo: Tengo por cierto, señor Maestro, que Dios se quiere servir de vuesa merced en cosa más que ordinaria, de que yo no dudo, ni dude vuesa mèrced, como lo verá presto: y fué así, que luégo le vino la provision del Obispado de Canaria. Mas como el Don Cristóbal estimaba en tanto el parecer del Padre Baltasar, no quiso aceptarle hasta que lo encomendase á Nuestro Señor, y le dijese lo que habia de hacer. Hizo oracion por ello con todos los del Colegio, y respondióle, que sin duda le aceptase; y por este parecer lo hizo: porque, como dice San Gregorio en su pastoral [1], los que son beneméritos de semejantes dignidades, como no se han de meter en ellas por su propia voluntad, pretendiéndolas con ambicion, así no deben rehusarlas, cuando les constare de la divina voluntad, para que aprovechen á los fieles con los talentos que Dios les ha comunicado.

Otras cosas semejantes le sucedieron aquí con las monjas Carmelitas Descalzas, á las cuáles por su mucha religion y espíritu gustaba de visitar y confesar algunas veces, consolándolas y alentándolas en el camino de la perfeccion; y especialmente á la Madre

[1] Part. 1, cap. 6.

Ana de Jesus [1], Priora del convento, que despues lo fué del de Madrid, y de otros; la cuál, con toda aseveracion afirmaba, que el Padre Baltasar tenia don de profecía, porque muchos años ántes la profetizó los trabajos grandes que habia de padecer en llevar adelante las trazas de la Santa Madre Teresa de Jesus, fundadora de su religion. Y como ella dudase de algunas cosas que la decia, por parecer muy dificultosas, y que no sabia si podian suceder, el Padre la afirmaba, que sin duda lo veria: y dándole cuenta de algunas cosas, cómo se iban cumpliendo, él se sonreia, diciendo que se holgaba, porque creyese al Señor, y á los que en su nombre la anunciaban sus misericordias; y que si fuera menester, con su sangre firmaria, que las gozarian las personas que se viesen en tales ocasiones y trabajos, como ella se habia de ver, y que habia de padecer más de lo que ella pensaba; lo cuál todo se fué cumpliendo, porque fueron muchos y muy sabidos los trabajos que esta sierva de Dios padeció en su religion, por defender las cosas de su santa Madre, como está dicho. Y tengo por cierto, que Nuestro Señor, por el amor que tenia á esta su sierva, quiso prevenirla por medio de su confesor, con la revelacion destos trabajos, para que se apercibiese, y tuviese fortaleza y pecho en ellos; pues como dice el proverbio, hombre prevenido, medio combatido; y los dardos que se ven de léjos, hieren con ménos fuerza, y hacen menor daño.

En este mismo monasterio entró monja una hermana de un Padre de la Compañía [2], la cual, por sus enfermedades no pudo perseverar, y en saliéndose

[1] Véanse los números IX, X, XI, XII, XIII y XIV del Apéndice.
[2] Del Padre Jerónimo de Avila.

fuése al monasterio de Santa Isabel, para estarse allí recogida, mientras miraba lo que debia hacer. Por instancia suya fué el Padre Baltasar á hablarla y consolarla, y la dijo estas palabras: No penseis que me cuesta poco el haber conocido vuestro espíritu; entended que os quiere Dios bien, mas no para que vais por este estado de monja Descalza; y creed esto como si os lo dijera un Angel de Dios. Ella por entónces quedó sosegada; pero despues de algunos años, olvidada desto, tornó á ser monja Descalza en el convento de Alba; y habiendo vivido la mayor parte del año del noviciado con mucha paz, sin saber la causa, no quisieron las monjas darla la profesion, y hubo de salirse; y acordándose de lo que el santo Padre la habia dicho, se consoló, y procuró vivir recogida, y religiosamente en el siglo; porque sabida cosa es, que no á todos los que desean la religion, hace Nuestro Señor esta gracia de admitirles á ella, como no á todos los que desean el martirio, quiere concedérselo; pero todos debian cumplir su deseo del modo que pueden, haciendo tal vida, que no desdiga de la perfeccion que pretendian en el grado que les fuese conocido.

Otra cosa bien notable sucedió al Padre Baltasar, en este monasterio, con que mostró su caridad, como se contó en el capítulo XVII. Mas como ella era tan grande, no se contentaba con aprovechar á religiosas, sino tambien á muchas señoras principales de aquella ciudad, ayudándolas á su reformacion, con gran mudanza en sus costumbres, de lo cuál no se pudieran traer pocos ejemplos. Una señora principal, que se llamaba Ana María de Guzman, mujer del señor de Bolaños [1], que entónces era Corregidor

[1] Don Enrique de Bolaños.

desta ciudad, por persuasion de la santa Madre Teresa de Jesus, comenzó á confesarse con el Padre Baltasar, y á pocos dias hizo tal mudanza, que siendo moza y rica, y muy dada á galas, vino á aborrecerlas, y á dejarlas de tal manera, que su marido por donaire solia decir: ¿quién me ha desfigurado á mi mujer? Aunque, como era buen cristiano, no le pesaba de verla tan desengañada, y cuidadosa del bien de su alma; en lo cuál perseveró despues de viuda con más ventajas, continuando el ejercicio de oracion en que el Padre Baltasar la habia puesto, y medrado mucho con ella.

No ménos se aprovechó entónces la Condesa de Monterrey, doña María Pimentel, viuda anciana; la cuál estimó en tanto á este santo varon, que ninguno la satisfacia, ni consolaba y alentaba como él, para servir á Dios; y desde el punto que le conoció, toda la vida se gobernó por su parecer cuando estaba presente, ó por lo que le dejaba escrito, ó escribia estando ausente; y el tiempo que estuvo allí el Conde de Olivares, don Enrique de Guzman, bien conocido en España por su valor, acudia muy á menudo al aposento del Padre Baltasar, dándole cuenta de toda su alma, y gobernándose en todas sus cosas por el parecer que le daba, de que siempre quedaba muy satisfecho.

En este mismo tiempo, Doña Juana de Toledo, Marquesa de Velada, que habia comunicado en Avila mucho tiempo con el Padre Baltasar con grande provecho de su espíritu, vino á Alba, y dió noticia á los Duques Fernando Alvarez de Toledo, y Doña María de Toledo y Enriquez, su mujer, de las grandes partes y prendas deste santo varon; por lo cual, deseando verle y conocerle, le enviaron á llamar á Sala-

manca, que está no más que cuatro leguas de Alba; y cuando vino, le recibieron con mucho gusto, y en comenzando á tratarle, echaron de ver ser verdad lo que les habian dicho, y continuaron esta comunicacion, yendo el Padre de cuándo en cuándo á visitarlos; y con sus pláticas y razones los aficionó á la Compañía, y dió noticia verdadera de las cosas della, dejándolos desengañados de algunas cosas que otros les habian dicho; y con grande admiracion contaban la mudanza y fruto que en sus almas habia hecho con la eficacia de su palabra. De camino tambien ayudó en aquella villa á otras muchas personas, enseñándoles el modo de tener oracion, en la cuál perseveraron despues largo tiempo.

Allí tambien trató muy en particular al Marqués de Velada, don Gomez de Avila, y le imprimió la devocion de su madre con la Compañía, y le industrió en las cosas de oracion, en la cuál decia el Marqués que hallaba todo lo que habia menester para bien de su alma, y para el gobierno de su casa y estado: y despues, para tener más luz de las cosas espirituales, y del trato con Nuestro Señor, se fué á Villagarcía, á donde se habia mudado el Padre Baltasar; y estuvo allí quince dias comunicando con él sus cosas, con tanta humildad como si fuera un novicio; y no le lució poco este trato con Nuestro Señor, pues quizá por él se hizo digno de que su divina Majestad le levantase á los oficios tan preeminentes como ha tenido. Otras salidas hizo desde aquí á Valladolid, y á otras partes, á negocios graves; mas nunca salió por su sola voluntad, sino por órden de los superiores mayores, porque sabia bien la obligacion que tienen los Prelados á residir en sus conventos, y asistir siempre con su rebaño, mientras la obediencia del mismo Señor

no les ordena otra cosa. Así lo dijo él mismo en una carta muy espiritual y breve [1], que escribió á la hermana Estefanía, de quien arriba hicimos mencion, deseando ella que el Padre se hallase á su profesion. «Si fuere, dice, la voluntad del Señor, que yo me halle á su profesion, mucho consuelo será para mí; porque no la ayudé á que entrase en esa santa casa sin reales, y sin merecimientos para olvidarla, como quien entierra á un muerto, y no se acuerda más dél; mas por si no pudiese ir, quiérola decir, que para tales bodas se requiere grande pureza y santidad, que este es el dote y ajuar que pide su dulce Esposo; y si la falta santidad, no la falte humildad, para que supla de vergüenza lo que la faltare de buena conciencia; y tendrá esto cuando llegare á poner el cántaro sin tierra al caño de la alteza de su amor divino. Ruegue al Señor que me haga todo suyo, y que ordene mi ida por allá, si della se ha más de servir; porque de otra manera, en Salamanca me quiero estar, pues no quiere Nuestro Señor que queramos tanto á sus almas, que las queramos más que á él.»

Esto dijo el Padre Baltasar, y lo cumplió, estándose en Salamanca su trienio, en cuyo postrer año se levantó una borrasca para prueba de su humildad y paciencia; mas porque duró todo el año siguiente que estuvo en Villagarcía, allí diremos della [2].

[1] 1 de Agosto de 1574.

[2] Véanse los números XV y XVI del Apéndice.



CAPITULO XXXIII.

De los avisos que dió para el modo de hablar en las cosas espirituales, contra los malos lenguajes de los alumbrados que se levantaron en este tiempo.

N este tiempo, que era por el año de mil y quinientos y setenta y cinco, salieron los herejes alumbrados en el Andalucía, con lenguajes y modos de hablàr muy perjudiciales en materias espirituales, por lo cuál fueron castigados por el Santo Oficio de la Inquisicion en Córdoba; y el tercer Domingo de Cuaresma del dicho año se publicó contra ellos un edicto, en que condenaban aquellos modos, como contrarios al verdadero espíritu de Cristo Nuestro Señor, y de la Iglesia y de los Santos. Con esta ocasion, el Padre Juan Suarez, Provincial desta provincia, deseoso de que entre los nuestros, que profesan la oracion mental, y el trato de cosas espirituales, no hubiese ni olor de tan mal lenguaje, ordenó al Padre Baltasar Alvarez, que tan grande luz é inteligencia tenia de las cosas interiores y espirituales, que hiciese un breve tratado del modo cómo se habia de hablar en ellas, conforme á la verdad y al espíritu de la Iglesia. Y aunque nuestro Padre San Ignacio al fin del libro de sus ejerci-

cios puso diez y ocho reglas admirables, para sentir y hablar conforme á la verdad de la Iglesia Católica, como si con espíritu de profecía hubiera visto los malos lenguajes destos alumbrados ó desalumbrados, y quisiera prevenir á los de la Compañía, para que huyeran dellos; pero el Padre Baltasar, aprovechándose destas reglas, añadió otras muchas cosas conformes á la necesidad especial destos tiempos, y hizo un tratado de todas muy acabado; y porque tiene muchos avisos de no poca importancia, con grande claridad y comprehension desta materia, me ha parecido ponerle aquí tambien, para que en él, como en un espejo, se vea el acierto que este santo varon tenia en sentir, hablar y tratar de las cosas del espíritu, y cuán lejos estaba de lo que despues algunos le achacaron, como en su lugar diremos.

Tratado del modo cómo se ha de hablar en cosas espirituales.

Como todos los errores se apartan de la verdad por algun extremo, guardando la verdad el medio, conviene que no sólo en el sentir, sino tambien en el hablar, haya mediocridad, no encareciendo tanto las cosas, que parezca que declinamos á algun falso extremo. Por esto parece necesario advertir á los nuestros, de los errores que algunos han procurado introducir debajo del lenguaje espiritual, con título de oracion y mortificacion; porque sin este aviso no podrán hablar con tanto recato, que del todo se guarden de frisar en su lenguaje con el de los que mal sienten, para lo cuál generalmente ayudará hablar de Dios y de sus cosas, y espirituales ejercicios,

como habla la santa Iglesia Católica Romana, y sus Doctores y Santos, en favor del verdadero trato, humilde y llano, de cosas espirituales.

§. I.

De la oracion.

Lo primero, no se hable con tanto encarecimiento de la mental, que del todo se calle la vocal, porque no parezca que se deja por cosa inútil, antes se encomiende juntamente con la mental; y totalmente se rehuya el modo con que algunos hablan de los que usan oracion vocal, que es con desprecio, y dando á entender que no tienen espíritu; adviértase que cuando se encomiende la mental, sea por términos comunes y usados, como lo hicieron los Santos, moderando los encarecimientos, y no frisando el lenguaje con los errores que ahora se han levantado, no dando á entender, que sin oracion mental no se puede estar, ó perseverar en gracia, ni que sola esta oracion basta para hacer á uno perfeto.

Lo segundo, que la oracion mental no excluye las cosas exteriores que ayudan á la virtud, como son obras de caridad, ayunos, etc., antes se ayuda dellas, como con fruto muy propio suyo; y del bueno y fervoroso uso dellas, ó remiso, se saca ser verdadera la oracion, ó engaño debajo de su color.

Lo tercero, que muy particularmente para este ejercicio ayudan las devotas imágenes, las palabras de Dios, y sermones, y la leccion de santos libros, la cuál es muy necesaria, y se debe mucho encomendar

á todos los que deste ejercicio tratan, á cada uno segun su capacidad: porque á gente simple, y que no trata de enseñar á otros, bástale la leccion de algunos libros devotos y llanos, cuanto baste para su direccion y devocion, con consejo del prudente confesor; pero á gente más docta, y que tiene oficio de enseñar y regir almas, es más necesaria la leccion de los Santos y Doctores antiguos, que fueron ilustrados de Dios en estos ejercicios, sin la cuál leccion no podria uno tener la suficiencia necesaria para oficio de tanta importancia; y aunque la experiencia supla muchas veces la falta de la leccion, pero no basta ella sola, si del todo falta la leccion; así como no bastaria ella, si la experiencia faltase. Y porque así la una como la otra son muy necesarias, entrambas cosas se deben tener por muy encomendadas.

Lo cuarto, que haya discrecion en persuadir largos ratos de oracion, en especial con tasa de dos horas, ó más, ó con términos, ó promesa de que verán cosas, ó que sentirán grandes gustos; pues no es este el principal fin de la oracion, sino buscar á Dios, y su buen contentamiento, y la reformacion de las costumbres por este medio, aunque no se le debe esconder la verdad de la Católica dotrina, que es más conforme á la enseñanza de Jesucristo Nuestro Señor y de sus Santos; conviene á saber, que no faltando á las ocupaciones forzosas de su estudio, ó de obediencia ó caridad, y no siendo contra su salud, es mejor cuanto más se pudiere alargar la oracion, y durar más en ella. *Oportet semper orare*, dijo Nuestro Señor; *Et sine intermissione*, San Pablo; y segun esta dotrina entablaron su vida los Santos. Ni tampoco se les esconda la verdad de lo que Dios promete en su Escritura, de los gustos y consuelos que Dios comunica á las al-

mas, y suelen experimentar los que con verdad y humildad buscan á Dios, y perseveran en su trato y comunicacion.

Lo quinto, que se declare, que generalmente hablando, la oracion no sólo es para los perfetos, sino tambien para los imperfetos; y que no es arrogancia que los imperfetos traten de la oracion y meditacion, segun lo requiere su estado, aunque á la contemplacion, que es el último término de la oracion, lleguen solos los perfetos y limpios de corazon.

Lo sexto, que en enseñar la oracion haya discrecion, atento el natural y estado de las personas, y otras particulares circunstancias; porque, segun San Gregorio enseña [1], hay unos naturales de gente de suyo inquieta, y casi inhábil para la quietud que la oracion mental requiere; y estos tales no se han de poner luégo en ella, sino en obras de virtud, con oracion vocal, y otras devocioncs; de suerte que vayan domando su natural, y disponiéndose para despues poder entrar algo en la oracion. Otros hay de su natural aptos para este ejercicio, y estos pueden ser puestos en él; en los cuáles tambien se ha de advertir la diferencia de estados: porque gente muy ocupada en obras exteriores, y que tiene obligacion á ellas, ó no puede usar la oracion mental, ó por muy breves espacios; y por eso es menester dalles aquello sólo que buenamente puedan llevar, cuanto les ayude á conservarse en virtud, y cumplir bien con sus obligaciones: y lo mismo es el modo y materia de oracion en que se han de imponer; porque hay naturales tan cortos, que no pueden levantarse á muy altas consideraciones; y otros, que si á unos les hacen fuerza

[1] Lib. 6 moral., c. 26.

las cosas de amor, á otros las de temor; y en todos ellos se ha de atender á que sean guiados como más se puedan aprovechar, procurando universalmente que sean enseñados y instruidos de enderezar lo que meditaren á la reformacion de sus vidas y costumbres, no se contentando con aprender solamente modo de pensar cosas espirituales, sino aprender juntamente modo de alcanzar espíritu y puridad de sus conciencias, con la meditacion de las tales cosas, esforzándose á ser cada dia mejores, mediante la gracia del Señor, y la enseñanza de la oracion y lumbre suya; más obedientes á sus mayores; más sufridores de sus prójimos; más caritativos con los suyos y los ajenos; más amadores de puestos humildes y bajos, templando sus apetitos de subir y valer, y la tristeza de verse olvidar, y no estimar como desean; más quebrantadores de sus propios quereres, y ganas de que se hagan cuantas cosas quisieren, y luégo en el instante que las mandan, turbándose y desbaratándose en palabras, si así no suceden. Hay grande necesidad de este aviso, porque hay algunos que, con color de ocuparse espacios largos en pensar cosas interiores, descuidan ó andan con poco cuidado de mejorarse y reformarse, que es manifiesto engaño y ilusion, de donde les viene, que al cabo de muchos años de haberse dado á la oracion, están al principio de la enmienda de sus vidas. Y descúbrese áun más esta ceguedad, porque con este engaño viven en paz, no estimados interiormente, sino pagados de sí, siendo esto tropiezo á otros, y con daño de los que con ignorancia los tratan como á gente espiritual, que piensan que proceden con acierto en sus caminos.

Encomendar el secreto de las cosas que á uno le pasan en la oracion, no es malo, antes es necesario

que se guarde, si no es con personas que puedan ayudar y enderezar en ellas, ó con personas superiores, á quienes por razon de su oficio deben estar abiertas sus conciencias, no encubriéndoles cosa que de momento sea, ó cuando por otra razon alguna se juzgue convenir, para más servicio de Dios.

Advertir, que cuanto el demonio más aborrece el ejercicio de la oracion, tanto allí acude con mayor número de tentaciones más graves, tomando mil figuras y colores para apartarnos della, pareciéndole que, apartándonos de la oracion, nos apartamos de la vida; y por eso no se debe dejar este ejercicio, ni tenerle por supersticioso; pero hase de enseñar el modo cómo se ha de haber en estas tentaciones, de suerte que no dejen sus ejercicios, y queden con vitoria dellas, y de tal manera se prevenga la gente á padecer estas tribulaciones, que no entiendan se les prometen aparencias sensibles de los demonios; aunque no se les niegue la verdad, de que Nuestro Señor suele algunas veces permitirlas por muchos fines, en bien de sus escogidos, dándoles juntamente ayudas y luz interior para poder sufrirlas y vencerlas.

§. II.

De los sentimientos espirituales, y comunicacion de Dios á las almas.

ASENTAR, lo primero, por cosa cierta, que Dios se comunica á las almas en esta vida, no por vista clara, segun ley ordinaria, sino por fe y gracia, y los efetos della; y que si á alguno se ha concedido ver á Dios en esta vida, fué particular pri-

vilegio, el cuál no se ha de atribuir á otros, fuera de aquellos que la Escritura ó Santos significan.

Lo segundo, que esta comunicacion de Dios y su presencia, no consiste principal y esencialmente en cosas sensibles, aunque es verdad que de la interior comunicacion de Dios Nuestro Señor se suelen seguir estos efetos sensibles, consolaciones y otros buenos movimientos; y por eso no se han de despreciar universalmente todos estos sentimientos sensibles como ilusiones del demonio, que sería grande engaño, sino mirarlos bien, y examinarlos con discrecion, segun el consejo de hombres doctos y experimentados, y las reglas que han dejado los Santos de discernir espíritus.

Lo tercero, que aunque estos consuelos sensibles sean de Dios, no está en ellos la santidad, ni es contra ella tampoco el desearlos, no parando en ellos como en fin, sino apeteciéndolos en cuanto disponen á bien obrar, y caminar con aliento á la perfeccion ni tampoco son cierta señal de la gracia, ni el carecer dellos de carecer de la gracia, aunque los Santos los suelen poner muchas veces por conjetura della, y de la presencia de Dios en el alma; porque no puede haber en esta vida señales ciertas de la gracia, pero sí conjeturas.

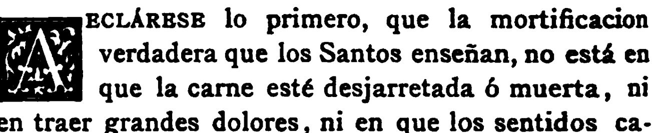
Que destos sentimientos se procure hablar con términos comunes y usados de los Santos, y no con mucho encarecimiento, ni se éntre en ellos sin recato, porque el fiarse dellos ha sido á muchos causa de grandes daños: hanse de tomar estas cosas como ménos principales, sólo sacando dellas enmienda de sus vidas, especialmente humildad, y paciencia con los prójimos, y deseos muy de corazon de ser despreciados de las gentes.

Que el gobierno del alma no ha de ser principalmente por estos movimientos ó sentimientos, sino por la enseñanza de la fe y Iglesia, pero con esto, es verdad que el Espíritu Santo mueve los corazones, y los enseña, cuyo movimiento nunca es contrario á buenas costumbres, ni á lo que la Iglesia enseña; pero nunca se ha de tener por regla infalible de ser de Dios lo que representa el tal sentimiento, incitando á hacer algo, ó dejar de hacerlo, ni ménos se ha de querer gobernar á otros por él, como por tal regla, sino examinarlo primero bien, y consultarlo, como queda ya dicho.

Que se procure cuanto fuere posible no dar muestra en lo de fuera de los sentimientos interiores, con meneos, etc., y que ordinariamente el movimiento de Dios atrae á lo interior, aunque no es contra él que algunas veces salga en muestras exteriores; mas si fuesen ordinarias y muchas, debíase recelar dellas, y procurar de cortarlas, no deseándolas en ninguna manera, y pidiendo á Dios en merced que no nos lleve por tales caminos, sino por el llano y carretero de los fieles.

§. III.

De la mortificacion eclesiástica y verdadera.



ECLÁRESE lo primero, que la mortificacion verdadera que los Santos enseñan, no está en que la carne esté desjarretada ó muerta, ni en traer grandes dolores, ni en que los sentidos carezcan de sus operaciones, de tal suerte, que no puedan ejercitarlas, ni en traer perdido el color, ni en cosas semejantes, sino está principalmente en mode-

rar y rendir á Dios el corazon y voluntad, y las pasiones interiores que hacen guerra al espíritu, como en moderar la ira, y ser pacientes, sufridores de injurias, de trabajos y sucesos adversos en cosas temporales, como son pobreza, enfermedad, muertes de hijos, deudos, amigos; en sobrellevar y sufrir faltas y imperfecciones ajenas, y aun á sí mismos y sus mismas imperfecciones, que desean, y no pueden enmendar con la brevedad que querian; y lo mismo es de ajenas condiciones diferentes de las suyas, como los padres de los hijos, y los hijos de los padres, las mujeres de los maridos, y los maridos de las mujeres, de los vecinos y de los extraños, los criados de los señores, etc., los superiores de los súbditos, los confesores de los penitentes; y finalmente, de sufrir á todos, y en todos tiempos y sazones que por cualquiera via nos parezcan pesados y molestos; asimismo en moderar el demasiado apetito de la honra, sufriendo con paciencia desprecios, y aun trabajando por desearlos y gustar dellos; y lo mismo las demas pasiones, como son desordenados deseos de regalo, ó de que se hagan las cosas por su traza y gusto; y finalmente, consiste en un contínuo ejercicio de virtud, procurando con el fervor de Nuestro Señor ganar señorío sobre todas sus pasiones, y alcanzar hábitos, con que fácil y alegremente obren lo que sintieren ser voluntad de Dios, negando la suya, venciendo todas las inclinaciones repugnantes á la divina; que desta manera entendieron y ejercitaron los Santos la abnegacion propia que Jesucristo predicó, y esto mismo es abrazarse con su Cruz y seguirle, como los Santos lo declaran.

Que no se quitan, ó se desarraigan las pasiones, sino moderándose; y así, que en esta vida no se llega á estado en que no se sienta alguna vez alguna rebe-

lion de la carne, ni que las pasiones dejen de hacer alguna guerra, quitando aparte particulares privilegios; y así es siempre necesario huir las ocasiones de pecar. Y á esta causa el trato con mujeres debe ser siempre recatado, grave y breve, etc., como muy bien lo enseña la regla primera y segunda de los Sacerdotes de nuestra Compañía, y que es gran disparate debajo de título de mortificacion fingir por seguros dares y tomares amorosos, y mucho más todos tocamientos ajenos de limpieza.

Lo cuarto, que para el dicho efeto que con la mortificacion se pretende, ultra de vencerse interiormente, como está dicho, que es la principal parte deste negocio, ayuda tambien grandemente el castigar el cuerpo, y afligirle con exteriores penitencias, las cuáles por esto son muy necesarias, como son ayunos, vigilias, diciplinas, silicios, vestidos ásperos, no dormir en cama blanda, no traer lienzo, y otras semejantes, que como he dicho, ayudan mucho para sujetar el cuerpo al espíritu, y tambien para satisfacer á Dios por las ofensas propias y ajenas, y para otros efetos santos y buenos; pero es menester advertir, que así como no son unas las fuerzas de todos los hombres, ni los estados los mismos, ni las ocupaciones semejantes, así no pueden todos usar los mismos géneros destas penitencias; porque se han de proporcionar con la flaqueza del cuerpo, y con lo que el estado y ocupacion de cada uno puede llevar: y segun la diversidad que en esto hubiere, podria acaecer que la penitencia que para uno sería poca, para otros sería mucha, y al contrario; y por eso es menester que en tomarla haya órden y gran discrecion; de lo cuál en general sólo esto parece que se puede decir; que á gente religiosa, y que ya tiene estado de per-

fecion aprobado por la Iglesia, le debe bastar la penitencia que su instituto y superiores le conceden, procurando aventajarse y adelantarse en ella, cuanto segun su modo de vivir y ocupaciones pudiere, tomando por parte de penitencia, y de no pequeña mortificacion, contentarse con el uso comun en el vestirse, comer, dormir, no queriendo exenciones y singularidades de regalo, ni de otras mayorías, si no fuesen con clara necesidad, estando en todo con sujecion al órden de quien le gobernare. A la gente seglar en comun es bien aficionarlos á la mortificacion exterior y penitencia, y más á la interior, y á la abnegacion de sus propios quereres que se encuentran con la voluntad de Dios y sus leyes, y de su Iglesia; porque el uso de pecar es grande y libre, y el de castigarse, y sufrir lo poco, y negarse por Dios en quereres lícitos, es casi ninguno, habiéndose extendido á los vedados muchos años, y por muchas vias. Con esto, es verdad que á toda suerte de gente, y más á los que quisieren tratar de espíritu, les estará bien, si no quieren errar, guiarse en sus penitencias, como en la oracion, por consejo de hombres doctos y experimentados, que sabrán medir la tasa que deben seguir, segun sus necesidades y fuerzas corporales y espirituales, y disposiciones ó indisposiciones interiores.

Lo quinto, que las obras exteriores de penitencia y misericordia, son útiles, y á sus tiempos obligatorias, y como tales se deben mucho encomendar; advirtiendo, que con título de darse á la oracion, no se deben en ninguna manera dejar, cuando las pidiere la caridad, ó las ordenare la obediencia.

§. IV.

De la obediencia.

Se debe esta lo primero, principalmente á los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y á las personas que cada uno debe sujecion, segun las leyes y estado en que viviere, como son á Prelados eclesiásticos y seglares, y padres, maridos, etc.; y que el cumplimiento de las obediencias de los tales, y de sus mandatos, y de las obligaciones que todos tienen, segun sus estados, se deben preferir á los ratos de oracion, especialmente á los largos.

Lo segundo, que es cosa provechosa, y universalmente usada en la Iglesia, y aprobada por tal, gobernarse unos por otros más sábios y experimentados; pero obligarse con voto á estar por este gobierno, fuera de religion, aunque algunas veces puede ser cosa acertada, y ordinariamente no se debe de hacer sin grandísima madureza y consejo, mas no es esto lo que condena el decreto del Santo Oficio, sino otra cosa muy diversa, que es puerta de muchos males; conviene á saber, la pasion y desórden de algunos engañados, que para poder más á su salvo enseñorearse de las haciendas y personas de los penitentes, les aconsejan ó fuerzan á que, luégo que se confiesan con ellos, hagan voto de no hacer cosa grande ni pequeña, aunque sea de precepto divino, que los mande Dios, sino por su órden y obediencia. Y de aquí es, que conviene se advierta y declare bien á los nuestros la importancia de la regla quince de los Sacerdotes, de no admitir obediencia de los penitentes, aunque es por otros fines santos y justos bien diferentes de los que movieron al Santo Oficio á la publicacion de su decreto.

§. V.

De la confesion y Comunion.

PRIMERAMENTE, que cuando la confesion general en caso de necesidad se persuade, sea advirtiendo de no hacer fuerza en que sea con este confesor ó con aquel, y mucho ménos consigo mismo, como se encomiende que sea con hombre docto y de experiencia; pero declárese bien en qué casos sería solamente útil, y en estos dejen libremente á todos seguir su devocion en hacerla ó no, con este ó con aquel; y en qué casos es necesaria *absolute*, y en estos obliguen á ella sin escrúpulo, con el recato y discrecion que queda explicado. Y tambien se declare, que algunas veces puede ser más dañosa que provechosa la tal confesion, como en gente escrupulosa, y que ya alguna ó algunas veces, ha hecho las diligencias bastantes, á juicio del prudente confesor.

Lo segundo, que se mire mucho cómo se persuade á la gente, que se confiese con nosotros, etc., máxime de no darlas á entender, que confesándose con otros no lo acertarian bien; y tambien que el confesor dé con facilidad licencia al penitente para confesarse con otro; y si él se la tomase de suyo, sin pedírsela á él primero, que muestre holgar dello, y tenga en esto longanimidad y anchura de corazon, aunque á su parecer fuese con alguna flaqueza del penitente la tal mudanza; y para que se les haga ménos nueva esta condescendencia, vean el santo Concilio de Trento, en la sesion 25, capítulo 11, y la regla 12 nuestra de los Sacerdotes; y quizá es esta la misma causa porque opinó el Concilio de Trento, que aun á los religiosos se diese libertad de confesarse con otros que los ordinarios, algunas veces al año.

Lo tercero, que se procure evitar el demasiado afecto de los penitentes á sus confesores; y al contrario, si no bastase, se debia prudentemente procurar que mudase confesor, mirando siempre la calidad de las personas, y las demas circunstancias, como lo advierte la regla trece de los Sacerdotes.

Lo cuarto, que el confesor no sea demasiado en querer que sus penitentes hagan todas las cosas por su parecer y gobierno, y mucho más huya de meterse en las mudanzas de sus cosas: déjelas gobernárselas á ellos: ni en que las limosnas se repartan por su mano, y mucho ménos con recelo de que se consumirán algunas en utilidad suya.

Lo quinto, que se mire bien á quién se concede la frecuencia de comuniones, como por nuestro Padre General nos es particularmente encomendado, procurando reducir al medio el demasiado afecto de comulgar; y que este término, hambre del Señor, se mire mucho cómo se usa, especialmente entendiéndolo de hambre sensible, aunque el afecto del amor no se puede negar que cause este buen deseo, que se puede llamar hambre, el cuál es ordenado, y causa de comulgar, cuándo y cómo conviene, y no sin órden, ni muchas veces al dia; y lo demas es ilusion.

Lo sexto, que se huyan en la comunion todas las ceremonias supersticiosas, como recibir muchas formas juntas, ó sencillas, con estas ó con aquellas figuras, de tal ó tal cantidad, fuera de lo que está en costumbre, y de cerrar los ojos cuando recibe el Santísimo Sacramento, ó se alza en las Misas, y otras semejantes.

Lo sétimo, que se excuse el término de que algunas suelen usar, comulgad por mí hoy, que no puedo yo, que otro dia comulgaré por vos; ofreced por mí

esta comunion, etc.; porque deste lenguaje se puede colegir, que sienten los tales, que cumpliria uno con la comunion de obligacion ó devocion, con que comulgase otro por él, y que no hacen diferencia cuanto á esto, entre la comunion y el sacrificio de la Misa: y lo mismo se entiende del oirla, diciendo: Oid por mí Misa, que yo la oiré otro dia por vos; que es como si dijera: Confesaos por mí, que otro dia yo me confesaré por vos; aunque no se quita que uno pueda aplicar por otro la satisfaccion é impetracion de sus buenas obras.

§. VI.

Del matrimonio, y de la castidad, y religiones.


o primero, que el voto de la castidad no se aconseje á mujeres, ni ordinariamente se apruebe, sin mucho tiento y recato, y mucho mayor le haya en aconsejar el voto de no casarse, para quedar en el siglo. Véase deste particular la regla nuestra diez y nueve de los Sacerdotes; y de tal manera se hable de la castidad, que no se pueda tomar ocasion de pensar ó decir que se reprueba por malo el estado de los casados.

Lo segundo, que no se aconseje, ni aun ordinariamente se apruebe, á las mujeres el tomar hábito de beatas, para vivir siempre en él sin tomar estado de religiosa. Y adviértase tambien mucho la regla once de los confesores, de no darlas modo de vestido, ó traje, ó color particular, y mucho más en no meterse en darles órden por menudo en el gobierno de sus casas en cosas particulares, como arriba queda tambien avisado. Y del mismo modo, que á las mujeres que quieren vivir en castidad, y se inclinan á la religion,

y son para ello, no se les impida el tal deseo, induciéndolas á tomar hábito de beatas, ni á quedarse en el siglo sin él, si no fuere rarísimamente á cuál ó cuál persona, atenta su edad y seguridad, y otras particulares circunstancias.

Lo cuarto, que se hable de las religiones siempre bien, y de sus ejercicios y vida, máxime de su instituto; y en especial de religiones de mujeres, no se hable de tal manera, que se procure desaficionar las doncellas de tomar tal estado.

Lo quinto, que de nuestra religion en general sintamos con verdad y humildad, y de nuestras casas, y de nosotros en particular; hablar poco dellas, dentro ni fuera de casa, y mucho ménos exagerarlas con encarecimientos, estimándonos en más que á otras religiones ó á otros religiosos. Entre seglares nos conviene medirnos aún más en esto; de suerte, que por ninguna via puedan tomar ocasion de pensar que nos queremos atribuir el espíritu, y levantar con la santidad y con el magisterio della. Este mismo cuidado conviene tener en hablar de las cosas siguientes. De las habilidades que hay en la Compañía, y exaccion en los estudios; de los muchos sujetos que entran en ella, y de sus calidades; de los grandes Predicadores y Auditores mayores; de los Prelados y Señores que nos son amigos; de la aceptacion y lugar que tenemos en los pueblos; del fruto que se hace en las Indias Orientales y Occidentales, etc.

Estas son las advertencias que dió este prudente maestro á los de su Compañía; y para el tiempo en que se dieron eran muy á propósito, y para todos son siempre de mucha importancia.



CAPITULO XXXIV.

Del celo con que ayudaba á los ausentes con sus cartas, y de la prudencia y eficacia que mostraba en ellas. Pónense algunas muy espirituales.



COMO el Padre Baltasar era tan conocido en Castilla la Vieja, y tenia en ella muchos hijos espirituales, y varias personas que deseaban comunicar con él sus cosas; no estrechaba su caridad y celo á los prójimos que tenia presentes, ó cercanos al lugar donde estaba, sino tambien, cuando se habia encargado de sus almas, se extendia á enderezarlos y ayudarlos cuando estaban ausentes, escribiéndoles algunas cartas, especialmente desde este Colegio de Salamanca (de donde son las más que hallo escritas), en las cuáles descubria su grande prudencia y celo, y tenia no menor eficacia en ellas, que en las palabras, hablando al corazon de los que escribia, como si los tuviera presentes, y viera sus necesidades espirituales. De modo, que pudiera decir como otro San Pablo, que cual era en presencia era en ausencia, y cual en ausencia era en presencia; y el espíritu que tenia en las palabras, mostraba en las cartas, y el de las cartas era indicio del que tenia en las palabras; y así, como el mismo Após-

tol, él tambien escribia estas cartas por varios fines, ó para reducir á los que habian desdicho de las buenas costumbres en que les habia puesto, ó para conservarlos en su fervor, ó para afervorar á los tibios, alentar á los pusilánimes, consolar los afligidos con necesidades corporales ó espirituales, ó para darles el parabien de sus prosperidades, ó finalmente para responder á las dudas que le preguntaban de cosas tocantes á sus almas; y aunque destas cartas he visto muchas, mas porque sería cosa larga ponerlas todas, solamente, fuera de las que quedan referidas en los capítulos pasados, pondré aquí algunas muy espirituales, en que se descubre el excelente magisterio y espíritu deste santo varon, y el celo que ardia en su pecho de que todos fuesen muy perfetos.

§. I.

ABIA un caballero caido del estado de virtud que solia tener; temia de volverse á Dios, y andábalo dilatando de dia en dia. Cuando el Padre Baltasar lo supo, compadeciéndose de su miseria, le escribió esta carta, con el espíritu que escribió San Pablo á los de Galacia, en otra ocasion semejante.

«No sé, dice, qué camino me tomar con el alma de vuesa merced, si de paz ó de guerra, si de callar ó de hablar, porque todos los veo cerrados, y no de yerba que deleita, sino de espinas y abrojos, que forzosamente lastimarán y ensangrentarán los piés que los anduvieren. ¿Qué haré? ¿qué consejo tomaré? Todavía escojo manifestar mi enfermedad, porque saliendo fuera, será para mí de más alivio, y á vuesa

merced de más compasion. Por la sangre de Jesucristo, que abra los ojos, y advierta la dureza de su corazon, y su resistencia tan contínua al llamamiento de Dios. No se defienda dél, que no le querrá matar. Mire los golpes y aun azotes que de su poderosa mano recibe. ¿Cómo no le ablandan? ¿cómo no le mellan? Ahonde hasta sacar agua: ¿si los que no oyen sus palabras, le son aborrecibles, los que no entienden sus azotes, qué horror le causarán? Desventura es que me terná sin consuelo los dias que viviere; trago es que me hará clamar, y dar gritos en los estrados del muy Alto; ingratitud es, y descortesía, ajena de todo ánimo generoso; los tales suelen ser agradecidos. *Quis te fascinavit, frater, non obedire veritati? Ambulabas bene, currebas bene, quis te impedivit veritati non obedire?* [1] ¿Cuándo derramó el demonio su sangre por vuesa merced, que tanto amor le ha cobrado? Si á quien se debe todo, agravia en quitarle alguna cosa, ¿qué será en no darle nada? ¿qué, en usar mal dé todo? ¿qué, en hacer tramas contra Dios de sus mismos beneficios? Entiéndalo ya; no huya, no se endurezca, no ate, ni abrevie la mano del Omnipotente, que más le quiere confuso derribado á sus piés, que obstinado huyendo dél: y si haciendo tal oficio le ha salido tantas veces al encuentro; si aborreciéndole tiene interior testimonio de que le ha amado, y rogado con la paz; si siendo agraviado se le ha entrado por sus puertas, y abrazádose de vuesa merced, ¿porqué se encoge ahora? ¿Es porque se persuade que le dará con la puerta en los ojos? No le haga tal agravio, por los que en la cara tiene. Sí, que no es vuesa

[1] Ad Gal. 3, 2, v. 1; c. 5, v. 7.

merced tal, que se suele arrepentir en sus acuerdos, y aborrecer lo que mucho ha deseado, cuando se viene á cuajar. No es así? no es así? ¡O piensa que ya es otro el tiempo del que era en el que amaba! ¿porqué se ha trocado? Pero Nuestro Dios siempre es el mismo: *Ego Deus, et non mutor.* Desto tiene fe, y de la batería interior con que le llamaba cuando le aborrecia; luego forzosamente ha de creer, que si hiciese lo que su Majestad le manda, hará él lo que promete; persuádaselo ya; duélase de mí, si no se duele de sí; y duélase de muchos que trae crucificados; ahítese ya de la maldad; déle en rostro el manjar que mata. ¿Cuándo se ha de hartar de pecar? No conocerá temprano á Dios; no morirá mal logrado; no hará mal, pues que no ha sido más recogido, que el que decia: *Sero te cognovi, bonitas infinita;* y sin consuelo gemirá de ver tantos años perdidos, tantos lances y ocasiones vueltas en basura. Yo seré su fiador; yo haré penitencia por sus pecados; yo se los ayudaré á llorar. Véngase aquí, que yo le ofrezco la misericordia de Dios en nombre suyo; descanse unos pocos dias, acójase á sagrado, que él le defenderá el alma y cuerpo, el regalo y autoridad que le arrastran. Y porque me faltan palabras para explicar el dolor contínuo que en mi alma traigo, acabo; y acabe vuesa merced de martirizarme. ¡Oh si Dios le abriese los ojos, para verse á sí y á mí, cómo no le bastaria el corazon para tanto mal! Dios sea su luz y fortaleza, para que vea estos dos abismos. Amen.»

¿Qué pintura puede haber más al vivo que esta carta de un obrero Evangélico, celoso de la salvacion de las almas, como un San Pablo? ¿Qué madre puede mostrar más sentimiento por la perdicion de su hijo, que este gran varon muestra por la perdicion de

un alma? ¿Qué señales puede haber mayores del encendido amor de los prójimos? ¿Qué dolor tan contínuo, tales lágrimas, tales clamores, tales ofertas, y tomar los males ajenos por tan propios? Verdaderamente el amor de Dios movia la pluma de su siervo, y le daba su elocuencia del cielo, para conquistar el corazon endurecido.

En otra semejante ocasion escribió otra carta á otra persona con el mismo espíritu, por estas palabras [1].

«Una de vuesa merced recebí muy cortesana, y quisiérala más santa. Terrible es vuesa merced, si la he conocido en mi vida. ¿Cuándo se ha de cansar de pleitear con el Espíritu Santo? Pues yo le aseguro que las habrá duras con él. ¿Tan amable es el pecado, que quiere por su causa despedirse del regalo de Dios, y sujetarse á la indignacion de su enemistad? Acuerdo triste ha tomado, por cierto, y que me ha causado tierna compasion; porque, como Dios ha mandado, que todo ánimo desordenado sea pena para sí mismo, y le ha de ejecutar, habrá de estar forzosamente por las que traerá esa ponzoña que ahora bebe, y le parece dulce; que son bascas que atribularán sus entrañas, y juntamente alegrarán las de los tentadores (para que su merecido tormento sea más crecido), triunfando de la vitoria de su presa, con escarnio del que tan apriesa corrió á su lazo y á su daño; entónces probará lo que perdió y lo que ganó cuando tan infamemente se les rindió. Y si esta sombra de infierno bastára para que torne sobre sí, como hizo el mozo perdido del Evangelio, apretado de su

[1] Salamanca, 3 de Enero de 1576.

hambre y de su infamia, para que ame la hermosura de la casa de Dios, y su abastanza, sin más degenerar, aunque sepa reventar; yo le saldré al encuentro, haciéndole la fiesta que su padre hizo al otro. Mas si piensa entretenerme viviendo como hasta aquí, desengáñese, que no quiero yo perder mi tiempo, como le pierde vuesa merced muriendo cada dia, sin ninguna ó poca esperanza de fruto. Dios le gane como puede, amen. Esta escribo esperando la cuartana, porque entienda que no la tengo olvidada.»

Bien se echa de ver la caridad deste santo varon, pues el humor de la cuartana, que tanto aprieta al corazon cuando comienza á menearse, no fué bastante para hacerle descuidar desta oveja perdida, tomando la pluma para escribir palabras tan poderosas para reducirla al rebaño de Cristo; porque las enfermedades en semejantes varones no les hacen descuidados, sino compasivos; y atropellan la comodidad de su cuerpo por el bien espiritual del prójimo, como arriba se dijo.

§. II.

otra señora muy principal [1], que en sus tiernos años dejó el mundo, y se entró monja Descalza, escribió esta carta, enseñándola cómo habia de aprovecharse de semejante estado.

«Pues ha dejado el siglo, con él habrá dejado sus afectos y sus deseos, y el amor de sus títulos, y cobrádolo á los de la casa de Dios, como doméstica suya, pues lucen más y son más dulces. A esta cuen-

[1] Doña Casilda, que entró monja Carmelita Descalza.

ta, ni la quiero llamar grande, pues estudia en ser pequeña en sus ojos; ni Reverencia, pues si los tiene abiertos, verá que se le debe desprecio; sino dichosa, pues siendo tal ha hallado gracia en los ojos del altísimo Dios, escogiéndola para su regalo y dulce contentamiento, dándola prendas deste favor, para que no pueda dudar dél, escogiéndola del bullicio y ocupaciones del siglo, que la habian de dividir y apartar de su dulce comunicacion, y de gozarle á la contínua; y esto tan á la vista del mundo, que todo él esté lleno de testigos deste soberano beneficio. Resta ahora, Señora, que pues la han desocupado, entienda para qué; y que trabaje, porque la gracia no esté ociosa en su alma. Y si me preguntare en qué ha de señalarse, digo, Señora, que en humillarse mucho, mucho, mucho. No se tenga porque va aprovechando algo, si no se tuviere por la más pequeña de todas; porque no hay cosa de mayor honra en la criatura que conoce á Cristo Nuestro Señor, que parecérsele en algo; y apénas hallará otra, que á Él más contente, ni más cuadre á los resabios que la quedaron de la grandeza pasada, ni que mejor la esté, que esta; y así, Cristo Nuestro Señor, que como Dios sabe nuestra flaqueza, y los caminos de nuestra perdicion, y los remedios muy convenientes della, nos encomendó, como dice San Agustin, muy encarecidamente, que aprendiésemos dél, que era humilde de corazon. La humildad de palabras y ceremonias con que se engaña el mundo, presto se gana; mas la de corazon, con que se agrada á Dios, tarde y con mucho cuidado. Y pues ha entrado en religion para procurar tenerle contento, entienda que entónces le tendrá, cuando procurare con todas sus fuerzas esta preciosa margarita, y no descansáre hasta que la alcance. No

más, porque es pesada el habla de las criaturas, á quien habla el Criador.»

Esto escribió este prudente varon, porque echó de ver, que los grandes y nobles del mundo, cuando entran en religion, si no doman el apetito de la excelencia mundana, no pueden medrar en la perfeccion que profesan, cuyo fundamento es la humildad de corazon. Mas porque tambien los que tratan de oracion suelen atollar por padecer sequedades y distracciones, y tener demasiadas ansias de consuelos, corrigió esta demasía con gran prudencia, escribiendo á un religioso grave en esta forma [1].

«La paz de Dios, que sobrepuja á todo sentido, sea con V. R., que es el peso y sosiego que Dios pone á los vientos, que se levantan en los justos que con Cristo decienden al mar, y al presente están levantados en el corazon de V. R.; pero no le desamparará el Señor, *qui fecit pondus ventis*. No le querria ver tan codicioso de su medra, y de sentimientos espirituales, que por su deseo se turbe y pierda la paz y sosiego interior; porque está escrito: «Deja la codicia, y hallarás reposo.» Ponga fin á su desear, si no quiere penar; y si no lo hiciere, sus deseos serán sus sayones, y los instrumentos con que el demonio le causará más turbaciones que en el aire hay átomos. Dejó el siglo, déjele del todo; dejó las cosas temporales, deje su codicia; entró en la milicia de Cristo, aparéjese á encuentros. *Et proposito tibi gaudio, sustine crucem confusione contempta*. ¿Desea aprovechar, y tener bien oracion para contentar á Dios? Déjese gobernar por él, y comience á mostrar el amor que le

[1] Salamanca 28 de Enero de 1574.—A Fr. Juan de Castro, de la órden de San Agustin, estando en Dueñas.

tiene, en contentarse de cualquier modo como le quisiere llevar, y con lo que le quisiere dar, poco ó mucho, ó nada; y crea que le contentará más desta manera, con tener gozo y sosiego en su pobreza, mientras Él no le sacare della, que no con alcanzar su imaginada alteza. Harto ha servido á Dios del modo que V. R. quiere, comiéncele ya á servir siquiera un dia, como el mismo Dios desea. «¿Habrá alguno que me quiera servir de balde?» dice *Contemptus mundi;* y Dios, por Malaquías, sintiendo esta falta en los de su casa, dice: *Quis est in vobis, qui claudat ostia, et incendat altare meum gratuito?* No falte á la reformacion interior de sus costumbres, ni al maestro interior que le va diciendo lo que ha de seguir, y lo que ha de huir, y lo que tambien ha de sufrir. Obedezca bien, y sea amador universal de la abnegacion de su propia voluntad, y deje á Dios guiar su aprovechamiento, y enviar ó quitar el sentimiento, como á Él pareciere, que esto solo es lo que de presente tiene necesidad de proveer; y no tema que serán impedimento sus faltas presentes no queridas, pues no lo fueron las pasadas, con ser mayores, para que no le pusiese en el bien que ahora tiene.

»Viniendo al otro particular que le desasosiega, digo que es manifiesta la tentacion, desear mudarse de ese lugar, pues está asignado en él por obediencia, hasta que por la misma sea asignado á otra parte. Acuérdese de lo que dijo el Angel á San José, cuando de parte de Dios le anunció que tomase al Niño y á su Madre, y huyese á Egipto, y se estuviese allí hasta que le dijese otra cosa; y así lo cumplió, tomando muy de asiento la estancia, hasta que el mismo Angel le anunció la vuelta. Tenga V. R. sosiego y consuelo con Jesus y María, que ni es más

que ellos, ni los de ese lugar peores que los de Egipto. Y muéstrase más abiertamente el desórden de la tentacion, porque la descubre el trabajo de andar por las aldeas, *per vicos, et castella*, que era ejercicio á que dió principio Nuestro Señor. No piense V. R. que le ha de costar poquito el fruto de las almas, que costó su sangre á Cristo, ni que puede ejercitarse en obra mayor, que en morir á sí mismo; porque al grano muerto, es prometido el mediano, ó mucho fruto. Y porque no estamos muertos al mundo, ni á nosotros mismos, los que hacemos profesion de servir á Cristo, sentimos poco ó ningun fruto de nuestros trabajos.»

Esta escribió el Padre Baltasar tan á propósito de los que tratan de oracion, y de ayudar á las almas, que en pocas palabras les enseña los principales puntos para medrar en entrambas cosas.

Pero otra muy espiritual escribió [1] á un Padre de la Compañía, que se quejaba de la sequedad y pensamientos que padecia en la oracion; y dice así: «No sé cómo V. R. se queja de sequedad, que no la muestra en sus palabras, sino fertilidad mucha y abundancia grande; y si Nuestro Señor se le esconde, no se la quita, sino quítale la ocasion de perderla. A los puntos pudiera dejar de responder, pues tiene V. R. ahí su Moisen, á quien ahora tanto habla Nuestro Señor, y no guerra, sino paz para sí, y para muchos, como uno de los que dice David, *suscipiant montes pacem populo*. Bendito sea el que así le enriquece. Mas pues V. R. así lo quiere, diré por su consuelo lo que se me ofrece, no teniendo necesidad dello. A lo primero y más importuno de la guerra de los pensamientos, digo, que la amargura interior que dellos le

[1] De Medina, 21 de Julio de 1567.—Al Padre Juan Seco.

proviene, puede nacer de poca conformidad con la voluntad de Dios, pues de su mano la guerra y la paz se deben recebir con paciencia y accion de gracias; y si hubiese amor á la Cruz, de mejor gana se recibiria la guerra. Ayudará lo que dice el Doctor Parisiense, que si hace uno lo que debe en esta batalla, merecerá más que si á su sabor gustase de Dios. Tome por despertador para volvernos á su Majestad, lo que nos acomete y pretende apartar dél, con quejas amorosas y dulces, diciendo: *Cur oblivisceris inopiæ nostræ, et tribulationis nostræ? usquequo Domine, oblivisceris me in finem? usquequo avertis faciem tuam a me? quamdiu ponam consilia in anima mea, dolorem in corde meo per diem?* Acuérdese de la necesidad que tiene nuestro natural estragado, de ocasiones que le aprieten para que se vuelva á su Dios; y de las entrañas tiernas con que su Majestad las envia ó permite para tenernos á sus puertas, dando priesa á estas aldabadas y clamores, no de año á año, ni de mes á mes, ni de dia á dia, sino todos los momentos de esta vida; y andando en este ejercicio como debe, andará V. R. en la presencia del Señor que desea, aunque no á su modo, sino al de Nuestro Señor. Y si su Majestad es la causa de desear su divina presencia, y no su consuelo y gusto particular, como quiera que lo ordenare lo terná por bueno. Ayudará á esta presencia, no descuidarse V. R. en cuanto pudiere de lo que ordenare la obediencia, ni de mortificarse; porque no se arrostra de buena gana la Cruz, si no es por Dios; y como el escocimiento que causa, con ninguna cosa se quita mejor que con su memoria, si el cuidado de mortificarse fuese contínuo, el mismo amor propio de V. R. le solicitará esta memoria, como remedio de la llaga y pena que la mortificacion causare en su

alma; y para almas que tienen necesidad de labrarse, es el más acertado modo de andar en la presencia de Dios, á mi juicio, porque se adquiere sin quebradero de cabeza; y los de muy bajo entendimiento lo podrán entender, que es lo que hemos de procurar en todos los ejercicios de virtud, haciéndolos accesibles y hacederos; y el fruto experimentarlo há copiosamente con brevedad el alma que lo usare. Entiendo todo lo dicho, si ya Nuestro Señor no descubriese á V. R. otros modos particulares de más fruto; porque entónces, oyendo su voz, no debria endurecer su corazon. Mas mientras su Majestad da lugar á industrias humanas, parece buen consejo echar mano de las que desbaratan más apriesa la mucha madera, cortezas, y raices, que en sí siente cada uno. Con esto queda respondido á los dos puntos. Para la oracion que desea, buen modo ha hallado, que es importunar al Señor, que se la enseñe; y si no se cansa, á deshora terná lo que desea, porque es don de Dios, y dase á los humildes.»

§. III.

MAS porque algunos, buscando la humildad, suelen dar en pusilanimidad, pondré aquí otra que envió á otro Padre de la Compañía, que le escribió andaba muy amilanado por sus faltas, pareciéndole que Dios se alejaba dél por ellas; aunque despues añadió, que no se acababa de persuadir que se retirase Dios tan á la larga, de quien con ánsia le buscaba, por no quererle bien, sino porque así conociese su flaqueza, ó fuese probada la verdad de su fidelidad; y tomando el Padre Baltasar ocasion desto postrero, comienza diciéndole [1].

[1] Salamanca 8 de Abril de 1576.

«Oh qué dulces fueron para mí tales palabras con toda su extension! Cuando tal oí, decia yo entre mí: Aun quien esto tiene, consuelo tiene; y quien tal gloria da á Dios, médula tiene en lo que ofrece. Yo para mí tengo por cierto, que Dios anda con V. R. agradado de sus servicios, y con todos los que hacen suelta de su vida vieja pasada, y abrazan la nueva, que es segun la verdad del divino espíritu, del modo que ellos pueden, aunque sea con mezcla de más flaquezas y yerros que cabellos. Verdad es que no todos conocen esto; y así es diferente el sentirlo del tenerlo, como el cielo del suelo. De los dos dicípulos caidos que iban á Emaus el dia de la Resurreccion, dice San Lucas, que iban con Cristo Nuestro Señor, y que sus ojos *tenebantur ne eum agnoscerent*. Con ellos iba, y sin Él les parecia que estaban, y caminaban hasta el fin, donde se desengañaron. Mas ellos y todos los semejantes experimentan en el camino indicios de su presencia y habla, si quieren estar atentos á lo que por ellos interiormente pasa, en los ardores del corazon, en la inteligencia de las Escrituras, en los avisos de su reformacion. Pues dígame V. R.: ¿en qué es diferente desta gracia la que hace Dios á su corazon, y á otros tales, cuando llueve sobre ellos avisos interiores de cuantas cosas han de hacer, por menudas que sean, y de reprehensiones, si lo que es un cabello se apartan de su interior enseñanza, señalándoles como con el dedo cuáles cosas han de seguir, cuáles sufrir, y cuáles resistir y huir, y sobre todos estos cuidados y trabajos, sienten grande escocimiento interior, de que no le sirven, ó ven servido de otros, como entienden que Él lo merece, y ellos le tienen obligacion? ¿Por ventura este escocimiento no es encendimiento? Sí por cierto. Pues si no hay fue-

go, ¿quién le causa? Y si no es Dios, ¿cómo le enciende en su amor? Esta es la facultad, en la cuál el que añade ciencia, añade dolor; y esta es la tribulacion que sienten todos los que de verdad sirven al Señor, y les hace juntar los dias con las noches, clamando á Él. Uno lo dijo, y todos lo experimentan. *Tribulationem, et dolorem inveni, et nomen Domini invocavi.* En la cuál no los desampara, pues Él dice: *Cum ipso sum in tribulatione.* Antes los hace compañía, confortándolos y sustentándolos invisiblemente, para que no arrodillen con el peso de la carga; y por experiencia ven, que tanto tiempo se tienen, y no más, cuanto Él los tiene. De manera que se tienen en pié, porque Él los tiene, conforme á lo que dice San Pedro: *Qui in virtute Dei custodimini;* inclinándolos tambien á que clamen en la tribulacion, para que con su socorro ellos sean libres y aprovechados, Dios invocado y honrado, no desamparando ellos el camino suyo por el martirio en que están penando, como lo pondera bien San Agustin, declarando aquello del Salmo: *Invoca me in die tribulationis; eruam te, et honorificabis me.* Con el espíritu viejo del mundo que antes tenian, inclinábanse al mundo, y á lo que lucia en él; mas con el nuevo que ahora experimentan, siéntense inclinados á Dios, y penados, porque no acaban de contentarle como desean. ¿Pues de dónde les ha venido esta mudanza, sino del espíritu nuevo que ha venido en ellos? Obrando esto en su corazon el espíritu del Señor, como lo hace en el corazon del mismo Dios, inclinándose á sí mismo. Este espíritu es el Espíritu Santo, de quien dijo San Pablo [1]: *La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones*

[1] Ad Rom. 3, v. 5.

por el Espíritu Santo que se nos ha dado. Y San Juan dijo [1]: *Sabemos que permanecemos en Él, porque nos dió de su espíritu.* Persuádase, que en admitir esta gracia con humildad, no hay peligro; y que agradará á Dios haciéndolo, como dice San Pedro [2]: *Sperate in eam, quæ vobis offertur, gratiam, in revelatione Jesu Christi.* Y que hará doblada hacienda en el divino servicio por este camino de la confianza, que por el de la incredulidad que ha seguido hasta aquí. En el cuál tiempo estoy por decir, que le cuadraba la reprehension que Cristo Nuestro Señor dió á los dos que iban á Emaus: *O stulti et tardi corde ad credendum.* Y porque en las últimas palabras que añadió, iba abriendo camino á la fe de las divinas Escrituras, y verdad de las promesas de Dios, tuve con ellas grande gozo. Dios se le dé á V. R., como yo le tengo de sus caminos, y el mismo Señor le tiene, para que sea gozo lleno, como lo es en Él, segun lo que dice: *Hæc locutus sum vobis, ut gaudium meum in vobis sit, et gaudium vestrum impleatur.* Gozo lleno quiere Dios en sus siervos, porque este es la fuerza con que se corre por el camino de sus mandamientos. Y porque no se recele de que es ajeno de su condicion tan grande regalo, lea lo que dice San Agustin sobre este paso, y no se olvide de mi necesidad, que muy acordado estoy de la de V. R. No más, de que he sido muy largo, para con quien habla Dios tanto. El sea en su alma, y todo su amor. Amen.»

---

[1] 1 Joan. 4, v. 13.
[2] 1 Petr. 1, v. 13.



CAPITULO XXXV.

Cómo fué por Rector del Colegio de Villagarcía; y de lo mucho que ayudó á Doña Magdalena de Ulloa, su fundadora, para las cosas grandiosas que hizo en servicio de Nuestro Señor [1].

ABIENDO el Padre Baltasar cumplido el trienio de su oficio en Salamanca hácia el fin del año de setenta y seis, vino de Roma nombrado por Rector de su Colegio de Villagarcía, y por maestro de los novicios que allí se ponian, por parecer lugar más cómodo para ellos, y por no caber todos en la casa de Medina; y tambien porque en una provincia tan grande como esta de Castilla, importaba que hubiese dos casas de probacion, para poner en la una los novicios que no pudiesen estar sin inconveniente en la otra; y así, en llegando, procuró entablar el noviciado con el mismo fervor y perfeccion que le puso en Medina, como se dijo en el capítulo XIX y siguientes, donde se pusieron algunas cosas de las que sucedieron en esta casa, y otras se pondrán en el capítulo XLVII.

Otra ocasion de venir el Padre Baltasar por Rec-

---

[1] Año de 1577.

tor deste Colegio, fué la instancia que hizo por ello su fundadora Doña Magdalena de Ulloa, viuda, mujer que fué de Luis Quijada, mayordomo del Emperador Carlos V, Capitan General de la infantería española, y Presidente del Consejo de Indias, señor deste lugar de Villagarcía y otros comarcanos, que murió el año de mil y quinientos y setenta, la cuál tenia alguna noticia del grande espíritu deste santo varon, por haberle hablado algunas veces que pasaba por Valladolid, donde ella residia; y vino á estimarle tanto, que le escribia cartas á Salamanca, donde era Rector, dándole cuenta de las cosas de su alma, y él la respondia dejándola muy satisfecha. Ayudó á esto la relacion que dió el Padre Maestro fray Domingo de Ulloa, su hermano, persona de grandes prendas, y de las más graves de la órden de Santo Domingo, que despues fué Obispo de Mechoacan en las Indias Occidentales, el cuál habia tratado mucho con el Padre Baltasar en Avila, Medina y Salamanca, y habia conocido por experiencia el grande don que tenia de guiar las almas á la perfeccion; y como vió la resolucion que tenia su hermana de fundar aquella casa de Villagarcía, aconsejóla que le pidiese por Rector, y para que juntamente se gobernase por su parecer en las cosas de su alma. Hízolo así, y sucedióle tan bien, que no cesaba de dar gracias á Nuestro Señor, por habérsele dado á conocer. Habia esta Señora, luégo que enviudó, hecho resolucion de encerrarse á servir á Dios en el insigne monasterio de las Huelgas de Valladolid, donde era Abadesa una hermana de su marido; mas por el pleito que ella puso á la hacienda de su hermano, se impidió la ejecucion; y aunque se quedó en casa particular, en medio de la ciudad vivia tan recogida como si estuviera en monasterio. Confe-

sábase en nuestra casa Profesa con el Padre Juan de Prádanos, que fué su confesor casi veinte y siete años, y la ejercitó bien para su aprovechamiento, siendo ella muy puntual en obedecerle; y de cuándo en cuándo iba á Villagarcía, adonde tuvo buena ocasion el Padre Baltasar para darla los ejercicios espirituales de la Compañía, industriándola en el modo de tener oracion, y tratar con Dios familiarmente. Hacíala pláticas espirituales, y todas las veces que la hablaba, siempre era de Dios; de donde vino ella á decir que no habia visto otra persona que así hablase altamente de las cosas espirituales, ni que tuviese más gracia en atajar pláticas del mundo, y meter las de Dios, y proseguirlas con provecho y sin cansar, aunque durasen muchas horas. Y es así, que ella no se cansaba, porque gustaba mucho de cosas semejantes; y comunicaba sus cosas interiores con el Padre Baltasar, como suelen hacerlo los novicios con su maestro. Industriada desta manera, comenzó á realzar con espíritu las muchas limosnas muy grandiosas que hacia, las cuáles eran en tres maneras: unas para remediar las miserias y necesidades corporales de los pobres; otras subian más de punto, para remediar por este camino tambien las necesidades espirituales de sus almas; y otras áun añadian algo más, para acrecentar el culto divino, y honrar más á Nuestro Señor en lo que está dedicado á ello.

En lo primero fué grandemente liberal y dadivosa para remediar toda suerte de necesidades. En Valladolid puso en el hospital de Esgueva doce camas para curar á su costa otros tantos enfermos, dando para esto cada año seiscientos ducados; y duró esto diez y ocho años. Al de la Resurreccion dió casi otro tanto tiempo trescientos ducados cadá año, y en Vi-

llagarcía fundó un hospital con renta bastante para curar los enfermos pobres de los lugares que fueron de su marido. Daba gruesas limosnas para casar huérfanas pobres, y para remediar necesidades de pobres envergonzantes que se las pedian en secreto. Y para que esto se hiciese con más fidelidad y largueza, señaló por algun tiempo un hombre honrado y gran cristiano, que se informase destas necesidades, y de lo que era menester para remediarlas, y todo lo ponia en una cédula firmada de su nombre, y la daba á la persona necesitada, señalándola el dia en que habia de ir por aquella limosna á casa desta señora, la cuál tenia tantas ánsias de dar, que despertando á la mañana muy temprano, solia decir que se levantasen á ver si habian venido algunos pobres, para despacharlos luégo, porque no esperasen; y en levantándose tomaba dos bolsas: una llena de moneda menuda, para dar á los pobres ordinarios; y otra de reales, para los envergonzantes: y en viniendo el pobre, tomaba la cédula que traia, y le daba la limosna que allí estaba señalada, la cuál no excedia de cierta cantidad que tenia avisado, porque cuando era menester más, en particular lo preveia. Fuera desto, á todos los pobres que acudian á sus puertas, que eran muchos, daba limosna con entrañas de madre, sin que ninguno jamas llegase á su casa, que se fuese sin ella, aunque viniese por limosna dos y tres veces al dia. Casi todo el año se ocupaba en hacer comprar paño y lienzo para vestirlos, y hacerlos camisas; y por mano de un Canónigo de Zamora, y de otros religiosos, repartió muchos millares de ducados con los vasallos, y lugares de su marido, para que su caridad y misericordia se dilatase á muchos en muchas partes.

Pero mucho más mostró su grande liberalidad en remediar las necesidades espirituales, ayudando deste modo con gran celo á la salvacion de las almas. Por este fin envió dos Padres de nuestra Compañía, el Padre Juan de Torres á Argel, y el Padre Gabriel del Puerto á Marruecos, dando á cada uno ocho mil ducados para redimir captivos, encargándoles que rescatasen primero á los que estaban con mayor peligro de faltar en la fe. Hiciéronlo así los Padres; y cuando volvió el Padre Torres, traia la lista y cuenta de todo por escrito; mas la buena señora nunca quiso verla, sino fiarse de Dios y de la Compañía. Por este fin tambien hizo gruesas limosnas, para sacar malas mujeres de ruin estado, y ponerlas en una casa de Probacion, que hay en esta ciudad, donde miren el estado que les conviene escoger, y sean enseñadas á vivir cristianamente; y para esto tambien dejó dotado, ó crecentado con mil ducados de renta cada año, y cien cargas de pan, el monasterio de las Arrepentidas desta ciudad, donde entrasen las que, habiendo sido malas, tenian vocacion y talento para ser monjas. Y porque el fin propio desta obra, cuanto á la renta que ella daba, que era remediar almas perdidas, no faltase en algun tiempo, recibiendo en este monasterio, no mujeres arrepentidas, sino doncellas recogidas (para las cuales hay otros monasterios en Valladolid) hizo una declaracion general, que pondremos al fin deste capítulo.

Pero mucho más descubrió su extremada caridad y magnificencia en las obras que hizo dedicadas solamente al bien de las almas, y al culto del Criador dellas, con tanta largueza que espanta. Estando un dia de San Matías Apóstol, en oracion por la mañana, la dió Nuestro Señor un buen deseo de ser parti-

cipante de la buena suerte del Santo Apóstol, enseñando la dotrina cristiana, y confesando, y dando la comunion por la ciudad de Oviedo, y Principado de Asturias; y en este deseo se le pasó todo el tiempo de la oracion. Consultó luégo con el Padre fray Domingo de Ulloa, su hermano, que entónces era Vicario provincial de su provincia de España; y respondióla, que si ella queria predicar y confesar por su persona, que era engaño. Mas ella le dijo que no, sino con su hacienda, procurando que fuesen á ello religiosos, ayudándoles para sus alimentos. Respondióla su prudente hermano: «Eso es bueno, y por ello recibirá V. S. premio de Apóstol; y si quiere dotrina y Sacramentos en esos pueblos, envie religiosos de la Compañía, que á esos ayuda Dios en estas misiones.» Con esto se resolvió de hacer esta obra más de asiento, y de fundar en la ciudad de Oviedo un Colegio de la Compañía, no con otro fin, sino de que allí se sustentasen Padres que ayudasen á las almas tan desamparadas de dotrina y enseñanza, como entónces las habia en todo aquel Principado. Aprobó tambien este su buen deseo el Padre Baltasar Alvarez, alentándola á ponerlo luégo por obra, para que el merecimiento fuese mayor con la puntualidad de su obediencia á la divina inspiracion, y para que pudiese gozar del fruto que esperaba, viéndole en sus dias; y así lo hizo luégo, dando mil ducados para comprar casa, y mil de renta para el sustento, y despues añadió otros mil; y fué tanto lo que iba dando, que queriendo el Padre Juan Suarez, Provincial, ponello por cuenta y razon, para informar al Padre General por cierta ocasion que se ofrecia, la preguntó qué tanto sería; mas ella respondió mostrando su Real y humilde ánimo: «No sé por cierto; por amor de Dios

lo he dado: Él terná la cuenta.» Quiso que la iglesia del Colegio se llamase de San Matías, por haberla dado Nuestro Señor en su fiesta el deseo de fundar esta obra; y della solia decir, que cuando Nuestro Señor la infundió el deseo de hacerla, no parecia sino que la habia dado toda aquella tierra en encomienda, ó que la habia hecho Dios merced desta encomienda; y bien se echaba de ver en el amor con que trataba, y procuraba todo lo que era menester para su acrecentamiento. Fué extraordinario el fruto que comenzaron á coger los Padres de la Compañía en las misiones que hacian, saliendo de dos en dos á predicar y confesar por aquella tierra, sacando millares de almas de muchas ignorancias y pecados muy envejecidos; y porque la dijeron estos Padres que en muchos pueblos de aquel Principado, por su grande pobreza, tenian el Santísimo Sacramento con muy poca reverencia, mandó hacer quinientas custodias de plata, y algunos tabernáculos de madera dorados, y repartirlas por estos pueblos, para que le tuviesen con decencia. Con el mismo espíritu, y por el mismo fin se determinó despues, de hacer otro Colegio de la Compañía en Santander, para que se acudiese á la enseñanza de las almas que están desamparadas en aquellas montañas de la comarca; y era tan fuerte el deseo, que dijo su confesor: «Con este deseo come, duerme, y despierta, y no le puede echar de sí;» porque el amor de Dios, y el celo de las almas le instigaba á ello. Dióle luégo mil ducados de renta, y dentro de poco tiempo añadió otros mil. Y para que se vea la pureza de intencion que tuvo en la fundacion destos dos Colegios, aunque los dotó de bastante renta, como se ha visto, y quiso para sí todos los sufragios de Misas y oraciones, que en la Compañía se hacen perpétua-

mente por los fundadores, no quiso tener el patronazgo que pudiera y se le debia, dejándoles libertad para que, si algun Prelado, ó otra persona rica, aumentase la renta, y quisiese ser fundador y patron, le admitiesen; porque esta gran señora no buscaba en estas obras su honra propia, sino la divina, ni pretendia perpetuar su nombre en la tierra, sino que creciese y se dilatase la gloria de Dios en ella.

§. II.

PERO donde más se señaló fué en la fundacion de este Colegio de Villagarcía, que era la obra más principal y más querida de cuantas hizo, deseando que por todas vias se hiciese allí grande servicio á Dios, y mucho provecho á las almas. Para esto quiso que se enseñase á todos los niños de la comarca á leer, y escribir, y contar, y despues la latinidad á muchos otros que concurren de diversas partes, con notable aprovechamiento en su virtud y letras. Y fuera desto, quiso que aquella casa fuese para criar novicios de la Compañía en espíritu y religion, los cuáles se habian de desparcir por todo el mundo, y enseñar la dotrina y perfeccion cristiana que allí hubiesen aprendido; y tambien para que aquel Colegio, que por estar en lugar pequeño era más retirado y libre de trato con seglares, fuese como casa de recreacion espiritual, donde acudiesen los Padres de la Compañía de toda la provincia á tomar algun alivio en espíritu, con mayor recogimiento y trato con Dios, confortándose con el olor del noviciado, que es fervoroso, para volver á trabajar con nuevo brio en sus ministerios con los prójimos. Con estas razones

alentaba el Padre Baltasar á esta Señora, para que hiciese aquella obra muy perfeta; y ella estaba de suyo bien alentada, habiéndose resuelto á juntar su propia hacienda con la de Luis Quijada su marido, señor que fué de Villagarcía, el cuál habia mandado hacer allí una capilla con muy ténues capellanías para su entierro, sino es que su mujer quisiese tambien con las haciendas de entrambos hacer algun monasterio; pero ella lo hizo todo junto, edificando una muy hermosa iglesia, que sirviese juntamente á los Padres de la Compañía, y á doce capellanes con un capellan mayor, que fundó y dotó con bastante renta, doblada de la que señaló su marido, para que cantasen el oficio divino y Misa cada dia; y los dias solenes en canto de órgano, con la solenidad que se hace en las iglesias Catedrales, proveyendo para esto que los ocho capellanes fuesen cantores, uno maestro de capilla; y demas desto su Organista, seis mozos de coro, y un sacristan, con sacristía aparte, proveida de ricos ornamentos, dando el cuidado y gobierno de todo á los de la Compañía, y sacando bulas de Su Santidad, para que tuviese más firmeza. Tambien hizo en la misma iglesia una capilla aparte, donde colocó muchas y muy insignes reliquias que tenia muy bien adornadas, trazando el Padre Baltasar Alvarez que estuviese allí tambien el Santísimo Sacramento, para que los novicios con más devocion se recogiesen en aquel sagrario y santuario á tener su oracion y exámenes; y encima de las reliquias que estaban repartidas por sus gradas, puso una hermosa imágen del Salvador, de la estatura de un hombre, que por su órden pintó un Padre novicio, gran pintor, que se llamaba Juan de la Peña, y fué Racionero de la santa iglesia de Salamanca, y los demas novicios le ayudaron con

oraciones, para que la imágen saliese muy devota, como salió; y en el frontispicio de la capilla dijo se pusiese este letrero: *Ego sum vitis, vos palmites*, significando que estaba dedicada juntamente á la cepa verdadera, Cristo Jesus, y á los sarmientos, que son sus Santos.

Edificada ya la iglesia nueva por Enero del año de ochenta, se ordenó una gran fiesta, para trasladar á ella el Santísimo Sacramento, y los huesos de los difuntos, que estaban depositados en la iglesia vieja. Vino á ella esta señora con sus dos hermanos Don Rodrigo de Ulloa, Marqués de la Mota, y el Padre Fray Domingo de Ulloa, y otras señoras principales, para que viesen cuán bien empleaba su hacienda la Compañía. Vinieron tambien de los nuestros el Padre Diego de Avellaneda, que era Visitador desta provincia, el Padre Juan Suarez, que era Provincial, y otros muchos Padres graves; y á todos hospedó el Padre Baltasar, que era Rector, con mucha caridad y apacibilidad, como solia, procurando que á todos se diese muy cumplido recaudo. Hízose la fiesta con grande pompa y solenidad, quedando todos muy contentos; pero el dia siguiente sucedió una cosa que la aguó, en la cuál el Padre Baltasar mostró su heróica obediencia y resignacion, y la fundadora su grande valor y cristiandad, de que yo fuí testigo, porque estaba entónces allí en la tercera probacion. Deseaba esta señora entrar aquel dia con sus hermanos, cuñada y sobrinas por la despedida, á ver todo lo que estaba edificado en el Colegio, habiéndose ántes tratado desto; y el Padre Visitador era de parecer que no podia entrar, porque sabia bien desde que estuvo en Roma, la estrechura que Su Santidad queria se tuviese cerca de semejantes entradas, como tambien lo

mostraba en el propio motu de Pio V, que todavía tenia su fuerza. Y aunque los Padres Provincial y Rector le aseguraban con parecer de Letrados, así de los nuestros como de otras religiones, que esta señora, por ser fundadora, y concurrir tantas circunstancias, podia lícitamente entrar, él se determinó, apretado de su conciencia temerosa ó escrupulosa, á que no entrase. Pero sin embargo desto, sin saber ella lo que habia pasado, entró despues de Misa mayor con sus hermanos la casa adentro; y estando en el tránsito más bajo, súpolo el Padre Visitador bien acaso, y apretado del escrúpulo hizo salir de su aposento al Padre Baltasar, y ordenóle sériamente que fuese á do estaba Doña Magdalena de Ulloa, y la dijese que se saliese; y como el Padre le representase humildemente los grandes inconvenientes que se seguirian desto, y los pocos de lo contrario, especialmente no habiendo él dado la licencia, tornó á ordenarle que sin más réplica hiciese lo que le decia. El Padre Baltasar, aunque lo sentia mucho por ser la cosa en sí tan grave, y por lo mucho que él y todo el Colegio, y toda la Compañía debia á esta señora, rindió su juicio, y negó su propia voluntad, y como hijo de obediencia la mostró en este caso; porque al punto fué, y con la mejor gracia y modo que pudo, se lo dijo; de lo cuál ella se sintió mucho: todos se alborotaron, y el Marqués, su hermano, que no gustaba mucho destos gastos de su hermana, arrojó los guantes en el suelo, diciendo: «Más me huelgo, que si me hubieran dado el Reino de Castilla: para que veais, Señora, con qué gente gastais vuestra hacienda, y cómo os lo agradecen.» Todo lo cuál fué muy pesada mortificacion para el Padre Baltasar, y la mayor (segun él decia) que habia tenido en su vida, por haber negado la

grande inclinacion que siempre tuvo á ser muy agradecido á los bienhechores, y más á tal bienhechora, y en tal ocasion. Mas ella tambien mostró su gran valor y pecho cristiano, porque no fué parte su grande sentimiento, para que dejase de amar á la Compañía, y de hacerla el bien que solia, y confesarse con los della; ni perdió un punto del amor y respeto que tenia al Padre Baltasar, antes en llegando á su casa, ella misma le envió á consolar, pidiéndole que no tuviese pena, que bien conocida tenia su voluntad; y como tan cuerda cristiana echaba de ver que aquello habia procedido del mucho temor ó celo que el Visitador tenia de no ofender á Dios, y guardar las leyes de la Iglesia, y no por darla disgustos; y de ahí adelante se fueron ofreciendo muchas cosas, en que la Compañía procuraba, como era razon, darla mucho gusto, y ella le recebia grandísimo las veces que venia á Villagarcía; porque los niños de aquella escuela, que eran casi doscientos, salian á recebirla con sus danzas muy graciosas, y tambien los estudiantes de aquel estudio, que en su tiempo vino á ser muy florido, como ahora lo es, de más de cuatrocientos estudiantes; y se alegraba grandemente de ver el grande fruto que se hacia en tanta gente moza y honrada, que concurria allí de Zamora, Toro, Valladolid y otros lugares cercanos, y aun de algunas ciudades muy distantes, por ser notable el recogimiento con que se crian allí los estudiantes. Alegrábase viendo la solenidad con que se hacian los oficios divinos por los capellanes, cuidando desto los nuestros. Gozábase mirando la rara modestia de los novicios, y sabiendo los dones que Dios ponia en ellos; y mucho más con las esperanzas de que se criaban para bien de muchas almas; y con ver el cuidado que se

ponia en acudir á los demas ministerios con los prójimos, así de aquel lugar como de la comarca, con lo cuál siempre estuvo muy léjos de su pensamiento, arrepentirse de las obras que habia hecho: porque fuera de que las hizo movida de Nuestro Señor, no se contentaba con dar parte de su buen deseo al confesor, sino tambien consultaba estas obras perpétuas con personas graves y doctas; y todas las más que hizo por la Compañía, las consultó con personas seglares, de quien se fiaba mucho, particularmente con el Licenciado Hernando de Villafañe, hombre grave, prudente y sábio, y de gran consejo, el cuál con no tratar con nosotros, se las aprobó, y animó á ellas, para que se viese más que la mano de Dios movia á hacerlas; y para que todas ellas durasen perpétuamente, sacó de Su Santidad Breves con todas las fuerzas necesarias; y últimamente hizo una escritura en que declaraba al Rector de su Colegio de Villagarcía por protector y defensor de todas las obras pias que fundó, para que viese cómo se cumplian las cargas y condiciones que les dejaba; y no las cumpliendo, sustituia cuanto á la renta que ella las habia dado, en lugar dellas al dicho Colegio de Villagarcía.

Estas fueron las obras exteriores más insignes desta mujer verdaderamente fuerte, cuyo valor y preciosidad es como de las cosas más ricas y preciosas, que vienen de los últimos fines de la tierra; mas su mayor grandeza está en las virtudes y obras interiores, con que acompañaba las exteriores, para perficionarse á sí mucho más con ellas, de que se dirá en el capítulo que se sigue.

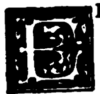


CAPITULO XXXVI.

Cómo la ayudó por cartas, y de la grande perfeccion á que Nuestro Señor la levantó.

OMO Doña Madalena de Ulloa estaba de ordinario en Valladolid, y el Padre Baltasar en su Colegio de Villagarcía, desde allí la ayudaba con sus cartas y buenos consejos, alentándola siempre á la perfeccion, y á la abnegacion de sí misma, que tan dificultosa es en grandes señoras, porque suelen estar acostumbradas á cumplir sus gustos, y aborrecer la mortificacion dellos. Y para probarla y tentarla en esto, y juntamente alentarla, entre otras cartas, la envió ésta cerca de la Páscua de Navidad [1].

§. I.

L Niño Dios, que nació en Belen, nazca en su alma de V. S., porque aquel solo sabe celebrar bien sus fiestas, en cuya alma se obra interiormente lo que de fuera se representa. No pensaba escribir á V. S., porque tiene tan poco asende-

---

[1] 17 de Diciembre de 1576.

reado su corazon en la abnegacion de sus propios quereres, que recibe más ofensa que servicio con las letras, que la han de poner en obligacion de negarlos: Dios la dé mayor gana de dar tras ellos, amen, amen, amen. La riqueza de las fiestas que esperamos, y la pobreza en que entiendo que se hallará su humildad de V. S. para celebrarlas, me han persuadido á que esta vez por lo ménos holgará más que penará con la molestia y aviso deste escrito.

Ya terná considerada V. S. en este santo tiempo del Adviento pasado, la grande merced que el Señor nos hace en quererse venir con nosotros, y la bienaventuranza del alma que lo mereciere ver en su casa; y porque espero en su misericordia, que lo verá la de V. S., y se holgará con Él, me ha parecido avisarla, que de su condicion es (si mucho quisiere contentarle), que luégo que lo viere nacido en el mundo, se vaya para Él, pues viene para V. S. entre los demas que quiere honrar y regalar con su presencia, y que procure trasformarse toda en el espectáculo santo que ante los ojos de su fe viere, como lo hacia el ganado de Jacob en las varas que delante de sí tenia. Y ¿qué espectáculo más admirable, que hacerse Dios niño, rodeado de Angeles, y envuelto en pañales? Aprenda de su magisterio (pues nuestra luz es su ejemplo) la ciencia saludable de humillarse y abajarse de corazon en su estima; de desapropiarse de todo lo presente, que temo se desembaraza mal; y de pararse tal á su imitacion, para ganarle más que si fuese de todas las gentes olvidada, aheleada y despreciada; ni aun mire en ello, sino es para alegrarse más de verse ilustrar y honrar con la librea de su Señor. Piense cómo con todo lo que ha hecho por nosotros, áun no acabamos de darle contento, antes

le entristecemos y afligimos, hasta hacerle llorar en el pesebre. ¡Oh maldad para aborrecer de todas las criaturas, que te hacemos llorar, Señor! ¡Y tenémoslo en poco, que ni aun queremos pararnos á pensarlo despacio y con gusto! Estas dos cosas admiraban á San Cipriano: lo mucho que ha dado Dios de sí para con los hombres, y lo poco que ellos dan de sí para con Dios; lo mucho que ha descubierto Dios de su bondad en lo hecho, y lo poco que se nos pega á nosotros della; la pesadumbre y espacio con que vamos á Cristo, sabiendo que está con nosotros, y la priesa con que arrancó su Majestad el camino para llegar donde estábamos. Lloremos, Señora, nuestra dureza y ceguedad, y supliquemos al Eterno Padre, que pues Él nos ha dado á su Hijo, que nos dé tambien su divino Espíritu, con que le acertemos á servir, contentar y reverenciar. Y pues este es el fuego que Él ha puesto en el mundo para encenderle en su amor, que lo envie á nuestros corazones, para que los abrase con él; pues no nos aprovechará que haya venido al mundo, si no viniere á ellos. Vivamos desconsolados y afligidos de aquí adelante, pues viéndonos amar de tan grande y amoroso Señor, no nos quemamos deste fuego. Aborrezcamos la vida, pues no se emplea en su debida tarea. ¿Quién nos remediará, Señora? ¿A quién iremos que nos cure? Tornemos á su Eterno Padre otra vez con la primera peticion, y repitámosla mil veces. Vamos al mismo Jesus, que pues viene por Salvador nuestro, que haga con nosotros su oficio. Vamos al Espíritu Santo, que lo clarifique en nosotros; á los pastores rústicos, que nos enseñen; á su Madre Santísima, y Santo Joseph, que nos avergüencen. ¿Qué harian ellos estando su Señor en el pesebre? ¿Dónde mirarian sus ojos? ¿Qué pensarian sus corazones? Allí (dice San

Cipriano) no habia tapicería rica; mas aunque la hubiera, no tuviera miradores, porque el Niño que estaba en el pesebre, atraia sus ojos y corazones, no queriendo derramarse á buscar por criaturas el consuelo que de todas hallaban mejor y por junto en su Criador. Desnudas estaban las paredes, mas los corazones estaban llenos de divinos dones. Allí no parecia cosa divina á los ojos de carne, mas todas lo eran á los ojos del espíritu; ningun nacimiento más pobre, y ninguno más rico; ninguno más destituido de consuelo humano, ninguno más lleno del divino. En lo público, hombre; en lo oculto, Dios: en lo que se via de fuera, como los otros; en lo que estaba encondido de dentro, sobre todos. Mirad qué mezcla: pañales y Angeles, lágrimas y cantares. Vamos, Señora, á los Angeles que nos lo descubran, y enseñen la ciencia de saberlo estimar, adorar y celebrar, como lo hicieron ellos al punto que lo vieron en el mundo; pues esta es la hacienda que tenemos que hacer en él, y de otra ninguna no hay que hacer caso. Tal estima dé á V. S. de sí Jesus por su medio, que no sea ya más suya ni de nadie, sino dél solo, amen, amen, amen.»

Por esta carta se echa bien de ver la tierna devocion deste santo varon, y la destreza con que iba labrando á la que habia tomado tan á su cargo, enderezándola á la perfeta mortificacion de sus quereres, por donde se sube á la alteza de la perfeccion; porque (como él mismo la dijo en otra carta que la escribió este mismo año), por esta vereda de la abnegacion universal de su propia voluntad se llega á tanta sublimidad; y en esta misma carta la dice que ha faltado en la brevedad de la cuenta que le daba de sí, como si no tuviera defetos, ya que la faltasen aprovechamientos que contar: de donde se saca, que por

carta le daba cuenta de sus cosas interiores, y le pedia parecer y consejo en lo que habia de hacer; y lo principal que la encargaba, era que procurase en todas las cosas que hacia buscar á solo Dios, y tener el corazon descarnado de personas y de criaturas, como le tenia de las riquezas. Ella tomó muy bien esta leccion, y procuró tan de véras ejecutarla, que ninguna aficion de personas, por más deudas y cercanas que fuesen, hizo presa en su corazon, ni la apartó de lo que entendia ser voluntad de nuestro Señor, con la cuál llegó á tener tanta conformidad, que ninguna cosa la turbaba, ninguna mellaba su paciencia, ninguna era bastante para interrumpir este buen propósito, y afecto con que decia: «Hágase la voluntad de Dios.» Regalábase como hija en llamar á Dios, padre; y nunca acababa de agradecerle la merced que nos hizo en querer que le llamásemos con este nombre, y nunca comia poco ni mucho, que no dijese primero despacio el Padre nuestro, haciendo reflexion tiernamente en la palabra, Padre; y mientras comia solia hablar encarecidamente desta merced con los circunstantes; y aun interrumpia la comida por el gusto que recebia en hablar della. Comulgaba cada tercero dia con mucha devocion y lágrimas, sin que la frecuencia disminuyese su tierno sentimiento; y para esto, mientras tuvo salud, se iba á nuestra casa Profesa á pié con una dueña y un escudero, sin querer tener coche, ni ir en silla, mostrando tambien en esto su heróica pobreza de espíritu, y humildad de corazon en medio de tantas riquezas; pues la que era rica y liberal para todos, era para sí pobre y corta en el vestido, mesa, cama, alhajas de casa, y acompañamiento de criados, teniendo no más que precisamente lo necesario, y aun eso con alguna mengua;

no por escaseza, sino por virtud, así por ahorrar para tener más que dar á los pobres, como por mortificarse á sí misma, é imitar más á Cristo Nuestro Señor en su pobreza y desprecio, como el Padre Baltasar la aconsejaba.

El cuál tambien la consoló no poco en el grande sentimiento que la causó la muerte del señor Don Juan de Austria, hijo del Emperador Cárlos V, á quien ella y su marido Luis Quijada habian criado en su casa desde niño, y ella le amaba como á hijo, y él á ella como á madre; y cuando se partió de España para Flandes, se despidió della con gran ternura. Fué Nuestro Señor servido de llevarle en la flor de su edad, y en su mayor pujanza, el año de mil y quinientos y setenta y ocho. Estaba entónces el Padre Baltasar Alvarez visitando la provincia de Aragon (como despues veremos); cogióle la nueva en Valencia, y desde allí la escribió una carta para consolarla desta manera [1].

§. II.

SEA el Espíritu Santo su consuelo y aliento de V. S., que para poner en cobro el fruto de tan abundante año, bien será necesario. No escribí á V. S. en estando cierto del tránsito desta vida á la que en todo es eterna, del señor Don Juan de Austria, porque tuve mi necesidad de ser consolado tambien como V. S.; mas reparando en que penetraria tanto más agudamente el golpe en V. S., cuanto le era más cercana (como madre, y

[1] 12 de Diciembre de 1578.

todo lo que en este mundo preciaba), me ha parecido no dilatarlo más; y sea el principio de aquí, que yo he hecho el oficio que á su Alteza y á V. S. debia en este trabajo, con mucho cuidado, y con más deseo de que fuese á provecho; y encomendado al Padre Provincial desta provincia, que lo ordenase en toda ella; y si conforme á mi deseo me fuera lícito el gobierno, ántes pareciera yo allá que mi carta, á descubrir mi sentimiento; mas hace Dios tales rayas, que, yéndosele á uno el alma por pasarlas, ni hay poderlo, ni mejor seso que adorarlas. El sea bendito para siempre por lo que ha hecho, que siendo lo que al difunto le estaba mejor, nos ha dejado qué pensar y qué llorar á los que acá quedamos, que lo hemos menester, para que tambien nos lo sea á nosotros, como obra de Dios, que de un camino premia al que velaba, y avisa y castiga á los dormidos; mas no sin consuelo, porque tiene vida su disciplina, si se saben bien mirar sus obras, no parando en la superficie y exterior, sino entrando á lo interior dellas, donde está encerrada la médula. *Si sic vivitur, et in talibus vita spiritus mei, corripies me, et vivificabis me,* dijo el rey Ezequías hablando con Dios, en otra enseñanza de recuerdos parecidos á este, á él pesadísimos: «Si así se vive en esta peregrinacion, y en tales aprietos está la vereda de mi espíritu, adorados sean tus acuerdos, Señor, y tú en ellos, que con tal enseñanza de molestias me corregirás y vivificarás.» Leccion nos ha leido Dios, Señora, si supiéremos aprovecharnos della, para toda la vida; y á V. S. con mezcla de entrañable consuelo, viendo aguijar á su dulzura por sacar del peligro el alma que V. S. y él tan tiernamente amaban, y que Él ab-eterno escogió con tanta particularidad para su reino, queriendo que acabase en el

campo, volviendo por la honra de su padre como él, pareciéndole en la causa tan universal de su gloria, y en la pureza de su corazon, de que tantos dan testimonio de los que de cerca y léjos le trataron, y á su tránsito se hallaron. Verdaderamente ha lugar en él y en V. S., lo que Cristo Nuestro Señor dijo á su Colegio, lastimado de la nueva de su partida al Padre: *Si me amásedes, holgaros híades, porque voy al Padre*, pesando más en vuestros ojos mi bien, para consolaros (aun cuando á vosotros estuviera mal), que la falta que imaginais que os haria mi ausencia, para entristeceros; y más siendo la verdad en contrario, como cosa que hago yo, que soy Dios, y Redentor vuestro; porque á vosotros es lo que mejor os está y más os conviene: *Expedit vobis ut ego vadam.* Y porque no fueron incrédulos á su palabra, cuando despues lo entendieron con la venida del Espíritu Santo, no quisieran por todo lo del mundo que no hubiera así pasado; y así se sintieron tan trocados en su consuelo y aprovechamiento, y aprecio de todo su bien, Cristo, que probaron por experiencia que no hay otro ser, ni saber, sino dejar á Dios hacer y deshacer en sí, y en todas las cosas, sin querer tener otro querer ni escoger, venerando con silencio lo que de sus acuerdos no alcanza la humana flaqueza con su entendimiento; porque bien podrán ser ellos ocultos, mas no injustos en ninguna manera.»

Con esta carta se consoló mucho esta Señora, aunque ya Nuestro Señor la tenia bien prevenida, con la generosa entrega que le habia hecho de sí misma y de todas sus cosas, aunque fuesen muy amadas y preciosas.

Echemos el sello á las virtudes desta gran Matrona, con la heróica humildad de corazon que tuvo,

pareciéndola poco ó nada todo lo que hacia, y daba por Nuestro Señor; y esto era lo que más me admiraba las veces que la hablé, que no fueron pocas; porque, agradeciéndola algunas veces el bien que nos hacia, me respondia con un modo tan humilde y encogido, y salido tan de corazon, como si la hiciéramos nosotros más merced á ella en recibir lo que nos daba, que ella á nosotros en dárnoslo; y lo mismo sentia de las demas limosnas. Y es así verdad, que quien tiene abiertos los ojos para reconocer á la Majestad de Cristo Nuestro Señor en sus pobres, echa de ver que no hace tanta merced al pobre en darle su limosna, cuanto el pobre á él en querer recebirla; no en cuanto es tal hombre, sino en cuanto el que la recibe en él, es el mismo Cristo, el cuál la galardona volviendo ciento por uno en bienes espirituales, y despues en los eternos.

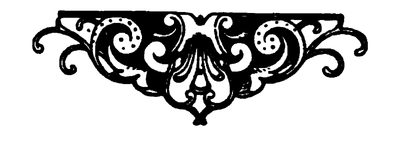
De aquí tambien la nacia, que en la distribucion de sus bienes no procedia tanto como señora, cuanto como dispensadora dellos, y como si fuera limosnera de Dios, como son los limosneros de los reyes, que dan limosna de la hacienda dellos; y con tanta piedad, como si fuera madre de todos los necesitados, y único amparo de todos los desamparados. Quiso Nuestro Señor llevar para sí al Padre Baltasar ántes que á ella muchos años, en el cuál tiempo prosiguió su modo de vida, creciendo en toda su virtud; y desta manera corrió gloriosamente su carrera, hasta que cargada de años y de merecimientos, llegó al fin della. Habia gastado en limosnas, no solamente los frutos de sus rentas, sino tambien habia en vida entregado mucha parte de la misma renta, desapropiándose della, para dejar bien fundadas las obras perpétuas que hizo; y lo que la quedó en la hora de

la muerte, lo repartió tambien entre los pobres de Cristo, por testamento, dejando por heredero á su querido Colegio de Villagarcía. Dióla una enfermedad de dolor de costado, y echándose de ver que era peligrosa, comulgó luégo el primer dia, y otra vez el postrero, que fué el séptimo. Todos siete fueron para ella de mucho trabajo corporal, pero de mucho consuelo espiritual; porque eran de casi perpétua oracion, estándose siempre encomendando á Nuestro Señor, y atendiendo lo ménos que le era posible á las visitas; y en lo que más se divertia era en que diesen limosna á pobres. Asistieron con ella de dia y de noche los Padres de la Compañía, regalándola Nuestro Señor con traerla entónces á Valladolid á los Padres más graves que ella más amaba y conocia, y el Padre Juan de Montemayor, que era Rector entónces de su Colegio, y habia ido á Roma por procurador de la provincia, llegó de su jornada dos dias ántes, y la consoló y ayudó en la suya; pero todos tenian poco que hacer con ella, porque el Señor la tenia bien ocupada consigo. Casi lo postrero que habló, fué, habiendo recebido un poco de consuelo con un vaso de agua, puestos los ojos en un Crucifijo, le dijo: «Señor, cuando vuestra Majestad estaba en este paso en que estoy, no fué su recreacion con agua fresca, sino con hiel y vinagre: habed misericordia desta pobrecita, y desta esclavita miserable.» Murió juéves, á las cinco de la tarde, dia de San Bernabé del año de mil y quinientos y noventa y ocho, siendo de edad de setenta y tres años. Fué su muerte muy sentida y llorada de los pobres; y aquel dia se repartieron entre ellos cuatrocientos ducados. Procuró la Compañía mostrar el agradecimiento que debia á tan grande bienhechora. Púsose el cuerpo en una cuadra, en un

túmulo pequeño. Juntáronse todos los de la Compañía que hay en las tres casas que tiene esta ciudad, para cantar un responso. Quedáronse aquella noche doce dellos con el cuerpo. El dia siguiente por la mañana, juntos todos en la iglesia de la casa Profesa, se hizo un gran túmulo con muchas hachas, y se dijo el oficio con la solemnidad que en la Compañía se puede decir. Procuróse que todas las Misas que aquel dia se dijeron en Valladolid fuesen por su alma. A la tarde se trazó un solene entierro, á que vino el Cabildo de la iglesia mayor con toda la clerecía, y todas las religiones que suelen acudir á semejantes entierros, dándoles con grande liberalidad las limosnas que suelen darse en tales casos. Concurrió tambien toda la nobleza que habia entónces en Valladolid; y con esta pompa y acompañamiento llevaron el cuerpo en un ataud los Padres más graves de la Compañía, hasta fuera de la puente de la ciudad, y allí se puso en una litera, y acompañado de treinta Padres de los nuestros con hachas, le llevaron á su Colegio de Villagarcía, adonde se habia juntado con el Padre Provincial lo más granado de la provincia, y la hicieron muy solenes exequias, predicando el Padre Antonio de Padilla á ellas, con la grandeza que él solia, y el argumento merecia; y siempre se van continuando los sufragios, cumpliendo con gran puntualidad todo lo que dejó ordenado en su testamento.

En sabiendo su muerte en el Colegio de Salamanca, donde yo entónces estaba, como sabíamos la grande obligacion que toda la Compañía la tenia, no nos contentamos con hacer lo que ordena la constitucion por toda la Compañía universal, que es decir por su alma cada Sacerdote nueve Misas, como por fundadora de tres Colegios, sino concertamos unas solem-

nes honras, convocando á todo lo más granado de la Universidad y de la ciudad, que acudieron con mucho gusto á ellas. Predicó el Padre Joseph de Acosta, que era Rector del Colegio, insigne predicador, haciendo un escogido sermon, contando las admirables obras de la difunta, que son las que la acompañaron hasta la gloria. Lo mismo hicieron en los otros Colegios de la provincia, en testimonio del mismo agradecimiento; y por el mismo he querido alargarme en esto, para que haya contínua memoria en la tierra, de la que tales obras hizo por servir con tanta excelencia al Rey del cielo, adonde creo que está reinando con Él en un trono de grande gloria.





CAPITULO XXXVII.

Del fruto que hizo entónces en otras personas muy principales; y cómo á una dellas dió dos meditaciones muy devotas de la divina Providencia.

TAMBIEN en este lugar de Villagarcía, con ser pequeño, pudo el Padre Baltasar mostrar su caridad con los prójimos, y el caudal que tenia en ganarlos; y aunque estaba acostumbrado al trato de personas principales, supo acomodarse á los labradores, tratándolos con mucha apacibilidad, deteniéndose con ellos, cuando le venian á hablar, con mucho gusto y espacio, como si no tuviera otra cosa que hacer; y con esto era amado y estimado dellos, y cumplia con lo que dijo San Pablo [1]: *Deudor soy á los Griegos y Bárbaros, á los sábios y rudos, para predicar y enseñar á todos el Evangelio.* Pero mucho más hizo con las personas principales, así seglares como eclesiásticas, y religiosas de varias religiones que venian á este rincon, para comunicarle las cosas de sus almas, deteniéndose ocho ó quince dias en recogimiento de oracion, y otros ejercicios espirituales, siguiendo la direccion que les daba en ellos. Entre estos fueron muy señalados y frecuentes Don Francisco de Reinoso, Abad que entónces era de Usillos, y dignidad de la santa iglesia de Palen-

[1] Ad Rom. c. 1, v. 14.

cia, que despues fué Obispo de Córdoba, de quien se hizo mencion en el capítulo XVI; y su sobrino Jerónimo de Reinoso [1], Canónigo de la misma iglesia, varon muy ejemplar y celoso, el cuál traia consigo otros Canónigos y Racioneros, una vez unos y otra vez otros, para que gozasen destos ejercicios espirituales, y de la enseñanza de tal maestro; y despues lo fueron prosiguiendo muchos años, solicitándolos en Palencia un fervoroso Padre de la Compañía, que se llamaba Andrés Asensio, y habia comunicado mucho con el Padre Baltasar en materia de oracion; y solia contar, que como trajese el corazon amilanado, no se atreviendo á seguir la mocion del espíritu, de que interiormente se sentia llevado á cosas mayores, dió cuenta dello al Padre Baltasar, el cuál le desengañó y alentó para que la siguiese, por ser conocidamente del Espíritu Santo; y con esto aprovechó tanto á sí y á otros, que con tener cortedad en el caudal natural, como le tenia muy grande por la gracia, se hacia respetar de hombres muy graves y principales de aquella iglesia y ciudad; y como me dijo uno dellos, con su santa llaneza se hacia dueño de los corazones, y todos obedecian á sus buenos consejos; y á su tiempo se iba con ellos á Villagarcía, para darles los ejercicios espirituales, y juntamente hacerlos.

Tambien acudian á Villagarcía personas seglares de mucho lustre, como el Marqués de Velada, de quien arriba se dijo, Don Íñigo Fernandez de Velasco, Condestable de Castilla, y su yerno Don Francisco de Borja, Marqués de Lombay, y despues Duque de Gandía, los cuáles residian entónces en Villalpando, que está de allí no más que tres leguas, á donde

---

[1] Véase el número XVII del Apéndice.

iba el Padre Baltasar muchas veces, á instancia de Doña Ana de Aragon, Duquesa de Frias, muy devota de nuestra Compañía, y deseaba que el Condestable, su marido, lo fuese, y se confesase, y comunicase sus negocios con alguno della, porque hasta entónces no lo habia hecho. Mas en conociendo al Padre Baltasar, le cobró tan grande amor, que puso todas sus cosas en manos del dicho Padre. Hizo confesion general con él, y tomó el órden de vida que le señaló, y algunas veces se iba á Villagarcía á sólo estarse con él, y comunicarle; y teníale tan gran respeto, que en su presencia no osaba hablar de las cosas que se platican en el mundo, gustando mucho de estarle oyendo hablar de Dios. El Marqués de Lombay tambien vino á recogerse allí, y hacer los ejercicios espirituales que le daba el Padre Baltasar. Dejábale entrar en las pláticas y conferencias que hacia á los novicios, y que dijese su parecer en las conferencias, cuando le venia su vez, como le decian los demas; y acabados los ejercicios, como le vió tan desengañado, le hizo que hablase á todos los novicios juntos en la sala donde se juntaba á las pláticas, tratándoles del desengaño que han de tener cerca de las cosas del mundo, y del acierto que habian tenido en hacerse religiosos; y otras muchas veces vino á Villagarcía á sólo comunicar con el Padre Baltasar sus negocios, y tomar parecer sobre ellos.

§. I.

PERO mucho mayor provecho hizo las veces que fué á Villalpando, en la Duquesa de Frias, y sus dos hijas Doña Juana de Velasco, Marquesa de Lombay, y despues Duquesa de Gandía, y Doña Inés de Velasco, que fué despues Condesa de

Monterrey, y en muchas dueñas destas señoras, poniendo en todas gran fervor. Era la Duquesa muy de atras dada á ejercicios de oracion y devocion, y de toda virtud; mas el Padre Baltasar la perficionó grandemente en ellos, enseñándola el fin á que habia de enderezarlos conforme á su mayor necesidad, que era tener una entera resignacion y conformidad con la divina voluntad en todas las cosas, queriendo y gustando de todo lo que Dios quiere y gusta, desechando las congojas y tristezas demasiadas, que suelen levantarse por los sucesos adversos, cuando falta esta conformidad. Y porque esta señora deseaba mucho tenerla perfetamente, y se sentia combatida de muchos cuidados penosos que la inquietaban, la dió por escrito dos meditaciones de la divina Providencia, en que se ejercitase, en las cuáles no solamente descubrió su espíritu, sino el conocimiento y celo que tenia de las personas que tomaba á su cargo, y por esto las pondré aquí.

La primera meditacion dice así: «Puesta en la presencia de Cristo Nuestro Señor, y de su corte celestial, en cuyo acatamiento pasa cuanto la sucede, y ama á sus fieles mucho más que ellos se aman á sí mismos, considerará estos tres puntos. El primero es de San Doroteo, avivando mucho la fe, de que ningun acaecimiento desabrido, turbado y apretado nos puede venir sin la providencia de Dios; y que donde hay providencia de Dios, hay todo bien, y todo se ordena á bien del alma; y así en toda manera de acaecimientos desabridos, se diga á sí misma: «Pobreza y ménos hacienda, gran trabajo es en persona que por su estado y grandeza está obligada á muchas cargas; mas pobreza envuelta con providencia de Dios, grande vida debe traer; olvido, desprecio, y turbacion de

cosas, grande aprieto es; mas debajo del corte y providencia de Nuestro Señor, gran tesoro debe ser si se sabe poner en cobro.»

»El segundo punto es, supuesto que las cosas que en esta vida más justamente nos pueden dar cuidado son las que tocan al alma, y á su mayor aprovechamiento, y las que pertenecen á la vida corporal y sustento, cerca destas se han de tener muy pensadas las palabras de Cristo Nuestro Señor, que nos descubren la providencia de su Eterno Padre con nosotros, sellándolas en nuestros corazones, como prendas ciertas della, para que saquemos con acierto lo que debemos hacer en la falta destas, y de las demas cosas. Dice, pues, Cristo Nuestro Señor por San Mateo: «No querais (en las cosas del alma) hablar mucho, á la manera que lo hacen los infieles, que piensan que han de convencer á Dios con sus razones; porque os hago saber, que ántes que vosotros pidais sabe Dios lo que habeis menester: y no querais ser muy solícitos de lo que habeis de comer, y beber, y vestir, porque no hacen más los que no conocen á Dios; y vuestro Padre sabe que teneis necesidad destas cosas.» Ponderando estas palabras, haga reflexion sobre sí misma; y del cuidado que dan á V. E. sus hijos, y más los que no tiene remediados, ha de inferir la verdad con que estará asentado este cuidado en Dios para con los suyos, y cómo cuidando Él dellos, podrán con seguridad apartar la solicitud que tienen de sí, y pasarla á Él, como lo manda San Pedro, fiada de la palabra que dice: «Arrojad vuestros cuidados en Dios, porque no está descuidado, sino cuida, y cuidará de vosotros.»

»El tercero punto será considerar, cómo el que nos fia esta providencia del Eterno Padre para con

nosotros, no es quien quiera, sino su mismo Hijo natural Cristo nuestro Señor y Redentor, que sabe lo que está encerrado en su pecho, y nos lo descubre á nosotros para nuestro consuelo, segun aquello que está escrito: «El Unigénito que está en el seno del Padre es el que nos lo ha dicho,» al cuál ha de hacer un coloquio, suplicándole, que pues Él es el que da entendimiento á nuestra fe, le dé á la de su sierva, cuándo y cómo que le conviniere, cerca de la fe de su providencia, para que así como por ella la encamina todo su bien y riqueza, sepa consolarse con los sucesos della, y preciarlos, y aprovecharlos; y acabar con un *Pater noster*, donde esta dulce y paternal providencia está pintada y encerrada.» Esta fué la primera meditacion que dió á esta Señora; pero quiero contar aquí la humildad deste santo varon, en cualquier ocasion que se le ofrecia de recebir aviso, ó consejo de otros, aunque fuesen menores; porque estando él escribiendo esto, entré yo en su aposento á hablarle, y darle cuenta de mi conciencia, porque estaba yo en tercera probacion, y me dijo cómo estaba escribiendo tres puntos de la Divina Providencia, para enviar á esta Señora, que estaba afligida. Yo le dije, que otros tres muy buenos habia yo leido en un diálogo de la perfeccion de Santa Catalina de Sena, que se los dió el mismo Dios. Luégo con su humildad, de que no poco me edifiqué, me los pidió, y se los envió en esta forma.

§. II.

LA otra meditacion, dice, tiene tres puntos, de una leccion que Cristo Nuestro Señor leyó á Santa Catalina de Sena en una de sus apariciones, para que supiese sentir en bondad de los

varios sucesos que hay en todas las cosas, como gobernados por su providencia, y consolarse y aprovecharse con ellos. El primero punto es de su omnipotencia. «Advierte, hija, que yo, tu Dios gloriosísimo, que te crié para gozar de mi bienaventuranza, soy tan poderoso, que ninguna cosa pasa en el mundo que no venga ordenándolo, ó permitiéndolo, para que así suceda.» El segundo es de su sabiduría. «Yo, Dios tuyo, soy de sabiduría altísima, á quien ninguna cosa se me esconde, ni sale de mi providencia. De manera, que ni puedo con astucia alguna ser engañado, ni con error perturbado; y para que entiendas alguna cosa de la fuerza de mi sabiduría, sabe que del mal de culpa y pena saco yo mayor bien que fué el mal.» Tercero punto es de su santidad y bondad: «Querria que pienses que yo, Dios tuyo, no soy de ménos quilates bueno que poderoso y sábio; y por esta causa no puedo querer sino lo que para ti y para los demas es bueno, útil y saludable; ni puede salir de mí mal alguno: y como con mi libertad crié al hombre, así inestimablemente le amo. De aquí colegirás, que las tribulaciones, deshonras y tormentos, y todas las cosas adversas, por ninguna cosa vienen, disponiéndolo yo, sino por vuestro provecho, de modo, que por aquello que parece malo á vosotros, seais corregidos y guiados á la virtud; por lo cuál van al verdadero y supremo bien, de vosotros no conocido. Entenderás tambien de aquí, que yo, tu Dios, sé, puedo y quiero más tu bien, que tú misma.» Esta es la leccion que leyó Nuestro Señor á Santa Catalina, y en ella á V. E. y á todos.

Con estas meditaciones y otras semejantes que decia á las personas con quien trataba, acomodadas á su necesidad y capacidad, las adelantaba mucho en

la virtud, como lo hizo con esta Señora, la cuál le cobró tanto amor y respeto, que en su presencia estaba como una niña, y solia decir, que cuando iban á Villalpando otros Padres de la Compañía, por muy graves que fuesen, y les hablaban de cosas de Dios, todavía los que les oian podian hablar con ellos, y entrar á la parte en la conversacion. Mas cuando hablaba el Padre Baltasar, era con tanta superioridad y grandeza, que hablando él, callaban todos, oyendo como niños en su comparacion; y cuando le escribia alguna carta, ponia en el sobrescrito: «A mi señor el Padre Maestro Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesus, mi padre.»

El mismo amor y respeto le tenian sus dos hijas, á las cuáles puso en tener un rato de oracion mental, y en ejercicios de mortificacion, persuadiéndolas que diesen por su mano á los pobres la limosna que se les hacia cada dia; y poniéndose un delantal encima de las sayas de tela, escudillaban de la olla que estaba aparejada para ellos; y entre tanto el Padre enseñaba la dotrina á los pobres, y despues les daba sus pucheros y escudillas; y una víspera de *Corpus Christi* se juntaron todas en reverencia del Santísimo Sacramento, á aderezar la iglesia, y dos dellas la barrieron, otra limpió la lámpara, y otra compuso los altares, estando algunos criados, y un Padre de la Compañía á la puerta, para que no entrase nadie mientras cumplian con su devocion. Demas desto solia mortificarlas con destreza y prudencia, con algunas palabras á propósito para ello; y una dellas, la menor [1], decia que ninguno la habia en esta vida mortificado tanto como él, con unas palabras que se

[1] Doña Inés de Velasco, Condesa de Monterrey.

le caian, y la traspasaban el corazon; y como via que lo hacia por su bien, aunque lo sentia mucho, no por eso dejaba de amarle y respetarle; y tenia tanta fe con sus palabras, que en viéndose con algun aprieto, luégo pedia las cartas que tenia del Padre Baltasar, y se las ponia donde tenia el dolor, y sentia alivio.

Otra cosa notable sucedió yendo de Villalpaldo á Valladolid todas estas Señoras con su madre, y en el coche de las criadas iba la Condesica de Haro, que era de cuatro años, para que se entretuviese con ellas. Al bajar de la cuesta de Villanubla, dispararon los caballos que llevaban este coche con tanta furia, que pasaron delante los otros coches y literas en que iban los Señores, y arrojaron al cochero, sin que nadie se atreviese á llegar á ellos. Alborotáronse grandemente todos los criados de á pié y de á caballo, viendo el peligro, sin poderlo remediar. Iba á la sazon entónces el Padre Baltasar en el mismo camino cerca del coche, y viendo lo que pasaba, se puso en oracion, suplicando á Nuestro Señor que no pereciese aquella gente. Fué su divina Majestad servido de oirle, y pararon los caballos al tiempo que se iban á despeñar con riesgo de que todos se hicieran pedazos; y fuera desto, ningun daño recibieron las que iban dentro del coche, con ser los golpes tan grandes como se deja entender. Todos lo tuvieron por evidente milagro, atribuyéndole á la oracion del santo Padre Baltasar, el cuál luégo se puso á dar gracias á Nuestro Señor, por tan gran merced como les habia hecho [1].

[1] Véase el número XVIII del Apéndice.



CAPITULO XXXVIII.

Cómo en este tiempo fué á Búrgos; y de un modo de vida muy concertado que dió á dos personas devotas deudas suyas.

AUNQUE el Padre Baltasar tenia tan mortificado el amor de los deudos, que por ningun caso queria ir á verlos, como arriba se dijo, pero estimaba en más la obediencia que el sacrificio, como dice la Escritura; porque obedeciendo se mortifica el propio juicio y propia voluntad, que es sacrificio más agradable á Dios que la mortificacion de no ver los parientes, tomada por propia voluntad, cuando los superiores por justos respetos mandan lo contrario; y así en este mismo tiempo, forzado de la obediencia, hizo otra jornada á Burgos á peticion del Doctor Don Juan Diez Morales de Salcedo, su cuñado, que era Arcediano de Lara, y Canónigo de aquella santa iglesia, y Provisor del Cardenal Pacheco, su Arzobispo; y despues fué Inquisidor de Valladolid, el cuál tenia consigo á Doña Elvira Alvarez, hermana del Padre Baltasar, viuda, que estuvo casada con un hermano suyo, y á otra hermana suya, beata, que se llamaba Doña Isabel de Salcedo, entrambas de ejemplar virtud, y muy

ejercitadas en oracion y penitencia; pero el Padre tomó muy á pechos ayudarlas y perficionarlas en la oracion y trato con Dios, y en las demas virtudes; y para que no se les olvidase lo que les decia, las dió por escrito un órden y distribucion de sus ocupaciones por todo el dia, tan espiritual y tan conveniente para personas de semejante calidad, que me ha parecido ponerle aquí, para que otras se aprovechen, y los confesores vean cómo han de enderezar á las que desean ser perfetas.

Mas para que se entienda lo que aquí enseña, se ha de presuponer que el Padre Baltasar (como se apuntó en el capítulo IV) á todos los que imponia en oracion, despues que habian pasado por las meditaciones de los pecados y postrimerías, aconsejaba que meditasen mucho en los misterios de la sagrada pasion, por los grandes provechos que dellos se sacan, para ejercitar con mayor fervor y perfeccion el dolor de los pecados, la mortificacion de sí mismos, el amor de Dios y de los prójimos, y ganar con más excelencia todas las virtudes; y á este fin les decia: «No penseis que habeis hecho algo, hasta que traigais un Cristo crucificado en vuestro corazon, al modo que allí se declaró, por la contínua memoria, conocimiento, amor é imitacion deste soberano Redentor, y de las heróicas virtudes que en la Cruz ejercitó.» Esto presupuesto, el órden de orar y de vivir dice así. «En despertando, traiga á la memoria el misterio que ha de meditar, para que no la ocupen primero otros pensamientos que derramen el corazon, y le destruyan en la oracion. Entrando en el oratorio, tomará agua bendita, y pondrá el reloj de arena para señal de la hora; y uno ó dos pasos de donde se ha de hincar de rodillas, estará un ratico en pié pensan-

do con quién va á tratar; y luégo se humillará, é inclinará la cabeza, en testimonio de la interior reverencia que tiene á la divina Majestad; y hincadas las rodillas le pedirá en merced, que enderece á su divino servicio los pensamientos, palabras y obras, ponderando aquí cuán colgada ha de estar la criatura del Criador, si acierto ha de tener; pues sin él, y sin su ayuda, no puede tenerle, ni en un solo buen pensamiento, por pequeño que sea.

Luégo se hará presente al misterio que ha de pensar, como si pasase en aquel mismo oratorio delante de sí; y pues más ordinario ha de ser de los misterios de la Pasion, la forma será esta, suplicando á Nuestro Señor, que pues parte conmigo de sus merecimientos, y del fruto de sus malos tratamientos, parta tambien de sus buenos pensamientos y sentimientos, para que acierte á pensar y sentir de sus misterios lo que más le agrada, y me ha de ser de mayor fruto. Luégo pensará, lo primero, quién es el que padece, cómo es Dios. Y lo segundo, qué es lo que padece; y esto, no tanto considerándolo con discursos, sino como quien ve con los ojos del alma, qué olvidos, desprecios, disgustos, y malos tratamientos pasa. Y lo tercero, mirar con qué paciencia sufre los tormentos, con qué humildad los desprecios, con qué caridad los rencores y aborrecimientos; y admirada de verle tratado de tal manera, preguntarle: «Señor de infinita Majestad, ¿qué miedo ó interés te hace pasar por tan mal tratamiento?» Y luégo se representará al alma la respuesta interior: «Ni miedo, porque soy Omnipotente; ni interés, porque soy Dios, y nada he menester fuera de mí, sino el amor que te tengo;» y en esta palabra amor, parará con sentimiento, hasta que el alma se halle inclinada y obligada á mos-

trar á su Dios el amor que le tiene, por el mismo camino que El mostró el suyo, de sufrir olvidos, desprecios, condiciones ajenas de la suya, hieles, y otros disgustos; porque para meditar con fruto, juntamente se ha de extender á la ponderacion de los misterios, y á la reformacion de las costumbres, viendo en qué podrá pasar algo que diga en alguna manera con lo que Cristo Nuestro Señor pasó; porque la más alta ciencia de orar y aprovechar, más está en bien sufrir y humillarse, que en sentir gustos y dulzuras.

En las fiestas principales podrán tener la oracion dellas; y si fuere dia de comunion, será del Santísimo Sacramento; y á la tarde podrá ser la oracion de las fiestas, ó despues de haber comulgado y dado gracias.

En la sequedad, escuridad, ó dureza de corazon, y en cualquier otro impedimento interior, piense que andan por allí sus pecados; y si no los conociere por la parte que ofendieron á Dios, conózcalos por la dureza y estorbo que la han dejado. Humíllese, y diga á Dios: «Esta es, Señor, la cosecha de mi sementera, el fruto de mis años pasados; por la parte que este impedimento depende de los pecados con que te tengo enojado, que ni tú lo merecias, ni yo te lo debia; á mí me pesa, y quisiera tener las lágrimas y sentimiento de los que más te han agradado; y por la parte que es castigo dellos por tu ordenacion, yo me huelgo, que quien tal hace, que tal pague. Dure lo que tú quisieres, aunque sea toda la vida, y se extienda á mil años.» Y como Dios está con sus criaturas, estando ellas en sus lugares, si supiere humillarse bien, y rendirse al castigo que le envia, sentirá blandura y consuelo; y si alcanzare lo que desea, irá por donde Dios la guiare; y si no, por este camino de humillacion y confianza, que es muy seguro.

Tendrá cada dia un cuarto de hora por lo ménos de leccion espiritual, en *Contemptus mundi*, ó en otro libro devoto; y otro cuarto de hora ántes de dormir hará el exámen de la conciencia, y tenga órden en acostarse y levantarse, abreviando las haciendas de la noche, para recogerse con tiempo. Cada ocho dias confiese y comulgue, y alguna vez entre semana con aprobacion del confesor, cuyo parecer en esto y en las penitencias de cada dia ha de seguir, y tener en más que ninguna devocion, ni rigor tomado por su propia voluntad; porque por allí contentará más á Dios, y irá más segura; y á mí me escribirá de mes á mes, cómo la va destas cosas: Lo primero, de su salud; lo segundo, de su recogimiento interior; lo tercero, de la leccion; lo cuarto, de sus confesiones y comuniones; lo quinto, de si tiene algun trabajo que la ejercite, ó nueva merced que la aguije.»

Esta es la forma de vida que dejó á su hermana y cuñada, no sólo por escrito, sino impresa en sus almas; porque las hablaba con tanto espíritu, que todo el tiempo que le oian estaban vertiendo lágrimas con el fuego de devocion que sentian. Yo hablé algunas veces á la hermana del Inquisidor, que estuvo mucho tiempo en esta ciudad, y eché de ver la grande virtud que habia ganado. Señalóse en hacer grandes penitencias de cilicios, disciplinas, y ayunos, cuatro dias cada semana, y muchos á pan y agua. Nunca dormia en cama, y muchas noches las pasaba en oracion. No leia cosa en el libro de Santa Catalina de Sena, de que era muy devota, tocante á penitencia y aspereza, que no quisiese ponerla por obra. Once años ántes que muriese, hizo voto de traer una cadena de hierro ceñida al cuerpo de dia y de noche; y haciéndosele una llaga de traerla contínuamente,

se la curaba con bálsamo; y con durar cuatro meses la enfermedad de que murió, no se la quitó hasta dos dias ántes que muriese, porque no se la viesen puesta cuando la amortajasen. Tuvo admirable paciencia en esta larga enfermedad, y en dolores, especialmente de muelas, que padeció muchos años, sin que se le oyese queja de lo que padecia, ó de falta que se le hiciese, estando siempre con grande serenidad y alegría, como quien estaba en oracion. Y desta manera acabó santamente su vida, y alcanzó el premio de haber seguido los consejos que el santo Padre Baltasar la habia dado.





CAPITULO XXXIX.

De la profunda humildad que tuvo siempre en medio de oficios y sucesos tan honrosos y prósperos. Pónense sus admirables sentimientos cerca desta virtud.

TODO lo que hasta ahora hemos referido del Padre Baltasar, ha sido muy favorable y próspero en los oficios que tuvo, y en el trato con los prójimos, dándole Nuestro Señor sucesos tan buenos y admirables, que cobró; como se ha visto, grande autoridad y opinion de santo, espiritual, prudente, y aventajado en toda virtud, así entre los de la Compañía como entre los seglares, y muchos muy principales y grandes señores. Pero ántes que entremos á contar la tempestad que en este tiempo se levantó contra él, para escurecer su resplandor, importa que declaremos la profunda humildad que tuvo en medio destas honras y prosperidades, por ser indicio de santidad muy heróica, pues como dice San Bernardo [1]: *Grande y rara virtud es obrar grandes cosas, y no se tener por grande; y que siendo tu santidad manifiesta á todos, esté escondida á ti solo. Parecer admirable, y tenerse por despreciable, júzgolo por más maravilloso que las demas virtudes.* Y otra vez dice [2]: *No es grande cosa ser humilde en el desprecio, pero gran-*

---

[1] Serm. 13 in Cant.

[2] Serm. 45 in Cant., Epist. 42, prope medium.

de y rara virtud es la humildad honrada; y rara ave es en la tierra haber conservado siempre la santidad, ó con la buena opinion della no echarla fuera. Y muy dificultoso es estar en lugar alto, y no ser altivo. Cosa es esta bien desusada; pero cuanto ménos usada, tanto es más gloriosa. Pero este siervo de Dios fué digno de grande gloria, por haber alcanzado lo que es tan raro y grandioso en la virtud, conservando la humildad, sin perder la santidad, ni envanecerse con la honra y opinion della.

Tiene esta virtud, como dice San Buenaventura [1], tres grados, conviene á saber: tenerse á sí mismo por inútil; desear ser tenido por tal de los otros, y no se engreir con los dones de Dios, aunque sean grandes; y en todos tres se señaló mucho el Padre Baltasar, como se irá declarando.

§. I.

PRIMERAMENTE, como era muy ilustrado con luz del cielo en el conocimiento de Dios y de sus grandezas, así lo fué tambien en el conocimiento de sí mismo y de sus propias bajezas, que suele acompañarle, viendo algunas verdades en que se funda la perfeta humildad. Una es las muchas miserias á que está sujeto el hombre, de su cosecha, si Dios no le libra, ó preserva dellas. En esta verdad fué muy ilustrado, y cerca della tuvo grandes sentimientos que cuenta en su librito; especialmente una mañana [2], *en la cuál*, dice, *desperté muy sabroso, con un pensamiento y sentimiento cual nunca le tuve en mi*

[1] Processu 6 religionis, c. 21.
[2] En Octubre de 1574.

vida, conociendo qué es un alma con Dios, y qué es sin Él; cómo sin Dios es la misma fealdad, y la misma noche, y la misma mutabilidad; es una ceniza ante la cara de un grande viento; una lengüecita de reloj de sol, ántes que mire al Norte. En conclusion, el hombre sin Dios es un grande tonto y loco; y con Él es todo lo contrario, es como Dios. Y quien tales sentimientos tenia cuando despertaba del sueño, señal es que se ejercitaba mucho en ellos cuando andaba despierto; y no sin causa le comunicó Nuestro Señor gran sabor en este sentimiento; porque, aunque parece cosa desabrida conocer uno la fealdad de sus culpas, la noche de sus ignorancias, la mutabilidad de sus propósitos, la ceniza que es, cuando es combatido con fuertes vientos de tentaciones, y la inquietud que tiene cuando está sin Dios, y no mira este divino Norte; mas sabe Nuestro Señor saborear estos pensamientos con la satisfaccion que tiene el alma viendo su miseria, y que juntándose con Dios estará libre della.

Demas desto dió Nuestro Señor á este Padre grande luz para ponderar mucho sus faltas, aunque fuesen pequeñas, y lo mucho que le envilecian, y en especial afeando los dones de Dios con la mala mezcla dellas, como se verá por este sentimiento que pone en su libro, diciendo así [1]: *Como pidiese á Nuestro Señor que enderezase á su servicio puramente mis pensamientos, palabras y obras, despertando un dia por la mañana medio dormido, se me ofreció en un abrir y cerrar de ojo, lo que yo nunca supiera pensar, cuánto más pedir; y sin haber precedido disposicion de mi parte, dióseme un grande sentimiento, de que nuestra vida espiritual es como una rica tela de brocado muy fino; y como*

[1] 16 de Noviembre de 1568.

no es pequeño mal en ella una vil mezcla de hilo grosero, ni pequeño detrimento en un alto refino una raza basta, así no es pequeño daño la mezcla de nuestros propios pensamientos, palabras y obras, que pegamos á los que Nuestro Señor nos inspira; como es á un pensamiento que su Majestad nos pone en el corazon, arrimarle nosotros una docena de nuestra cabeza que le escurezcan; á una palabra que nos inspira, dos docenas de palabras vanas, que nosotros hablamos, vaciándonos, sin por qué ni para qué; á una obra que nos pone, cuatro ó seis en que nosotros nos ponemos. Porque la tela, para ser de valor, ha de ir tejida de sus divinos pensamientos, palabras, y obras, y á lo que Dios inspira hemos de añadir con su ayuda otro pedazo bueno, para que así vaya creciendo. Pero con estas razas y malas mezclas, no recibe pequeño detrimento; porque en lo exterior y material tenemos abierto el sentido, que en lo espiritual está cerrado. Saquemos esto de las cosas exteriores; no es pequeño sinsabor y disgusto tras cada bocado de un plato de fruta hallar otro dañado; tras un grano bueno, otro podrido, en un racimo; y si así fuese en todo lo demas que se pone en la mesa, mal satisfechos nos levantaríamos della. Asimismo en un cantero de lechugas, no haber sino seis buenas; y en un peral lleno de fruta, una docena de buenos peros; y en un edificio de ladrillo, ir desplomadas una docena de hiladas; en una imágen que una falta la afea, no tener más que una sola cosa bien formada en el rostro; en un papel muy blanco, tras cada diccion un borron. Estos no son pequeños detrimentos, ni hacen las cosas poco viles. Pues tal es el mal del alma, á quien Dios pide entera limpieza, cansado de su mala mezcla de pensamientos, palabras y obras, hijos de su propia voluntad, habiendo de serlo de la divina. No es este mal soñado, sino verdadero, y pronunciado por la boca de Dios, dándonos en rostro con él: Todas vuestras obras jus-

tas son como paño manchado con sangre; y escondió su rostro para no mirarlos. *Y no es este el mayor mal, sino otro segundo, que tal vida y modo de obrar nuestro no nos humille, habiendo humillado el suyo á nuestros Padres, como dice David: Niños trae interiormente avergonzados en la presencia del Señor. Los oficiales que dijimos albañil, pintor, y escribano, estarian corridos ante cualesquier medianos hombres que supiesen sus faltas, y nosotros no, delante del Señor. Él está descontento, y nosotros no, sino pagados. Hásenos hecho cara de mala mujer, y no queremos avergonzarnos. A estos se añade otro tercero mal, que tantos males, y tan vil mezcla no basta para humillarnos, y una brizna que hagamos de bien, sobra para envanecernos; para que eso poco vaya tambien manchado, si no es del todo perdido* [1]. *Un granito que vemos de oro en el lodo, una brizna de perla cubierta de estiércol, una flor cerca de muchas espinas, hermosos bienes mezclados con cosas hediondas; ¿qué cosa más fea, ni más para quebrar el corazon?* Este es el sentimiento que Nuestro Señor le comunicó de nuestra miseria, con el cuál se humillaba y confundia en sus ojos. Y al mismo propósito le comunicó otro sentimiento muy grande [2], haciendo reflexion sobre sus faltas, con esta comparacion: *¿Cuándo has de acabar de escribir sin borrones y limpio? ¿Cuándo de escribir parejo y derecho? ¿Cuándo bien formadas las letras y la mano suelta?* Como quien dice: todavía eres niño, y principiante en la virtud, y no has aprendido á hacer cosa con perfeccion.

Tambien le dió á sentir su nada, y la poca parte que son nuestras diligencias para adelantarnos en su

[1] Divus Bernard., serm. de S. Martino.
[2] En 3 de Noviembre de 1575.

servicio, por la flaqueza de nuestra propia disposicion, aplicando á esto lo que dice San Pablo[1]: *Non volentis, neque currentis, sed miserentis est Dei.* Porque la misericordia de Dios es la que nos adelanta, y della no es ménos capaz el flaco, que otros que parecen más fuertes. Sintiéndome, dice, un dia muy descaecido, y estando mi alma dando voces á Dios, como la tierra sin agua, ofrecióseme un pensamiento tierno, de cuán acertado es el acuerdo del Señor, en que todo lo que tiene y puede el alma, sea de su dulcísima mano, para que así sea bueno lo que tuviere, y pueda tener mucho, y poseerlo con seguridad, y conocer al Señor que se lo da, y ocuparse en glorificarle por ello. Y de aquí le nacia el sentimiento de la dependencia que tenia de Dios en todas las cosas, con gran desconfianza de sí mismo. *Un dia*[2], dice, *me desengañó el Señor de lo que de mí fiaba, á la manera de quien ve alguna vision, y queda con asombro. Antes me habia mostrado en el suceso de dos misiones, que muy cordialmente me podia fiar dél en todo; y ahora que de mí mismo en nada, ni en virtud, ni en saber. En las pláticas me faltaban palabras, y quedábame colgado. Vi que la virtud que les daba era vida suya; y así determiné dejarme á mí, y pasarme á Él. Vi más claro que los dedos de las manos, que en los peligros mi seguridad ha sido su manutencion, y que en el hablar mi ciencia es lo que Él me ha dado de su sabiduría; y que esta sola racion y leccion es la que hace hacienda; y así entendí, que en todas las cosas debíamos estar colgados dél, y de su infinita misericordia.*

Finalmente, para que fuese enteramente perfeto

[1] Ad Rom. 9, v. 16.
[2] 21 de Diciembre de 1571.

en este primer grado de humildad, tuvo un santo temor de no pecar, y perder el bien que tenia, temiendo que si le perdia, quizá no podria cobrarle; y este miedo le hacia muy solícito en conservarle: y pareciéndole que era casi nada lo que tenia, y que estaba muy á los principios, deseaba siempre pasar adelante; conforme á lo que dice el Eclesiástico del hombre humilde, que cuando estuviere muy consumado, entónces comenzará, como si no hubiera comenzado. Y de aquí le venian las ánsias con que pedia á Dios que le convirtiese á Sí, como si no estuviera convertido. Y cuenta él en su librito, que el hebrero de setenta y cuatro, cuando ya era tan aventajado, como se ha visto, le vino en la oracion una duda, si Dios querria convertirle; y se la quitó con este sentimiento de la confianza en la divina misericordia, poniendo ejemplo en sí mismo. *Si alguno te ofendiese á ti, y cayese en la cuenta del mal que habia hecho, ¿no te holgarias tú dello? Sí por cierto. Y si la luz y conocimiento desta injuria le llenase de vergüenza y dolor, hasta sujetarle á toda satisfaccion por haberla hecho, deseando no volver más á semejante desatino, ¿por ventura, no te holgarias mucho más? No hay duda dello. Y si por sí solo no pudiera hacer esto, ¿tú no le ayudáras á que conociera su ceguera, y se levantara á cumplir todo esto, siquiera por lo que toca á ti mismo, digo á la ofensa é injuria que has recebido? Así es cierto. Y si el que te ofendió te estuviera en mucha obligacion, y tú deseases mucho que te amase y volviese á tu amistad, tambien deseáras y le ayudáras á que lo hiciese por todos títulos: uno, por tu ofensa; otro, por su perdicion; porque con tal conversion, tu ofensa quedaria satisfecha, y su perdicion remediada. Pues si tú hicieras todo lo que se ha dicho con quien te ofendió, ¿cómo pones en duda que quiera Dios lo mismo*

de ti, y que se holgará de que dejes de pecar, de que te vuelvas á Él, de que caigas en la cuenta de tu locura, y la llores, hasta sujetarte á toda la satisfacion que de ti quisiere, y hasta ponerte en estado que tiembles de pensar si has de volver á otra semejante, ó mayor locura? Y si tú ayudarias á tus injuriadores en todo esto, ¿por qué desconfias de que ayudará Dios á los suyos, y los recibirá cuando se volvieren á Él, primero por sí mismo, y luégo por ellos, porque le tocan, y los ama como Padre, y desea ser amado de todos? Deste modo se animaba este humilde Padre, porque la verdadera humildad no es cobarde, ni desmaya ó desespera, antes cuanto ménos confia de sus fuerzas, tanto más confia de las de Dios; y viendo que en sí no puede nada, espera que en Dios lo podrá todo.

§. II.

PASÓ deste primer grado de humildad al segundo, holgándose de ser vil en los ojos de los otros, y deseando ser tenido y tratado como tal. Para esto procuraba encubrir cuanto podia los dones que habia recebido de la mano de Dios, y todo lo natural ó sobrenatural, que pudiese campear delante de los hombres. Y como tuviese en los principios repugnancia á esto, pareciéndole que hacia mucho en callar, ofreciósele este pensamiento: ¿Por ventura no encubrió y disimuló más el Hijo de Dios? Y luégo se sosegó y avergonzó, y puso mayor cuidado en encubrir las misericordias que el Señor le hacia, que eran muchas; y por esto se han sabido pocas; pero túvole muy grande en descubrir sus faltas naturales, diciendo que él no tenia persona, ni letras, ni entendimiento, ni cosa por don-

de pudiese ser estimado; y no sólo esto, sino sus pecados publicaba para este mismo fin, como lo hizo con el Padre Gil Gonzalez de Avila, cuando vino por Visitador de la provincia de Castilla, siendo él Rector de Medina; y la primera vez que le habló despacio, dándole cuenta de su alma fuera de confesion, como se usa en la Compañía, le dijo tambien todos cuantos pecados habia hecho en su vida, sin poderle el Padre Visitador ir á la mano; de lo cuál quedó tan espantado y edificado, que bajando á decir Misa, no acertaba á decirla, como atónito de tan heróico acto de humildad. Esto contó el mismo Padre Gil Gonzalez, publicando la humildad deste santo varon; y desde entónces toda su vida le estimó en mucho, y nunca se pudo persuadir ser así lo que despues se dijo contra él, permitiéndolo Nuestro Señor, para que se viese que los deseos de ser despreciado eran verdaderos y fuertes, pues no aflojaban con los desprecios.

Y esta es más heróica humildad, porque, aunque es muy excelente acto suyo encubrir los dones de Dios por huir de la honra, y mayor publicar sus pecados y defetos secretos para ser deshonrado; pero muy más heróico acto es, cuando suceden las deshonras y desprecios, gozarse dellos. Porque, como advierte bien Casiano, y lo confirma con el ejemplo de cierto monje que parecia humilde, y de verdad no lo era, algunos dicen mal de sí para que los tengan por humildes, deseando que no lo crean, sino que lo atribuyan á humildad; y cuando otros dicen mal dellos, se entristecen y afligen, y pierden la paz y la paciencia. Mas el Padre Baltasar no sólo gustaba de despreciarse, sino alegrábase cuando le sucedian cosas de su desprecio, como se verá en muchos casos que luégo contaremos.

§. III.

De aquí pasó al tercer grado de humildad, no se envaneciendo con los altos dones y oficios que el Señor le daba; porque con ser sus cosas tan dignas de ser estimadas, él las tenia en tan poco, que escribia sus pláticas en papeles viejos, y sobrecartas; y decia, que todos los de casa le confundian y enseñaban, y él gustaba de aprender de todos, aunque fuese de sus mismos novicios. Uno dellos en la vigilia de Pentecostés hizo una plática, como suelen hacerlas al entrar en la Compañía, para que descubran el talento que tienen, y en ella dijo, entre otras cosas: «Ahora viene el Espíritu Santo, salgámosle á recebir vestidos de su librea: y pues es Espíritu Santo, salgamos con espíritu.» Cuadróle tanto esta razon, que la solia repetir muchas veces con gran fruto de su alma. Otro novicio respondió en una conferencia espiritual de las que se tienen en el noviciado, que se confundia de que cosas tan pequeñas fuesen impedimentos de cosas tan grandes; y esta palabra le cabó tanto, que le dió Nuestro Señor muchos sentimientos sobre ella; y aunque repetia muchas veces la consideracion desta verdad, no le causaba fastidio, sino cada vez le parecia nueva.

Otra vez oyó decir á un Padre [1], que cierto niño, preguntado, cómo un caballero tan principal estaba en un pueblo tan pequeño, respondió: «Porque tenia allí su hacienda.» El santo varon, que de todo sacaba espíritu, sacó de aquí que Cristo Nuestro Señor, estando ya glorioso, se habia quedado entre nosotros, porque tiene acá su hacienda, que son las almas, para

[1] El Padre Juan de Sase lo escribió y lo contó.

guardarlas y mirar por ellas; y por esto en el tiempo de la Comunion se dice: *Corpus Domini nostri Jesu-Christi custodiat animam tuam in vitam æternam.* El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma hasta la vida eterna. Y despues que tuvo este buen sentimiento, dijo al Padre que le contó este dicho: «Yo tengo esto, que cualquier niño me enseña;» y á esta causa, los súbditos algunas veces le decián algunas cosas que parecian á su propósito, viendo la humildad con que se aprovechaba dellas. Uno le dijo, que habia leido en Santo Tomás, que en la primera edad del mundo no hubo idolatría, por estar fresca la memoria del Criador; y que parecia esto muy á propósito para entender la virtud de la oracion, la cuál, como refresca la memoria del Criador, hace que no nos aficionemos desordenadamente á las criaturas; y cabó tanto esto en el santo varon, que se quedó un rato suspenso; y despues le pidió que le mostrase aquel lugar de Santo Tomás, para enterarse más dello; y conmigo le sucedió lo que se puso en el capítulo XXXIV. Entre tantos oficios como tuvo de superior, nunca se le descubrió arrogancia ni presuncion; porque en todo andaba como los demas, y era el primero en las cosas humildes, y extremado en honrar á los otros, aunque fuesen súbditos. Cuando era Maestro de novicios en Villagarcía, honraba y autorizaba tanto á los hermanos estudiantes que acabados los estudios iban á tercera probacion, que siendo yo uno dellos, me confundia de la honra que me hacia; y cuando salia fuera de casa con algun Padre grave, no habia remedio, sino que le habia de llevar á la mano derecha; y cuando vino á Toledo por Provincial, en su primera entrada, se hincó de rodillas para besar á sus súbditos la mano, como despues veremos.



CAPITULO XL.

De una grande borrasca que se levantó en este tiempo sobre su modo de oracion, y de la heróica humildad y paciencia con que llevó sus desprecios[1].

Aunque es muy gloriosa la humildad que se conserva en medio de las honras y prosperidades, no está bien probada, ni arraigada, ni tiene toda su fineza, hasta que pasa por desprecios y adversidades, en las cuales se echa de ver, como se comenzó á decir en el capítulo pasado, si es verdadero el bajo concepto que el justo tiene de sí mismo, y el deseo que tiene de ser despreciado de otros; porque cuando esto sucede huélgase dello, por verse tratado como juzga que merece; y la humildad que ántes era verdad, se hace tambien de caridad, amando sus desprecios, y gozándose en ellos. Tambien entónces resplandece la mansedumbre, refrenando los ímpetus de ira que se levantan contra los que le desprecian; la paciencia, moderando las tristezas que brotan por ser despreciado; el amor de los enemigos, amando á los que le afrentan, y diciendo bien de los que dél dicen mal; la confianza en

[1] Año 1576 y 77.

Dios, no desmayando por verse hundido; y el amor deste Señor, sirviéndole con igual cuidado en este tiempo, como en el pasado. Y á esta causa gusta Cristo Nuestro Señor, como pondera San Crisóstomo, que la vida de sus escogidos vaya tejida como la suya, y la de sus Apóstoles, destos varios sucesos, honrosos y afrentosos, prósperos y adversos, para que sean superiores á todos; y si los prósperos les envanecen, los adversos les humillen; y si estos les amilanan, los otros les alienten; y así vengan á ser, como dice San Pablo, fieles ministros de Cristo, eminentes en pelear con entrambas manos, diestra y siniestra, por gloria é ignominia, por buena y mala fama, siendo tenidos, ya por verdaderos, ya por engañadores, y sin faltar por los trabajos en la fidelidad de sus ministerios.

§. I.

TAL fué nuestro Padre Baltasar, á quien Cristo Nuestro Señor quiso probar con semejantes sucesos, tocándole en la honra de la cosa que más estimaba; porque en estas suele Dios probar á los suyos, para que se sienta más la prueba, y campee más la humildad y fidelidad en ella. A los seglares pruébalos en las honras y regalos temporales, de que ellos gustan; á los letrados en la opinion de letras de que se precian; mas á los varones santos, que estiman sobre todo las virtudes y cosas espirituales, pruébalos en cosas que toquen á ellas. Y como el Padre Baltasar de sólo esto tenia aprecio, en esto le probó, ordenando, no sólo que pasase por muchos trabajos interiores de sequedades, nieblas, durezas, y otras pruebas que arriba se tocaron, sino tambien por

otra borrasca exterior, la cuál comenzó en tiempo que era Rector de Salamanca, y prosiguió estando en Villagarcía, permitiendo que algunos le tuviesen en opinion de hombre que sabia poco, y que andaba iluso y engañado, y engañaba á otros; porque como no sabian el alto don de oracion que el Señor le comunicaba, teníanle por de Satanás, transfigurado en Angel de luz, y le apretaban á que no fuese por aquel camino; y no faltó quien le amenazó de que daria parte dello á la Santa Inquisicion, recelándose quizá no tuviese algun error de los alumbrados. Sospechaban que despreciaba el modo de orar por discursos y meditaciones, que en la Compañía se practica, y es aprobado de los Santos, y que queria llevar á los nuestros por otros modos singulares y peligrosos, por lo cuál con buen celo algunas personas graves le contradecian. Y ninguno se ha de espantar desto, porque no es cosa nueva en la Iglesia, y en las religiones, haber entre los justos, sin culpa suya, alguna contradicion, ó disension con santo celo, defendiendo opiniones contrarias, por pensar cada uno que la suya es la verdadera, ó defendiendo la verdad cierta, ó imaginando que el otro la contradice, aunque se engaña en pensarlo; porque si los Angeles de la Guarda suelen encontrarse cerca de algunas cosas, de que no les consta la voluntad de Dios, hasta que se la revela, como refiere el Profeta Daniel, que el Príncipe, ó Angel del coro de los Principados, que guardaba el reino de los Persas, resistia á la pretension del Angel que guardaba á los Hebreos, no es de maravillar haya semejantes encuentros entre los hombres, aunque justos y sabios; pues por ser hombres, más fácilmente ignoran alguna verdad, ó son engañados, pensando que la contradice el que ántes la ama y de-

fiende. Esto es lo que sucedió al Padre Baltasar, de quien personas graves muy religiosas, y bien intencionadas sospecharon por algunos indicios las cosas que se han dicho, y dieron cuenta de todo al Padre General Everardo Mercuriano, el cual, como no tenia tanta noticia del Padre Baltasar como su predecesor el Padre Francisco de Borja, y las personas que le escribian eran de autoridad, y con celo del bien comun, quiso que se averiguase lo que habia, y cometiólo al Visitador que habia enviado, que era el Padre Diego de Avellaneda, el cual, visitando el Colegio donde el Padre Baltasar era entónces Rector, le ordenó que luégo le entregase todos sus papeles, porque los queria ver y examinar; y al punto se los entregó con tanto rendimiento, como si fuera un novicio, sin hablar palabra todo el tiempo que los detuvo en su poder. Y como otras personas de virtud y letras le hablasen en esta razon, él callaba, y lo sufria, y se dejaba probar, y examinar, y despreciar, mostrando en todo esto su rara humildad y paciencia. En este tiempo tambien le levantaron algunos falsos testimonios, y pasaba por ellos como si no le tocaran, poniendo por obra lo que decia á otros, que no hay perfeta humildad sin humillaciones, ni paciencia sin recios combates; y que lo principal de la virtud está en aprovechar tales lances; y el aprovechamiento principalmente consiste en saber bien humillarse, sufrir, y callar, aventurando su honra por amor de Dios. Y en confirmacion desto, para alentar á los de su Colegio, dijo él mismo en una plática, que una vez la habia aventurado, y desde entónces el Señor le habia comenzado á hacer mercedes á manos llenas; y la ocasion fué, que en una Congregacion Provincial se dijo dél una cosa harto grave, y por ella fué reprehendi-

do públicamente delante de todos los Padres; y pensando si sería bien dar razon de sí, estaba perplejo; porque un Padre de los más graves y Santos que allí habia, le persuadia que lo hiciese, pues con tanta verdad podia hacerlo; y aun le obligaba á ello, por ser de tanta importancia su buen nombre en las cosas de virtud, así para los de casa como para los de fuera. Mas viendo que este consejo era muy conforme á su gusto natural, no se fió dél, y habló á otro Padre muy siervo de Dios, el cuál le dijo que haria un grande sacrificio de sí á Nuestro Señor en callar, y no responder por sí en público, ni en secreto; y así lo hizo: y sucedióle tan bien con Dios Nuestro Señor, que premia con larga mano tan heróico silencio, que muchas veces le agradeció el buen consejo, y le guardó siempre en todas ocasiones, y en las que vamos contando, mientras los superiores no le mandaban por obediencia dar razon de sí y de sus cosas.

Y entretanto, todo su consuelo era acudir á su Dios en la oracion y Misa, y dél recibia respuestas que le consolaban, y alentaban en estos aprietos, como se verá por lo que cuenta él mismo en su librito, diciendo que como tuviese el corazon muy apretado de cierto disgusto, en la Misa de la Dominica nona despues de Pentecostes [1], le dió el Señor cuatro sentimientos con que quedó dilatado. El primero, en la Epístola con aquellas palabras de San Pablo: «Fiel es el Señor, que no permitirá que seas tentado más de lo que puedes.» El segundo, ántes de consumir, diciéndole interiormente: «Si faltasen á la Religion estas hieles, ¿qué te quedaria que sufrir por mí?» Y ofrecíaseme, que si

[1] Año 1575 por Julio.

yo fuera el que debia, habia de desear muchas hieles semejantes, y aun mayores; y que faltar tales disgustos á la vida del justo, es como si faltaran las espinas á la Corona de Cristo, ó las puntas de oro al vestido rico. El tercero, al tiempo de recebir el Santísimo Sacramento oí una voz interior que decia: «Haz esto; por ti, ¿qué debes hacer tú?» Que fué decir: ofrece y recibe, como haces, mi Cuerpo y Sangre, que te alentarán á llevar bien tus aprietos; y por tu propio bien, ¿qué cosa ha de haber que tú no hagas y sufras de buena gana? El cuarto fué despues de haber comulgado, en el hacimiento de gracias, con estas palabras interiores: «Descansa con que pasa este aprieto viéndole Dios, y entendiéndole; y pudiendo estorbarle, no lo hizo con quererte más que tú mismo á ti.» Con estas razones tan sustanciales alentaba Nuestro Señor á este su siervo, para sufrir con grande humildad y paciencia sus aprietos, y trabajos interiores y exteriores.

Tambien se animaba él á sí mismo hablando consigo y diciéndose: «Error es pensar que has de entrar en el cielo entero, y que te han de mellar poco. Reino del cielo es Reino de descabezados, tentados, y afligidos, afrentados, y que han pasado por estos y otros semejantes trabajos: pues ¿cómo osarás parecer entre tantos capitanazos, siendo tan cobarde, que si te pusiese Dios el proceso en las manos, sentenciarias contra ti mismo? Quiere el Señor que entiendas que tras grande bien andamos, pues tanto por Él padecemos. Si el codicioso que ha gastado dineros y tiempo en labrar su viña, habiendo ya dado muestras de mucho fruto, se le apedrease, ¿qué sentiria? Mas si las piedras fuesen de oro, ¡cómo se consolaria! pues era mucho mayor la ganancia que la pérdida. Piedras

de oro y muy preciosas son los desprecios para enriquecer á los que saben bien sufrirlos.

Tambien en estas ocasiones solia decir, que cada uno habia de reparar en que todos los Santos del cielo le estaban mirando, y esperando á que venciese aquella dificultad, y saliese con medra della. Y Cristo Nuestro Señor estaba diciendo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon;* mirando el ánimo que tenemos en estos aprietos, para refrenar la ira con mansedumbre, y sufrir el desprecio con humildad, siquiera porque no se queje de que hacemos poco caso de su palabra y ejemplo. «¿Poco pensais, dice, que siente el superior, cuando viniendo el primero á las cosas de la comunidad, no basta esto para que vengan los demas con puntualidad; y que humillándose él á barrer y fregar, no baste para los otros, que tambien lo hagan; y que madrugando él á la oracion, otros con pereza se queden en la cama? Pues si el hombre que es un poco de polvo, siente mucho que su palabra y ejemplo sea sin fruto, ¿qué sentirá Cristo Nuestro Señor de que su palabra no sea obedecida, y su ejemplo sea olvidado?»

§. II.

CON estas consideraciones se animaba en sus tribulaciones, y salió con grande medra dellas; porque no solamente no mostró irá ni indignacion contra las personas que le despreciaban, ó perseguian por la causa dicha, antes les mostró mucho amor y agradecimiento, como si hubiera recebido dellos algun singular beneficio, lo cuál es indicio de rara virtud, muy parecida á la del Señor, que

mostró más caricias al que le vendió, y urdió contra Él mayores alevosías. Así lo dió á entender en muchas ocasiones; porque diciéndole en Salamanca un hermano muy familiar suyo, la poca razon que ciertos Padres tenian en sentir mal de sus cosas, le atajó la plática, diciéndole: «A esos Padres tengo yo sobre mi cabeza, porque son á quien más debe mi alma, y por cuyo medio se me ha seguido mucho bien y provecho. Y yendo por Rector á Villagarcía, donde estaba uno destos Padres, y habia de ser su súbdito, como este mismo hermano le dijese que allí podia darle á entender lo mal que con él lo habia hecho, respondió: «A quien más veneraré y consultaré, será ese Padre.» Y como en este Colegio encargase mucho al Sotoministro que regalase mucho á uno destos Padres, y anduviese con especial cuidado de que nada le faltase, admirado el Sotoministro que lo sabia, le dijo: «¿Cómo V. R. me manda regalar á tal persona?» Él respondió con gran mansedumbre y caridad: «Hágolo por ganarle; y si no le ganare, ganaréme á mí.» Otro del Colegio tambien le contó las cosas que dél se decian, y el Padre se sonrió con muestras de notable alegría; y reparando en ello el que le hablaba, le preguntó ¿de qué se alegraba tanto? Respondióle con gran regocijo: «De que ahora entiendo que me quiere Dios bien, pues me lleva por el camino de los suyos; porque ha dias he vivido con cuidado de parecerme que el Señor me tenia olvidado.»

Y en otro caso semejante, contándole una cosa bien pesada, que ciertos Padres graves habian hecho contra él con buen celo, lo que respondió fué: «En verdad que de aquí adelante á esos Padres tengo de encomendarlos á Dios cada dia en la Misa;» y como lo dijo lo hizo, cumpliendo á la letra lo que dice el

Salvador: «Orad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos.» Desta manera se fué aprovechando de los lances que Dios le enviaba, para comunicarle por este camino la paz que alcanzó, con un ánimo superior á todos los sucesos prósperos y adversos, sin que fuese parte ninguno para turbar ni alterar su corazon.

Y de aquí le vino la fuerza con que hablaba en las pláticas del amor á los desprecios, exhortando á gozarse en ellos, por la experiencia que tenia de ser tan provechosos. Y algunas veces, como consta de lo que se ha dicho, se ponia á sí por ejemplo, para darnos aliento en cosa tan dificultosa. Para este fin le oí contar en una plática lo que le sucedió cuando venia de ser Rector del Colegio de Salamanca, á ser Rector en el de Villagarcía; porque uno de los caminantes que se le juntaron en el camino, preguntó á su compañero quién era aquel Padre, de dónde venia, y á dónde iba, que son las ordinarias preguntas de semejantes personas en los caminos. Y como el hermano le respondiese la verdad que se ha dicho, respondió él con gran ponderacion: «De Rector de un Colegio tan noble como el de Salamanca, bajar á ser Rector de otro en un lugar como Villagarcía, no es por bueno.» Dando á entender, como otros tambien lo imaginaron, que era como destierro, en castigo de algunas faltas. El santo Padre, cuando lo supo, se alegró con este desprecio, diciéndonos que desprecios sin culpa son bocados sin hueso; y destos buenos bocados le dió Nuestro Señor muchos, para que engordase y creciese en el espíritu; pues todos los que hemos contado, no sólo fueron sin culpa suya, sino, lo que es más, por ocasiones tan santas, que merecia

por ellas mucha gloria, subiendo á la Cruz, no como el buen ladron, que la habia merecido por sus pecados, sino como Cristo Nuestro Señor, que estaba inocente, y le pusieron en ella por sus heróicas obras, mal conocidas, por las cuáles merecia ser honrado y adorado de todos los hombres; imitando tambien á la Vírgen Sacratísima, de quien era tan devoto, la cuál vino en sospecha de adúltera en el pensamiento de San José, por la obra de su Concepcion, que fué digna de eterna gloria. Mas tambien el Santo Esposo no tuvo culpa en la sospecha, porque ignoraba la causa de cosa tan nueva; y entónces son más sabrosos los desprecios, cuando suceden sin que preceda culpa del despreciado, y sin que ofenda á Dios el que desprecia, por el buen celo que tiene con ignorancia que le excusa de culpa; porque aunque los Santos se gozan de sus desprecios, pero águaseles este gozo con la tristeza que les causa la injuria de Dios, y el daño espiritual que recibe el que los desprecia; pero enteramente es dulce cosa padecer afrentas por la honra de Dios, sin que intervenga de por medio alguna injuria contra ella; y deste jaez fueron las del Padre Baltasar, que se han contado.





CAPITULO XLI.

De las ocasiones que hubo para esta borrasca, y cómo respondió á las dificultades que se le pusieron contra el modo de oracion de quietud y silencio, y el fin que todo tuvo.

s tan grande nuestra miseria, y tan maligna la astucia de Satanás, enemigo de los dones de Dios; que suele transfigurarse en Angel de luz para engañarnos, tomando ocasion de los mismos dones, para la tentacion con que pretende destruirlos: pero como el demonio muestra su malicia en sacar males de los bienes, así Dios Nuestro Señor muestra su infinita bondad y omnipotencia en sacar bienes de los males; y si permite que algunos indiscretos, con celo sin ciencia, usen mal de la frecuencia de los Sacramentos, de la oracion mental, y de la contemplacion, pretende con esta permision algun grande bien, ó de los mismos que caen, y se enmiendan, ó de otros que escarmientan, y sacan para sí aciertos de los yerros ajenos; y á veces para ejercitar y probar la humildad y paciencia del maestro, permite los yerros de los dicípulos, cuyo deshonor suele redundar entre los hombres en descrédito del maestro, como si él aprobase por bueno el error é indiscrecion del ignorante dicípulo. Esto le sucedió

al Padre Baltasar Alvarez por ocasion de algunos dicípulos, entre muchos que tuvo eclesiásticos y seglares, que trataban de oracion, los cuales, contra la intencion del maestro, hacian y decian algunas cosas con que daban ocasion para que la gente grave y celosa no sintiese bien del modo de orar que aquellos seguian, ni del maestro á quien ellos lo atribuian, como si él hablara por boca dellos. Acrecentó la sospecha ver que algunos ignorantes, ó poco discretos, despreciaban el modo de orar mentalmente, por discursos, afectos, y peticiones y coloquios con Nuestro Señor, que enseñó nuestro Padre San Ignacio en el libro de sus espirituales ejercicios, diciendo que eran como carretillas de niños, que no les sirven sino mientras no saben andar por su pié; pero en sabiéndolo, las dejan, y andan por su pié, y van donde quieren con ménos trabajo; y que el Espíritu Santo no quiere atarse á reglas y preceptos de orar, sino inspira adonde quiere, y como quiere; y su inspiracion ha de ser seguida con libertad de espíritu; de donde, como más presuntuosos que experimentados, mostraban poca prudencia y experiencia en querer guiar á todos por el camino por donde ellos iban, apartándolos del comun y trillado, lo cuál es manifiesto error y engaño, contra la intencion y sentimiento del Padre Baltasar, como expresamente lo dijo y enseñó muchas veces. Y su misma experiencia le desengañó: porque al modo ordinario de oracion que tuvo diez y seis años, debe la merced que el Señor le hizo de levantarle al extraordinario; y cuando este le faltaba, acudia al otro, como á lugar de refugio. Vistas, pues, estas cosas, para averiguar la verdad de todo, los superiores desta provincia le ordenaron que diese razon de sí, y de su modo de oracion al Padre General Eve-

rardo Mercuriano, á cuya noticia habia llegado este rumor; y al punto se recogió en la casa de recreacion que tenemos en el Colegio de Salamanca, donde era Rector; y habiendo gastado quince dias en oracion, y consideracion de sus cosas interiores, escribió la relacion que se puso en el capítulo XIII, por haber sucedido en aquel tiempo la concesion deste don celestial.

Pero fuera desto le pusieron algunas dificultades contra su modo de oracion, nacidas y sacadas á mi parecer de las cosas que habian oido y visto, no tanto en la persona del Padre Baltasar, cuanto en otros que le seguian, y se tenian por sus dicípulos; y ordenáronle que respondiese á ellas, para lo cuál hizo un tratado en que declaró más las cosas que pertenecen á la oracion, que llaman de quietud y silencio, de las cuáles algunas se pusieron en el capítulo XIV y los siguientes, y otras pondremos aquí, refiriendo las respuestas á las principales dificultades que le pusieron, que son las que se siguen [1].

§. I.

LA primera dificultad es, que en este modo de oracion de quietud, en que el alma no usa de discursos y meditaciones, parece que no se hace nada, antes se pierde el tiempo que se podria gastar en ejercitar actos de virtudes. A esto se responde, que este modo de orar no es dejar de hacer, sino hacer mucho. Y como dice San Bernardo, este oficio es el negocio de los negocios, y la mayor de

[1] Véase el número XIX del Apéndice.

las haciendas; de quien dijo David: *Vacad, y ved cuán suave es el Señor.* Y San Agustin dijo: *Otium sanctum quærit charitas veritatis;* y de los actos que allí hace se ve no estar ocioso; porque aunque cesan los discursos del entendimiento cerca de misterios particulares, no cesan los afectos de la voluntad en la presencia de Dios, á quien mira con los ojos de la fe: unas veces haciéndole reverencia; otras, admirándose de lo que Dios le descubre de sí mismo, y de sus grandezas; otras, dándole gracias; otras, gozándose y holgándose de verlo, y de verse ante Él, como está una persona delante de otra que bien quiere, y mucho ama, y descansa en estarse con ella; otras, ofreciéndose á sí, y todos sus quereres y cosas, á Nuestro Señor, y pidiéndole en primer lugar á sí mismo, y en segundo sus dones, no para descansar en ellos, sino para subir á Él por ellos, como por gradas; otras, abriéndole su corazon sin mucho hablar, y aun sin hablar; porque Dios bien entiende al necesitado, sólo con presentarse delante dél, como el pobre que no hace más que ponerse delante del rico sin hablar, porque su necesidad habla; y esperar la misericordia de Dios con resignacion entera en la divina voluntad, teniéndose con humildad por indigno de su visita; otras, finalmente, formándose segun los varios afectos y sentimientos que inspirare la uncion del Espíritu Santo, que es el principal Maestro desta facultad, conforme á lo que San Dionisio dijo á San Timoteo: *Converte te ad radium,* de donde suele proceder aquella maravillosa union, que llama el mismo Santo: *Ignoti cum ignoto;* que es lo supremo de la Teología mística, y si no es los que la han tenido, no sabrán bien declararla: pero basta haberla apuntado.

Pero de aquí viene la segunda dificultad, porque

parece que es tentar á Dios cesar de meditar, y estarse esperando á que Dios hable, ó inspire, ó revele algunas cosas, lo cuál parece frisar con el engaño de los alumbrados. Á esto se responde, que la oracion sin discursos, por solos afectos, como es lo supremo deste ejercicio, no se halla en gente principiante, sino es que sean prevenidos con especial mocion de Dios para ella, ó en los que se han ejercitado mucho tiempo en meditaciones, y dellas pasan á este modo de orar con quietud, con la luz que el Señor les ha comunicado y comunica; y así no es tentar á Dios cesar por entónces de discursos, cerca de cosas particulares que tocan á las perfecciones de Dios, ó á nuestra reformacion, que se pueden tener en otros tiempos, y no entónces; porque cada ejercicio pide su tiempo, como en la oracion no siempre se pide, ni siempre se dan gracias. Y pues en este modo de orar no se entra sino por vocacion de Dios, Él gusta y quiere que se ejercite en aquel tiempo, no deseando ni esperando revelaciones, sino reconociendo su divina presencia, y ejercitando delante dél los afectos que se han dicho. Y no tiene que ver esto con lo de los alumbrados, los cuales, todo lo que hacian era por soberbia, sin ser llamados de Dios, y sin haberse aparejado como convenia; y tentaban á Dios en su manera de oracion, porque no entendian en nada, sino estaban del todo distraidos, ni sacaban algun fruto para reformacion de sus costumbres. Mas este modo de oracion inclina á todo lo contrario; y no habiendo esto, no se puede entrar en Él; y al que entra y no saca algun fruto, no le sufre, antes le echa de sí, y le reprende; porque no puede parecer con quietud segura, y sin reprehension ante Dios, el que es contrario á su espíritu, que es espíritu de pureza y

santidad, de reformacion y sujecion á la divina voluntad.

Pero luégo se presenta la tercera dificultad, por no saber cuándo se va por este camino con vocacion de Dios, y no que él se ha puesto con poca humildad, y por codicia del dulce de Dios, en que tambien se ceba el amor propio. Mas á esto se responde, que por el rastro que deja el modo de oracion, se conoce que es de Dios, como tambien el árbol se conoce por los frutos; y este modo, cuando es verdadero, y nace del buen espíritu, recoge el corazon á Dios, ablándale y ríndele á su órden, é inclínale á que dé á Dios cuanto le pidiere de sí, y de sus contentos, intereses, y honra; entendiendo, que quien alcanza á tener á Dios por amigo, alcanza mucho; y aunque dé por ello todo cuanto tiene, lo habrá barato; porque quien diere á Dios todo lo que le pidiere, confiadamente podrá pedirle lo que le conviene. Tambien inclina á conformarse con el dechado de la perfeccion, Cristo Nuestro Salvador, especialmente en el desprecio de sí mismo, y en la universal abnegacion de los quereres propios, y en el cumplimiento fidelísimo de los de Dios, con entera resignacion y conformidad con la divina voluntad. Quien sintiere en sí estos efetos, y otros semejantes, seguro puede estar que es de Dios el modo de oracion que le inclina á ellos.

Mas entónces entra la cuarta dificultad, por echarse de ver que los que van por este camino, secretamente y sin sentir se envanecen, teniéndose en más que á los que van por el camino ordinario de discursos. Y de aquí viene, que afierran con propiedad en su modo de orar, sin querer rendirse al parecer de los superiores, y de los que les guian, cuando sienten lo contrario dellos, teniéndose por espirituales: *Qui*

omnia possunt iudicare, et ipsi a nemine, que han de juzgar á los demas, y no ser juzgados de otros. Mas fácilmente se responde, que estos, y otros cualesquier defetos que se vieren en los que usan este modo de oracion, no van en el mismo modo, sino en la flaqueza, indisposicion ó imperfeccion del sujeto, el cuál se ha de corregir y enmendar; mas no por esto el modo es malo; y los mismos defetos suelen acontecer á los que usan de discurso, y á veces mayores; porque se mezcla más vanidad en las cosas que son ventaja por parte del entendimiento: pero no porque uno ó muchos usen mal de cualquier modo de oracion mental, él es malo, y se ha de dejar; porque así tambien se dejarian las meditaciones, y frecuencia de comuniones, por los que usan mal dellas, ó por mejor decir, por los que hacen faltas en el uso dellas. Y de aquí es, cuando los superiores, ó los que les guian, les quitasen este modo de orar, si no se rindiesen serian culpables, lo cual, si no es por prueba, no pueden los superiores hacer con seguridad de conciencia, pues tienen obligacion de guiar las almas por el camino del espíritu, por donde Dios las guia, y ellas se aprovechan, y han caminado, y caminan muchos Santos, como ya se ha visto; pero mientras ellos no se lo quitaren, no serán culpables en usarlo; ni porque piensen que pueden tener voto en las cosas espirituales, que saben por experiencia mejor que quien no la tiene; como no es culpable el letrado, porque piense poder tener voto en lo que ha estudiado, mejor que quien nunca estudió; ni es contra la humildad y caridad de Dios en el conocimiento de sus dones, conforme á lo que dice San Pablo [1]: *Non spiri-*

[1] 1 Cor. 2, v. 12.

tum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est, ut sciamus quæ a Deo donata sunt nobis.

De aquí tambien queda satisfecho á la quinta dificultad, por haber algunos que se entregan tanto á este modo de oracion, que andan como estáticos, con olvido y descuido de las obligaciones de caridad y obediencia, y de adquirir verdadera mortificacion y sólidas virtudes, contentándose con andar como embobados tras el dulce de la oracion; y así se quedan con el nombre de espirituales, sin la sustancia de la vida espiritual. De aquí es tambien, que con este modo otros se retiran del trato con los prójimos, y de ayudar á las almas, por estar siempre en su oracion, de la cuál tambien, como no va por discursos, no sacan verdades que puedan decir á los prójimos con quien tratan; todo lo cuál es contra el instituto, que tiene por fin este trato. Tambien á otros se debilitan las fuerzas corporales necesarias para cumplir con las obligaciones de su estado y oficio. Mas todas estas faltas no nacen verdaderamente deste modo de oracion, sino de la indiscrecion de los que le usan, los cuáles han de ser corregidos, y advertidos, que si se contentan con solamente andar recogidos, sin ejercicio de mortificacion y de otras virtudes, andan engañados; y si no se enmiendan, se puede tener por sospechoso su recogimiento, ni durarán en él mucho tiempo; aunque no es de maravillar que tengan algunas faltas, pues todos las tienen, aunque anden muy bien. Y de aquí es, que cuando las necesidades de caridad, ó de obediencia, ó del oficio, obligan á tratar con prójimos, la misma contemplacion les inclina y mueve á ello, como lo testifican San Gregorio y San Bernardo, y la experiencia lo muestra en los que tienen bien oracion. Mas cuando no hay estas necesi-

dades, ni obligaciones de obediencia, ni es contra la salud corporal, no es malo vacar á Dios con este modo de oracion, conforme á la regla de San Agustin [1]: *Otium sanctum quærit charitas veritatis; negotium justum suscipit necessitas charitatis. Quam sarcinam si nullus imponit, intuendæ vacandum est veritati.* De suerte, que puede uno darse á este modo de oracion y contemplacion, cuando ha cumplido con las obligaciones de obediencia y caridad, y salva la consistencia del sujeto; porque si las fuerzas se debilitasen por no saber usarlo, ó por continuarlo demasiado, ó por enfermedad, ó flaqueza de cabeza, debe suspenderlo; aunque el modo de suyo no causa esta debilitacion, antes es más descansado que el discurso. Y por esto los Santos que usaban este modo, podian durar más en la oracion; y si della no se sale con más conceptos, sálese con más virtudes, y dejan á Dios más ganado, cuya ayuda experimentan en los tiempos de las necesidades, sin hacerles falta no haber atendido entónces á sacar conceptos, para lo cuál hay otros tiempos, y es mejor sacar en la oracion mucho fervor y espíritu, para decir lo que otras veces han sentido.

La sexta dificultad es, que este modo de oracion lleva tanto tras sí, que parece se pierde la devocion con los Santos, y con las antiguas oraciones vocales, y se deja de pedir á Dios lo necesario para la Iglesia, y para los particulares. A esto se responde, que no se pierden estas cosas, antes se estiman en más, como medios por donde vinieron á lo que gozan; y como unos son más aptos para las oraciones vocales, que no para ejercicios interiores, y se las aconsejan los

[1] Lib. XIX de *Civit. Dei*, cap. XIX.

maestros; así otros, por el contrario, tienen ménos de oracion vocal, la cuál es como medio para encender la devocion interior. Y así dice Santo Tomás, que cuando no es de precepto, ha de cesar cuando el ánimo se siente inflamado; pues conseguido el fin, es bien gozarle, sin ocuparse mucho en los medios; y así vemos, que muchos hombres aventajados no tienen tanto destas oraciones vocales, como otros que comienzan, ó como ellos mismos cuando comenzaron; no porque las desprecien, y tengan en poco, sino porque han menester ménos motivos exteriores para levantar los corazones á Dios. Y de nuestro Padre San Ignacio dice su vida, que no podia pasar adelante en el rezo, por la mucha comunicacion que tenia con Nuestro Señor; y sus compañeros pidieron licencia al Papa para que le dejase; y se la concedió, porque le ocupaba todo el dia, parando casi á cada palabra, para recebir la visita de Dios; y estando obligado á rezar, habia de hacerlo, aunque le ocupara todo el dia; pues fuera desacato y desagradecimiento á Dios acabarlo en breve. De suerte, que por oir á Dios, y atender á los sentimientos interiores, dejó la oracion vocal con licencia, aunque no dejó la mental; ni daba á ella todo el tiempo, por atender á otras cosas tambien de obligacion.

Asimismo en este modo de oracion no se dejan las peticiones, antes con un modo secreto se pide más, sin pedir, por ocuparse en lo que Dios gusta por entónces; y se alcanza mejor, porque se gana más la voluntad del Señor, que lo ha de dar. Y como Dios sabe las necesidades, y ve el ánimo deste su siervo, inclinado á pedir por ellas, y que no pide entónces por ocuparse en lo que le manda, fiándose de su Divina Providencia, procura remediarlas, como cosas

que están á su cargo; á la manera que los señores, cuando tienen un criado que les sirve con amor y fidelidad, tienen cuenta, sin él pedírselo, con remediar sus necesidades, y las de los que les tocan; cuánto más, que para pedir hay otros tiempos, y aquel no es conveniente; pues comunmente dicen los maestros espirituales, que cuando Dios previene con bendiciones de dulzura, hase de recebir con humildad la visita, sin divertirse á otros conceptos, ni afectos diferentes, aunque traigan buenos colores, porque el demonio procura engañarnos, para que perdamos lo que nos dan; ó nuestra ignorancia lo perderá, con título de dar entónces gracias, ó hacer grandes peticiones por este, ó aquel, ó por el otro, lo cual, aunque de suyo es bueno, mas no por el tiempo en que está Dios llamando y moviendo á otra cosa.

§. II.

LA séptima dificultad es, que este modo de oracion parece apartar de la comun institucion en el modo de orar que enseñó nuestro Padre San Ignacio, y encomiendan comunmente los Doctores; y así causa division entre los de una comunidad, yendo unos por un camino, y otros por otro: pero está clara la respuesta, diciendo que ántes favorece al modo comun; pues cuando Nuestro Señor no previene con especial inspiracion, al principio se ha de comenzar por Él, y dél sale este otro modo de oracion; pues por medio de la meditacion se alcanza la quietud de la contemplacion; y el autor de los ejercicios subió dellos por especial gracia á este modo, cuando se dice dél que en la oracion más se habia *passive*, go-

zando lo que le daban, que *active*, trabajando con el discurso; porque ya entónces descansaba, como quien habia caminado, y llegado al término; y aunque el comun modo de orar se ha de proponer ordinariamente á todos, mas si Nuestro Señor al principio pone por especial favor á alguno en la oracion de quietud, ha de ser ayudado por allí; y asímismo se puede aconsejar á los que se han ejercitado algunos años en discursos y meditaciones, y están bien aprovechados, y dispuestos para este modo de orar, con quietud interior en la presencia de Dios, y por modo de contemplacion; aconsejándoles, no que dejen del todo las meditaciones, sino que poco á poco vayan teniendo ménos de discurso y más de afecto, contentándose con los discursos pasados, y despertando los afectos que arriba quedan referidos; y esto es conforme á lo que dice nuestro Padre San Ignacio en las adiciones de sus ejercicios, que en el punto donde halláremos la devocion que pretendemos, allí paremos sin ánsias de pasar adelante, hasta satisfacernos. Este mismo consejo se puede dar á los que por flaqueza, ó por otra causa no aciertan á tener largos discursos, guiándose en todo por el parecer del que puede ser juez en esta causa, cuyo dictámen fundado en prudencia, y en las reglas que se han dado, se puede tener por señal de la vocacion y voluntad de Dios, el cuál suele ayudar á los tales, y levantarles á la quietud de la contemplacion cuando ménos pensaban; y esto no es causar division en la comunidad; porque el modo de orar por afectos con poco discurso en general, es de muchos; y lo más perfeto dél, es de pocos, pues siempre la perfeccion se halla en pocos; y ojalá hubiese muchos, para que despertasen á los tibios: y andar desta manera por camino particular,

no es malo; porque no hace Dios mercedes muy particulares á los que se contentan con el camino y vida comun.»

Esta es la suma, en sustancia, de lo que se contenia en el tratado del Padre Baltasar, al fin del cuál añadió estas palabras para el Padre Visitador desta provincia, á quien le enderezaba. «Esto es lo que se me ofreció responder á V. R. cerca deste modo de oracion; V. R. por amor del Señor, cuyo buen contentamiento desea, le vea y examine, y ordene á mí y á los de su provincia, que fuéremos consultados de los que pareciere llevar Dios por este camino, lo que debemos tomar, ó dejar dél; que por este medio espero de su bondad nos dará á nosotros y á ellos significacion de su santa voluntad.»

El fin que tuvo esta borrasca, cuanto á la persona del Padre Baltasar, y su modo de oracion aplicado á él mismo, fué próspero; porque habiendo sido examinada esta causa por los superiores, y otras personas graves, como es costumbre de Nuestro Señor ensalzar á los humildes, y volver por la honra de los que quieren callar y sufrir, y aventurarla por su servicio; así ordenó que se manifestase á todos su inocencia y verdad, no sólo por lo que dijo en sus relaciones, sino mucho más por la heróica humildad y paciencia que mostró en esta ocasion, las cuáles son grande indicio de que se padece sin culpa; porque la buena conciencia, que está segura delante de Dios, da grande esfuerzo, paz y sosiego en lo que padece de los hombres; y el mismo modo que tuvo en dar razon de sí, fué tan humilde y rendido, que admiró á los superiores; y así el Padre Visitador Diego de Avellaneda, viendo la sujecion y rendimiento con que le entregó sus papeles para que los examinase, y con

que respondia á las cosas que le preguntaba, dijo despues, que ninguna cosa le habia admirado y edificado tanto en esta provincia, como la humildad del Padre Baltasar; y el Padre General Everardo Mercuriano, aunque no aprobó la generalidad con que se sembraba este modo de orar, antes la corrigió y moderó, como luégo veremos; pero cobró grande estimacion de su persona del Padre Baltasar, y le empleó sucesivamente en dos oficios de los más honrosos y de importancia que tiene la Compañía en España, como abajo se dirá. Sirvióle tambien esta tribulacion de ser más conocido, por donde parecia que habia de quedar más hundido, y de apresurarle en la carrera que no era muy larga, para que fuese más gloriosa su corona.





CAPITULO XLII.

De la grande importancia y seguridad que tiene el modo de orar por meditaciones, afectos y coloquios con Nuestro Señor, y cómo éste se ha de proponer y enseñar á todos.

ORQUE lo que se ha dicho en los capítulos pasados, no sea ocasion de tener en ménos el camino ordinario y trillado por los Santos, de tener oracion mental, y ninguno presuma por su autoridad de traspasar los límites y términos que los antiguos Padres nos dejaron, me ha parecido necesario, y será tambien muy provechoso, hacer una suma de las principales razones, que confirman y engrandecen el modo de orar por discursos y meditaciones cerca de los divinos misterios, con los santos afectos, peticiones, y coloquios con Nuestro Señor, á que ellas mueven é inclinan nuestra voluntad.

Sea, pues, la primera y fundamental, que como el fin propio é inmediato de la oracion mental, que es obra de nuestro entendimiento, ilustrado con la lumbre de la fe, sea alcanzar con perfeccion aquel supremo conocimiento, de quien Cristo Nuestro Señor y Salvador dijo á su Eterno Padre [1]: *Esta es la vida eterna,*

---

[1] Joan. 17, v. 1.

que conozcan á ti solo, Dios verdadero, y al que enviaste al mundo, Jesucristo tu Hijo; es cosa cierta, que ninguno puede alcanzar en esta vida la perfeta participacion de la vida eterna, que llaman bienaventuranza comenzada, sino es por la perfeta contemplacion en que se descubren estos dos excelentísimos objetos, Dios en cuanto Dios, y Cristo verdadero Dios y hombre, con la claridad que se compadece con la fe. Y aunque Nuestro Señor por especial gracia infunde algunas veces la grandeza y claridad deste conocimiento, sin haber precedido diligencia de parte del hombre; pero es temeraria presuncion, y tentar á Dios, esperar este don, ó pedirle sin poner las diligencias que el mismo Señor manda y aconseja, como disposiciones para alcanzarle. Y estas (como dice Santo Tomás [1], y tráelo de San Agustin y de San Bernardo en el tratado que llaman Escala espiritual) son la leccion, meditacion y oracion, leyendo las divinas Escrituras, donde está la vida eterna, y los libros devotos de los Santos que la declaran; meditando con atencion los divinos misterios, escudriñándolos y entrando en lo profundo dellos, y discurriendo de unos en otros para mejor penetrarlos; y luégo orando, y pidiendo á Dios luz para entenderlos. Y por esto dijo el Salvador á sus discípulos [2]: *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y abriros han;* porque el flojo ó presuntuoso que no quiere pedir, no merece recebir; y si no quiere buscar, no hallará; y si no llama, no le abrirán. Menester es, pues, que el cristiano, avivando la fe, aplique sus potencias, y trabaje con la leccion, meditacion y oracion, pidiendo, leyendo, medi-

[1] 2, 2. q. 180, art. 3 in corp. et ad 4.
[2] Math. 7, v. 7.

tando, y llamando cada dia para alcanzar lo que desea.

Con este conocimiento de Dios y de Cristo, ha de andar junto el propio conocimiento de sí mismo, de sus miserias y pecados, y de la gravedad dellos; el cual, con ser de cosa tan cercana, no se alcanza si no es entrando con la meditacion dentro de sí, y ponderando todos los daños, peligros, y graves males á que estamos sujetos, y que merecemos por nuestros pecados; y tambien es necesario tender los ojos del discurso á lo que sucederá en la muerte, y á lo que pasará en el juicio particular y universal; y asímismo bajar á ver lo que se padece en el infierno y purgatorio, y subir á ver lo que se goza en el cielo. Todo esto de ley ordinaria no se alcanza, si no es por la meditacion, que despliega y abre estos libros cerrados, y considera los secretos que tienen escondidos. Y aunque San Agustin clamaba á Dios en la oracion, diciéndole: *Señor, conózcate á ti, y conózcame á mí;* pero no se contentaba con esto solo, esperando á que Dios le infundiese estos dos conocimientos, sino trabajaba en procurarlos con sus meditaciones; y dejó escritos libros dellas, para que los que no pueden, ó no saben meditar por sí mismos, suplan esta falta con la leccion de lo que otros han meditado, haciendo como propia la meditacion ajena. Demas desto, el fin más principal de la oracion mental, es mover la voluntad á que ejercite los nobles actos, que llamamos afectos, de amor de Dios, dolor de pecados, resignacion, y otros semejantes. Y aunque Nuestro Señor, como dueño de ella, puede moverla en un momento con sus fuertes inspiraciones, pero de ley ordinaria quiere que el hombre con los discursos y meditaciones del entendimiento, mueva y aficione su voluntad á las

cosas santas que medita; y quien no hace más que irse á la oracion, dejando á Dios que le mueva, hallarse ha burlado; y si no piensa nada, andará distraido, y quedará seco; perderá tiempo, y estará ocioso; y como es menester poner concertadamente la leña, y soplar la brasa para encender fuego, y levantar llama; así es menester, que con la leccion y meditacion se alleguen verdades de los divinos misterios, y procure soplar y atizar la brasa del buen deseo que nos movió á entrar en oracion, para que se encienda un grande fuego de amor de Dios, ó de contricion, ó de otras virtudes. Y por esto San Basilio, habiendo dicho que el buen afecto consiste en un vehemente deseo de agradar á Dios con estabilidad y constancia, añade, que este afecto se ha de engendrar por la meditacion y consideracion de las divinas perfecciones, y de los beneficios que de Dios recebimos.

A esto se añade, que el orar, propiamente es hablar y razonar con Dios sobre el negocio de nuestra salvacion. Y aunque el Espíritu Santo es el que enseña á pedir con gemidos inefables, y la lengua del alma, como dice San Bernardo, es la devocion, sin la cuál no se puede hablar bien con el Verbo divino; mas de ley ordinaria esta devocion, como dice Santo Tomás, no se alcanza, si no es con la meditacion, ó contemplacion; y como la contemplacion es de pocos, así más ordinariamente procede de la meditacion, la cuál tambien enseña y descubre las cosas que se han de pedir á Dios, las razones y títulos que se le han de alegar, las ofertas que se han de hacer, sacándolo todo del misterio que medita; y por esta causa importa que preceda alguna meditacion, para que la oracion vocal sea atenta y devota; y si el entendimiento

penetra el sentido de las palabras que reza, será mayor el fruto della.

Y de aquí se toma otra razon muy fuerte, porque el principal fruto de la oracion mental, es la reformacion de las costumbres, la mortificacion de los vicios y pasiones, y el ejercicio de todas las virtudes; pero este fruto es disposicion para la perfeta contemplacion, en que cesan los discursos, y ha de nacer de la ordinaria oracion, que estriba en meditaciones, al modo que se ha dicho. Porque, como dice Santo Tomás [1], las virtudes morales, que enfrenan las pasiones, son disposiciones necesarias para la perfeta contemplacion. Y el Cardenal Cayetano, su comentador, lo declara por estas admirables palabras. *Adviertan los que tienen cuidado de industriar á otros en el camino de su aprovechamiento espiritual, que primero han de persuadirles se ejerciten en la vida activa, ántes que les pongan en subir á lo supremo de la contemplativa; porque ántes de subir á ella, es menester que domen y pacifiquen las pasiones con los buenos hábitos de mansedumbre, paciencia, humildad, y liberalidad, y las demas virtudes; y por falta desto, muchos que van por el camino del espíritu, no andando, sino saltando, despues de haberse dado mucho tiempo á la contemplacion, se hallan vacíos de virtudes, y son impacientes, vengativos y soberbios, si les tocan en estas materias; por lo cual, los tales no han alcanzado con verdad, ni la vida activa, ni la contemplativa, ni la compuesta de ambas; antes han edificado sobre arena movediza; y ojalá esta falta no sea muy frecuente.* Esto dice Cayetano, y es muy conforme á la dotrina de San Gregorio, San Bernardo, San Isidro, y otros Santos Padres, y Maestros del espíritu.

---

[1] 2, 2, q. 180, art. 2, in q. 182, art. 1.

Por lo cuál conviene, que todos con la meditacion se apliquen á descubrir las raices de sus vicios, y los remedios, y piensen cosas que muevan la voluntad á desear aplicarlos, para limpiarse dellos, conforme á lo que dice David: *Meditatus sum nocte cum corde meo, et exercitabar, et scopebam spiritum meum.* De aquí es, que los que se dan á la oracion de quietud y silencio sin este cimiento, y sin especial mocion de Dios, van fundados sobre falso, y viven una vida desaprovechada; su oracion más merece nombre de ociosidad y remision de espíritu; y acaéceles lo que á los pajaritos que salen del nido á volar ántes de tiempo, que no pueden volar á lo alto, ni volver al nido, y dan consigo en tierra con pérdida de la vida; así estos, ni aciertan á meditar, ni á estar en quietud delante de Dios, sino siempre andan vagueando con pensamientos de tierra; porque ántes de tiempo quisieron volar á lo más alto del espíritu.

Y es esto tan gran verdad, que los mismos que han subido á este modo de oracion de quietud, tienen necesidad de no olvidar el ejercicio de meditar, y pensar algo en los divinos misterios; porque muchas veces cesa el favor y mocion de Dios, que les levanta á tanta quietud, y es menester que entónces obren ellos con sus potencias, pues no han de ser como navíos de alto bordo, que solamente se mueven con viento, sino como galeras ó navíos más pequeños que en faltando el viento, navegan con remo, y si faltase el viento y remo, quedarian en calma; así, faltando el viento de la divina mocion especial, y la cooperacion é industria de nuestras potencias, quedarian ociosas, y paradas en su camino espiritual.

Y demas desto, como es justo conformarse en la oracion mental con el espíritu de la Iglesia, en las

festividades que celebra de Cristo Nuestro Señor y de sus Santos, si no hay uso de meditacion destos misterios, no habrá particulares sentimientos cerca dellos, ni materia para hablar con espíritu de lo que no se ha sentido en la devota meditacion, si no es secamente, como hablan los letrados por solo estudio; y así, el mismo Dios, á los que lleva por este camino de oracion tan levantada, suele ilustrarles con su luz, para la contemplacion destos misterios en sus dias, lo cuál es señal de que gusta que los demas que van por el camino ordinario, discurran y mediten sobre ellos.

Tambien lo que más nos importa en esta vida, son virtudes sólidas y macizas, que sean de dura, y no se muevan fácilmente con vientos de tentaciones, ó con mudanzas de sucesos interiores; y los que estriban en solos afectos tiernos, y en las dulzuras de la oracion que llaman de quietud, suelen ser de poca firmeza y dura; porque la devocion sensible, y afecto tierno, fácilmente se muda. Y por esto dijo San Bernardo al Papa Eugenio: *Noli nimis credere affectui tuo, qui nunc est*, «que no se fiase demasiado del buen afecto que entónces sentia,» porque presto suele mudarse en contrario; por lo cuál aquella virtud es más sólida y maciza, que se funda en vivas razones, que atan y convencen al entendimiento, y con su luz le desengañan, y dan verdadero aprecio de la misma virtud. Y aunque la oracion extraordinaria que Dios da, trae consigo semejantes razones y desengaños; mas de ley ordinaria no se alcanzan, sino con profundas meditaciones y ponderaciones de los misterios de la fe, que son canteras, minas, y fuentes de donde se sacan.

Finalmente, los que tratan de oracion, y pretenden las virtudes con que Dios es honrado, y la per-

feccion evangélica, han de tener un ánimo muy descarnado de sus propias trazas, sin tasar al Señor el tiempo de sus visitas y misericordias; y por esto es cosa sospechosa dar regla general, que quien hiciere tal, ó tal diligencia, tantos años ó meses, alcanzará este ó aquel favor de Dios, ó tal grado de virtud. En lo cuál es reprehendido de algunos Casiano, que señaló tiempo para alcanzar la perfeccion de la castidad, al que hiciese las diligencias que allí pone; porque esto no consiste tanto en industria, arte, ó tiempo, siendo obra de gracia, y de providencia particular de Dios, *qui unicuique dividit prout vult, et quando vult.* Y así, á los que comienzan el ejercicio de la oracion y de la virtud, importa grandemente ir por su camino ordinario y trillado, cooperando fervorosamente de su parte á la direccion ordinaria de Dios y de su gracia, quitando los impedimentos, y aplicando los medios señalados, perdiendo las ánsias y cuidados de los acrecentamientos por caminos extraordinarios, cometiéndolos á la providencia de Dios, para que haga su Majestad lo que quisiere, y más conviniere, estándose en su lugar mientras no le dijeren, *amice, ascende superius.* De todo lo dicho se concluye, que todos los que tratan de oracion, seglares ó religiosos, cuanto es de su parte, han de comenzar y proseguir por este camino ordinario de meditar, hasta que Nuestro Señor los llame, y haga subir á otro más levantado con su especial vocacion, la cual, cuando fuere conocida, ha de ser obedecida; porque entrambos extremos son muy perjudiciales, así el de los que sin esta vocacion temerariamente se arrojan á pretender lo que es sobre sus fuerzas, como el de los que resisten al divino llamamiento, cuando consta que los quiere guiar por otro especial camino, lo cuál ha de juzgar el pruden-

te y experimentado Maestro de espíritu, cuyo oficio ha de ser ver y examinar bien los caminos especiales por donde el espíritu del Señor guia á sus siervos, y no apartarles dellos, sino enderezarlos y ayudarlos, para que los sigan con provecho y acierto: porque en el mismo camino de las meditaciones hay grande variedad; y á unos lleva Nuestro Señor por meditaciones de cosas terribles, que causan temor; á otros por meditaciones de la vida y Pasion del Salvador, ó de los divinos beneficios; y á otros por otras varias, dando á cada uno mayores sentimientos en unas que en otras; y en estas han de ser ayudados, porque los Maestros no son más que cooperadores y ayudadores de Dios en guiar las almas; pero el mismo Dios es la principal guia y Maestro, á quien los demas han de seguir, al modo que se ha dicho; y cuando Nuestro Señor no toma la mano por especial gracia, hanse de seguir las reglas generales que nos ha dejado en su Iglesia. Pero así estas como las especiales, y todas las diligencias é industrias, se han de enderezar al principalísimo fin y fruto de toda buena oracion, que abraza todo lo que arriba queda referido.





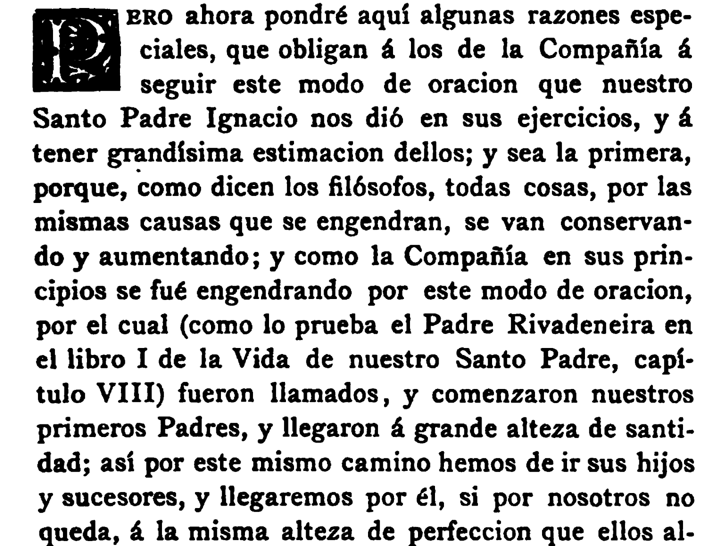
CAPITULO XLIII.

Cómo los de la Compañía han de seguir este modo de orar, que se enseña en nuestros ejercicios. Declárase su grande excelencia, y pónese una plática dellos muy espiritual y provechosa.

Las razones que se han puesto en el capítulo pasado, declaran bastantemente la excelencia y seguridad del modo de oracion que nuestro Padre San Ignacio enseña en el libro de sus ejercicios, y se practica en nuestra Compañía ordinariamente, en el cuál se encierran todas las cosas necesarias para la perfeta oracion mental, que todos pueden pretender, cooperando con sus diligencias é industrias á la mocion de Dios y de su gracia, que siempre nos previene y despierta, para que vamos obrando con ella. Conviene á saber, las preparaciones que ha de haber, las cosas y misterios que se han de meditar, los afectos que se han de sacar, los coloquios con Dios que se han de hacer, el modo cómo las potencias del alma se han de aplicar á todo esto, los frutos y provechos á que se ha de enderezar, y las reflexiones y exámenes que se han de hacer sobre todo ello, para apurar y sacar en limpio este fruto; despues enseña el modo de subir á la contemplacion, y al perfeto amor de Dios, y á gozar quieta-

mente con los sentidos interiores, de lo que se ha discurrido y meditado. Todo lo cuál declaramos largamente en los dos libros de las Meditaciones, y en la Guia espiritual.

§. I.


ERO ahora pondré aquí algunas razones especiales, que obligan á los de la Compañía á seguir este modo de oracion que nuestro Santo Padre Ignacio nos dió en sus ejercicios, y á tener grandísima estimacion dellos; y sea la primera, porque, como dicen los filósofos, todas cosas, por las mismas causas que se engendran, se van conservando y aumentando; y como la Compañía en sus principios se fué engendrando por este modo de oracion, por el cual (como lo prueba el Padre Rivadeneira en el libro I de la Vida de nuestro Santo Padre, capítulo VIII) fueron llamados, y comenzaron nuestros primeros Padres, y llegaron á grande alteza de santidad; así por este mismo camino hemos de ir sus hijos y sucesores, y llegaremos por él, si por nosotros no queda, á la misma alteza de perfeccion que ellos alcanzaron.

Demas desto, tenemos por tradicion, que Nuestro Señor reveló y dió estos ejercicios á nuestro Santo Fundador, como luégo veremos; y no hay duda, sino que no se los dió para solo él mismo, sino para que por medio dellos plantase esta religion de la Compañía, para cuya fundacion le tenia escogido, y los comunicase á sus hijos y sucesores, y fuesen una de las principales armas con que hiciesen guerra á los demonios, y ayudasen á la salvacion de las almas; y la experiencia ha mostrado ser así, por las notables mu-

danzas y provechos que han causado en muchas personas de todos estados. Luego justo es que sigamos este modo, como dado de Nuestro Señor para nuestro provecho; y casi podria dar por testigo á los presentes de la Compañía, que palpan como con la mano la renovacion de espíritu que sienten, cuando se recogen cada año ocho ó diez dias á hacer estos ejercicios.

En cuya confirmacion me ha parecido poner aquí una especial revelacion, que creo será para todos de mucho consuelo. Entre las personas que he tratado de muy alta y levantada oracion, que no han sido pocas despues que trato almas, una dellas á quien Nuestro Señor y su Santa Madre hacian muy extraordinarias misericordias, de cuya verdad en lo que dice tengo la certeza moral que los hombres podemos tener de cosas semejantes, me contó lo que aquí diré. Sabiendo esta persona que los de la Compañía se recogian á hacer estos ejercicios el año de mil y seiscientos, como tenian de costumbre, quiso ella tambien recogerse para hacerlos en su casa del modo que pudiese; y habiendo ya comenzado, estando una mañana con Nuestro Señor en su oracion, vió con los ojos del alma venir y llegarse cerca della un Santo Angel de grande majestad; y admirada de verle, y no sabiendo quién pudiese ser, la dijo cómo era el Arcángel San Gabriel, que venia á traerla un recaudo de parte de la Sacratísima Vírgen Nuestra Señora. Ella, que era humilde, en oyendo esto se admiró mucho más, y se encogió, y pidió al Angel, que ántes de darla tal recaudo, la diese licencia para que tratase despacio con Nuestro Señor de cosa tan grande, como en casos semejantes solia hacerlo. El Angel, que gusta mucho de la humildad y recato, y santo encogimiento, res-

pondió, que era muy contento dello; y así, dejándole como si allí no estuviera, se fué á Nuestro Señor, que está presente en todo lugar como la fe nos lo enseña, y con grande sentimiento y afecto le representó su miseria y bajeza, suplicándole tuviese misericordia della, y apartase della todo lo que no fuese muy conforme á su santísima voluntad. Habiendo estado un rato en estas y otras peticiones, oyó la interior voz del Señor, que la decia, que oyese las razones que la queria decir el Angel. Entónces, certificada ya interiormente de que todo aquello era obra de Dios, del modo que su Majestad suele hacerlo con sus siervos, y lo hacia con los Profetas, oyó de rodillas y con grande reverencia el recaudo del Santo Angel, en que la decia de parte de la soberana Reina del cielo, que en los ejercicios que habia pensado hacer de discurso y meditaciones de las grandezas de Dios, y de los infinitos bienes que por este Señor Nuestro se nos comunicaron (casi al modo que se hace en la Compañía), recibiria muy particular servicio de lo que hiciese, como lo habia pensado; porque la hacia saber, que ella era y habia sido como patrona y fundadora de aquellos santos ejercicios de la Compañía, y habia sido ayudadora, y como enseñadora del Santo Padre Ignacio, para que así se hiciese; y en esta razon habia tenido en ella principio esta obra; y tambien porque ella se ocupaba muy á la contínua el tiempo y años de su vida en estos santos ejercicios. Esta fué la revelacion, de cuya verdad, como dije, miradas todas las circunstancias de la persona que la tuvo, no tengo duda; y creo cierto, que no tanto se hizo á ella por ella, cuanto por nosotros: para que los de la Compañía, y los demas que se ejercitan en estas santas meditaciones, y gastan algun tiempo en estos so-

beranos ejercicios, los estimen en mucho, y se alienten á continuarlos, pues tienen tal fundadora, protectora, y ayudora, como la Vírgen Sacratísima, y ella se preció de hacerlos, aunque con incomparablemente mayor excelencia que nosotros; y quiso darnos noticia desto, para que siguiésemos su ilustrísimo y santísimo ejemplo.

Otra razon tambien muy fuerte nos ha de mover á seguir este modo de orar; porque la oracion no es propio fin de la Compañía, ni de las religiones mendicantes, que tratan con prójimos, aunque lo sea de las que profesan soledad, sino un instrumento universal de que nos ayudamos con otros medios para alcanzar las virtudes, y ganar las almas; y así, aquella forma de oracion hemos de seguir, que Nuestro Señor nos señaló como medio propio para alcanzar el fin de nuestro instituto, que es la que nos dejó el fundador, la cuál es muy más proporcionada para este fin, y por ella se alcanzará con perfeccion.

Estas y otras más razones recogió breve y admirablemente en una plática que hizo entónces el Padre Juan Suarez, Provincial desta provincia, con esta ocasion. El Padre General Everardo Mercuriano sintió mucho lo que le escribieron, que algunos con espíritu particular poco reportado, despreciaban el modo de orar de nuestros ejercicios, y querian introducir otro nuevo; y en esta razon envió una carta al Padre Baltasar Alvarez, y otra al Padre Provincial desta provincia, escrita en Marzo de mil y quinientos y setenta y siete, la cuál vi yo, y della saqué algunas razones de las que quedan puestas en estos dos capítulos, y contenia lo mismo que la otra, encargándole que conforme á ella enderezase y ayudase á los nuestros, para que estimasen y siguiesen el modo de ora-

cion de nuestros ejercicios. En cumplimiento desto, el Padre Juan Suarez, estando yo el año de mil y quinientos y setenta y ocho en este Colegio de San Ambrosio, estudiando el último año de Teologia, nos hizo una plática espiritual tan llena de santos avisos y documentos espirituales, para los que tratan de oracion, que luégo la escribí en mi librito; y me ha parecido ponerla aquí por ser muy á propósito, refiriéndola casi por sus mismas palabras, añadiendo algunas para mayor declaracion de lo que dice.

§. II.

Plática del Padre Juan Suarez sobre la seguridad é importancia del modo de oracion de nuestros ejercicios.

TENEMOS muy gran razon de gozarnos y dar gracias á Dios Nuestro Señor, por habernos dado su Majestad modo de tratar con él, acertado y seguro, cual es el que nos enseñan nuestros ejercicios. Lo primero, porque si el Abogado, y el Juez, y cada uno desea y procura acertar en su oficio, porque le va la honra, hacienda, ó vida; ¿cuánto más ha de desear acertar el religioso en el suyo, que es tratar con Dios, en lo cuál no va hacienda ó vida temporal, sino eterna? Lo segundo, porque si es gran cosa saber un hombre que va bien por un camino, sin recelo de perderse, ni volver atrás, cuánto mayor consuelo será para el que trata de oracion, ¿saber que va por camino acertado, y muy seguro? porque sin duda sería gran trabajo, al cabo de algunos años de religion y oracion, hallarse un hombre en blanco y burlado, por no haber andado camino seguro.

Y que sea tal el de nuestros ejercicios, se colige lo primero del fruto que por ellos vemos hacer en las almas, y el que han hecho en las mudanzas grandes que habemos visto en muchas personas de todo género de estados. Lo segundo, porque, como me dijo nuestro Padre Everardo, en Roma se tenia por tradicion, que habia dicho el Padre Diego Laínez, que Nuestro Señor Dios habia dado los ejercicios á nuestro Padre San Ignacio. Lo tercero, que sobre todo consuela y asegura, es la aprobacion del Vicario de Cristo Nuestro Señor, la cuál consta de la Bula de Paulo III, donde aprueba y alaba mucho los ejercicios de la Compañía, y exhorta á los fieles se quieran aprovechar dellos. Esta es la regla infalible, donde no puede haber engaño; y si deste modo así aprobado bien usáremos, seguros podemos parecer delante de Dios el dia del juicio; porque habemos seguido el modo que su Majestad nos dió; y si engañados habemos vivido, por Dios y por su Vicario lo habemos sido; pero como es imposible que Dios nos engañe, ni que su Vicario, en lo que propone á toda la Iglesia, yerre; así nosotros, siguiendo este modo, ni vamos engañados, ni erramos.

De aquí se sigue, que no está la seguridad en sentimientos y gustos espirituales, ni en satisfacion de sí, sino en la obediencia verdadera á la Iglesia, y á nuestra Religion; porque muchos hemos visto muy regalados interiormente, y con muchas lágrimas y sentimientos, y estar engañados por seguir como Saul su propio juicio, que es demonio voluntario, seminario de errores, y fuente de las herejías, como lo vi en Sevilla, donde estaba un hereje llamado Julian de Villaverde, enviado por los suyos á verse con los herejes que entónces andaban encubiertos en Espa-

ña. Prendiéronle, y por órden de los Inquisidores traté con él, ganéle la voluntad, y diciéndole que le deseaba su salvacion, respondia, que él la mia, sino que yo pensaba salvarme por lo que la Iglesia enseña, y él por lo que le parecia. Hablaba con grande sentimiento de las cosas de Dios, y á veces con lágrimas, diciendo: *Benedictus Deus, qui consolatur nos in tribulatione nostra.* Y satisfaciéndose de su camino, decia: *Ipse enim spiritus testimonium perhibet, etc.* Pensaba el miserable que el Espíritu Santo le daba interior testimonio de que iba bien, y no era sino su espíritu propio, ciego y obstinado. Murió quemado vivo con tantas lágrimas y ternura, que espantó á todos; pero los cuerdos echaron de ver que Satanás se habia trasfigurado en Angel de luz, para engañarle y endurecerle. Y entre él y nosotros, sola esta diferencia habia, que aquel se guiaba por su propio juicio, y nosotros por el de la obediencia y de la Iglesia, á la cuál rige el Espíritu Santo; pero el juicio propio es el demonio que llaman meridiano. Tambien el Padre Maestro Avila, al cabo de muchos años de oracion, hallaba haber errado en muchas cosas, y en otras acertado, y de todas nos avisaba á ciertos Padres que estábamos en Montilla, exhortándonos que diésemos gracias á Dios, que nos llamó á vida segura, de obediencia.

Viniendo, pues, al modo de oracion de nuestros ejercicios, supongo lo primero, que aunque es verdad que sin causa alguna puede el Criador consolar á la criatura, pero comunmente consuela y aprovecha al que se ayuda; y así, al que se da á la contricion, le da Dios devocion, y al que pelea y vence sus tentaciones y pasiones le da el maná escondido.

Lo segundo, aunque la virtud de la caridad es la

que nos ha de hacer comenzar, continuar y acabar el camino espiritual; mas esa misma caridad inclina á los que comienzan, á hacer actos de penitencia y mortificacion; á los que aprovechan, á hacer actos de edificacion de sí, y de sus prójimos, imitando las virtudes que resplandecen en la vida y Pasion de Cristo Nuestro Señor; y á los perfetos inclina á actos de amor y gozo de los bienes de Dios, y de Cristo Nuestro Señor, y de lo bien obrado y padecido por Él.

Lo tercero, que aunque el corazon que está predominado de una virtud, ó don espiritual, de todo saca sustancia, segun la virtud que en él predomina, como si predomina espíritu de humildad, ó contricion, de la misma Resurreccion de Cristo Nuestro Señor, y de las propiedades de Dios, saca humildad y contricion (como nuestro Padre Francisco de Borja tenia tanta humildad, que en todo lo que pasaba se humillaba y confundia), pero por nuestros pecados ahora hay poco desto, y así es menester tomar materia que de suyo ayude al alma para lo que ha menester, segun su disposicion.

Lo cuarto, en los ejercicios nuestros hay materia y forma escogida para los actos de las tres vias, purgativa, iluminativa y unitiva, que son alimpiar, aprovechar y perficionar un alma con el ayuda de Dios. Para lo primero dan materia muy buena y bastante los ejercicios de la primera semana, que son de los pecados, muerte, juicio é infierno. Para lo segundo, los de la segunda y tercera, que son de la Encarnacion, vida, Pasion y muerte de Cristo Nuestro Señor. Para lo tercero, los de la cuarta, que son de la Resurreccion, Ascension, y amor divino.

La forma que se ha de tener, es primero la pre-

paracion, conforme á lo que dice el Sábio: *Ante orationem præpara animam tuam.* Esto se hará guardando uno con diligencia las adiciones y advertencias que se dan para tener bien oracion, y tambien guardando entre dia el corazon con recogimiento de sentidos, haciendo exámen general y particular de sus faltas; para que con esto, purificada el alma, pueda despues sin impedimento tratar con Dios. Lo segundo es, la cooperacion en el tiempo de la oracion, ejercitando las potencias, memoria, entendimiento y voluntad, y sentidos interiores, acordándose del misterio, discurriendo, y pensando bien en lo que encierra, moviendo la voluntad á amar, ó aborrecer el bien ó mal que allí se descubre, aplicando los sentidos á gustar la suavidad y dulzura de la virtud, y el horror y agrura del vicio.

Lo tercero es, la aplicacion al fin de la oracion, para sacar algun fruto. Esto es lo que nuestro Padre San Ignacio repite muchas veces en los ejercicios, reflectir sobre mí, para sacar algun provecho; cerca de lo cuál se han de advertir cinco cosas muy importantes. La primera, que no se ha de gastar el tiempo de la oracion en generalidades, como es: ¡Oh qué buena es la humildad, caridad, etc.! sino es menester hacer reflexion sobre mí mismo, mirando la pobreza que desto tengo, y dando traza de enmendarme, pidiendo á Dios gracia para ello, y proponiendo á menudo la enmienda; porque de otra manera quedaremos tan carnales, y con las pasiones tan vivas como ántes: porque con los tiros que pasan por alto, no se derriba el castillo. Lo segundo, que de ordinario se ha de proceder conforme al órden dicho; porque aunque gastar el tiempo de la oracion en actos de amor de Dios, y en considerar sus perfecciones, sea muy bue-

no; pero en uno que tiene sus pasiones inmortificadas, y cuando habia de tratar de mortificarlas, es engaño; y los actos que hiciere no serán de amor de Dios, sino de amor propio. Y por aquí irá á la caza de soberbia, como hizo amor de sí. Verdad es de Dios la que se medita, pero la aplicacion puede ser del demonio, cual fué otra que él aplicó en la segunda tentacion de Cristo. De aquí se sigue la tercera, que el fruto que se ha de sacar, es enmienda de mis costumbres para hacer bien y padecer en servicio de Cristo Nuestro Señor, y provecho mio, y de mis prójimos: *Juxta illud, bona arbor bonos fructus facit*, porque el buen árbol lleva buenos frutos. La cuarta es, la ejecucion de los buenos propósitos; y para esto particularmente ayudan los exámenes, general y particular, con la penitencia por las faltas; porque, *regnum cœlorum vim patitur, et violenti rapiunt illud;* el Reino de los cielos háse de conquistar con buenas obras, haciéndose fuerza á sí mismos para ejecutarlas. La quinta, que el acierto de todo esto está en que la aplicacion sea á quitar lo que más nos estorba el aprovechamiento, ó el adquirir la virtud que más nos falta; y para esto lo más seguro es la direccion del superior ó confesor. La direccion general es, que se aplique á nuestra abnegacion y mortificacion, y adquirir las verdaderas y sólidas virtudes, y ayudar á nuestros prójimos á lo mismo. La particular remite la regla á la consideracion y ordenacion del superior, diciendo: *Quod ad orationem, et examina pertinet, cum unoquoque constituat;* porque el superior y confesor con su prudencia han de aplicar los avisos generales, conforme á la capacidad y necesidad de cada uno.

Esta fué la plática deste varon tan prudente y

experimentado en las cosas de espíritu, de la cuál solamente sacó por conclusion contra los presuntuosos, que aunque nosotros no hemos de atar al divino espíritu, ni sujetarle á nuestras reglas y preceptos de orar; pero el divino espíritu quiere que nosotros nos atemos, y sujétanos á las que Él nos ha puesto en su Iglesia, y enseñado á los Santos Padres, que nos ha dado por nuestras guias y maestros, que para nosotros son las de nuestro Padre San Ignacio, y las del libro de sus ejercicios espirituales, que casi son las que más comunmente enseñan los Santos para todos los justos; y no querer atarse á reglas, es claramente libertad de carne, y presuncion de soberbia muy peligrosa, siguiendo por su antojo los ímpetus interiores de su espíritu, que pensará ser de Dios, y serán del demonio; y cuando el Señor quisiere llevar por camino más particular y extraordinario, maestros hay en la Iglesia y religiones, que le sabrán enderezar, conforme á lo que se entiende ser voluntad y gloria del Señor, que es admirable en el modo de guiar sus escogidos, como lo fué con nuestro Padre Baltasar, de quien vamos tratando.





CAPITULO XLIV.

Cómo fué por Visitador de la provincia de Aragon; el modo cómo la hizo, y cómo descubrió allí la gran virtud del hermano Juan Jimeno. Pónese una relacion que hizo della.

OMO el Padre Baltasar salió tan bien desta prueba que se ha dicho, nuestro Padre General Everardo, con la buena relacion que dél tuvo, le nombró por Visitador de la provincia de Aragon, como enviaba otros Padres á visitar las demas provincias; los cuáles siempre eran de los más graves y de mayores prendas, porque iban en su lugar, y con sus veces, por no poder él personalmente visitarlas. Partióse luégo á cumplir su obediencia, y hizo su visita con un modo admirable, que puede servir de dechado á todos los que tienen semejantes cargos; y así dijo el Padre Gil Gonzalez de Avila, que era Asistente en Roma, que nuestro Padre General habia dicho, que entre diez y seis visitas que entónces se habian hecho en la Compañía, esta habia tenido singular eminencia: porque primeramente procuró el Padre Baltasar conservar la union y paz con los demas superiores en cuanto se podia, para que fuesen todos á una en la reformacion del espíritu que

se pretendia, precediendo en todo con raro ejemplo de santidad, que es el que da autoridad al que gobierna, y le hace amable y bien quisto, y que se reciba bien lo que ordena. Pero especialmente tuvo esta únion con el Provincial, que era el Padre Pedro de Villalva, que despues tambien lo fué desta provincia de Castilla, y contó lo que se dirá desta visita; el cuál era varon verdaderamente espiritual y desengañado, de quien decia el Padre Baltasar, que habia topado con un hombre, que tenia verdadera estimacion y aprecio de la virtud; y así, en tratándose y conociéndose, se amaron y unieron de manera, que nunca discreparon, ni tuvieron encontrados pareceres. Y no es de maravillar, porque el Provincial, en conociendo los grandes dones que Dios habia puesto en el Visitador, le respetaba de modo, que cualquier respuesta y determinacion suya, le parecia bajada del cielo, y que sus dictámenes eran como primeros principios en materia de espíritu y de gobierno.

Todo esto tambien procedia, de que el Padre Baltasar, la visita que habia de hacer en cada Colegio, primero la consultaba con Nuestro Señor, suplicándole instantemente que fuese á mayor gloria suya y provecho de los súbditos; y para esto ántes de comenzarla en cualquier casa, se recogia ocho dias, ó los que cómodamente podia, á hacer los ejercicios espirituales de oracion y leccion, como en la Compañía se usan, y en este tiempo no queria que alguno le hablase, gastándole todo en tratar con Dios; con lo cual, fuera del buen ejemplo que daba á todos los de la provincia, los aficionaba y movia á pedir, y hacer ellos otro tanto; y concebian dél lo que de verdad era, estimándole y reverenciándole como á Santo, teniéndose por dichosos que tal superior les hubiese cabido

en suerte; y no veian la hora de declararle su corazon, y abrirle su pecho, y ponerse en sus manos, pareciéndoles, que quien tenia tan familiar trato con Nuestro Señor, no podia dejar de acertar en todo su gobierno.

Pasados, pues, los ocho dias, comenzaba á hablar á todos los de casa, y los oia despacio cuanto querian decirle, gastando en esto todo el tiempo necesario; y tanto con el menor como con el mayor, segun la necesidad de cada uno, y no segun otros respetos humanos, que hacen gastar el tiempo sin tanto provecho. En habiéndolos oido, los consolaba, y animaba á la perfeccion, y trato con Nuestro Señor; y no faltaron algunos, que tuvieron experiencia de la luz y espíritu de profecía que acá solia descubrir, para alentarlos en el divino servicio. De un Padre, por lo ménos, de aquella provincia he sabido, que siendo hermano le dijo algunas cosas que le habian de suceder, y le sucedieron como se las habia dicho. Con estas diligencias, y con la eficacia de sus palabras en las pláticas comunes que hacia á todos juntos con el espíritu y fervor que tenia de costumbre, fué grande el provecho que hizo en todos; de suerte, que cuando se iban, sentian su partida por el amor que le habian cobrado, y por el fruto que con su comunicacion habian sentido.

Comenzó, pues, su visita por el Colegio de *Zaragoza*, donde descubrió un tesoro escondido, que le causó grande gozo; porque habiendo hablado á todos los de casa de las cosas de sus almas, topó entre ellos un hermano Coadjutor, que se llamaba Juan Jimeno, de excelente virtud, pero encubierta. Era este hermano de nacion valenciano, de un lugar de las montañas, que se dice Viar; el cual, por consejo

de un devoto ermitaño, se resolvió de ir á Valencia á pedir la Compañía, y en su pretension le sucedieron dos cosas que eran señales de que Dios le llamaba, y le escogia para ser muy santo. La una fué, que acudiendo el enemigo en medio del camino á tentarle, para que se volviese á su tierra con su madre y hermanos que eran pobres, movido del divino Espíritu, hizo este insigne voto: «Yo os prometo, Señor, que tengo de ir á servir aquellos Padres por vuestro amor; y tambien os prometo, Dios mio, de no hacer cosa que no sea por vuestro amor; porque yo no sé á dónde voy á servir, sino á vos que sois mi Dios y mi Señor.» Con esta generosa promesa cesó la tentacion, y siguió su camino hasta Valencia, á donde sucedió la otra cosa notable, pidiendo ser admitido al Padre Provincial Antonio Cordeses, hombre de grande espíritu, el cual, tratando con sus Consultores, si recibiria en la Compañía á Jimeno, ellos, que ya le habian visto y hablado ántes, como es costumbre, fueron de parecer que era inútil para ella; y juntándose segunda y tercera vez á tratar desto, porque el Provincial estaba inclinado á recebirle, dijeron lo mismo; pero el Padre Cordeses, con la interior mocion que el Señor le imprimia, usando de su modo comun de afirmar las cosas, dijo: *In rei veritate*, que le habemos de recebir para Santo, que este lleva camino de serlo; y así le admitió, y el suceso descubrió que fué de Dios su resolucion con aquel modo de profecía. Poco despues le enviaron por morador al Colegio de Zaragoza, y casi siempre residia en la casa del campo ó heredad, ó torre, que se llama Jesus del Monte, donde trabajaba de dia y de noche, como un esclavo, aunque muchas veces venia al Colegio, y acarreaba con un chirrion leña, y agua en un cubeto, y otras

cosas necesarias para el servicio de la casa, aplicándose con mucha alegría á los oficios más trabajosos y penosos, á que otros suelen tener repugnancia. No le faltaron ocasiones de desprecio por falsos testimonios que le habian levantado; pero supo bien aprovecharse dellos; y como en lo exterior era hombre sencillo y llano, y por otra parte, como humilde, encubria los dones que Nuestro Señor le daba, aunque le tenian comunmente por siervo de Dios, no era conocido, ni estimado en lo que su grande virtud y espíritu merecia, hasta que el Padre Baltasar Alvarez le tomó cuenta de su alma, y le comenzó á tratar de cosas espirituales; y como él tenia tanta luz del cielo, y tanta experiencia dellas, luégo reconoció lo mucho que la divina Majestad habia depositado en aquel alma. No se hartaba de oirle contar las misericordias que recibia del Señor; gastaba con él tan largos ratos á solas, y tantas veces, que los de casa reparaban en ello, deseando saber la causa de tan frecuente y larga comunicacion, entre un hermano lego, y un Visitador tan grave; el cual, sin hacer caso desto, gustaba de oirle, y abríale los ojos para que conociese las soberanas mercedes que el Señor le hacia, y se dispusiese para recebir cada dia otras mayores; y tambien abrió los ojos á los demas del Colegio, para que comenzasen á conocer y estimar al que ántes no conocian ni estimaban tanto; para lo cual, entre otras cosas, les dijo con su humildad, que habia aprendido deste hermano muchas cosas tocantes á la oracion [1]. Y si tal maestro aprendia del que profesaba ser su discípulo, señal es que el discípulo habia volado en algo tan alto como el maestro.

[1] Véase el núm. xx del Apéndice.

Y pues hemos tratado en esta historia algunas cosas notables de Padres y hermanos estudiantes de la Compañía, á quien el Padre Baltasar ayudó en el espíritu, muy bien vendrá que digamos tambien algo de un hermano sin letras, que excedió en la santidad y ciencia del espíritu á muchos Letrados; al cual, no sólo ayudó mucho en poco tiempo, y le dió á conocer el mundo, sino lo que es más, por providencia especial de Nuestro Señor, fué cronista de sus virtudes; y así comenzaremos por lo que escribió dellas estando ya de vuelta en Villagarcía, respondiendo á una carta de un Padre de la provincia de Aragon, que le avisó de la dichosa muerte deste buen hermano, pidiéndole que les dijese todo lo que sabia de sus virtudes.

Carta del Padre Visitador Baltasar Alvarez, para los Padres y hermanos del Colegio de Zaragoza de la Compañía de Jesus.

LA de V. R. de diez de Marzo recebí á veinte y cinco del mismo, y he dilatado la respuesta della por haber tenido el tiempo ocupado, y de la vida del hermano Jimeno, de buena memoria, sé yo pocas cosas; mas esas, buenas y ciertas, oidas dél mismo, y dignas de que se precien, y más de los que las habemos más menester para que nos despierten, por quedar tan atrás de las suyas. Padre mio, muchas cosas resplandecian en aquel hermano, siervo de Dios, tan desconocido del mundo, y conocido de Cristo Nuestro Señor, y regalado, unas para con Dios, otras para consigo, y otras para con los superiores y prójimos.

Para con Dios tenia en particular una confianza grande, como Él quiere que la tengan sus siervos, de su buena condicion y entrañas, cual nos la tiene revelada en sus Escrituras Santas; y esta era su gobernalle, y su mayor fuerza en todos los trabajos y sucesos desabridos en que se veia, arrojándose en sus brazos *in omnibus, et per omnia*, siendo para él una misma razon de todos los sucesos grandes y pequeños. Nacia esta confianza en él, de lo que la experiencia le mostraba, y de una reverencia profunda en el interior trato de su Majestad, acompañada de una fidelísima obediencia en todo lo que entendia ser su sagrado contentamiento y voluntad; y en confirmacion desto, referia algunas particularidades con grande estima y ternura, como misericordia mayor y á manera de milagro, como cuando le sacó el macho del rio Ebro, donde se daba él por ahogado, habiendo representado al superior que le enviaba con el chirrion por agua á Ebro, que él no tenia fuerzas para domarle, y que Ebro venia grande, y que á un desman pequeño quedarian ahogados el macho y el hermano; y sucedió despues el caso como él ántes temia, arrojándose el macho al recial del rio; y viéndose ya perdido, dijo á Dios Nuestro Señor con grande confianza: «Oh Señor, que ya no hay aquí remedio si de vos no viene. Bien sabeis vos que yo propuse á la obediencia mi falta de fuerzas, y no estoy puesto en este peligro por culpa mia.» ¡Oh cosa maravillosa! En este punto se paró el macho, y levantándose en dos piés, comenzó á irse retirando hácia atras sobre la punta dellos con grande tiento como si fuera hombre; y salió con tan desacostumbrado modo, que lo tenia, como he dicho, casi por milagro; y esta experiencia de lo que en Dios tenia, le fué una mina

grande, y fuerza para desarrimarlo del mundo, y juntarlo á Él mucho; y tenia buenas ayudas de costa de la mano del Señor, para estar tan junto y pegado á Él. Lo primero, un desembarazo del corazon, grande, del cuál de cuándo en cuándo decia: «No hay sino desembarazar el corazon, y rendirlo á Dios, que luégo no se podrá uno dar manos con los bienes que dél recibirá. Segundo, una paz y consuelo lleno en toda manera de sucesos. Tercero, una conversion del corazon á Dios, que casi no le perdia de vista. Cuarto, un regalo grande en la oracion; y habíale Dios hecho merced que le bastase ménos sueño, para que pudiese tener largos ratos á solas con Él en lo más quieto de las noches, cuando ni habia ocupaciones de obediencia, ni estorbos exteriores de prójimos; porque (con caer á las noches cansado de su contínuo trabajo del dia, y tomando su mantenimiento necesario en ellas), porque á un hermano trabajador comer y beber, como él decia, lo suficiente, y más con órden de la obediencia, y para poder trabajar en ella, ántes ayudaba al espíritu que le impedia (porque las mulas, decia el mismo hermano, llevan el carro, y no el carro á ellas; y si no comen, no podrán tirarle); con tres ó cuatro horas, pues, de sueño tenia él lo que le bastaba, y á las dos ó tres de la noche ya estaba despierto: *Et quod reliquum erat noctis pernoctabat in oratione Dei.* Todo lo restante de la noche gastaba en oracion con Dios en la azotea de la torre, donde me decia él que me pasease por ella, y veria qué cosa era aquella; y para esto habíale Nuestro Señor desembarazado de los estorbos exteriores; porque no le ocupaba desnudarse ni vestirse, por cuanto dormia dias habia, de ordinario, vestido, teniendo para ello órden de los superiores, con que se hallaba mejor

para tener oracion, y no mal para la salud corporal. No criaba cosa en su persona que le inquietase, ni le ocupase tiempo en limpiarse, como á otros. De manera que vivia en limpieza de alma y cuerpo; y así, descansaba de todas maneras, y su oracion era de la Pasion, por unas coplas que decia della, en las cuáles tenia sentimientos vivísimos, que le hacian prorumpir en lágrimas, sin ser más en su mano; y si referia esto, era dando cuenta de su conciencia, para cumplir con el órden de la obediencia de andar claros con sus superiores, y eso, primero con muchas salvas de su confusion: y decia una cosa digna de no ponerla en olvido. Preguntándole yo de qué tenia oracion, respondió: «Padre, pienso en la Pasion, porque no hay otra cosa en qué pensar, porque allí está todo.»

Para consigo, ultra de la vida religiosa, como los demas, tenia un desprecio acompañado de mortificacion interior de sus apetitos y ganas que se encontraban con los quereres de Dios; y esto guardaba con muchas veras, porque la experiencia le habia mostrado, que en faltando en algo desto, le faltaba Dios, y quitaba la racion que le daba de sí, y que él estimaba sobre todas las cosas deste mundo, con que andaba en su servicio despierto y vivo, y con fuerzas contra todas las molestias que se lo impedian.

Para con los otros tenia un desprecio de sí mismo, acompañado de una determinacion de sufrir molestias, y excusárselas á ellos, haciéndoles el gusto y servicio que en sí fuese; y este manantial le fué principio de vida, y un tesoro grande. Era superior al qué dirian los hombres, y holgaba de andar vestido tan pobremente, que no le tuviesen en nada, y le despreciasen; y decia él hablando deste particular: «¿Y qué se me da á mí de que me tengan y estimen

los hombres? ¿Y de qué me puede aquello ayudar? Antes acordarse de mí, y hacer caso de mís cosas, me podria estorbar é impedir; pero olvidarse y despreciarme puédeme ayudar. Pues esto, decia él, habia yò de querer y buscar, que no lo que me impide, y estorba mi aprovechamiento.»

Para con los superiores resplandecia en él un respeto grande, como quien los miraba con ojos claros, y que tenian las veces de Dios; y una determinacion de no salir de lo que le mandasen, por más dificultoso que fuese, por ninguna cosa del mundo; y así decia: «A estos superiores téngolos yo de tener sobre mis ojos, aunque ellos más me mortifiquen (y por usar de su término) y más me afinen sin razon.» Y aquí me contó un caso particular, que le pasó con uno años atrás, debajo de gran secreto, en que á su parecer excedia el superior que lo tuvo muy apretado, porque le tocaba vivamente en la honra; y húbose tambien como hombre, así en aprovechar el lance, ofreciéndolo al Señor, como en callarlo porque no se pudiese entender el defeto del que así le habia lastimado y agraviado; y aunque en la manera que él lo contaba, parecia que realmente habia exceso en no darle crédito el superior, en el descargo que él daba de sí, todavía, como fué con buen celo de su aprovechamiento, la prueba la enderezó en más estima de la obediencia, y en mayor bien suyo; porque este fúé el principio de sus mayorías y grandezas de espíritu, morir voluntariamente á sí, por vivir á Dios, poniendo en cobro tan buen lance. Tambien, preguntándole yo cómo le iba con Dios, respondió: «Que ántes que acabase de rendirse á la obediencia, siempre andaba inquieto, y nunca le iba bien; mas que despues que se determinó y lo hizo, que le iba ya tan bien, que no

habia más que desear; y que como la obediencia le ocupase al tiempo de la oracion, que no se le daba nada de no tenella, como él obedeciese; y que tan contento iba tras el chirrion, como á tener oracion; cuánto más, que tampoco no se quitaba por eso, pues tras él iba rezando las coplas de la Pasion, y las iba meditando, y rezando sus *Pater noster* con sus misterios.»

Para con los prójimos tenia una sed grande de su salvacion, y de que todos conociesen á Dios, y guardasen su santísima ley; de donde se le seguia una traza interior que tenia, de juntarse á cuantos labradores encontraba, y procurando entrar con la dellos, y salir con la suya, les trataba de Dios; y teniendo primero pensado las cosas que les habia de decir; y tal saber le habia dado Dios á su modo, con tal dulce, que de ordinario dejaba ganadas las personas con quien trataba, y trocadas en sus costumbres; y destas cosas me contaba algunas particulares, que hacian bastante testimonio, reprehendiendo á unos, y dando órden de concertar sus vidas cristianamente á otros; y llegó á decirme: «Hasta aquí no he osado hablar de Dios á todos descubiertamente, sino es con grande tiento á cuál y cuál; ya de aquí adelante con todos he de hablar dél;» y esto decia con una ternura, que le venian las lágrimas á los ojos. Hablaba contínuamente de las cosas de Dios, prorumpiendo en ellas sin ser más en su mano, de que hay hartos testigos en ese Colegio, de los que iban á la torre, *omni exceptione majores;* y viendo la sencillez y verdad de su corazon, y el buen suceso de su hablar, no me atreví yo á quitárselo, con haber pasado en este particular con advertencia, y propósito, á lo ménos, de mandárselo. Tenia grande luz en las cosas interiores, y las

veces que hablaba en la torre por órden de la obediencia, la mostraba bien; y todo esto, y lo que arriba queda dicho, y allá saben más á la larga, se confirmó con el remate tan ejemplar de su vida, y dia que supo de su muerte, y declaró ocho dias ántes, con tantas otras particularidades que allá saben. Resta ahora, que pues yo he recogido lo que se me ha acordado, por no faltar al consuelo y encomienda de V. R., que en recompensa no falte V. R. al mio, haciéndome caridad de enviarme copia de las que allá habian recogido, y ultra destas, de las coplas que él hizo, y cantaba en la torre, y de las que meditaba en su chirrion, de la Pasion, con la memoria de dónde era natural, y qué años tenia de religion y de edad, que el dia en que acabó acá le tengo yo. Dios nos le dé á los dos tan dichoso, y sea en el alma de V. R., y todo su amor y consuelo, amen. De Villagarcía y de Mayo, dia de San Felipe y Santiago, mil y quinientos y setenta y nueve.» Esta es la relacion de las virtudes del hermano Juan Jimeno, que escribió su buen superior y Padre, dando de camino testimonio bastante del grande caudal que tenia para penetrar la virtud y espíritu de sus súbditos, conociendo como buen pastor á sus ovejas.





CAPITULO XLV.

De otras cosas notables del hermano Jimeno, y algunas que le pasaron con el Padre Baltasar.



UERA de las cosas que el Padre Baltasar escribió en la relacion pasada, será bien añadir otras que el mismo Padre contó de palabra, ó se han sabido por via cierta, de la gran religion y espíritu deste hermano, el cuál tuvo siempre grande inclinacion á seguir el dictámen de la razon, y en la religion perficionó esto con aquel generoso sentimiento que arriba dijimos en el capítulo XXI, de seguir el dictámen de tres superiores, Dios, el Prelado, y la razon, aunque todos son uno, que es el mismo Dios; y por este camino fué creciendo con grande excelencia en toda virtud.

Tambien desde sus principios puso grande esfuerzo en perseguirse, y contradecir á todas las inclinaciones de la naturaleza, rebatiendo con valor sus ímpetus, y venciendo esforzadamente todas las repugnancias que della resultan. Cuando venia de la Granja al Colegio, acarreando algo, fuera del ejercicio de rezar, se iba haciendo preguntas y respuestas; como es:—¿Dónde vas, Jimeno?—Al Colegio á descansar un poco.—Y si en llegando te mandasen hacer tal, ó tal cosa de trabajo?—Que no me la mandarán, porque vengo hecho pedazos.—¿Y si con todo eso te lo

mandasen?—Harélo de buena gana.» Y luégo redoblaba: «Plegue á vos, Señor mìo, que lo manden.» Y acontecióle muchas veces, queriendo Nuestro Señor satisfacer á su deseo, que llegando muy cansado del campo, le mandasen en casa aquello mismo que él habia razonado en el camino, lo cuál hacia con grande prontitud y diligencia, especialmente si era sacar estiercol de la caballeriza, ó limpiar las necesarias, ó semejantes oficios humildes, á que tenia más inclinacion por mortificarse más; y muchas veces él mismo tambien se ofrecia algunas fiestas á hacer el oficio de la cocina, por aliviar al hermano que le hacia. Sacando un dia tierra del Colegio, y llevándola á la orilla del rio, se le ofreció que sentiria algo ir en cuerpo sin sotana, y porque no tenia licencia de salir fuera de casa sin ella, tomó esta traza de pasar delante del Padre Rector sin sotana; y como no le mandase vestir, parecióle que aquella licencia bastaba, y de aquella manera anduvo todo el dia acarreando tierra. En estas y otras semejantes ocasiones, en que juzgaba que podia mortificarse sin contravenir á la obediencia, lo hacia siempre sin perder ninguna.

§. I.

PERO con más alegría se aprovechaba dellas, cuando la misma obediencia se las traia. Un Domingo á las siete de la mañana, en pena de cierto descuido, le mandó el Padre Rector que no comiese. Mandóle despues el Padre Ministro ir á la torre ó granja, y no quiso llevar cosa de comer; volvió á la noche bien hambriento, púsose en oracion delante del Santísimo Sacramento, y allí hizo voto de cumplir aquella obediencia, y no comer hasta que se

lo mandasen; y aunque tañeron á cenar, se estuvo en su aposento, hasta que proveyó Nuestro Señor, que yendo el Padre Rector á cenar el último de todos, preguntó si faltaba alguno por cenar; dijéronle que el hermano Jimeno, que habia ido á la torre; envióle á llamar, y preguntóle, porqué no habia cenado. Respondió: «Porque V. R. me mandó que no comiese;» y edificado de su obediencia, le mandó que cenase. Otro dia viniendo de la torre por recado para los mozos, dijo al superior á lo que venia, el cuál callaba haciéndose del sordo por mortificarle; el hermano, que tenia priesa, repitió dos ó tres veces su demanda, y con todo eso le detuvo el superior una hora en pié sin responderle. Despues, pareciéndole al hermano Jimeno que habia excedido en decir tantas veces á lo que venia, prometió á Nuestro Señor, que si otra vez le acaeciese, que se contentaria con decirlo una vez, dejando hacer al superior lo que quisiese; volvió el dia siguiente á lo mismo, y dijo: «Padre, vengo por recaudo.» Con esto calló, esperando la respuesta tres horas, teniendo oracion delante de un Crucifijo que estaba en el aposento, hasta que viendo el Padre Rector su resignacion y sufrimiento, le mandó que tomase recaudo. A este modo le sucedieron otras muchas cosas muy notables, y la que refirió el Padre Baltasar en su carta cuando fué por agua á Ebro, que fué de todos tenida por milagrosa, la cuál contaba el mismo hermano con gran ternura, reconociendo la suavidad de la Divina Providencia, que acude en los casos más apretados, á los que se fian della por obedecer á sus superiores. Y para que se vea lo mucho que Nuestro Señor estimaba este modo de obediencia, diré lo que sucedió un dia estando en oracion en la iglesia, delante de una imágen de Nues-

tra Señora, suplicándola con singular afecto, que le ayudase y encaminase de modo, que acertase el camino de la salvacion. Oyó una voz que le dijo: «Camina, Jimeno, por ese camino de la obediencia ciega, como caminas, que bien vas.» Despues desta voz se sintió grandemente trocado, y mejorado en esta virtud; y cuando los superiores le pedian cuenta de la conciencia, y le preguntaban si se sentia animado para la perfeccion, él respondia: «Desde aquella noche que me habló Nuestra Señora, no hay más qué desear.» Esto contó al Padre Baltasar, y él nos dió noticia dello.

Pues ¿qué diremos del amor grande que tuvo á la pobreza, procurando siempre lo peor de casa para sí, en la comida, vestido, y en lo demas, durmiendo muchas veces en la caballeriza entre paja, con achaque de dar de comer al macho? Pero mucho más estimaba la pobreza de espíritu, sin la cuál la exterior aprovecha poco. Díjole un compañero cierto dia: «¡Qué mal vestido anda, hermano, y qué bien guarda la pobreza!» Respondió Jimeno: «Ir mal vestido no es pobreza.» «Pues ¿qué es?» dijo el otro. «Pobreza, dice, es paz del alma y del cuerpo, cuando todo falta; porque cuando el hombre se acostumbra á andar mal vestido, y mal calzado, y mal comido, de modo que cualquiera cosa le contenta, y todo le viene bien, y aun muy ancho, eso es paz del cuerpo y del alma, la cuál no tiene el que no se contenta con lo que le dan, aunque sea bueno; antes se queja y murmura del que se lo dió, por no ser tan á su gusto.» Otra vez declaró lo mismo mucho mejor por este ejemplo, á otro que le preguntó qué era pobreza. «Si uno, dice, hubiese plantado un jardin de frutales varios, y de otras plantas vistosas, y habiéndolo cultivado y ade-

rezado muy bien, á la mañana le hallase todo arrancado y talado, y no se inquietase por ello, ni perdiese la paz, ya sería rastro de pobreza; lo que es pobreza de espíritu, es estar desnudo de todo lo que no es Dios; y si alguna cosa ama, ó le da pena, si no es no servir á Dios por quien Él es, ó que sea Dios ofendido, siendo tan bueno, no es verdadera pobreza de espíritu.»

Esta tan alta Filosofía habia aprendido el hermano Jimeno, no en los libros, sino en la oracion, con la uncion del Espíritu Santo, que enseña muy excelentes verdades, sin estruendo de argumentos; y destas se le oian muchas, porque hablaba muy bien, y con mucho gusto, de Dios, y de las cosas espirituales, cuando estaba entre los que querian oirle. Estando en Jesus del Monte el Padre Baltasar Alvarez, Visitador, con el Padre Provincial y con otros Padres, le ordenó, que al tiempo de comer, en lugar de la leccion, sobre un capítulo de *Contemptus mundi* predicase, ó dijese lo que sentia. Habló con tanto concierto de razones, y con tanto espíritu y afecto, que con ser los oyentes personas tan espirituales, quedaron admirados de la sabiduría santa de aquel hermano idiota; y no se acabó la comida sin lágrimas, como el Padre Baltasar lo habia dicho entrando en la granja, que no faltarian aquel dia lágrimas en la mesa. Oí contar, no sé si al mismo Padre Baltasar ó á otro, que entre otras cosas, dijo entónces una muy á propósito, para los que tienen letras sin espíritu. «Topé, dice, el otro dia un carro cargado de cebada, que tiraban dos mulas al parecer grandes y valientes, atollado en un lodazal, sin poder pasar adelante, hasta que ayudándolas yo y otros pasajeros, levantando algo de las ruedas, y el carretero con voces y palos, salieron de aquel aprieto.

Preguntéle yo, cómo mulas tan grandes y fuertes, no habian podido arrancar aquel carro del atolladero. Respondióme, que la causa era por estar flacas, y comer poco. Repliquéle; «pues ¿por qué no comen?» Dijo él: «No es por falta de cebada, que el carro va lleno della, sino porque no se la dan.» «Entónces, dice el hermano Jimeno, se me representó lo que pasa por algunos Letrados, grandes predicadores y maestros, los cuáles suelen atollar en el camino de la perfeccion, sin dar un paso adelante, por estar flacos y debilitados en el espíritu; y esto no es por faltarles sustento espiritual, porque el carro del entendimiento está lleno de las verdades espirituales que predican y enseñan á otros, sino porque no las comen, ni las aplican á sí mismos por la meditacion, para mover sus corazones, y reformar con fervor sus vidas.» Esto dijo con tanto espíritu, que la comparacion, que al principio parecia de risa, cuando la aplicó fué motivo de llanto.

§. II.

TENIA tambien el hermano Jimeno otras especiales devociones, que eran indicio de su fervor y santidad. Era tan devoto del agua bendita, que sirviendo en la obra que se hacia en la iglesia, aunque fuese cargado con el angarilla cuando pasaba por la pila del agua bendita, se detenia siempre á tomarla con mucha devocion; y cuando tañian á las Ave Marías, por más ocupado ó cargado que estuviese en la obra, al punto lo dejaba todo, y se arrodillaba para hacer oracion; y quiso el Señor una vez mostrar cuán acepta le era esta piedad, con un caso milagroso que sucedió, haciendo el edificio de la

iglesia de Zaragoza; porque subiendo á vuelcos con otro hermano una piedra muy grande y cuadrada por un tablon arriba muy pendiente, y teniéndola sobre él, no de plano, sino de esquina, tañeron á las Ave Marías. El hermano Jimeno soltó luégo la piedra para rezarlas, y el compañero, que era el hermano Domingo Calvete, con su ejemplo hizo lo mismo, pensando que la piedra rodaria por el tablon abajo; pero ella se detuvo de canto, siendo tan pesada, que apenas los dos podian subirla á tumbos, y el tablon, como se ha dicho, tan inhiesto. En acabando de rezar, llegaron á la piedra, y dándola otro tumbo, la subieron á donde habia de estar, con no pequeña admiracion de lo que habia pasado. Despues de haber comulgado en la torre, algunas veces se salia al campo, no cabiendo dentro de casa, para poder con libertad desabrochar su corazon, y desahogarle con suspiros, y exclamaciones al cielo.

Cuando venia de la torre al Colegio, se traia consigo el *Cartujano*, con ser libro tan grande, para poder leer por el camino; y en casa, cuando habia leido tres ó cuatro renglones, decia: «Vamos á rumiar, que la oveja si no rumiase no engordaria.» Era amigo de pocos libros. En todo el tiempo que estuvo en la Compañía, que fueron diez y siete años, no leyó sino en solos dos libros. Los primeros siete, de las Epístolas de Santa Catalina de Sena, los demas en el *Vita Christi del Cartujano;* y el Padre Baltasar, un mes ántes que muriese, le dió el *Contemptus mundi* al tiempo que le tenia ya todo trasladado en su alma.

Fué muy devoto de las almas de Purgatorio, para cuyo sufragio y refrigerio ofrecia muchas de sus buenas obras, especialmente la comunion, que de suyo es la mayor de todas. Fuera de los Domingos, que en

la Compañía comulgan los hermanos por obligacion de regla, solia pedir licencia los otros dias de fiesta para comulgar; pero ántes de pedirla, lo comunicaba con el mismo Señor delante del Santísimo Sacramento, y decia entre sí: «El superior me sacará desta duda; si me da licencia, señal es que Dios lo quiere, y si me la niega, señal es que no gusta dello:» pero de cualquier manera, ántes de pedir licencia, él ofrecia aquella comunion por las almas de Purgatorio, cuya necesidad tenia por muy grande, y crecióle mucho por este camino. Estaba el dia de todos los Santos en la iglesia del Colegio, delante de la imágen de Nuestra Señora de la Concepcion, y sobrevínole escrúpulo de que tenia poca devocion y compasion de las ánimas de Purgatorio; y á este tiempo oyó una voz clara, que le dijo: «Jimeno, acuérdate de las almas del Purgatorio.» A esta voz respondió prontamente: «Sí haré, Señor;» y desde entónces hasta su muerte, que corrieron ocho años, ofreció todas sus buenas obras exteriores é interiores, de mortificacion y devocion, en socorro de las almas de Purgatorio.

Para particulares haciendas tenia particulares consideraciones. Estaba un dia sarmentando con otro hermano, el cuál lo hacia con mucha diligencia y presteza; y juzgó el hermano Jimeno, que lo hacia con poca devocion y espíritu; y así le advirtió dello con humildad. El otro pensaba que era mejor su diligencia, que la flema del hermano Jimeno, que de su natural era flemático; y así le dijo: «Y el hermano ¿con qué devocion labra, pues se va tan despacio?» Respondióle: «Cuando voy hácia arriba, voy con Nuestra Señora y San Josef á Egipto, ofreciéndome á ellos para que se sirvan de mí; y cuando vuelvo hácia abajo, vuelvo con ellos á Nazaret.» Deste modo ha-

llaba siempre consideraciones devotas, acomodadas á las cosas en que se ocupaba.

Otras cosas muy notables sucedieron al Padre Baltasar Alvarez con el hermano Jimeno, con ocasion de otro hermano que estaba con él en la misma granja, ayudándole á cultivarla, el cual fué al Padre Visitador, y con algun modo de envidia, que suele haber tambien entre buenos, en las cosas de su oficio, le dijo, que no convenia que el hermano Jimeno anduviese con el carro, porque algunas veces iba tan elevado, que no miraba por dónde le guiaba; y por esta causa habia cogido la rueda á una niña, pasando por encima della; y él se ofreció á traer el carro, añadiendo algunas razones, para persuadir esto al Padre Visitador, el cuál hizo llamar al hermano Jimeno, y le preguntó qué habia sido lo de aquella niña. Respondió: «No sé cómo el carro la cogió, y pasó la rueda sobre ella; yo luégo la encomendé al Señor, y dije: Jesus te ayude, y no la hizo daño.» Por donde entendió el Padre Visitador, que habia sido caso milagroso; de ahí á poco llamó al otro hermano, y díjole: «Tomad el cuidado del chirrion como pedisteis, mas entended que no se le quito al hermano Jimeno por faltas que en él haya, pues las que vos habeis dicho dél, no lo son: pedidle perdon, y mirad no os castigue Dios, permitiendo que os suceda algun caso desastrado.» Dentro de poco tiempo que el Padre Visitador salió de la provincia, que sería un año, ó algo más, se ofreció necesidad de que este hermano con el carro fuese por sal, y á la vuelta, media legua de Zaragoza, cerca del monasterio de San Amberto, al poner del sol se subió el macho por un ribazo arriba, sin poderlo detener, aunque el camino era bien ancho, y volcó el chirrion, y dió con el hermano en

tierra, y allí murió luégo de la caida, y como era tarde, no se halló cerca persona que pudiese salvarle. A la mañana vinieron unos labradores á avisarlo, diciendo cómo le habian hallado muerto sin alguna herida; para que se cumpliese lo que el Padre Visitador habia pronosticado. Y es muy creible, que este castigo no sería más que temporal, porque este hermano habia confesado y comulgado el dia ántes que murió, y era buen religioso; y no es de maravillar que haya en los tales algunas faltas ligeras, que se purgan despues en el fuego del Purgatorio.

Finalmente, cuando el Padre Baltasar acabó su visita, mostró el espíritu que tenia de profecía, en que el mismo dia que partió de Zaragoza dijo á los Padres: «Tengan cuenta con el hermano Jimeno, que presto se les morirá.» Este propio dia vino el hermano de la torre enfermo al Colegio, y no se levantó más de la cama; fué la enfermedad una recia calentura, y en toda ella tuvo una rara paciencia, cual se deja entender de lo dicho. Como via que se le acababa el tiempo de merecer, y granjear la hacienda que nunca se acaba, dábase mayor diligencia. Estaba todo tan retirado en lo interior, y tan unido con Dios, que parecia no divertirse en otra cosa diferente, y que los accidentes de la enfermedad no eran estorbos, sino despertadores y ayudadores para esto. Nunca habló, sino preguntado; y si la pregunta era de cosas de Dios, respondia á ella altísimamente. Preguntóle el Padre Provincial Pedro de Villalva, si tenia deseo de ir al cielo, y si lo pedia á Nuestro Señor; respondió: «Padre, nosotros seamos buenos, y sirvamos á Dios como es razon, y descuidemos de lo demas, y dejémoslo en mano del que, siendo infinitamente justo y bueno, nos dará lo que mereciéremos;»

y añadió, que podia nacer de amor propio pedir el cielo. Estando una vez el hermano enfermero dándole de comer, estaba allí otro hermano, el cuál le dijo: «Hermano Jimeno, ¿cómo no me habla? ¿cómo no se alegra?» A esto respondió: «Hermano, el asnillo está fatigado, pero ya está aparejado para partirse de aquí á ocho dias;» y así sucedió, que siendo este dia mártes, el otro mártes murió; y el viérnes ántes, velándole este mismo hermano, y viéndole fatigado, le preguntó qué tenia; el hermano respondió, que no sentia nada, y de allí á un rato, le dijo: «Cierto, hermano, que estoy el hombre más consolado del mundo.» Llegado el domingo, parecia estar al cabo; y así el Padre Provincial y otros Padres, le asistian y ayudaban en aquel trance, pensando no llegaria á la noche, y un Padre le dijo: «¿No sería bueno, hermano, que le leyésemos la Pasion?» Respondió: «Aún no es hora; yo avisaré á V. R. cuándo lo será;» y replicando el Padre, que más valia entónces que tenia sentido, pues quizá despues lo perderia, respondió: «Sí terné, Padre.» El lúnes á la noche le veló este mismo Padre, y el hermano, allá muy tarde, le dijo: «Ya es hora, Padre, de leer la Pasion.» Juntó el Padre algunos otros de casa, y habiéndosela leido, despues de medio cuarto sobre la media noche, entrado ya el mártes, dió su espíritu al Señor, con tan grande paz, suavidad y sosiego, que apénas los presentes lo advirtieron, hasta que le vieron muerto.

Muchos de los Padres y hermanos se arrojaron á sus piés, y se los besaron con gran veneracion y estima de su santidad. Al punto que expiró estaba un Padre grave[1] durmiendo sobre la cámara del hermano Jimeno,

[1] Era el Padre Pedro Juste.

y de improviso recordó con algun pavor, y vió una grande claridad en el aposento, la cuál en breve desapareció. Murió á los veinte y cuatro de Febrero de mil y quinientos y setenta y nueve; y desde entónces hasta el dia de hoy, se conserva muy fresca y olorosa la memoria deste tan santo hermano lego, ejemplo y dechado de perfeccion para todos los hermanos legos, y para los que no lo son; y el mismo dia de su dichoso tránsito, ó poco despues, se apareció al Padre Baltasar Alvarez, en un aprieto que tuvo en su camino, como se dirá en el capítulo que se sigue.





CAPITULO XLVI.

Cómo fué nombrado por Provincial del Perú, y de una cosa milagrosa que le sucedió volviendo á Villagarcía [1].

ESTANDO el Padre Baltasar en Aragon, cerca de concluir su visita, y habiendo estado ya embarcado para pasar á Mallorca, que toca tambien á aquella provincia, tratóle tan mal el mar, privándole del uso de los sentidos, que hubo de dejar este viaje; y á esta sazon quiso Nuestro Señor probarle, con otro aviso que tuvo de que estaba nombrado por Provincial de la provincia del Perú, á instancia del Padre Baltasar de Piñas, que habia venido de allá por Procurador de su provincia, para tratar los negocios della en Roma con nuestro Padre General, con quien lo habia negociado, pareciéndole que acrecentaria con su gran espíritu y celo el fervor de los nuestros, y el empleo de la conversion de los indios. Tomó esta órden con grande paz y resignacion en la divina voluntad; y aunque habia visto por experiencia cuán mal le trataba el mar, y que se le recrecia un impedimento de orina que le pondria en grande aprieto, no quiso repugnar,

---

[1] Año de 1579.

ni se quejó de que no se hubiese tratado primero con él de jornada á tierras tan remotas, sino remitióse á la providencia de Dios, que nos gobierna por medio de los superiores, como se verá por la carta que respondió al dicho Padre Piñas desde Zaragoza en esta forma: «*Si ex Deo est consilium hoc, non poterit dissolvi.* El suceso lo mostrará; y si estoy llamado para las Indias, no perderá el llamamiento conmigo por no haberse descubierto á mí, sino á la cabeza, pues este es el estilo de la curia del cielo. Cuando Dios quiso que su pueblo saliese de Egipto, y pasase á la tierra que él le habia señalado, no le escondió la traza; mas no se reveló inmediatamente á él, sino á Moisen: *Notas fecit vias suas Moysi*, y por él á ellos: *Et filiis Israel voluntates suas.* De cuán mal me trata el mar, tenia bien que representar; mas V. R. lo hará, si le pareciere que tiene momento; y si representado, estuviere todavía nuestro Padre en el caso: *Odoretur sacrificium.* A los trabajos de V. R. de mar y tierra, tengo compasion por una parte, y envidia por otra. Quien hace á V. R. valiente, me podrá tambien á mí dar fuerzas; Él aumente en V. R. las divinas y humanas, y sea su luz y su vida, amen.» Esto escribió el Padre Baltasar, y perseveró siempre cuanto es de su parte, poniendo su fortaleza, como dijo el Profeta, en silencio y confianza, con no pequeña admiracion de los que le conocian, y sentian mucho esta jornada; y consolando él á Doña Juana de Velasco, Duquesa de Gandía, que estaba muy triste por esta causa, la dijo: «Años há, Señora, que en negocio y cosa mia no hablo, sino tomo más tiempo para la oracion, y dejó hacer á Dios, y en su nombre á los superiores.» Mas proveyó el Señor, que otros hablasen por Él, especialmente Doña Magdalena de Ulloa,

fundadora de la casa de Villagarcía, donde era Rector cuando fué á Aragon, la cuál pidió con tanta instancia al Padre General, que se le dejase allí para consuelo y provecho de su alma, que no pudo dejar de concedérselo, concurriendo juntamente las razones que los Padres desta provincia alegaron para detenerle.

Pero no dejaré de ponderar cuán secretos son los juicios de Dios, y cuán segura cosa es arrojarse en su Divina Providencia; porque dentro del mismo año, la muerte que temia navegando por el mar, le salteó y cogió en la tierra; y si hubiera resistido á esta ordenacion, dijéramos que era castigo de su culpa haber caido en el mismo mal de que huia, y hubiera perdido el merecimiento, y muriera con mucho remordimiento de la resistencia pasada. Mas como se dejó gobernar de Dios, y de su secreta providencia, todo se le convirtió en bien, ganando el merecimiento de la voluntad que tuvo de ir á las Indias, y muriendo en el lugar y tiempo que Dios tenia señalado, con paz y sosiego.

Mas volviendo á nuestra historia, acabó el Padre Baltasar Alvarez su visita de Aragon con tanta satisfacion de toda la provincia, que sintieron mucho su partida, y le pidieron por su Provincial, en primer lugar, con grande encarecimiento; y habiéndose despedido de todos, y del Padre Provincial Pedro de Villalva, que le acompañó hasta la villa de Agreda, que está en la raya de Castilla, y con muchas lágrimas se apartó dél, prosiguió su camino con su compañero, pasando por Cervera, su pátria, donde se detuvo pocos dias, y de allí se partió para Búrgos; y en este camino, tambien como en otros, experimentó la providencia paternal que Nuestro Señor tenia con él, y

con los que le acompañaban, que entónces era un hermano suyo, hombre de cuenta, que se decia Gaspar Alvarez, el cuál con un mozo que llevaba de á pié, salió con él determinado de acompañarle hasta Búrgos. Hacia un tiempo muy trabajoso de aguas y nieves; y estaban tales los caminos en algunas llanuras, que más parecian lagunas que caminos; pero el último dia fué más trabajoso, porque les llovió todo el dia sin parar. Llegaron á hora de comer á una posada, donde estaban unos hombres jugando, y perjurando el santo nombre de Dios á cada palabra. Pidióles el santo varon, que por amor de Dios no jurasen; mas como estaban encarnizados en el juego, no tomaron su aviso, antes se empeoraron; y esto le daba tanta pena por ver á su Dios ofendido, que sin esperar más á que descansasen las mulas, ni á que se aderezase la comida, él mismo se entró por la cabalgadura, y se salió luégo, obligando con esto á los demas que le siguiesen. Anduvieron algunas leguas lloviendo á cántaros, sin topar lugar ni persona que les enderezase. Iba el santo Padre de ordinario un tiro de piedra delante de los demas por irse en oracion: pero llegando á un llano tan lleno de agua, que parecia un rio, como era ya noche, y no podia topar el camino por donde se habia de ir, hubo de aguardar á los demas; los cuáles llegados no sabian qué se hacer; porque veian á todos los lados grandes atolladeros. Pidióles el santo Padre se encomendasen á Nuestro Señor, y tuviesen confianza que les ayudaria y guiaria. Hiciéronlo todos así, y despues de haber estado un rato parados, y haber dado algunas voces, para ver si les oia algun pastor, ó caminante que los guiase, como no le hubiese, acudió Nuestro Señor con su presto socorro; porque vieron venir de repente

un hombre en un cuártago blanco, el cual, juntándose con ellos, les preguntó que á dónde caminaban; y como le respondiesen que á Búrgos, dijo él con muy buena gracia: «Pues vamos todos allá; síganme, que yo sé bien el camino, y por donde yo entrare, podrán entrar seguramente. Iba delante con su caballo blanco, que por serlo, aunque era de noche, podian mejor divisar la guia. Encontraron un jumento caido debajo de una carga de leña, y á un muchacho cabe él muy afligido que la llevaba; y el de á caballo sin detenerse, con sólo tocar al jumento, le levantó del suelo en un momento. Reparaban á veces en seguirle, viendo que los metia por medio de las aguas, sin parecer camino; mas con todo esto le seguian, porque les aseguraba, y quitaba el miedo, con el gran ánimo que contínuamente les daba. Pasados aquellos lagunajos, se juntó con el Padre Baltasar, yéndose los dos un gran trecho adelante hablando en buena conversacion. El hermano del Padre, viéndolos caminar tanto, y que el mozo de á pié no podia seguir su paso por ir ya cansado de los muchos lodos, les dió voces, diciendo al santo Padre Baltasar, que no anduviese tanto, y que tuviese compasion de aquel mozo de á pié, y aun de todos, que los llevaban arrastrando. No hubo acabado de decir esto, cuando vió junto á sí y al mozo al que iba en el cuártago blanco, con estar bien apartado, como se ha dicho; y asiendo de la mano al mozo, le subió á las ancas con tanta facilidad, como si fuera de paja; y luégo se tornó á su plática como ántes, hasta que llegaron á Búrgos á las diez de la noche. Quiso el Padre Baltasar despedirse de su guia, por tratar con su hermano lo que habia de hacer en Búrgos; mas la guia no admitió esto, diciendo, que los queria poner á la puerta de casa por

donde habia de entrar, y que de allí se iria; y así pasó adelante, guiándolos con el mozo á las ancas, y en llegando á la puerta, le dijo que se apease, y le puso el cordel de la campanilla en la mano para llamar; y al punto desapareció, sin verle ir por una parte ni por otra, aunque el mozo atentamente miró por él; y los que venian atras bien cerca, tampoco pudieron verle; tanto, que el hermano del Padre Baltasar reparó en ello, porque queria agradecerle la buena obra que les habia hecho; y preguntando á su hermano por él, respondió: fuése, porque tenia que hacer; y con esto se entró en el Colegio, y el hermano se fué en casa del Doctor Don Juan Morales de Salcedo, su cuñado, donde contó lo que les habia sucedido, como cosa milagrosa, afirmando que no podia ser sino Angel el que los habia guiado; porque otro que él, por bien que supiera el camino, no pudiera guiarlos, como los guió, por tantas lagunas, ni venido con tanta presteza, á donde estaba el mozo, y subirle á las ancas sin otra ayuda con tanta facilidad, ni haber desaparecido tan de repente como desapareció. Lo mismo afirmaba el criado, y el hermano Juan Navarro, compañero del Padre Baltasar Alvarez, el cuál dió á entender en secreto, que el del caballo blanco habia sido el hermano Juan Jimeno, de quien dijimos en el capítulo pasado, cuya muerte habia sucedido en este mismo tiempo, y fué enviado por Dios á guiarlos; y que le habia dicho: «Porque me honraste en vida me ha Dios enviado á que te saque deste peligro.» Y aunque el santo varon con su humildad queria encubrir y deshacer este milagro; mas no bastó á quitar lo que los otros tres habian publicado con tanta verdad y aseveracion. Y es muy creible haya querido Nuestro Señor, que aquel bienaventurado hermano pagase

desta manera el bien que habia recebido del santo Padre, haciéndole particionero de su gozo en la larga conversacion que con él trajo por el camino, y librando á él y á sus compañeros del peligro sobredicho.

En Búrgos estuvo pocos dias, alentando á las almas que habia puesto en el camino de la perfeccion; y luégo se partió á su amado rincon de Villagarcía, por gozar de la quietud que allí hallaba, á donde se estuviera él con mucho gusto toda la vida, si le fuera concedido.





CAPITULO XLVII.

De lo que hizo en Villagarcía con los que tenian su tercera probacion acabados los estudios, y de algunas cosas notables que entónces pasaron [1].

Así que llegó el Padre Baltasar á Villagarcía, volvió con su acostumbrado fervor al oficio de Maestro de novicios, atendiendo más particularmente á los que, acabados sus estudios de Teología, habian de hacer su tercer año de probacion, conforme á las constituciones de la Compañía, lo cuál habia asentado entónces con mucho rigor el nuevo Visitador que envió nuestro Padre General, por lo mucho que importa, para reparar el espíritu que suele amortiguarse con los ejercicios de letras, y para saber bien hermanar con la Teología escolástica la ciencia mística del espíritu, y el trato familiar con Dios, y atender muy de veras á la propia mortificacion del juicio y voluntad propia, y de las pasiones y resabios que han brotado de nuevo, ó se han descubierto en el tiempo de los estudios, y estaban como amortecidos y encubiertos ántes dellos; y como los que han pasado por semejantes ejercicios

---

[1] 1579.

de letras, han abierto los ojos que tenian cerrados cuando novicios, y visto muchas cosas que ántes no entendian, ó no reparaban en ellas, mucho más pueden aprovechar en este tercer año que en los dos primeros; y si se toma de veras, es el mejor que hay en la religion; y si tengo de hablar de la feria como me fué en ella, digo para gloria de Dios, que en cuarenta años que há que estoy en la Compañía, cuando escribo esto, nunca tuve otro mejor año; porque allí me abrió el Señor los ojos, para desear servirle muy de veras; y la comunicacion con tan buen maestro, como el Padre Baltasar, me ayudó mucho para todo, cumpliéndome Nuestro Señor el deseo que tenia dello; porque habiendo de ir aquel año, que era el de mil y quinientos y setenta y nueve por San Lucas, diez y seis que acabábamos los estudios, á tener la tercera probacion, ocho á Medina, y ocho á Villagarcía, yo deseé y procuré ir á Villagarcía, por gozar de la mayor quietud y soledad que tiene aquel lugar, y mucho más por gozar de tal maestro, cuyo espíritu y grande magisterio experimenté entónces en muchas cosas que atras quedaron referidas, en cuya confirmacion contaré otras del modo cómo guiaba á los de tercera probacion, diferentemente que á los demas novicios, á los cuáles ejercitaba y mortificaba con algun rigor, como á más necesitados desta labor espiritual; pero á esotros, como antiguos, trataba con más blandura, poniéndoles en el camino de la mortificacion, para que ellos se ofreciesen á ella; y animábanse mucho, parte por el ejemplo de los novicios, y parte por darles ellos buen ejemplo; y así andaba la probacion con el fervor que dijimos de los de Medina del Campo: y como el lugar es pequeño y de labradores, pedian ir á Medina de Rioseco, que está cerca, y es gran lugar,

adonde se junta mucha gente los dias de mercado, para hacer allí sus mortificaciones públicas, con que hollar la honra, y vencerse á sí mismos.

Quien más se señaló en estas mortificaciones era el Padre Francisco de Córdoba, de quien hicimos mencion en el capítulo XXX, el cuál siempre fué en el fervor novicio, y vino á morir aquí entre novicios, haciendo este año su tercera probacion, para ir della bien probado al cielo; y su muerte tuvo ocasion de una insigne mortificacion que hizo para más humillarse. Supo que un hermano iba á Ureña, que está una legua de Villagarcía, á comprar unos lechones para criarlos en casa. Luégo se ofreció á criarlos, diciendo que tenia gran talento para ello, como lo solia decir siempre, para todas las cosas que eran viles y despreciables. Pidió licencia de acompañar al hermano; y á la vuelta, cansándose uno de los lechoncitos, el Padre le tomó, y se le puso sobre los hombros al cuello, como pintan al Pastor del Evangelio, que trajo la oveja perdida, y como lo hizo Carlo Magno, siendo monje en el monte Casino, guardando el ganado del convento, admirándose todos de que una persona que habia sido tan grande en el mundo, se humillase á venir cargado con la oveja; y pues el lechon es cosa más vil, no es de pequeña admiracion ver cargado con él al que era tan noble, y fué Rector de la Universidad de Salamanca, y entre nosotros Sacerdote tan estimado. En llegando al Colegio comenzó á hacer con adobes las pocilgas, donde habia de recogerlos, y dábalos de comer á sus horas con mucho cuidado. Era el tiempo muy caluroso; dióle el sol en la cabeza, y desto le resultaron unas calenturas que le abrasaban, y como él mismo me dijo á mí, sin comparacion era mayor el ardor que sentia por de

dentro que el que parecia por de fuera. La enfermedad apretó de manera, que al onceno le acabó, habiendo recebido todos los Sacramentos con mucha devocion, y aceptando la muerte con grande conformidad con la divina voluntad, como la tuvo siempre despues que entró en la Compañía; y aunque no fueron muchos los años que vivió en ella, fueron muchos y muy grandes sus merecimientos, por su contínuo y extraordinario fervor en las humillaciones, mortificaciones, y santas obras que arriba quedan referidas; y así sería muy copioso el premio que recibió por ellas. Y parece que quiso seguir en la muerte al maestro que habia seguido en la vida, porque un mismo mes de Julio del año de ochenta murieron entrambos, el discípulo pocos dias despues del maestro, como presto se dirá.

Tenia tambien especial cuidado este insigne varon, con que los de tercera probacion se hiciesen hombres espirituales, y se aficionasen mucho á la oracion y trato con Nuestro Señor; y á los que via con especial inclinacion y aptitud para ello, y que eran prevenidos del Señor, ayudaba más, y gustaba de comunicar con ellos más largos ratos. Por esto trataba más entónces con el Padre Cristóbal Gonzalez, que estaba tambien en tercera probacion, á quien Nuestro Señor habia comunicado el don de oracion muy levantada; y como concurrian en él otras buenas partes de letras, prudencia y celo, le industriaban para maestro de novicios, como lo fué presto en Medina, aunque acabó muy en breve su carrera. Con este Padre comuniqué yo entónces mucho; porque como en el tiempo de estudios solamente tratábamos de cosas de letras, así ahora hablábamos solamente de las cosas del espíritu. Preguntéle cuándo y cómo

le habia Nuestro Señor dado aquel don tan grande de oracion; y respondióme, que se le dió en resolviéndose varonilmente á poner por obra un deseo que el mismo Señor le inspiraba, de mortificar la honra vana en materia de letras; porque comenzó los estudios de Artes con opinion de gran ingenio, y con muestras de mucha capacidad; y como le molestase mucho la vanidad, procuraba, sin dejar de estudiar lo que debia, buscar ocasiones, para que se entendiese que sabia poco, y que era corto. Preguntaba lo que sabia bien, como si no lo entendiera; callaba á la primera respuesta del argumento, como si no tuviera qué replicar; no porfiaba, cuando otros suelen hacerlo por salir con la suya; ni contradecia á lo que otros decian con protervia; gustaba se diesen á los demas los actos de más lustre, y él tomaba para sí lo ménos honroso. Con estas y otras semejantes mortificaciones hechas con destreza, sin que se entendiese que eran de industria, perdió algo del crédito de estudiante, pero ganóle grande delante de Dios de religioso; y premióselas con admitirle á su dulce trato, comunicándosele en la oracion en varias maneras, con grande quietud y consuelo. Semejantes pláticas de Dios suelen ser muy provechosas entre los que desean aprovechar, como se digan con humildad y santo celo; porque lo que pasa por uno, es enseñanza y espuela que aguija al otro; y así la comunicacion con este Padre, me hizo grande provecho, y comencé á desengañarme de que no era tan dificultoso, como yo pensaba, amar los desprecios, y que este era el camino para medrar con Nuestro Señor.

Más adelante pasaba la industria del Padre Baltasar, el cual, porque tratando de oracion y espíritu, no diésemos en el extremo de retirarnos demasiado,

y dejar el trato espiritual con los prójimos para bien de sus almas, nos exhortaba tambien en las pláticas á esto, que tan propio es de nuestra vocacion, diciendo que en los de la Compañía, este demasiado retiramiento no es espíritu de Dios, pues sabemos que quiere su Majestad lo contrario, y nos llamó para ello: ni es lo más seguro; porque la seguridad no la da el rincon, sino la proteccion de Dios, el cuál nos puede desamparar en la celda, si nos quedamos en ella por nuestra propia voluntad, y nos amparará en la plaza, si salimos por su obediencia: ni es lo más provechoso; porque á este tal quita Dios la racion del espíritu, como á siervo inútil y sin provecho. A este propósito traia otras cosas que arriba se pusieron de sus altos sentimientos; pero especialmente ponderaba, que pues Cristo Nuestro Señor interrumpió una noche tres veces su oracion por despertar á tres discípulos que estaban durmiendo, no es mucho que nosotros dejemos la nuestra, euando fuere menester, para despertar á las almas dormidas en el sueño de la culpa ó de la tibieza. Y no es buena excusa decir, que otros hay que tienen obligacion á mirar por eso; porque el piadoso Samaritano no dejó perder el lance, porque otros le dejaron; y aunque el Sacerdote y el Levita pasaron de largo, sin compadecerse del llagado, que habia caido en mano de los ladrones, él se detuvo, é interrumpió su camino por remediarle. No se han de perder tales lances, cuando Dios nos los descubre. «Si topases, dice, un pedazo de oro en el suelo, luégo te abates á él sin preguntar porqué no lo levantó el otro que pasó. ¿Pues qué oro hay más precioso que un alma? ¿Ni qué tesoro te puede más enriquecer que ganarla, habiendo dicho el Señor por Jeremías: Si apartares lo precioso de lo vil

serás como boca mia?» Mas porque no diésemos en el otro extremo de tratar á los otros con daño propio, y con mucho exceso, nos acordaba con grande sentimiento aquel dicho del Salvador [1]: *¿De qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?* Y en esta razon decia algo de lo que queda dicho á este propósito en el capítulo VII.

De aquí es que tambien procuraba, que por modo de prueba ejercitásemos estos ministerios con los prójimos, para aprender á juntarlos con el espíritu. A los que tenian talento, hacia predicar en nuestra Iglesia; y los Domingos nos enviaba á pié á cada uno con un novicio, por las aldeas de la comarca, á enseñar la dotrina cristiana á los niños, ó á predicar y confesar, los que tenian partes para ello; y gustaba se hiciesen algunas breves misiones, no sólo por tomar la experiencia que de sus obreros pretende la Compañía en este año, sino tambien por el grande provecho que de ordinario se hace en ellas, con la conversion y remedio de muchas almas muy necesitadas; y á los que conocia con caudal para estas misiones, deseaba se aplicasen á ellas. Tuvo algun tiempo por ministro al Padre Diego Vela, deudo de don Cristóbal Vela, Arzobispo de Burgos, al cual, como le vió con gran disposicion para medrar en el espíritu, le ejercitaba, mortificaba, y labraba, como si fuera un novicio; y él se ayudó tan bien, que salió muy aventajado. Conoció en él gran caudal y aplicacion á estas misiones; y así poco despues comenzó á ejercitarse en ellas en lugares grandes y pequeños, especialmente de las montañas de Leon y Astorga, predicando con gran celo de la salvacion de las almas, y

[1] Math. 16, v. 26.

con grande fruto: y era tan contínuo y fervoroso en el trabajo, que apénas habia compañero que pudiese seguirle; y habiendo durado en esto algunos años, quiso Nuestro Señor volverle á esta casa de Villagarcía, para poner allí fin á sus trabajos con una dichosa muerte. Porque al fin de una mision, pasando por este Colegio de camino para Avila, le salteó un dolor de costado, que luégo se vió ser mortal. Estaba yo entónces allí, y quiso Nuestro Señor que le pudiese ayudar en este trance. Era este Padre de conciencia muy temerosa, y algo escrupulosa, de tal manera, que algunas veces se retiraba de decir Misa, si el superior no le ordenaba que la dijese; y en comenzando la enfermedad, temió tanto la cuenta que habia de dar á Dios en su juicio, que con grandes ánsias le pedia un año más de vida, para hacer más penitencia. Yo, que conocia bien su grande pureza y santidad, le consolaba y animaba cuanto podia, y estaba con harta pena y cuidado de verle tan ansioso por más vida, cuando la enfermedad por la posta le llevaba á la muerte; y así le desengañé, diciéndole, que ya Nuestro Señor por sus altos y soberanos juicios, tan provechosos como justos, nos iba descubriendo, que no queria darle más vida, sino que se conformase con su divina voluntad, que le importaba más que pedirle más tiempo de penitencia, pues habia hecho harta. Fué el Señor servido de premiarle entónces los buenos y largos servicios que le habia hecho, quitándole de repente todos los temores y miedos que tenia, con tan grande confianza de su salvacion, que con un Crucifijo en la mano decia con gran fervor: *Gratias Deo, qui dedit nobis victoriam per Jesum Christum.* «Gracias á Dios que nos dió victoria por Jesucristo;» y con esta confianza y alegría falleció al sexto

dia, y alcanzó la corona de gloria por su victoria; y yo quedé harto consolado de su feliz y quieto tránsito, glorificando á Dios, que así esfuerza y consuela en muerte á los que le han servido con temor y temblor toda la vida, especialmente en tal empleo, como es salir á buscar las almas, para llevar consigo muchos al cielo, conforme á lo que dijo San Pablo á su dicípulo Timoteo: *Attende tibi, et doctrinæ; insta in illis: hoc enim faciens, et te ipsum salvum facies, et eos qui te audiunt.* Estas son las tres cosas más principales que el Padre Baltasar encargaba á los de tercera probacion, deseando que saliesen muy aventajados en oracion, en mortificacion y en celo de ayudar las almas, juntando con la teórica la práctica, que es la que hace esta hacienda. Dejo otras muchas cosas que pudiera decir, contentándome con haber apuntado estas, no sólo por contar lo que toca al Padre Baltasar, sino tambien para que se entienda, cuán del cielo fué la traza de nuestro Padre San Ignacio en ordenar á los de la Compañía este año tercero de probacion y recogimiento despues de los estudios; y ojalá se entablara en todas las religiones que profesan letras, para reparar el fervor del espíritu que se entibia con ellas, y hermanarlas con oracion: para lo cuál es muy importante, que los que han gastado algunos años en aprender las ciencias, se hagan otra vez como niños, para ser de verdad grandes; y se traten como ignorantes, para ser perfetamente sábios con la ciencia del espíritu, que da ser, vida y esfuerzo á la escolástica; y si en esto gastan un año con diligencia, este bastará para traerlos contentos y aprovechados toda la vida, y para que sus trabajos con los prójimos sean de lustre y provecho, para gloria de Dios, y honra de su Religion y de toda la Iglesia.



CAPITULO XLVIII.

Cómo fué nombrado por Provincial de la provincia de Toledo, y se aparejó con unos ejercicios; y de los grandes sentimientos que tuvo de la pobreza, desprecios y dolores de Cristo Nuestro Señor.



OMO nuestro Padre General tuvo noticia de lo bien que el Padre Baltasar habia visitado la provincia de Aragon, y no pudo tener efeto la ida por Provincial del Perú, nombróle el año de ochenta por Provincial de la provincia de Toledo, para que todas las provincias de España fuesen gozando de la dotrina y espíritu de tal varon; y vióse bien lo mucho que le estimaba, por lo que dijo á los que trataban desto cuando se le nombró: «Os doy, dice, lo mejor que tengo para esa provincia, en daros al Padre Baltasar.» Recibió este órden por la cuaresma, y luégo se recogió algunas semanas á hacer los ejercicios espirituales, para tener muy largos ratos de oracion retirada, y negociar con Nuestro Señor lo que habia menester para llevar esta carga, que la tenia por mayor que las pasadas; y como si adivinara que aquella cuaresma habia de ser la postrera, y aquel año el último de su vida, y aquel oficio el remate de sus trabajos; así se aparejó con

mayor fervor que nunca, ejercitándose conforme al tiempo en la contemplacion de los misterios de la sagrada Pasion, para renovar en su corazon la imágen viva de Jesucristo crucificado, acompañado con sus tres perpétuos compañeros, pobreza, desprecio y dolor; y como dellos solia platicar á los novicios en las cuaresmas, como arriba se dijo, así en esta, como tuvo más profundos sentimientos, nos hizo más fervorosas pláticas, fundándolas en aquellas palabras que dijo David en persona del Salvador [1]: *Pauper sum ego, et in laboribus a juventute mea: exaltatus autem, humiliatus sum et conturbatus.* «Pobre soy, y criado en trabajos desde mi mocedad. En siendo ensalzado fuí humillado y conturbado.» En las cuáles palabras se pone el camino que anduvo Cristo Nuestro Señor toda su vida, que fué de pobreza, tormento y desprecio; y á estos tres tuvo siempre por compañeros. Y cuanta más edad tenia, tanto más, y más de veras le acompañaban; y como crecia en edad, así ellos fueron creciendo más y más hasta la muerte, á donde llegaron á lo sumo que podian llegar; y así tambien me atrevo yo á decir deste santo varon, que tan devoto fué desde sus principios destos tres compañeros del Salvador, como se comenzó á decir en el capítulo III, que como crecia en la edad, crecia tambien en el sentimiento y amor dellos; y en esta cuaresma, que fué la última, llegó á lo sumo que él podia.

Y para que tengamos alguna vislumbre dello, pondré aquí sumariamente las cosas que entónces platicó de la heróica pobreza de Cristo Nuestro Señor, ponderando en ella tres grados: uno grande, otro mayor, y el tercero perfetísimo, en los cuáles se encier-

[1] Psalm. 87, v. 16.

ra tambien la compañía de los menosprecios y dolores, con la heróica humildad, paciencia, y resignacion que mostró en ellos. El primer grado de pobreza fué desapropiacion de todas las cosas temporales del mundo, y de las memorias y aficiones que las siguen, como sombras al cuerpo. De suerte, que ni tuvo tierras, ni viñas, ni posesiones, ni semejantes propiedades; y esto no fué á más no poder, sino á más no querer; y desto temporal del mundo solamente tomó el uso, y ese con escaseza, sólo para sobrellevar y suplir la necesidad extrema de su vida corporal, dando lugar á la hambre, sed, calor, frio, dureza y aspereza, sin prerogativas ni particularidades, remediándose, no con manjares y cosas delicadas, sino comunes y groseras, cuales se hallaban donde estaba, viviendo sin casa, ni cosa propia, como pobre y mendígo.

El segundo grado fué pobreza de amigos y parientes, de toda familiaridad con grandes y poderosos, y de toda amistad temporal con reyes, letrados, y prelados, ni con personas por cuyo respeto le perdonasen, ó dejasen de hacer y decir injurias; antes quiso nacer de madre pobre, y ser criado en casa de un pobre carpintero, y tener dicípulos pobres, y no se desdeñaba de conversar con los publicanos y pecadores, para ganarlos y convertirlos; y con todas las personas que trataba y tenia amistad, aunque fuese su propia Madre, conservaba su corazon tan descarnado y desapropiado, que por respeto de ninguno dejó de hacer siempre lo que entendia que era más agradable, y más conforme á la voluntad de su Eterno Padre, enseñándonos con esto á vivir desnudos y desasidos de criaturas, para servir con libertad de espíritu á nuestro Criador.

El tercero grado fué despojarse de sí mismo, mostrándose pobre de poder, de sabiduría, de santidad, de señorío y libertad, siendo esto ocasion de padecer innumerables y gravísimos desprecios, injurias y dolores, por ser tenido y tratado de los hombres, como si fuera pobre y vacío de todas estas cosas. Lo primero, mostróse pobre de poder con ser todopoderoso; porque quiso parecer y vivir en el mundo como hombre sin poderío, flaco y necesitado, sujetándose á las miserias de la niñez, al cansancio y fatiga de los caminos, y á las demas flaquezas humanas que tomó por nosotros, excepto la culpa. Sometióse á los elementos insensibles, al frio y al calor, y á otras criaturas, encubriendo el poder que tenia sobre ellas, y despojándose de él al parecer de los hombres. Dió poderío contra sí mismo á las espinas, para que le traspasasen su sagrado cerebro; á los cordeles, para que le atasen; al velo, para que le cubriese; á los azotes, cruz, clavos, lanza, hiel y vinagre, y á los demas instrumentos de su Pasion, para que le atormentasen; á los Judíos, que le acusasen y blasfemasen; á los jueces, que le condenasen; á los sayones, que le azotasen y crucificasen; á los soldados, que le escarneciesen; y al demonio, para que le trajese en el desierto de un lugar á otro, y le persiguiese por medio de sus miembros los pecadores, sin resistirlos; y aunque pudiera con sola una palabra impedir todo esto, no quiso, sino mostrarse pobre deste poder, con tanto desprecio, que con ser sus milagros ciertos testimonios de su omnipotencia, los atribuian á pacto con el demonio.

Tambien se despojó de sí mismo, haciéndose pobre de sabiduría; porque con estar lleno della, no quiso usar del ingenio y sutileza de las ciencias, ni de la

retórica y elocuencia mundana, sino conversar tan sencillamente, que fué tenido de muchos por hombre simple, ignorante, y sin seso; y la verdad de su dotrina la enseñó con palabras llanas y sencillas, queriendo más confirmarla con virtudes y milagros, huyendo la honra mundana de sábio, para nuestro ejemplo.

Del mismo modo se despojó de la fama de su santidad, guardando de tal manera el camino de la justicia, que de muchos fué tenido, no por Santo, sino por pecador, y amigo de pecadores, por engañador y blasfemo, peor que Barrabás, y que los ladrones, y digno de muerte tan infame como de cruz. Y aunque pudiera fácilmente ganar esta fama de santidad entre todos, y tomarla para sí, como la dió á San Juan Baptista, y á otros siervos suyos, no quiso sino privarse della, para confundir nuestra soberbia é hipocresía.

Tambien se despojó del Señorío y Principado que se le debia, y podia tener como Rey de reyes, y Señor de señores, huyendo cuando querian hacerle rey, obedeciendo á los reyes y jueces, aunque fuesen malos y crueles, en las cosas que ellos le pedian, pagándoles tributo, y sometiéndose á su juicio hasta la muerte. Tambien se sujetó á su pobre Madre, y á San Josef, sirviéndolos hasta los treinta años; y entre los pocos dicípulos que tenia, se habia, no como Señor, sino como criado, sirviéndoles, y lavándoles los piés, y diciéndoles que habia venido á servir, y no á ser servido; para que á imitacion suya huyesen las dignidades, amasen la sujecion, y se tratasen en todo como pobres. Finalmente, de tal manera manifestó con palabras, obras, y milagros, su divinidad y majestad á los dicípulos sencillos y humildes, que la di-

simuló y escondió á los soberbios y poderosos que presumian de sábios y prudentes; por lo cuál tuvieron dél un concepto muy contrario á lo que de verdad era. Y ¿cuál fué el concepto? Fué el tratamiento, atreviéndose á perseguirle, y maltratarle con gravísimas injurias y tormentos. De modo que no ha habido hombre más despreciado de sus enemigos, ni que mayores dolores haya padecido, con infinito amor, por hacerles bien á ellos, y librarles de los eternos desprecios y tormentos.

Desta manera meditaba y platicaba el Padre Baltasar la soberana, contínua, y perfetísima pobreza del Salvador, hermanada con la excelentísima humildad y paciencia en sufrir los menosprecios y dolores que se seguian della, y algunas veces le oí hablar á solas destos tres compañeros de Jesus, con tanto sentimiento y fervor de espíritu, que me dejaba admirado y encendido, y con deseo de imitar el fervor y cuidado con que él abrazaba esta santa compañía para imitar á su Maestro. Y pienso cierto, que por sus oraciones me hizo Nuestro Señor merced entónces de darme un desengaño en esta materia, porque meditando yo en estas mismas tres cosas, y sintiendo tan grande dificultad en amar las deshonras, y gustar de los desprecios, que me parecia casi imposible atenta mi gran flaqueza; un dia que estaba en oracion delante del Santísimo Sacramento, sentí de repente un rayo de luz que pasó como un relámpago, y me mostró ser muy posible amar el menosprecio y la deshonra, con las veras y ganas que los mundanos aman la honra; y me alentó á pretenderlo con esperanza de alcanzarlo. Y á este punto más particularmente enderezaba el Padre Baltasar las balas de sus razones, porque echaba de ver que los religiosos, especialmen-

te los que tratan de letras, y de ministerios con prójimos, de ninguna cosa reciben tanto daño, como del amor desordenado de la honra, tras el cuál se sigue el de la comodidad temporal, cubriéndole con capa de religion, á título de mirar por el buen nombre, que es importante para la autoridad della y del oficio; y al contrario, en atropellar esta vana honra, y amar de su parte el desprecio con profunda humildad, está su mayor acrecentamiento, como el mismo Padre lo probó en los sucesos que se han contado.





CAPITULO XLIX.

Cómo llegó por sus grados al supremo de la perfeccion en el amor de Dios, y de las principales virtudes que encierra. Pónense algunos altos sentimientos que tuvo deste amor.

UES hemos ya llegado al último año, y á los postreros meses de la dichosa vida del Padre Baltasar, bien será que declaremos lo último tambien de su perfeccion en la vida espiritual que profesó; porque sin duda por las obras, ejercicios, oficios y ministerios, y varios sucesos, prósperos y adversos, que se han contado, fué subiendo como por grados y escalones á la cumbre de la perfeccion, en todas las virtudes, y amor de Dios, que es la suprema de todas, cumpliéndose en él lo que dijo David [1]: *Bienaventurado es, Señor, el varon á quien tú ayudas; porque trazará subida en su corazon, en este valle de lágrimas, en el lugar donde está puesto. El Legislador le dará su bendicion; irá de virtud en virtud, hasta ver el Dios de los dioses en Sion.* Varon fué, por cierto, bienaventurado, el Padre Baltasar, á quien el celestial; Legislador previno con bendiciones de dulzura, y le dió ayudas tan grandes y contínuas, que

---

[1] Psalm. 81, v. 6.

con ellas fué siempre trazando dentro de su corazon nuevos crecimientos en todas las virtudes, subiendo de una en otra con grande fortaleza, hasta llegar á ver por la contemplacion á su Dios, y amarle con la perfeccion que quiere ser amado, que es con todo su corazon, alma, mente y fuerzas; y no sin misterio hace este precepto, en que está nuestra perfeccion, mencion de cuatro cosas que pide Dios en este amor suyo; porque son otras cuatro en las que Él principalmente crece, y con que se aumenta y perfecciona; y todas las concedió con excelencia á este santo varon, para que del todo fuese perfeto. Porque lo primero se esmeró en orar perfetamente, y tratar familiarmente con la divina Majestad, aplicando á esto su corazon, alma, espíritu, y todas sus fuerzas, hasta hallar gracia en sus divinos ojos, y traer su espíritu unido con el divino, y andar siempre en su presencia, cumpliendo lo que dijo Dios á Abrahan [1]: *Anda delante de mí, y sé perfeto.* ¿Y quién duda, sino que esto es indicio de un grande amor de Dios, y causa de aumentarle mucho? Porque aunque es verdad que la contemplacion, como dice Santo Tomás, esencialmente consiste en el más noble acto del entendimiento, que es conocer la suprema verdad, que es Dios, con una vista sencilla y muy penetrativa de sus grandezas; pero juntamente abraza los actos nobilísimos de la caridad, como fuente de donde nace, y como fin á que se ordena. Por lo cuál dijo San Gregorio, que la vida contemplativa es retener con todo el espíritu la caridad de Dios y del prójimo, y aspirar á sólo el deseo de su Criador; y en este trazó el Padre Baltasar, como se ha visto, contínuas subidas y

[1] Gen. 15, v. 1.

crecimientos, caminando como la luz de la mañana, que crece hasta el perfeto dia de la luz y ardor muy ferviente; y subiendo por este desierto lleno de regalos, arrimado á su amado con quien estaba siempre unido.

Tambien se aventajó mucho en mortificarse á sí mismo perfetamente, crucificando todos sus vicios y pasiones, gustos y quereres propios, en todas materias, procurando quitar todos los estorbos que podia haber en su corazon, alma, espíritu y fuerzas, para poder libremente entregarlas á Dios, y á su perfeto amor, y al cumplimiento de su santísima voluntad, en lo cuál tambien, como arriba se vió [1], trazó contínuos crecimientos mientras vivió en este valle de lágrimas, subiendo como humo oloroso de incienso y mirra; porque el fuego y brasas del amor divino le hacian subir y crecer en esta abnegacion; y por consiguiente en el mismo amor y en la contemplacion. Porque, como dijo San Agustin: *Diminutio cupiditatis est augmentum charitatis.* Cuanto más se disminuye la codicia, tanto más se aumenta la caridad; y al paso que baja el amor propio, sube el divino. Y Casiano dice, que nuestra alma es como la pluma, que en quitándola el polvo ó lodo que la tenia en la tierra, luégo sube á lo alto; así quitados los estorbos del espíritu, se sube libremente á Dios.

Por aquí subió á lo tercero, en que se señaló, que fué en hacer perfetamente todas las cosas y obras que Nuestro Señor le mandaba y encargaba, así de su estado y oficio, como de los ministerios, y obras de misericordia y caridad con los prójimos, para ayudar á la salvacion de sus almas, atropellando todos

[1] Cant. 3, v. 16.

sus gustos y consuelos corporales y espirituales, en razon de cumplir la voluntad de Dios, y de ayudar al prójimo, lo cuál es indicio de muy excelente caridad, y medio eficacísimo para crecer en ella. Porque, como dijo San Gregorio [1]: *La prueba del amor es la obediencia en la obra.* Pues por esto dijo el Salvador: *Si alguno me ama, guardará mis palabras; y si me amais, guardad mis mandamientos.* Y el amado discípulo dijo: *El que guarda sus palabras, tiene perfeta caridad.* ¿Y quién la tiene más perfeta, que el que tiene ofrecida su vida y su consuelo, salud y honra, por el bien de sus amigos, que son los prójimos, á quienes ama en el Señor? Y pues este santo varon se señaló en todo esto, como se ha visto, señal es que tenia perfeta esta caridad, aunque como nunca se tenia por perfeto, siempre trazaba nuevos crecimientos en ella, acometiendo nuevos trabajos por el bien de las almas.

De aquí resultó lo cuarto en que tuvo eminencia, procurando sufrir y padecer todas las cosas que el Señor le enviaba, ó permitia, en cualquier materia que fuese, de cuerpo ó espíritu, aceptando las enfermedades, dolores, desconsuelos, desamparos interiores, deshonras y desprecios, como cosas venidas de la mano del Señor, tomándolos como beneficios suyos, y medios de su mayor aprovechamiento espiritual, reconociendo en ellas la suave y paternal providencia de Dios, ó en librarle á su tiempo, ó en consolarle y aprovecharle, lo cuál sin duda es indicio más cierto de la perfeta caridad, que es paciente y sufrida; y llega á decir con el Apóstol [2]: *¿Quién nos apartará de la*

---

[1] Hom. 30 in Evang.—Joann. 14, v. 15 et 21.—1 Joann. 2, vers. 5.

[2] Ad Rom. 8, v. 35.

caridad de Cristo? ¿Por ventura la tribulacion, ó la angustia, ó la hambre, ó la desnudez, ó el peligro, ó la persecucion, ó el cuchillo? Nada desto nos podrá apartar de la caridad y amor que tenemos á Dios por Cristo Jesus; porque el amor es fuerte como la muerte, y crece con los trabajos que padece; y cuanto son mayores las persecuciones, tanto echa de sí mayores resplandores, como los echó el Padre Baltasar en las ocasiones que atrás quedan referidas, con lo cuál echó el sello á las cuatro cosas principales, en que mostró la perfeccion de su encendido amor de Dios, como cuatro rios que salian del paraiso de la caridad, y regaban la tierra de su corazon, para que llevase copiosos frutos de santas obras, y piedras muy preciosas de esclarecidas virtudes.

Mas porque esto queda bien entendido por lo que se ha dicho en el discurso desta historia, solamente añadiremos ahora algunos altos sentimientos que el Señor le comunicó para perficionarle en su divino amor por sus grados. Porque lo primero le dió grande sentimiento, de que el principal empleo del religioso en su estado ha de ser el fervoroso amor de Dios. «Porque [1] entendí, dice, que las religiones son oficinas de santidad, hospitales de heridos de amor de Dios, horno donde se enciende este divino fuego en el arte de amar á Dios, y hornos tambien de hacer cal, donde el fuego hace las piedras como masa.» Y así procuró vivir siempre con esta dulce herida, diciendo con la Esposa: *Vulnerata charitate ego sum.* Estoy llagada de la caridad, sin querer sanar desta llaga, porque en tenerla está la verdadera salud. En este horno procuraba encenderse, ablandarse y blanquearse,

[1] A 2 de Setiembre de 1577.

y unirse con la piedra viva, que es Cristo Nuestro Señor, por contínuo amor é imitacion.

El segundo sentimiento fué de los divinos beneficios, atizadores deste divino fuego, tomando los comunes de todos, como si fueran propios dél solo, y teniendo contínua memoria de los especiales, que el Señor le habia hecho, para serle agradecido, y pagárselos con el amor y servicio que nos pide por ellos. Y para esto tenia escrito en su librito un catálogo dellos, cuyo título era: *Misericordiæ Domini factæ mihi.* «Las misericordias que el Señor ha hecho conmigo;» y luégo las cuenta diciendo: «Mostrarme las tinieblas en que he andado en todo, así conmigo, como en el trato con los prójimos, darme corazon para abrirme la postema de mi alma; el deseo de estar hundido; la mortificacion de la sensualidad; deseos de andar en verdad; no cansarme la tarea de los novicios; la providencia que ha tenido conmigo.» Y en esta razon cuenta algunas cosas que ya se han puesto, y todas eran leña con que este fiel Sacerdote del Altísimo cebaba cada dia el fuego del amor que ardia en su corazon, para amar más y más al que tantos bienes le hacia.

Y porque no hay hechizo más eficaz para ser amado, como es amar, de lo que tuvo más alto sentimiento, fué del grande amor que Dios tiene á los suyos, el cuál declaraba desta manera: «Amar Dios á uno, es quererle bien, y desearle bien; y como el querer de Dios es hacer, porque segun el Psalmista, todo lo que quiso hizo: así amar Dios á un alma, es una perpétua gotera de misericordias suyas, una lluvia continuada de grandes beneficios, es comenzar Dios á pintarla, y no alzar mano de la obra. Y de aquí nace el bullir en ella fervientes deseos de que se ofrezca en qué servirle; y como el Señor recibe la volun-

tad eficaz por obras, halla el alma asentadas gruesas partidas á su cuenta; porque sus deseos y ofertas son muchas y muy contínuas. De aquí tambien nace prevenirnos con bendiciones de dulzura; para que sus dones sean merecimientos nuestros; porque no recibe sino lo que Él mismo da, lo cuál es gran tesoro y consuelo, pues el pobre puede consolarse con dar de buena voluntad lo poco que tiene y ha recebido, y con ofrecerse á sí mismo, y á todas sus cosas, que es grande ofrenda; y con tener ánimo para recebirle en el Santísimo Sacramento, porque tenga cada dia qué ofrecerle.

Todo esto ofrecia este santo varon, para mostrar en ello el amor que tenia al que tanto le amaba; y así dice él en su librito. «Un dia [1], dando gracias despues de Misa, tuve un sentimiento cerca del modo de amar á Dios, que debia darle todas mis cosas, mi tiempo, mis gustos, mis amigos, y todo lo demas, y mejor, y á mí mismo con ello; pues Él me daba todas sus cosas mayores y menores, sin sacar ninguna; y á Sí mismo desea darse de mejor gana. Quedóme el corazon blando, é inclinado á su Majestad, con sabor, que fué gran regalo. Y estando otro dia [2] en la oracion con la pretension deste amor, dije á Nuestro Señor con gran sentimiento interior: «¡Oh Señor, si ya no tratase con nadie sino contigo, ó de cosas de tu servicio, que tocan al bien de las almas, que es lo que á ti te agrada! ¡Oh si ya comenzase á obrar la obra que tú consumaste al tiempo de tu partida! ¡Oh si fuese lance forzoso no apartarme de ti, ni tratar cosa que no sea por tu obediencia!» Y como fué oracion inspi-

[1] A 3 de Agosto de 1575.
[2] A 10 de Marzo de 1569.

rada, dióme el Señor esperanza de que me haria esta merced.» Y sin duda se la hizo, porque sumamente procuró quitar de sí todo amor de criaturas, que le entibiase en el amor de su Criador, y por lo mismo que él habia experimentado y probado, exhortaba á este modo de amor, diciendo:

«Estimad y tened en tanto á Dios, que os parezca poco todo el amor que teneis para dárselo; y para hacer esto mejor, recoged todo el que teneis repartido por las criaturas, no solamente cuando á ellas se les da poco por vos, sino cuando se perdieren por vos; porque no parezca que las dejais porque os dejan, sino por la grande estima y reverencia en que teneis á Dios; y no os desconsoleis por dejarlas, pues esto es lo que os traia alejado del Señor. Despues probaréis que no habia en ellas alegría, ni la hay sino en Él; y segun esto, será bueno no solicitar su amistad; y si ellas os la ofrecen de su voluntad, desviarla y enfriarla, y tendréis por comodidad que os la nieguen; porque así pagaréis con mayor desembarazo y entereza el tributo de amor, y obediencia que á Dios debeis, y pondréis todo vuestro corazon en el que es todo vuestro tesoro. A este modo os parezca poco todo vuestro tiempo para darlo á Dios, pues dice San Agustin [1], «que es tiempo perdido el que no se emplea en amar á Dios,» y asimismo todo vuestro gusto, todos vuestros pensamientos, palabras y obras, vuestros ojos, oidos, y lo demas, todo lo emplead en pagar este tributo al Señor.»

Para alcanzar este grado de perfeccion en el amor, dice que le ayudó el desengaño de las mismas criatu-

[1] In Manuali, cap. IV.

ras; porque representándosele una interior queja de una persona que no le respondia con el amor que á su parecer estaba obligado, tuvo estos sentimientos muy provechosos[1]:

«Entiende lo que negocia Dios por ti; trabajoso encuentro fuera para ti, si te sucediera como tú lo deseabas. Providencia de Dios, y misericordia grande que usa contigo, que las criaturas te aparten de sí, y te envien al Criador, haciendo el oficio que Él les manda; y esto, dice, hacen por tres modos admirables. El primero, no satisfaciendo, ni hartando nuestro deseo alcanzadas y poseidas, como respondian á San Agustin[2]: *No soy yo tu Dios, ni soy yo tu descanso.* El segundo, no comunicando siempre ese poco de bien y dulce que tienen, sino antojadizamente, mudando más temples que cabellos, nunca permaneciendo en un estado; de los cuáles todos ha de estar colgado el que anduviere tras ellas. El tercero, es desamparándonos sin remedio en hallando en uno tantico de más bien, útil, ó deleitable; y con tener más experiencia desta verdad que cabellos, no acabamos de desentontecernos, y de irnos tras las criaturas, olvidándonos del Criador; de donde viene, que no tenemos hambre del Criador, ni hartura en las criaturas. El remedio es ganarlas por la mano, comenzando por donde ellas acaban, desamparándolas luégo por no perder tiempo, y pasándonos al Criador, en quien hallaremos descanso, paz, y hartura con estabilidad eterna, sin que ninguno lo pueda estorbar ni impedir. ¿Qué cosa más sosegada que quien no desea

---

[1] 30 de Julio de 1575.

[2] Vide D. August. in Psalm. 40: Universum stratum ejus versasti in infirmitate ejus.

nada? ¿Y qué cosa más rica que aquel á quien sobran todas las cosas grandes y lucidas del mundo? Tened á Dios, y nada os faltará.»

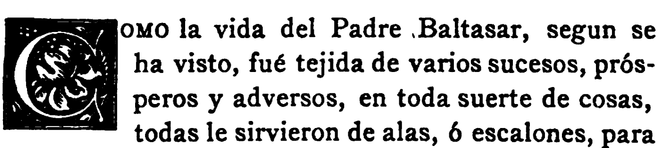
Estos y otros sentimientos le comunicaba Nuestro Señor, para descarnarle de todas las criaturas; y conformándose con ellos, no se le conoció aficion ni gusto á cosa particular, aunque fuese muy pequeña, ni ménos á persona que le trabase ó estorbase la libertad ó hidalguía con que su alma amaba al Señor; y mucho tiempo trabajó por esto, procurando recabar de su corazon que viviese tan desasido de criaturas, como si estuviera en los desiertos de Africa, hasta que lo alcanzó con la divina gracia; y bien se echó de ver en el gusto con que deseaba acabar su vida en un rincon, aunque muchos grandes deseaban tenerle consigo, y él tenia caudal para puestos muy mayores; y de aquí subió á lo último y supremo, de que se dirá en el capítulo que se sigue.





CAPITULO L.

Cómo alcanzó la perfeta resignacion y conformidad con la divina voluntad en todas las cosas prósperas y adversas, y los sentimientos que tuvo cerca desto.



COMO la vida del Padre Baltasar, segun se ha visto, fué tejida de varios sucesos, prósperos y adversos, en toda suerte de cosas, todas le sirvieron de alas, ó escalones, para subir al último grado de perfeccion en el divino amor, cumpliéndose en él lo que dijo San Pablo, que á los que aman á Dios, todas las cosas, así las prósperas como las adversas, se les convierten en bien. ¿Y qué mayor bien que el aumento del mismo amor? ¿Y cuándo este aumento está más en su punto en esta vida, como cuando ha llegado á tener un querer y no querer con Dios, en todas las cosas corporales y espirituales, grandes y pequeñas, sin querer elegir ó inclinarse más á una que otra, hasta conocer la divina voluntad, cuyo cumplimiento busca en todas ellas? Y así dice, que pidiendo una vez á Nuestro Señor cierta cosa que deseaba de su servicio, entendió que toda la perfeccion está en la voluntad de Dios; y el mayor de todos los sacrificios es la conformidad con ella; porque es celoso de su gloria, y sabe lo que es más á

propósito para ella. Y dudando un dia si diria Misa, ó no, por cierto impedimento que tuvo, le comunicó Nuestro Señor este sentimiento [1].

«No va poco en acertar, ó errar lo que Dios quiere; ni es pequeño, sino grande y muy grande el yerro ó acierto en este caso. Si Dios quiere una cosa, temeridad es que el vil gusano no la quiera; y si Él no la quiere, locura es estupenda que el hombre ose arrostrar á ella. Y si esto es en todas las menudencias que Dios quiere, ó no quiere, ¿qué será en acertar, ó errar de verse con Él en el altar, donde tanto bien ó mal puede venirle, si acierta ó yerra? De aquí se me representó tambien, que no se debe vivir sin dolor y lágrimas en vida que tanta ignorancia tiene, y tan á tino hemos de andar en cosa tan grande, y que el remedio que nos queda es la oracion contínua, conforme aquello de la Escritura: *Cuando no sabemos lo que hemos de hacer, sólo nos ha quedado alzar los ojos al Señor;* y el que rectificando su intencion orare al Señor con humildad, podrá esperar direccion de su Majestad, pues dél se dice, que enderezará el consejo de los justos; y si alguna vez errare, en tal caso tambien podrá confiadamente esperar perdon; porque tropezó no queriéndolo, y andando de noche á escuras.»

Conforme á esto, andaba siempre con estas ánsias de ajustar su voluntad con la de Dios, y resignarse totalmente en el divino querer, aun en las cosas espirituales, contentándose con la suerte que el Señor le diese, aunque fuese de las medianas y pequeñas; y como á los principios anduviese inquieto con las ánsias demasiadas de mejorarse en la oracion, vino á resignarse en esto mismo, con un sentimiento que el

[1] 27 de Enero de 1569.

Señor le dió, diciéndole: «Pues me has puesto, Señor, en medianía, mediano quiero ser y parecer, humillarme, y reconocerme por tu obediencia á todos los mayores; y más quiero en este puesto ser despreciado de todos, teniéndote á ti contento, que fuera dél ser adorado, teniéndote á ti descontento; y luégo me queda que llorar por mi descontento pasado, y agradecer porque me has sobre muchos levantado.» Lo mismo le sucedió viéndose apretado de muchas ocupaciones exteriores; y representando á Nuestro Señor unas quejas amorosas de no tener tiempo de estar con Él á solas, «fué hecha, dice [1], esta palabra del Señor en mí: «Conténtate con que me sirvo de ti, aunque no te tenga conmigo;» y con esto quedé sabroso.» Y otro dia sobre lo mismo tuvo este sentimiento [2]:

«Bien podrá ser que á muchos de la Compañía falten tiempos desocupados para acudir al gusto de sus voluntades, mas no empleos y buenos lances para acudir al de la divina. Y si el grano ha de morir para que dé fruto, ¿qué mejor, y qué mayor ventura? ¿y qué mayor locura que penar por tal empleo? Si Dios nos diera á escoger la muerte, ¿qué más dulce la pudiéramos hallar, donde no hay cauterios ni desprecios? ¿Y qué son las ocupaciones de los de la Compañía, sino empleos de Dios, espacios llenos de sus obediencias, venas abiertas con que se desangran las propias voluntades, más resplandecientes en los divinos ojos que piedras preciosas? ¡Ricos caminos de la perfeccion, ni los de Samaria al Jordan en la huida de los Asirios, que tan sembrados quedasen de preseas! Abrid, Señor, mis ojos, y verán maravillas de vuestra

[1] 21 de Setiembre de 1569.

[2] 9 de Mayo de 1575.

ley. A estos gobierna la ley del Señor sin mancha, pura y limpia; estos tienen por manjar, como el Salvador, la voluntad de Dios, de la cuál andan ayunos los amadores de la propia voluntad. ¡Oh, de cuántos es ignorado este dulce bocado! De pocos es este plato, sin mezcla de propios intereses; de un Cristo; de un Colegio Apostólico, despues de venido en ellos el Espíritu Santo; de un Pablo, que decia: «Deseamos agradarle en ausencia y en presencia;» de un David, que dijo: «¿Por ventura no estará mi alma sujeta al Señor?» y en otra parte dice, que le servirá de valde.»

Esta es la parte más alta desta resignacion y conformidad con la divina voluntad, en que se apura y refina la intencion y blanco del amor, en que este santo varon se señaló mucho, amando á su Dios tan sin interes, que tambien se descarnaba de los consuelos y deleites que se suelen sentir en la oracion, resignándose á carecer dellos, por el gusto del mismo Dios, como se verá por estos sentimientos:

«Por lo que ordenares, Señor, ha de estar toda criatura; y lo que tú mandares ha de hacer. Mas ninguno que haya recibido de ti este favor de entrar dentro de ti, y experimentar la dulzura de tu presencia, y el consuelo de tu habla y enseñanza interior, puede dejar de penar cuando este regalo le falta. Y por esto decia David: *Señor, oid mis lágrimas, y no calleis.* Gran tesoro es que haya llegado el alma á experimentar que no puede vivir sin Dios, ni sin su favor. Mas ¿porque falten sentimientos tiernos á mi corazon, faltarle ha la direccion de Dios? Y ¿porque me falten á mí sentimientos propios, faltarán á la Iglesia los comunes de la fe? Pues á estos resplandores y claridad tengo yo de alumbrarme. Y porque esta verdad se viese en los Magos, llegados á Jerusalen se les es-

condió la estrella, y les informaron del Nacimiento del Niño los Sábios, segun la Escritura; y despues se les tornó á aparecer, con que se les dobló el gozo pasado; porque los sentimientos particulares húndense como rios, y van y se vienen como Dios quiere; y para que la fe estribe en las palabras de Dios, y no en ellos, permite el Señor que falten.» Y otra vez dice: «Entendí que da Dios escasamente las consolaciones, por convenir así á su servicio; porque tanto está el alma más apercebida, cuanto más se parece al Redentor, que en esta vida estuvo lleno de trabajos, y su alma de tristezas; y el consuelo ha de ser á semejanza del refresco que el caminante toma en la venta, no para quedarse allí, sino para pasar adelante con más aliento y esfuerzo.» Y hablando con Nuestro Señor, solia decirle con una resignacion muy entera y perfeta: «Pues me has hecho merced que descanse, ofreciéndome á ti todo lo que soy, dame por una gracia otra, que descanse en que me trates como quisieres. No quiero más alto fin, ni ménos convenientes medios, ni más favores, ni ménos dolores, ni más regalos, ni ménos trabajos; como Dios me ha hecho, y yo tengo merecido, quiero ser tenido; como Dios lo ha hecho, y lo tengo pecado, quiero ser tratado: ni quiero más ternuras, ni ménos cochuras.»

Conforme á esta merced que el Señor le hacia, enseñaba á los que tratan de espíritu, y andan penados por parecerles que no aman á Dios con fervor, que comiencen á amarle en el estado que están. Lo primero, sufriéndolo, si los trata mal á su parecer. Lo segundo, contentándose con lo que les da, teniéndolo por singular don. Lo tercero, contentándose tambien de estar por sus espacios, no pareciéndoles ser largos, sino cortos, y ricos tesoros, pues los de las almas lim-

pias no consisten en tener bienes de Dios, sino en tenerle á Él contento. Lo cuarto, haciéndole todos los más servicios que pudieren, con pura intencion de agradar á Él solo; porque como una castísima mujer muestra el amor que tiene á su marido, en hacerle todos los placeres que puede; y si se adorna y atavía es por contentarle á él solo, y no á otro; de modo, que si él gustase de que dejase aquellos aderezos, los dejaria de buena gana, aunque por ello fuese tenida de los otros por fea y vil, contentándose con solo dar contento á su marido, estarse con él, y tenerle sabroso; así el alma que de veras ama á Dios, todo su contento tiene puesto en que Él esté contento; y si desea el adorno de virtudes, ciencias y otras gracias, no es para agradar á los hombres, y para que le estimen, porque esto ténelo por linaje de adulterio, sino sólo para agradar á su Dios, y para ayudar á que otros le agraden. De suerte, que si Dios le quita los consuelos y favores, y gracias *gratis datas;* y aunque sea hollado y despreciado, de eso mismo se contenta; porque así lo quiere su Dios, en cuyo buen contentamiento tiene librado el suyo: *Et sic placens Deo erit dilectus;* y el que en este modo anda agradecido á Dios, será amado dél, y alcanzará la excelencia de su amor, y las riquezas que dél proceden.

En confirmacion desto decia, que el principal fin de toda buena oracion, y el mejor fruto que della se ha de sacar, es dar á Dios cuanto nos pidiere, y venir con grande conformidad en cuanto quisiere, cerca del tratamiento y caminos por donde nos quisiere guiar, así en quitarnos de la salud, honra, comodidades y otras cosas naturales, como tocando en las interiores y espirituales, quitando los favores, ausentándose de nosotros, ó encubriéndosenos, dejándonos frios y en

escuridad, y por otra parte combatidos de tentaciones, temores y desconsuelos, para que así sea Él más glorificado, y nosotros más aprovechados, que esto es lo que pretende, y lo que dello se seguirá, si le fuéremos fieles, perseverando en no irnos á las criaturas á buscar consuelos exteriores, por más tedio que tengamos de las cosas de Dios, y por más desamparados que nos veamos, no huyendo de la Cruz, ni de las pruebas que nos envia; porque si somos fieles en ellas, volverán las gracias primeras mejoradas, como á Job sus ganados, cuyas palabras tengamos siempre en la boca, diciendo en estos sucesos: *Dominus dedit, Dominus abstulit.* «El Señor me dió este don, y Él me le quitó; sea su nombre bendito para siempre; porque lo que da, y lo que quita, todo lo hace con amor, y por mi provecho.» Y lo que dijo el Sacerdote Helí: *Dominus est; quod bonum est in oculis ejus, hoc faciat.* «Dios es el Señor de todo, haga lo que fuere bueno en sus ojos, que ello lo será en los mios, de cualquier modo que Él trazare.» Y de aquí es, que quien tiene tal resignacion, y obra con tal fin en todo lo que acomete, aunque hace de su parte todo lo que puede y debe, libra en las manos de Dios el suceso que pretende, contentándose más del suceso que Dios envia, aunque sea contrario á su consuelo, que si le viniera lo que él deseaba, segun aquello que dijo el Capitan Joab á su hermano: *Confortémonos, y trabajemos varonilmente por nuestro pueblo, y por las ciudades de nuestro Dios, y el Señor hará lo que fuere bueno en sus ojos.* Todo esto enseñaba el Padre Baltasar á los que trataban de oracion, y lo tenia muy asentado en su corazon; y así con esta resignacion y confianza acometió, como se ha visto, grandes empresas en bien de las almas, y salió prósperamente con ellas.



CAPITULO LI.

De algunas graves sentencias de la resignacion y confianza en la Divina Providencia, sacadas de cartas que escribió á enfermos y atribulados, consolándolos en sus trabajos.

AUNQUE el Padre Baltasar tenia la gracia y prudencia que arriba se dijo, en las cartas que escribia, para reducir á los errados, y alentar á los tibios y pusilánimes; pero no la tenia menor en consolar y alentar á los enfermos y atribulados, como quien sabia qué es estar enfermo y atribulado, y habia pasado por semejantes aprietos; y de su experiencia sacaba los avisos y motivos de consuelo que daba á los demas. Estos eran principalmente, como se ha visto [1], la resignacion y conformidad con la voluntad de Dios, y con su amorosa providencia: en esta tenia librado todo su consuelo en sus enfermedades y tribulaciones; y con esta misma consolaba á los enfermos y afligidos, por sus cartas, con varios modos muy apacibles, de los cuáles pondremos algunos buenos bocados, que pueden ser de mayor consuelo y provecho nuestro.

---

[1] En el cap. XXVII.

§. I.

 una persona principal que estaba con tercianas escribió estas palabras [1]: «Santa Gertrudis fué una vez enseñada divinamente en un éxtasis, cómo Dios Nuestro Señor, que era suma bondad, con el amor que crió al hombre, le dispensa cuanto le envia, y permite que le venga, así de adversidades, como de prosperidades, mirando en lo uno y en lo otro á su mayor bien. Y de aquí infiere la Santa, que son muy ciegos los que con estas cosas dispensadas á ellos con tanta fragancia de amor, no se regalan, y se tienen por muy dichosos. No es vuesa merced de los ciegos; mas por la gran bondad del Señor, de los enseñados por Él mismo, para que se tenga por amado, y regalado con prendas de tanta alegría, y para que vuelva en gracias tiernas las calenturas más fieras; pues tiene del amor que tuvo á Dios San Lorenzo, con que volvió las parrillas en alabanzas, diciendo: «Asado, Señor, te hago gracias.» Yo las doy á su infinita caridad, porque así ha prevenido á vuesa merced con bendiciones de dulzura, para que sea fiel en esta prueba.»

Á otra persona muy principal escribió en esta conformidad, diciendo así [2]: «Grande señal es de que es agradable á Dios su estado y asiento, el contento que le da en él tan continuado, que parece es su centro. Buena nueva es para mí, que deseo ande en todo gobernado por regla tan infalible; y si sigue tal estrella

[1] Salamanca 19 de Agosto de 1574.

[2] Salamanca 1 de Marzo de 1576.

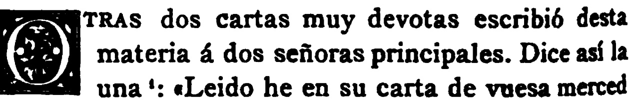
por norte, podrá salir bien de todos los trabajos, sin ser parte los trabajos para aguar su conhorte. Y con razon; porque á quien Dios abre los ojos para conocer el bien que en Él tiene, ábrelos tambien para que vea en la misma lumbre la preciosidad de las penalidades, mostrándole que son postas con que se corren los trechos que hay de las almas á Él, y que agravia á su providencia quien los llama estorbos; porque si desea medrar, y contentar al que debe querer más que á sí mismo, tambien debe desear las ocasiones con que lo pueda hacer; y como estas son sucesos que el mundo ciego llama infortunios, desastres, ó cargas, no las tiene Él por tales, sino por favores y gracias; y tanto mayores, cuanto más pesadas.»

A otra persona religiosa escribió desta manera: «En trabajo está V. R. de cuerpo, y en mayor de alma; entrambos ordenados de la dulzura de Dios, para que tenga al mismo Dios. Acuérdome que dijo Nuestro Señor una vez á Santa Gertrudis, que cuando ve alguna alma sin virtudes, que le atraian á ella, porque sus deleites son estar en los hijos de los hombres, que las llena de tribulaciones en el cuerpo, y de turbaciones en el espíritu, y á veces mucho mayores que las primeras, para que le abran camino á Él, y le llamen á la tal alma, poniendo clamores de Dios, donde ántes no habia voces; porque la Escritura dice: *Cerca está el Señor de los que tienen corazon atribulado.* Y Él mismo dijo de sí: *Con él estoy en la tribulacion.* Esta es la causa del aprieto en que V. R. está, que no desamor; no es desvío de la bienquerencia de Dios, sino abrazo de su dulzura; y tanto debe ser más venerado, cuanto es más apretado; porque esta es la señal con que suelen mostrar las criaturas el amor que se tienen unas á otras. Si crece el trabajo de

V. R., crezca su fe con Dios, que ella le dará salud; porque así lo dice San Pablo de otros enfermos bien crédulos: *Fide convaluerunt de infirmitate.* «Con la fe convalecieron de su enfermedad.» No querrá Nuestro Señor cortar tan en agraz el racimo que crió para su gusto; y si para su servicio puramente desea la vida, con seguridad puede desearla y pedirla; porque no se ofende en esto Nuestro Señor, ántes se contenta. Y asimismo dijo á la misma Santa, que la piedad de su amor, con que deseaba la salvacion de las almas, le forzaba á recebirles en servicio de buscar á Él mismo, los deseos de los justos, con que sin desórden buscan ó desean algunos bienes; y los que son agravados con enfermedad del cuerpo, ó con desconsuelo de espíritu, ó con otros semejantes aprietos, si desearen salud, ó verse libres de aquellos trabajos, yo para poder premiarlos abundantísimamente, segun el grande amor que les tengo, hago cuenta que me desean á mí. ¡Oh palabras de entrañable consuelo, para el que siente lo que ha oido! Compasion tengo del estado en que está, porque he experimentado qué es la flaqueza de los hombres, cuando les deja Dios en sus fuerzas, para que vean á las claras lo poco que pueden sin Él, dejándole por arrimarse á sí. Y pues yo he llegado á acercarme á las puertas de la muerte, como V. R., y vivo, torne sobre sí, y viva en confianza de que se podrá ver como yo, y con fuerzas más enteras. Aliéntese y consuélese, y sepa que para alcanzar salud, y lo que desea, con más presteza, y con mayor sabor y gusto, es buen medio ser bien comedido con Dios, holgando de ponerse en sus manos á toda su voluntad; y hasta que Dios alcance esto de V. R., sepa que le dejará hasta ponerle en el hilo de la muerte; mas si le ve resignado y comedido, oirá

la respuesta de Dios, como Abrahan la del Angel, cuando alzó el brazo para degollar al hijo: «Ten paso; no hagas tal cosa; porque no queria Dios sino saber lo que tenia en ti; ahora que lo ha visto, dice que dejes el hijo, y que hagas sacrificio deste carnero.» Bien sabia Dios sin aquella prueba lo que tenia en Abrahan; mas él no supiera de sí, si tenia caudal para ella, si Dios no le allegara tan al hilo; ni quedara tan consolado con el hijo, si hubiera quedado corto con Dios, y dejado de hacer algo de su parte, en servicio de quien tan liberalmente se le dejó, y con tanta gloria suya. Créame que no terná otro atajo mejor que este, para salir de ese trabajo, ni otro sabor mayor, cuando le vuelva la salud. Échese á escuras en manos de Dios, que seguro estará en ellas de que no le saldrá mal este arrojamiento; pues se dejaron clavar en la Cruz, por merecerle descanso temporal y eterno.»

§. II.



OTRAS dos cartas muy devotas escribió desta materia á dos señoras principales. Dice así la una [1]: «Leido he en su carta de vuesa merced muchos duelos que pasa, y creido muchos otros, y mayores que no los que manifiesta, pues si se pudiesen decir, no serian muy grandes. Acuérdese vuesa merced, que el dulce que espera de Dios tiene esta calidad, y otras tales, que declaran su grandeza. Espectáculo, dice San Agustin, que esperan los justos ver, que encierra en sí tanta dulzura, que aunque se

[1] 22 de Mayo de 1572.

puede pensar, mas no alcanzar. No sé qué diga de los trabajos que Dios Nuestro Señor allega en vuesa merced, sino lo que dice David de la junta que hace de las aguas de la mar, en pequeña cantidad: *Congregans sicut in utre aquas maris, ponens in thesauris abyssos.* En esta junta de tantas cosas en un alma, cada una en su género desabrida, excediendo unas á otras en sola amargura, dice que pone Dios abismos en sus tesoros. Tesoros llama sus acuerdos, sus secretos, las trazas no entendidas de nosotros, que lleva en promovernos á bien, y acrecentar nuestras almas. Con razon tales acuerdos se llaman tesoros dellas; pues dellos les viene toda la riqueza, toda la buena dicha suya, todo lo que las enseña y alivia. En estos tesoros dice David que pone Dios abismos, cuando allega muchos trabajos en un alma. ¡Grande palabra es esta! Y si Él no la lee, escura se quedará. Llame vuestra merced á sus puertas, que no las muestra sin misterio; y entre tanto que se las abren, venere con silencio el secreto que no puede alcanzar su entendimiento. Grande es la gana que tiene Dios de ver en nosotros la imágen de su Hijo formada al vivo; y si nos quiere ver solos y quebrantados, no son otros que estos sus cuidados. Despues que el Hijo suyo, en quien tanto se agrada, se vistió de la librea que nos predica la fe, no le puede dar contento que no la pretendamos nosotros; y que cuando Él nos la vistiere, no hinquemos nuestras rodillas, y que con mucho amor y reverencia no se lo agradezcamos. No son estas cosas para decir solamente, sino para sentir y recebir con ellas entrañable consuelo; pues Dios Nuestro Señor, que no castiga dos veces, una que lo hace purga con desconsuelo temporal, lo que habia de ser con fuego eterno; y alimpia con agua rosada, lo que

habia de ser limpio con sangre, á tormentos crueles derramada. Para quien tiene amor á Dios, y con Él siente que su Majestad envia estos despertadores, no son necesarias más consideraciones, para amarlos y adorarlos. Todos los tiene por gracias, todos por postas, todos por brasas, todos por unas grandes luces de su bienquerencia, todos por saetas de su amor, que aunque más duro sea, no le dejan ser piedra. A esto endereza Dios Nuestro Señor á vuestra merced; y si no arde en su amor, tema. A esto endereza sus trabajos; y si no ve en ellos sus regalos, gima sus pecados, que son los velos de que no vea la dicha y riqueza de medios tan llanos, como toma Dios en la más alta de sus pretensiones. Hasta que esto entienda, no hará Dios sino desatinalla; hasta que esto le sepa, no hará Dios sino amargarla; hasta que esto precie, entenderá Dios en humillarla; hasta que este órden le contente, cuanto deseare se le deshará; cuanto le viniere, le descontentará; todo le sucederá al reves, todo le faltará; porque falta vuestra merced á una cosa que sola basta á hartar, honrar y enseñar á quien la poseyese. Y de aquí es lo que dice San Agustin sobre aquellas palabras de David: *Exquisivi Dominum, et exaudivit me*. Los que no son oidos, no buscan á Dios, sino á otras cosas dél; y como hacen injuria á Dios, que quiere ser más amado que sus bienes, son ellos castigados en que nunca los alcanzan, y en ser alcanzados de su familiar amistad. Tal castigo merece tal desatino. Largo va este discurso, mas hágolo por ahorrar en otros; y porque deseo perficionar en vuestra merced lo que Dios ha comenzado. Todas sus indisposiciones y trabajos me duelen, y duélenme más, que aunque significa que entiende en parte el tesoro dellos, es tan pequeña que á mí no

me satisface; arde, mas poco; luce, mas poco; toma estas cosas casi á poco más ó ménos; perdóneme, que me parece no entiende su pobreza, ni la riqueza que Dios la ofrece. Y de ahí es, que no toma con la debida estima lo que Dios le envia, ni toma con amor lo que con él le envia el Señor; y temo que por este camino volverá la triaca en ponzoña, y que ganará poco, á quien le va la vida en tenerlo ganado mucho.»

La otra carta dice así [1]: «Gracias á Dios que no se olvida de vuestra merced. Quien tiene los ojos para ver, como dice San Agustin, por postas tiene de Dios las enfermedades, para correr á Él, pues promoviendo á mejor las almas, á posta se las envia: *Arguens, et castigans, quos amat.* No quiero encubrir á vuestra merced que el alegría que me dió la inteligencia de la traza que lleva Dios en sus cosas, no me la ha quitado esta su herida, ántes aumentado; mire cuál es el amor que la tengo [2]: *Dolor vulneris abstergit mala,* dice el Espíritu Santo. Entiéndalo vuestra merced, y verá el regalo; quiere decir, dolor en la hijada, y salud en el alma; á trueque de males de cuerpo, no son caros bienes de alma. Continúe vuestra merced lo que bien comenzó de su renunciacion, que esta es la leccion que ahora la lee; y pues su principio fué buscar á Dios á solas, y lo ha hallado, no le dé compañía, que le hará injuria; por prevenir esto la desfigura: *Nolite me considerare, quod fusca sim, quia decoloravit me sol,* dice la Esposa Santa; ni por Él se ha de buscar otra compañía, ni con Él otra; porque lo primero sería falsedad, y lo segundo, impuridad.

[1] De Medina, último de Marzo de 1572.
[2] Prov. 20, v. 30.

No le haga tan grande agravio, que asiente á nadie con Él á la mesa. Dígale que descanse en su alma; y si dudare cómo hará esto, pregúnteselo á Él; y si con reverencia lo hiciere, oirá la interior respuesta: «Hija, déjame hacer lo que quiero en ti;» lo cuál tenga en más, que cuanto le pudiere Él mismo dar, temporal y eterno, que con esto estará Él contento, y vuestra merced terná más riqueza, y mayor aprovechamiento. Enséñese á darle grandeza en todas sus cosas, creyendo de sus obras lo que dice su siervo Moisen, que todas son acabadas, y sus caminos juicios justos; y pues la ha recebido por hija, no le provoque á ira, que lo mirará, y la lastimará, como de otros lo dice su Escritura Santa: *Vidit, et ad iracundiam provocatus est, quia provocaverunt eum filii sui, et filiæ;* y piense con cuánta vergüenza se debe oir la palabra que Él más abajo pronuncia: *Infideles filii.* «¡Oh hijos desleales!» Y cuanto creciere en servicio deste Señor, tanto será en mi estima mayor, aunque ahora no está poco crecida.»

Estas son las razones que alegaba este santo varon, para consolar con suavidad y eficacia á los enfermos y atribulados, fiándose en la Divina Providencia, y resignando su voluntad en la de Dios, de quien sabia por experiencia que está colgado nuestro remedio y alivio, y que convierte las adversidades en aumento de prosperidades, como convirtió las suyas, al modo que se ha visto.





CAPITULO LII.

Cómo se partió á Toledo, y comenzó á hacer su oficio de Provincial, y al cuarto mes murió santamente en Belmonte [1].

ESTANDO ya el Padre Baltasar tan bien probado y resignado, y con la perfeccion que se ha visto, quiso Nuestro Señor cortar la fruta que estaba tan madura, y de tan buena sazon para el cielo. Mas como le dió á merecer el trabajo de la jornada al Perú para hacer oficio de Provincial, porque le aceptó de su parte con tan generosa voluntad, como se dijo; así tambien quiso que acrecentase mucho sus merecimientos con la prontitud con que se ofreció al mismo oficio por tres años en la provincia de Toledo, contentándose con el trabajo de poco más de tres meses, muriendo como buen soldado, peleando, y trabajando fielmente en su oficio.

Pasada, pues, la Cuaresma del año de ochenta, salió de Villagarcía con el aparejo que referimos en el capítulo XLVIII; esto es, con un Cristo crucificado en su corazon, como él decia, y con sus tres fieles compañeros, pobreza, menosprecio y dolor; teniendo

[1] 1580.

por suma riqueza, grandeza y regalo, esta amable y preciosa compañía de su dulce Jesus. Llegó á Valladolid para despedirse de la fundadora de su Colegio, y de otras personas principales, á quien tenia especial obligacion. Sucedió estar yo entónces allí, porque habiéndome ordenado de Sacerdote el Sábado de Lázaro, dia del gloriosísimo San José, dije la primera Misa en el Colegio de San Ambrosio el dia de la Anunciacion de la sacratísima Vírgen Nuestra Señora, y detuviéronme en la casa Profesa, para que ayudase á confesar toda la Semana Santa, y la de Pascua. Y como yo era súbdito del Padre Baltasar, tomóme por su compañero para las visitas y negocios que habia de hacer, y túvelo á buena dicha, porque entónces ví más por experiencia el espíritu, fervor, y fuerza de sus palabras y razones; y como de la abundancia del corazon sale lo que se dice por la boca, parecíanme sus lábios como los del celestial Esposo, á modo de azucenas que destilan mirra de la más prima. Porque no solamente eran apacibles, sino echaban de sí un olor fuerte y penetrativo, y todas destilaban aquella mirra prima y escogida de la pobreza, desprecios y dolores deste divino Esposo, de que tan lleno tenia su corazon, hablando á los que visitaba destas tres cosas, con tanto espíritu y fervor, que penetraba y encendia los corazones, y ponia gana de meditarlas, é imitarlas; y andando por las calles, de cuándo en cuándo se le salia alguna palabra desta misma materia, que á mí, con estar muy helado, me ponia como un fuego. Bien quisiera yo acompañarle hasta la provincia de Toledo, por gozar de su dulce y santa compañía, y para que se me pegase algo de los tres buenos compañeros que en su corazon llevaba; mas no me fué concedido, sino que me volviese á Villagarcía á rumiar

lo que habia oido. Partióse, pues, dentro de ocho dias, y llegó á su provincia, adonde algunos le habian conocido en sus principios, áspero y rígido consigo y con los otros. Pensando que todavía duraba en el mismo rigor, habian puesto algun miedo á los demas; pero presto se desengañaron, porque comenzó á mostrar la humildad, blandura y afabilidad de que el Señor le habia dotado. Y así, en llegando á la casa de Toledo, mostró notable sumision á todos los Padres ancianos, y se fué á los aposentos del Padre Francisco de Estrada, y de otros tres Padres muy antiguos que allí estaban, y les pidió la mano hincado de rodillas; y entónces dijo el Padre Estrada: «Provincial que con tanta humildad se hinca de rodillas, buen Provincial será: porque donde hay humildad, hay sabiduría del cielo, como dice el Sábio; y Nuestro Señor, que tan amigo es de los humildes, les comunica su celestial luz y prudencia, y acierto en el gobierno; como le dió á este santo varon, y le mostró en la primera visita que hizo, entablando las cosas de su provincia con tan buena disposicion y traza, que todos recibieron notable consuelo; y volando la fama desto por los demas Colegios, deseaban que fuese presto á visitarlos.

Tuvo por compañero en su oficio al Padre Alonso de Montoya, que despues le hizo en esta provincia de Castilla, habiendo sido primero Prepósito de la casa Profesa, y fué varon de mucha religion, ciencia, y prudencia, el cuál contaba el órden que guardaba el Padre Baltasar en caminar. Por la mañana tenia tres ó cuatro horas de oracion; en llegando á la posada decia su Misa despacio, daba sus gracias, y hacia su exámen particular; comian, y pasado un poco de tiempo (porque, como era verano, habíale para todo) te-

nian su leccion espiritual, y rezaban sus Horas. A la tarde, todo el camino se iba ordinariamente en oracion; y á la noche rezaba sus Maitines, guardando en todo el concierto y órden que tenia en los Colegios; y en la visita dellos procedia con el ejemplo y edificacion que en la provincia de Aragon. Mas al mejor tiempo quiso Nuestro Señor atajarle los pasos dentro de cuatro meses con una dichosa muerte, cual fué su santa vida.

Porque habiendo visitado la casa Profesa de Toledo, y el Colegio de Alcalá, y la casa del noviciado de Villarejo de Fuentes, trabajando con gran fervor en las pláticas que hacia, así á los de casa, como á los seglares en la iglesia, para abrasarlos á todos si pudiera en el amor de Dios; comenzó en el Villarejo á hacer las diligencias necesarias para ganar un gran Jubileo que habia concedido aquel año la Santidad del Papa Gregorio XIII, por el feliz suceso de las cosas de la Iglesia. Ayunó con todo rigor las dos semanas que el Jubileo señalaba, sin que nadie se lo pudiese estorbar, aunque tenia bastante excusa, por estar muy debilitado, y cargado de achaques. Enflaquecióse mucho el cuerpo con el ayuno, aunque el espíritu se iba disponiendo para lo que le estaba ya esperando. Allegóse á esto el grande calor que hacia, y los soles que habia pasado por los caminos, por ser el mes de Julio; y así en llegando al Colegio de Belmonte le dió una calentura, de la cuál los médicos y los de casa hacian poco caso; mas el santo Padre entendió que era llegada su hora, y luégo se comenzó á prevenir para la muerte. Hizo una confesion general con su compañero el Padre Alonso de Montoya; comulgó con muy gran devocion, y muy con tiempo pidió y recibió la Extremauncion, con grandes mues-

tras de la reverencia, amor, y aprecio que tenia destos Santos Sacramentos, y de los bienes que por ellos se le comunicaban, y de la merced que Dios le hacia en querer llevarle para sí. No queria admitir visitas, por estar desocupado para orar y tratar más con su Dios; y aun diciéndole su compañero que señalase alguno en su lugar, respondió: «No me hable, Padre, de negocios, que no es ahora tiempo deso.» Andaba por decirle el médico el peligro de su enfermedad, y cuán al fin estaba de su vida; y comenzó á hablarle por rodeos, temiendo de declarárselo; y como el santo Padre lo entendiese, díjole con grande señorío: «No tiene que temer el decirme que me muero, porque ni se me da nada de vivir, ni me pesa de morir.»

Otro Padre, viendo el contento que mostraba en salir de la cárcel del cuerpo, le preguntó, si se holgaba de morir, y él respondió: «Si en algun tiempo, ¿por qué no ahora?» Con esto dió á entender la satisfaccion interior que le daba su buena conciencia, y la grande confianza que tenia de su salvacion. ¿Y qué maravilla la tuviese al cabo de su vida tan santa, pues en medio della, viéndose en semejante peligro, dijo lo que se refirió en el capítulo XXVIII? Especialmente habiendo tenido, como ya se ha dicho, revelacion de que era de los escogidos para el cielo. Acudieron todos los del Colegio á su tránsito con muchas lágrimas, que derramaban tiernamente por sus ojos; y aunque todos deseaban que en aquella hora les dijese alguna cosa de edificacion, el santo varon no quiso interrumpir su oracion, ni la plática interior que con su Dios tenia trabada, en cuya presencia con gran silencio y sosiego dió fin á su peregrinacion el dia séptimo de su enfermedad, á las cinco de la tarde, á los veinte y cinco de Julio, dia de Santiago Apóstol, de

quien era muy devoto, el año de mil quinientos ochenta, á los cuarenta y siete años de su edad, y veinte y cinco de Compañía. Quedaron todos muy desconsolados, por verse privados de un tal dechado de virtud, y del provecho que esperaban habia de hacer en aquella provincia con su gobierno.

Sabida su muerte en aquel pueblo, acudió mucha gente por la fama de su santidad, porque no habia tenido ocasion ni lugar de tener dél otra noticia; y como Nuestro Señor quiso honrarle despues de sus dias, inspiró tambien al Cabildo de aquella iglesia Colegial, que viniese sin ser llamado, en forma capitular, á enterrarle. Hiciéronle un solemne entierro, con sus exequias; y fué colocado en una bóveda, donde se suelen enterrar los demas religiosos.

Cuando en Castilla se supo su muerte, fué notablemente sentida, así de los de la Compañía, como de los seglares, personas muy graves, especialmente de la Duquesa de Frias, la cual, cuando tuvo nueva de su enfermedad, le envió al punto desde Villalpando una acémila cargada de regalos; y en sabiendo su muerte, fué tanto su sentimiento, y el de todos aquellos señores que allí estaban, que enviaron por el Padre Rector de Villagarcía, para que les diese algun consuelo. No lo sintió ménos Doña Magdalena de Ulloa, fundadora del Colegio de Villagarcía, de donde habia salido; y allí los Capellanes dijeron por él en canto de órgano su vigilia y Misa; y lo mismo hicieron los Padres de aquella casa, donde estaba la memoria de su Rector y Padre tan fresca; y aunque fueron muchas las Misas que le dijeron en diversas partes; pero más eran las personas, y entre ellas muchas muy graves y doctas, las que se ecomendaban en sus oraciones, como de Santo que podia mucho

ayudarlos en el cielo. Yo quedé atónito venerando los secretos juicios de Dios, en haber querido cortar el hilo de la vida á tal varon, en tal edad y coyuntura, cuando segun el curso de la naturaleza estaba en edad para vivir mucho, y segun el de la gracia tenia la sazon que era menester para hacer mucho fruto en la Iglesia, en su religion y fuera della [1]. Pero como es Señor desta viña, Él planta, poda, y corta los sarmientos cuando quiere, y como quiere, sin que haya quien pueda decirle: *Cur ita facis?* «Por qué lo haces así?» Porque á Dios no se le ha de pedir razon de lo que hace; pues basta que Él lo haga y lo quiera, por razon muy justificada, para que todos se le rindan, y tengan por bueno y acertado lo que hiciere. De ménos edad que al Padre Baltasar llevó para sí á San Antonio de Pádua, cuando era extraordinario el fruto que hacia en las almas; y de poca más edad sacó á San Francisco, y á Santo Tomás de Aquino, y á otros Santos, sin reparar en que dejasen por acabar los libros, y otras obras muy insignes que tenian comenzadas: porque el Señor tiene tasados los dias de los justos, y los grados de sus merecimientos y coronas; y en cumpliéndose la traza, los lleva para colocarlos en su gloria, avisando de camino á los que quedamos acá, que nos demos priesa en la jornada, y que siempre estemos en vela, y haldas en cinta, aparejados para el fin della; porque cuando ménos lo pensáremos, vendrá el Hijo del hombre, y nos llamará para tomarnos cuenta, y premiar la diligencia con que esperamos su venida, ó castigar el descuido que tuvimos en cumplir lo que nos mandaba.

---

[1] Véanse los números XXI y XXII del Apéndice.



CAPITULO LIII.

De algunas revelaciones que hubo de su dichosa muerte, y de su gloria, y cómo despues de muerto ayudó en espíritu á algunos á quienes habia ayudado cuando vivo.

OMO la muerte de los justos es preciosa en los ojos de Dios, y quiere que haya dellos eterna memoria; así da traza cómo manifestar á los fieles la preciosidad y grandeza que tienen en su divina presencia, ya por revelaciones particulares, ya por milagros, ya por otras obras, que son indicios dello; y así quiso su Majestad revelar la muerte deste santo, y cuán preciosa fué en sus ojos, el mismo dia en que murió.

§. I.

ARA esto escogió Nuestro Señor la ciudad de Burgos, porque de allí podia fácilmente divulgarse por su provincia de Castilla, donde era tan conocido y estimado. Estaba allí una sierva de Dios, beata de San Francisco, muy penitente, y de grande oracion, en la cuál era muy regalada de Nuestro Señor, y recebia algunas revelaciones de cosas

futuras, que puntualmente sucedian como ella decia; y á veces oia una voz que la mandaba algunas cosas, que hiciese ella misma, siempre de grande provecho, y con grandes conjeturas de que todo procedia de buen espíritu. Estando, pues, un dia en oracion, oyó que la decian: «Ven, y hallarte has á la muerte de un gran siervo mio; y arrebatada en espíritu, y puesta delante de un enfermo, vió que al rededor de su cama estaban muchos varones eclesiásticos, echando de sí gran resplandor, y entre ellos gran muchedumbre de Angeles. Despues entraron otros cinco con hábito eclesiástico, pero con mayor gloria y resplandor que los primeros; uno de los cuáles tenia tan clara luz, y tan resplandeciente, que pensó era Cristo Nuestro Señor; pero dijéronla que no lo era. Este tomó al enfermo por la mano derecha, y levantóle, y puestos los otros cuatro á los lados, y los demas al rededor, ellos y los Angeles llevaron su santa alma al cielo con grande regocijo y música; y quedándose dos Angeles con el cuerpo le ungieron y incensaron. Habiendo esta persona visto tan solemnes exequias, y la subida del alma tan gloriosa, pensó que era un Obispo de Italia gran siervo de Dios, á quien ella tenia gran respeto y amor; pero fuéle revelado que no era aquel, sino el Provincial de la Compañía de Jesus de la provincia de Toledo. Luégo que esto vió, que fué, como dijimos, el mismo dia en que murió en Belmonte el Padre Baltasar, vino á contarlo á su confesor, que era el Padre Cristóbal de Ribera, varon verdaderamente santo, prudente y de grande espíritu, que despues fué Provincial desta provincia, el cuál averiguó con cuidado lo que le habia contado; y cuando vino la nueva de la muerte del Padre Baltasar, haciendo comparacion de todas estas circunstancias,

halló que dél se habia de entender esta revelacion [1]; y como la misma persona de ahí algunos años, en Valladolid á donde habia ido, fuese preguntada de lo que pasó, por el Padre Francisco de Salcedo, de nuestra Compañía, sobrino del mismo santo Padre, ella respondió que lo tenia escrito en un librito, donde solia apuntar las mercedes señaladas que Nuestro Señor solia hacerla, y daba dellas cuenta á su confesor; y que despues que recibió esta, como vió subir aquella alma con tanta gloria al cielo, no podia olvidarse, ni dejar de encomendarse cada dia á ella, y que despues vino á saber que era el Padre Baltasar Alvarez; por lo cual, vistas todas las circunstancias desta revelacion, y la santa vida de la persona que la tuvo, á quien Dios hacia semejantes mercedes, y que despues tuvo otra de la muerte y gloria de la Santa Madre Teresa de Jesus, y que al fin acabó bien su jornada, se puede tener por cierta la dicha revelacion, y que los santos del cielo, y los Angeles de quien este santo varon fué muy devoto en esta vida, vinieron á honrarle en la muerte. Y pues aquel varon de grande resplandor no era Cristo Nuestro Señor, puédese creer que era nuestro Santo Padre Ignacio, cuyo hijo era el enfermo, ó el glorioso Apóstol Santiago, en cuyo dia fallecia, ó algun otro de aquellos en quien tenia devocion más especial.

La Santa Madre Teresa de Jesus supo la muerte deste santo varon estando ella en Medina del Campo, y sin poderse contener, estuvo más de una hora llorando, sin que nadie fuese parte para consolarla; y preguntándola, ¿cómo sintiendo tan poco las cosas del

[1] Véase el número XXIII del Apéndice.

mundo, sentia esta tanto? Respondió: «Lloro, porque sé la grande falta que hace y ha de hacer en la Iglesia de Dios este su siervo;» y con esto se quedó arrobada más de dos horas. Lo que pasó en este rapto no lo dijo; mas sabemos que muchas veces dijo la revelacion que en el capítulo XI referimos, del alto grado de santidad que el Padre Baltasar tenia en la tierra, y de la grande gloria para que estaba predestinado en el cielo; y yo he sabido de una persona muy sierva de Dios[1], muy devota desta Santa, y muy aficionada á nuestra Compañía, de cuya verdad y virtud tengo grande certeza y seguridad, que estando muy afligida se le apareció esta gloriosa y Santa Madre, muchos años despues de su muerte, la cual, para consolarla en su trabajo, la dijo entre otras muchas cosas estas formales palabras, que eran á propósito para su consuelo: «Yo tambien soy hija de la Compañía, y tuve confesor en ella, y ahora en el cielo le reconozco y le respeto.» Y es cierto que entendió esto del Padre Baltasar Alvarez; porque aunque tuvo primero otros, pero este fué el que duró más tiempo, y la ayudó con más cuidado, hasta poner en ejecucion sus altos intentos, y de quien ella se preciaba de tenerle por confesor y maestro. Y pues en el cielo le reconoce ahora, y le respeta, señal es que tiene allá su lugar, y silla tan eminente, como la habia visto cuando vivia acá en la tierra.

Y aunque todas estas revelaciones son de mucho consuelo, pero lo que más nos asegura de lo que ellas dicen, es todo lo que queda contado en el discurso desta historia: porque tales obras y tales virtudes

[1] Véase el número XXIV del Apéndice.

como las que aquí se han referido, tal caridad con los prójimos, tal humildad en los desprecios, tal paciencia en los trabajos, tal conformidad con la voluntad de Dios en todas las cosas, y tal modo de oracion tan continuado, son testimonios ciertos, con la certidumbre que acá se puede tener de ley ordinaria, de que goza de Dios el que las hizo, pues perseveró en ellas hasta la muerte, siendo mucho más lo que deseó hacer y padecer, que lo que hizo y padeció. Por esto dijo la voz del cielo á San Juan [1]: *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor: porque el Espíritu Santo*, cuyo decir es hacer, *les dice, que descansen en sus trabajos, porque sus obras les siguen.* Estas le honran delante de Dios, y de sus Angeles, y de los justos, y cuando falten milagros, estas obras suplen por ellos por ser milagrosas, y testimonio más cierto de la santidad, que otros milagros que pueden hacer los malos en confirmacion de la verdad de la fe que profesan, aunque no de la virtud y santidad que tengan. Ni faltan tampoco en esta historia cosas raras y milagrosas, que de tal manera se concedieron á este santo varon, para provecho de otros, que fueron como premio de sus buenos trabajos, y medios para crecer más en las virtudes, como fué el don de la contemplacion, con los frutos tan raros como arriba se dijeron; el infundirle la ciencia del espíritu, y de la Teología necesaria para su oficio; el conocimiento de los secretos del corazon; la profecía y revelacion de las cosas futuras y ausentes, con que Nuestro Señor le regaló y honró en la tierra, con prendas de los bienes eternos, con que le honra y ahora en su cielo.

---

[1] Apoc. 14, v. 1.

§. II.

PERO fuera desto quiso Nuestro Señor tambien que el mismo difunto hiciese despues tales obras, que confirmasen las que habia hecho cuando vivo, y la santidad y gloria que por ellas habia alcanzado: porque, como se saca de la Sagrada Escritura, los Santos en el cielo no pierden el cuidado de las personas que tuvieron á su cargo en la tierra: ántes como tienen la caridad más pura, y están siempre en la divina presencia, oran por ellos, y con sus oraciones les negocian la ayuda que han menester para durar y crecer en el bien que les habian persuadido en esta vida; en cuya confirmacioa en el libro II de los Macabeos se cuenta de dos ilustres Santos del Testamento Viejo, Onías, sumo Sacerdote, y el Profeta Jeremías, que levantadas las manos oraban mucho por su pueblo de Israel; y el Apóstol San Pedro ofreció á los fieles, á quien escribia su segunda carta, que despues de su muerte se acordaria frecuentemente dellos, para que tuviesen memoria de las cosas que les habia predicado, continuando invisiblemente el oficio que habia hecho con ellos corporalmente [1]. Esto mismo sucedió por órden de la Divina Majestad al Padre Baltasar, el cuál tenia tan entrañado el celo de ayudar á las almas que estaban á su cargo, que aun despues de muerto fué continuando su oficio con algunas, ayudándolas en sus aflicciones, y alentándolas á perseverar en el bien comenzado.

[1] Vide Bellar. in lib. I de cultu sanctorum, cap. XVIII.

Entre estas personas pondré en primer lugar á Doña Ana Enriquez, de quien arriba se hizo mencion, señora principal y espiritual, bien acosada de trabajos cuando casada, y despues de viuda, la cual, por la gran devocion que tuvo con este santo varon, despues que supo su muerte, y experimentó las ayudas que entónces recebia por su medio, escribió una relacion de todo, por estas palabras, dejando algunas por abreviarla.

«Habiendo sabido la enfermedad del Padre Baltasar Alvarez, estando yo en Valladolid, fuí el dia de la Transfiguracion á la casa Profesa de la Compañía, para confesar y comulgar, y por saber la nueva que habia de su enfermedad; dijéronme cómo habia fallecido, lo cuál me causó tan grande sentimiento, que no se puede decir, por lo mucho que perdí en él de mi consuelo y alivio, en tiempo que estaba recien viuda, y muy afligida; y aunque algunas personas que sabian esto, procuraban consolarme, no hacian en mí efecto sus razones. Acostéme aquella noche así triste; á la mañana, despertando muy temprano, me acordé deste santo Padre, y luégo con su memoria se vertió por mi alma una grande alegría, cosa bien de notar en mi condicion, y en tal sazon y tan de presto, y sin poner yo nada de mi parte; y juntamente en lo interior me persuadian con muchas razones, que no estuviese desconsolada; y esta persuasion era con una suavidad y regalo grandísimo; y en brevísimo tiempo se me dieron á entender muchas cosas con que se acallaban las faltas que por su ausencia entónces se me representaban, y entendia que se remediaban con más ligeros correos para el cielo, que eran las estafetas, y más libres de peligros: porque juntamente se daba á entender con cuántos inconvenientes se comu-

nicaban en el suelo, aun los siervos de Dios. Yo no sé cómo me veia tan cerca de lo que al sentido me parece léjos, que era cosa maravillosa. Quedé tan consolada ántes que me levantase de la cama, que aunque yo quisiera estar triste, no pudiera. Desto gocé toda aquella mañana en la iglesia de la Compañía, y tres dias arreo. Desde esta hora me pareció le sentia á mi lado, no sólo con la imaginacion, sino con otro modo muy diferente. Pasados estos tres dias, aunque yo quisiera sentirle así, no podia; mas en lo interior me regalaba mucho su memoria, como tambien en su vida estando ausente me hacia algunas veces una compañía regaladísima y purísima, más que si estuviera presente, aunque esto no era siempre que yo lo queria.

»De ahí á algunos años, á diez y siete de Noviembre de mil y quinientos y ochenta y siete, víspera de San Gregorio Taumaturgo, habiendo tenido grandes aprietos interiores, púseme una noche á rezar algunos salmos, y aunque me enternecia con algunos versos, sentia gran soledad, y dábame pena parecerme que no tenia persona á quien descubrir mi sentimiento conforme á mi deseo; y con esto me quedé arrojada, vuelto el rostro á la pared. Habia yo dicho algunos dias ántes á una amiga mia, que conoció al Padre Baltasar: «¡Oh que diera yo por ahora poder hablar con este Padre!» Y estando tan léjos de que esto podia ser, me hallé con él sin pensar; y aunque no le veia con los ojos corporales, lo sentia cabe mí á mi lado derecho, haciéndome una compañía regaladísima. Sentíale con majestad y llaneza, y representábanseme muchas cosas de las que en su vida pasó y habló conmigo, y tan claramente como cuando era vivo, y sentia su espíritu. Habléle de cosas pasadas

y presentes tiernísimamente. Lo que con él pasé, y con los términos que fué, no podré ni sabré decirlo. Parecia que sin hablarme me respondia, consolaba, y enseñaba, y se ofrecia á ayudarme. Habléle de mi confesor, y de otras cosas; y sentíale benigno para conmigo, y que con su vista se daba fin á la tormenta que me habia traido crucificada. De mil cosas me daba luz sin hablar, y aclarábame el trato y amistad espiritual que conmigo habia tenido, y me parece que me veia el alma. Díjele: «Mi Padre, ¿no me dice nada?» Y parecióme que hizo una seña hácia el cielo, inclinándome allá, y significándome la grandeza de aquel estado; y esto me hizo grande efeto. Descubrióseme su santidad, y lo mucho que habia servido á Nuestro Señor; y díjele, que las vidas de otras personas andaban públicas, ¿y cómo estaba la suya tan en silencio? Respondióme sin hablar, de modo que lo entendí: «No importa,» dándome á entender, que de aquí al dia que todo habia de salir á luz, habia poquito, pues era temporal; con lo cuál me comunicó un olor y estima grande de la eternidad.

»El dia de San Andrés siguiente tuve otro grande aprieto de tristeza, por cierta palabra que me habian dicho; y yendo á comulgar con esta afliccion, sentí á mi lado derecho á este santo Padre, de la manera que la vez pasada, y sin verle con los ojos corporales, ni hablarme, le sentia y le entendia. Habléle, y de presto se deshizo la niebla que me habia cubierto el alma, y me sentí sana y alentada. Parecíame le tenia como padrino para enseñarme, y cuando alzaban la hostia en la Misa, y la adoraba, le sentí cabe mí, haciendo gran reverencia al Santísimo Sacramento. Todo esto me pareció prenda de lo mucho que puede con Dios; y que es su Majestad servido que me ayu-

de visiblemente; y mostrándome yo agradecida de que me hubiese socorrido tan á tiempo, me dió á entender que á Dios lo debia, por donde eché de ver la fidelidad que tenia, y siempre tuvo con Nuestro Señor.»

Otra persona muy sierva de Dios, y conocida y respetada por tal, contó que estando su alma en un gran desamparo interior, se acordó del santo Padre Baltasar, y con sentimiento le dijo: «Padre, ayudadme;» y de ahí á un poco le vió en vision imaginaria á su lado derecho, y la estaba haciendo muy apacible compañía, y entónces le dijo: «¿Padre mio, es posible que á quien tanto bien hicistes, y quisistes en la tierra, ahora que estais mejorado no me ayudareis? Ayudadme.» Pero todavía se estaba el alma en aquel desamparo, hasta que oyó dentro de sí estas dos palabras interiores que le pareció eran suyas: arribar para la perfeccion; con lo cuál se alentó, y conociendo su necesidad y la superioridad del Santo, extendió el brazo hácia donde sentia su presencia, diciéndole: «Padre, dadme la mano;» y el santo Padre se la dió, y vió la mitad de su brazo vestido como le traia acá cuando vivia, asióle con la mano de la muñeca, y diósele á entender que esto era prenda de la confianza que habia de tener, de que se cumpliria la voluntad de Dios en ella, como lo deseaba. Con esto se quitó la presencia regalada que la hacia, mas no la representacion tan viva del medio brazo vestido, asiéndole por la mano al modo dicho.

Un Padre de la Compañía, grave y muy letrado, que tuvo mucho trato con el Padre Baltasar en vida, contó que en sus necesidades grandes y pequeñas, espirituales y corporales, encomendándose á Nuestro Señor por los méritos deste su siervo, habia hallado

remedio y alivio. Esto le sucedió algunas veces; y tuvo por género de milagro el remedio que halló en cierta cosa que le apretaba mucho. Y en otra grande afliccion, encomendándose á él mismo, sintió interiormente que le respondia, «que en semejantes necesidades habia de acudir á Nuestra Señora;» hízolo así, y sintió grande aliento. Y otra vez en Belmonte, haciendo lo propio, sintió que le habló en voz baja, y comenzando la razon que le decia con voz exterior, la acabó con voz interior, ó inspiracion. Y no sin misterio ha querido Nuestro Señor que todas estas señales hayan sido para alivio de personas afligidas; porque de camino se descubriese la gracia que tuvo de consolarlas en vida, y la que el Señor le hará de consolar por su intercesion á los que ahora se lo pidieren en sus trabajos.





CAPITULO LIV.

De la traslacion de sus huesos al Colegio de Villagarcía.

s tan preciosa delante de Dios la muerte de sus Santos, que como dice San Basilio [1], como antiguamente el que tocaba los huesos del cuerpo muerto, quedaba contaminado; así por el contrario, quien toca ahora los huesos de algun cuerpo santo, puede recebir dél virtud con que quede santificado; y quiere Nuestro Señor que se repartan por muchos lugares, para que en todos sirvan de adorno, muro, y defensa de nuestros enemigos, y para que sean honrados de sus fieles. «Y si me preguntas, dice San Ambrosio [2], ¿qué honro en estos huesos y reliquias de los Santos? Dígote que honro en el cuerpo del Santo, las llagas que recibió por Cristo; honro la memoria del que vivió con virtud perpétua; honro las cenizas consagradas con la confesion de su Señor Dios; y en las cenizas honro la semilla de la eternidad. Honro al cuerpo que me en-

---

[1] In Psalm. 115.
[2] Orat. in 40 Martyres, Serm. 93.

señó á amar á Dios, y á no temer la muerte por servirle. Y ¿porqué no honrarán los fieles al cuerpo que es venerado de los demonios? Pues aunque ellos le afligieron en el tormento, le glorifican en el sepulcro. Honro, finalmente, al cuerpo que Cristo Nuestro Señor honró en este mundo, y ha de reinar con Cristo en el cielo. Estos son los motivos, y los provechos de la veneracion y culto de las reliquias y huesos de los Santos; y en teniendo por tal á algun difunto, luégo deseamos tener alguna reliquia y cosa suya.» De aquí es, que los que conocieron al Padre Baltasar Alvarez, tuvieron tan grande concepto de su santa vida, que desearon tener consigo alguna reliquia de su cuerpo, ó de cosa suya, para venerarle y encomendarse á él, y por esta prenda alcanzar de Nuestro Señor su misericordia muy copiosa.

Los que más en esto se señalaron fueron dos señoràs muy principales. La primera fué Doña Juana de Castilla, sobrina de los fundadores de nuestro Colegio del Villarejo de Fuentes, la cual, con no haber tratado al Padre Baltasar sino solos cuatro dias que estuvo allí de paso, quedó tan aliviada en los trabajos interiores que padecia, y tan admirada de la fuerza con que la hablaba al corazon, que deseó tener consigo despues de muerto al que no pudo gozar en vida; y así pidió al Padre Provincial de aquella Provincia, que entónces era el Padre Francisco de Porras, le mandase dar la cabeza del santo Padre, para tenerla consigo para su consuelo espiritual. Concediósele su peticion de ahí á algunos dias, así por la obligacion que la Compañía la tenia, como por la mucha devocion con que lo pedia; y envió por ella á un Padre de aquel Colegio con unos paños muy bien labrados en que fuese envuelta, y una caja muy bien

adornada donde la metiese. La cabeza traia muchos de los cabellos muy frescos, y dentro algo de los sesos, que áun no estaba del todo gastado; y con todo eso no traia mal olor alguno, como ni le tenia su santo cuerpo, cuando recogieron los huesos en una arca, con no estar bien descarnados; y por esto echaron en el arca alguna cal, para que acabase de consumirle la carne; y aunque tardaron no poco tiempo en este ejercicio, no sintieron olor que les ofendiese, con no poder sufrir el olor de otros cuerpos que estaban en la misma bóveda. Recibió, pues, esta santa cabeza, y púsola con mucha reverencia y veneracion en un oratorio que para solo esto hizo, fuera de otro que tiene, y le aderezó ricamente, en testimonio del amor y respeto que al santo Padre tenia [1].

La otra señora fué Doña Magdalena de Ulloa, la cuál deseó tener en su Colegio de Villagarcía, que habia de ser su entierro, el cuerpo del santo Padre Baltasar, que habia sido su confesor y maestro, y tambien Rector, y primer maestro de novicios en aquel Colegio. Pidiólo á nuestro Padre General, que ya era el Padre Cláudio Aquaviva, y no pudo negárselo. Fué por los huesos el Padre Francisco de Salcedo, de nuestra Compañía, y sobrino del mismo santo Padre, de quien hicimos mencion en el prólogo. Trájolos en un baul secretamente hasta Villagarcía; pasó por Valladolid, donde estaba esta señora; dióla un diente que habia tomado de la santa cabeza, para que le trajese consigo, y alegróse mucho con el presente. Algunos Padres graves de la casa Profesa desearon ver los santos huesos, y venerarlos; y el Padre José de Acos-

---

[1] Actualmente se halla en Madrid custodiada religiosamente poi los Padres de la Compañía de Jesus.—*Nota del Editor.*

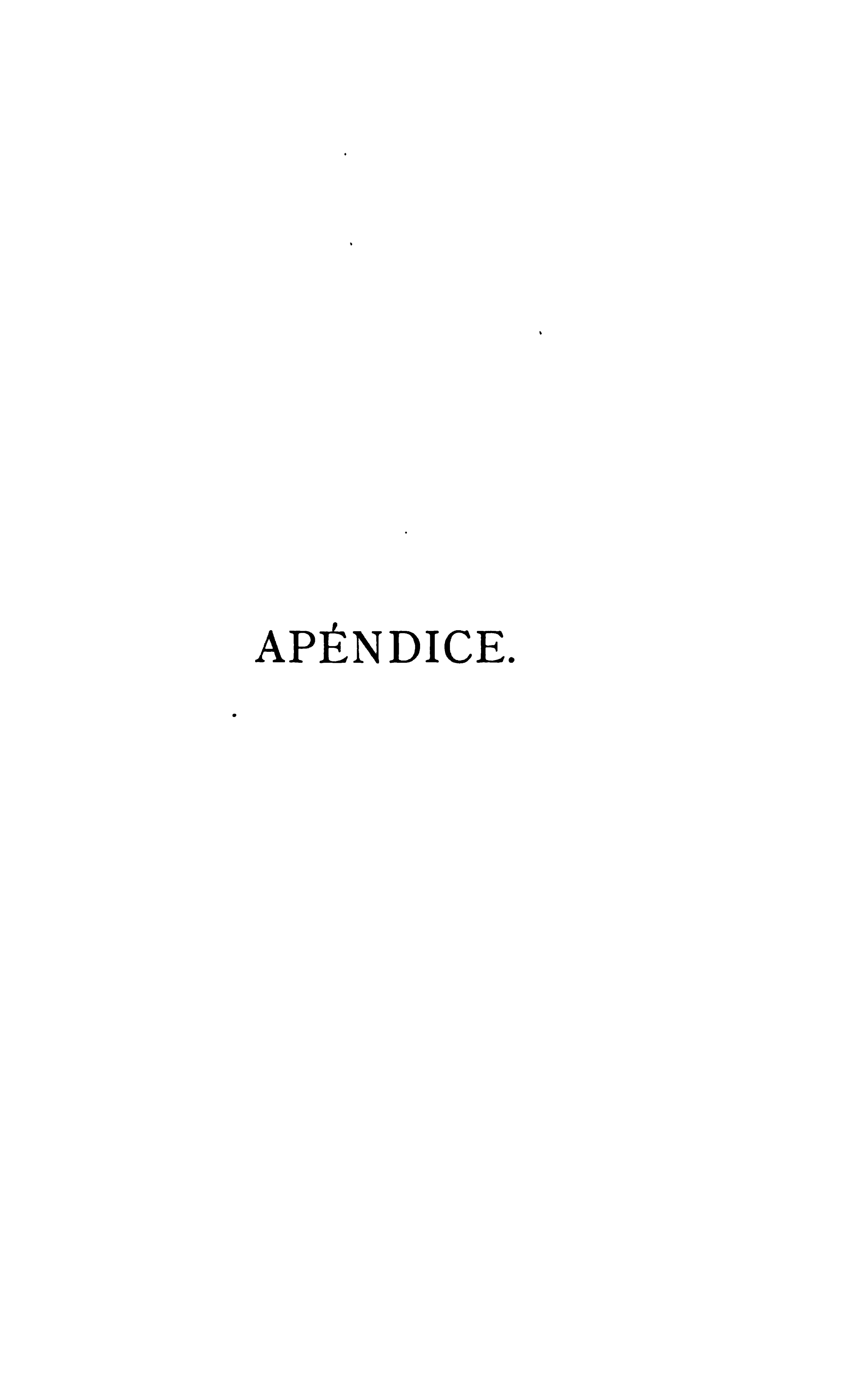
ta, que fué uno dellos, sintió tal fragancia, que preguntó si habia puesto olores en ellos; y como le dijese que no, aunque estaban comprados para ello, respondió, que no se hiciese, porque no ha faltado en casa quien haya sentido gran fragancia. Y es costumbre de Nuestro Señor dar un olor muy suave á los cuerpos de los Santos, aunque unos le sienten, y otros no. Juntáronse en Villagarcía con el Padre Gonzalo de Avila, Provincial, y con el Padre Juan de Montemayor, Rector de aquel Colegio, los Padres Francisco de Galarza, Prepósito de la casa de Valladolid, el Padre Juan Suarez, Padre Antonio de Padilla, y otros muchos Padres graves de la provincia. Vinieron tambien de Valladolid el Inquisidor Don Juan Morales de Salcedo, cuñado del santo Padre Baltasar, y su sobrino Don Diego Lopez de Salcedo, colegial que entónces era en el insigne Colegio de Santa Cruz de Valladolid, de los cuáles ya se ha hecho mencion.

Pusieron el ataud con los santos huesos en una parroquia del lugar, que se llama de San Boal, en un túmulo que estaba aparejado, y el dia siguiente por la tarde se ordenó una solemne procesion desde nuestra iglesia para traerlos. Iban delante cuatrocientos estudiantes, y la Clerecía con la Capilla de cantores que hay en nuestra iglesia; despues todos los Padres y hermanos de la Compañía. Iba revestido para decir la Misa, y hacer el oficio, el Inquisidor Salcedo. Tomaron el ataud el Padre Rector de aquel Colegio, el Padre Prepósito de Valladolid, y otros Padres graves, remudándose á trechos, queriendo todos honrar al que tanto los habia honrado con su santa vida y dotrina. Pusieron el cuerpo en un túmulo grande, que estaba en medio de la Capilla mayor. A la mañana hubo su Misa y sermon muy escogido, que predicó el

Padre Rodrigo de Cabredo, compañero que entónces era del Padre Provincial, Visitador, y despues acá ha sido Provincial, Visitador y Superior en las provincias del Perú y Méjico, con mucha gloria de Dios, y provecho de las almas, así de los españoles, como de los indios. Acabada la Misa se colocaron los santos huesos en la Capilla de las reliquias debajo dellos, junto al altar donde está el Santísimo Sacramento, al lado de la Epístola, queriendo Nuestro Señor honrar al que con tantas veras habia buscado su honra. Y como él procuró que esta señora edificase aquella Capilla tan insigne, con tanto número y variedad de reliquias, para honra de los Santos; así quiso el Señor que su cuerpo tuviese entre ellos su propio lugar en la tierra, pues le tenia entre los mismos su alma en el cielo.







APÉNDICE.



APENDICE. *

I.

Dictámen del Padre Alonso Ferrer acerca de la Obra titulada Vida del Padre Baltasar Alvarez.

JHS. = *Pax Christi.* = Dé Nuestro Señor Jesucristo á V. R. muchas y muy santas Pascuas de Reyes, con el acrecentamiento de su divino amor, que yo deseo para mí, y con mucha salud, que se la deseo á V. R. más que para mí, porque sé cuán mejor empleada estará en V. R., que la sabe emplear en servicio de Nuestro Señor. He visto el libro de la *Vida del Padre Baltasar Alvarez*, como V. R. me lo mandó, y paréceme ha de ser de mucho consuelo y provecho para los nuestros de la Compañía, y para todos los demas que le leyeren, porque en él se ve una vida santa, y llena de grandes y heróicas virtudes, y juntamente enseña el camino por el cual, con la gracia del Señor, subió á tan alta perfeccion de santidad. V. R. ha hecho una cosa muy digna de sus letras, que es haber apoyado con Santos y lugares de la Sa-

* Contiene este Apéndice algunos de los documentos originales que sirvieron al Padre Luis de la Puente para escribir la *Vida del V. Padre Baltasar*. Aunque pocos en número, relativamente á los que tuvo él á la vista, todos son, sin embargo, de mérito y estima, ya por los hechos que narran, ya por la autoridad y reputacion del que escribe, ya por el testimonio que dan del saber y santidad en que era tenido el V. Padre Baltasar Alvarez por sus contemporáneos. Proceden estos documentos, en su mayor número, de algunas colecciones de manuscritos originales que se hallan en poder de la Compañía de Jesus; los demas se han copiado de autógrafos existentes en el *Archivo General Central de Alcalá*. Estos tienen indicada al pié la signatura; los primeros carecen de ella.

grada Escritura el modo de oracion del Padre Baltasar Alvarez, y tambien sus virtudes. Dios ha de pagar á V. R. con sus divinos dones el trabajo que ha tomado en escribir la vida de este gran siervo de Dios, al cuál conocimos y tratamos, y somos testigos de vista de sus grandes virtudes, y santa vida. Y por cumplir con lo que V. R. me ha mandado, diré algunas cosas en que he reparado, y será lo más cierto engañarme yo. En el capítulo V, §. II, dice V. R. que entrando el Padre en la Sacristía, se le notó que tenia cuidado de tomar lo peor que estaba allí, y esto es muy en general; parece se declararia más, diciendo: que siempre escogia el ornamento más pobre que habia, para decir Misa. En el mismo párrafo dice V. R.: nunca vistió ropa nueva, etc.; puédese añadir, que aun los zapatos nuevos no queria ponérselos hasta que otro los trajese primero algunos dias, hasta que no pareciesen nuevos, lo cuál vimos en Medina sus novicios. En el capítulo XX, fólio 2, página 1, dice V. R., hablando del hermano Francisco de Godoy, que yendo en peregrinacion, su compañero el hermano Juan de Sa le vió el carrillo encendido y bañado en sangre, y que averiguada la causa, era, etc.; y no hubo qué averiguar, porque lo que pasó fué, que viendo el hermano Juan de Sa la sangre que le corria, vió el moscardon que le estaba picando, y desangrando el carrillo, y hizo que se le quitase. Así me lo contó á mí el Padre Juan de Sa, porque lo demas, como está escrito, es ponello en duda. Deste mismo hermano dice V. R. que fregaba los cazos, etc. Este no es buen vocablo para Italia, á donde ha de ir este libro, porque tiene una malísima significacion. Podríase poner sartenes, cazuelas y ollas de hierro, etc. En el mismo capítulo, §. II, hablando V. R. de los padres del Padre Antonio de Padilla, dice V. R.: ambos eran muy señalados en virtud. Su padre del Padre Antonio no era señalado en virtud; su madre, sí, y tuvo que padecer con su marido. Y tambien me parece seria bien decir una palabra de su linaje; v. gr., grandes en linaje, ó muy ilustres en su sangre, ú otra cosa semejante, como lo hace el Padre Rivadeneira cuando habla en sus libros de personas semejantes, y lo mismo usan los historiadores, y á sus parientes será esto grato.

En el mismo párrafo dice V. R., que el Padre Antonio antes de entrar en la Compañía, se llamaba Adelantado, por haber muerto su padre, lo cuál no es así, porque ni el Padre Antonio ni su padre jamas fueron ni se llamaron Adelantados. Porque era viva su agüela Doña Luisa de Padilla, que era señora del Estado, y no quiso dar el título á su hijo, ni á su nieto, lo cuál me dijo á mí el Padre Antonio; y así, á su padre jamas le llamaron sino D. Juan de Padilla.

En el mismo párrafo dice V. R. que se avisó de los deseos del Padre Antonio al Padre Francisco de Borja, que era Comisario; ha de decir que era General de la Compañía, porque es verdad que entonces lo era, y habia venido á España con el Cardenal Alejandrino. En el capítulo XXVI, en el fólio 4 del mismo capítulo, página 2, al fin, dice V. R. que tuvo el Padre devocion con los demas Santos, cuyos santuarios visitó y honró; parece mucho decir de un religioso humilde, que honró los santuarios de los Santos; y que no se debe decir esto sino de un Rey ó Papa.

En el capítulo XXVII, al principio, dice V. R. que cuando murió el Padre Francisco de Borja, para elegir los que habian de ir á Roma á la eleccion del nuevo General, en esta provincia se hizo la congregacion provincial en Medina; no se hizo sino en Burgos, y yo estaba en Medina novicio, y era Rector el Padre Baltasar, y Prepósito de Burgos el Padre Juan Suarez, y Prepósito de Valladolid el Padre Martin Gutierrez, el cuál acabó de ser Rector en Salamanca, y le trajeron por Prepósito á Valladolid, y Burgos era entonces casa Profesa; y dice V. R. que el Padre Juan Suarez era Rector de Burgos, y el Padre Gutierrez Rector de Salamanca, y no era sino como he dicho.

En el capítulo XXVII, cuando V. R. acaba de decir cómo enterraron al Padre Martin Gutierrez, podia añadir, cómo despues el Padre Diego de Torres, que fué á Roma por Procurador de la provincia del Perú, á la vuelta de Roma, pasando por Francia, y cerca del lugar de Cardillath, adonde estaba enterrado el Padre Martin Gutierrez, hizo diligencia por medio de los Padres de la Compañía, y sacó el cuerpo del Padre Gutierrez, y le trajo consigo á España, y le entregó en Burgos al Provincial que entonces era desta provincia de Castilla, y salieron á pedir el santo cuerpo los Padres de nuestro Colegio de Salamanca, por haber allí sido Rector el dicho Padre muchos años, y con sus sermones y ejemplo haber hecho grande fruto en las almas y juventud de aquella Universidad, cuya memoria aún estaba viva. Y por otra parte salieron (al pedir el dicho santo cuerpo) los Padres de nuestra casa Profesa de Valladolid, alegando por su parte los muchos años que habia predicado el Padre Gutierrez en la dicha ciudad, con grande provecho de las almas, y que cuando fué á Roma era Prepósito de la dicha casa, y cuando murió tenía este oficio, y que así les pertenecia este cuerpo santo; y viendo el Provincial la santa competencia de estos Padres de Valladolid y Salamanca, aunque quisiera cumplir con ambas partes, pareció más conveniente dar este tesoro á la casa profesa de Valladolid, y así se le dió,

y se puso el santo cuerpo en una caja de plomo cerrada, y está enterrado en la casa Profesa de Valladolid, sobre las gradas del altar mayor, al lado del Evangelio; y sobre su sepultura está una losa con su letrero. En el capítulo XXIX, al principio dél, vuelve V. R. á repetir que el Padre Gutierrez era Rector de Salamanca cuando fué á Roma; y no era sino Prepósito de Valladolid, como está dicho, y cuando vino á Valladolid por Prepósito, quedó en Salamanca por Vice-Rector el Padre Gonzalo Gonzalez, de lo cual soy yo testigo de vista; y cuando fué á Roma el Padre Martin Gutierrez, quedó por Vice-Prepósito de Valladolid el Padre Domenech, que volvió despues á la provincia de Aragon, de donde habia venido á esta provincia.

En el capítulo XXX, página 2, dice V. R. que era Ministro de Salamanca el Padre Juan Rodriguez, y no era sino Soto-Ministro; y el Padre Gonzalo Dávila era Ministro; y nunca fué Ministro el Padre Juan Rodriguez.

En el capítulo XXXIII, §. II, al principio, tratando de los sentimientos espirituales, dice: si á algunos se ha dado ver á Dios en esta vida, fué particular privilegio; y añade: el cual, no sin temeridad se atribuiria á otros, fuera de aquellos que la Escritura y Santos significan. Parece inconveniente que vaya esto calificado por temerario, pues de San Benito Abad no hay Escritura ni Santo que digan ni signifiquen haber visto la esencia divina en esta vida, y sus monjes defienden que la vió. Y en Madrid, predicando Castro-Verde á la beatificacion de nuestro Padre San Ignacio, tratando del rapto que tuvo de siete dias, dijo que entendia habia visto entonces la esencia divina, lo cuál fué bien recibido de los nuestros, y de los monjes Benitos, y de los seglares que lo oyeron; y el Padre Diego de Medrano ha predicado lo mismo en un dia de nuestro Padre San Ignacio. Y el Padre Francisco Labata, predicando ogaño en la beatificacion de la Santa Madre Teresa de Jesus, y tratando de un rapto que tuvo, dijo que entendia habia visto entonces la divina esencia: y yo no digo hay bastante fundamento para afirmar esto destos tres Santos; pero ir calificado por temerario en este libro, es rigurosa cosa, y no será bien recebido ni de los Benitos, ni de los de la Compañía, y puede ser haya adelante otros ejemplos semejantes, *quia non est abbreviata manus Domini*. Estas cosas que aquí van se me han ofrecido representar; pero V. R. sabrá mejor lo que conviene, y hará lo que juzgare en el Señor, lo cuál tendré yo por más acertado: y guarde el Señor á V. R. muchos años. = Desta casa Profesa, y de Enero, 7, de 1615. = *Alonso Ferrer.*

Año de 1603. = El letrero dice: *P. Martino Gutierrez Almodovar.*

hujus domus Præposito, singulari pietate, virtute ac doctrina viro, in carcere apud hæreticos Cardellace, in Gallia Narbonensi, vita functo, anno 1573, ætatis 49, atque huc inde translato anno 1603. Amoris ergo Patres D. D.

Sobrescrito. ✠ Al Padre Luis de la Puente, de la Compañia de Jesus.

Todo cuanto en estos apuntamientos refiere el Padre Alonso Ferrer, lo enmendó puntualisimamente el santo Padre Luis de la Puente, como el Padre Ferrer lo reparaba: para que se vea su humildad insigne. Esto consta del mismo original y borrador que está con esta carta.

II.

Censura del Padre Alonso Romero á la obra del Padre Luis de la Puente, titulada Vida del Padre Baltasar Alvarez.

JHS. = Primer cuaderno, pág. 2: Un insigne varon. Diria yo: el P. Baltasar Alvarez, insígne varon. = Página 6: Cuyo hermano el señor D. Diego, etc., y despues del Consejo real. = En el 2.°, página 5, no está puesto dónde entró en la Compañia. = En el 6.°, página 6, reparo en la ironia de poner la silla en el lugar más honrado, y era la cocina. = En el 6.°, página 10: De Villagarcía, que es *una aldea*, por no ofender á los della, una pequeña villa. = En el 8.°, página 1, repítese que le ordenaron el tercer año de Compañia. = Pagina 5: El amor de los prójimos era grande salvamento. = En el 9.°, página 1: Una manada de Clérigos; parece mejor un buen número de Clérigos, ó algunos Clérigos. = En el 14, página 16: El Padre Francisco Paula, que murió en el armada que iba á Inglaterra. Este Padre murió en la Coruña, despues de vuelta la armada que fué á Holanda con el Adelantado de Castilla D. Martin de Padilla. = En el 17, capítulo último, §. II: Su padre del Padre Antonio de Padilla, D. Martin de Padilla; véase, si se llamaba de otra manera. Léase tambien la plana antepenúltima, que parece falta algo en ella. = En el 22, página penúltima: Viendo el respeto con que mira Dios á sus siervos; respeto en nuestro vulgar es de inferior á superior. = En el 34, es en la 4.ª plana de la plática de el Padre Juan Suarez: Y si engañados habemos sido, por Dios, etc., lo habemos sido: declárese *cómo no puede Dios engañarnos.*

Esta es letra del Padre Alonso Romero, persona muy grave desta provincia, que debió de ver este libro para censurarle.

Todo lo enmendó en su original el V. Padre Luis de la Puente como aquí se le advierte: ejemplo de su humildad.

III.

Carta de Don Rodrigo Arias al Padre Francisco de Salcedo (pág. 179).

JHS. = *Pax Christi.* = El Domingo pasado estuve con Don Francisco de Reinoso, y con ocasion de nuestra jornada á Villagarcía, le pregunté lo que sabia del Padre Baltasar Alvarez; díjome le conoció y trató, y que le tuvo en su casa de Palencia. En particular me dijo, que habiendo llegado de Roma, se retiró á Simancas á ejercicios, y allí le enviaron luégo al Padre Baltasar; el cuál un dia, despues de comer, hablándole el Padre, le dijo los pensamientos de su corazon, y todo lo que pasaba por él, y le hizo llorar; esto me contó como cosa muy particular y extraordinaria. El mesmo dia estuve con el Señor Inquisidor y la Señora Doña Elvira, y los hallé muy buenos, gracias á Dios. El mismo dia á la noche, con la mudanza grande del tiempo, truje un accidente de cabeza que me ha maltratado mucho, y habia muchos dias estaba libre; pero no hay que fiar en esta vida; encomiéndome en los santos Sacrificios y oraciones de V. R. Al Padre Rector mis recomendaciones y buenas Pascuas. Valladolid y Diciembre 12, de 1595. = *Rodrigo Arias.*

IV.

Carta del Padre Gil de la Mata (pág. 208) *.

JHS. = *Pax Christi.* = Yo me consolara ver á V. R., y apenas tengo tiempo aun para le escrebir; mas procuraré á lo ménos de le dejar cuentas benditas, ultra de las que daré al Padre Provincial; y al hermano Martin, mi hermano, quedará esto encargado, y lo mismo le encargaré haga con el Padre Rector dese Colegio, y con el Padre Juan Gonzalez, y hermano Pedro Sanchez. Cuanto á lo que V. R. escribe de la intencion de nuestro Padre General acerca de lo que se ha de hacer en las cosas del Padre Baltasar Alvarez, de buena memoria, como yo fuí el que lo traté con su Paternidad, y con el Padre

* Copiada del original que se guarda en el Archivo General Central de Alcalá. I. P. (Instruccion pública), legajo 352.

Asistente de España, y aun dije que me parecia que V. R. tomaria de buena voluntad este trabajo, podré dar alguna luz; y crea que su intencion, por agora, es que se tome toda la informacion posible de su vida, ansí antes de religioso, como despues; y noticias tambien de sus padres, y lugar de nacimiento, para que su memoria no se pierda antes que mueran los que le conocieron, y pueda servir su historia de consuelo para los presentes y venideros, ora se ponga su historia en particular, ora en la historia general de la Compañía. Todavía lo que á mí me parece es, que V. R. haga su historia como si se hubiese de imprimir, conservando todavía los originales que le dieren. Yo puedo testificar en el punto más grave de la historia, lo que á él mismo oí comunicando conmigo en mucho secreto y familiaridad, y nunca lo dije hasta despues de muerto; y antes de ir á Japon lo escrebí á Roma, y está en el Archivo; mas en el primero tiempo desocupado lo escribiré á V. R. con otras particularidades importantes que no escrebí. Infórmese V. R. del Padre Ripalda, que creo vió las cosas de que él daba cuenta, y por ventura las sabrá el Padre Juan Suarez. Despues de concertada bien la historia, y juntadas cuantas cosas V. R. hallare, nuestro Padre verá si será bien se imprima juntamente con la vida del Padre Martin Gutierrez, de santa memoria, de cuya vida creo se hará la misma diligencia; y no será malo, que aunque sea en cuaderno particular, escriba V. R. los nombres de las personas de quienes supo lo que escribe, y esto importará para que conste á todos, que no llevó á V. R. el afecto de pariente, y para que si fuere más conveniente que vaya la historia en nombre de persona que no sea pariente, por amor de cumplir con el mundo, y el que hubiese de poner la última mano quisiere ver los originales, pueda hacerlo con facilidad. Y porque estoy muy ocupado, y es tiempo de dar las cartas, al Padre Rector, Padre Juan Gonzalez, hermano Pedro Sanchez, mis encomiendas, en cuyos santos Sacrificios y oraciones me encomiendo. = De Madrid, á 13 de Diciembre de 1595. = *Gil de la Mata.*

V.

Relacion del Padre Gil de la Mata (pág. 208).

JHS. = Relacion de las cosas que el Padre Gil de la Mata, de la Compañía de Jesus, sabe de la buena memoria del Padre Baltasar Alvarez, de la misma Compañía.

Aunque el año de ochenta y cuatro, antes de me embarcar para Japon, escrebí de Lisboa? á nuestro Padre General alguna cosa de las que sabia del Padre Maestro Baltasar Alvarez de santa memoria, la cual carta está en el Archivo de Roma: porque entonces, como estaba de partida, no dije más que el punto principal, agora, para que la memoria de tan insigne varon no se pierda, muriéndose los que lo conocieron; y por la obligacion en que me dejó, comunicando conmigo, siendo su súbdito, la cosa más grave que tenia, me pareció, dejadas cosas á todos sabidas, declarar lo que yo sé del poco tiempo que le comuniqué.

El año sesenta y siete, al principio dél, enviándome la obediencia de Valladolid á Medina del Campo, en el segundo año de mi noviciado, á gozar de su doctrina y ejemplo, porque era allí Rector y Maestro de novicios, señalaba á cada novicio algun dia y hora de la semana para que le diese cuenta de su modo de proceder, y á mí me señaló el jueves á la una hora; y yendo siempre á aquella hora por espacio de setenta dias que allí estuve, gasté todas aquellas horas esperando, y jamas me llamó, aunque via que esperaba, viniendo principalmente á Medina para gozar de su doctrina y direccion; y acabados los setenta dias, ordenando el Padre Provincial tornase á Valladolid, dijele á la despedida que iba con algun desconsuelo en no le haber tratado siquiera una hora, viendo que con otros se estaba á veces dos horas; y él me respondió que la causa de no me haber hablado era por entender que no tenia tentaciones que me diesen pena, y otros á quien acudia las tenian; y era verdad que no las tenia, mas ni con él ni con hombre de casa habia comunicado nada deso.

El año setenta y tres, siendo el dicho Padre, Vice-Provincial de Castilla, al tiempo en que los Padres fueron á la eleccion del Padre Everardo, fuí del Colegio á la casa Profesa, un Domingo, con deseo de comunicarle los deseos que tenia de ir á Japon; y estando el Padre al parecer desocupado, estuve á vista dél como dos horas, para ver si me llamaria; y como yo sabia que tenia aquel modo de mortificar, procuré tener paciencia hasta ser tiempo de comer, y despues á la tarde esperé más de otras dos horas, sin tener cosa que le impidiese el hablarme, y despues me llamó, y comenzando á tratar de los deseos, me dijo que no me diesen cuidado, que si fuese voluntad de Dios, de Roma vendria órden de nuestro Padre General para que fuese, como en efecto vino despues de su muerte, el año de ochenta y cuatro. Y tratando más en particular de la dicha y buena suerte que un alma tendria si supiese estar cierta de su salvacion, por los peligros en que

un hombre se mete por amor de Dios, entónces me dijo estas palabras: á lo ménos yo por palabras claras y expresas tengo seguro el negocio de mi salvacion, y esta es una misericordia que Nuestro Señor hizo á muchos, lo cual más les sirve de espuela que de freno: y aunque no me pidió secreto (porque creo entendia lo habia de guardar), yo lo guardé el tiempo que vivió. De allí á año y medio me dijo el Padre Juan Osorio, de nuestra Compañía, que estando el dicho Padre con una grave tentacion de su predestinacion, sin la haber comunicado con criatura nacida, le dijo la Madre Teresa de Jesus: «Padre; dice el Maestro (que así llamaba ella á Cristo Nuestro Señor) que V. R. no ande con pena, que el negocio de su salvacion está seguro.» Por donde entónces imaginé, si acaso fué esta la revelacion por palabras expresas que él me dijo. Tambien oí á dos personas graves, espirituales y fidedignas, que estando el dicho Padre en oracion, habia visto una procesion de bienaventurados, y á sí mismo entre ellos, y que esto habia comunicado con su Superior, dándole cuenta de sus cosas fuera de confesion. Nunca estuvimos muchos dias juntos; lo más fué cuando estuve 70 dias en Medina, y nunca le vi con algun indicio de pasion ó afecto desordenado; vi muchos actos en que mostraba tratarse rigorosamente. Oí al Padre Cristóbal de Rivera, que una mujer que habia nombre de santidad en Búrgos, le habia referido que el dia de su muerte, que fué en Belmonte, la convidaron para que se hallase á las exequias del Padre Provincial de la Compañía de Jesus, de la provincia de Toledo, y que vió una procesion de bienaventurados, y en ella al dicho Padre; y porque el Padre Cristóbal de Rivera está vivo, él dará en esto más luz que yo. Como le traté poco, no puedo decir las particularidades que otros dirán; y lo que dije, referí de la manera que oí, procurando tambien referir las palabras formales cuanto pude acordarme. = En Madrid, á 1.° de Enero de 1596. = *Gil de la Mata.*

Padre mio, esto es lo que sé de mi buen Padre Baltasar Alvarez, al cuál muchas veces me encomiendo con las esperanzas que tengo del buen estado que tiene; procure V. R. con brevedad que todos los que lo conocieron en esa provincia, y tambien en ésta, escriban lo que saben. En ésta pueden testificar el Padre Diego de Avellaneda, que sabrá algunas cosas de cuando era Visitador; el Padre Ripalda, que fué el que hizo exámen destas cosas; el Padre Juan del Aguila, al cual yo avisaré; el Padre Antonio Marcen; y más sabrá el Padre Gil Gonzalez, y yo tambien se lo diré: y con esta diligencia y trabajo creo no perderá V. R. nada, y que el santo varon, del cielo lo agradecerá á V. R.; y porque mis ocupaciones son tantas, que ape-

nas puedo hacer esto. En los santos Sacrificios y oraciones de V. R. me encomiendo, y avíseme del recibo. = De Madrid, á 1.° deEnero, de 1596. = De V. R. siervo en Cristo. = *Gil de la Mata.*

Ya V. R. sabrá del exámen que se hizo del modo de oracion de la buena memoria del Padre Baltasar Alvarez, por ser su camino extraordinario, en cuya relacion creo que es necesaria mucha consideracion para no ofender á ninguno; y porque á lo que yo alcancé, entiendo cierto que se procedió con sinceridad, y deseo de acertar: todavía, cómo el exámen fué riguroso, y pasé muy adelante, pudiera cualquier persona que no tuviera su virtud soltar palabras de quejas; y supe de una persona con quien se comunicaba mucho, que nunca le oyó palabra de queja, y que siendo desta persona preguntado de lo que sentia en su alma, solamente le dijo tener sentimiento, mas no soltó palabra de queja. En lo que V. R. dice de meter muchas cosas en la historia de lo que dejó escrito, digo que se me ofrece, que tratándose de sus virtudes, referir en cada una alguna cosa notable que dejó escrito, no me parece mal; mas cosas muy largas, y ajenas de la historia, aunque sean buenas, parecen mejor para tratado particular apartado de la historia, aunque sería mejor viniese junto con ella.

VI.

Carta del Padre Gaspar Astete (pág. 273).

JHS. = Conocí al Padre Baltasar Alvarez en Simancas, siendo novicios juntamente los dos, año de 1555, en donde comenzó á dar muestras de rara virtud. Vile señalarse más particularmente en la puntualidad de la obediencia, imitando á la de aquellos Santos Padres, que dejaban la letra comenzada. Rezando juntos las Horas de Nuestra Señora, era particularmente consolado y levantado en espíritu cuando llegaba á algunos versos, y aunque no me acuerdo cuáles, acuérdome que yo hacia reflexion en la particular devocion que Dios daba á aquel hermano en el Oficio divino.

Despues le alcancé en el discurso de su vida siendo Rector en Salamanca, y despues vino Provincial desta provincia de Castilla. Sólo diré lo que juzgamos por milagro, lo que le aconteció en la casa Profesa de Valladolid, siendo yo Ministro, y Prepósito (si bien me acuerdo) el Padre Ripalda. Tuvo una enfermedad el dicho Padre, y dejándole de parte de noche el enfermero, á la mañana hallámosle sin sentido, y

como muerto; y llamados los médicos, no supieron qué decir, sino que debia ser algun desmayo. Estuvo así hasta la tarde, y trajimos una reliquia de *Lignum Crucis*, y otras que hay en la casa Profesa, de San Antonio, y luégo que se le pusieron volvió sobre sí, y habló como solia; y lo que se pudo entender fué que no habia sido desmayo, sino rapto, porque era hombre de tan profunda oracion, que solia tener algunas veces semejantes raptos.

Fué pacientísimo en muchos trabajos que tuvo; gran conocedor de espíritus, y admirable consolador de las almas. Era de todos venerado como Santo, lo cuál mostraba su aspecto, que sólo en verle se hacia respetar. Nunca le vimos hablar descompuestamente; era observantísimo de la decencia y compostura exterior; y las *Reglas de modestia* que escribió las guardaba en sí exactamente.

Tuvo don de Dios en instruir novicios, y en rendir los juicios altivos de algunos, y era eficaz en lo que ordenaba, y consolaba mucho á los que mortificaba. Escribia cartas á diversas personas, llenas de espíritu, y finalmente, en todas sus obras daba olor de Santo. = Burgos, 29 de Octubre de 1595. = *Ita est.* = *Gaspar Astete.*

VII.

Relacion del Padre Gaspar Astete sobre las virtudes del Padre Martin Gutierrez (pág. 292) *.

JHS. = Conocí al Padre Martin Gutierrez el año de 1553 oir Teología en Salamanca, y juntamente presidia los Domingos á las conclusiones de los nuestros con tanta satisfaccion y magisterio, que ponia en admiracion á toda la Universidad, y más á los Maestros Francisco Sancho, y Fray Pedro de Sotomayor, que entónces era Catedrático de Vísperas, y despues fué de Prima de Teología, que fué varon doctísimo de la sagrada Orden de Santo Domingo, y varon muy espiritual, que entre otras cosas sabíamos dél sus discípulos, que siempre traia consigo el librito de Tomás de Kempis, intitulado *Contemptus mundi.* Decia muchas veces en la cátedra, cuando topaba

* En el dorso de este papel y del siguiente, que ambos andan juntos en la misma hoja, se lee lo siguiente. = JHS. Relacion de los Padres Martin Gutierrez, y Baltasar Alvarez, de buena memoria; del Padre Astete. Dice de la devocion en el Oficio de Nuestra Señora, y del rapto que tuvo: del don de consolar y criar novicios.

con algunos artículos de Santo Tomás, que no eran metafísicos, sino de devocion: «Señores, estos artículos son de la cámara;» dando á entender que eran para meditar. Esto hacia nuestro Padre Martin Gutierrez, á quien yo, siendo novicio, le oí muchas veces levantar el corazon á Dios, de los artículos de Santo Tomás, porque todo cuanto estudiaba y predicaba era oracion. Tenia tan feliz memoria, que á dos ó tres veces que le leyesen algun artículo de Santo Tomás, ó alguna columna de algun Santo, la decia de memoria; y yo le serví de leerle desta manera algunos artículos de Santo Tomás, y algunos dichos de Santos; y cuando los repetia, era con particular reflexion, y espíritu, y devocion que dellos sacaba, que á mí me la pegaba, aunque estuviese seco. Vile oir leccion en el general de Teología, y nunca se asentaba ni escribia, sino estaba arrimado á un banco de los que sirven de estantes, fijo en lo que el Maestro decia, y todo lo llevaba de memoria; y por esto fué tan amado y estimado del sobredicho Padre Maestro, y porque los dos eran varones espirituales.

Nunca le vi enojado por disgusto que le diesen, ni responder desentonadamente cuando presidia ó regia. Vi que era hombre de contínua oracion, y muy consolado de Nuestro Señor con júbilos interiores, que no los podia disimular. Usaba despues de comer y cenar ir á dar gracias un poco delante del Santísimo Sacramento, y despues recogíase á su aposento. Estaba en oracion, paseándose, porque era muy á menudo visitado de Dios, y le víamos que le salian las lágrimas por los ojos, que no podia contener la fuerza de la devocion interior.

Tuvo particular devocion á la gloriosa Magdalena, y hablaba maravillosamente de las excelencias desta Santa.

Siendo, como he dicho, oyente de Teología, allende de presidir á las conclusiones, predicaba en nuestra iglesia por las tardes, Adviento y Cuaresma, con manteo, sin sobrepelliz, con un espíritu apostólico, y con una mocion en los oyentes, que conocí entre otras personas dos que hicieron maravillosa mudanza de vida, y conversion. Tenia tanta eficacia en las palabras, que enclavaba los corazones; y tan superior entendimiento, que con sus eficaces razones rendia á los más sábios y nobles de la Universidad, y caballeros seglares. Por medio de sus sermones me trajo Dios á la Compañía, siendo un estudiantico teólogo de los menores. Aconteció que, siendo yo novicio, me enviaron con el Padre en una peregrinacion; y me mandaron fuese yo por superior suyo, el cuál con tanta humildad me obedecia como si fuera nuestro Padre General. Y yo, queriéndole una vez mortificar, habiendo caminado á pié una legua, que entraba ya gran calor, iba el

buen Padre cansado, y quiso detenerse en un lugar á decir Misa. Yo le dije: «No paremos, Padre; pasemos adelante;» el Santo varon, sin hablar palabra, ni proponer su necesidad, se levantó, y con todo su cansancio, pasamos adelante. Y despues que volvimos al Colegio, me decia con una boca de risa: «Bien me mortificastes, Hermano; Dios os lo pague, que mucho habia que no habia sentido mortificacion tanto como aquella.» Yo me confundí de mi indiscrecion, y alabé la humilde obediencia y mortificacion del santo Padre. = Búrgos, 29 de Octubre de 1595. = *Ita est.* = *Gaspar Astete.*

VIII.

Avisos espirituales del Padre Baltasar Alvarez (pág. 315).

Avisos generales *.

1. A dos dias que uno llegue á un Colegio, dar particular cuenta al Superior de toda su alma. = 2. Entre todas las devociones, la más subida sea obedecer, porque en hacer esto el súbdito, no hace el negocio del Superior, sino el suyo propio. = 3. Usar mucho dar cuenta al Superior, sin que quede cosa escondida, ofreciéndose enteramente en sus manos con viva fe, porque hurtarse es el más triste estado del religioso. = 4. Estar delante del Superior con mucho respeto interior y exterior para que con la familiaridad no le pierda el respeto. = 5. Guardarse con cuidado de las trazas que le apartan de la obediencia, con color de alcanzar mayores cosas y intentos, ansi de los prójimos como nuestros; que son deslizaderos ordinarios; teniendo delante de sus ojos, que los indiscretos rigores y penitencias tienen la Compañía inhábil para acudir á sus ministerios. = 6. Hacernos á obedecer puramente, sin buscar comodidades particulares en la obediencia, porque son como polilla en el paño. = 7. En cumpliendo con las obras de necesidad ó caridad conforme á nuestro instituto, huir al recogimiento y oracion *ad exemplum Christi*, que en acabando con el pueblo de hacer el oficio á que fué inviado por el Padre, luégo iba al desierto ó soledad á orar; y desta suerte no se perderá tiempo, y uno solo que haga esto, reformará toda la casa. = 8. Huir toda singularidad y amistad particular, ansi con los de casa como con los de fuera, conservándose

* De la Biblioteca Nacional de Madrid. Seccion de manuscritos.

en igual amor con todos, llevando los ojos en descarnarse y desasirse de todos, y tener un espíritu libre, y ansí todo tiempo y lugar será cómodo para oracion, y la plaza te será oratorio. = 9. Hacer mucho caso de cosas pequeñas, que quitan el jugo de la devocion, y dejan el alma como pesada para tratar de su aprovechamiento. = 10. En la conversacion con los prójimos no vaciarnos, si no fuere con legítima causa, aunque sea con el mayor amigo, descubriendo los dones que Dios nos ha dado, ó consuelos, etc.; porque esto es falta de fidelidad á Dios; pues ellos echan en la plaza lo que Él les dice en secreto. = 11. Busca con todas tus fuerzas tu humildad y bajeza, dice San Bernardo; y para esto aprovechará mucho usar de cosas pobres; y todo lo exterior huela á humildad, palabras y obras; de suerte que todo corrésponda á lo que en el alma tiene. = 12. No sufrir que se haga particularidad alguna con nosotros, ni preeminencia: ántes procuraremos amoldarnos al modo comun de todos. = 13. Usar mucho decir culpas en el refectorio, y pedir penitencias por ellas; porque si este deseo muere, luégo muere el espíritu.

Avisos para los peregrinos.

1. El *fin* de la peregrinacion es: primero, para en alguna manera alcanzar más firme esperanza en los trabajos en Dios Nuestro Señor, confirmando por experiencia la memoria que tiene de aquellos que por El toman y reciben algunos trabajos; y así experimentan que nunca falta; y segundo, para alcanzar un ánimo liberal y largo para no dejar de hacer ninguna cosa en servicio de Jesucristo, por pensar que El me puede faltar; porque ya terné en alguna manera experimentado lo contrario, y así le podré seguir sin ningun inconveniente, ni estar á cosa ninguna, teniendo por cierto que le serán aceptos los trabajos, injurias y menosprecios que del mundo recibiere, pues los recibo por conformarme con los muchos suyos que tomó El por mí, y padeció: teniendo otrosí por cierto que todos los pareceres del mundo son vanos, y de poca dura; y sólo la honra de Dios ha de durar eternamente, y permanecer; y así quiero cobrar libertad de espíritu, para vivir á gloria del Señor, y no seguir mis apetitos.—He de querer tambien los *medios* que para ello me han de ayudar; porque así como busco firmeza de fe y de esperanza, así he de buscar más trabajos, que son medios para alcanzar estas virtudes; y así, con ellos me consolaré y holgaré, pues hallo lo que busco; y consolándome con ellos hallaré más espíritu de lo que creia, y esperaba del Señor, y teniendo muchas veces experiencia cómo el Señor *est adjutor in op-*

portunitatibus, no se me dará nada por cosa que pueda suceder, *quoniam a dextris est mihi Dominus ne commovear.* Cuanto mayor sucede el trabajo, tanto más crece la esperanza, pensando que así se prueba más la virtud de la fe y esperanza; y si alguno me quitase los trabajos, me quitaria el merecimiento desta virtud de la fe y esperanza. Porque si alguno me quisiese dar dineros para el camino, y yo los tomase, no habiendo muy probable razon de necesidad, tomaria muy grande medio para ménos merecer, y así todo el trabajo sería corporal, sin alcanzar fruto espiritual. Porque por más que el hombre camina con el cuerpo, si no ejercita el espíritu, todo es nada, porque llevando dineros, lleva ocasion de ménos esperar en Dios, viendo que no le ha de faltar nada, pues va proveido. Y por el contrario se ha de esperar que, quien lleva á Dios, lo lleva todo, y no le ha de faltar nada. = 2. Piense y considere cómo Cristo Nuestro Señor envió á sus discípulos sin báculo y sin alforjas, y consuélese en saber que aquellos se holgaban con los trabajos; porque no es loable ser pobre, sino holgarse con la pobreza, por amor de Jesucristo Nuestro Señor, que dice: *Quærite primum regnum Dei, etc.* (Matth. IV), y un poco más arriba dice: *Respicite volatilia cœli, quoniam non serunt, neque metunt, etc.* = 5. Piense lo que Cristo Nuestro Señor hacia cuando estaba cansado, y luégo qué hacian sus discípulos, y cómo estaban alegres con aquellos trabajos, y consolaríanse con ver el rostro de Jesucristo Nuestro Señor; y con ver su paciencia y cansancio, y les parecerian pocos sus trabajos: pensaré hallarme presente á todo lo dicho. Examinaré la conciencia muchas veces, si alcanzo con los trabajos más fe y esperanza en el Señor, para que cada dia aproveche más mi espíritu. = 4. Acordarme he que ahora no voy á fiestas, ni placeres mundanos, ni para ser loado, sino de sólo Dios, habiendo dolor de mis pecados; y para padecer algun poco por lo mucho que merezco, confirmando en mi ánima fe, esperanza y paciencia, y otras virtudes; y así desearé ser de todos despreciado, y me pesará ser honrado de alguno, pues con razon merezco recibir deshonra de todas las criaturas, porque no honré á mi Dios y Señor, pecando contra sus mandamientos. = 5. Imaginaré muchos y muy grandes trabajos, y sobre ellos mucha tristeza y desconsolacion, de los cuáles me parecerá imposible salir; y miraré cómo me vendrán diversos pensamientos, y algunos sentimientos de mudar vida, y de me parecer mal lo que ántes aprobaba; todavía pensaré que por más fuertes que sean los encuentros, los venceré alzando los ojos al cielo. *In te eripiar a tentatione, et in Deo meo transgrediar murum* (Ps. XVII), y todo lo demas pensaré que son mentiras, y apariencias de verdad, y puede muy poco durar: que, lo

que no es, no dura. = 6. Pensaré que vendrán dias de muchos calores, y que pasarán algunos dellos sin hallar qué comer, ni dónde duerma, cubierto del aire; y con todo esto no me acordaré de trabajos, en pensar que estoy presente y delante del Señor, que es, *in labore requies, in æstu temperies*, etc.; y que se contenta y agrada mucho con estos trabajos. = 7. Con tristeza ó desconsuelo nunca haré mudanza, porque comunmente se oscurece la razon; y por concluir con el enemigo, pensaré que no tengo de padecer más de hasta morir; y que morir por Jesucristo Nuestro Redentor es vivir para siempre; y que no es nada, pues El murió por mí. = 8. A las preguntas que me hicieren responderé con simplicidad; y si me preguntaren porqué voy, responderé: porque soy pobre, y lo merecen así mis pecados; y encubriré todo lo posible mi virtud, sin decir quién soy. Si por verme hablar de Dios pensaren de mí alguna virtud, piénsenlo en buen hora, y no deje el propósito que con la tal persona tenga de cosas de Dios; que Dios no hace Santos por los dichos-ni pareceres de los hombres. Y si me preguntasen en particular quién soy, y no lo pudiere excusar sin escándalo, diré que soy un estudiante, ó que pretendo entrar en la Compañia, ó como mejor me pareciere. = 9. Pensaré que de los trabajos que tomo no viene algun provecho á Dios, y que no tengo de qué quejarme de El, ni de ninguno, sino de mí, que no conozco la merced grande que me hacen en darme parte de sus trabajos, con el cuál si padeciere, seré glorificado. = 10. Pensaré que todos los que me han de ver se han de reir de mí, y se han de espantar, y tenerme por perdido y de poco seso, y por deshonra de mi linaje; yo todavia me acordaré que esta es la sabiduria de Jesucristo, al cuál el mundo siempre es enemigo y contrario, y así diré, *confitebor tibi, pater, Domine cœli et terræ, quia abscondisti hæc a sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis.* (Matth. XI.) = 11. Pensaré la gran confusion y vergüenza que tendrán el dia del juicio aquellos que de Dios fueren reprobados, y cuán dura les será aquella sentencia: *Ite, maledicti, in ignem æternum*, y cuánto mejor es ser aquí juzgado de los hombres, que allí de Dios; y así trabajaré para no ser de aquellos que dice Jesucristo Nuestro Señor: *Qui erubuerit me coram hominibus, erubescam, et ego eum coram Patre meo.* = 12. Si viere que dan limosna á otros, y no á mí, pensaré que al presente ó porvenir tendrán de ello más necesidad que yo. = 13. Cuando por el camino no pensare ó contemplare en cosas buenas, ó no hablare en provecho de ningun prójimo, podré rezar por cuentas ó psalmos. = 14. Confesaré y comulgaré muchas veces; y si buenamente pudiere, iré primero á la Iglesia, y así daré gracias al Señor por las mercedes que me hizo todo aquel

dia, y pediré ayuda para toda la jornada, y despues pediré limosna con mucha humildad y honestidad.

Para cuando uno desea hacer mucha penitencia y le parece que hace poca.

No hace poca penitencia el que es observante de su instituto, y niega su propio juicio y voluntad, que es la más alta penitencia que hay. Hágase fuerza en eso, y no piense que se ha de hacer toda la penitencia en un dia, sino que ha de durar muchos dias, y aun años, cuanto la vida durare; pues los pecados no se hicieron en un dia, sino en muchos: y si se muriere ántes, paga á Dios los firmes deseos por hechos. = Cuando uno tiene tentacion penosa, y desea quitarla de sí, ó está en un puesto ocasionado, y el superior no le quita, y así padece mucho, no quiera tan presto echar la carga de acuestas; que si procura quitar las ocasiones del merescer, nunca alcanzará virtud. Dure lo que durare, y venga lo que viniere, de su parte no decir ni hacer, sino padecer cuando ya lo sabe el superior; que él lo hará á su tiempo.

Cosas que no se habian de olvidar.

1.ª La inmensa bondad de Dios, para amalla. = 2.ª La abominacion del pecado, para aborrecelle. = 3.ª La profundidad de la gloria, para procuralla. = 4.ª La eternidad de la pena, para temella. = 5.ª La brevedad de la vida, para emplealla bien; y la de los contentos, para desechallos.

Composicion interior y exterior de un hombre.

Discrecion y atencion en todo. = Freno y cuenta con la lengua. = Rigor y aspereza consigo. = Suavidad y caridad con el prójimo. = Obediencia perfecta. = Mortificacion de la propia voluntad. = Fortaleza para las dificultades. = Aborrecimiento y desprecio de sí. = Humildad interior y exterior. = Pobreza de espíritu y cuerpo. = Pureza en la intencion. = Fe de todo lo que Dios dice. = Esperanza firme.

Nota. Otros muchos avisos y documentos del Padre Baltasar Alvarez se hallan manuscritos en varios archivos; pero más bien que dictados por él parecen escritos por sus discípulos en el espíritu, que deseaban conservar la doctrina de tan santo, docto y experimentado maestro. Esta conjetura obtiene mayor fuerza al ver que se encuentran á veces los mismos dictámenes, redactados de diverso modo, con

distinto órden y estilo. Los que hemos publicado nos han parecido los mejores y más auténticos.

IX.

Carta de la Madre Ana de Jesus, Carmelita Descalza (pág. 341) *.

JHS. M.ª = El Espíritu Santo esté siempre en el alma de vuesa merced. Por no fiar esta de otro portador, la invio luégo; ¡plega á Dios no sea ya ido de Salamanca! Digo sé cierto tenia el Padre Baltasar Alvarez don de profecía, porque en todos los casos particulares que le comuniqué, interiores y exteriores, veo cumplido lo que él me decia sucederia, en lo que hasta ahora se me ha ofrecido, que han sido cosas muy extrañas de las que podian ser cuando me lo decia, que ha mas de veinte y dos años, y ansí yo lo dificultaba, diciendo la duda que en ello tenia; el Santo me lo afirmaba mucho, certificándome lo veria, y ansí era en lo que luégo se cumplia. Dándole cuenta dello, se sonreia, respondiéndome que se holgaba, porque creyese al Señor, y á los que en su nombre me anunciaban sus misericordias; y que con su sangre, si fuera menester, firmára las gozarian las personas que se viesen en tales trabajos y ocasiones, y que tendrian hartas de ayudar á otros á servir á Dios de veras con su trato y comunicacion, teniendo muy ganadas las voluntades de diferentes gentes, no sólo en la provincia que vivia, sino en otras donde habia de padecer más de lo que pensaba, y ver lo que hasta entonces no se habia visto en religion ninguna, de adversidad y prosperidad. Gran parte de esto está verificado hoy dia, aunque lo más no ha venido, ni el tiempo en que ha de ser; y como he visto lo uno, espero ver lo otro; hágalo el que puede con su gracia; quisiérala tener para hacer mejor lo que vuesa merced me mandó. No sé ni decir la facilidad que el santo Padre tenia en conocer los espíritus, y la virtud y grados de perfeccion de cada alma; y esto sé, porque diciéndole yo de algunas novicias que á mi cargo tenia, y de otras personas graves á quien trataba en cosas espirituales, luégo las figuraba como eran, y la capacidad que tenian en el bien; que de defecto no decia sino del que era público, y se remediaba. Y ansí, confesando á una monja nuestra, en

---

* El original se conserva en el Archivo General Central de Alcalá, I. P., legajo 352.

la enfermería, que estaba ya al cabo de la vida, se quedó el Padre arrobado en oracion; y su compañero, no sé si por disimular, pidió le diésemos algo para cuando volviese de aquel desmayo. Las que estábamos presentes con la enferma tuvimos particular consuelo mientras estuvo ansí, que fué gran rato; y él parecia un serafin en el sobrenatural semblante que se le puso; harto le escondió despues que estuvo en sí, y afirmó era singular la gloria que estaba aparejada á aquella enferma, que dentro de pocos dias la gozaria, porque en ocho meses que habia estado en la cama, habia perfeccionádose más que otros religiosos, muy buenos, con salud, en muchos años. Y esto se vió en expirando la enferma, que la cubrió Dios de tan gran hermosura, claridad y resplandor su cuerpo, que admiraba á cuantos religiosos y reglares se hallaron en su entierro, que fueron muchos, aquí en Salamanca. Llamábase ella Isabel de los Angeles, y era de Medina del Campo, y allá y en otras partes se entendieron cosas maravillosas de su preciosa muerte, conformes á lo que habia dicho el Padre Baltasar Alvarez, de quien pudiera decir muchas cosas de santidad, si supiera ó se sufriera declarar los particulares en que las entendí. Quien sabrá, y tiene notadas algunas, es el Sr. D. Teotonio, hijo del Duque de Berganza, que es ahora Arzobispo de Evora, que al mismo tiempo que yo, se confesaba con el santo Padre, y trataba conmigo de lo que en él via su señoría, que es muy humilde y tan devoto, que se holgara de ayudar á manifestar la gloria de Dios en la vida de este Santo; y la Señora de Bolaños que dije á vuesa merced. Y pues ya sabe lo que nuestra Santa Madre Teresa de Jesus tiene dicho del santo Padre, no lo he menester volver á decir, ni las madres y hermanas de este convento aciertan á escribir lo que saben dél; declárelo el que puede, que ellas por esconderse callan; y á mí me dan ejemplo; tómole en parte, y no en todo, por el amor que debo al que tanto me tuvo. Suplico á vuesa merced me le muestre en encomendarme á Nuestro Señor con particular cuidado, que le tendré en mis pobres oraciones de servir á vuesa merced. No pongo hecha, ni firmára, sino con condicion que se rompa luégo.=*Ana de Jesus.* (En el sobrescrito se lee lo siguiente): «Al Padre Francisco de Salcedo, de »la Compañía de Jesus, en su mano, aquí en Salamanca, ó adonde »estuviere; suplico al Padre Francisco Suarez se la invíe, que importa se dé á recado.» (Sólo la firma es autógrafa.) (Tambien se lee lo siguiente): «De la Santa Madre Ana de Jesus, de Salamanca, cuya »vida anda ya escrita por el Maestro Fray Miguel Manrique.»

X.

Carta de la Madre Ana de Jesus (pág. 341) *.

Jesus, Nuestro Señor, esté siempre con vuesa merced. Procurando lo que me manda en la suya vuesa merced, no he respondido que en forma deseaba poder servir en eso, y no es posible por haber sido en cosas muy interiores, propias y ajenas, la evidencia que digo, y ansí no sé qué decir más en particular, ni á nuestras hermanas se les acuerda cosa que importe; allá hallará vuesa merced tanto, que no haremos nosotras falta; por la mucha que yo tengo de espíritu no he merecido ayudar á obra que tanto ha de causar. Désele Dios á vuesa merced para sacarla á luz, y acabar todas las que ha comenzado en su divino servicio, que no es la menor hacernos caridad con sus santos sacrificios y dotrina. Suplico á Nuestro Señor me la deje recibir de vuesa merced. En Salamanca, á 14 de Noviembre de 1595.=*Ana de Jesus.*

El sobreescrito, autógrafo tambien, dice así: «Al Padre Francisco »de Salcedo, de la Compañía de Jesus, en Avila.»

XI.

Carta de la Madre Ana de Jesus (pág. 341) **.

Jesus, Nuestro Señor, esté siempre con vuesa merced. Ya deseo saber si llegó bueno á su casa, y si acerté á hacer lo que me mandó vuesa merced en el papel que le invié ántes que partiese de aquí; que en el que me trajeron no se hacia mencion del recibo de la hora; le haga vuesa merced de los que van con este de la Madre Ana de la Encarnacion, y de la Señora Juana de Jesus, encomendándonos á todas á su Divina Majestad, á mí en particular, que la he mucho menester. Suplícolo á vuesa merced, en Salamanca, á 10 de Enero de 1596.=*Ana de Jesus.* (Es autógrafa.)

* El original está en el Archivo General Central de Alcalá. I. P., leg. 352.

** El original está en el Archivo General Central de Alcalá. I. P., leg. 352.

XII.

Carta de la Madre Ana de la Encarnacion (pág. 341) *.

JHS. M.ª = Lo que V. R. puede responder, que yo tuve tanto amor y obligacion al Padre Baltasar Alvarez, que era menester poco solicitarme en cosa que le tocara, si la memoria no tuviera tan perdida; porque, como el mal ha sido tan grave, no puedo con certeza decir cosa particular, aunque bien me acuerdo que la supe, y que en su vida vió la Santa Madre ó entendió que aquella alma era muy agradable á los ojos de Nuestro Señor, y me parece que estando diciendo Misa, vió una vision particular, no sé si es la de un Padre que vió subir al cielo, y á Nuestro Señor con él por particular favor, que se habia muerto aquella noche; ó si es la que vió del pálio cuando comulgaban los hermanos de cuando murió, aunque estaba aquí nuestra Santa Madre; no se me puede acordar si me dijo cosa particular.

Nota. Al pié del precedente escrito se halla una nota de letra mucho más moderna (al parecer de últimos del siglo XVIII, acaso del XIX) que copiada á la letra, dice así: «Este es de la V. Madre Ana de la »Encarnacion, el cual lo dió á la V. Madre Ana de Jesus, y esta lo re»mitió al Padre Francisco de Salcedo, como se ve por la carta de la »misma Madre Ana de Jesus, de 10 de Enero de 1596.»

XIII.

Carta de la Madre Juana de Jesus (pág. 341) **.

JHS. M.ª = Quisiera tener memoria, Padre mio, y entendimiento para saber entender y decir lo mucho que Nuestro Señor puso en el santo Padre Baltasar Alvarez; mas por falta de lo dicho faltaré mucho, aunque no en la voluntad y deseo de acertar á decir algo que sea para gloria de Dios, y para que se entienda lo mucho que su Majestad puso en aquella santa alma para bien suyo y de muchas.

* El original está en el Archivo General Central de Alcalá. I. P., leg. 352.

** El original está en el Archivo General Central de Alcalá. I. P., leg. 352.

De la mia puedo decir que el tiempo que le traté fué grande el aprovechamiento que sentia mi alma con su santa dotrina, y trújole Nuestro Señor á un tiempo que estaba bien necesitada, y así fué obra de Dios, y me pareció un milagro, porque yo no le conocia, y lo tomó tan á su cuenta como si mucho le fuera; y esta caridad tenia con muchas almas, y yo conozco algunas que están ahora en esta religion; y esta caridad tenia tan grande, que creo hiciera lo mismo con todas las del mundo, si le fuera posible, por amor de Dios. Tambien he oido á persona muy digna de fe que dijo algunas cosas que habian de suceder en esta Santa Religion en el tiempo advenidero, y se han visto cumplidas. Era hombre de gran penitencia y mortificacion, y de grande espíritu y oracion; y así las almas con quien trataba se señalaban en esto y en todas las virtudes, y aconsejaba que con todas las necesidades acudiesen á Dios. En todo lo que es religion y perfeccion se señalaba mucho, y en particular en la obediencia, y en una cosa della muy dificultosa mostró grande prontitud, y la puso por obra con gran contento, diciendo que pues se le hacia dificultoso, que no habia á quien más le conviniese hacerla: por obedecer á vuesa merced he hecho esto. Plega á Dios sea de algun fruto para gloria de su Majestad y de aquel santo, de quien pudiera decir mucho, si como he dicho, la memoria no me faltara. Si viniere otra cosa á ella, yo le escribiré á vuesa merced, en cuyos santos sacrificios me encomiendo, y á Nuestro Señor suplico guarde á vuesa merced con mucho aumento en su divina gracia. De este monesterio de San José, y de Salamanca, son de Enero 17, dia del glorioso San Antonio, del año de 1596. = Indigna sierva de vuesa merced. = *Juana de Jesus*. = El sobre dice asi: «Al Padre Francisco de Salcedo, en el »Colegio de la Compañia de Jesus, en Avila.»

XIV.

Carta de la Madre Elena de Jesus (pág. 341) *.

Jesus sea con V. R., Padre mio, y le abrase en su amor, como yo deseo; y bien muestran sus palabras de V. R. que lo está, aunque se lo encubre su Majestad. Mucho me consolé con su carta de V. R. Queria aprovecharme de tan santas razones, y no quedarme como

* El original está en el Archivo General Central de Alcalá. I. P., leg. 352.

los de Belen, que temo los imite. V. R. me ayude con sus oraciones para que hagan en mí efecto tales misterios. En lo que V. R. quiere saber de la hermana á quien la reliquia de nuestro santo Padre quitó la jaqueca; ella es muy su devota, y le conoció estando en el siglo, mas poco le trataba, y dice que es cierto que con la buena devocion que ella le tenia, se allegó al ojo la reliquia allí en la recreacion, y que luégo se le quitó el dolor; mas como era mal que habia poco que le tenia, que apenas lo sabian las hermanas; no se puede hacer ruidoso este milagro por ser tan en breve, para las que lo entendimos fué de harto consuelo; mas parece que han de ser cosas más conocidas las que se han de notar por la gravedad de las demas. Ella harto se refiere que tenia mucho dolor, y se le quitó, y todo es poco para lo que Dios hará por su gran siervo. A otra hermana que tenia otro mal más conocido, se puso la reliquia, y túvola dos dias, y no quiso Dios que sanase, porque no sanó Jesucristo ni sus Santos á todos, que son secretos suyos, así que esto es lo que hay. La hermana Elvira de San Miguel es íntima hija de la Compañía, digo la hija de Juana de Avila; mas no tenia edad cuando el Padre Baltasar Alvarez estaba aquí para saber nada, que no sé si habia diez años, que si algo supiera de harto buena gana lo dijera, y no fuera menester que V. R. lo acordara. Y porque no se me ofrece más, de nuestra Madre Priora reciba V. R. muchos recados, y delos por mí á los mis Padres conocidos; y Nuestro Señor guarde á V. R. muchos años con mucho aumento de santidad. De Medina, 10 de Enero. Por haber sido dias ocupados no he respondido antes. = *Elena de Jesus.* = El sobrescrito dice así: «JHS. = Al Padre Francisco de Salcedo, de la Compañía de Jesus, en »su Colegio de San Gil, etc. = Avila. = Porte, 8 mrs.»

XV.

Relacion del Doctor Polanco (*pág.* 345).

✠ = Envíame vuesa merced á mandar escriba algo de la vida del bendito Padre Baltasar Alvarez, que está viendo á Dios, pues fué tan gloriosa su vida; y tratar de un varon perfecto es dificultoso negocio; mas diré lo que dijo Ciceron: *De perfecto oratore ad Brutum*, que persuadiéndole Marco Bruto, su amigo, que describiese el perfecto orador, respondió: «Que era una cosa muy ancha y dificultosa;» mas con todo eso dijo: *Nihil amanti difficile puto, Brute;* y así el amor que á vuesa merced tengo, me obliga á que diga algo de lo mucho que

hay que decir deste perfecto varon, y tome vuesa merced como un borrador, y lejos de su santa vida.

Tenia este santo varon el exterior muy amigable y apacible, con una alegre, humilde y grave presencia. En el hablar era templadísimo, y nunca jamas, aunque le hablé muchas veces, le oí palabra que no edificase con ella, amicísimo de oir, y hablar poco; y así, una vez, diciéndole que porqué no hacia plática en la iglesia, como solia, respondió que queria aprender á callar, aunque hacia gran fruto con sus palabras y ejemplo, como advirtió un siervo de Dios. Decia dél, que parecian fuego sus palabras, que hacian singular efecto en las almas. De lo cual dan testimonio muchas personas graves que gozaron de su admirable y pura doctrina, particularmente los novicios que crió, fueron muchos y muy aventajados, de los cuales me dijo uno: «Teniendo tal Maestro, cómo en un año no somos santos es de admirar; pues á un Lucifer en condicion, que comunique al Padre, le vuelve en breves dias manso cordero.» Y si alguna tentacion les venia á los novicios, y les apretaba, tenian por remedio que decir: «Dirémoslo al Padre Baltasar Alvarez,» y luégo huia la tentacion, y quedaban con victoria.

Tuvo muchos discípulos, y entre ellos se aventajaron tres mujeres célebres en vida y santidad, que fueron la Madre Maridiaz, de Avila, y la Madre Teresa de Jesus, fundadora de las Monjas Descalzas Carmelitas, y Francisca de Espinosa, que residió aquí en Medina del Campo. La Madre Maridiaz fué dechado esclarecido de santidad: tuvo entre los demas dones deseo insaciable de padecer por Dios; y así á los que la visitaban pedia rogasen á Nuestro Señor la alargase los dias de su vida para tener más tiempo para padecer por su amor. Tuvo tambien otra singular merced, que en vida salia un admirable y suavísimo olor de su cuerpo. La Madre Teresa de Jesus, cuya vida y admirables virtudes son bien conocidas en toda España, me dijo: «El Padre Baltasar Alvarez va muy adelante en la perfeccion.» La bendita Francisca de Espinosa, cuya virtud fué singular, y aventajadísima en pobreza de espíritu, en la cuál se esmeró mucho, pues dió toda su hacienda á los pobres, y se hizo pobre por Cristo pobre. Preguntándola yo una vez que qué la parecia del Padre Baltasar Alvarez, díjome: «Es un santo, porque todo lo que tengo en mi alma me dice.» Algunos dichos deste santo varon quiero poner aquí, que comunicando con él me dijo, contándole yo algunos trabajos y tribulaciones que yo padecia, me parecia á mí que se regocijaba él, y le dije: «Parece que V. R. tiene envidia de los que padecen trabajos.» Respondióme: «No pueden los justos vivir sin trabajos, porque les es

gran consuelo padecer por Cristo, y no deseo cosa más que padecer por su amor y gloria. El que hubiere de reñir, decia, procure primero de ponerse á sí en paz, y despues riña y reprenda. Cuando alguno te menospreciare, procura interiormente de abatirte y juzgarte por digno de mayor menosprecio; y que la humildad es como una especie aromática, que en pocos se halla.» Más decia; que la verdadera santidad consiste en negarse á sí mismo, y que la sed de devocion y amor de Dios es insaciable, que no la harta sino es Dios.

El fuego de amor de Dios al principio no se siente, mas despues siéntese, porque mortifica, alegra, alumbra y abrasa. Decia: «Si nos acordásemos que hemos de morir, no se nos haria dificultoso padecer cualquier trabajo, porque en los trabajos y tribulaciones nos hemos de gloriar y gozar; porque si sólo en los bienes y consolaciones nos gloriásemos, no diferenciariamos los cristianos de los gentiles; luego en esto se ha de mostrar ser cristiano, en gloriarse en las tribulaciones y trabajos, con igual ánimo llevar la tribulacion y la consolacion. Decia que quien no sabe sufrir no sabe regir.

Solia él decir muchas veces: «Hermanos, no degeneremos de los altos pensamientos de hijos de Dios. Mírese esto bien, y considérese que de una cosa estamos ciertos: que merecemos el infierno por nuestros pecados, mas no tenemos cierto que nos los ha Dios perdonado. Habemos de quitar estos deseos de dones, y trascender todo lo criado y dones hasta llegar á Dios, y no hemos de parar en el don, sino en el dador, que es Dios.» Decia que aquel era más santo que ménos sentia las tribulaciones, y ménos le alteraban, porque habia alcanzado victoria y más amor; que el que más las sentia, ménos aprovechado estaba. «¡Oh Dios de mi alma, cuán verdadero sois en vuestras promesas! buen testimonio son desto los justos que cada dia lo experimentan.» Decia el buen Padre: «Da contento á Dios, que en mitad de las hieles y trabajos y tribulaciones estemos con alegría, y esperemos en El, que presto nos librará, que no ha de ser toda la vida así; que este es el engaño del demonio, que induce á los hombres para que dejen el camino de Dios, ¡qué mucho que estemos desconsolados! que si lo estamos por Cristo,. El nos consolará, y si no tenemos desconsuelo por El, ni lo queremos tener, no nos maravillemos que no nos consuele, pues no somos para padecer algo por su amor. Que si no padecemos no llegaremos á la paz y sosiego grande de corazon; dia ¡ay! dichoso tal dia, cuando Dios entrare en el alma, y hinchare todos los senos della; cuán dichoso sea este dia nadie lo puede entender sino quien lo ha experimentado.»

Dejando á parte los dichos, será justo decir de los hechos, y de

las esclarecidas virtudes deste admirable varon. = La humildad que tuvo fué muy profunda, y como tenia tan gran conocimiento de sí mismo, no se estimaba en nada, y con la mucha luz que tenia del cielo fué aventajadísimo en esta virtud, fundamento de las demas virtudes. Y asi el Padre Dr. Ramirez, de la misma Compañía de Jesus, se le arrodilló á los piés del Padre Baltasar Alvarez, y le dijo: «Guíenos V. R., Padre mio, pues le ha comunicado Dios tanta luz.» Y asi, con grande alegría se sujetaba el buen Padre á mayores, iguales y menores, para cumplir toda justicia. En la obediencia y prontitud della era admirable; decia que el siervo de Dios habia de ser como un paje muy diligente y solícito que está á la mira de su Señor, para estar prontísimo á lo que le manda, y ponello en ejecucion. Este era su espíritu; decia más: que por la obediencia conocia él al que tenia espíritu de Dios, y por ésta lo aprobaba. De la pobreza era muy amigo, y así se vestia lo más pobre de la casa, y calzas y zapatos que otros desechaban; su vestido era pobre, mas limpísimo, que no consentia ni aun una mota en su vestido; y con la pobreza de espíritu que poseia, era desnudo de toda criatura, pues nada deseaba, como él decia. Entre las demas virtudes alababa la oracion, en la cuál fué tan aventajado maestro, como quien siempre oraba, y que por medio della alcanzó millares de dones y virtudes, y enseñó á muchas almas este ejercicio, con grande aprovechamiento. Era algunas veces tan levantado y inflamado en la oracion, que me contó un Padre muy religioso, que le habia visto estar en oracion resplandeciente con una admirable claridad que salia dél; era tan contínuo en ella, que pasaba algunas noches enteras en la oracion. Cuando fué á Roma tuvo una revelacion de gran consuelo, y aparecióle la Madre de Dios, á quien él amaba tiernísimamente, y le dijo: «Sé devoto de José, mi Esposo;» y desde entónces fué singular la devocion que tuvo al glorioso S. José, y sentia en ella gran consuelo. A la paciencia fué particular el amor que la tuvo, porque con todos la ejercitó de obra y de palabra, de condicion que no le vieron perder la paz por ninguna cosa. Cuando le decian que uno era insufrible, que nadie podia llevar su condicion, decia: «Esos son los que yo como;» tanto era el fervor de padecer que tenia por Cristo. Cuando le reprendian bajaba los ojos, y callaba, como le aconteció aquí, siendo Rector, con un Corregidor, el cual, porque se edificaba cierta obra en la Compañía sin licencia del Regimiento, le dijo al Padre Baltasar Alvarez malas palabras y ásperas; él lo sufrió callando, y bajó los ojos con altísima paciencia; de manera que se admiraron los presentes, no teniendo él culpa, pues sin su licencia y parecer habian puesto mano en la obra.

Enseñaba primero con obra, y despues con palabra, como buen Maestro; decia que las enfermedades se habian de llevar, no sólo con paciencia, sino con amor, y que no tenemos otro remedio sino padecer por Cristo. En el amonestar era blando, y amoroso en el reprender; mezclaba rigor con apacibilidad, y en suma, con oracion y paciencia rendia las voluntades.

¿Quién podrá decir la fe grande y confianza en Dios que tenía, la pureza de corazon, y encendida caridad, de la cuál manaba una resignacion contínua en la divina voluntad, y estaba tan trasformado en Dios, que parecia estaba muerto á todas las cosas? Y así decia dél un siervo de Dios: «El Padre Baltasar Alvarez no está mortificado, mas está muerto al mundo y á todas sus cosas.» Tenia bien rendida la carne al espíritu; y así, como no tenia querer ni voluntad, estaba todo unido á la divina, y haciase divino, lleno de dones y virtudes, pues en ellas fué tan esmerado. Y así, decia un gran varon dél: «En uno he visto perfecta penitencia; en otro, purísima oracion; en otro, consumada caridad; en otro, humildad profunda de corazon; ¿queréislas ver todas estas virtudes juntas? Mirad al Padre Baltasar Alvarez, y en él las hallareis en perfeccion.» Tenia grande amor á Dios; de allí le nacia una entrañable caridad con los prójimos, y su aprovechamiento, y salvacion de las almas; por las cuáles qué penitencias, abstinencias, oraciones y mortificaciones hizo, no se podria acabar de escribir; díganlo muchos de su religion y fuera della, que fueron ayudados de sus cartas, consejos y amonestaciones, y de su industria y suavísimo espíritu y continuado fervor, con el cuál perseveró hasta la muerte, indicio grande de la mucha caridad y gracia que Nuestro Señor le comunicó. Y así como fué consumada en perfeccion su vida, fué gloriosa su muerte. El dia que murió apareció al Provincial de Aragon, que era su amigo, y habia él visitado aquella provincia; y el Provincial dijo á ciertas personas: «Entiendo que el Padre Baltasar Alvarez es muerto;» el mismo dia apareció á un hermano de la Compañía en Valladolid, y le dijo: «¿Conocéisme?» Respondió el hermano, que estaba en oracion: «Sí, Padre, que es V. R. el Padre Baltasar Alvarez, Provincial de la provincia de Toledo;» y el Padre le dijo: «Pues ya dejo esa provincia, y me voy á la provincia del cielo.» De su gloria tuvo revelacion una sierva de Dios de la ciudad de Búrgos, la cuál dijo, que estando en oracion la reveló Dios la fiesta que se hizo á la entrada de su bendita alma del Padre Baltasar Alvarez en el cielo. Vuesa merced perdone mi tardanza, y reciba mi amor y voluntad, que es, de servir á vuesa merced siempre. Y del recibo desta me avise, y de su salud; y la reliquia del santo no

perdono. = Doña Marina besa á vuesa merced muchas veces las manos, y que la mande en qué le sirva. = Nuestro Señor sea luz, amor y amparo de vuesa merced. = De Medina, y 30 de Diciembre del año de 1595. = *El Doctor Polanco.*

XVI.

Otra carta del Doctor Polanco (pág. 345).

JHS. = Por mi poca salud me he detenido en responder á la de vuesa merced. La reliquia del santo fué para mí singular regalo, pues tanto le amé y amo; y ya nos ha sido ayuda y amparo en nuestra necesidad, pues la noche que recebí su letra de vuesa merced, le dió á Doña Marina dolores de parto, y á la mañana, puesto el hueso del santo Baltasar Alvarez, parió breve y con muy buen suceso: parece que estábamos esperando esta tan bendita y favorable ayuda. Quiero ahora responder y satisfacer á lo que vuesa merced me escribe. Sea lo primero, que en la oracion estuvo con una claridad y resplandor admirable. Me dijo el Padre Calvo, de la Compañía, confesor y varon admirable en esta Casa: «Yo vi al Padre Baltasar Alvarez en oracion, con un admirable resplandor, indicio de su purísima oracion, y esmerada virtud. El hermano Juan Sanchez, que era mucho del Padre Baltasar Alvarez, y hermano Artiaga, su vecino de celda, me contaron muchas cosas admirables de sus excelentes virtudes, y en particular de la oracion, que era tan fervorosa y continua, que cuando tenia alguna cosa de mucha importancia que encomendar á Dios, extendia por la noche la oracion hasta el dia, y no era mucho que continuase las noches con los dias en la oracion, pues siempre oraba; y decia el bendito Padre, que despues de haber orado largo tiempo, no sentia flaqueza en la cabeza: tal era su oracion y la suavidad de su espíritu. La revelacion que tuvo cuando fué á Roma, me dijo un hermano que se dice Valentin Arice, que le topé yendo de aquí una legua hácia Pozaldez, que venia de Avila con otro Padre, y iba á Leon, y me lo contó por la órden que lo escrebí. De la aparicion y de la revelacion de aquella Señora de Búrgos, que tuvo de la gloria del Padre Baltasar Alvarez, el Padre Morejon, deste pueblo, dará noticia, que él me lo dijo, y podrá decir á vuesa merced otras cosas, y tambien se informe de quien conoció al hermano Juan Sanchez, que murió en Sigüenza, yendo á cierto recado, y vivió aquí tanto tiempo, y supo muchas particularidades del Padre Baltasar Alvarez, al cuál

tambien comunicó el Padre Fray Juan de Castro, el famoso predicador de los Agustinos, que reside ahora en Toledo, el cuál dará claridad de cosas, y quisiera yo tener una centella del espíritu deste bendito Padre para poder decir algo de lo mucho que Dios le comunicó, pues desde el principio nunca aflojó en la virtud; mas de virtud en virtud fué creciendo hasta llegar á la alteza de vida y perfeccion que tuvo, digna de los bienes eternos que ahora goza y posee.

Doña Marina besa á vuesa merced muchas veces las manos; y Dios dé á vuesa merced su espíritu, amor y gracia. = De Medina, y 20 de Enero del año de 1596. = *El Doctor Polanco.*

XVII.

Carta de Jerónimo de Reinoso (pág. 404) *.

JHS. = La de vuesa merced me fué de particular consuelo por la memoria del santo Padre Baltasar Alvarez, á quien yo tenia el aficion y reverencia que vuesa merced sabe; y tanta satisfaccion, que doy gracias á Dios por haberme dado su consejo y parecer en cosas que me importaban, y estoy contento de le haber seguido. Cartas suyas tengo sólo dos, y muy guardadas. La que con esta va, y otra que no invío, porque es de mano ajena, y sólo responde al cuándo y cómo me llegase yo á Villagarcia; y así no la invio, y ésta sólo por cumplir lo que vuesa merced manda. Papeles no tengo ninguno, sino el que vuesa merced me dió á trasladar, estando allí en Villagarcía. Holgaréme salgan sus papeles á la luz para bien de las almas. Hágale la Majestad Divina en las nuestras por su misericordia, y acuérdese vuesa merced de mí en sus santos sacrificios y oraciones, y guarde Nuestro Señor á vuesa merced con mucho aumento de sus divinos dones. = Palencia, 25 de Febrero de 1596. = *Jerónimo de Reinoso.* = Rúbrica. = El sobre dice: «Al Padre Francisco de Salcedo, de »la Compañía de Jesus, en el Colegio de Avila.»

---

* El original está en el Archivo General Central de Alcalá. I. P., leg. 352.

XVIII.

Carta de la Duquesa de Gandía (pág. 411).

JHS. = Dos cartas de V. R. he rescibido, la una el invierno pasado, en medio de mis tribulaciones, y así no he podido responder á aquella. La última me ha enviado mi Señora la Condesa de Lerma; y pues entrambas eran sobre una propia materia, podré responder en esta á ellas. Heme consolado particularísimamente de que se haya trasladado el cuerpo de mi buen Padre Baltasar Alvarez, y de que se haya hallado, como yo creyera estaba aunque no se hubiera visto. Por lo que conocí de la santidad de su Paternidad, papeles suyos ninguno me quedó que pueda entendelle sino yo, porque eran sobre pláticas que los dos pasamos, á respuesta de cartas mias, que yo que sabia lo que escribí, puedo entender la respuesta, y así ninguna luz puede dar allá para lo que se pretende.

Lo que sé es, que yendo con mi madre á Valladolid, iba el Padre junto al coche donde íbamos mi madre y yo; y detras dél un coche de criadas; iba tambien en el nuestro mi hermana la Condesa de Monte-Rey, y la Condesa de Haro, mi hija, de poco más de cuatro años, porque tenia cuatro y medio; y pasaron á la Condesa, que entonces llamábamos Doña Madalena de Borja, á el coche de las criadas, porque jugase y se entretuviese con ellas, y quedamos mi madre y Doña Inés, que aún no era casada con el Conde de Monte-Rey, y yo; y sentimos ruido de toda la gente de á caballo que allí iba, y que se apeaban, y habia gran turbacion. Preguntamos lo que era, y era que el coche en que iba la niña con las criadas, que le tiraban unos machos, se habian desapoderado y desbocado, y sin poderlos nadie tener, iban á despeñar el coche y las que iban dentro; y como lo entendió el santo Padre, se puso á pedir á Dios que aquella gente no pereciese, y pararon los machos sin tener ya cochero que cuidase dellos, ni persona que osase llegar; y cierto, Padre, pareció muy evidente milagro: esto fué entre Villarrubla y Valladolid. Acordaráse muy bien desto Doña Ana de Sotomayor, que está en casa de la Condesa de Monte-Rey, mi tia, y Doña Mencía de Saavedra, que está en Carrion, y Doña Luisa de Salvatierra, que está en Villanueva del Campo, que todas eran criadas de mi madre, que haya gloria, y se hallaron en el peligro, con mi hija que haya gloria, y tambien Doña María de Plaza, y á nadie hizo ningun daño los golpes del coche, que eran tan grandes como se puede entender; y luégo se puso á dar gracias á Dios, nues-

tro santo Padre. Esto es lo que me acuerdo que poder decir á V. R.; de su santidad no digo, por ser cosa tan clara. Su trato deste Padre ayudó mucho á mi padre, que haya gloria, y desde que le comunicó, se confesó muy á menudo, y tuvo mucha devocion, y conocidísimo cuidado de su alma; y ni más ni ménos el Duque, mi Señor, que haya gloria, á quien tuvo en Villagarcía una Semana Santa, y despues vivió con tanto cuidado de su alma como podia tenelle un religioso, y como se vió en su muerte, porque fué muy de santo. V. R. me encomiende á Nuestro Señor, así porque le pueda ofrecer tantos y tan grandes trabajos como me ha dado, como para que me avergüence de haber tratado tanta buena gente, y de ser yo tan mala. Perdone V. R. la dilacion, y mándeme en qué le sirva, pues por de la Compañía, por sobrino del Padre Baltasar Alvarez, holgaré yo tanto de hácerlo; y envíeme V. R. algun pedacito de güeso deste Padre mio. Digo, Padre mio, que las palabras deste Padre, cuando hablaba de Dios, no sólo movian, pero parecia que pegaban fuego', por tibio que estuviese en el servicio de Dios el que las oia. Y una cosa me dijo cuando le querian enviar á las Indias (diciéndole yo cuánto lo sentia, que me edificó mucho), y fué que habia años, que en negocio ni cosa suya nunca hablaba, sino que apretaba más la oracion, tomando más tiempo para ello, y que dejaba hacer á Dios, y en su nombre á los Superiores. Nuestro Señor guarde á V. R. = De Villagarcía, y Agosto 14. = *Doña Juana de Velasco.* = Sobrescrito: «Al P. Francisco de Salcedo, de la Compañía de Jesus, en el Colegio de Valladolid.» = Sigue esta nota: «Esta es la respuesta de la Duquesa de Gandía. Suplico á vuesa merced me avise del recibo della; que estuve con cuidado; y si manda otra cosa en que la sirva. = *La Condesa de Buendia.*

XIX.

Relacion acerca del modo de oracion que enseñaba el Venerable Padre Baltasar Alvarez, escrita por él mismo (pág. 441) *.

De oratione, quæ dicitur *silentium*, vel *quies animi in præsentia Dei*, vel *unio animæ cum Deo* **.

Miradas despacio las preguntas á que V. R. me ordena que responda acerca deste modo de oracion, despues de haber hecho ora-

* Copia de un documento que existe en la Biblioteca Nacional de Madrid, seccion de manuscritos, Q. leg. 116.

** El Padre Baltasar Alvarez escribió dos relaciones de su modo de oracion:

cion al Señor, y pedídole favor para acertar con su voluntad en este particular, diré con la brevedad que pudiere lo que se me ofrece, sacado de la experiencia de las almas que he tratado, y de lo que en los Santos Doctores místicos he leido, que desto tractan.

Presupuesta, ante todas cosas, la necesidad que hay desta ciencia (por muchas almas, á quien Dios lleva por este modo dentro y fuera de la Compañía, que por no tener quien las enderesce, padescen detrimento en el cuerpo y en el espíritu, *de quo optime* el Maestro Avila, en el «*Audi, filia,*» *a cap. LIII usque ad cap. LV inclusive, maxime* en este último, y Casiano en la Colacion XIV [*quæ est prima Abbatis Nesterotis*] «*de spiritali scientia* [*cap. XIV-XIX*], y otros): en la cual ciencia, más es necesaria experiencia y ciencia práctica que especulativa.

Lo primero, porque enseñará mal griego el que no lo hubiere deprehendido bien, ni le entenderá cuando le oyere al que en él le habla.

Lo segundo, porque conviene en esta facultad más que en otras, que el maestro sea como causa superior y universal, que á todos pueda ayudar, á cada uno en su grado y progreso, y por todas vias por donde fueren, que son muchas, aunque todas van á un fin, las cuáles no hay en otras artes. De lo cuál se sigue que no ha de querer traer á todos por el camino que él anda, *de quo latius infra*, sino que como causa universal, como queda dicho, ha de concurrir con todos por los caminos que Dios los lleva, y enderezallos por ellos, mirando con atencion por dónde Dios los guia, que tiene mil modos de traer á sí sus escogidos: y á esto obliga el oficio de ser maestro en esta facultad.

Lo tercero, es más necesaria la experiencia para el propio aprovechamiento y bien particular, que la especulacion, y no ménos para el de los otros en este camino, como dice un Doctor; y ello se ve que sola la experiencia hace maestros, aunque la especulacion ayuda mucho; pero sin comparacion, más la experiencia. Y, como un

---

una enderezada al Padre General Everardo Mercuriano (véase la pág. 441), y otra al Padre Visitador Diego de Avellaneda, que es la presente. Cotejando el extracto que de dicha relacion hace el V. Padre La Puente con este documento, resultan en varios puntos notables diferencias. Tal vez pudiera decirse que escribió ó dictó el V. Padre varios ejemplares, y que el original del presente fué uno de ellos. Cierto desaliño de estilo, y la incorreccion de la ortografía propia de algunos manuscritos de aquella época, junto con el descuido en completar las citas, nos han obligado á añadir algunas cosas al presente traslado, las cuales se distinguen por estar encerradas en paréntesis cuadrados.

maestro dice muy bien, es gran consuelo para el discípulo, que quien le guia le diga: «Por ahí pasé yo, y me acaeció esto y esto, y hay esto en esto, y estotro en esotro,» y salille al camino, y saber dónde va, y comprendelle de media palabra, y dalle á entender y explicar lo que quiere y no sabe decir, y lo que por él pasa. Y esto es necesario, y es un medio grande de aprovechar á los discípulos, porque entonces dan crédito al maestro, y estiman lo que dice, que les es harto necesario, y recíbenlo bien; y muévelos más el ejemplo del maestro vivo, que así los entiende y habla, declarándoles todo su interior, como Cristo á la Samaritana, que cuanto leen de otros pasados. Y así, dice este Doctor una cosa bien importante: que á los tales maestros les está bien comunicarse y abrirse á los que guian, al modo dicho, y no cerrarse, como muchos hacen; aunque se ha de guardar el decoro en el tanto y en el cómo de comunicarse, en discrecion: que conviene que no comprenda el discípulo al maestro, por algunos inconvenientes que en esto hay. Todo lo dicho pasar y convenir, lo muestra la experiencia.

Lo necesario para ser maestro débese procurar haya, y que la especulacion supla su falta. Lo primero, porque no se hagan tantos yerros; y así, es mucho necesario á los tales leer Santos y Doctores místicos, que fueron ejercitados bien en esto, y aclararon el camino; y aun á todos *communiter* es esto necesario, *etiam* á los experimentados. Lo segundo, porque la ciencia abre camino para la experiencia, dispertando de la tibieza á aquellos á quien Dios ha puesto por maestros de sus escogidos, que es harto bien.

Esto presupuesto, responderé en órden á las preguntas, tocando seis ó siete cosas, á que se reduce, como á cabezas, lo que desta se puede decir. La primera: ¿qué sea esta oracion? La segunda: ¿que se pretende con ella? La tercera: ¿qué se ha de hacer para venir á esta oracion? La cuarta: ¿qué avisos se han de guardar en ella? [La] quinta: ¿qué se ha de hacer despues de habella alcanzado, para que se ejercite con fruto? [La] sexta: ¿cómo y á quiénes se ha de comunicar? *Tandem* [la séptima]: responder á algunas dudas que se suelen oponer.

Y no se dirá cosa, como se verá, con la gracia de Dios, que no sea segura y comun, y que por todos pasa, ó los más: sino que, como no se hace reflexion sobre ella, no se echa de ver, y parece nueva la ciencia y términos, como siempre acaesce *in spiritualibus*.

§. I.

Cuanto á lo primero: el modo desta oracion es, huyendo las almas del ruido de las criaturas, retirarse á lo interior de su corazon para adorar á Dios en espíritu, como El quiere ser adorado, poniéndose en la presencia suya con un afecto amoroso, sin tomar alguna figura ó composicion corporal, como dicen los Padres de Plasencia, en la resolucion, que sobre este modo tomaron, despues de habello disputado bien y examinado, ó tomándola si Dios se la diere, y con ella se hallare mejor, y quietándose en ella, formarse, conformándose á los afectos que, segun las reglas eclesiásticas y de los Santos, entendiéremos ser inspirados del Espíritu Santo, que es principal Maestro desta facultad: unas veces haciéndole reverencia; otras, gozando; otras, ofresciendo á sí y á la Iglesia y á particulares della á su Majestad, y pidiendo para todos remedio; otras, admirándose de la grandeza soberana de Dios, y de lo que Dios les descubre de sí mesmo y de los otros; otras, dándole gracias; otras, mirándole y gozándose de velle y de verse ante El, como una persona ante otra que bien quiere, y que mucho ama, y que desea su vista y su presencia mucho, y se huelga con ella, segun lo que dice Santo Tomás (2. 2., *q.* 182, *a.* 2, *ad primum);* que, aunque es señal de amar á Dios padecer de buena gana por El, que es más expresa señal de su amor, dejadas todas cosas que á esta vida pertenecen, holgarse con El en oracion; y segun lo que tambien dice Santo Tomás, *opusc. LXIII, De beatitudine, cap. III*, tratando de su fruicion, que es fruto comun á los bienaventurados y justos del suelo, dice al fin: «Similiter in hac vita continue deberemus frui Deo, tanquam re plenissime propria, in omnibus operibus, et ad omnia opera, in omnibus donis et ad omnia dona. Ad hoc enim, teste Isaia, Filius Dei datus est nobis proprie ad fruendum. Magna cæcitas et nimia stultitia est in multis, qui semper Deum quærunt, continue ad Deum suspirant, frequenter Deum desiderant, quotidie in oratione ad Deum clamant et pulsant, quum ipsi, secundum verbum Apostoli, sint templum Dei vivi, et Deus veraciter habitet in eis, quum anima ipsorum sit sedes Dei, in qua continue requiescit. Quis unquam, nisi stultus, quærit instrumentum foris, scienter quod habet reclusum? aut quis utiliter uti potest instrumento, quod quærit? aut quis confortabitur cibo, quem appetit sed non gustat? Sic etiam vita cujuslibet justi, Deum semper quærentis,

sed numquam fruentis: et omnia opera ejus minus perfecta sunt;» *Hæc S. Thomas* *.

Otras veces amándole de lo íntimo de su corazon; otras, discurriendo *secundum sentimenta data, et illud Dionysii*: «Converte te ad radium;» ** que de otra manera *pro tunc* con puntos *ante* prevenidos y proveidos no es posible, porque se halla reprehendido el corazon, como quien deja el puesto á lo más conveniente; y así *redditur animus inhabilis et frigidus*, y no hallando entrada para ir para Dios por allí, pierde lo que tenia, y le daban.

Otras veces, hallándose con descanso en su presencia bendita, cesando de consideraciones particulares, que por la fe, con que allí se representa, se suplen mejor: otras, uniéndose con Dios *ignote cum ignoto*, como enseña San Dionisio, *de Mystica Theologia* ***; lo cual sabrán sentir los que lo tuvieren por experiençia, y decir, aunque no se dice tan bien, porque esto último es de lo supremo del espíritu, de que tratan los Doctores, y del espíritu altísimo que Dios por su misericordia comunica; y por ser tan especial, aunque se siente, es de las cosas *quę non lucent quibuscumque hominibus*, y así *sufficit attigisse*, porque lo pedia el punto, y lo nota San Dionisio: y de aquí resultan los afectos en mayores ardores, y las ilustraciones de los atributos de Dios, y otras cosas de las propias y ajenas reformaciones, de que *alii*.

---

* No es de Santo Tomás el opúsculo (ed. Rom. LXIII, Parm. LVI) *de Beatitudine*, como consta de la citada edicion de Parma, 1852-1873, tom. XVIII, pág. 3.

** Sin duda se alude aquí á aquellas palabras: «Tu vero, care Timothee, in mysticis contemplationibus, intenta exercitatione, et sensus relinque, et intellectuales operationes, et sensibilia, et intelligibilia omnia, et ea quæ sunt, et quæ non sunt universa, ut ad unionem ejus, qui supra essentiam et scientiam est, quantum fas est, indemonstrabiliter assurgas: siquidem per liberam, et absolutam, et puram tui ipsius a rebus omnibus avocationem, ad supernaturalem illum caliginis divinæ radium, detractis omnibus, et a cunctis expeditus eveheris.» *De Myst. Theol.*, cap. I, §. I.—Pero esta obra y las demas parecidas, que se atribuian antiguamente á San Dionisio Areopagita, es cosa ya admitida entre los críticos todos de alguna nota, que fueron escritas por algun impostor del siglo V ó VI, como, entre otros, puede verse en J. Fessler. (*Inst. Patrol.*, §. 66, n. 1, tom. I, pág. 199-200).

*** La célebre fórmula *ignote cum ignoto* parece compendio de lo que se dice en la *Myst. Theol.* (l. c., §. III): «Tunc [Moises] ab iis ipsis quæ videntur, et ab iis quæ vident, absolutus et expeditus, in caliginem vere mysticam incognoscibilitatis ingreditur, in qua omnes scientificas apprehensiones excludit, et in omnimode intactili et invisibili hæret, totus existens ipsius qui est ultra omnia, neque ullius, neque suus, neque alterius, cum eo autem qui est penitus incognoscibilis, per vacationem omnis cognitionis, secundum meliorem partem copulatus, et eo ipso quod nihil cognoscit supra mentem cognoscens:»—en cuyas palabras se alude al Exodo XIX, 24; XXXIII, 23.

§. II.

Antes de entrar á responder á lo segundo, es de advertir que es tos puntos, unos se explican á otros, aunque todo va con brevedad, diciéndose *præcise* el *quid est* de cada cosa.

Cuanto lo segundo, ¿qué es lo que se pretende en este modo de oracion? De lo dicho en [el] particular [pasado] se sigue lo que se pretende: *sed clarius in particulari.*

Preténdese lo primero, que no declinen las ánimas el camino en que Dios las ha puesto, ni haya quien las aparte dél, como queda algo probado arriba, sino que las dejen entrar por las puertas que Dios les abre, y en ello las ayuden. El cuál aviso es de todos cuantos hablan en esta materia, y es importante: que á las reglas y avisos que se dan para este camino del espíritu, no todos van por un camino; porque Dios no está atado á guiar por allí sólo, ni todos se han de querer llevar por él, ni tal se hallará scripto; y lo contrario paresce que es pervertir la órden y la traza de Dios, que guia de mil modos, como está dicho. Antes dicen los maestros *communiter*, que el decir «hase de hacer esto ó estotro, ó por aquí primero y despues por allí,» se entiende mientras no toma la mano el Espíritu Santo con su particularísimo magisterio; que, cuando El viene, El lo enseña mejor, y le hemos de seguir para acertar, yendo por donde quiere, dejando otro cualquier modo; y así han procedido los Santos y otros, y por eso lo dejaron scripto.

Verbi gratia, hay algunos, que no les abren las puertas pensando en la muerte, juició, etc., y en allegando á pensar en la Pasion, hallan cuanto quieren y han menester, y otros al contrario; y unos se hallan bien haciendo composicion del lugar para entrar en la oracion, y otros, que no pueden entrar en ella por allí, y que si quieren insistir en procuralla, pierden la oracion y la cabeza (cosa bien experimentada en muchos); no se deben estos apartar de sus caminos: así acá hay unos que tienen el natural más apto para ir por via de entendimiento y discurso á Dios, que por via de voluntad y afectos, y otros *ejusmodi*, como dice el Padre Gutierrez *infra citandus;* y así Dios, que *disponit omnia suaviter* [Sap. VIII, 1], confórmase con ellos, y ábreles la puerta por allí, y no por acullá, como pasa *in re.*

De manera que es bien, *in universali*, que vaya uno por sus reglas y avisos, que es importante guardar cualquiera por mínima que sea; pero no se asa á ellas, ni le aten para que no salga á tomar otro camino, si Dios le quisiere enderezar por él, que sería ignorancia

y desacato semejante al de aquellos, que, rezando ó leyendo, tienen determinado de acabar su tarea, sin detenerse, aunque Dios los visite (desacato es dejar el campo que Dios les muestra; pero le dejan y pasan adelante, y rezan y leen, y hacen mal si no es cuando hay obligacion): ó son semejantes á aquellos que, yendo en su oracion vocal ó mental á buscar á Dios, que para eso es ella, viniéndoles Dios y visitándolos, no aceptan la visita y la gracia, sino pasan adelante en su rezo y discursos, modo malo de leer y rezar. Y porque van contra la traza de Dios, que quiere que le oian, y le reciban en silencio y quietud lo que les da, lo destruyen y pierden lo que les daba, por ignorancia y desacato, como acaesce muchas veces; que *tunc* es tiempo de sosegar; que el discurso es para buscar, y desque uno halló lo que quiere, calla, y como avivándose *suaviter*, de cuándo en cuándo, cuando viere que se amata el fuego, con una palabra ó discurso breve y dulce, sin tanta multiplicidad, como lo hacia un Santo y otro que saben. Véase Casiano, *Collat. XIV (supra cit.)*, y el Maestro Avila, en el «*Audi, filia,*» *cap. LIII usque ad LV (ut supra)*.

Preténdese lo segundo, que (pues han trabajado las almas en buscar á Dios, y se han encontrado con El por su grande bondad), que le gocen, y del descanso de su presencia, que es lo más acertado que pueden hacer, como dice Santo Tomás, *opusc. citato*, sabiendo entender á Dios y avenirse con El, como el mismo Santo quiere. Este es el descanso prometido á los trabajos pasados para buscar á Dios: «Inveni quem diligit anima mea: tenui eum, nec dimittam.» (Cant. III, 4.) El remate de todo el afan de todos los desordenados del mundo es descanso; trabajan en la juventud por descansar en la vejez: y la vida de los que se pasan toda en afan, que nunca llegan á descansar, no se tiene por dichosa. Y asi Santo Tomás, *dicto opusc.*, reprehende á los que gastan toda la vida en buscar á Dios, y nunca gozalle; cuyos ejercicios y obras dice que son menos perfectas: y otro Santo del Yermo, muy aventajado (el Abad Juan, en la Collacion XIX de Casiano, *de fine cœnobitæ et eremitæ, cap. V*), dice: «Miserum namque est cujuslibet artis ac studii disciplinam quempiam profiteri, et ad perfectionem ejus minime pervenire.» El fin del que hace la casa y planta la viña es gozalla; asi de los que han trabajado en buscar á Dios, gozalle, *juxta illud:* «Gustate et videte quoniam suavis est Dominus.» (Ps. XXXIII, 9.) *Unde* lo que decia Cristo Nuestro Señor con lágrimas en los ojos á Jerusalen, que no conocia ni gozaba el bien de su presencia, «quia si cognovisses et tu, et quidem in hac die, quæ ad pacem tibi, nunc autem abscondita sunt ab

oculis tuis» (Luc. XIX, 42), paresce que pueden decir los que van por este modo á los que van por el modo que reprehende Santo Tomás; que, encontrándose con Dios, no paran ni le gozan.

Quien no cae en que tiene este bien, su mismo deseo le inquieta, porque no entiende que tiene lo que busca; y así, en persuadiéndose que ha hallado lo que busca, descansa: como la Magdalena, aunque estaba con Cristo resucitado, no descansaba, porque no pensaba que estaba con El, hasta que El mesmo se descubrió. Quien anda aparejando de comer siempre, y no se desayuna, de penar tiene por fuerza «Est et aliud malum, quod vidi sub sole, et quidem frequens apud homines: vir, cui dedit Deus divitias et substantiam et honorem, et nihil deest animæ suæ ex omnibus, quæ desiderat; nec tribuit ei potestatem Deus ut comedat ex eo.....» (Eccles. VI, 1, 2.)

La diferencia del que ha caido en este bien al que no, es la del que con hambre trabaja de buscar de comer, al que encuentra con mantenimiento, y para, y come con descanso, tanto más cuanto el mantenimiento es más á su propósito: *sic faciunt via hac regia ambulantes, juxta id:* «Vacate et videte, quoniam ego sum Deus.» (Psalmo XLV, 11.)

Preténdese lo tercero, que les quede entrada para Dios, á los que puestos en su presencia no pueden discurrir con discursos proveidos antes, ni procurados entonces, y á los que por la flaqueza de la cabeza y debilitacion de fuerzas corporales, no pueden estar en la presencia del Señor, usando la oracion de discurso y meditacion, y pueden con esta.

Lo cuarto que tengan modo con descanso los que Dios llama, por merced particular que les hace, á lo interior de su corazon, para que le adoren en espíritu, como El quiere que se mantengan en hacelle perpétua reverencia, supliendo la falta de muchos que se la deben, y pocas ó ningunas veces lo hacen: que por falta desto, muchos tratan de recogimiento con mucha pena, y quebrando su salud y la de otros, haciendo el yugo de Dios, de sí suavísimo, pesado; arando y cavando siempre, sin gozar jamas de lo trabajado, que es afan intolerable.

Lo quinto, que procuren tener ciencia por experiencia los que tienen oficio de Maestros en la Iglesia, para que sepan entender y enderezar *ut debent, et ut dirigendis expedit*, sin escrúpulo de serles estorbo, habiéndoles de ayudar á volar; que, por falta desto, han muchos padecido en sí, y hecho yerros grandes en guiar á otros; y yo he encontrado algunos de mayor cuantía.

Desto hablan bien muchos libros, y no ménos bien la experien-

cia; porque á unos no los imponen bien en los principios, y á otros mal, y al reves de como debian, por no los saber entender y ayudar; y así les son de estorbo. A estos no les conviene ser Maestros, porque los yerros aquí son mayores, como lo encaresce aquí bien un Doctor, y aun dice una cosa importante: que de buenos Maestros depende todo el bien de las Religiones : y dícelo la razon, que quien no sabe griego, ni lo entenderá viéndolo, ni hablándole en ello, ni ménos sabrá enseñar á otros. Y de aquí se sigue que estos son incrédulos á las misericordias y dones de Dios, con desacato de los mismos dones, y se espantan de algunos términos, como no los entienden; y así dice San Dionisio, como queda notado arriba, que á los tales, *maxime* cuando presumen de solas letras exteriores, no se les han de decir ni descubrir estas cosas grandes; síguese tambien, que atormentan á los que rigen, como se ve bien y se ha visto.

Bien es verdad que algunas veces podrá acontecer, que comunique Dios dones al discípulo, que el Maestro, por espiritual que sea, no los alcance por experiencia; y entonces se ha de aprovechar ó estar aprovechado de la licion de los místicos, lo cual es grandemente necesario; que, aunque no se entenderán muchas cosas sin experiencia, *ut statim dicetur*, todavía se verá allí descrito el camino, que este dice que lleva y el otro, y sus términos ú otros equivalentes; y así acertará y entenderá, y creerá al que le da cuenta, como ha acaescido y acaesce; y puede ser sin culpa suya, no querer aquello, porque no le quiso Dios llevar por allí, ó porque no le ha dado otras cosas mayores : que no está obligado á tener todo cuanto tienen los que rigen, aunque esté obligado á mucho, y disponerse más que todos.

Preténdese tambien [lo sexto], que sepan entender libros, los que sin procurar esta ciencia experimental y práctica, no se entienden; que está dicho: quien no deprehendió latin, ¿cómo entenderá el libro de latin que vea? Y cierto, es vergüenza en muchos el no saber, *ultra* de los inconvenientes que trae su ignorancia, porque la ignoran por no querer disponerse ni vencerse un poco.

Lo séptimo, que tengan ellos dispertadores mayores de sus propias reformaciones, que son los bienes que consigo trae este ejercicio, que enseña la experiencia á los que lo usan como deben, y de que hablan bien algunos libros. Así se experimenta que los que caminan bien por este modo, así dentro como de fuera, son los que más se señalan en tener más cuidado de sí, en ser más rendidos á los superiores, más señores de sus pasiones, y más superiores á todos acaescimientos adversos, y que la palabra tiene más eficacia en el tracto con el prójimo.

Lo octavo, y no ménos principal es, que sepa uno entenderse á sí: lo primero, porque no ha de ser uno discípulo toda la vida, más en esta arte que en otras, como dice muy bien un Doctor; y un Santo dice, que es vergüenza ver un viejo andar á la escuela con los niños, en ejercicios de principiantes; aunque quien nunca comenzó, menester es que se anime y pase por aquí, aunque sea viejo; y es mejor y más glorioso, que no quedarse afuera, que será mayor vergüenza, como la tienen muchos viejos, que nunca supieron leer; lo segundo, porque no todas las veces terná á mano Maestro, á quien haga recurso, aunque hablando en comun, de ordinario á todos está bien, teniéndolo y hallando ocasion, consultar con él, si saben les podia ayudar y no dañar, como muchos; porque esto es muy agradable á Dios, y trae muchos bienes, y libra de muchos peligros y lazos de que están llenos.

Antes de pasar adelante paresce será bien, para quien lo quisiere, decir algunos Doctores, que fundan este modo dicho, en los cuáles, y en otros tambien muchos, se hallará mucho de todo lo que se dejare, y enseñallo ha la experiencia. San Dionisio *de Mystica Theologia*, y sus comentadores allí con ocasion suya, y San Buenaventura *de Mystica Theologia* *, y los Doctores místicos, parescen insinuallo; San Agustin (Epist. CXVII [ed. rec. IV]); San Gregorio *super Apocalips.* (VIII, 1) «*factum est silentium in cœlo quasi media hora;*» *in Moral.*, l. XXX, c. XXIII; *in fin.*, et c. XXIV [al l. XXX, c. XII, *ed. rec.*, c. XVI]; *et super Ezechiel.*, *Homilia XIV* [ed. rec., l. II, Homil. II] in illud «*in manu viri calamus mensuræ sex cubitorum et palmo*» [Ezech. XL, 5], Sanct Bernardo, *serm. LI et LII in Cant. Canticorum:* Sancto Thomas, 2.ª 2.ae, q. 24, a. 9; q. 182, a. 2; *et supra verb. cit. Apocalips.* [Expos. II, c. VIII, 1] **: y Sanct Joan Clímaco *expresse etiam* [Scal. Paradis.], grad. XXVII [de sacra corporis et animæ quiete, sive de vita anachoretica et solitaria], y otros. Para esto y para lo demas que se dice, que sería largo, y pedia mucho tiempo allegar á cada paso y cada capítulo, y para cada cosa, podránse leer, que hartos hay, y enséñalo la experiencia, que es el mejor libro y doctor.

---

* Sobre todo en el *c. III, partic. IV, et quæst. unica*. Pero esta obra parece ser de algun Cartujo, no ciertamente de San Buenaventura, como se puede ver en la coleccion de sus obras, ed. de Lyon, 1668, tom. VII, pág. 657.

** Ni esta segunda *Exposicion*, ni la primera son de Santo Tomás, véase el prefacio de los editores de Parma, tom. XXIII, págs. 7, 8 de las obras del Santo Doctor.

§. III.

A lo tercero: ¿qué es lo que se ha de hacer antes de llegar á este medio [modo?] de oracion? *Respondeo:* lo primero es alimpiar el corazon de pecados, confesándolos y llorándolos y castigándolos, sin alzar la mano deste oficio hasta tener conjeturas de que son perdonados; como será, *secundum Basilium*, cuando llegare á tener el efecto de ódio con el pecado, que dice David: «*Iniquitatem odio habui, et abominatus sum*» [Ps. CXVIII, 163], y segun lo que dice San Gregorio, *tom. II, Epist. XXIII, ex Registr. lib. VI, indictione XV, de duobus generibus compunctionis* [ed. rec. l. VII, Epist. XXVI] juxta illud Ps. [VII, 10] «*consumetur nequitia peccatorum, et diriges justum.*» «*At vero* [dice], quum longa mœroris anxietate fuerit formido consumpta, quædam jam de præsumptione veniæ securitas nascitur, et in amore cœlestium gaudiorum animus *inflammatur;*» y segun San Bernardo, *serm. de IV modis orandi* [ed. rec., *serm. XXV de verbis Apostoli: Volo primum fieri obsecrationes, orationes, etc.*, núm. 4], cuando le convinieren las palabras que Cristo Nuestro Señor dijo al paralítico: «*Surge, tolle grabatum tuum, etc.*» [Marc. II, 11] *; y así, se ha levantado de la mala vida pasada á deseo de la nueva y buena, y hace vivir á su cuerpo, no como él quiere, sino como Dios: *tunc*, dice San Bernardo, «curatum te esse non dubites;» y á la oscuridad que se suele juntar de lo contrario, responde, que Dios ordena así este camino á los suyos para conservallos en humildad, «ut quanto quisque plus proficit, eo minus se reputet profecisse: nam et usque ad supremum exercitii spiritualis gradum, si quis eo usque pervenerit, aliquid ei de primi gradus imperfectione relinquitur, ut vix sibi primum videatur adeptus, etc.;» *et ex Sancto Bonaventura, de septem Itineribus æternitatis, in Itin. IV, distinct. IV, art. I, de signis caritatis jam genitæ*, «Dolor autem de peccatis præteritis cum proposito ea amplius non committendi et promptitudine ad bonum.» **

---

* Citamos á San Márcos contra lo que cita el manuscrito, porque San Mateo (IX, 6), y tambien San Lúcas (V, 24), escriben *lectum tuum*.

** Esto es parte del sentido: las palabras, segun las buenas ediciones, son: «Primum signum caritatis genitæ sive infusæ, est dolor de culpa præterita..... Secundum, firmum propositum cavendi futura peccata cum effectu.... Tertium, delectatio in auditu divini sermonis..... Quartum..... promptitudo boni operis..... Quintum...... quando aliquis de defectu alicujus tristatur spirituali, et de profectu aliorum spirituali lætatur:»—cuyas señales se toman, sobre todo, de las obras de San Bernardo.

Hase, lo segundo, de hacer y procurar purgar el corazon de afectos desordenados, que son la fuente de los pecados, negando su voluntad y propios quereres en todo lo que se encontraren con la de Dios. Para lo dicho hase de ayudar de los ejercicios de la primera semana de nuestro Padre Ignacio, que pertenecen á esta primera via, que es la purgativa, que induce al hombre á que *declinet a malo.*

Hase, lo tercero, de procurar, como una disposicion necesaria, la frecuencia en la oracion, y continuacion, *de qua dicebant Patres Heremi*, y con gran razon, «nulla melior ad orationem præparatio quam continua oratio.»

Denique, para este modo se requiere todo lo que para otro cualquiera, y más, como consta de lo dicho y de lo que se dirá: de donde se sigue que no hace descuidados, ántes muy recatados *in omnibus* y cuidadosos, *ut postea dicetur.*

Requiérese tambien mucha pureza de las imaginaciones de parte de las potencias cognoscitivas, y de pensamiento: porque este modo consiste más en obra de voluntad que de entendimiento, como queda visto; que son distintos estos caminos, como queda visto, aunque hay mezcla alguna entre ellos, como queda visto, mayormente cuando no hay mucho progreso en este camino; y cuando Dios especialisimamente no toma la mano, es bien, *maxime* á los principios, que todos lleven materia prevenida, y discurrir *suaviter*, aun para los flacos; que de otra manera no hará uno nada, y estará muy seco y distraido, cuando no hay mucho hábito de oracion.

De lo dicho se sigue: lo primero, que limpia así el ánima, y sus potencias purificadas, queda dispuesta para que Dios la alumbre mediante la consideracion de la vida y muerte de Cristo Nuestro Señor, que son los ejercicios de la segunda y tercera semana, que pertenecen á la via iluminativa, y la promueven á la consecucion de las virtudes, mediante la meditacion de Cristo Nuestro Señor y sus Santos, conforme á la luz que tiene; en esto está el grado de proficiente. Lo segundo, síguese que, limpia el ánima, y adornada de virtudes, está dispuesta para ser levantada á la union divina, que se hace por actos de amor, á la cual la ayudan los ejercicios de la cuarta semana y otras meditaciones; y este es el grado de los perfectos, en los cuáles están las virtudes en grado superior, en el cual hay grande latitud, y habia mucho que decir, *sed satis est attigisse*, y decir lo necesario *præcise, quia non est hujus loci neque est in manu* decillo todo: harto hay en los libros. Y aquí entra el ejercicio del silencio y entrada *in caliginem*, y lo perfecto del silencio; porque en este modo hay grados y diferentes puestos, segun el aprovechamiento de cada

uno, y comunicacion de Dios Nuestro Señor: que este nombre de *Oracion en silencio* es general, y todos los grados abraza, más y ménos perfectos, asi como los que van por via de entendimiento y discurso hay más y ménos perfectos. La especulacion, grados y plática deste silencio enseñan eruditamente las pláticas del Padre Doctor Plaza, y las de oracion del Padre Martin Gutierrez, de buena memoria, que son de los dos modos de oracion por via del entendimiento [y de la voluntad], con las cuales y con lo que se dice ahora, se da plena noticia deste modo.

§. IV.

Cuanto á lo cuarto: ¿qué advertencias se han de guardar en el mesmo modo de oracion que se usa? *Respondeo:* lo primero, formarse uno conforme á los afectos que la uncion del Espíritu Santo inspirare, como queda dicho en el mesmo modo de oracion; y asi conviene que estén atentos al gobierno suyo, para seguillo luégo, dejando otra cualquiera cosa: aunque en esto es menester mirar mucho, como dicen los Doctores y la experiencia, en no dejar *leviter* lo que tienen entre manos.

Lo segundo, que si no sintieren un soplo, deben animarse de cuándo en cuándo con algun discurso breve ó afecto amoroso; y lo mesmo se ha de hacer cuando previene el Espíritu Santo, y ve uno que se le va acabando la visita; que, aunque fué bien dejar el discurso y el hablar cuando vino, para recebilla en silencio, y oir y gozalla, pero ahora es menester avivalla con un discurso breve ó afecto amoroso, ó repeticion de lo de atras, como hacia un Santo; como, cuando queremos hacer revivir una vela, soplamos suavemente.

Lo tercero, que cuando se vieren prevenir del Señor en bendiciones de dulzura, deben con humildad y corazon agradecido recebir la visita, sin distraerse en otros conceptos ó afectos por entónces, aunque más buenos colores trayan; porque el demonio procura engañarnos, y que perdamos lo que se nos da: ó nuestra ignorancia lo hará; que entónces paresce á uno que es el mejor tiempo de dar gracias por tal ó tal beneficio, ó de hacer grandes peticiones por este ó por aquel, ó por estotro ó por lo otro, y otras mil cosas é impedimentos semejantes, que entónces se suelen ofrescer, como bien lo muestra la experiencia, y lo podrá ver quien quiera.

Quod si dicas: pues ¿no es bueno aquello, y pedir cosas particulares? *Respondeo:* bueno es, mas no para entónces; porque llama Dios á otra cosa, y quiere que le oyamos á El entónces, y que reci-

bamos lo que nos da, y que no nos distrayamos á otra cosa alguna por buena que sea; y las tales salidas castígalas Dios bien, como un desacato que se hace á sus dones, con quitar la visita; y despues hállase un hombre sin nada, *quod sæpissime contingit*, y justísimamente.

Lo cuarto, que deben estar en reverencia en la presencia del Señor entónces, abriéndole su corazon y necesidades, sin mucho hablar, y aun sin hablar; porque Dios bien entiende sólo con presentarse á Él el necesitado: como un pobre, que no hace más de ponerse delante sin hablar, porque su necesidad habla; y espera la misericordia de Dios con resignacion entera de la divina voluntad, cuanto al tanto y cuanto al modo que quisiere, con humildad, teniéndose por indignos de su visita y mercedes. Y esta maravillosa disposicion es espiritualísima y altísima, y no ménos necesaria en todo el camino; porque ella hace á los hombres espirituales, y superiores á todos acaescimientos, y á los que así caminan muy agradables á Dios: por lo cual se ha de regular el aprovechamiento de cada uno; y por esto dan en ello todos los que tienen abiertos los ojos, y con razon es encomendada de todos los varones espirituales, y digna de ser procurada y alabada: y la ignorancia desta hace daño grande por no ser tan entendida y procurada de muchos, como es necesario, *maxime* á los que caminan el camino del espíritu; sin la cuál van ciegos, y muriendo mil veces cada hora, poniendo los ojos en otras cosas, y no en esta, que grandemente quiere de nosotros, que es conformidad con su santa voluntad, tan debida en todo lo espiritual ó temporal, grande ó pequeño, dulce ó amargo, próspero ó adverso, *denique*, temporal ó eterno.

Baste della haber puesto este pequeño principio por ahora; cuando pues esta hubiere, no querrán la visita *intempestive*, ántes con ántes no se inquietarán, si venida, no durare largo tiempo, ni si nunca se la dieren; ántes se resignarán *omnino* en las manos de Dios, no queriendo otra cosa de lo que El quiere, con lo cual sus ánimas crescerán más que si les dieran cualquiera otra cosa que mucho tuvieren en deseo.

Lo quinto, háse de frecuentar la oracion cuanto las ocupaciones de caridad y obediencia, y la salud dieren lugar, *juxta illud Lucæ*: «Oportet semper orare et non deficere» (XVIII, 1), *et ad Thessal.* «Sine intermissione orate» (V. 17), *et illud Augustini* (de Civitate Dei [l. XIX, c. XIX]: «Otium sanctum quærit caritas veritatis, negotium justum suscipit necessitas caritatis: quam sarcinam si nullus imponit, percipiendæ atque intuendæ vacandum est veritati:» *de quo*

vid. S. Gregor. [Moral. (ed. rec.) l. VIII, cc. IX, X], in illud Job [VII, 4]: «Si dormiero, dicam: Quando consurgam?» *et S. Bernard., sup. Cantica, serm.* LII.

§. V.

Quanto á lo quinto: ¿qué se ha de hacer despues, para que uno se conserve en este modo de oracion, y platique con fructo? *Respondeo:* lo primero, procurar conservarse en la pureza de corazon, y ejercicio de virtudes con que ascendió á él, y el frecuentar y continuar cuanto pudiere este ejercicio, como está dicho.

Lo segundo, dar á Dios cuanto le pidiere de sí y de sus contentos é intereses y honor, pensando que quien alcanza tener á Dios por amigo, alcanza mucho, y que quien le hubiere dado todo lo que tuviere, que lo habrá barato; y pensar que el que diere á Dios todo lo que pudiere [pidiere?], podrá *confidenter* pedir á Su Majestad lo que le conviniere.

Lo tercero, pedir á Dios contínuamente, principalmente á El, y secundariamente sus dones, no para parar en ellos, sino para ascender á El con ellos: *unde Augustinus* in versu [5, XXXIII] Psalmi: «Exquisivi Dominum, et exaudivit me» [Enarrat. in h. Ps., serm. II, n. 9], si alguno buscare, y no le oyere, sepa que no busca á Dios, sino algo de sus dones ó su hacienda: y pedir que se cumpla en nosotros desnudamente el agradamiento suyó, y que nos dé su luz, que nos descubra á sí y á nosotros, para que le amemos de todo nuestro corazon, y á nosotros del mesmo nos despreciemos.

Lo cuarto, conformarse con el dechado y Maestro que el Eterno Padre envió al mundo, especialmente en el profundo desprecio de sí, y en la universal abnegacion de sus propios quereres, y en el cumplimiento fidelísimo de los de Dios.

Lo quinto, cuando le hubiéremos dado de nosotros, dejar en sus manos cuanto nos pudiere venir en cuanto quisiere, cerca del tratamiento y camino por donde nos quisiere llevar, así en quitarnos de la salud, arrimos y otras cosas naturales, como tocando en las interiores y espirituales, quitando los favores, ausentándose de nosotros, ó encubriéndosenos, dejándonos frios y en oscuridad; y por otra parte combatiendo con tentaciones, temores y desconsuelos, como lo ha hecho y hace con muchos, para que El así sea glorificado más, y nosotros más aprovechados: que esto es lo que pretende, y lo que de allí se seguirá, si nosotros fuéramos fieles á El, y perseverásemos sin irnos á las criaturas á buscar exteriores consuelos, por más tedio que

haya de las cosas de Dios, y por más desamparados que al parescernos nos veamos, no huyendo la Cruz ni las pruebas que El nos enviare. Por todas estas pruebas, pasadas fielmente por Dios, volverán las gracias primeras mejoradas, como á Job los ganados, *quæ doctrina est maxime commendanda, ut etiam infra dicendum est;* como se pudiera probar bien con autoridades de presentes y pasados ejemplos, y de lo que la experiencia grandemente enseña: y el que esto guardare, vivirá contento, y pasará sus dias en paz; el que no, morirá mil muertes. Asi dijo uno: «Muy bien te contentarás con lo que yo ordenare; mas, cuando hay algo de propio que tú buscas, eso es lo que daña y estorba: está á mi voluntad, y no sentirás trabajo.» *

Y por ser este punto tan sustancial, y no tan advertido de todos, fundémosle un poco.

Lo primero, en que Dios Nuestro Señor es muy amigo que se cumpla su santa voluntad, y con razon; y así, desea grandemente que la amemos y sigamos: lo cual, *ultra* de la manifestacion, que ha hecho en la Escritura, lo ha manifestado muchas veces á personas particulares en particulares revelaciones, encargándoselo mucho; que da testimonio de su gran deseo en esta parte.

Lo segundo, fúndase en que todo lo que nos viene es por la voluntad de Dios, ahora lo que quiere, ahora lo que permite: que todo se dice voluntad de Dios. De aqui es que todos aquellos, á quien ha abierto los ojos, que andan con hambre de dar contento á Dios en cuanto pueden, y como saben que esto le da contento, y quiere que amen y sepan y sigan su voluntad divina, y que se conformen con ella, se desentrañen por cumplilla perfectamente, pidiendo á Dios *fiat voluntas tua*, y procurándolo asi con todas sus fuerzas: de donde les viene que todo les da contento cuanto les acaesce, porque saben que ninguna cosa les viene que no les venga por la mano de Dios, y en ella su voluntad: y porque quieren y procuran cumplilla en todos los sucesos, todo les sucede conforme á su voluntad mesma, porque la tienen conforme á la divina, como lo muestra la experiencia é historias de muchos, aunque la voluntad sensual lo sienta y repugne; y con eso viven una vida dichosa, y vistense en todas las cosas del espiritu de aquel Santo Job, singular ejemplo en esta ma-

* Estas palabras textuales no encontramos por qué autor las haya dicho el Señor: la sustancia de ellas se repite con mucha frecuencia en el *Contemptus mundi*, especialmente l, II, c. VII,; l. III, c. XXVII. Por la letra del Padre la Puente (l. c , c. XIII, §. I. *ad fin.)*, parece que la cita es del dicho *Contemptus*, l. III, c. XXXII, núm. 3.

teria, entre muchos que se pudieran traer: «Dominus dedit, Dominus abstulit, etc.» [Job, I, 21], y traen en la memoria de contino con gran consuelo suyo tambien aquellas palabras del Sacerdote Helí, que dijo á Samuel: «Dominus est: quod bonum est in oculis suis faciat» [I. Reg. III, 18], y otras muchas que hay en la Escritura á propósito, que se pudieran traer: por otra parte, háceseles dulce esta voluntad divina de cualquiera manera, y en cualquier cosa que venga, porque ven que todo cuanto hace es para mayor bien nuestro, y que á esto lo encamina tòdo, y á su gloria principalmente; y así, aun por lo que toca á su interes les es muy sabrosa.

De donde se sigue que no paran en esto ó en aquello con Dios, en que los haya de tractar desta ó de la otra manera, sino que totalmente se resignan en su voluntad, teniéndola y aun experimentándola por mejor; y así en cualquiera cosa que hacen ó emprenden, por buena que sea, porque van con este fin, procuran hacer de su parte todo lo que pueden y deben, y el suceso que pretenden en las tales obras líbranlo en las manos de Dios; de suerte que, si desean ellos algun fin, por más vestido que se les represente de la gloria de Dios y utilidad suya, se resignan en sus manos, contentándose más del suceso que Dios envía, aunque sea contrario á su consuelo, que si les viniera lo que ellos deseaban, segun aquello que dijo Joab á su hermano: «Confortare, et agamus viriliter pro populo nostro, et pro urbibus Dei nostri: Dominus autem quod in conspectu suo bonum est faciet» (1. Paralip. XIX, 13), *quæ verba habent emphasim, et applicata bene multum afferunt utilitatis* para en todo cuanto pusiéremos mano.

Y con esto baste esta breve declaracion deste punto tan importante, no sólo para los que tractan de oracion, pero para todos cuantos andan en servicio de Dios, aunque aquí se ha dicho *in ordine ad orationem*, como todo lo demas, por ser sólo este el intento, y así van muchas cosas precisas mirando á él.

§. VI.

Cuanto á lo sexto: ¿á quién se ha de comunicar y platicar este ejercicio, y cómo, para que sea con fruto? *Respondeo:* que de lo dicho se colige, y de lo que los dos Padres, Plaza y Gutierrez, *supra citati*, dicen.

Y á lo primero *dicitur* que, supuesta como cosa llana, que la institucion comun, que se ha de guardar y enseñar, ha de ser la de los

Ejercicios de nuestro Padre Ignacio, de buena memoria, con sus reglas y avisos, que son importantes; presupuesto tambien lo que notan los Padres de Plasencia, tratando deste camino, y que esto del silencio ni se ha de enseñar públicamente, ni usar *communiter* lo muy perfecto dél, *sed tantum ex privillegio*, á quien Dios le hubiere dado ó paresciere querer dar, ó á quien por necesidad no puede usar otro, *de quo statim tractabitur:* his suppositis:

Respondeo: primero, que se ha de aconsejar su uso al que Dios pusiere en él; y que vaya por allí *non declinando ad dexteram neque ad sinixtram, ut dictum est*, quien quiera que sea, á los principios, ó al medio, ó al fin, cuando Dios le hiciere esta gracia.

Segundo: á los ya ejercitados, que despues de largo uso los hubiere Nuestro Señor dispuesto para que con él puedan hacer mayor progreso, segun el parescer de aquel á quien perteneciere el juicio desta causa. Y esto es conforme á lo que experimentó nuestro Padre Ignacio, que habiendo usado mucho tiempo, y bien, la instruccion de meditaciones que nos dejó, despues vino á otro puesto diferente y más alto, como término de aquel, parte del cual da Dios á otros en sus principios; que este es camino de silencio, presencia de Dios: y oille, como se dice en su Vida (l. V, c. I [del Padre Pedro de Riba de Neyra]), que *in oratione magis se habebat passive*, gozando lo que le daban, y recebiendo en silencio y oyendo, *quam active*, trabajando con discursos; porque ya entonces descansaba, como quien habia caminado y trabajado, y estaba ya *in termino, quod in spiritualibus supremum est*, y así es cuando se da ó alcanza perfectamente.

Y á esto hace que, si todas las artes ó ciencias tienen principios y medios y fines, que lo mesmo sea desta, y Santo Tomás [2.ª 2.ae, q. 183, a. 4, in corp.] [lo dice], y los demas Doctores *communiter:* y que, si hay alguna Congregacion, donde hay algunos varones levantados á los medios y fines deste camino, que lo mesmo podremos pensar, sin ser temerarios, de la nuestra, donde hay tanto cuidado de atender á la pureza de sus conciencias, y de contentar á Dios, por su grande bondad. A la gente, pues, levantada por Dios á tal camino, apartalla por los que no tienen experiencia dél, con detrimento del ánima y cuerpo, no paresce cosa segura, como lo notan algunos Doctores, y arriba queda dicho: otra cosa es por via de prueba y exámen; que esto es justo que se haga, y dado á los superiores por su oficio.

Tercero, á los que puestos en la presencia de Dios no pueden discurrir, porque no los ayuda el entendimiento, ni meditar, porque así se hallan bien, *ut dictum est*.

Lo cuarto, á los que son flacos de la cabeza; que bien pueden entrar y comenzar por aquí, aunque muy á los principios, y aunque Dios no los haya metido; y esto, mientras por su flaqueza no pueden usar otro, porque no deben quedarse sin nada; y esto *ex dispensatione*. De suerte que cada uno destos se les ha de ayudar en su modo, á unos enseñando é imponiendo, á otros conformando y abriendo más.

Y de aquí consta lo segundo, que pedia esta duda: ¿á quiénes y cómo se ha de platicar? Que es á los señalados y *juxta exigentiam cujusque*. Pero es de advertir que, como bien nota un Maestro bien experimentado, y otro de los nuestros no ménos, como este camino de ir más alma (ahina?) por via de voluntad y afectos, sin discursos y pensamiento, sea mejor y más descansado, y como término del otro, y que hace Dios mucha merced al que se lo da, no se ha de aconsejar regularmente á los principios, ni querello uno sin aparejo, que no lo hallará: porque esta oracion sin pensamientos es lo más supremo de la oracion. Y así ha menester algun uso del otro modo, si no es que Dios mueva á ello particularmente, como se ha dicho: de suerte que aun los flacos de cabeza y aun los cortos de entendimiento han de tener á los principios algun discurso suave, no tan fuerte como los que van por via de entendimiento, ó que pueden ir, por tener salud; porque, si no entraren por aquí, estarán distraidos; porque ni tienen uso de la oracion de silencio, ni están dispuestos ni ejercitados en meditaciones pasadas, las cuales les sirvan al presente para tener entrada en el silencio.

§. VII.

Restat ultimo loco responder á lo séptimo: que es soltar *breviter* algunas dificultades, que paresce se podrian oponer á este modo dicho. Lo primero, digo que, supuesto todo lo arriba dicho, no parescerá esto necesario, y así es: porque esto no es cosa peregrina, que no se halle ni se use, y cosa que no sea muy segura, como muestran los Doctores allegados, y no ménos la experiencia cuotidiana, propia y ajena; y de suyo consta bien. Pero todavía, por mayor claridad y exposicion de lo dicho, diré una palabra.

Et sit prima difficultas: que paresce que este modo aparta de la primera institucion de nuestro Padre Ignacio. *Respondeo*, que no hace, que ántes es por ella y la favoresce; porque, cuando Dios no previene *specialiter* al principio, diré que se ha de comenzar por ella

al modo aplicado, y que este modo sale desta misma institucion, como queda dicho; que de aquella vino el autor por especial gracia á este modo; *erat enim et ipse patiens divina:* así que, como queda explicado, la comun institucion se ha de guardar *communiter*, segun que está explicado, y en qué grados, y con qué personas. Pero si Dios al principio pone á uno en otro modo de orar por su bondad, ha de ir por allí, *juxta additiones primi exercitii:* ni más ni ménos ha de ser ayudado en ello el que despues de algunos años de meditaciones y discursos paresciere ha trabajado lo suficiente, y está dispuesto para descansar ya en este modo, y la tiene ya hecha la casa á Dios Nuestro Señor, *ut supra.*

La segunda es que aparta del tracto con los prójimos, que es clara ilusion en los llamados á la Compañia. *Respondeo* que, cuando al tracto con los prójimos nos obligan necesidades de caridad ó de obediencia, ni es contra la salud, este modo llama á vacar á Dios segun su mandamiento: «Vacate, et videte quoniam ego sum Deus» [Ps. XLV, 11], *ut exponit Bernardus* [de Consider. ad Eugenium III, l. I, c. VII] *, y lo que dice San Agustin *supra citatus:* «Otium sanctum quærit caritas veritatis, negotium justum, etc.;» pero, cuando obligan las necesidades de caridad ú obediencia, que el mesmo modo los envia é impele á acudir á ellas, *juxta Gregorium* [jam citatum] in verba Job: «Si dormiero, dicam: Quando consurgam?» *et* videndus Bernardus, serm. LII, super Cantic. [II, 7]: «Adjuro vos, filiæ Hierusalem..... ne suscitetis neque evigilare faciatis dilectam, quoadusque ipsa velit,» y otro sermon *super idem* [Cant. III, 5. «Adjuro vos, filiæ Hierusalem..... ne suscitetis neque evigilare faciatis dilectam, donec ipsa velit»] de los que andan en San Bernardo de un Abad [que dicen Gilleberto de Hoilandia, serm. XIV], *et alii.*

Tercera: ¿en qué verá uno que no se puso en tal camino con su poca humildad y codicia que tiene del dulce, sino que le puso Dios? *Respondeo*, que en el rastro que deja, recogiendo primero el corazon á Dios, y ablandándolo y rindiéndolo á su órden, poniéndolo en la obediencia de sus quereres y Superiores; segundo, en que se siente reprendido, si dejándolo, acuden á otros discursos ó afectos: *Item* se dice, como arriba se dijo, que algunos les conviene entrar en este modo, aunque Dios no los ponga; porque no les hace Dios á todos

* Esta es sin duda la cita, no *ad Hugonem*, como quiere el manuscrito: porque habiendo recorrido cuanto auténtico, dudoso y apócrifo se dice haber enviado San Bernardo á los varios Hugos de su tiempo, tanto de cartas como de opúsculos, nada hallamos que se le parezca.

esta gracia de prevenillos, sino que quiere que lo anden ellos, bien que con ayuda suya lo hacen siempre.

Cuarta: piérdese el tiempo, que se podia gastar en actos de virtudes, y no hace allí nada. *Respondeo cum Bernardo ad Fratres de Monte-Dei* * [l. I, c. VIII, núm. 21], que ántes hace mucho, y que este oficio es el negocio de los negocios, y la mayor de las haciendas; *et David:* «Vacate, et videte, etc.» [*ut supra*]; *et Augustin.* [*citat.*]: «Otium sanctum quærit, etc.:» y de los actos y oficios, que allí se hacen, se ve si se hace algo, *ut dictum est:* ni entónces se empleará uno tan bien, cuando es llamado á aquello, en hacer actos de virtudes; porque claro es que, si Dios mueve, se ha de seguir la mocion divina, y dejar la mocion propia.

Quinta: que paresce tentar á Dios, cesando de meditar, ó esperando que Dios le hable ó revele algunas cosas, que paresce confina esto con lo de los alumbrados. *Respondeo*, que no es tentar á Dios, porque Dios quiere aquello, y gusta que le hagan aquel reconocimiento, y de que asistan en su presencia: y que no se esperan revelaciones ni desean, sino que se hace algo y mucho de lo que arriba queda dicho; que no es pequeño oficio oir á Dios, aunque allí se cesa *ad tempus* de consideraciones de cosas particulares de las perfecciones de Dios, ó otras buenas de su reformacion, que en otros tiempos se pueden tener, y no entónces, que no es tiempo, porque cada ejercicio pide su tiempo, como no siempre se pide, ni siempre se dan gracias, etc.; amándose todos estos buenos afectos, aunque en meditacion se deje para otros tiempos. Y lo de los alumbrados *distat* deste modo *in infinitum, ut patet ex doctoribus:* porque ellos lo hacian con soberbia, sin ser llamados de Dios, ni ejercitados, y sin preparacion debida, y así tentaban á Dios, y no entendian en nada, sino en estar distraidos, y no sacaban fruto ninguno para ejemplo de las virtudes, y reformacion y sujecion. Así, este modo inclina á todo lo contrario: ántes, no habiendo esto no se puede entrar en él, y el que entra y no saca esto, no lo sufre, ántes lo echa de sí y lo reprende: porque no puede parescer con quietud segura y sin reprension ante Dios, el que es contrario á su espíritu, ni se atreve ir allá sin esto; y conoscerá por lo que queda tocado arriba, que es comun de los Santos y Doctores, que comunmente ha de haber más de voluntad que de entendimiento en este camino; y de algunos, que se llega á perder el entendimiento

* La carta ó tratado *ad Fratres de Monte-Dei* no es de San Bernardo, sino de Guigon, Prior de la Gran Cartuja, como se prueba en la edicion (Venecia, 1765) de las obras de San Bernardo, tom. V, ó volúm. III, págs. 93-95.

algunas veces, *saltem in morula brevi:* mas esta cuestion no nos necesita á que se averigüe aquí.

Sexta: que paresce que con él se disminuyen las fuerzas corporales necesarias para la Compañía. *Respondeo*, que ántes por aquí se conservan mejor la cabeza y las fuerzas; porque es más descansado que el del discurso, como está dicho, y porque los Santos se iban á este modo que podian durar casi á la contínua en la oracion. Mas, si alguno, por no saber usallo, ó por la continuacion larga, ó enfermedad ó flaqueza de su cabeza, sintiese algun detrimento en esto, débelo suspender, como el discurso, atendiendo que se ha de dar uno á este modo *servatis servandis; scilicet, salva consistentia subjecti*, y cumpliendo con las obligaciones de caridad y obediencia.

Séptima: que paresce que los que caminan por aqui *latenter* se envanescen, teniendo á sí en más que á los otros, que no andan en sus caminos. *Respondeo* que, *remoto* cualquier defecto, que se ve en los que usan este modo, no va en el mesmo modo, sino en la flaqueza é indisposicion del subjecto, el cuál se ha de corregir y enmendar; pero no por eso es malo el modo: y aquello mesmo tambien acontesce á los que usan el discurso, y á veces mayor; porque se mezcla más de vanidad en las cosas que son ventaja de parte del entendimiento; pero no, porque uno ú otro usasen mal de cualquiera destos medios, él es malo, ni se debe dejar: porque así, tambien se dejaría la oracion de discurso, y comunion, y con razon, por los que usan mal dellas, ó por mejor decir, porque hacen faltas los que usan desto, y porque muchos que esto usaban, se han perdido: que este argumento nunca tiene fuerza.

Octava: que paresce sienten con propiedad de sus caminos, no se rindiendo al parescer de sus Superiores, que sienten de otra manera dellos, *tanquam spirituales facti, et regula: qui omnia possit judicare et ipse a nemine. Respondeo* que, si los Superiores les quitasen de hecho ese modo, y ellos no se rindiesen, [que] serian culpables; lo cual, si no es por precepto (prueba?), no lo pueden los Superiores hacer con seguridad de conciencia, como arriba está declarado; pero mientras ellos no se lo quitasen, no serán culpables en usar dello, pues es conforme á las adiciones de los Ejercicios de nuestro Padre Ignacio, que así se detengan donde mejor se hallaren delante del Señor presentados, y al uso y doctrina de los Santos y Doctores, *ut dictum est:* ni tampoco serán culpables porque piensen que pueden tener voto en las cosas que tienen por experiencia, mejor que los que no la tienen; como el que es letrado, que piense tener voto, donde nó el que no sabe. No es culpa ni contra humildad y caridad

de Dios el conocimiento de sus dones y mercedes recibidas, *juxta illud:* «Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum, qui ex Deo est, ut sciamus quæ a Deo donata sunt nobis» [I. ad Corinth. II, 12].

Novena: que paresce que confirma los recelos pasados, y más que se descubrieren, y es que la vida de algunos, que usan deste modo, desdice dél: unos, siendo inmortificados, y otros [rebeldes] al gobierno de la obediencia; otros, entregándose tanto á él, que andan como estátuas, con olvido y descuido de las obligaciones de caridad y de obediencia, y de adquirir verdaderas y sólidas virtudes, contentándose con andar como en bodas: y que así, se quedan con el nombre de espirituales, sin la suficiencia de la vida espiritual. *Respondeo quod, ut dictum est*, eso no va en el modo, porque él, como se explicó, ántes causa lo contrario (que á los tales los corrijan), porque él medio rendidos los trae, etc.: en los que de verdad está asentado, vemos victoria de sí mesmos, y fuerza de su palabra con otros: *item*, que los que se contentan con andar sólo recogidos, sin ejercicio de más virtud, deben ser advertidos que este es engaño, y grande yerro; y que, si no se enmendasen, se deben temer, y tener por sospechoso su recogimiento, y esto en cualquier modo ó lugar. Bien es verdad, que no es nuevo en Dios dar dones á gente imperfecta, para que se enmiende; pero, si no tratare desto, no tardará mucho en ellos la continuacion de tales visitas. Ni es maravilla que haya algunas faltas en los que usaren deste modo, pues no hay quien esté sin ellas aun de los que andan bien.

Décima: que paresce que levantan á los demas, y que causan division, los que caminan por este camino tan distinto del comun. *Respondeo*, que el modo, tomado en general, no es particular, sino de muchos, y tomado segun lo más perfecto, es de los pocos; pero eso se halla en cualquiera don perfecto, y con el camino del discurso; que lo perfecto dél es de pocos, y esto no es causar division: ¡ojalá desta division hubiese más, y que de los que son raros y pocos hubiese muchos! porque estos ántes causan confusion á los tibios, que es harto bien, y sustentan á los otros y á la Religion: y, si en ellos hubiere mezcla de lo contrario, córteseles. Así que, andar aquel camino particular no es malo, ántes necesario á los dos; y por eso dijo uno: «No hace Dios mercedes particulares con vida y camino comun.»

Undécima: que paresce que se pierde la devocion con los Santos y con las antiguas oraciones vocales. *Respondeo*, que no se pierden, ántes se estiman en más, como medios por donde se vino á aquello:

y así como unos son más aptos para devociones de Santos y oraciones vocales, y se las aconsejan los Maestros, que no para ejercicios interiores, asi á otros lo contrario; *et hoc commendandum est, quoniam quoad præsens* hace más al caso á este: lo uno, por seguir lo que Dios manda, que los llama á aquello; lo otro, porque sienten más provecho en sí; lo tercero, porque han conseguido el fin: porque todo aquello, como dicen los Doctores, es medio para hallar á Dios. Y así vemos que muchos hombres aventajados no tienen tantas destas devociones vocales, como otros que comienzan, porque no han menester tantos medios y excitativos, ni tanto como ellos mismos cuando comenzaron, que poco á poco fueron teniendo ménos; no porque lo tengan en poco, sino porque han menester ménos motivos exteriores para levantar los corazones á Dios. Y esta es doctrina de Santo Tomás (2.ª 2.ae, q. 83, a. 12, in corp.), que la oracion vocal debia cesar cuando el ánimo se sintiere inflamado, no siendo mandado por obligacion: y es doctrina comun, y que pasó por nuestro Padre, como consta del lib. V de su Vida, cap. I; que por esto pidieron sus compañeros licencia al Papa para que dejase el rezo, porque le ocupaba todo el dia; que acabarlo en breve, como otros, no podia; ni convenia, que fuera desacato y desagradecimiento á Dios; y así, le era forzoso parar á cada palabra en el rezo, para recebir la visita del Señor; de suerte que, para oir á Dios y atender como debia al sentimiento interior, habia de cesar la oracion vocal; y dejando la oracion vocal (con licencia), á que le obligaba el precepto, no dejó la mental y el oir á Dios, y recebir lo que le daba.

Duodécima: que paresce con esto se deja de pedir á Dios lo necesario para la Iglesia y particulares. *Respondeo*, que no se deja, ántes en cierta manera se pide más sin pedir, callando en su presencia, por seguir su mocion, y se alcanza mejor, porque se gana más la voluntad de Dios; y como Dios sabe las necesidades, y del ánimo deste siervo suyo inclinado á pedir por ellas, y no pide por hacer lo que le manda, fiando dél, procúralas remediar como cosas que están á su cargo. Y asi se ve acá que los señores que tienen un criado que les sirve con amor y fidelidad, tienen cuenta, aun sin él pedírselo, de remediar sus necesidades y las de los que le tocan. Y lo otro, porque para pedir hay otros tiempos; que aquí no es conveniente, *quod patet experientia*.

Décimatercia: que no sacan de su oracion con qué se ayudar entre dia para la victoria de sus pasiones, ni qué decir á los prójimos con quien tratan, que es inconveniente en nuestro modo de proceder. *Respondeo*, que de la pasada consta que, aunque entonces no salgan

con más conceptos, salen con más virtud, y dejan á Dios ganado: y así, han experimentado su ayuda en el tiempo de las necesidades, sin hacelles falta el no haber atendido entónces á sacar conceptos; y vese que estos tienen mayor fuerza consigo y con los otros, *ut dictum est*.

De lo dicho se saca que esta doctrina es usada y comun, si es advertida, en los que andan bien; y que se hallará en los Santos y Doctores; y que se entenderá, á donde se viese, con lo que aquí se dice; y que la probarán en sí, haciendo reflexion y reparando en ello, los ejercitados que tuviesen cuenta consigo, y que hallarán más que hay en la materia, y que aquí ni se dice ni conviene; y casi no hay quien no tenga algo desto, unos más, otros ménos, segun su natural y aprovechamiento, y comunicacion á unos *transeunter*, á otros *permanenter;* y que del camino del discurso se viene á este, [como] está probado *sufficienter*.

Esto es lo que se me ha ofrecido que responder á las preguntas de V. R. cerca deste modo de oracion. V. R., por amor del Señor, cuyo contentamiento deseo, lo examine, y ordene á mí y á los de su Provincia, que fuéremos consultados de los que paresciere llevar Dios por este camino, qué debemos tomar ó dejar dél: que por este medio espero de su bondad, que nos dará á todos el acierto y cumplimiento de su santa voluntad.

XX.

Relacion acerca de la vida y virtudes del Venerable Padre Baltasar Alvarez, por el enfermero del H. Jimeno (pág. 478).

JHS. = Estando en Zaragoza, llegó el Padre Baltasar Alvarez á ser Visitador de aquella provincia, del cual Padre tuve cuidado de su aposento. Con la comunicacion que con S. R. tuve, supe y entendí algunas cosas, las cuales referiré en este capítulo.—Un dia de recreacion, siendo Provincial el Padre Villalba, y Rector el Padre Luis de Mendoza, nos llevaron á Jesus del Monte, que es la casa de recreacion de Zaragoza, y en ella habia un hermano labrador, á los ojos de los hombres muy tosco, pero á los ojos de Dios muy agradable; este hermano, por entretenimiento, y el Padre Baltasar Alvarez, por inspiracion de Dios, hizo que nos predicase estando comiendo, y nos dijo el Padre Baltasar Alvarez á la entrada de su ser-

mon: «No nos faltarán lágrimas hoy en la mesa;» luégo el hermano, que se llamaba Jimeno, entró con un punto de un capítulo de *Comtemptus mundi* sobre la presencia de Dios, que luégo comenzó con unas palabras tan eficaces, que no se pudo acabar la comida de abundancia de lágrimas, que los Padres más graves de aquella provincia echaron de sus ojos. El Padre Baltasar Alvarez dijo en la mesa: «No hemos acabado, que ahora comienza á salir la luz que veinte años ha ha estado escondida.» En este tiempo habia otro hermano labrador en la misma heredad, el cuál, por algunos respetos, pretendió con el Padre Visitador desacreditar y quitar el oficio que tenia el hermano Jimeno, que era carretero. El Padre Baltasar Alvarez oyó á este hermano, y vió su corazon dañado, y le dijo: «No os daré el carro; no quiero, no, por faltas que el hermano Jimeno haya hecho; id y pedidle perdon; y mire que si no lo hace le castigará Dios.» Dentro de ocho dias se ofreció un camino, tres leguas de Zaragoza, el cuál tuvo necesidad de llevar el carro para traer en él sal, media legua de Zaragoza, cerca del monasterio de San Amberto; llegó á las oraciones, y sin saber cómo, ni poder detener el macho, con ser el camino bien ancho, se subió un ribazo arriba: volcado el carro, cayó el hermano y alguna piedra de sal, y sin hallarle herida ninguna, le hallamos muerto; y yo fui por él, porque unos labradores vinieron á avisar que un iñiguista estaba muerto, y el macho y carro junto cabo él. El Padre Baltasar Alvarez tuvo revelacion de Dios, y antes que los labradores nos lo dijeran, tuvo él alguna noticia del caso, y nos estaba haciendo una plática actualmente sobre que no nos escandalizásemos por cosas que viésemos, porque estaba allí entónces el noviciado. El hermano Jimeno sintió mucho esta muerte, y con muchas lágrimas pidió á Dios le perdonase si estaba en el purgatorio. Era muy devoto de las ánimas del purgatorio, y estando un dia comulgando, le vió el Padre Baltasar Alvarez reir; preguntándole con gran fuerza le dijese porqué se habia reido allí, le dijo que habia visto salir el ánima del hermano Juan Dominguez del purgatorio al cielo; esto me dijo el Padre Baltasar Alvarez.

En este tiempo enfermó el hermano Jimeno, despues de haber mostrado grandes ejemplos de virtud, particularmente en la obediencia. Aconteció que un dia le mandaron ir por agua al rio Ebro, no sabiendo el Superior que el rio venia grande, le dijo: «Hermano, falta hay de agua;» sin más reparar tomó su chirrion, y entró por la ribera el rio; y como el rio venia tan proceloso, y el macho era indomable, tenia costumbre el macho de dar un apreton, el raudal del rio arrebató al macho y chirrion, y la cuba que iba encima, y al herma-

no Jimeno, y le metió en el profundo del rio. La gente que estaba encima del puente daba voces; él decia de su chirrion: «La obediencia me lo ha mandado, ella me sacará.» El macho tomó el golpe del rio, y atravesándolo nadando, y pasando todas las aguas, salió á la ribera; y con haber una ribaza por do vino á salir, de más de una pica, milagrosamente, como á otro San Mauro, puso al hermano enjuto, sin mojarse cosa ninguna. El Padre Baltasar Alvarez, sin haber sido avisado deste caso, mandó á los novicios fuesen al Santísimo Sacramento, y tuviésemos oracion hasta que nos avisase su Reverencia. Luégo acudió el Justicia de Aragon á contar el caso como habia pasado, y á este tiempo estaba el hermano Jimeno llamando á la campanilla, y nos mandó salir de la oracion. De la enfermedad que arriba dije murió el hermano Jimeno, y el Padre Baltasar Alvarez me hizo su enfermero, advirtiéndome tuviese cuidado con todas las circunstancias que en su enfermedad hubiese, y de todo avisase cada dia. Sucedió un dia, que apretándole la enfermedad con un paroxismo, los Padres, entendiendo que se moria, comenzaron á decir la recomendacion del alma con la Letanía; estándola diciendo, me dijo: «Diga al Padre Visitador que ni el enfermero ni los Padres no tengan malas noches por mí, porque aún no es llegada la hora, y hasta tal dia no moriré.» Estaba en el seteno, cuando esto dijo. El Padre Visitador asentó la hora, el dia, y dió aviso á Doña Catalina de Urrea, mujer del Justicia de Aragon, porque ya se sabia por la ciudad su santidad y su enfermedad. Con su juicio entero estuvo hasta el onceno, y él dijo á la entrada del término: «Ya es hora;» avisé al Padre Visitador, cómo el hermano Jimeno le habia dicho que ya era hora. Eran las once de la noche, y por no dar mala noche á los de casa, fué el Padre Visitador con otros seis Padres á ayudarle á morir. El Padre Juste, que estaba por predicador deste Colegio, y ahora es Rector de Barcelona, dijo que estando en su aposento, el cual estaba encima del aposento del hermano Jimeno, que vió, al punto que su ánima se arrancó, un resplandor en su aposento, que casi perdió la vista del gran resplandor. Espantado desto, acudió al Padre Visitador, y contó el caso. Toda la ciudad estaba á la mira para ver si el hermano Jimeno moria aquella noche. Luégo que expiró, con ser á la media noche, mandó el Padre Visitador se tañesen las campanas; el concurso de gente que acudió no lo digo. Volvamos á nuestra historia del Padre Baltasar Alvarez. Acabada su visita, se volvió para Castilla, acompañándole el Padre Villalba, Provincial, y con el hermano Navarro, el cuál hermano le acompañó hasta Búrgos; el Padre Villalba se volvió de Agreda, y contó maravillas de la

virtud y ejemplo que el Padre Baltasar Alvarez habia dejado sembrado en toda la Corona de Aragon. El hermano Navarro, como testigo de vista, me dijo cuando volvió de Búrgos, que en los montes de Oca les vino á tomar la noche, y dijo el hermano Navarro al Padre Visitador: «Padre, la tarde se revuelve, la jornada es lejos, y mucha nieve; quedémonos en la Venta de Villamorico.» El Padre Baltasar Alvarez dijo: «Buen ánimo, hermano, que aunque la nieve es mucha, conviene que lleguemos á Ibeas;» en este camino de la Venta de Villamorico á Ibeas hay dos leguas, y fué tanta la nieve que cayó, que se les cerró el camino á un cuarto de hora ántes de llegar á Ibeas. Ya que anochecia, toparon una niña de hasta doce años, con una carguita de leña, llorando, porque el jumento se le habia atollado. Queriendo el Padre Baltasar Alvarez apearse para ayudar á esta niña, de repente vieron un gentil-hombre en un caballo, el cuál le dijo al Padre: «No se apee V. R.;» y torciéndose un poco del caballo, asió con su mano, sin apearse, el jumento, y en el aire le sacó del atolladero, y le puso en el camino real; á la niña tomó á las ancas de su caballo, y dijo al Padre Visitador y á su compañero: «Ea, Padres, síganme;» y dejó la niña en el pueblo llamado Ibeas, y picó á su caballo; y con estar tres leguas de Búrgos Ibeas, estuvieron entre seis y siete de la noche á la puerta de nuestro Colegio. El mismo caballero llamó á la campanilla, y dijo esta palabra: «Porque me honraste en vida, Dios me ha enviado á sacarte deste peligro.» Dijome el hermano Navarro que ya sabia el Padre que habia de tener buen fin su viaje, pues con una noche tan tenebrosa, se puso á caminar ocho leguas que hay de Villafranca á Búrgos, y que el caballero, cuando quiso volver el Padre Baltasar Alvarez á darle las gracias, fué desapercibido. Este caballero era el hermano Jimeno, que así me lo dijo el hermano Navarro que se lo habia dicho el Padre Baltasar Alvarez.

XXI.

Relacion sobre la vida y virtudes del Venerable Padre Baltasar Alvarez (pág. 553).

JHS. = Lo que yo vi y oí del Padre Baltasar Alvarez, estando en Villagarcía.—Tenia particular cuidado y gran constancia en la oracion de la mañana, y á la noche, y en todas las cosas espirituales, como decir Misa, rezar y exámenes, etc., en las cuáles cosas te-

nia mucha exaccion y puntualidad. Por más ocupaciones que tuviese, ni porque viniese de fuera, jamas faltaba á su tiempo señalado á la oracion; y oi de compañeros propios que fueron con él á caminos, que en el camino por la mañana, en poniéndose en el camino, iba tres leguas en oracion, y despues hablaba con el compañero; y en los Colegios á donde pasaba, á la mañana, lo primero cumplia con la oracion, que hablase ni dejase que le hablasen. Era muy cuidadoso y liberal para con los de casa en hacer que les diesen lo necesario en refitorio, y bueno, y en lo del vestido, etc., y consigo muy escaso; y esto lo hacia en todas las cosas; y de muchas una sólo diré: que una Cuaresma entera, porque le parecia que tenia más salud de la poca que antes tenia, haciendo dar muy buenos pescados y comida á todos en el refitorio, él ayunando, como los demas, y haciendo oficio de Superior, Maestro de novicios, y predicando tambien, y haciendo pláticas á estudiantes de fuera, siempre, y á los novicios, comió en toda la Cuaresma sólo una escudilla de caldo de la Comunidad, y un plato de pescado cocido, siempre esto solo, y desta manera, y algunas veces casi nada, por estar salado.

En sus disciplinas era muy constante en tomarlas de ordinario, y muy recias; era muy templado en el comer y beber; estaba siempre ocupado, y raras veces fuera de su aposento, adonde le veiamos estar estudiando, orando, escribiendo y negociando. En la distribucion de casa guardaba el órden de la Comunidad, y desto tenia particular cuidado, y lo encomendaba á todos que lo observasen con exaccion y puntualidad. En el oficio de Superior y Maestro de novicios, que siempre hizo, nunca faltaba á lo que era menester, teniendo muchas ocupaciones y negocios, porque él hacia las pláticas y las conferencias á los novicios (que hubo entonces una florida probacion en cualidad, y en número de más de treinta novicios), y asistia á su enseñanza, y al tomar la cuenta de todos, señalando para cada dia ciertos, y los confesaba á todos los novicios; y en esto del dar la cuenta y confesion, se veia que tenia don sobrenatural de enseñar, y consolar y remediar á las almas, como se echaba de ver en los particulares, tentados, afligidos, tibios, etc., y yo mismo experimenté esto conmigo algunas veces. Nunca en público ni en secreto le oi decir falta de nadie, ni quejarse. Siendo Superior tenia gran cuidado de la comodidad de sus súbditos; infaliblemente visitaba cada mes por sí mismo y con el ropero, todos los aposentos, y miraba lo que á cada uno faltaba, y escribiase, y pedia cuenta de cómo se ejecutaba. Todos los viernes, por más ocasiones y ocupaciones que hubiese, visitaba á la oracion por la mañana, y era en esto tan constante, que el mismo

viernes que se fué para ser Provincial de Toledo, habiéndose de ir luégo en saliendo de oracion, puestas las espuelas y de camino, visitó aquel dia. Fregaba con puntualidad el primer dia de cada mes, aunque no hubiesen acabado los demas la tabla; y esto hacia con gran gracia y limpieza. De cuándo en cuándo, visitaba las oficinas y casa, y de noche, despues de acostados; y de ordinario le acaecian algunas cosas graciosas, y otras dignas de remedio, que parece lo sabia lo que habia de suceder.

Cosa es admirable y singular lo que tenia en razon de Superior, que es tener una gravedad santa, sin ser tenido por áspero, ni seco, porque en mí mismo y en todos los de casa veia y experimentaba un amor y reverencia filial que le tenian, y por otra, un temor y respeto; y echaba esto de ver muchas veces, y en muchas cosas particulares; y si algun dia faltaba de casa, sensiblemente les pesaba á todos; y no más de un dia que fuese, en volviendo, mostraban todos el alegria exterior por verle. Era particular el respeto que teniamos con amor, que algunas veces acaeció estar allí el Padre Visitador y Padre Provincial, delante los cuáles, no estando el Padre allí, los de casa parece que hablaban y tenian alguna licencia, etc.; y viniendo el Padre Baltasar, todos callaban y se componian, y esto con gusto de todos. En las pláticas y conferencias parece que ponia fuego, y que hablaba otro en él; algunas pláticas hacia de manera, que todos salian cabizcaidos y tristes, y no se hablaban unos á otros; y en otras saliamos alegres y consolados, etc., que parece era señor de los corazones, y los movia á lo que él queria y juzgaba que era menester, conforme al tiempo y á los oyentes.

Nunca he visto en la Compañía más mortificar á Superior á sus súbditos, y en tiempos y lugares y ocasiones extraordinarias, que serian largas de contar, y nunca oí queja ni murmuracion desto; ántes, aunque mortificados, le amaban más; y esto es lo que más admiraba *. Procuraba limpieza religiosa y aseo en su persona y aposento, y en los otros esto mismo, y enseñaba que religiosamente supiesen tratar unos con otros, y máxime con los de fuera, ni toscamente ni á lo de palacio, sino con policía y modestia religiosa.

En casa mortificaba, como he dicho, á los suyos, y fuera de casa era grande honrador y alabador dellos, y principalmente con aquellos con quien trataba, y los ponia en figura de muy religiosos y doctos,

---

* En el original se halla escrito de otra letra lo siguiente: «*Aquí lo del P. Alonso de Avila.*» Al fin de este documento pondremos la relacion del H. Antonio Omiste, escrita por persona desconocida: ¿será esta el P. Alonso de Avila?

como se vió en Villalpando, á donde iba muchas veces á la Duquesa y aquellos Señores, y contaba y extendia cuanto él podia las partes y virtud y letras de los suyos. Y en la misma Villagarcía se veia y oia cuando él hablaba con los de fuera, de los nuestros. Y cuando iba á la iglesia y á los estudios, honraba mucho á los Maestros, siendo hermanos, en las clases; en juntas y congregaciones de estudios hacia que estuviesen en el lugar más honrado, y nunca llamaba ménos, de «los Padres Maestros.» Asistia mucho á sus juntas y á la congregacion y á las fiestas della, honrándolos á todos, y con esto era muy amado de todos.

Trataba á muchos señores y señoras, y á todos los hacia espirituales, y les era superior, y le tenian amor particular y reverencia. El Marqués de Velada iba á Villagarcía á visitarle, y dél una vez me acuerdo que los dias que estuvo allí, le trataba, por una parte, como á Señor, etc., y por otra, con superioridad, como á un novicio; iba á las pláticas de los novicios, y en las conferencias le preguntaba tambien á él, diciendo: «Diga el Marqués;» y al Marqués de Lombay, que murió poco ha, Duque de Gandía, le aprovechó mucho, y dello dió buen testimonio lo que el Marqués mismo decia allí en nuestro Colegio, del Padre y de sí mismo. Iba á Villalpando á peticion é instancia de la Duquesa, cada semana una vez; y para cumplir con S. E. y todos aquellos señores y señoras, y no hacer falta á su casa ni á los novicios, iba siempre el jueves por la mañana, para el cual tiempo le enviaba la Duquesa cabalgadura; y decia Misa en Villalpando, confesaba á la Duquesa y á aquellas señoras, y las comulgaba, y les hacia plática, juntándose allí toda la casa; y comia, y despues tornaba otro rato á la tarde á hablar con la Duquesa y señoras de cosas de Nuestro Señor, con que las dejaba consoladas, y volvia á su Colegio aquella noche, y por cansado y noche que viniese, no faltaba á su casa ni á la Comunidad; y otro dia, viernes, visitaba á la Oracion, como arriba se dijo, y iba despues á la plática ó conferencias de los novicios, y algunos viernes hubo que admiraba lo que trabajaba, porque acontecia esto que acabo de decir siendo Cuaresma. Oí de haber cumplido con sus novicios y predicar aquel dia en la iglesia, y á la noche hacer plática de viernes á toda la casa, porque entonces se usaba así, aunque hubiese habido sermon en la iglesia. A la Señora Doña Magdalena, cosa es sabida lo que la aprovechó, y cómo le dió los ejercicios, y le hacia pláticas; y todo el tiempo que estuvo su Señoría en Villagarcía era discípula y como novicia del Padre, y de allí tomó la forma de vida que guarda. Cuán poderoso era en sus palabras y trato, y cómo los ganaba para Nuestro Señor, todos dan testimonio:

los muertos, Santos y Santas, que le oyeron y trataron, y los vivos. Acerca del trato espiritual del Padre, decia una vez, creo la Marquesa de Lombay, que agora es Duquesa de Gandia, muy hija de su madre en la devocion de la Compañía, y de extraordinario entendimiento y discrecion, que cuando iban á Villalpando otros Padres (y nombraba Padres muy antiguos y graves) que cuando les hablaban de cosas de Dios, que todavía las que los oian podian hablar cou ellos y meter (como dicen) su cucharada en el trato y conversacion; mas cuando estaban delante el Padre Baltasar, estaban con particular respeto, y hablando él callaban todos, y esto mismo experimentaban los nuestros. = *(Lo que sigue está escrito de otra mano.)* = Cuando murió lo sintió tanto la Duquesa, que fué necesario ir á consolarla; y cuando supo que estaba enfermo, con estar tan lejos, envió luégo un acémila cargada de regalos; llamábale mi Padre y mi Señor. Estaba siempre de una manera que no era menester aguardar horas para negociar con él una vez.

XXII.

Testimonio acerca de la vida y virtudes del Venerable Padre Baltasar Alvarez, segun la relacion del H. Omiste (pág. 553) *.

JHS. = Lo ordinario, despues de tañido á exámen, no admitia ningun recado; y en tañendo á acostar, se iba con su linternilla (que es la que tiene aquí el hermano Antonio Omiste) al coro, y allí se estaba una, dos y tres horas, algunas veces, en oracion, y volvia sin ruido á su aposento.

Tomaba las más noches disciplina.

Oracion y quietud en aquel tiempo.—En tiempo de oracion y de exámen no consentia que anduviese nadie por casa, ni que llamase á su aposento, ni á otro ninguno, ni que hubiese ruido por casa, y á los que se quedaban á la segunda oracion, no les consentia salir á lavarse ni á limpiar el jarrillo, porque no inquietasen á los demas.

Caridad con enfermos.—Cuando venia de noche del coro si habia algun enfermo peligroso, le visitaba y reconocia cómo estaba, y les proveia con mucho regalo y caridad todo lo necesario, aunque nunca admitia ningun regalo que les enviaban Monjas.

* Este papel tiene escrito en el dorso: «El órden de vida que guardaba el Padre Baltasar Alvarez.»

Oficio divino.—Nunca rezaba las Horas por los tránsitos, ni paseándose, ni cubierto, sino sentado en su aposento, y con reverencia.

Limpicza.—Era muy limpio en su persona, ni aun consentia un solo pelo en el vestido. Era amigo de libros devotos, llanos y sencillos, y de eso tenia proveida su librería, y no de otros.

Trato.—Tenia trato y comunicacion con muchos Prelados y grandes de España, por órden de nuestro Padre General, y les trataba cosas espirituales, y reconocian en él tan aventajado espíritu, que se le rendian; y el hermano Antonio Omiste me dijo le mostró una carta que escribió al Padre Baltasar Alvarez el Marqués de Velada, con el mismo respeto, humildad y amor que un novicio pudiera escribir á su Maestro.

Penitencia.—Aunque tenia muy flaco estómago, siempre en todo seguia la Comunidad en refitorio; y en su aposento no tenia ninguna silla, ni se la daba á ninguno que en él le visitaba.

Gravedad religiosa.—En la quiete tenia á todos los Padres y Hermanos tan enfrenados con su presencia, que nunca se trataban impertinencias en ellas, sino se contaban buenos ejemplos, y cosas de edificacion; de manera que le era necesario faltar algunas veces de la quiete por no les tener tan á raya y tan ceñidos con su presencia.

Su trato en el tiempo que estuvo al principio por Rector del Colegio de Salamanca era sério y algo seco; de manera, que no se atrevian los particulares á acudir á él con cosas que no fuesen graves; y entre dia conservaba un semblante sério y grave con todos los de casa.

Aunque perseguido, mas nunca turbado.

Otras cosas más particulares suyas no se saben, porque conservaba mucho su aposento; y los de casa, por la causa sobredicha, no le preguntaban mucho; y en la exterior comunicacion y modo de hacer las cosas comunes, seguia el estilo ordinario de los demas de casa.

De todo lo arriba dicho, haciendo memoria y reflexion, se acordó el hermano Antonio Omiste, y él me lo refirió todo como testigo de vista, sin que entendiese ni barruntase el intento con que se lo preguntaban.

XXIII.

Carta del Padre Cristóbal de Ribera (pág. 556).

JHS = *Pax Christi, etc.* = Mucho me consolé con la de V. R., en especial de saber el órden de nuestro Padre de que se escriban las cosas del Padre Baltasar Alvarez, y del Padre Martin Gutierrez, que sacadas á luz estoy cierto de que serán de mucha gloria del autor dellas, y de mucho consuelo para los que tenemos nombre de hijos suyos, como yo; ¡plegue al Señor que tengamos algo de la sustancia dél! Puedo yo decir con verdad, que el Padre Gutierrez me engendró, trayéndome á la Religion, y el Padre Baltasar Alvarez me crió á sus pechos; y aunque me ha quedado poco de sus virtudes, siempre les he tenido particular amor, y me encomiendo á ellos, y por su intercesion espero que algun dia me sacará el Señor de la tibieza en que vivo. Para responder á lo que V. R. me pregunta, habia menester otra memoria de la que tengo, que es tan flaca, que apenas me acuerdo de lo que al presente hago. Lo que de cierto me acuerdo es, que me dijo haber visto una muerte dichosa de uno de la Compañia, y que á su entierro se hallaron los Angeles, y que ellos le enterraron. Unos le asieron de los piés, y otros de la cabeza, y desta manera le echaron en la sepultura; desto me acuerdo solamente, y no de algunas otras circunstancias, que creo que me dijo que hubo en la dichosa muerte. Y no me supo decir adónde murió, mas de que no era de la provincia, y por entónces no reparé, hasta que vino la nueva de cómo era muerto; y entónces le volví á preguntar, que si se acordaba del dia en que aquello pasó, y qué persona era la difunta; y de todo lo que me dijo, entendí que realmente era el Padre Baltasar Alvarez, y tuve dello una moral certidumbre, porque miradas las circunstancias del tiempo y de la persona, no parece que podia ser otra, y así lo creí. Esta persona era una Beata de San Francisco, mujer de grande penitencia, y de mucha oracion; la cuál era muy regalada de Nuestro Señor, al parecer; oia muchas veces una voz que le decia cosas que hiciese ella misma, y otros sucesos de cosas futuras, que venian á ser como ella decia; si eran verdaderas revelaciones, ó no, yo no lo alcanzo. La persona era buena, muy penitente y muy sencilla; y es de creer que Nuestro Señor no permitiria que fuese engañada en cosa que fuese de daño para ella,

ni para otra persona; no sé más desto. Tengo salud, y hame ocupado el Padre Provincial en ser Maestro de seis novicios que tengo á mi cargo; estímolo en mucho, por ser voluntad de nuestro Padre, aunque á la carne le sea de algun tormento. V. R. me haga caso de encomendarme al Señor, para que le acierte á servir. Al Padre Rector mis debidas saludes, las mismas al Padre Muñoz, Padre Torres, Padre Gonzalez, Padre Solórzano, con los demas Padres y Hermanos de ese Santo Colegio, y no se olvide de darlas V. R. al Sr. Gil Gonzalez Dávila, Comendador, y al Sr. Don Luis. = Oviedo, 28 de Octubre de 1595. = *Cristóbal de Ribera.*

XXIV.

Carta de la Madre María Ana del Espíritu Santo, religiosa Carmelita (pág. 557) *.

JHS. M.ª = Nuestro Señor sea siempre en el alma de vuesa merced, con cuya carta me consolé más que sabré decir en ésta, en saber está en ese Santo Colegio tan gran tesoro, como es los huesos del Padre Baltasar Alvarez, que en mi opinion y de los que le conocieron en vida, le teníamos por tan santo como si hubiéramos visto los milagros que agora muestra el Señor en honra de su Santo: gracias á su Majestad, que honra á quien tan bien supo aborrecer los del mundo. Mi Padre, yo nunca merecí hablar al Padre Baltasar Alvarez, aunque lo deseé, y le ví en Valladolid, donde, como digo, era tenido por Santo. Acuérdome que los Padres de la Casa de San Antonio estaban un dia muy congojados de que al Santo Baltasar Alvarez le habia dado un desmayo; llamaron á los médicos, y le dieron garrotes y otros tormentos, y con ninguno volvió en sí; habia pocos dias que habia ido allí del Colegio de Medina del Campo, y así todos estaban confusos por no saber si era enfermedad que la hubiese tenido más veces; enviáronlo á preguntar á Medina del Campo, y dijeron habian enviado propio con mucha priesa á decir que no le hiciesen ningun remedio, porque eran éxtasis que le daban muchas veces, y le duraban tres dias. De ahí á pocos, me fuí á tomar hábito al reino de Toledo, y así no supe más deste santo Padre; poco ántes que muriese, escribió á la Madre Priora del convento nuestro de Malagon, que estaba en Toledo de camino para Belmon-

* El original está en el Archivo General Central de Alcalá. I. P., leg. 352.

te, que á la vuelta pensaba vernos y consolarlos á todos, y cierto le esperábamos con harto deseo de oir sus santas palabras; y nuestra Madre fundadora habia escrito, junto con su carta, que tambien estaba en Toledo, mandando á la Madre Priora que no quedase Monja que no diese cuenta de sí al Padre Baltasar Alvarez; y como despues supo habia muerto en Belmonte, nos lo escribió, y la mucha pena que le habia dado. Entre las demas razones, dijo: «Mis hijas, este es de los castigos que Nuestro Señor hace en la tierra: quitarnos los Santos que hay en ella.» La Madre Inés de Jesus, que es la que ha sido Priora desde que se fundó esta Casa, y lo era en aquel tiempo en la de Medina del Campo, dice tomó allí la nueva de la muerte del Santo á nuestra Madre fundadora, y que lo sintió mucho, y le lloró; que no se acuerda haberla visto llorar por otra cosa, aunque se le ofrecian hartos trabajos. A lo que vuesa merced pregunta si tengo papeles suyos, sólo hay en esta casa nna breve relacion que el Santo daba de su oracion á un amigo suyo de la Compañía; porque sé la hay en las Casas de vuesas mercedes, no la envío; y créame vuesa merced, que si supiera más cosas por donde dar á entender la santidad del Padre Baltasar Alvarez, lo hiciera con la voluntad, que por nuestra Santa fundadora, aunque no fuera más de por lo que ella le queria y estimaba, cuánto más mandándomelo vuesa merced, y aun el menor hermano de esa Santa Religion, á quien yo debo más que sabré decir; y despues de la misericordia de Dios, pienso ha sido y ha de ser medio para mi salvacion, aunque me he sabido mal aprovechar. Suplico á vuesa merced me tenga en su memoria, en cuyas oraciones tengo mucha fe, que con la intercesion de tan santo tio *, me podrá vuesa merced ayudar y alcanzarme de Nuestro Señor gracia y luz para cumplir con mis obligaciones, segun su santa voluntad. En él la conserve su Majestad á vuesa merced. Amen. = Palencia, desta Casa de las Descalzas, y Febrero, 22. = *María Ana del Espíritu Santo.*

XXV.

Autores principales que hablan del P. Baltasar Alvarez, y ediciones de su Vida escrita por el P. Luis de La Puente.

Hablan del P. Baltasar Alvarez los autores siguientes.—***Backer***, Bibliothèque des Écrivains de la Compagnie de Jésus.—***Alvarez***,

* Se refiere al Padre Francisco de Salcedo, sobrino del V. Padre Baltasar Alvarez, á quien parece iba dirigida la presente.

Historia de la Provincia de Aragon (Mss.), l. III, c. 14.—*Nieremberg*, Varones Ilustres de la Comp. de Jesus, III, 348.—*Augusto Carayon*, Bibliographie historique de la Comp. de Jésus, núms. 1444, 1452.—*Patrignani*, Menologio d'alcuni Religiosi della Compagnia di Gesù, III, 25 Luglio.—*Alcazar*, Crono-Historia de la Compañia de Jesus en la Provincia de Toledo, II, 612.—*Sacchino*, Hist. Societatis Jesu, parts. III, IV.—*Nicolas Antonio*, Bibliotheca Hispana Nova.—*Padre Castro*, Historia del Colegio de Alcalá (Mss.), I y II.—*Fray Diego de Yepes y el P. Ribera*, Vida de Santa Teresa.—*P. Antonio Balinghem*, Kalend. Marianum.—*P. Drews*, Fasti Societatis Jesu, III. 25 jul.—*Bartoli*, Degli Uomini, etc., t. 4.°

De su vida, escrita por el *P. Luis de La Puente*, ó sea la que publicamos, hanse hecho las ediciones siguientes.

Madrid, por *Luis Sanchez*, 1615, en 4.°

Madrid, 1690, por *Bernardo de Villadiego*, en el t. V de las Obras Espirituales del *R. P. Luis de La Puente*, en fólio.

Madrid, por *D. Agustin de Gordejuela*, 1754, tomos 29 y 30 de la coleccion de las Obras Espirituales del *R. P. Luis de La Puente*, en 8.°

Ha sido traducida al italiano, al latin, al francés y al aleman.



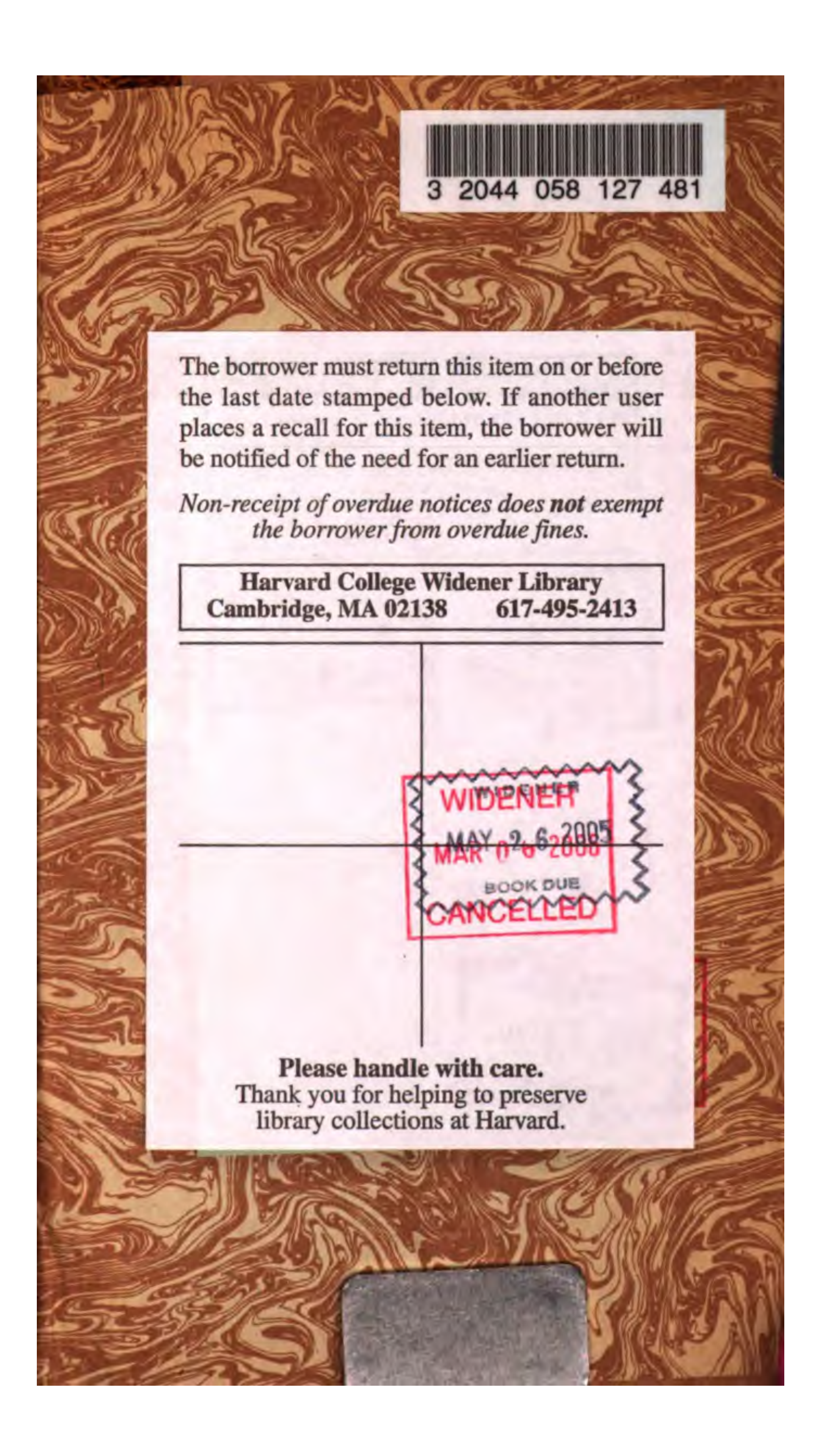
INDICE.

PÁGINAS.

APÉNDICE.






3 2044 058 127 481
The borrower must return this item on or before the last date stamped below. If another user places a recall for this item, the borrower will be notified of the need for an earlier return.
*Non-receipt of overdue notices does **not** exempt the borrower from overdue fines.*
Harvard College Widener Library
Cambridge, MA 02138 617-495-2413
WIDENER
MAY 2 6 2005
BOOK DUE
CANCELLED
Please handle with care.
Thank you for helping to preserve library collections at Harvard.

